



CCIÓN



RUIBAL
FILOLOGIA
COMPARADA

2

P121

A5

V.2

c.1

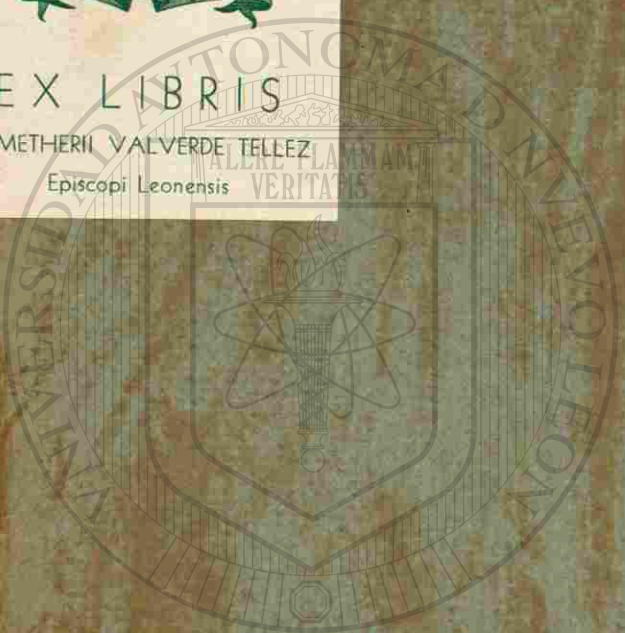
010846



1080022190

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS PROBLEMAS FUNDAMENTALES

DE LA

FILOLOGÍA COMPARADA

su historia, su naturaleza y sus diversas relaciones científicas

POR EL

DR. A. AMOR RUIBAL

Profesor en las Facultades de Teología y Derecho Canónico
y de estudios superiores de Lenguas Orientales en la Universidad
Pontificia Compostelana,
Canónigo de la A. M. E. C. de Santiago.

SEGUNDA PARTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

Cabilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

MADRID

Fernando Fe
Carrera de San Jerónimo, 2

PARÍS

Hachette et C.^{as}
Boulevard Saint Germain, 79

BARCELONA

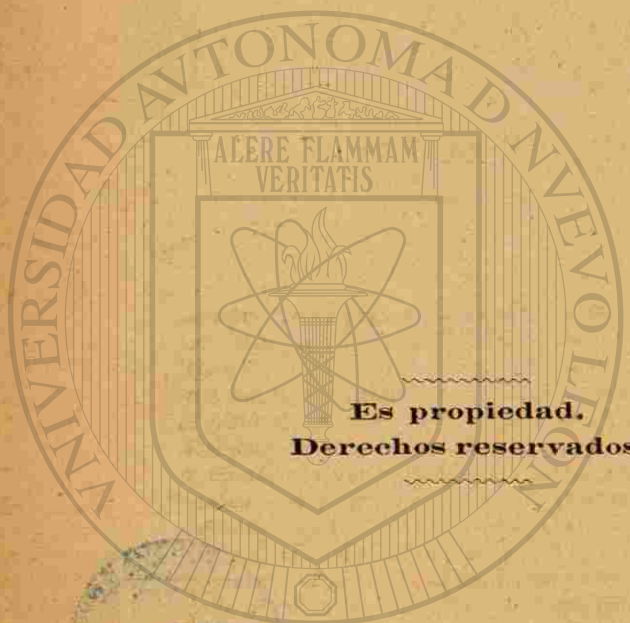
Subirana Herm.^{os}
Puerta Ferrisa, 14

LEIPZIG

Otto Harrassowitz
Querstrasse, 14

47047

PL21
A5
v.2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

1905.—SANTIAGO: IMP. Y ENC. DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA.

ÍNDICE-SUMARIO

Pags.

I

Advenimiento del método de la Filología comparada.—Hervás Panduro como creador de la Ciencia del Lenguaje. Sus obras filológico-lingüísticas. Sus trabajos de comparación. Sus descubrimientos. Su doctrina sobre el origen del lenguaje. Importancia de Hervás Panduro con relación á la de otros ilustres cultivadores de los estudios glotológicos. Primeros representantes del procedimiento comparado en Rusia. Trabajos subsiguientes á las iniciativas de Catalina II de Rusia. El *Mithridates* de Adelung. El advenimiento del sánscrito, y el estado en que halló los estudios lingüísticos. Los dos defectos capitales del método antiguo, y efectos del conocimiento del sánscrito en orden á ellos. Origen de la errónea creencia de que la lengua sánscrita es madre de los idiomas europeos. Importadores del conocimiento del sánscrito en Europa y de su aplicación glotológica europea. El sánscrito entre los griegos, chinos y árabes. El sánscrito entre los misioneros, y sus principales cultivadores desde la llegada á la India de Vasco de Gama hasta la creación de la *Societal Asiática*. San Francisco Javier, Roberto dei Nobili, Hanxleden, P. de S. Bartolomeo, Coeurdoux, etc. etc. La literatura védica entre los misioneros católicos. La *Societal Asiática* de Calcuta. Principales obras salidas de esta Sociedad al comenzar la Filología comparada. W. Jones, Wilkins, Colebrooke, Carey, Forster etc. Los hermanos Schlegel y la literatura y lengua indias. 1

II

Formación sistemática de la Gramática Comparada.—F. Bopp. Su preparación doctrinal. Su primer trabajo "sobre el sistema de la conjugación de la lengua sánscrita." Sus Memo-

010846

rias, principio de la Gramática comparada, y los trabajos contemporáneos sobre el lituano, eslavo, zend, etc. Su "Gramática comparada." Formación y génesis de las teorías de Bopp; cuáles sean sus innovaciones propias, y cuáles no le corresponden. Tres fases de las doctrinas de Bopp. Influencia doctrinal de diversas teorías que se revelan en los trabajos de Bopp. Mérito legítimo de las investigaciones boppianas. Defectos de procedimiento y de fonética en el sistema de Bopp. Sus leyes "físicas" y "mecánicas" en el lenguaje. Auxiliares y sucesores de Bopp, y su categoría doctrinal. Influencia de G. Humboldt, G. Schlegel y Bopp. Los trabajos de G. Grimm. La ley de la rotación de los sonidos. Representación filológica de Pott y Benfey. Schleicher, y sus doctrinas comparadas con las de Bopp. Las teorías de Schleicher é influencias que se revelan en ellas. Schleicher como slavista. El encuentro y convergencia del método griego ó abstracto y del sánscrito ó concreto en los comienzos de la Gramática comparada, y resultados generales inmediatos. La lengua griega y la lengua védica. Historia interior de la comparación del sánscrito y de las lenguas europeas. El origen de las afinidades sánscritas y griegas y latinas según la escuela conservadora. Dugald Stewart, Lord Monboddo etc. en este punto. La escuela innovadora, y el parentesco greco-sánscrito según W. Jones. Criterio de F. Schlegel sobre dicho parentesco. Las tres direcciones en los estudios indo-europeos. Escuela *bonense*; escuela *berlinense*; escuela de Gottinga. Representantes principales de estas escuelas. La distribución de la Filología comparada y sus cultivadores. La rama germánica. Las lenguas italo-grecas. Los idiomas romances. Los dialectos célticos. El grupo eslavo. La glotología erania. Los semitistas; sinólogos; cultivadores de las lenguas polinesias; id. dravidianas; id. africanas; id. australianas; id. americanas.

III

Los Métodos de la Filología comparada.—Los dos métodos lingüísticos. *Paleogramáticos* y *neogramáticos*. Aspecto general de sus procedimientos; y ventajas y desventajas de cada uno de ellos. Los principios de los neogramáticos en oposición con los de los paleogramáticos. Razón genética del sistema de Bopp. Las causas de transformación fonética entre los griegos y entre los indios. El protoarianismo como razón genética del sistema neogramatical, y principio de la división de métodos lingüísticos. La escuela de los paleogramáticos y la reconstrucción de la lengua protoaria. La

lengua protoaria y la escuela de los neogramáticos. La cuestión de los orígenes de las nuevas *formaciones* lingüísticas, y las *conformaciones* morfológicas. Inducciones y deducciones sobre el consonantismo y vocalismo primitivos, y fórmula primera de Leskien en sentido de la teoría neogramatical. Bases de la escuela de los neogramáticos. Principales sostenedores é impugnadores del sistema neogramatical. Crítica de la teoría de neogramáticos y paleogramáticos. El problema de las *leyes fonéticas* en ambas escuelas. Las enseñanzas de Humboldt, Bopp, Grimm, Pott, Schleicher, etcétera, sobre dichas leyes, y como precedentes históricos en la materia. Punto á que viene á reducirse la controversia acerca de las leyes fonéticas en dichas dos escuelas. Impugnación de las leyes fonéticas como normas naturales fijas. Criterios legítimos en la materia. Carácter de la regularidad fonética; su causa próxima y principios remotos. Influencias perturbadoras de las normas fonéticas é interferencias psíquicas. Carácter de la analogía en el fonetismo. Apreciaciones varias sobre lo que debe entenderse por "leyes fonéticas." Causas de la diferenciación lingüística. La "fuerza centrífuga" y la "fuerza centripeta" en el orden glotológico. La nomenclatura lingüística y los paleogramáticos y neogramáticos. Las lenguas como una *Ενεργεια* y como un *Εργον*. Las expresiones figuradas en la Glotología. Si se dan *organismos lingüísticos*, y lenguas *vivas* y lenguas *muertas*. Las denominaciones *abstractas* en la Ciencia del Lenguaje. Examen crítico de las falsas apreciaciones de los neogramáticos en la materia, é impugnación de las "Antinomias lingüísticas" de V. Henry.

IV

La Glotología Fonética.—El lenguaje. Nociones inadmisibles del mismo. Doble carácter del lenguaje. Su definición y exposición. Los sonidos *articulados*. Nociones falsas y nociones incompletas sobre la articulación lingüística. Verdadero concepto de ésta en la palabra, y conclusiones generales sobre la materia. Doble aspecto fonético de la palabra. Fonetismo *estático*. Límites del dominio de la Fonética en la Ciencia del Lenguaje, y doctrinas erróneas en este punto. Los sonidos orales en sus causas productoras, y considerados acústicamente. La *intensidad*; la *cantidad*; el *timbre* y sus constitutivos. Distinción *genérica* y distinción *específica* en el timbre. El timbre, signo manifestativo. Diferencias entre los constitutivos musicales y los constitutivos de la palabra. Conclusiones. Independencia del pensamiento de

todo timbre fonético. Crítica del *simbolismo* fonético. El alfabeto fonético filosófico. El simbolismo *gráfico*. Los *instrumentos* significativos del pensamiento. Instrumentos *acústicos* y *ópticos*; instrumentos de *conversión* (de acústicos en ópticos), y de *reversión* (de ópticos en acústicos). Gradación evolutiva y clasificación de representaciones gráficas hasta el fonetismo alfabético. Clasificación de Federico Müller. Diferencias dentro del alfabatismo, y teorías sobre el origen de la escritura. Orden genético histórico de los sonidos en las lenguas; principio á que se subordina, y demostración práctica del mismo. Clasificación glotológica de los *fonemas*. Unidades lingüísticas *naturales* y *unidades artificiales*; su examen y su noción legítima. El vocalismo y el consonantismo; sentido en qué cabe rechazar ó admitir esta distinción de sonidos, y sistemas de su reducción científica á la unidad. Fonetismo *dinámico*. Clasificaciones de los fonemas considerados en movimiento. Causas de la alteración de los fonemas. Naturaleza compleja del acento. Efectos de la acentuación. Los dos aspectos del acento, *lógico* y *fonético*. Cuál de estas manifestaciones sea la más antigua. La acentuación sánscrita, griega y latina. Fonetismo *histórico*. El sistema fonético ario primitivo. La teoría de los paleogramáticos representada por Schleicher. La de los neogramáticos representada por Brugmann. El vocalismo. El consonantismo. Opiniones diversas y conclusiones.

119

La Glotología Morfológica.—Sistemas erróneos acerca de la constitución de los elementos materiales de la palabra. Extremos inaceptables sobre la constitución de las raíces. Criterios legítimos para determinar el verdadero valor glotológico de las raíces en los idiomas. Resultantes morfológicas. Unidades *naturales* y *unidades artificiales morfológicas*, y concepto de cada una de ellas. Conclusiones, y conceptos equivocados en la materia. Contraposiciones de la raíz y de la palabra. Escuelas erróneas originadas de extremar las contraposiciones dichas. La palabra en la frase, é ideas equivocadas de Sayce. La *realidad* y la *idealidad* en las raíces. Bases para una verdadera teoría de raíces. La evolución lingüística como ley etimológica. Valor relativo de todo *arquetipo radical*, y á qué se reduce la *reconstrucción* de la lengua primera en un tronco de idiomas. Consecuencias. Impugnación de las nociones de raíz dada por M. Müller y F. Müller. Orden genético de la morfología, sintaxis y samántica. Principios de *diferenciación sucesiva*, de *individualización significativa* y de *individualización*.

gramatical en las lenguas. Triple forma de esta última individualización. Doctrinas generales de los glotólogos sobre las raíces. La *naturaleza* de las raíces según las enseñanzas de los indios, y según Bopp, Schleicher, Fick, Curtius, etc. Id. según Pott. Id. según Sayce. Id. según los Neogramáticos: Brugmann, Misteli, etc. Razón genética de las respectivas diversas tendencias y su crítica. Las *clases* de raíces. Dualismo de Bopp y divergencias denominativas. Monismo de Benfey. Otros extremos de Grimm, Schleicher, etc.; de Sayce, Ascoli, Breal, etc. Crítica de estas teorías. La *forma* de raíces. Doble aspecto de este problema. El vocalismo *radical* de Schleicher y el consonantismo exclusivo de F. Müller. La teoría de Bopp sobre la constitución silábica de las raíces. Id. de Fick, M. Müller, Ascoli, etcétera. Crítica. La formación de las palabras flexivas. Teoría de la *aglutinación* y su crítica. Teoría *psíquico-evolutiva* de Westphal, y su crítica. Teoría de la *adaptación* de Ludwig, y su crítica. Conclusión.

207

VI

La Glotología Psíquica.—Las relaciones lógico-psicológicas y glotológicas. Clasificación de teorías filosóficas en orden á sus soluciones lingüísticas. Las dos direcciones fundamentales *objetivas* y *subjetivas*, y preponderancia de las primeras en sistematización glotológica. Criterios acerca de las relaciones psíquico-glotológicas. Triple aspecto de la Glotología psíquica. *Aspecto histórico* de la Glotología psíquica. Las relaciones dialéctico-lingüísticas entre los estoicos. Idem entre los neoplatónicos. La *Eicαγωγή* de Porfirio en las escuelas cristianas desde Clemente Alejandrino y Orígenes. Influencias glotológicas de San Isidoro de Sevilla, Alcuino, etc., y bases de los trabajos dialéctico-lingüísticos de éste. Las corrientes arábigo-judaicas y sus escuelas. La Edad Media en el cultivo de los idiomas, é injustificada crítica en este punto. La dialéctica aristotélica en sus tres direcciones, latina, siríaca y helénica. El problema de los *Universales* en el orden lógico-lingüístico. Origen y soluciones del mismo. La solución *nominalista*, la solución *realista*, la solución *conceptualista*, sus autores y sus conclusiones en orden al lenguaje. La solución aristotélica en sus relaciones glotológicas. La *Grammatica Speculativa* de Duns Escoto. Las *Summulae Logicales* de Pedro Hispano y la *Σύνοψις* dicha de M. Psellus. El renacimiento y sus oscilaciones lógico-psicológicas. El problema de los universales nuevamente como centro lógico-lingüístico en épocas posteriores. El nominalismo sensualista y positivista. El realismo onto-

logista. El conceptualismo kantiano. Criterio legítimo doctrinal. Las variantes lógico-lingüísticas ónto los escolásticos. Doctrinas glotológico-lógicas de Caramuel. *El aspecto objetivo* de la Glotología psíquica. Síntesis de las teorías lógico-psicológicas. Los problemas del *ser* y del *conocer* á través de las escuelas filosóficas. Crítica de las soluciones positivistas en la materia. Id. de las trascendentalistas. Teorías inadmisibles sobre el nexo del orden real é ideal y sus soluciones glotológicas. La teoría aristotélica del conocer y sus consecuencias en orden á la naturaleza del lenguaje. El lenguaje como *imagen*. El lenguaje como *signo*, y varios aspectos de éste. El valor significativo del objeto y del concepto en la palabra y orden cronológico de estas significaciones. Orden genético de la significación de lo *universal* y de lo *particular* en la palabra. Doble aspecto de la cuestión y opiniones diversas. Génesis de categorías lingüísticas. La vida del lenguaje é independencia en sus manifestaciones en el individuo y en la sociedad. *Aspecto semántico* general de la Glotología psíquica. Cambios fonéticos y cambios semánticos en sus varias relaciones. Observaciones sobre la *Etimología*. Parte fundamental de la Semasiología, y representación de las influencias retóricas en su desarrollo. Las influencias sintácticas. Objeto de la sintaxis histórica. Procedimientos que han de desecharse en su sistematización, y cuál debe seguirse. Teorías y crítica sobre el concepto del nombre y verbo. 277

VII

Las Clasificaciones Glotológicas.—Las formas lingüísticas y las teorías fonéticas y morfológicas. Las primeras clasificaciones, y causa de su falta de carácter científico. Aclaraciones sobre el carácter, naturaleza y procedimientos de distribución en las clasificaciones glotológicas. Ventajas de la clasificación morfológica, y motivo de las discrepancias en la calificación de las lenguas dentro de ella. La clasificación de F. Schlegel, G. Schlegel, y F. Müller. Id. de Bopp, Id. de Humboldt. Id. de M. Müller, Schtzeihar, etc. Clasificaciones de Pott, Brinton, Oppert, y otras divisiones. La clasificación morfológica en sus relaciones con la genealógica y psicológica. Cuadros de las principales clasificaciones. Conclusiones en la materia. Base histórica de la clasificación morfológica, y forma común en que suele presentarse. Criterios á que debe ajustarse una legítima clasificación morfológica. Naturaleza compleja y noción de la *flexión*. Grados en la *flexión*. El orden genético y el orden morfológico en las lenguas. Fórmulas de la distribución morfológica

para la expresión de las diversas categorías de idiomas. Las lenguas *semiticas* en orden á su categoría glotológica. Opiniones y causa de las discrepancias. Principios y observaciones para una legítima solución. La flexión ario y la flexión semítica, y puntos de confluencia de una y otra. Origen de la flexión en ario y en semítico. Impugnación del *simbolismo* semítico de Kaulen y otros. Las lenguas *armónicas*. Cuadro de lenguas que, según los principios sentados, debe establecerse. Tipos de lenguas *isolantes*, de lenguas *aglutinantes*, de lenguas de *flexión aglutinante*, y de lenguas de *inflexión vocal*. Relación del orden *fonético* y del orden *semántico* en nuestra clasificación. El parentesco ario-altaico-semitico-camítico. Nexo semítico-ario. Sus partidarios é impugnadores. Exposición y examen crítico de los argumentos que se oponen al nexo semítico-ario. La raíz *semitica*, el *triconsonantismo* semítico, y paralelo de raíces *semiticas* y *arias*. La evolución morfológica del egipcio como tipo de la formación gramatical *semitica* y *aria*. Combinaciones y permutaciones en las raíces egipcias. Los fenómenos de *variación*, de *inversión*, de *crecimiento* y *decrecimiento*. Efectos y su aplicación. Encuentro de los tres órdenes anteriores de fenómenos. Los fenómenos semánticos en egipcio y su enlace con los morfológicos. Su aplicación *semitica* y *aria*, y conclusiones generales. 371

VIII

La Glotología Histórica.—El objeto de la Glotología histórica y la enumeración lingüística. Concepto y valor relativos de las palabras *lengua*, *dialecto*, *subdialecto*. Diferenciaciones lingüísticas. Lenguaje y lengua, *parentesco* lingüístico, *familia* de lenguas y lengua *madre*. Material glotológico y sus distribuciones. Lenguas africanas de la raza amarilla. Lenguas *cafrés*. Idem de la raza negra africana. Idem de los Papuos. Idem de la raza australiana. Idem de la raza *malayo-polinesia*. Idem de la raza *dravidiana*. Idem de la *americana*. Idem de la *hiperborea*. Idem de la *mongólica*. Idem de la *nubiana*. Idem de la raza *caucásica*. Ramas de las lenguas *caucásicas*, y clasificaciones de las *camítico-semiticas*, y de los idiomas *indo-europeos*. El grupo lingüístico ario como *centro* legítimo de las investigaciones glotológicas. Crítica de los "ídolos de la Glotología" de Sayce. El problema del origen de los arios y su doble aspecto glotológico y antropológico. Diversas opiniones sobre el origen del nombre "arios" y cual sea la más verosímil. Opiniones sobre los orígenes de los arios. La teoría *asidtica*, sus comienzos y sus sostenedores. La teoría ario-europea.

Principios y criterios en la cuestión. El calificativo *Indo-europeo* de valor no étnico y exclusivamente lingüístico. La *personalidad* lingüística y la *personalidad* antropológica ario. *Ursprache, Urvolk, Urheimat, Urzeit* y *Urkultur*. Sentido en qué debe admitirse y en qué debe negarse la existencia de los arios. Arios y *arianizados*. La cuestión antropológica de los *protoarios*, sus aspectos y soluciones. Las dos direcciones capitales de la controversia. Argumentos en favor del origen asiático ario y crítica de cada uno de ellos.

La hipótesis del origen europeo de los arios, y sus fundamentos. Primacía *relativa* étnico-lingüística de los arios, y sus consecuencias en orden a los orígenes de los protoarios y prearios. La formación del grupo lingüístico indo-europeo como simultánea a la constitución de la lengua madre indo-europea. El grupo étnico ario en sus relaciones *prearias* y *anarias*. Distinción entre el centro de expansión lingüística ario y el centro étnico ario. La *paleolingüística* indo-europea. Doctrina de Pictet, Kuhn, etc.; id. de Hehn y de O. Schrader. Conclusiones. Valor de las concordancias y discordancias etimológicas en las deducciones paleolingüísticas. La significación *primitiva* y la significación *histórica* en los vocablos. La expansión lingüística primitiva y la expansión del pueblo primitivo. Distinción del *preario*, del *protoario* y de la *difusión ario*, y efectos de su confusión en las deducciones paleolingüísticas. Si puede alcanzarse una reconstrucción prehistórica ario por la paleolingüística. Distinción entre la reconstrucción prehistórica indo-europea y la protoaria, y sus consecuencias. Analogía entre la reconstrucción de la lengua protoaria y la de la cultura protoaria. Las conclusiones extremadas sobre la cultura protoaria, orígenes complejos de ésta, y doctrina que debe sostenerse. Datos glotológicos sobre conocimientos concretos de diversos órdenes entre los protoarios. El encuentro ario con la cultura prearia, y múltiples pruebas que lo demuestran. La formación de la familia ario, y primeras opiniones de los filólogos hasta Bopp. La teoría de la *ramificación simple* de Schleicher. La teoría de la *ramificación doble*. La teoría de las *ondas*, sus bases, y teoría *mixta* que ha de sostenerse. 465

IX

Las Fases Glotológicas.—Las lenguas en los tres grupos glotológicos fundamentales. Extensión de cada grupo. Causa de dichas manifestaciones lingüísticas. La teoría de los *tipos fijos*. La teoría de las *fases* y su razón de ser. La permanencia de los tipos glotológicos. El problema de la evolución lin-

güística en indo-europeo. La existencia de la lengua madre y su desaparición. Su naturaleza polidialectal. El tipo del protoario comparado con el de los idiomas arios. Opiniones y consecuencias. La relictibilidad de los idiomas a la unidad. Diversos criterios, y observaciones. Las fases en orden a la unidad lingüística. El cálculo de Young sobre las probabilidades de que palabras semejantes en distintos idiomas tengan común origen. El proceso de clasificación glotológica. Tesis, antítesis y síntesis en los grados evolutivos de las lenguas. La expresión de conceptos en las lenguas isolantes. Diferencias fundamentales entre el monosilabismo y las lenguas arias. Diversas apreciaciones acerca del monosilabismo chino, y criterio que debe sostenerse. Lugar intermedio del tipo aglutinante. El tipo de conformación en las lenguas flexivas en su relación con las aglutinantes. Argumentos contra la evolución de *fases* y su crítica. El centro único en las lenguas y el poligenismo glotológico. Inversión poligenista de la divergencia y convergencia de las lenguas. Las conclusiones glotológicas en la mataria y las doctrinas bíblicas. La reductibilidad ó irreductibilidad de las lenguas indiferente en el orden bíblico. El acontecimiento de Babel y amplitud de su interpretación. La extensión etnográfica en la confusión babilónica supuesta su realidad lingüística. Doctrina más probable. La unidad ó pluralidad de lenguas antediluvianas. La lengua de los que tomaron parte en la obra de Babel. Si la confusión babilónica ha de decirse ó no confusión de lenguaje, y opiniones sobre este punto. Conclusiones. 587

X

El origen del lenguaje.—*La lengua primitiva.*—*Los idolos de la Ciencia del Lenguaje.*—Naturaleza del problema del origen del lenguaje y principios próximos y remotos a que se subordina. Doctrinas sobre el origen del lenguaje que según dichos principios deben excluirse, y cuáles pueden sostenerse. Las opiniones sobre la posibilidad abstracta de que el hombre forme el lenguaje, y cuál haya de admitirse. Idem acerca del hecho concreto, y cuál sea la más probable. Clasificación de las teorías inadmisibles del origen del lenguaje. Sus precedentes en las escuelas griegas. Crítica del *revelacionismo puro*. Idem del *nativismo puro* en sus dos direcciones. Idem del *nativismo evolucionista* en sus varios aspectos. Conclusión. Imposibilidad de conocer el lenguaje primitivo, y diversas tradiciones acerca del mismo. La tradición rabinica del *hebraísmo primitivo*, y su no universalidad en la Iglesia. Impugnación del *hebraísmo* y crítica

de sus argumentos. El hebraísmo primitivo y el lenguaje de Jesucristo. Opiniones diversas acerca de la lengua propia de J. C. La denominación *helenista* de "lengua hebrea" como exclusiva de la "lengua aramaica." Conclusión sobre el idioma de J. C. y su inutilidad para favorecer al hebraísmo primitivo. Los fundamentos de la incertidumbre en orden a la lengua primitiva. El problema de la reductibilidad de los idiomas no es el problema del lenguaje primitivo. Proporción entre los troncos glotológicos y el tronco común en la hipótesis de la convergencia, ó no convergencia de las familias lingüísticas. Las raíces en orden al lenguaje primitivo. Los elementos esenciales en el lenguaje primitivo, y la pretendida *filosofía* de la lengua primera. Los *ídolos* de la Filología comparada. El *ídolo* de la interpretación lingüística de la mitología aria. Los orígenes religiosos y los orígenes míticos. El Panteón griego y el Panteón romano. La exégesis mitológica de la antigüedad. El sistema de la *alegoría* y el *cohemerismo* en sus varias manifestaciones, y en las diversas épocas históricas. El sistema de la Mitología comparada fundado en el de la Filología comparada. Los principios fundamentales del método lingüístico en dicho sistema. El *simbolismo glotológico* y su explicación según los sistemas *naturalista*, *litúrgico*, etc. Impugnación y crítica de la teoría *glotológico-mítica* en todos sus aspectos. Naturaleza compleja del problema de los orígenes del politeísmo, y orden genético de su formación y desarrollo. Conclusión...

647

PROBLEMAS FUNDAMENTALES

DE LA

FILOLOGÍA COMPARADA

Preliminares generales de la Ciencia del Lenguaje

I

La palabra como distintivo exterior del hombre; dignidad é importancia de la misma. Apreciaciones de Pott, F. Müller, Stuart Mill, etc. Antigüedad de los problemas lingüísticos, y carácter de su estudio entre griegos, romanos é indios. La palabra en el Rig-Veda y en el Atharva-Veda. Dificultades que se ofrecen al estudiar el lenguaje y disciplinas con las cuales confina la investigación glotológica. Extremos sistemáticos (psicologismo, empirismo, tradicionalismo) que deben evitarse. La Lógica, la Psicología, la Antropología, la Etnografía comparadas con la Ciencia del Lenguaje, y sus diferencias. La Etnopsíquica. Aclaraciones sobre los conceptos de Lógica, Psicología y Etnopsíquica. Consecuencia contra el método de Pott, Schleicher, etc., y su legitimidad según M. Müller y F. Müller. Triple objeto con que puede hacerse el estudio del lenguaje y denominaciones respectivas. Relaciones de la *Glótica*, *Filología general* y *Filología comparada*. Significación tradicional del nombre Filología, y sentido en que aparece usado desde Wolf. Períodos de la Filología en esta acepción. La Filología comparada. Triple valor de la voz Filología, según Littré. Crítica de las impugnaciones de la expresión "Filología comparada." Otras denominaciones de la Ciencia del Lenguaje. Relaciones entre la Filología en general y la Filología comparada. Acepciones de la voz "Filología" en Platón, Séneca, Plutarco, Marciano Capela, etc., y ulteriores determinaciones de su concepto. Predecesores y sucesores de Wolf en cuanto al uso y noción de la Filología en sentido enciclopédico.

Es la palabra don singular y maravilloso que en el mundo exterior resume toda la grandeza de la criatura racional, poniendo en sus manos como expresión de la inteligencia, el cetro de la soberanía que le corresponde sobre todos los seres de la tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de sus argumentos. El hebraísmo primitivo y el lenguaje de Jesucristo. Opiniones diversas acerca de la lengua propia de J. C. La denominación *helenista* de "lengua hebrea" como exclusiva de la "lengua aramaica." Conclusión sobre el idioma de J. C. y su inutilidad para favorecer al hebraísmo primitivo. Los fundamentos de la incertidumbre en orden a la lengua primitiva. El problema de la reductibilidad de los idiomas no es el problema del lenguaje primitivo. Proporción entre los troncos glotológicos y el tronco común en la hipótesis de la convergencia, ó no convergencia de las familias lingüísticas. Las raíces en orden al lenguaje primitivo. Los elementos esenciales en el lenguaje primitivo, y la pretendida *filosofía* de la lengua primera. Los *ídolos* de la Filología comparada. El *ídolo* de la interpretación lingüística de la mitología aria. Los orígenes religiosos y los orígenes míticos. El Panteón griego y el Panteón romano. La exégesis mitológica de la antigüedad. El sistema de la *alegoría* y el *cohemerismo* en sus varias manifestaciones, y en las diversas épocas históricas. El sistema de la Mitología comparada fundado en el de la Filología comparada. Los principios fundamentales del método lingüístico en dicho sistema. El *simbolismo glotológico* y su explicación según los sistemas *naturalista*, *litúrgico*, etc. Impugnación y crítica de la teoría *glotológico-mítica* en todos sus aspectos. Naturaleza compleja del problema de los orígenes del politeísmo, y orden genético de su formación y desarrollo. Conclusión...

647

PROBLEMAS FUNDAMENTALES

DE LA

FILOLOGÍA COMPARADA

Preliminares generales de la Ciencia del Lenguaje

I

La palabra como distintivo exterior del hombre; dignidad é importancia de la misma. Apreciaciones de Pott, F. Müller, Stuart Mill, etc. Antigüedad de los problemas lingüísticos, y carácter de su estudio entre griegos, romanos é indios. La palabra en el Rig-Veda y en el Atharva-Veda. Dificultades que se ofrecen al estudiar el lenguaje y disciplinas con las cuales confina la investigación glotológica. Extremos sistemáticos (psicologismo, empirismo, tradicionalismo) que deben evitarse. La Lógica, la Psicología, la Antropología, la Etnografía comparadas con la Ciencia del Lenguaje, y sus diferencias. La Etnopsíquica. Aclaraciones sobre los conceptos de Lógica, Psicología y Etnopsíquica. Consecuencia contra el método de Pott, Schleicher, etc., y su legitimidad según M. Müller y F. Müller. Triple objeto con que puede hacerse el estudio del lenguaje y denominaciones respectivas. Relaciones de la *Glótica*, *Filología general* y *Filología comparada*. Significación tradicional del nombre Filología, y sentido en que aparece usado desde Wolf. Períodos de la Filología en esta acepción. La Filología comparada. Triple valor de la voz Filología, según Littré. Crítica de las impugnaciones de la expresión "Filología comparada." Otras denominaciones de la Ciencia del Lenguaje. Relaciones entre la Filología en general y la Filología comparada. Acepciones de la voz "Filología" en Platón, Séneca, Plutarco, Marciano Capela, etc., y ulteriores determinaciones de su concepto. Predecesores y sucesores de Wolf en cuanto al uso y noción de la Filología en sentido enciclopédico.

Es la palabra don singular y maravilloso que en el mundo exterior resume toda la grandeza de la criatura racional, poniendo en sus manos como expresión de la inteligencia, el cetro de la soberanía que le corresponde sobre todos los seres de la tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En la palabra encarna, vive y se nutre el pensamiento de los individuos y de los pueblos, transmitiéndose de generación en generación á través de las edades; en ella se refleja la acción vital de la inteligencia que la utiliza para las múltiples variadísimas manifestaciones de la vida humana, llevando á todas partes los destellos de la fuerza creadora del espíritu y la luz incomparable que por su virtud alumbrá al mundo de las ideas.

Guardadora de todos los tesoros del ingenio y del saber, potencia misteriosa que entre hombre y hombre, entre entendimiento y entendimiento establece corrientes inefablos de ideas y de afectos, la palabra es vínculo poderoso que une en universal consorcio á los hombres del Globo, y reveladora fiel de todas las maravillas del genio, y de los elevados conceptos de las especulaciones más abstrusas. A la manera que el sol en nuestro sistema planetario es fuente perenne de vida, de actividad y de energías derramando sin cesar los esplendores de la belleza en el Universo, así el lenguaje es en el mundo de las inteligencias, manantial fecundo de actividad y colorido en las ideas, que con su benéfico influjo esplendora y vivifica. Y como la desaparición de aquel astro, inmensa hoguera encendida en medio de los cielos para bañar al mundo en sus fulgores, arrebatara al punto de nuestra vista el concierto prodigioso de la naturaleza y una horrenda noche y un silencio absoluto en la tierra presagiarían el exterminio de la vida, así al desaparecer la palabra de los reinos del espíritu, se apagaría la lumbre que á nuestros ojos ofrece con toda su variedad y hermosura, los reviste de forma sensible y presenta viviendo la vida misma de los hombres y de los pueblos, y sobre las regiones del entendimiento cerneríanse entonces súbitamente, con el silencio y la inacción, densas sombras precursoras

ciertas de un desquiciamiento social inevitable, del aislamiento de la muerte y de la frialdad del sepulcro (1).

Los problemas relativos á la naturaleza de la *palabra* y á su importancia y dignidad, han sido planteados desde la más remota antigüedad en las diversas escuelas, y estudiados según los principios filosóficos de cada una. Para los griegos los problemas lingüísticos estuvieron generalmente asociados á las teorías psicológicas, siendo de esta suerte la categoría de la

(1) Por muy lejos que estemos de la triple manifestación del *agnosticismo* filosófico (agnosticismo tradicionalista, agnosticismo ontologista y agnosticismo positivista) en sus exageraciones respectivas sobre la fuerza creadora de la palabra, que cada escuela acomoda á su peculiar sistema como veremos, no por eso hemos de rehusar reconocer el soberano influjo que como signo y como instrumento le concierne, y en cuya legítima determinación y deslinde va envuelto uno de los problemas capitales de la Ciencia del Lenguaje, de tan difícil estudio como es el de la naturaleza de la palabra en sus relaciones con la inteligencia, y tan importante como es todo lo que á ésta y á aquélla se refiere. "Wir haben in der Sprache, escribe Pott (*W. von Humboldt und die Sprachwiss.*) ein erstaunlich grosses und zugleich wundersam geheimnisvolles Räthsel vor uns, nach so vielen Richtungen hin noch ungelöstes und unverstandenes Räthsel, schwerer und unendlich verwickelter als das, welches die Sphinx aufgab; kaum leichter als das unseres Daseins und unseres Geisteslebens überhaupt, aber möglichster Lösung ebenso würdig als bedürftig."

Refiriéndose al alcance del lenguaje, dice Federico Müller (*Grundriss d. Sprachwissch.*): "Vor allen die Sprache in der geistigen Sphäre ist welche die Richtung und den Entwicklungsgang des Menschen bestimmt, und um welcher er mit der grössten Zähigkeit hängt." Was bleibt, pregunta Stuart Mill, uns von der Kenntniss der Dinge uebrig, wen wir alles hinwegnehmen was wir durch Worte von Andern erlangten? Wir müssen also bei der Aufzählung und Classification der Dinge bei den Namen aufangen und sie als einen Schlüssel, zu den Dingen gebrauchen, sodass wir uns alle Distinctionen nicht wie sie ein einziger Forscher von vielleicht beschränkten Ausichten, sondern wie sie der Gesamtgeist der Menschen erkant hat vor Auge bringen." (S. M. tr. Schiel, cit. P. Merlo). Afirmaciones son estas que aunque obedecen á los principios de escuela de los respectivos autores que las profieren, tienen un fondo de verdad que subsiste independientemente de todo sistema cualquiera que este sea.

Filosofía principio y norma de las categorías gramaticales. (Cf. Breal, *Mélanges de Mythologie et de Linguistique*; Max Müller, *Lectures on the science of Language*; Steintal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern*; Graefenhan, *Geschichte der Classischen Philologie im Alterthum* etc.). La singular importancia del lenguaje entre los hebreos puede apreciarse por lo que significaba para ellos la pureza y armonía de su idioma, que con tanto empeño han procurado siempre conservar. Las anécdotas de Demóstenes alterando intencionadamente el acento de algunas palabras en sus oraciones para llamar la atención del pueblo sobre ellas, que las corregía inmediatamente, y proporcionaba al orador el éxito de su causa; las teorías de la Lógica y de la Retórica, que en algunas escuelas casi se redujeron á las teorías gramaticales; la misma evolución histórica de la literatura, y su significación desde el punto de vista de la forma; la estudiada corrección y variedad de la morfología y sintaxis de su gramática, pudieran servir para evidenciar lo que venimos diciendo. Puede afirmarse que la divinidad de la Elocuencia y de la Poesía fueron en Grecia las divinidades de la *palabra*.

Cosa análoga ha sucedido con los estudios filológicos de los romanos, quienes recibieron de la Grecia la influencia doctrinal directa de sus teorías en punto al lenguaje, con los sistemas filosóficos á que venía subordinada la solución de los problemas de la palabra. Oportunamente habremos de exponer las corrientes helénico-latinas, que han sido por tantos siglos norma obligada de las escuelas lingüísticas de Europa hasta el advenimiento del sanscritismo, el cual como ocasión más que como causa, determinó en el siglo XIX el método de la Filología comparada.

Si desde este punto dirigimos una mirada retrospectiva á las anteriores edades, el influjo greco-romano y la dirección filosófica aparecen manifiestos en los estudios lingüísticos hechos con intento científico en todas las épocas de la civilización europea; y aun el empirismo gramatical y etimológico en la parte práctica son trasunto fiel del inseguro criterio de los escoliastas de la decadencia de Grecia y Roma, como veremos.

Y es de observar que si en la antigüedad clásica sirven de guía á la glosología científica los sistemas filosóficos, con igual, por no decir mayor subordinación á las ideas lógicas y psicológicas, aparece aquélla en las diversas escuelas que nos ofrece la Historia de la Filosofía hasta nuestros días. El *nominalismo* y el *realismo exagerado* (por no recordar más que sistemas sig-

nificados) en frente á cuyos principios lógico-lingüísticos el *realismo moderado* ha venido sosteniendo el legítimo valor de la palabra y de los conceptos universales; el *ontologismo* de Malebranche hasta el de Gioberti; el *sensualismo* de Locke con las transformaciones de Condillac y sus secuaces; el *criticismo* de Kant elevado á las regiones del *trascendentalismo absoluto* en Hegel y sus inmediatos predecesores y sucesores; el *tradicionalismo* de Lamennais con las variantes de Bonald, Ráulica, etc.; el *positivismo*, en fin, de la escuela de Comte con las transformaciones de sus discípulos, y las necesarias y lógicas alianzas con el *darwinismo*, han ejercido influencia notable en las correspondientes teorías sobre el lenguaje; teorías modeladas á la semejanza de los principios respectivos en las escuelas mencionadas, y que oportunamente habremos de exponer en el decurso de este libro.

Los indios, cuyo idioma y aun ideas gramaticales tan extraordinario y decisivo influjo hubieron de ejercer en la Filología comparada, elevaron el lenguaje á los honores de la divinidad, y le han considerado como el distintivo más alto de supremo Brahma, cuando no la han identificado con él, expresando con vivas imágenes y personificaciones la virtud mágica, el poderío sin igual que en el mundo del espíritu ejerce la *palabra*. «Ella (dice Váck —la Palabra personificada— en el *Rig-Veda*) es la primera que ha conocido á los santos dioses y que ha hablado á las divinidades; la que se halla por todas partes difundida, penetra las cosas y tiene á todos subordinados sin que lo adviertan; la que manifiesta cuanto es digno de estima á los hombres y á los dioses, y que hace poderoso, brahmán, profeta y sabio á quien ella dispensa sus favores. Ella la que tiende el arco á Rudra (dios del rayo), hierde de muerte á los enemigos de las divinidades, pelea por el pueblo, llena cielo y tierra, y en medio de todos los seres eleva hasta el cielo su cabeza». — «Como el viento yo soplo abarcando todos los seres, y pasando más allá del cielo y de la tierra; tal soy en grandeza.» (*Rig-Veda*, X, 125.) Cf. el Atharva-Veda, IV, 30 y XIX, 9 (1).

(1) He aquí el texto íntegro del *Rig-Veda* á que nos referimos, y que merece ser conocido en todo su conjunto, aunque arriba no lo hemos trasladado totalmente. El lector deberá suplir las deficiencias de transcripción inevitables por falta de caracteres propios, y aun de signos que de algún modo pudieran reemplazarlos.

1. "Aham rudrebhih vasubhih carami, aham aditayaih uta viçva-

Por el concepto racional que de la *palabra* como de la *poesía* han tenido los indios, el cual no es inferior al de los griegos, se ve claramente la elevación de sus ideas en este punto, así como la exactitud de sus apreciaciones, según tendremos ocasión de advertir. (Cf. Regnaud, *La Rhétorique Sanskrite*, etc.)

Pero cuanto es noble la misión de la palabra é importante el objeto del lenguaje, tanto más difícil es el estudio de su naturaleza y mayores y más árduas son las cuestiones que en él se ofrecen y múltiples las teorías que se disputan la verdad de sus soluciones.

Colocada el habla humana en los confines de ambos mundos del sensible y del inteligible, participa de las leyes que en ellos rigen, y lleva en sí misma los problemas que á dichos dos órdenes se refieren, objeto de tantas controversias en el campo de la ciencia. Las teorías antropológicas, psicológicas é históricas vienen por lo mismo á encontrarse por mil maneras

devaih. Aham mitravaruna ubha bibharmi, aham indragnim, aham acvina ubha.

2. Aham Somam ahanasam biharmi, aham tvashtaram uta pushanam bhagam, aham dadhami dravinam havishmate supraye yajamanaya sunvate.

3. Aham rashtri samagamani vasunam cikitushi prathama yajniyanam, tam ma devah vyadadhuh purutra bhuristhatram bhuryaveçayantim.

4. Maya sah annam atti yah vipacyati yah praniti yah im çrnoti uktam amamtavah mam te upakshiyanti çrudhi çruta çradddhivan te vadami.

5. Aham eva svayam idam vadami jushtam devebhih uta manushebhih, yam kamaye tam ugram krnomi tam brahmanam tam rshim tam sumedham.

6. Aham rudvaya dhanu a tanomi, brahmadvishe çarave hamta vai um. Aham janaya samadam krnomi, aham dyavaprthivim aviveça.

7. Aham suve pitaram asya murdham, mama yonih apsvamtah çamudre, tatah vitishthe bhuvana anu viçva uta amum dyam varshmanam upa sprçami.

8. Aham eva vatah iva pravami arabhamana bhuvanani viçva parah divaparah ena prthivya etavati mahina sam babhuva. (*Rig-Veda*, l. cit.).

con las teorías filológicas y ejercer marcada influencia en ellas, llevando no pocas veces sus prejuicios á perturbar la marcha regular de las investigaciones glotológicas, de igual suerte que sus doctrinas verdaderas hubieran contribuido á asegurar las conquistas de la nueva ciencia y á fijar las leyes y norma de sus principios. Puede decirse que las diversas encontradas soluciones lingüísticas en los puntos fundamentales, y en todo aquello que se refiere al nexo singular del orden de las ideas con el orden de las cosas que se establece en el lenguaje, son determinadas de una manera inmediata por los opuestos principios filosóficos y científicos en general, que se hacen intervenir en ellas.

La Filología comparada, debe estudiar el lenguaje en sí mismo y en su ser abstracto, y debe también estudiarle en sus manifestaciones concretas. Ha de fijar la naturaleza del lenguaje en su conjunto y como medio de expresión de las ideas, y luego examinar sus variedades en la historia, mediante los elementos léxicos, morfológicos y sintácticos de cada idioma. Y en estas investigaciones de la naturaleza de la palabra como auxiliar de la inteligencia, y de las formas históricas que reviste en el tiempo, está el todo complejo de la Ciencia del Lenguaje, que estudiando la síntesis singular de la palabra y del concepto viene á colocarse en los confines de las ciencias del espíritu y de la materia, y en cierta manera ha de contraponerse á unas y otras, ya que la palabra es órgano universal de toda forma de conocimiento (1).

(1) En este sentido no ha dudado Boeckh denominar á la Filología comparada "dialéctica histórica y viviente"; el *ῥηλικὸς μαθημάτων* con que Platón designa la parte fundamental de su Filosofía. "Dinámica de las inteligencias" la llama Novalis, y con él P. Merlo en su *Saggi Glottol.*, t. I.

Con referencia á las necesarias relaciones de la Ciencia del Len-

Entre las disciplinas con las cuales confina y guarda próximas relaciones la Ciencia del lenguaje, están de una parte la Lógica y la Psicología, y de otra la Antropología y la Etnografía. Con las dos primeras se relaciona en cuanto se estudia el lenguaje en *si mismo* ó sea *en abstracto*; con las últimas en cuanto se considera en su *ser individual* ó *en concreto*, como idioma peculiar de cada pueblo. *Históricamente* considerado el lenguaje, abraza los dos órdenes de relaciones y propiedades que le corresponden como *ser individual* y como *ser abstracto*, sin los cuales elementos no se da idioma alguno.

Por esta misma condición concreta de las lenguas entran en el estudio *adecuado* de ellas, los criterios generales de orden histórico, y aún los superiores de carácter teológico en cuanto puedan aquéllos ser ilustrados y completados por éstos, sobre todo, en lo que atañe á los primitivos orígenes de la palabra, que, como las investigaciones acerca del origen del hombre, tan sólo pueden tener dirección legítima y racional en las enseñanzas de una Teología de verdad indiscutible y de firmeza nunca desmentida. Con esta ciencia confina la Filología comparada no sólo por lo que atañe al origen del lenguaje, sino también desde el punto de vista psicológico y antropológico del mismo, en cuanto la Psicología y la Antropología encuentran normas generales á las luces que suministran los Dogmas (1).

guaje, con otras ramas del saber, escribe atinadamente el filólogo húngaro Giesswein en su Hauptpr. der Sprachwissenschaft (trad. del magyar "Az összehasonlító nyelvészet fő problémái"): Die Sprachwissenschaft steht an der Grenzscheide zweier Hauptzweige des menschlichen Wissens, nämlich der historischen und der Naturwissenschaften; sie ist gerade deshalb dazu berufen, ein vermittelndes Band zwischen den verschiedenartig beschaffenen Wissenszweigen zu bilden, indem sie Anthropologie, Philosophie, Ethnographie, Theologie..... miteinander in nähere Berührung bringt.

(1) Por aquí se ve: 1.º que los criterios teológicos alcanzan al conjunto de la Ciencia del Lenguaje, á los elementos que la constituyen y á las ciencias auxiliares que la Filología comparada utiliza en sus investigaciones, entre los cuales ocupan lugar principalísimo la Lógica, la Psicología, la Antropología y la Etnología. 2.º Que dichos criterios pueden ser en la Ciencia del Lenguaje *positivos* ó *negativos*, según sea necesario atenderse á ellos directamente ó tan sólo no excluirlos en el decurso de las investigaciones de la ciencia. Siendo la existencia de verdades dogmáticas científicamente demostrable y demostrada, la Ciencia del Lenguaje no está racionalmente autorizada para prescindir de ellas, tanto menos, cuanto con

No puede, sin embargo, dejar de reconocerse la notable diferencia que existe entre la Ciencia del Lenguaje y las disciplinas auxiliares de que hemos hablado. Por eso son igualmente reprobables en Filología comparada, el *psicologismo* de las escuelas trascendentales, el *empirismo* positivista de Schleicher con todas las variantes del materialismo anterior y posterior á él, y el *revelacionismo* exagerado de la escuela tradicionalista en todas sus variedades. De todos estos extremos y de otros con ellos relacionados, habremos de ocuparnos en el decurso de este libro, al estudiar la naturaleza, origen del lenguaje, etc. Aquí nos limitamos á hacer las observaciones generales siguientes:

1.º Que la ciencia del Lenguaje ó Filología comparada no puede identificarse con la Lógica: a) porque la Lógica (ciencia ó arte ó ambas cosas á la vez) es disciplina de raciocinio y que directamente se refiere á las operaciones de la inteligencia humana; la Ciencia del Lenguaje es disciplina histórica que directamente se refiere á los sonidos articulados, expresión de las operaciones intelectuales. b) La Lógica tiene por objeto los conceptos en si mismos, que como tales no necesitan expresión determinada para ser inteligibles, y se formulan en categorías, y luego en palabras, á la manera que las Matemáticas en signos algebraicos; la Ciencia del Lenguaje tiene por objeto las palabras en cuanto son determinada expresión de los conceptos y de sus categorías, de suerte que aquellas que son simplemente *medios* para la Lógica, constituyen *fin* en la Filología comparada. c) La Lógica es una en si misma por su objeto, como unas mismas son las leyes de las ideas; la Ciencia del Lenguaje, aunque una en si misma, es múltiple en su objeto, como

facilidad acoge los principios, muchas veces inciertos y falsos de otras ciencias, de los cuales no juzga prudente prescindir. 3.º Que el carácter general de los estudios científicos de la lengua reviste forma histórica, en cuanto de esta suerte se nos ofrece la realidad de la palabra en todo su conjunto como manifestación psicológica y fisiológica humana, y de tal manera nos elevamos al estudio de las causas concretas del lenguaje, al conocimiento de su objeto y fin, y á los más generales problemas que á la palabra se refieren. En este sentido hacemos nuestras las siguientes palabras de Sichoff: "Philologie und Geschichte gehen Hand in Hand, und die eine leiht ihren Beistand der Anderen..... und wen der Faden der Ueberlieferung reisst, dann beginnt der alte Stammbaum der Wörter, welcher den Fall der Reiche überlebt, ihre Wiege zu belenchten."

múltiples son los idiomas y las gramáticas respectivas. *d*) Dada la identidad de las categorías lógicas y de las categorías gramaticales, el desarrollo de ambas sería idéntico también; y sin embargo esto no se verifica en manera alguna. El verbo mismo que es elemento lógicamente necesario é indispensable, no lo es gramaticalmente; y así sucede en algunas lenguas asiáticas (grupo malayo) y en algunas americanas (grupo algoquin), que no tienen verbos. *e*) La verdad de las proposiciones lógicas es independiente de la verdad de las proposiciones gramaticales; así, una proposición filológicamente exacta, puede ser inexacta lógicamente y viceversa; porque una proposición falsa puede ser rigurosamente gramatical, y una verdadera puede no serlo si no se guardan las leyes del lenguaje en su expresión.

2.º Que la Ciencia del Lenguaje tampoco es ciencia puramente psicológica: *a*) porque la Psicología tiene por objeto el estudio del espíritu humano en si mismo y en sus facultades, mediante las observaciones de la conciencia y las deducciones racionales, y la Ciencia del Lenguaje estudia las manifestaciones de ese mismo espíritu objetivadas en los sonidos, prescindiendo de la naturaleza de aquél. *b*) La Psicología inquiera la naturaleza racional del hombre y el origen de las ideas; la Filología comparada busca la naturaleza de la palabra y el origen del lenguaje. *c*) El objeto de la Psicología es uno por su naturaleza é intelectivo, como es el alma y sus potencias; el de la Ciencia del Lenguaje es por naturaleza múltiple y sensitivo, como son las palabras y sus formas. *d*) Dada la identidad de la Psicología y de la Ciencia del Lenguaje, sería imposible que hubiese ideas sin palabras correspondientes, y que existiesen palabras sin que expresen verdaderas ideas; lo cual es absolutamente falso, porque tenemos idea de muchas cosas antes de conocer su denominación, y á la vez sabemos nombres cuyas ideas expresadas no son en unos casos del todo desconocidas y en otros conocidas imperfecta y equivocadamente. Asimismo, tenemos ó formamos frases filológicamente exactas que no tienen valor ideológico real ni posible, como sucede en las ficciones quiméricas y en las asociaciones de ideas incoherentes por su naturaleza. *e*) Supuesta la identidad psicológica y lingüística, el origen de las ideas sería el origen del lenguaje; las ideas serían ininteligibles sin la palabra, y como la palabra es ininteligible si no supone una idea, resultaría imposible á un mismo tiempo la adquisición de la idea y de la palabra; las mismas ideas, son expresadas en diversos idiomas por palabras diversas; por consiguiente, las ideas son independientes de las

palabras, ó hay que decir que palabras é ideas son á un mismo tiempo idénticas y diversas (1).

(1) Nos limitamos á notar estas diferencias generales entre la Filología comparada, la Lógica y la Psicología, porque ellas solas bastan á nuestro objeto. Las exageraciones de escuela, cualesquiera que sean en este punto, tienen en Filología comparada la refutación misma de los respectivos sistemas filosóficos.

F. Müller en su *Grundriss der Sprachwissenschaft* (t. I. Stellung der Sprachwiss. in Kreise der Natur und Geisteswissenschaften), señala como diferencia entre la Lógica y la Ciencia del Lenguaje, que la primera es abstracta como las matemáticas, mientras la segunda es concreta como la historia. Esto no es exacto, ya porque la Lógica no es puramente abstracta, á la manera de las matemáticas, sino que reviste caracteres directamente concretos, ya porque la Ciencia del Lenguaje es á un tiempo concreta y abstracta, según el punto de vista desde donde se considere, y según se estudien las formas del lenguaje cronológicamente, en cuanto esto sea factible, ó se inquieren las leyes que rijan en los idiomas y los problemas racionales que éstos suscitan. Tomando el ejemplo comparativo de las matemáticas, diríase con más exactitud que como éstas pueden ser ciencia abstracta ó de aplicación, así la Filología comparada puede tener ambos aspectos. Y así lo nota Alej. Giesswein: "Wie die Mathematik, kann auch die Sprachwissenschaft eine reine oder eine angewandte Wissenschaft sein."

No es menester advertir que al hablar de Lógica y Psicología, tomamos su concepto según el clasicismo escolástico tan alejado de la Lógica y de la Psicología del empirismo como de la Lógica y Psicología del trascendentalismo. Dentro de su sistema consideramos la Lógica en cuanto está ordenada á la dirección de la inteligencia para la adquisición de la verdad, de la certeza y de la Ciencia en general, sin hacer entrar en ella el estudio de las verdades ontológicas á que se refiere y que son rama filosófica distinta, siquiera no falten ejemplos de opuestos procedimientos. *Manera de poder saber*, ha llamado á la Lógica Aristóteles (Meth., l. I), y andamio y vestíbulo de las ciencias la han dicho también con verdad Kant en la *Crítica de la razón pura*, y Herbart en la *Introducción á la Filosofía*. Y en este sentido restringido y propio, hablamos aquí de la Lógica. (Cf. entre otros muchos, Prisco, *Elementi di Filosofia Speculativa*, t. I).

También el concepto de Psicología, que distinguimos aquí del de Filología comparada, no es otro que el tradicional aristotélico en el cual se incluye el de la vida propia del espíritu y el de sus manifestaciones á través de la realidad de la materia como principio íntimo del compuesto viviente—*Ἔστι δὲ ἡ ψυχὴ τοῦ ζῴου σώματος αἰτία καὶ ἀρχὴ κ. τ. λ.*—(Arist. 2, de an. 4). Con esto queremos indicar que

3.º Que la Antropología y la Etnografía tampoco guardan íntima y necesaria relación con la Filología Comparada. Nada más natural á primera vista que suponer para hombres emparentados por una misma raza, idiomas emparentados en una misma familia lingüística, y sin embargo este paralelismo antropológico-lingüístico no resulta exacto; porque sucede que pueblos de una misma raza hablan idiomas de familias distintas, y al contrario, pueblos de distinta raza hablan lenguas de una misma familia. Aun más; acontece que dos pueblos de distinto origen llegan á tener una lengua común que es completamente extraña á la familia lingüística propia de ambos respectivos pueblos. Y son por esto tan independientes la Antropología y la Filología comparada, que en rigor se puede sostener el *poligenismo* filológico sin dejar de admitir el *monogenismo* antropológico, según tendremos ocasión de observar.

Como se ve, la Antropología no conviene con la Filología comparada debido á las agrupaciones antropológicas reales ó posibles de diversas razas, que pueden efectuarse independientemente de las agrupaciones y cambios lingüísticos. Mas por ello mismo pudiera pensarse que la Etnología habrá de guardar conformidad con la Ciencia del Lenguaje, toda vez que aqué-

se excluyen de una parte las teorías trascendentales, según las cuales todo el sér humano es absorbido por la evolución pura del espíritu, cuyas manifestaciones realizan á nuestros ojos toda objetividad, y de otra las teorías empíricas, cualesquiera que sean sus formas y procedencia, que encierran y limitan á los fenómenos de la vida física toda la realidad psicológica y todo el sér del espíritu. Los primeros, haciendo desaparecer el elemento físico y fisiológico ante la actividad psicológica, pervierten á un tiempo la idea de la Psicología y la de la Ciencia del Lenguaje, que se convierte en uno de los procesos dialécticos ordinarios de la escala evolutiva del espíritu en el cual se encierran. "Die dialektischen Productionen (es principio trascendentalista) und Begriffe sind Entwicklungstufen des Geistes, von denen die höhern die niedern in sich aufgehoben enthalten." Los segundos convirtiendo, por el contrario, la Psicología en parte de la Fisiología, renuncian á toda idea de la vida racional, y con ello á la exposición científica de la palabra, que sólo se mantiene en cuanto fórmula viva del mundo de las ideas, cuya realidad se niega en los sistemas aludidos. "Der Geist im menschen ist nur die Allgemeinheit der Sinne.—Das Geheimniss des Lebens ist die sinnlichkeit", escribe Feuerbach (*Worles. ü. des Wessen d. Relig.*) resumiendo los principios del empirismo general materialista. Las consecuencias lógicas en estos sistemas en orden á la Filología comparada, habremos de ofrecerlas oportunamente.

lla consiste precisamente en el estudio de dichas agrupaciones. Pero esto tampoco sucede; porque razas y pueblos agrupados etnológicamente y reunidos en una misma nación, pueden conservar y conservan de hecho alguna vez los respectivos idiomas.

Dicho se está que se toma aquí la Etnología en la acepción usual, así como al hablar de la Antropología en comparación con la Ciencia del Lenguaje, no la tomamos en el sentido amplio que algunos le atribuyen de significar la ciencia del sér humano física é intelectualmente considerado, en lo cual se incluiría la Psicología y aun la Filología comparada, sino en el más estricto que la limita al estudio de las condiciones externas y naturales del hombre, y que es el que comunmente se le da.

Tan sólo desde el momento en que colocándonos en el punto de vista de las manifestaciones psíquicas peculiares de cada pueblo, en cuanto con ello se expresa el reflejo del medio físico, intelectual y social en los actos humanos, se estudie el lenguaje como determinado por las varias influencias que en él recaen, podrán hallarse en algún sentido relaciones entre clasificaciones etnológicas y clasificaciones lingüísticas. Y decimos en algún sentido, porque no será ya propiamente entonces una razón de Etnología según el valor usual de la palabra, la que habrá de invocarse, sino un motivo ó motivos psicológico-sociales dentro de grupos etnológicos que llevan ó han llevado á determinados hechos glotológicos y á las formas peculiares del lenguaje, cuyo estudio constituye lo que denominamos *Etnopsíquica* (1).

(1) En la *Etnología*, en efecto, podemos distinguir lo que los alemanes han dado en denominar *Volkerpsychologie* y nosotros llamaremos *Etnopsíquica*, ó sea el estudio de las manifestaciones concretas del espíritu de cada pueblo como tal, en un medio ambiente dado. En este sentido el lenguaje entra en la Etnología, y es una de las ramas más importantes de la *Etnopsíquica*, como fruto de la vida de cada pueblo en el medio ambiente físico, social é histórico en que se encuentre ó se haya hallado. Decimos *Etnopsíquica* y no Etnopsicología, etc., porque la *psíquica* como contrapuesta á la psicología, designa los fenómenos de la vida del entendimiento y de los sentidos en cuanto determinados por sus causas próximas, y sin relación directa á sus primeros orígenes, mientras la *psicología* se refiere á la vida del espíritu en sí misma y en los fenómenos externos en cuanto directamente la reflejan. Por eso siendo una la naturaleza del espíritu en todos los individuos humanos, no puede hablarse á no admitir el determinismo de una "psicología de los pueblos" (*Völkerpsychologie-Etnopsicología*), como distinta de las de los miembros que las

Preseindiendo, pues, de la reductibilidad ó irreductibilidad de las lenguas á la unidad, de lo cual no tratamos en este lugar, es desde luego completamente ilógico el proceder de todos aquellos filólogos evolucionistas (como Pott, *Die Ungleichheit menschl. Rassen hauptsächlich vom sprachwiss. Standpunkt*; Scheleicher, *Die Deutsche Sprache*; Chavée, *Moïse et les Langues*; Hovelacque, *La Linguistique*; La Calle, *La Glossologie*, etc.), que partiendo, como de verdad inconcusa, de la pluralidad originaria de las lenguas, concluyen sin reparos la pluralidad originaria de las razas humanas. Aun admitida como

componen. Por el contrario, siendo la *Psíquica* el estudio de la forma exterior de los hechos psicológicos, y de la razón circunstancial que los ofrece, puede existir una *Etnopsíquica*, sin detrimento alguno del ideal psicológico que debe mantenerse íntegro en medio de las contingencias de la historia que la Psíquica eslabona y sistematiza. La Psicología sosteniéndose en las esferas de derecho y de la libertad, y la Psíquica examinando las limitaciones de hecho en el ejercicio de aquella, no pueden confundirse sin que el hecho y el derecho pierdan respectivamente su carácter y naturaleza, y con ello se lesionen principios legítimamente inviolables.

Sentemos, pues: 1.º la posibilidad de una rama etnológica con el carácter indicado, para la cual proponemos la denominación de *Etnopsíquica*, y que expresa en principio la adaptación realizada de la actividad psicológica en uno ó más pueblos como tales. El lenguaje ya en cuanto conjunto expresivo de ideas y sentimientos (y por lo mismo en su trama sintáctica) ya como resultante fonético de la acción acumulada del medio físico y tradicional sobre los que lo hablan (y por consiguiente en su distribución morfológica), presenta los caracteres más definidos de aquella adaptación, y cae dentro del número de fenómenos etnopsíquicos más acentuados. 2.º Que en el sentido antes expresado la Psíquica es la Psicología *histórica* de los individuos, como la Etnopsíquica lo es de la de los pueblos y por lo mismo se distinguen, no sólo por su condición peculiar arriba señalada, sino también por los procedimientos, que en la Psicología, supuesta la realidad humana, son *a priori* y del orden especulativo, y en la Psíquica, supuesta la realidad psicológica, son *a posteriori* y de la categoría de actos no realizables sino ejecutados. 3.º Que por lo dicho al introducir la distinción aludida, y por el hecho de introducirla, estamos lejos de aceptar la noción de Psíquica como sinónima de Psicología, aunque no falten ejemplos en contrario (así lo hace, entre otros, H. Münsterberg, en su reciente libro *Ueb. Aufgabe und Methode der Psychologie*), y menos en el sentido positivista, que no deja de la verdad *psicológica* otra cosa que los fenómenos concretos, los actos *psíquicos*, una Psicología sin alma y un constitutivo más de las ciencias históricas, ó mejor, de las naturales. Este es-

cierta la premisa establecida por dichos filólogos, que está muy lejos de serlo, tal conclusión sería por lo indicado insostenible y falsa, como en otro lugar diremos más ampliamente. Max Müller (*Leçons sur la Science du Langage*), ha notado por su parte la sin razón de tales deducciones; y el mismo Federico Müller, de la escuela evolucionista, lo ha reconocido también expresamente, siquiera fuese con propósito ajeno á la verdad que defendemos. (*Grundriss d. Sprachwissenschaft*, I Bd. 1. Abth. s. 50).

El estudio de las lenguas puede considerarse desde un triple punto de vista: 1.º en cuanto tiene por objeto conocer gramatical y lexicográficamente uno ó muchos idiomas, pero tan sólo como *instrumentos* para ulteriores estudios, para leer y escribir lenguas extrañas, ó para los usos generales de la vida práctica. Tal es el objeto de la *Glótica*, que pudiera decirse también *Lingüística*. Tratándose de pluralidad de lenguas denominase dicho estudio *Poliglotía* ó *Poliglótica*, y con relación á esto se habla de libros y de personas *políglotas*. 2.º en cuanto tiene por objeto conocer un idioma como instrumento y medio de una Literatura, si-

para muchos, el concepto de la Psicología desgajada del árbol de la Filosofía, y fruto comparado de la fisiología, de la etnografía y glotología, etc.—Waiz, *Lehrbuch d. Psychol. als Naturwissensch.*; Volkmann, *Grundriss d. Psychologie... nach genetischer Methode*; Nohlowsky, *Das Gefühlleben*; Cornelius, *Zur Theorie d. Wechselwirkung zwischen Leib und Seele*; J. H. Fichte, *Anthropologie, Lehre von d. menschl. Seele*, etc.; G. Schilling, *Lehrbuch d. Psychologie*, y otros muchos. 4.º Que dada nuestra noción de *Etnopsíquica*, no es imposible reducir á ella (ajustando á sus criterios el fondo y transformando la denominación impropia y regional) lo que se llama por algunos *Völkerpsychologie*. Esta es, dice Lazarus (*Zschrft. für Völkerpsychol. und Sprachwiss.*) "die Lehre von den Elementen und Gesetzen des geistigen Völkerlebens; es kommt ihr darauf an, das Wesen des Volksgeistes und sein Thun psychologisch zu erkennen, die Gesetze zu entdecken, nach denen die innere geistige Thätigkeit eines Volkes in Leben, Kunst und Wissenschaft vor sich geht, sich ausbreitet, erweitert oder verengt, erhöht oder vertieft." Todo lo cual puede decirse dentro de nuestros conceptos, y sólo dentro de ellos es racional y admisible.

guiendo á través de las varias manifestaciones científicas y literarias en general, el desarrollo de la vida intelectual histórica de un pueblo, de una institución ó de una civilización entera. Tal es el objeto de la *Filología* en su acepción genérica. 3.º en cuanto se propone el examen científico de las lenguas en sí mismas, analizándolas, comparándolas, fijando las leyes de su existencia y evolución, su historia y sus relaciones de parentesco con las demás. Y este estudio constituye la *Ciencia del Lenguaje* (1). En los dos primeros casos las lenguas tienen razón de *instrumento*; en el último tienen razón de *objeto* y son fin inmediato de las investigaciones glotológicas.

Entre los varios nombres con que se ha intentado designar la *Ciencia del Lenguaje*, son los más comunes el de *Filología comparada* y el de *Lingüística*, si bien esta última denominación es la menos apta para significar el concepto científico que se intenta expresar.

De los tres grados que hemos señalado en el estudio de las lenguas, el inferior es el que se designa con el nombre de *Poliglotismo* ó estudio simplemente *lingüístico*; ya que se funda en un procedimiento puramente empírico, donde no se inquiera razón alguna fuera de las reglas gramaticales del idioma, y si llegan alguna vez á esbozarse los principios de la *teoría*

(1) En esta división están comprendidos los varios objetos de los estudios lingüísticos, si bien no todas las lenguas sirven para el triple estudio mencionado. Idiomas hay que no sirven para el lingüista práctico, y son útiles para la Filología general y para la Filología comparada; otros que siendo utilizables en ésta (porque en la *Ciencia del Lenguaje* lo son todas las lenguas), no son útiles en la *Glótica*, por la condición del pueblo que los usa, ni en la Filología general, por no tener Literatura, á cuya investigación va ordenada dicha disciplina.

F. Müller en su *Grundriss* etc.—*Einleitung in die Sprachwissenschaft—(Zweck und umfang der Sprachkenntnis)*, hace clasificación análoga á la nuestra, la cual vemos reproducida por R. De la Grasserie en su libro *Divisions de la Lingüistique*.

de la lengua, es con subordinación al fin de las reglas gramaticales aludidas. Por eso la *Glótica* no es ciencia, sino simplemente arte en el cual se persigue, como hemos dicho, el fin de entender y hablar las lenguas sin ideal más elevado.

El objeto de lo que hemos llamado *Filología general* ó sea la Filología en la acepción amplia que hoy se le atribuye, y en cuanto por ella conocemos la vida literaria de los pueblos, es superior al de la *Glótica*; y si bien en este caso los estudios lingüísticos no puede decirse que procedan por principios propios científicos y de sistema, pues la lengua misma viene también directamente á constituir parte de los monumentos literarios que filológicamente se intentan examinar, conservan sin embargo su nota característica ya en la categoría de *arte bello* ya en la de *ciencia* tal como corresponden á la *Literatura*, á uno de cuyos órdenes ó á ambos á la vez (en cuanto á la *Literatura* puede ser arte ó ciencia) habrá de reducirse todo el conjunto de la labor filológica mencionada.

La Filología en el sentido en que acabamos de considerarla se refiere principalmente á la parte literario-histórica y monumental de la vida intelectual de los pueblos, y por eso se ocupa particularmente de las *literaturas clásicas* con todo lo que con ellas se relaciona, llevándonos á apreciar su valor y significación social, histórica y científica en general.

La Filología comparada ó *Ciencia del Lenguaje*, representa el grado supremo en el estudio de los idiomas, porque se propone investigar científicamente los problemas lingüísticos en sí mismos, para conocer el origen, naturaleza, vida y evolución de las lenguas; analizar los elementos que las constituyen, clasificar los idiomas y establecer su verdadero carácter psicológico, con todos los demás problemas que de esto se originan y que oportunamente habremos de examinar.

Es de advertir que en las tres formas señaladas de estudiar las lenguas, las dos primeras están en razón de *medio* al fin no sólo para sus respectivos inmediatos objetos, como hemos visto ya, sino con respecto al objeto mismo de la *Ciencia del Lenguaje*, á la cual la *Glótica* y la *Filología general* pueden ordenarse como *instrumentos*. En su condición de instrumentos, así en el Poliglotismo como en la Filología general puede darse variedad de grados. Uno y otra son más ó menos utilizables en orden al fin de la Ciencia del Lenguaje ó Filología comparada, según se planteen los problemas y según la clase de estos que se intente examinar y resolver.

Por mucho tiempo y de una manera tradicional, se han considerado indistintamente los estudios filológicos como estudios gramaticales y lingüísticos en su acepción genérica. Mas desde Wolf acá se ha hecho prevalecer una significación especial en la palabra *Filología*, que ya se le había dado en la antigüedad en forma análoga, y que corresponde á la que, contrapó, niéndola á la Glótica y á la Filología comparada, hemos denominado *Filología general*. Esta acepción de la Filología tiene hoy una significación más amplia que la expresada por Wolf quien limitaba y hacía converger tales estudios á los de «la antigüedad griega, punto central para reconocer lo que es el hombre y la humanidad.» Entre los modernos y según lo que atrás dejamos indicado, la Filología abraza la exposición sistemática de todas las manifestaciones de la actividad humana en el espacio y en el tiempo, en cuanto se ordena al mejor conocimiento del hombre y de su destino social é individual. Puede decirse que la Filología así considerada es una especie de Psicología empírica, que estudia el espíritu en el tiempo y en el espacio, mientras la Psicología filosófica lo estudia en sí mismo y en los fenómenos de la conciencia. Para Otf. Müller como para Boeckh (los dos más decididos introductores modernos de la escuela filológica, contra la tendencia *conservadora* de Hermann y sus partidarios), «la Filología no se propone examinar hechos particulares ni conocer formas abstractas, sino abarcar el espíritu antiguo todo entero en las obras de la razón, de la imaginación y del sentimiento.» «Limitar la Filología á la exé-

gesis de los autores antiguos, sería tan arbitrario como limitar la Botánica á la distribución de las hierbas de un campo.» En estos mismos pensamientos abundan otros muchos escritores posteriores.

Aunque así considerada la Filología, es susceptible de todas las divisiones de la Historia, y aun puede decirse que es el *abstractum* más completo de la historia de la humanidad, como ya indicaba Otf. Müller al protestar de los procedimientos de separación entre las dos disciplinas, sin embargo tiene divisiones peculiares, que varían según el punto de vista que se elija. Suele aceptarse, aunque es por varios conceptos inexacta, la división de los *cuatro periodos*, que personifican cuatro nombres conocidos. El periodo italiano ó de imitación, representado por Petrarca; el periodo francés ó de la polihistoria, representado por Escaligero; el periodo anglo-holandés ó crítico, representado por Bentley; el periodo alemán ó histórico que comienza con Boeckh.

Mas la palabra Filología tiene otra significación muy diversa cuando se aplica á la Ciencia del Lenguaje, que se denomina entonces *Filología comparada*, y es acepción muy recibida. E. Littré en su *Diccionario (Filología)*, reconoce tres diversas significaciones en dicha palabra: 1.º la general, ó sea «una suerte de saber genérico que se refiere á las bellas letras, lenguas y crítica; 2.º la general particularizada, ó sea el estudio de una lengua como medio de una literatura, de su crítica, etc.; 3.º la de Filología comparada ó estudio aplicado á muchas lenguas, el cual se realiza y se perfecciona por la comparación de unos idiomas con otros. Los dos miembros primeros de esta clasificación se reducen á la Filología general según la noción ya dada, y el último es el concepto de la Ciencia del Lenguaje.

Se ha intentado sustituir la denominación de *Filología comparada* con la de *Lingüística*, calificativo «un poco bárbaro» como lo llama Max Müller, que los filólogos de la escuela francesa han introducido (1). Entre éstos A. Hovelacque (*La Lin-*

(1) Al formarse la nueva ciencia se han ensayado para designarla los nombres de «Etimología científica», «Glosología», «Glotología», «Fonología», «Logología», «Ciencia del Lenguaje», «Filología comparada», «Lingüística», etc.; pero algunas de ellas han sido aceptadas y prevalecido preferentemente. En Alemania é Inglaterra fué admitido generalmente el nombre de «Ciencia del Lenguaje», en Italia el de «Glotología», en Francia el de «Lingüística», y simultáneamente con todos éstos, el de «Filología comparada.» Por nuestra

güistique, chap. 1), cree insostenible la denominación de Filología comparada, porque si la «Filología» como tal y sin otra adición no significa la Ciencia del Lenguaje, con denominarla «comparada» no puede transformarse su significación general en significación lingüística.

Por su parte el filólogo inglés A. H. Sayce, á pesar de aceptar el nombre de Filología comparada alternando con el de Ciencia del Lenguaje, juzga que sobra la adición de «comparada» porque según él, todo conocimiento científico por el hecho de serlo, es necesariamente *comparativo*; de suerte que para Sayce, «Filología comparada» «es nombre largo y engañoso á la vez». (*The Principles of Comparative Philology*, c. 1).

No hemos de detenernos á discutir aquí una cuestión que es puramente denominativa, teniendo sobre todo en cuenta que en punto á denominaciones de ciencias, sobre un fondo de analogía entre cada ciencia y el nombre aplicado, ha constituido la aceptación convencional la razón suprema de la propiedad que en la dicha aplicación nominal solemos descubrir. Muchas pruebas pudiéramos presentar de nuestro aserto, y aun de transformaciones tales en la evolución de la ciencia, que la semejanza primitiva entre ésta y el nombre que se le ha impuesto, queda inmensamente alejada y casi borrada en absoluto. Max Müller en las primeras páginas de sus «Lecciones sobre la Ciencia del Lenguaje» (Serie 1., lec. 1), hace ver aunque á otro propósito las diferencias entre el concepto de varias disciplinas y la composición etimológica del nombre con que son conocidas. Y es obvio á todos que en multitud de casos el nombre de una ciencia, más que para su definición real, sirve como frase mnemotécnica para retener el objeto que la motiva. Sabido que el nombre *Filosofía*, por valernos de una de las palabras más conocidas y usadas, está muy lejos de responder á lo que concretamente se le aplica, y la significación misma de dicha palabra se nos ofrece en la antigüedad griega con una gran variedad, y sin relación no sólo á lo que hoy significa, sino también al mismo valor etimológico que actualmente le atribuimos. La significación

parte creemos preferibles las denominaciones de *Ciencia del Lenguaje* y *Filología comparada*, á la cómoda pero insubstancial de «Glología», apta únicamente para expresar el estudio mecánico de las lenguas, y más aun á la de «Lingüística», traducción bárbara de la precedente, que no le aventaja en ningún sentido, y le es muy inferior léxicamente.

de *σοία σοίη*, etc., en Homero y Hesiodo, y la del mismo compuesto *λοσοία* que encontramos usado en Herodoto por vez primera, no conduce ciertamente á la acepción que ha tenido después, y que probablemente merced á la ficción poética de Heráclides, hubo de tomarse como descubrimiento de Pitágoras, y como tal lo han considerado Laercio, Cicerón, etc., cuya autoridad se ha seguido comunmente y sin reparo. Pero dada la verdad del hecho, es marcadísima la diversidad de equivalencia primitiva, pitagórica y actual, que es lo que hace á nuestro intento.

Mas por esto mismo no es en manera alguna atendible la razón que invoca Hovelacque para desechar la denominación de Filología comparada; porque no siendo como en realidad no es una *razón etimológica* la que hizo que el nombre de «Filología» simplemente tuviese la acepción general que hemos visto, no puede invocarse dicha *razón* para desechar la significación lingüística que se le da cuando hablamos de «Filología comparada.» Y si el uso ha hecho que «Filología» sea aplicable en aquel sentido general al clasicismo, no existe motivo para negar que el uso haya hecho que «Filología comparada» sea aplicable á las materias glotológicas. Y es de notar que el calificativo de «comparada» aun siendo convencional, no puede decirse arbitrario. La palabra Filología designó y designa para los mismos que introducen la denominación de «Lingüística» como para los que la desechan, el estudio de las lenguas, siquiera sea como medio de una Literatura; y por cuanto la Literatura en el sentido universal en que aquí se toma, ya *comparada* consigo misma en sus diversas épocas, ya con las demás, constituye procedimiento fundamental para el estudio científico de las lenguas, tenemos que en la Filología general existe una *razón lingüística* y una *razón de comparación* que, concretada á los idiomas en sí mismos, lleva directamente á la Ciencia del Lenguaje el elemento comparativo de la Filología, por el cual se constituye en Filología comparada.

De lo dicho se sigue también que no sobra, como quiere Sayce, el calificativo de «comparada», ya porque existe otra aplicación de la Filología de que es menester distinguir la acepción lingüística, ya porque denota la *comparación* manifestada expresamente, el modo peculiar de ser y señal característica de la Ciencia del Lenguaje. Por esto aunque admitiéramos, como pretende Sayce, que toda ciencia es *comparativa* (lo cual es falso é insostenible de todo punto fuera del *Positivismo* que convierte la ciencia en mera agrupación y clasificación de he-

chos y fenómenos), siempre habría en los estudios glotológicos un motivo especial para llamarles comparados (1).

Tenemos, pues, que si se atiende al *concepto* de la Filología, no hay razón alguna para que signifique más bien el clasicismo literario é histórico que para que se aplique á la Ciencia del Lenguaje. Si se atiende á la denominación, no hay motivo para dejar la de Filología comparada por la de *Linguística*, etimológicamente inferior, menos científica que la primera, y ordenada á servir más al empirismo glotológico y al positivismo que ha invadido también nuestra disciplina, que al estudio racional psicológico-histórico que debe prevalecer en la Ciencia del Lenguaje.

Debe asimismo tomarse en cuenta que la *Filología* general y la *Filología comparada*, si bien se distinguen realmente, tienen puntos de contacto y parte común. De la Filología comparada es propio el estudio de los sonidos glotológicos, de los principios del lenguaje sus fases y fenómenos, de sus alteraciones y cambios, la clasificación de idiomas y todo lo que se refiere al sistema general del lenguaje. De la Filología general es peculiar á tenor de lo dicho, estudiar el contenido de los idiomas en su literatura reveladora de la cultura de los pueblos, y por esto, el valor científico y estético que á la luz de la crítica se manifiesta en el lenguaje de cada escritor ó de los escritores de cada época. Pero á la Filología le es tan imposible el realizar sus investigaciones literarias y científicas sin penetrar en lo más íntimo del idioma ó idiomas correspondientes, como á la Filología comparada el alcanzar dominio científico de este idioma ó idiomas sin previo estudio de las fuentes científicas ó literarias á que la Filología general dirige sus investigaciones. Y aunque prescindieramos de esto, la Filología hubiera de ser en todo caso imperfecta é incompleta si dejase de seguir al mismo tiempo que las evoluciones literarias, las que

(1) Por lo expuesto, se colige la sinrazón de lo que afirma el mismo Sayce (l. cit.), cuando dice que el nombre de Filología comparada "perpetúa la idea de que la materia de esta ciencia no es sino una parte de una Filología más alta y más amplia", cosa que según dicho filólogo no es admisible. La Filología comparada perpetúa la idea de que existe una Filología que no es la comparada, como la Gramática crítica supone la existencia de otra que no lo es; pero no dice en manera alguna relación de superioridad ni de inferioridad respecto de otra; es simplemente la razón diferencial convenientemente expresada, y nada más.

correspondiesen á la lengua, elemento vital é insustituible en toda fase de la cultura humana. La Filología general, pues (ó Filología simplemente), y la Filología comparada, encuéntranse en el terreno común de las lenguas y han de estudiar de consuno el sistema así fonético como morfológico que se ofrezca, con la diferencia de que la Filología general utilizará tales estudios *principalmente* como medio en el material literario, y la Filología comparada, al contrario, utilizará *principalmente* dicho material literario como medio de la comparación de las formas lingüísticas, de donde por antonomasia recibe el calificativo de «comparada».

Por lo demás y en cuanto se refiere á la acepción de la voz «Filología», no existe, como queda indicado, razón etimológica que determine el sentido de la misma, que fué usada con muy varia significación. La Filología se ha considerado por unos como «*Studium seu amor litterarum*» que es su acepción más amplia y originaria (á esto equivale la *Filologia* en varios pasajes de Séneca); por otros, como «*amor disserendi et loquendi de re aliqua*» (y así la toma Platón en el *Theéteto* y también en las *Leyes*, cuando dice que la *ciudad* de Atenas—los atenienses—son tenidos por amantes de la oratoria, *ὡς φιλόλογος τέ ἐστι πόλις*). En Catón *φιλολογεῖν* tiene la significación de «*philosophari, disserere cum philosophis*»; Plutarco toma la expresión *φιλόλογος* como equivalente á «*docto*» (así como alguna vez en sentido de «*locuaz*», etc); en el mismo Plutarco (*De orat. Pyth.*) tiene equivalencia de erudito *φιλομαθής ἐστι μάλον*, etc. En Marciano Capela (*De nuptiis Philologie et Mercurii*) significa el conjunto de estudios literarios superiores, de manera análoga, aunque menos amplia, á la acepción que después hubo de darle Wolf, la cual también ha sido modificada posteriormente en el sentido en que hemos dicho atrás la entienden Otf. Müller, Boeckh, etc. Por último, la Ciencia del Lenguaje compartiendo su labor con los estudios filológicos y recibiendo á la vez de ellos elementos para su formación, se ha dicho Filología comparada, mientras la Filología general se ha dividido y subdividido, según las ramas peculiares de la cultura de los pueblos, y la amplitud mayor ó menor dentro de su carácter enciclopédico (1).

(1) En el siglo XVI notaba ya Enr. Stéfano (*Thesaur. Ling. græc.*, t. II,—v. App., t. V de las antig. edic.) las varias acepciones que ha tenido la «Filología.» Sobre ellas v. especialmente Lehrs, *De vocabulis φιλόλογος, γραμματικός, κριτικός* (apénd. á su *Herodiani scripta tria emendatiora*). Como precedentes de la escuela de Wolf

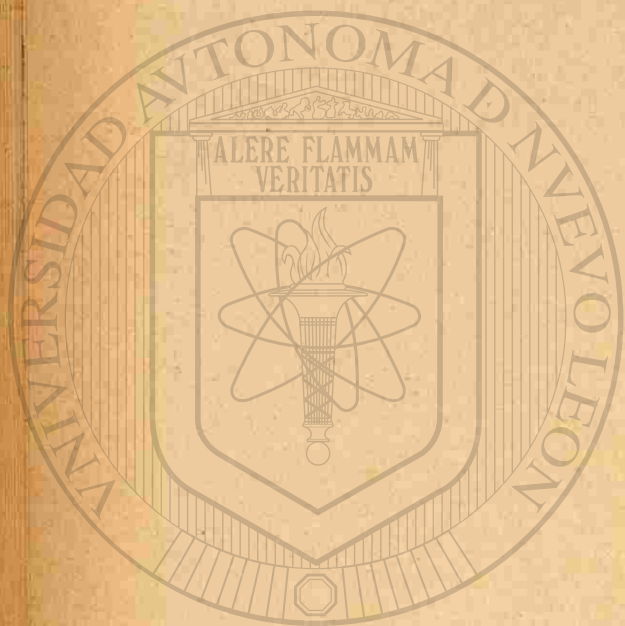
Las relaciones existentes entre la Filología comparada y la Filología general y las tendencias enciclopédicas dichas de és-

pueden contarse J. Ph. van der Wouwer, *De Polimathia veterum* (1603); G. J. Vosio, *De Philologia liber* (1650); Th. Crenius, *Tractatus de Philologia studiis liberalis doctrinae*, etc. (1696), *De eruditione comparanda in humanioribus*, etc. (1699), entre otros. Wolf consolidó la acepción filológica en el sentido amplio de los anteriores, encaminada á la erudición griega, con sus múltiples trabajos (v. *Encyklop. d. Philol.*), public. por Stockmann; *Vorlesung. ü. die Encyklop. d. Alterthumsw.*, hrsg. v. Gürtler, complem. de Hoffmann; *Darstellungen d. Alterthumsw.* (hrsg. v. Hoffmann). Sobre la misma base, aunque no siempre con igual criterio, se escriben los llamados tratados de "Filología" en contraposición á los que se dicen de "Filología comparada." Representan la escuela filológica así entendida, entre otros muchos: Matthiae, *Encyklop. ü. Methodol. d. Philol.*; Lange, *Ueber des Verhaeltniss. d. studium d. klass. Philol.*, etc.; Ast, *Grundr. d. Philol.*; Hübner, *Grundriss zu Vorlesungen d. Gesch. und Encyclopäd. des Classisch. Philol.* Lübker, *Gesamt. Schrift. z. Philol.*; Ekstein, *Nomencl. Philol.*; Pökel, *Philol. Schriftsteller*; Boeckh, *Encyclopäd. und Methodolog. d. Philol. Wissensch.* hrsg. v. Bratuschek, besorgt. v. Klussmann; Bernhardt, *Grundl. z. Encycl. d. Philol.*; Freund, *Triennium philol. oder Grundr. d. philol. Wissenschaften*; la *Biblioth. philol.* etc. de Schmidt, Müldenes, Heyse y Cosina; Otf. Müller, y Hildebrand en la trad. de la Literat. griega del primero; L. Müller, *Gedanken über das Studium d. class. philol.*; J. Curtius, *Ueber die Geschichte ü. d. Aufg. d. Philol.*; E. Curtius, *Alterthum und Gegenwart*, y con éstos Clemen, Hasse, Ritschl, B. Schmidt y compend. como los de Reinach, Inama, etc.

Por lo que hace al procedimiento arriba aludido, que junta bajo el nombre de *Filología* la Filología comparada y la Filología general (bien que con carácter aplicado y concreto) véase el plan en el *Grundriss d. Germanischen Philol.* hrsg. von H. Paul (en cooperación); *Grundr. d. Romanisch. Philol.* hrsg. v. G. Gröber (en coop.); *Grundr. d. Iranisch. Philol.* hrsg. v. W. Geiger ü. N. Kuhn (en coop.); *Grundr. d. Indo-Arisch. Philol. und Altertumskunde*, v. G. Bühler, *fortgesetzt* v. Kielhorn (en coop.).

Sobre el aspecto y división del conjunto en la Filología general, véanse Lübker, *De partitione Philologiae*; Welcker, *Ueb. die Bedeutung der Philol.*; J. Curtius, *Philologie und Sprachwissenschaft*; E. Curtius, *Mittleramt der Philol.*; F. Haase, art. *Philologie* en la *Encyklopäd.* de Ersch y Gruber; Jahn, *Bedeutung und Stellung d. Alterthumsst.*; Clemns, *Ueb. Aufgabe und Stellung d. class. Philol.*; Hirzel, *Grundzüge zu ein. Geschich. d. class. Philol.*; Lange, ob. cit. *Ueb. d. Verhaeltn.* etc. y gran parte de los anteriormente citados.

ta, han hecho sin duda que los estudios glotológicos propios de la primera y los llamados de erudición filológica peculiares de la segunda, se reúnan por algunos autores bajo la denominación genérica de Filología, lo cual sin embargo no significa otra cosa que la agrupación material de la Filología comparada y de la Filología general, conservando cada uno sus caracteres distintivos. Así acontece en el *Grundriss* de filología de Hermann Paul, en el de Gustavo Gröber, en el de Jorge Bühler, etc., trabajos de conjunto no unipersonales, dentro de los cuales los estudios de literatura y los lingüísticos forman secciones distintas, como no podía menos de suceder respetando los legítimos confines de ambas disciplinas. Estudios estos en los cuales si se plantean problemas correspondientes á las dos ramas, es siempre con aplicación exclusiva á un pueblo ó civilización, y sin presentar el sistema completo de la Ciencia del Lenguaje.



Constitutivos y naturaleza de la Ciencia del Lenguaje

II

Principios á que está subordinada la Ciencia del Lenguaje. Principios del orden psicológico y fisiológico. Concepto de la Ciencia del Lenguaje. Problemas generales y primarios que resultan en el todo orgánico de dicha ciencia. Parte descriptiva. Parte filosófica. Gramática comparada. Gramática histórica, y relaciones de una y otra. Momento empírico en el estudio de las lenguas, momento filosófico abstracto y momento sintético histórico. Sus mutuas relaciones. Divisiones de la Filología comparada. Morfogenia, metamorfismo, paleomorfismo. Opiniones sobre la naturaleza del lenguaje y significación concreta de las voces *natural* é *histórico* que se emplean. Schleicher, Max Müller, etc., y variaciones de éste. Crítica de la opinión *naturalista*. La *alteración fonética* y la *renovación dialectal*. Lengua y dialectos. Whitney, Sayce, etc., y crítica de la *escuela psicológica*. Escuela *histórico-naturalista* de F. Müller, y crítica de la misma. Doctrina que debe sostenerse. Observaciones sobre el carácter complejo del lenguaje. Categoría científica de la Filología comparada. Criterios que regulan la naturaleza de la Ciencia del Lenguaje, y elementos diversos que determinan su constitución científica. Aspectos por los cuales la denominación de ciencia es propia de la Filología comparada. El procedimiento analítico y el sintético en la ciencia, según la noción aristotélica, y su aplicación á los estudios glotológicos. Elemento descriptivo en la Filología comparada (Glotografía); elemento racional (Pragmatismo); elemento teórico (Glotomathia), y coordinación general en la norma histórica de estos elementos, según la noción legítima de la *Historia*. La base primera, la condición primera, y el principio primero glotológicos.

La Ciencia del Lenguaje está subordinada á la naturaleza del lenguaje mismo; y siendo éste la resultante de un orden psicológico y de un orden físico, algo *interior* que alcanza al mundo de las ideas y algo *exterior* que objetiva fonéticamente los conceptos intelectuales y los reduce á fórmulas asequibles en el mundo sensible, ha de constituir un objeto complejo regulado por principios fisiológicos y psicológicos, de los cuales no puede prescindirse al determinar los caracteres de la Filología comparada.

Los principios del orden fisiológico conciernen solamente al origen, formación y evolución de los so-

nidos; los del orden psicológico de los cuales dependen todo lo que se refiere al oficio y significación de las palabras, son las leyes mismas del espíritu humano y de todo lo que constituye la manifestación de la actividad de nuestras facultades, las cuales han contribuido á modelar el lenguaje según sus exigencias, y mediante el trabajo impersonal que resume la acción ya consciente ya indeliberada de varias generaciones. De aquí los tres órdenes de fenómenos que se distinguen en el lenguaje: fenómenos que afectan á los sonidos y dichos *fonéticos*; fenómenos de formas, ó *morfológicos*, y de significación llamados *semánticos* ó *semasiológicos*.

Los dos órdenes de principios accionan y reaccionan sin cesar en la palabra y obran de una manera simultánea en los sonidos articulados, dando por resultante el todo del lenguaje, á la manera que el todo de los actos humanos resulta en el hombre del doble elemento físico y psicológico que los constituyen. Como éstos trazan el todo de la vida histórica en general, aquéllos describen el todo de la vida histórica de los idiomas, y el principio generador de sus variedades.

A la luz de aquellos dos órdenes de principios que, á nuestro entender, dan la norma para llegar al exacto concepto de la Ciencia del Lenguaje, es como el filólogo puede examinar los elementos constitutivos de los idiomas, su naturaleza íntima, y origen y evolución de sus formas, en relación con la vida del espíritu que en ellos se refleja, clasificándolos y ordenándolos en sistema.

Pudiera decirse que en esto se resume la disciplina glotológica ó Filología comparada, que nosotros definimos:

—La suma científica de las razones naturales y de las razones psicológicas del lenguaje históricamente realizadas.—

En el todo orgánico en que se sistematiza dicha suma de conocimientos aparecen desde luego dos problemas generales, alrededor de los cuales se agrupan otros más concretos: es el primero, qué cosa sea el lenguaje objetivamente considerado en el espacio y en el tiempo; y el segundo, por qué el lenguaje es lo que es en el tiempo y en el espacio. A estos dos problemas deben corresponder dos partes de la ciencia que trata de resolverlos. Una en la cual se estudien los idiomas en su ser, y otra en la cual se inquieren y consideren las razones del ser mismo de las lenguas; una parte que puede llamarse *descriptiva*, y otra que puede decirse *filosófica*; pero ambas eslabonadas entre sí y apoyadas en la realidad de las lenguas, ó sea en el conjunto *histórico* que constituye el habla humana (1);

(1) Podemos distinguir en el estudio de los idiomas tres momentos: momento *empírico*, momento *filosófico* abstracto, y momento *sintético histórico*. El primero y el segundo dan origen á dos métodos contrapuestos con las mismas denominaciones: uno parte de los hechos, otro de las ideas; uno clasifica las formas lingüísticas, otro compone categorías lógicas; uno se esfuerza en fijar los tipos del pensamiento, hecha abstracción de la palabra, otro inquiere los tipos de la palabra, sin atender á las abstracciones del pensamiento.

El método filosófico fué más de los griegos que de los indios; el empírico más de los indios que de los griegos. El método filosófico fué más de los antiguos que de los modernos; el empírico, más de éstos que de aquéllos. Con esto queremos dar á entender que no es posible en este punto una clasificación rigurosa, pues que las diversas tendencias se acentúan ó se atenúan, imperan exclusivas ó con intervención más ó menos marcada de su opuesta respectiva en todos los períodos lingüísticos, como veremos. Max Müller que en sus *Lectures* (1.^a ser.) ha introducido la división de períodos filológicos *empírico*, de *clasificación* y de *teoría*, incurre en frecuentes contradicciones, según tendremos ocasión de observar, por ese convencionalismo metódico en que se encierra, y que es común á otros autores sistemáticos. La distribución que acabamos de hacer está muy lejos de llevarnos á la clasificación de estos escritores.

El momento que hemos dicho *sintético histórico*, corresponde al método en que se realiza la fusión de los dos métodos antes dichos, en la medida conveniente á la realidad psico-física de las lenguas, ó sea á la realidad histórica de ellas. Es el procedimiento *histórico*

porque si las ideas abstractas del lenguaje no se nos revelan sino á través de las lenguas, como es de ver en todos los problemas glotológicos, el estudio del lenguaje mismo debe resolverse lógicamente en el estudio de los idiomas *adecuadamente* considerados, ó sea, desde el doble punto de vista del sonido y del sentido. La parte *filosófica* comprende los razonamientos de sistema y las *teorías*; la parte *descriptiva* abarca la *gramática comparada* y la *gramática histórica*; la primera se refiere á lenguas emparentadas, estudiándolas en sus relaciones mutuas; la segunda al conjunto orgánico de una ó más lenguas, considerándolas en los diversos periodos de su existencia y en sus varias vicisitudes. La gramática que estudie varias lenguas emparentadas, y en las diversas épocas de su existencia, será, pues, *histórico-comparada*, por resumir los procedimientos de una y otra. En realidad, no existe *gramática comparada* que no sea también de algún modo *gramática histórica*, porque no es posible comparar varias lenguas en un período de su vida, sin recurrir á periodos precedentes de las mismas; á su vez, no es posible *gramática histórica* que no participe de *gramática comparada*, porque el estudio de las evoluciones de una lengua, no puede hacerse aislándola de

propiamente tal, que no se detiene en los fenómenos externos, como pretende Heyse (*System d. Sprachwiss.*), sino que inquiere también las causas que los originan, porque sólo estudiando ambos elementos se adquiere el conocimiento glotológico adecuado que se intenta. "La idea refleja de las causas del lenguaje y de las leyes en que se funda" que dice Heyse ser objeto de la Filología comparada, no pueden alcanzarse más que examinando la vida histórica de los idiomas, y estudiándolos históricamente, cuando quedan lejos de nuestro alcance. Reducir el método *histórico* á la gramática comparada y á la gramática histórica (elementos tan sólo de la parte *descriptiva* de las lenguas, según arriba exponemos), prescindiendo de la parte *filosófica* que indispensablemente le informa, es tergiversar por completo el concepto de dicho método; proceder frecuente de muchos, y no ajeno al citado Heyse.

sus relaciones con otras muchas. Sin embargo, la gramática histórica no es la gramática comparada, ni la comparada es gramática histórica; y la diferencia entre ellas está en la preponderancia que en cada una tiene su elemento propio sobre el ajeno, de suerte que en una resalte la parte histórica sobre la comparativa, y en otra la comparada sobre la histórica.

Si reuniendo la parte que hemos dicho *descriptiva* con su conjunto gramatical, á que acabamos de referirnos, y la parte *filosófica* con el suyo de principios y teorías, las consideramos en el edificio de la palabra, tendremos la vida propiamente histórica del lenguaje, con la serie de causas y efectos que la producen. En la parte *filosófica* se comprenden el pragmatismo lingüístico y demás elementos teóricos de la Ciencia del Lenguaje históricamente considerada, de que hablaremos después; en la parte *descriptiva* se incluyen las series de modificaciones que resultan en el lenguaje en el *espacio* y en el *tiempo*, y que constituyen la Morfología lingüística general.

En el *espacio*: serie de fenómenos que se refieren á las varias formas con que se presentan las lenguas del orbe, origen de estas formas y sus fases. En este sentido puede distinguirse en la parte descriptiva de la Ciencia del Lenguaje y dentro de la Morfología, la *morfogenia* y *metamorfismo* lingüísticos; en la Morfogenia se comprende la parte descriptiva de los estados definido ó de transición que se distinguen en los idiomas en orden al cambio de fases, así como también en orden á alterar los elementos constitutivos de los idiomas que tienen desarrollo peculiar íntimo á la estructura gramatical de cada lengua; en el Metamorfismo se estudia el conjunto de transformaciones realizadas y las causas internas y externas al lenguaje y á la sociedad que lo habla, á las cuales sean debidas las variaciones realizadas. Es el estudio del evolucion-

nismo y del transformismo histórico manifestados en la palabra.

En el *tiempo*: serie de fenómenos que en épocas relativa ó absolutamente primitivas han tenido lugar en el lenguaje en su primera organización, en la constitución de raíces, en la distribución de éstas en categorías, en las ramificaciones lingüísticas sobre un tronco común, etc. Esto constituye lo que llamaremos *Paleomorfismo* glotológico.

Dado nuestro concepto de la Ciencia del Lenguaje y las clasificaciones que de conformidad con él acabamos de presentar, veamos de examinar cuál sea la naturaleza de la Filología comparada y el lugar que científicamente le corresponde. Cosa es esta que ha sido vivamente discutida por los filólogos sin llegar á un acuerdo definitivo, sosteniéndose controversias por demás empeñadas y en manera alguna justificables, si no es en cuanto representan el diverso espíritu de las escuelas que aquí viene también á reflejar sus tendencias. Y por cuanto en esta cuestión háblase principalmente de dos extremos, ó sea de sí á la Ciencia del Lenguaje le corresponde carácter *natural* ó *histórico*, conviene advertir para fijar el significado de los términos, que *natural* se toma aquí por equivalente á todo lo que se realiza con absoluta independencia de la humana voluntad individual ó colectivamente considerada, é *histórico* significa todo aquello en que de un modo absoluto ó relativo se refleja la acción voluntaria ya por acción personal ya colectiva, ora encaminada por propósito sometido á deliberación ora llevada por movimientos directos en un medio ambiente dado que da carácter al *momento psíquico* del desarrollo histórico concreto. Por consiguiente la «historia» no se toma aquí en su significación estricta etimológica, como cuando se habla de «historia natural», «historia de la escritura», «historia de la literatu-

ra» etc., en lo cual se atiende al valor propiamente *descriptivo* y de observación; que es, en efecto, lo que dice la palabra *historia* (*ιστορειν* de *ειδέναι*, ver, —*oida*— sánser. *veda* de la raíz *vid*, ver, observar etc.) En esta acepción los mismos que afirman que la Ciencia del Lenguaje corresponde al grupo de las *naturales*, tienen que admitir que es ciencia histórica, á la manera que las ciencias naturales son susceptibles del carácter histórico dicho, y en cuanto las lenguas ofrecen amplios elementos de descripción en todas sus manifestaciones. Hecha esta aclaración importante al objeto y harto olvidada, veamos de exponer las diversas opiniones, y cuál sea la doctrina que creemos debe sostenerse en la materia.

En las escuelas positivistas, identificado el elemento psicológico con el de la naturaleza física, desaparece un factor principalísimo de la palabra, cuyo estudio (llámese histórico ó no histórico) queda en realidad reducido al de las ciencias puramente naturales. En las escuelas no positivistas, las diferentes apreciaciones son ocasionadas por el distinto modo de entender ya el lenguaje en sí mismo, ya la subordinación que puedan tener las leyes fonéticas á las psicológicas, y éstas á aquéllas. He aquí sucintamente los diversos grupos que pueden formarse de las opiniones en este punto:

1.º La Filología comparada es una ciencia puramente natural como cualquiera otra ciencia física, por su objeto, por sus leyes y por su método. (Schleicher, Max Müller, Hovelacque, Vinson, De la Calle, etc.). Para éstos las lenguas son una manifestación necesaria de la naturaleza; las lenguas, según ellos, no tienen propiamente historia. —Escuela *naturalista*.—

Schleicher, como partidario del darwinismo, afirma que el lenguaje está sujeto á un proceso necesario de evolución. Doctrina que expone largamente en su *Darwin's Theorie und die Sprachwissenschaft*, así como en su *Die deutsche Sprache*, don-

de compara el habla humana al canto de las aves; «objeto de la Ciencia del Lenguaje, dice, no es una actividad libre, sino la lengua dada por la naturaleza, sujeta á leyes inmutables de formación, cuya ordenación está fuera del alcance de la voluntad individual, no de otra suerte que al ruiseñor le es imposible modificar su canto; en una palabra, la lingüística es un organismo natural.» A este tenor contraponen Schleicher frecuentemente la Filología como «disciplina histórica», á la Ciencia del Lenguaje como «disciplina natural», ya que según él «la historia y la formación del lenguaje son dos actividades humanas que se repelen» (ob. cit.).

Dicho se está que semejante doctrina como fundada en una teoría insostenible sobre el origen del hombre, en la negación del verdadero concepto de libertad y de la parte psicológica humana, tiene como respuesta los argumentos todos así del orden ontológico como del orden psicológico y del orden histórico con que se demuestran dichas verdades, además de su absoluto incompatibilidad con el origen del lenguaje, como veremos en otro lugar. Por otra parte, filológicamente es falsa en absoluta la aserción de Schleicher, no sólo porque la conciencia individual nos manifiesta claramente que somos libres en el ejercicio del lenguaje, en la elección de uno ú otro, y en la introducción de aquellas modificaciones que dependen del uso particular de cada uno, sino también porque esto mismo se manifiesta históricamente en los varios idiomas y en los cambios etnográficos y lingüísticos, los cuales han ocasionado que pueblos distintos hablen un mismo idioma, y que una misma nación hable idiomas distintos. Comparar el lenguaje al canto del ruiseñor, es borrar la distinción de la palabra y del simple sonido, olvidar el fin ideológico que caracteriza al lenguaje, medio de orden social insustituible que constituye la condición racional que separa al hombre de los irracionales, y desconocer el hecho mismo de la *inmutabilidad* que caracteriza los sonidos que éstos producen, y la variedad y carácter esencialmente *mudable* del habla en el hombre (1).

(1) No nos detenemos en el desarrollo de estos argumentos de suyo más que suficientes para arruinar el sistema darwinista aplicado al lenguaje, porque nos llevaría á la exposición crítica de dicho sistema, hoy harto desacreditado, y á explanar teorías filosóficas, especialmente psicológicas, que están fuera de nuestro cometido, si quiera á ellas hayamos de aludir en más de una ocasión.

Schleicher, á pesar de no ver en el filólogo otra cosa que un natu-

Pero si por un momento admitiéramos la doctrina de Schleicher sobre la naturaleza no libre del ejercicio del lenguaje, no sería nunca lógico en su teoría concluir que la ciencia que lo estudia no es ciencia histórica por defecto de libertad; porque si en la teoría de Schleicher (como en la de todo darwinista) no se dan ni pueden darse actos humanos propiamente tales ó libres, es necesario concluir, ó que la libertad no es condición esencial en la ciencia histórica, y en este caso no puede decirse que la Ciencia del Lenguaje deje de ser ciencia histórica porque la palabra no fuese libre, como pretende Schleicher; ó es menester afirmar que en la teoría dicha no se dan ciencias históricas contra lo que expresamente afirma el filólogo alemán.

Pero aun supuesto que Schleicher admitiese la noción propia de actos libres para la historia, nunca podría con verdad establecer la contraposición que hace de ésta con la Filología

ralista, no deja de reconocer una cierta filosofía del lenguaje, si bien separa ésta de los estudios lingüísticos. «El objeto de la Ciencia del Lenguaje (dice en la citada obra *Die Deutsche Sprache*), es algo concreto, real, y lo constituyen las lenguas formadas ya; el objeto de la Filosofía del Lenguaje, es el contrario, abstracto é ideal». Bien se deja ver que esta división es de todo punto insostenible desde el momento en que se pretenden estudiar científicamente los idiomas. Una investigación científica sin que envuelva los conceptos filosóficos correspondientes y las nociones ideales y abstractas que como fundamentos sostengan el edificio sistemático, es un imposible, y la Ciencia del Lenguaje así entendida, sería una ciencia contradictoria. El mismo Schleicher renunciando á sus principios, no duda ocuparse en sus exposiciones lingüísticas, de los problemas *ideales* y *abstractos* que se refieren á la naturaleza del lenguaje, al origen y formación del mismo, al valor de las partes del discurso, etc., cosas todas que están en el orden filosófico que él separa del glotológico arbitrariamente. En cuanto al orden de relaciones de los problemas filosóficos más generales con el estudio concreto de los idiomas, depende del aspecto y modo de considerar el lenguaje en cada caso; porque en esto, como escribe Steinthal (*Philologie, Geschichte und Psychologie*), «á la manera que sucede en las disciplinas generales que tienen por objeto combinar la Filosofía con una cosa concreta dada para su intelección, no es posible fijar con estricta precisión sus límites en uno ó en otro sentido». Pero es indudable que aun dichos problemas generales filosóficos intervienen frecuentemente en las cuestiones lingüísticas. Bueno es advertir que la tradición filológica nacional en Alemania, está más bien representada por la dirección iniciada por Humboldt — *Die kavi Sprache* — que no por las enseñanzas exóticas de Schleicher.

comparada, no sólo porque el lenguaje no está sujeto á evolución necesaria, como hemos dicho, sino porque el desarrollo y dirección de los principales fenómenos en la historia que revisiten carácter social, no depende de la acción individual inmediata ni está en tal sentido subordinada al libre ejercicio de la voluntad privada, como exactamente sucede en la Ciencia del Lenguaje. Y si el mencionado filólogo, y los que le siguen, no reducirían por esto la historia á un organismo natural, tampoco por ello pueden encerrar en dicha categoría la Filología comparada.

Por lo que hace á Hovelacque y demás escritores de la escuela filológica positivista francesa, ni tienen el mérito de la originalidad en la falsa teoría que sustentan, que es trasunto servil de la escuela de Schleicher, ni aun han sabido darle colorido nacional propio. Por eso no merecen que de ellos nos ocupemos en particular, ya que tampoco presentan argumento alguno especial, ni ofrece su teoría otro interés ni mayor novedad que la del filólogo alemán de que arriba nos hemos ocupado y habremos de ocuparnos en otros lugares (1).

Max Müller sostiene también que la Ciencia del Lenguaje debe contarse entre las ciencias naturales. Divide este filólogo los conocimientos humanos en dos grupos: uno está constituido por las ciencias de la naturaleza, que tratan de las obras de Dios; y el otro por las ciencias históricas que tratan de las obras del hombre. «El lenguaje siendo obra de la naturaleza, y no una invención del hombre, hace que la Filología comparada deba colocarse entre las ciencias que hemos denominado ciencias de la naturaleza,» escribe M. Müller en el sumario mismo que precede á la primera de sus *Lecciones sobre la Ciencia del*

(1) Todo el saber de Hovelacque en este punto (*La Lingüística*, c. 1.^o), se reduce á copiar un trozo de la introducción de la mencionada obra de Schleicher, *Die Deutsche, sprache* en que expone las ideas que hemos impugnado, y á decirnos que á este filólogo á Kuhn y á Chavée, les es debida la afirmación *capital* de que la Lingüística es del dominio de las ciencias naturales. El elogio que hace de Schleicher como «espíritu perfectamente desprendido de aspiraciones metafísicas, cosa rara entre sus compatriotas...; cuya «inteligencia positiva no habían podido seducir los doctores del teurgismo y del hyperfisismo con sus fantasías, porque no se pagaba de enfáticas y vanas palabras...; «á quien sus notables conocimientos de botánica le fueron de utilidad capital para la morfología de las lenguas», etc., sirve á la vez para retratar á Schleicher y al mismo Hovelacque.

Lenguaje. La segunda *Lección* la consagra dicho escritor á resolver las dificultades que puedan oponerse á su clasificación del estudio filológico entre los estudios naturales. A la primera objeción que él se opone diciendo que «el lenguaje es obra artificial del hombre y por lo mismo parece no corresponder al dominio de las ciencias naturales», responde que «el lenguaje no es una invención, como puede decirse de la pintura, de la arquitectura, de la escritura, etc.» A la segunda, que el lenguaje está sujeto á alteraciones fonéticas, es susceptible de desarrollo y perfeccionamiento, y que por lo mismo se distingue de los productos de la naturaleza», hace notar que el desarrollo del Lenguaje resulta de dos operaciones distintas, la *alteración fonética* y la *renovación dialectal*. La descomposición que insensiblemente produce en el lenguaje la alteración de los sonidos, es compensada por la recomposición que produce la incesante renovación de formas que se producen siempre y que son resultante de la continua renovación dialectal. Mas, según Max Müller, ambos fenómenos de descomposición y de regeneración lingüística, no dependen en manera alguna de la voluntad humana, sino que están sujetos á evolución necesaria; y por consiguiente el lenguaje es para él una obra natural, y su estudio pertenece al grupo de las ciencias naturales.

La tercera y última «objeción» es que «la Ciencia del Lenguaje debe clasificarse entre las ciencias históricas, porque no podemos darnos cuenta de la vida y desarrollo de ninguna lengua sin conocer la historia del pueblo en el cual se ha formado y sobre todo sin la historia de sus relaciones con otros pueblos.» A lo cual responde negando que se halle absolutamente enlazada la historia de los pueblos y la evolución de sus idiomas, y afirmando que «la Ciencia del Lenguaje no depende en manera alguna de la historia» (Cf. sus *Lectures*, l. 1.^a y 2.^a).

Evidentemente en todo este discurso de Max Müller no se encuentra demostración alguna de que la Ciencia del Lenguaje deba clasificarse entre las ciencias naturales. Todo su razonamiento se reduce á negar que la Filología comparada pertenezca al grupo de las ciencias históricas, porque pertenece al de las ciencias naturales, y á afirmar que pertenece á las Ciencias naturales porque es independiente de todo acto humano y de los estudios históricos; que es pretender probar una cosa por sí misma, y suponer gratuitamente lo que está en cuestión. Pero el mismo Max Müller ha reconocido la insuficiencia de sus aseveraciones al retroceder ante ellas, y negar como negó más tarde que haya sostenido jamás que la Filología comparada

sea una ciencia natural, llegando á invocar un *jurado* ante el cual comparecería para hacer ver que tal afirmación no se halla en sus escritos (1).

Para contestar á M. Müller, y á las afirmaciones que hace con motivo de la cuestión propuesta, basta tener presente: 1.º que la división de los conocimientos humanos en ciencias de la *naturaleza*, que tratan de las obras de Dios, y ciencias *históricas*, que tratan de las obras del hombre, es, prescindiendo de otros reparos muy atendibles, inadecuada é insuficiente, porque todas las ciencias puramente filosóficas (en cuyo número inclui-

(1) Esta inverosímil retractación ha causado natural sorpresa, y no puede menos de maravillar sobremanera á todo el que haya leído las *Lecciones* de Max Müller, que este filólogo se desmienta de un modo tan inexplicable y de todo punto insostenible, dadas las terminantes y clarísimas afirmaciones que hace, y á las cuales nos hemos referido arriba. "Tutti rimasero sbalorditi, escribe De Cara, di questa scapata di Max Müller, é Il Breal dice: *Je croyais moi-même á avoir lu là-dessus* (nelle *Lecture sulla scienza del linguaggio di Max Müller*), *des pages brillantes et convaincues* (Lettre á Ed. Tournier sur les rapports de la ling. et de la philolog.—Rev. de Philolog. an. 2. t. II). Quelle pagine le avevamo lette e rilette tuti, tanto nelle prime, quanto nelle nuove lezioni sulla scienza del linguaggio, e si possono leggere tuttora". (*Studii lingüistici*, VII). Vea el lector no más que el sumario que precede á las dos primeras Lecciones de las citadas *Lectures* de Max Müller, y habrá de persuadirse de que es imposible asentir á las nuevas declaraciones de su autor, sin renunciar á la verdad de la evidencia. Intitúlase la primera: "A qué orden de ciencias pertenece la Ciencia del Lenguaje"; en ella Max Müller después de hablar de la "historia de las ciencias inductivas," y de dividirla en tres períodos (*empírico*, de *clasificación* y de la *teoría*), hace la distribución mencionada de los conocimientos humanos en *ciencias de la naturaleza* y *ciencias históricas*, formula en términos expresos la doctrina de que la Ciencia del Lenguaje es *ciencia puramente natural*, y termina dicha *Lección* prometiendo examinar en la siguiente las "objeciones" de los que no consideran el lenguaje "como un producto de la naturaleza". En esta segunda *Lección* intitulada: "De la distinción que ha de hacerse entre el desarrollo del lenguaje y la historia del lenguaje", no hace otra cosa más que presentar las tres "objeciones" arriba indicadas y repetir á todas ellas que el estudio del lenguaje pertenece á las ciencias naturales. No es menester decir que en el decurso de las siete *Lecciones* restantes de esta primera serie y en sus *Nuevas Lecciones*, confirma las ideas á que venimos aludiendo. Mas cuanto es patente por lo dicho la contradicción de M. Müller, tanto mejor prueba es de que esta su doctrina no es sostenible.

mos los principios lógicos y psicológicos que informan la vida del lenguaje), de igual suerte que las ciencias exactas, y en general todas las que no dependen del empirismo y de la inducción, no son las ciencias de la *naturaleza* ni las ciencias *históricas* de M. Müller, y ni dependen del hombre ni están sujetas en sus leyes á la misma voluntad de Dios. Y sin embargo éstas son ciencias por excelencia, y en tanto las de carácter práctico se dicen tales, en cuanto son informadas por los principios superiores que presiden á todo concepto universal científicamente demostrable (1). 2.º Que la cuestión del origen del lenguaje á que recurre Max Müller al plantear lo que llama «primera objeción», es independiente de la cuestión sobre la naturaleza del mismo y de la de su estudio científico. Pudiera el lenguaje haber sido inventado por el hombre, y no estar sujeto á un proceso de evolución necesaria y por lo mismo dejar de pertenecer al grupo de las ciencias naturales; por el contrario, pudiera haber sido dado por Dios inmediatamente al hombre, y fijar de tal suerte sus leyes que no fuese libre á éste su desarrollo ni el cambiarle, quedando así fuera del dominio de las disciplinas históricas. Para deshacer la equivocación en que incurre Max Müller y otros en este punto basta distinguir entre la *facultad de hablar* y el *habla* en el hombre: la primera es *natural* é innata, como lo son las facultades psíquicas; pero de ello no se sigue que el lenguaje esté sujeto á las leyes necesarias de natural evolución, como no lo está la *voluntad humana* que es fa-

(1) Referímonos con lo dicho á la naturaleza intrínseca de las cosas, y á las relaciones esenciales de los seres, que son siempre *unas*, siempre *inmutables*, é independientes, como tales, de toda voluntad que las establezca. La Filosofía halla la razón última de ellas en la plenitud misma de la esencia divina, donde como en ejemplar radical se ofrecen cognoscibles los seres todos en su posibilidad al entendimiento infinito, que así los conoce como términos actuables por su omnipotencia. De suerte que fuera del Cartesiano que hace depender la posibilidad intrínseca de la voluntad divina; de la doctrina de Wolf (no sin precedentes en algunos filósofos escolásticos) que la supone independiente de Dios; de la de Okam que la sujeta á su soberano, pero exclusivo poder y de otras erróneas enseñanzas, tan ajenas como éstas á la verdad ontológica y teológica de las esencias de las cosas, no queda otro recurso aceptable que reconocer los firmes cimientos metafísicos de la ciencia en sus primeros principios con la teoría que dejamos indicada, y que tan mal se aviene con la división de Max Müller, tan cómoda como insubstancial é imperfecta.

cultad *natural* también, ni el entendimiento que es libremente determinado por la voluntad, ni aun las *facultades naturales* inferiores que son regidas y gobernadas por las superiores. Por lo mismo el *habla* humana ó la palabra, á pesar de ser natural al hombre en cuanto es el acto de una potencia ó facultad natural, no está necesariamente regida por leyes inmutables, como veremos en otro lugar. La formación sucesiva de los distintos idiomas con vocabulario distinto y distinta gramática, las transformaciones que dentro de una misma lengua se verifican, los cambios de idiomas libremente aceptados por los individuos y pueblos, etc., son indicios de la acción libre del hombre en los dominios de la lengua (1). 3.º Que el desarrollo de las lenguas como resultante de dos operaciones, la *renovación dialectal* y la *alteración fonética*, es doctrina que no supone en manera alguna las ideas fatalistas que en asuntos lingüísticos sostiene M. Müller. La *alteración fonética* que insensiblemente tiene lugar en todos los idiomas y ocasiona las sucesivas transformaciones que en ellos se advierten, es una de las manifestaciones históricas del lenguaje que en el incesante movimiento social, cede á los influjos *dialectales* que existen simultáneamente y acompañan á los idiomas. En rigor, la *alteración fonética* y la *renovación dialectal* no pueden contraponerse, sino en cuanto se considera una lengua en sí misma, y se subordinan á ella todas las formas particulares dentro de la misma estirpe. Pero en rigor filológico esa subordinación no es verdaderamente lingüística, es puramente social y convencional. La lengua y el dialecto, no son cosas distintas, sino manifestaciones diversamente atendidas y consideradas; la lengua no está en el organismo social, sino en cuanto es puramente individual; por

(1) La doctrina que sobre la distinción entre el *desenvolvimiento* de las lenguas y la *historia* nos ofrece Max Müller, aislándolas en absoluto; su teoría sobre el *instinto irresistiblemente* determinante de las formas del lenguaje, de las raíces, y de todo sonido en general, producto del dominio de la naturaleza, según él; sus ideas sobre la decadencia fonética, y aparición de *formas gramaticales*, etc., son una reproducción servil en el fondo, poética en la forma, de las ideas de Schleicher, que hemos indicado y tendremos ocasión de recordar. La teoría de M. Müller sobre el lenguaje expuesta en las *Lectures*, puede traducirse por estas palabras del autor del *Compendium d. vergleich. Grammatik*: "Los idiomas viven la misma vida de todos los organismos naturales; no obran como el hombre, y no tienen por lo mismo historia, tomada esta palabra en su genuino y verdadero sentido."

eso llámese dialecto ó idioma, es peculiar de cada individuo ó sea existe tan sólo en el hombre que le habla; y si de esta suerte cada hombre hace la *lengua*, cada lengua puede considerarse como dialecto personal, y así como de la suma de idiomas personales resultan los dialectos regionales, el *abstractum* de éstos da lugar á la lengua, y á su vez dialecto de la rama respectiva de donde procede. «Son dos nombres de una misma cosa, que se emplean según que nos colocamos en uno ó en otro punto de vista», dice Whitney en la *Vie du Langage* (c. VII). Por esto mismo la alteración fonética no es más que la preponderancia de la renovación dialectal en un determinado sentido y transformación. Tenemos, pues: a) que las formas dialectales con relación á la lengua podemos considerarlas ó en cuanto son principio de ellas, porque con los individuos se inicia, ó en cuanto supuesta la aceptación determinada, crecen en derredor, como en el tronco de un árbol formado. En el primer sentido la renovación dialectal y la alteración fonética son una misma cosa; en el segundo tienden á serlo. b) La corrupción fonética, puede darse igualmente en los dialectos mismos, de igual suerte que en la lengua, y esta alteración puede á la vez convertirse en verdadera renovación dialectal, entrando en la corriente general de la lengua. c) La alteración fonética y renovación dialectal, no son *corrupción* fonética, como pretende Max Müller, sino manifestaciones tan naturales como las primeras fusiones verbales, porque para que se diese aquélla sería indispensable suponer antes un organismo *intangible*, de suerte que la alteración sobreviniese como quebrantando una *naturaleza fija*, ya que de otro modo no sería corrupción lingüística. A la alteración preside en su origen la idea de la expresión de varias ideas en un menor esfuerzo posible como se echa de ver fácilmente en la formación etimológica en griego, latín, lenguas modernas, etc. de los nombres del sistema numeral por alteración de elementos componentes; 4.º que la contraposición entre la historia y la lengua tal como quiere hacerla aparecer Max Müller es de todo punto equivocada. No se trata de saber si la historia del pueblo constituye la historia de un idioma, pues es harto conocido que una y otra son independientes en su naturaleza, aunque existan aproximaciones muy significadas y que permiten colegir de la historia de la lengua la de los pueblos, y á la vez por la de los pueblos explicar fenómenos lingüísticos. Esto no puede negarlo Max Müller, antes se ve precisado á reconocerlo expresamente en sus *Lectures*. Tampoco se trata de saber si las lenguas pueden ó no cambiar de formas

gramaticales y recibir otro molde que el que tuvieren; pues esto, independientemente de la naturaleza del lenguaje, puede sostenerse ó negarse; y como veremos al ocuparnos de las dos teorías contrarias en este punto, no existe relación necesaria entre la naturaleza del lenguaje y la doctrina evolutiva ó no evolutiva.

Trátase de determinar la vida propia en cuanto aparece en el lenguaje como un hecho individual y social, y como algo real que objetiva un sér ideal. La historia *externa* de la lengua en sus revoluciones, se presenta y se estudia considerándola en sus etapas; la *historia interna*, en la razón íntima de los fenómenos y de las transformaciones si se realizasen. Todos los hechos externos en orden á determinar la naturaleza de la lengua, no tienen valor sino en cuanto se fija la razón de los hechos, ó en cuanto son éstos de tal naturaleza que no se explican sino en una peculiar manera que caracterice su sér íntimo. Ninguna de las advertencias de Max Müller tiene carácter interno; ninguna es determinante de la vida del lenguaje; ninguna por lo mismo es atendible al objeto que se propone (1).

2.º La Filología comparada es una ciencia *histórica* por su objeto y por su método (filólogos que no reconocen en el lenguaje organismo *independiente*, ni existencia propia fuera de la que le da el espíritu humano, considerando el idioma según frase de Humboldt, como una *εφεγγεια*, no como un *εγγον*, á los cuales filólogos se asocia en sus obras y especialmente en *La vie du langage* W. D. Whitney); según éstos la naturaleza de la Ciencia del Lenguaje, es la misma que la

(1) Por aquí se verá que uno de los recursos á que apela y que pretende convertir en axioma, á saber que "la gramática es el elemento más esencial" é inmutable, y que "una lengua mixta es imposible" (Lect. 2.º), no tiene significación en nuestro caso. Por ello resulta también afirmación gratuita y falsa que las lenguas neolatinas no han adquirido principio vital, ni un solo elemento propio. Cosas todas que obedecen á las insostenibles aseveraciones indicadas. En los idiomas formados, aunque no queramos admitir la denominación de lenguas *hijas* y *madres*, es necesario reconocer las notas características de cada una, que las hacen distinguir así desde el punto de vista psicológico y de expresión de las ideas, según nota Steinthal, como en orden á los elementos fonéticos sucesivamente adquiridos y de varias maneras combinados.

de la ciencia del espíritu humano en su manifestación regular histórica, bajo la acción absoluta psicológica. — Escuela *psicológica*. —

Los razonamientos de Whitney pueden reducirse al argumento general de que las lenguas revisten siempre carácter social en su ser, y aparecen de tal manera eslabonadas á la acción humana, que entrañan el carácter y la forma exclusiva de los actos que son regulados por la voluntad. Las lenguas no guardan relación antropológica y quedan libres de toda determinación etnológica; por lo mismo no existe relación alguna de necesidad entre una raza y un lenguaje, entre el hombre y su lengua, que él puede cambiar á voluntad (1). «Ninguna palabra, añade, ha sido pronunciada sin intervención de la voluntad humana. Esta misma voluntad ha obrado todos los crecimientos y desarrollos lingüísticos.»

Los cambios fonéticos, según Whitney, son debidos á la inversa de lo que dice Müller, á la acción de la voluntad que ordena de un modo regular los medios á los fines bajo el impulso de motivos que son consecuencia de múltiples causas cuyo conocimiento no está sujeto á un procedimiento regular y determinado. No niega la existencia de leyes lingüísticas, pero hace notar de una parte, que por tratarse de la acción de la voluntad, no está sujeta á leyes del orden mecánico y físico, y de otra que esto mismo motiva que no pueda procederse *a priori*; el fonólogo ha de notar los hechos, determinar las relaciones entre los antiguos y los nuevos, y tomar en cuenta los cambios realizados; pero tan sólo mostrando las tendencias, ó mejor, la forma de las tendencias de donde puede ocasionarse el modo de ser de una lengua. Las demostraciones en la Ciencia del Lenguaje no se hacen de una manera absoluta, sino como en las demás ramas de la historia.

De una manera análoga, A. Sayce (*Principles of comp. philology*) considera la Ciencia del Lenguaje como ciencia induc-

(1) Después de hecha esa justa distinción entre lenguas y razas, añade Whitney en *La vie du Langage*: "Or, de meme que l'individu peut parler une langue différente de celle de ses ancêtres, de meme une société (qui n'est qu'une agglomération d'individus) peut acquérir une langue étrangère et ne pas garder le moindre souvenir de sa langue originelle." Que es una fórmula concreta de la independencia de la Glotología y de la Antropología de que hemos hablado, y que es fuerza reconocer.

tiva, la cual sigue el mismo procedimiento que se emplea para los estudios geológicos y biológicos, al procurar descubrir por los hechos leyes generales que puedan aplicarse deductivamente. La diferencia está en que en los estudios geológicos y otros análogos se trata de ciencias naturales, sujetas á leyes fijas que obran hoy como hace centenares de años, y en los estudios lingüísticos sucede á la inversa, porque la suma de las fuerzas crece en razón progresiva de la celeridad. Toda generación nueva recibe el caudal y el influjo de la que la ha precedido; influjo que como fuerza activa debe tomarse siempre en cuenta en la vida de las lenguas. La voluntad humana aparece siempre obrando en estas fuerzas, según Sayce, conforme á leyes no determinables en el orden físico como los naturales; y esta acción fotografiada en los monumentos durables del lenguaje, es la razón de que la Filología comparada, cuyo objeto cae bajo la alternativa de los tiempos, sea ciencia histórica (1).

La opinión que acabamos de resumir, y que defiende Whitney con tal empeño que cree debe excluirse de los estudios de nuestra ciencia al que la impugne (2), encierra una verdad grande del orden psicológico, la cual no podrá nunca ser contrarrestada científicamente, ni menos vencida por prejuicios de escuela alguna. Porque mientras en el orden humano podemos aislar la acción física regulada y fija de la acción de la voluntad, mientras las lenguas vivan sin subordinación á los individuos y éstos sin subordinación á ellas, mientras histórica y antropológicamente no aparezcan vinculados hombres y lenguas, habrá siempre aquí recursos seguros, y argumentos que resisten sin dificultad los embates de los adversarios.

Pero es de observar que los razonamientos de Whitney, si bien demuestran el carácter psicológico, no prueban el verdadero carácter histórico de la Ciencia del lenguaje, porque se refieren exclusivamente al elemento *psíquico*, sin tener en cuenta el elemento *fonético*, del cual no puede prescindirse en ma-

(1) "We must bear in mind that Glottology is an historical science, and the historical sciences imply change and progress with the change and progress of time" (*The Principles* etc.).

(2) Aunque D' Ovidio en la traducción italiana de Whitney (*Vita e Sviluppo del Linguaggio*), cree estas palabras excesivas, es de tener presente que en el carácter psicológico del lenguaje, va envuelta la constitución científica del sistema lingüístico. Por ello, el que niega la naturaleza psicológica de estos estudios, no merece ser contado en el número de sus cultivadores.

nera alguna al estudiar la naturaleza de la palabra, ya que ambos son sus esenciales constitutivos, según dejamos indicado. Es verdad, como dice Whitney, que han de estudiarse las leyes que determinan la acción psicológica en las lenguas, y de esta suerte relacionar hechos con hechos, y transformaciones con transformaciones; pero es falso lo que él mismo dice de que en Fonología jamás podrá proceder *a priori* el filólogo, porque de hecho se procede y se procede legítimamente en muchas deducciones generales y particulares; así en el orden *etimológico* por ejemplo, se determina *a priori* que una *etimología* es falsa, porque el cambio de consonantes que supone no se hace jamás, y por el contrario por análogo procedimiento puede conocerse *a priori* la forma de una raíz dada ó de una serie de raíces á través de las varias lenguas de una familia (1). Es igualmente cierto que los cambios fonéticos son debidos á la acción de la voluntad que ordena medios á fines según disposiciones propias; pero es también cierto que dichos cambios fonéticos son regulares y ejecutados según la naturaleza de los respectivos idiomas (2); por consiguiente, ó ha de admitirse que no es libre la voluntad en las determinaciones glotológicas, contra lo que pretende el autor mencionado, ó ha de reconocerse que la voluntad humana no es árbitro único y absoluto de las leyes lingüísticas, sino que su acción se ejerce de consuno con las exigencias fonéticas dentro de ciertos límites y condiciones en que influye, sino como causa determinante, como *condición* de la

(1) Dicho se está que este procedimiento *a priori* se apoya en una *inducción* primera, por la cual se ha observado que de hecho siguen los sonidos tales ó tales caminos de transformación; pero esta forma de conocimiento es de certeza moral completa (sabido es que hay certezas de este orden comparables á la certeza física), lo cual no es compatible con la teoría de Whitney, al menos en la forma en que la presenta.

(2) No se trata aquí de justificar el fatalismo fonético de ciertos filólogos, desmentido, como las leyes de Grimm, en casos evidentes é incontestables, sino de hacer notar el hecho de una acción fisiológica en el fonetismo con tendencias normales, que resultan del conjunto del idioma. Tampoco nos referimos á las alteraciones que la introducción premeditada y refleja de palabras no conformes con el orden fonético de una lengua puede ocasionar; las que así se apartan del orden general para subvenir á necesidades científicas, etc., no prueban cosa alguna contra lo que venimos diciendo. Dígase lo mismo de la suma de ingerencias de otros órdenes, de todo lo cual hablabamos en su lugar.

determinación de los actos volitivos, el sistema morfológico de la lengua, el carácter general de ella y la ley de menor esfuerzo en cada caso. Resulta, pues, que es menester tener presente el elemento material de la palabra, y que no puede demostrarse su verdadero carácter, sino reconociendo, como dejamos dicho atrás, el doble elemento que preside á los actos humanos, de uno de los cuales se hace caso omiso en la teoría de que nos ocupamos.

3.º La Ciencia del Lenguaje es una ciencia *histórica* por su objeto, una ciencia *natural* por su *método* (F. Müller, *Grundriss der Sprachwissenschaft*, etc.). En esta opinión el lenguaje es organismo con vida propia, que aunque regida por leyes del espíritu (de donde procede su carácter histórico), en su individualidad peculiar, y en cuanto es susceptible de composición y descomposición fonética y morfológica, está sujeta al método de investigación de las ciencias naturales, y participa de la certeza de las conclusiones de éstas. — Escuela *histórico-naturalista*.—

En esta opinión de Federico Müller se ha querido sostener el carácter psicológico del lenguaje que hemos visto en la doctrina anterior, y al efecto el filólogo austriaco invoca los mismos argumentos que usa Whitney, ó sea la falta de correspondencia entre razas y lenguas, la subordinación de las lenguas al cambio voluntario de los individuos y el carácter psicológico é ideal que informa las manifestaciones de la palabra. Pero echando de ver la insuficiencia que hemos ya señalado en la teoría anterior para expresar el concepto de la ciencia que nos ocupa, se ha propuesto subsanarlo yendo al extremo opuesto, ó sea buscando las leyes absolutas de las ciencias naturales.

«En el fondo, dice en su *Grundriss d. Sprachwissenschaft—Einleitung—*, el error de colocar á la ciencia del lenguaje entre las ciencias naturales, proviene de que el método de que hace uso dicha ciencia difiere absolutamente del que es seguido por las demás ciencias históricas, puesto que su método es exactamente el de las ciencias naturales.» Este método en dichas ciencias, dice el mismo filólogo, es inductivo-deductivo, y en él los hechos particulares se presentan bajo la acción de una ley general inmutable y como expresión de ella; de suerte que

aplicando á la Ciencia del lenguaje las diversas formas lingüísticas han de considerarse como expresión de una ley natural fija é inalterable. El método histórico, según el mismo, procede á la inversa, es puramente *casuístico*, y en él los hechos particulares no se ofrecen como resultante de leyes generales, sino que más bien se ordenan en un cuerpo sistemático, eslabonándose por sus relaciones exteriores, ya de oposición ya de yuxtaposición. El método científico (de las ciencias naturales), se apoya psicológicamente en una *Apperception subsumirenden* (lo particular percibido en lo general); el histórico en una *Apperception harmonisirenden* (las diversas esferas de percepciones ordenadas entre sí). «De donde se sigue, añade F. Müller, que los resultados de las dos direcciones científicas son muy diferentes. Mientras las ciencias inductivas y deductivas llegan á conclusiones del todo ciertas, las de método casuístico (como las históricas) sólo alcanzan probabilidades» (1).

Echase de ver sin dificultad que la anterior doctrina de F. Müller, y la aplicación á la Ciencia del Lenguaje de leyes inmutables naturales, conduce á la identificación de los actos humanos con la acción instintiva y necesaria de la naturaleza y de los organismos inferiores de la escala zoológica, que es el espíritu de la escuela filológico-darwiniana, de la cual se declara discípulo el filólogo austriaco (2). En esta teoría todo sis-

(1) Esta clasificación de métodos *histórico* y *científico*, la usa también el profesor de Viena para distinguir la Filología general (método histórico), de la Filología comparada (método de las ciencias naturales): «Como es de todos sabido, dice, la Filología y la Lingüística tratan del lenguaje de muy diferente manera. Mientras la Filología examina y resuelve casos concretos.... la Lingüística trata de examinar cada caso como expresión de una ley general.... Mientras que la Lingüística llega á una serie de leyes generales ciertas, la Filología no puede hacer otra cosa que esclarecer casos determinados, y procurar concordarlos con otros ya coordinados» (*Grundriss* etc. I.) Las erróneas apreciaciones de F. Müller en este punto, son consecuencia legítima de su evolucionismo sistemático.

(2) Nach Darwin, dice en el cit. *Grundriss d. Sprachwiss.*, «und der modernen Naturforschung, ist der Mensch nicht erschaffen, sondern aus einem niedriger organisisten Wesen auf den Wege tausend und über tausendjähriger Entwicklung entstanden. Wie dieses Wesen beschaffen war, kann Niemand wissen und hat kein wissenschaftlich gebildeter Mann je behauptet.» Tales son los principios con los cuales discurre F. Müller en materias lingüísticas, para acabar por la confesión que encierran las últimas líneas citadas, de la absoluta

tema histórico como todo edificio científico, en el sentido riguroso de la palabra, es un absurdo, consiguiente á las negaciones psicológicas y ontológicas del materialismo evolucionista; siendo además imposible que pueda darse distinción de métodos (se habla del método en la misma significación doctrinal que le da Müller) con fundamento en la distinción de principios científicos, donde éstos están siempre constituidos por una misma universal norma de ciega ó inconsciente necesidad, á la cual ha de reducirse como á razón suprema toda disciplina histórica ó no histórica.

Pero admitido por un momento que puedan subsistir como diversos en el darwinismo aceptado por F. Müller, los dos procedimientos, *casuístico y científico*, correspondientes á las ciencias históricas y á las naturales respectivamente, jamás pudieran juntarse ciencia y método de diverso orden, como pretende hacerlo F. Müller en la Ciencia del Lenguaje, rin renunciar á sus propias doctrinas. Si con el método histórico (forma intrínseca á la historia) no puede llegarse á conclusiones ciertas, y con el método científico (expresión característica de las ciencias naturales) no se obtiene nunca conclusión dudosa, no puede llevarse el método histórico á las ciencias naturales, ni el de ésta á la historia, sin trastornar la naturaleza de los dos órdenes de estudios. En este caso, ó se admite que las conclusiones no son dependientes de sus principios, ó, con peor lógica si cabe, se le da á aquéllas un carácter que no tienen éstos. Pretender reunir método y ciencia distintos, principios y conclusiones diversos (que á eso se reduce la teoría que impugnamos), es una contradicción manifiesta, si no es reconocer una misma ley necesaria común, con nombres distintos, negando la distinción que aparentemente se establece. Si, pues, el método y norma de las conclusiones lingüísticas son de las ciencias naturales, importa muy poco, cualquiera que sea la distinción que se imagine, hablar de aquéllos como disciplina histórica.

Nuestra teoría en este punto, dedúcese fácilmente de lo que dejamos indicado en los comienzos de este capítulo. Hemos dicho que la naturaleza de la Cien-

impotencia del darwinismo en orden á resolver el problema de la existencia, el cual tan fácil y racionalmente explicado aparece en el sistema ortodoxo y racional de la creación. Declaraciones análogas hace en su *Allgemeine Ethnographie* sobre este punto.

cia del Lenguaje, debe fijarse con arreglo á la naturaleza del lenguaje mismo, y que siendo éste un conjunto que resulta del orden psicológico y del orden físico, algo interior que se refiere al mundo de las ideas y algo exterior que ofrece el concepto en una asequible fórmula fonética, es necesariamente un todo complejo regulado por aquellos dos órdenes de principios, de los cuales el primero se refiere al oficio y significación de las palabras, y el segundo á la formación y evolución de los sonidos, dando un todo perfecto, á la manera que la materia y el espíritu, la parte racional y la parte física se ofrecen eslabonadas para formar el todo de los actos humanos. Como éstos, tiene el lenguaje la acción psicológica que impera en la acción física y la determina; como en ellos, la acción física se pone á contribución, mediante los elementos fonéticos y la condición de los órganos de la palabra, ocasionando determinados rumbos y direcciones que influyen en la parte psíquica, mientras la acción refleja no impone sus superiores consejos para hacer prevalecer, contra aquel influjo, alguna voz ó palabra. Y si dichos actos no pueden decirse propiamente del espíritu ni de la materia, sino del compuesto humano que se refleja allí en su unidad, de igual modo el acto de la palabra no puede decirse físico ni psicológico, sino del compuesto, y ejercido dentro de la esfera de libertad compatible con las leyes naturales de la pronunciación y el carácter social que reviste el lenguaje, que son los dos factores que mantienen reguladas las tendencias de cada idioma. De ahí las leyes fonéticas, las cuales sin ser absolutas, sin tener necesidad intrínseca, como cada uno sabe por sí mismo y observa en los demás, conservan una cierta regularidad, la cual puede tomarse por norma de su marcha ordinaria.

Según esto, la cuestión de que se trata aparece en

las anteriores opiniones mal entendida y mal propuesta. Mal entendida en cuanto en ellas se prescinde de la síntesis de esa operación humana que se llama *palabra ó lengua*, deshaciendo su conjunto; mal propuesta, porque se hace un análisis donde ninguno de los elementos puede subsistir después de hecho, y se presenta la disyuntiva entre extremos, de los cuales ninguno es verdadero considerado aisladamente. De aquí que todas las opiniones dichas ó proceden del supuesto que el lenguaje es obra exclusiva de leyes mecánicas, ó de que todos los hechos lingüísticos se explican por el influjo de la voluntad, cual si la palabra fuese la idea misma que representa (1).

Pueden, pues, establecerse como criterio:

1.º El lenguaje es un hecho complejo en sí mismo, que además reviste carácter social en su complejidad. Es un todo constituido por elementos psíquicos (parte formal) y elementos fonéticos (parte material). Es una *energúeia* en cuanto participa de la vida intelectual humana, y es un *ergon* como obra hecha, como subsistencia individual. En el primer sentido tiene la lengua carácter subjetivo, y se considera en orden á la facultad de hablar; en el segundo se significa su carácter objetivo, y como actuación de aquella potencia, aunque sin aislar estos dos inseparables aspectos (2).

(1) A uno de dichos extremos se reducen las opiniones *mixtas*, como acontece con la ya examinada de Federico Müller, y con la que indica L. Adam (*Les Classif. de la Ling.*), según la cual la Filología comparada participa del carácter de ciencia natural y del de ciencia histórica, y por ello recibe el influjo de ambos métodos. Vinson ha notado á este propósito que no existen ciencias mixtas (*Rev. de Ling.*, XIV). Entendido, sin embargo, dicho carácter mixto, en orden á los factores del lenguaje, como lo entendemos en otro trabajo nuestro (*Lingüística*, I-E. *Introducción*), la doctrina de L. Adam sería reducible á la que sostiene la naturaleza histórica de los idiomas, y no incompatible con la doctrina que arriba presentamos.

(2) No sin razón nota Federico Müller (*Grundriss der Sprachwiss.*, I), que "si en estos últimos tiempos se ha propagado el error de

2.º El lenguaje humano es un hecho individual en su origen, y, como principio, presupuesto para el hecho colectivo á la manera que los individuos se presuponen para constituir la sociedad; pero es también un hecho social, cuya acción refluye en los individuos, de modo que las corrientes mutuas individuales y sociales mantienen el equilibrio de las formas en la composición y descomposición de los idiomas. Sin embargo éstos no son en caso alguno un hecho de raza; porque las lenguas, como los sistemas de numeración, como los procedimientos de escritura, como las teorías de un sistema, traspasan los confines de su nacimiento y cambian de medio ambiente recorriendo muy diversas regiones de la tierra, sin resistencia alguna á la adaptación. Y es de notar, contra lo que generalmente se dice, que si la dependencia ó independencia antropológica y lingüística es de importancia para conocer la naturaleza de los idiomas, dista mucho de serlo en los problemas generales de la Ciencia del Lenguaje, á donde se lleva esta cuestión con otros fines. La *historia interna* de los idiomas, en efecto, puede seguirse en su desarrollo, sin mentar en manera alguna el carácter de las relaciones entre lenguas y razas: la *historia externa*, que se refiere á la clasificación de pueblos y lenguas, distribución de éstas, etc., ni aun atañe á la vida de los idiomas, pues los supone constituidos. Por consiguiente, ninguno de los aspectos verdaderamente glotológicos de la palabra tiene relaciones antropológicas; y todas las que pudieran

que el lenguaje constituye una ciencia natural, es debido á que la mayor parte de los lingüistas no han visto en él más que un *ergon*. Para comprender la aserción de Schleicher, que las lenguas viven como los organismos naturales, sería necesario confundir el lenguaje verdadero con el lenguaje literario fijado por la escritura. "No sería difícil retorcer este razonamiento contra la doctrina del mismo F. Müller, atrás impugnada.

descubrirse son meramente adventicias y circunstanciales, referentes á la parte *descriptiva* de las lenguas, como cuando se trata, p. ej., de saber el número y forma de idiomas de las razas de un continente. Relaciones éstas que significan muy poco al filólogo, el cual trata de estudiar la palabra y no busca clasificaciones de pueblos ni de gentes (1).

3.º El lenguaje, pues, vive en el individuo y en la sociedad, recibiendo en ellos organización propia. Si quisiéramos llamarle *organismo*, habría que distinguir el doble aspecto de esta denominación. No puede decirse tal, si á manera de los organismos naturales, se intenta considerarlo con una subsistencia que no tiene independientemente de la sociedad que le da el sér; las mismas lenguas escritas no recuperan su carácter sino en cuanto, sobre los signos gráficos que las representan y son *medio* de su conocimiento, hacemos revivir un idioma, trasladando á nosotros el sistema fonético, morfológico é ideológico de los que le hablaron. Las teorías que consideran la palabra exclusivamente como un *ergon*, dánle la forma orgánica falsa que acabamos de indicar (2).

4.º Mas, puede llamarse organismo el lenguaje en cuanto constituye un todo capaz de ser estudiado en

(1) Esta observación bastaría para juzgar la ligereza de ciertos filólogos (La Calle, Chavée, Hovelacque, etc.), que creen indispensable hablar de pluralidad originaria de razas al tratar de los idiomas, y no vacilan declarar luego *ex tripode* como conclusión inconcusa la irreductibilidad de unos y otras.

(2) A esto mismo vienen á parar, si bien por camino distinto, las teorías del *nativismo inconsciente*, aun considerando el lenguaje como una *evégyeia*; pero *energía* de evolución necesaria que da los idiomas como frutos desprendidos del árbol de la vida física. Steinthal, que no quiere admitir los *organismos* lingüísticos en el sentido de Becker, acaba por aceptarlos con todos los demás de su escuela de que nos ocuparemos al tratar del origen del lenguaje, formulando sus teorías psíquico-fatalistas en la materia. (Cf. *Abriss des Sprachwiss. I-Einleitung in die Psychologie und Sprachwiss.*)

sí mismo, que presenta períodos análogos á los de la vida orgánica en su nacimiento, desarrollo, etc., y conserva la virtud de asimilación y actividad productiva que le asegura su existencia. Una aglomeración de sonidos que han llegado á constituir una palabra, y una aglomeración de palabras que forman una lengua, ofrécense como eslabones de una cadena histórica, como parte de un sistema, como términos de una serie, que diría Whitney, como algo capaz de ser examinado objetivamente, de modo análogo al de cualquier organismo viviente, al de cualquier planta de un jardín, y nos dan fundamento sobrado para hablar de las palabras como de organismos ideales que viven y mueren en el decurso de los tiempos (1). Organismo en el cual deben siempre considerarse las dos clases de fenómenos físicos y psíquicos que le constituyen, y que se reflejan en las leyes *morfológicas, sintácticas y semánticas* propias de cada idioma (2). Estos

(1) Teniendo en cuenta que en denominaciones como la de *organismo* aplicada al lenguaje se procede por analogías, no sería difícil conciliar á los que discuten dicho nombre (no nos referimos á los que le hacen centro de sistema) renunciando unas y otros á exageraciones comparativas. El mismo F. Müller para quien el lenguaje "no es un organismo en sí", acaba por admitir esta denominación (*Grundriss d. Sprachwiss.*, I), en un sentido sin duda aceptable: "Gleich jedem Organismus, der belebt in die Erscheinung tritt, muss die sprache zwei Sphaeren der Entwicklung durchlaufen, nämlich jene, in welcher wir sie unter unsern Augen heranwachsen und sich entfalten sehen, und jene, in welcher sie zu dem, als was sie uns erscheint, sich herabbildete."

(2) Sobre el estudio y significación de la parte material (fonética, morfología) y de la parte formal de las lenguas (sintaxis, semántica), se han hecho observaciones harto atinadas y convenientes, que coinciden con nuestras apreciaciones en la materia. "L'histoire des formes, escribe Breal en sus *Mélanges* etc., n'est que la moitié de la grammaire comparative, et l'étude purement extérieure des mots doit toujours être éclairée et contrôlée par l'examen de la signification." Vinson (*La Science du langage et la langue basque*), después de dividir la gramática en fonética, morfología, funciología (denominación un tanto bárbara) y sintaxis, hace notar como sólo las

fenómenos y leyes multiplicándose ordenadamente, dan lugar á un todo histórico; es decir, á una serie de manifestaciones orales que dentro de los dos órdenes de elementos constitutivos, como los actos humanos dentro de los suyos, pueden estudiarse á la manera de la vida social de los pueblos.

5.º Por lo dicho se colige también que la Filología comparada tiene con su condición histórica, carácter peculiar científico, el cual de conformidad con lo que dejamos asentado al tratar de la naturaleza de dicha disciplina, ha de resultar del conjunto de elementos que le dan el sér. Por lo mismo, separar el orden fonético de las influencias psicológicas, como hacen algunas escuelas al sentar las bases científicas de los estudios lingüísticos, sería pretender calificar un organismo imaginario pervirtiendo á un tiempo la naturaleza del lenguaje y la de la ciencia que se propone estudiarlo. El sistema filológico en que se inquiera exclusivamente la parte fonética y lexicológica del lenguaje, sin cuidar de la parte activa psicológica que en él interviene, ó debe renunciar á todo carácter científico, ó ha de constituir *a priori* leyes que den

dos primeras partes han sido seriamente cultivadas; la sintaxis lo ha sido menos; muy poco contra toda razón, la que él denomina *funciología*, y que con mejor derecho llamamos *semántica* (ciencia de las significaciones). Porque su objeto, en efecto, es dar cuenta del sentido exacto de cada expresión sonora en todo tiempo, y de las alteraciones sucesivas en cada raíz y palabra. En esto va el estudio de la vida íntima y esencial de la palabra, y por lo mismo constituye la parte de labor más ardua y complicada. Chavée (*Revue Linguistique*, t. XI), advierte también el desequilibrio mencionado, sistematizando el doble proceso del lenguaje, ó los constituyos de la lingüística integral, en dos órdenes de leyes: 1.º Leyes de la *fonología lexicológica*. 2.º Leyes de la *ideología léxica*. La ideología lexicológica es para Chavée "l'ensemble des lois qui règlent le devenir des idées, en tant qu'elles sont incorporées dans les mots." Noción que tomada en sentido inverso, esto es, en cuanto se trata de "un conjunto de leyes que regulan el *devenir* de las palabras en cuanto á ellas se incorporan las ideas", pueden tener sentido aceptable.

unidad y cohesión á los elementos muertos de la palabra que ellos mismos han convertido en piezas de anfiteatro. De igual suerte todo sistema que siguiendo orden inverso estudie únicamente la parte psicológica de la palabra, acabará por levantar un edificio de existencia puramente ideal y subjetiva, pero que no será el edificio de la Ciencia del Lenguaje.

Uno y otro extremo aparta del camino de la verdad en los estudios lingüísticos y lleva á consecuencias de no pequeña entidad en la materia; en uno y otro caso se hecha en olvido que para realizar el fin filológico de los estudios comparados, habrá de tenerse en cuenta que éstos han de describir la evolución gradual del pensamiento y de la acción humana representados en los monumentos durables del lenguaje, expresión exterior de aquel pensamiento y acción. Esto es, que ni la parte puramente fonética ni la parte puramente ideológica pueden darnos la ciencia que se intenta, sino que reunidas ambas, como lo están realmente el sonido y la idea en el habla humana, han de estudiarse en su conjunto y tal como se nos ofrece en la vida social de la humanidad.

De la teoría que acabamos de indicar se deduce desde luego como corolario digno de ser tomado en cuenta, que no basta trazar las leyes del pensamiento ni examinarlas para constituir la Ciencia del Lenguaje, sino que es menester seguir el desarrollo histórico de los sonidos; de igual suerte que no es suficiente la semejanza de los sonidos para la investigación filológica, ni suministra los elementos de comparación y análisis científico, sin la encarnación de la idea á que históricamente corresponde. Por eso ni la *fonética* constituye la Ciencia del Lenguaje sin el elemento *psicológico*, ni éste la constituye sin aquélla, sino que uno y otro deben aparecer eslabonados históricamente para constituir la *palabra*, y para darnos la *etimología*.

logía de ella; etimología que por lo mismo no ha de confundirse con la semejanza puramente léxica; porque pueden darse palabras fonéticamente idénticas, cuyo origen sea muy diverso, y palabras fonéticamente diversas que tengan un mismo origen etimológico según frecuentemente acontece (1).

(1) Dos extremos son, pues, igualmente viciosos y reprobables en la materia; uno el de aquellos que juzgan que la etimología puramente fonética y en sí misma considerada puede darnos constituida la Ciencia del Lenguaje, y otro el de los que desechan toda investigación etimológica aun debidamente entendida, como incapaz de elevarnos con certeza á las conclusiones lingüísticas. Los primeros aceptan las siguientes palabras de Whitney en su *Vie du Langage*: "Le procédé de recherches linguistiques repose sur l'étude des étymologies, sur l'histoire individuel des mots et de leurs éléments. Des mots, on s'élève aux classes de mots, puis aux parties du discours, puis aux langues tout entières. C'est donc de l'exactitude des recherches étymologiques que dépend le succès général, et le perfectionnement de la méthode appliquée à cette étude distingue le linguiste moderne de ses devanciers."

Los segundos suscriben estas afirmaciones de Hovelacque en *La Linguistique (Les dangers de l'étymologie)*: "L'étymologie, par elle-même, n'est qu'une jonglerie, une sorte de jeu d'esprit, si bien que le grand ennemi de l'étymologiste, son ennemi implacable, c'est le linguiste. En un mot, l'étymologie par elle-même et pour elle-même n'est que de la divination; elle fait abstraction de toute expérience, néglige les difficultés et se contente des apparences spécieuses de ce qui n'est qu'à peine probable ou à peine vraisemblable."

La doctrina de Whitney puede llevar, prescindiendo del elemento psicológico y de idea encarnada en el sonido, á las exageraciones de los etimologistas que descubren relaciones las más incoherentes para establecer parentesco en las palabras. Por este procedimiento hemos visto formarse las etimologías que nos presenta la Filología latina desde Varrón hasta Donato y S. Isidoro de Sevilla, y que se reproducen y repiten durante toda la Edad Media; de igual suerte que los escoliastas griegos y principalmente los comentaristas homéricos, llegaron á crear palabras imaginarias para dar explicación etimológica de sus supuestos derivados. Etimologías como *nobilis de non vilis, coelum de quod est celatum, Parcae quia nulli parcant, ludus (escuela) quia est longe a lusu, cadaver de ca-ro-da-ta-ver-mibus*, etc., bastan para hacernos formar concepto en la materia.

Por lo que hace á las doctrinas de Hovelacque, son tan indiscretas como anticientíficas. Después de las palabras ya citadas y de re-

Siguese también de lo dicho que los caracteres propios de la Ciencia del Lenguaje no pueden ser los de las ciencias exactas ni los de las ciencias metafísicas, sino los que corresponden en general á las ciencias históricas cuya realización en el tiempo se tra-

unir algunos ejemplos de falsas etimologías, no duda concluir con una clara alusión al conocido epigrama de Voltaire, según el cual el etimologista es un adivinador para quien nada valen las vocales y las consonantes bien poca cosa. Ciertamente que si las investigaciones etimológicas se ajustasen á los procedimientos del empirismo de Hovelacque, sería verosímil lo que afirma y tolerable la ligereza volteriana de este escritor, pero no se alcanza qué cosa hubiera sido entonces la Ciencia del Lenguaje, y sería difícil adivinar también en qué apoya y estriba la doctrina que él expone en su tratado de *Linguística*. Bastarían los dos primeros capítulos de su libro (en el 1.º se exponen las ideas á que aludimos, y en el 2.º se trata de la "Facultad del lenguaje articulado"), para desacreditar el positivismo aplicado á la Filología comparada.

Entre los extremos mencionados está la doctrina que sustentamos, en la cual se mantiene con el valor filológico é histórico de la derivación debidamente establecidos, el valor psicológico que ha de figurar en la etimología para que pueda y deba admitirse científicamente. "Las palabras, diremos con Sayce (*The principles etc.*, c. I), no tienen valor en sí mismas sino para el que trabaja un diccionario. Sólo tienen valor en cuanto reflejan é incorporan el pensamiento. El objeto de una etimología verdaderamente filológica es descubrir y proclamar las leyes que han regido la evolución del pensamiento, ó mejor, la manera como las circunstancias materiales y sociales han determinado esta evolución." Por esto mismo, como nota La Calle en *La Gossologie*, es tan reprehensible el procedimiento de los que en el estudio de los fenómenos lingüísticos se atienen simplemente á la estructura y forma de las lenguas sin tener en cuenta la parte ideológica, la más importante de la vida del lenguaje, como el de aquellos que se limitan á este orden de fenómenos, sin fijarse en la estructura y formación de los idiomas.

En la reunión de dichos elementos se funda la teoría de la Ciencia del Lenguaje que sustentamos, y que debe sostener la etimología científica. Entendida así, puede decirse (y lo notó ya Max Müller en sus *Nouvelles Leçons*), que las irónicas frases de Voltaire contra los etimologistas de su tiempo, vienen á convertirse hoy en una verdad científica; porque ciertamente en un serio procedimiento filológico, no preocupa á nadie ya ni la identidad ni la semejanza de los sonidos para el parentesco de las palabras, sino la evolución fonético-ideológica realizada históricamente.

ta de determinar en orden al lenguaje. Así es que la Ciencia del Lenguaje considerada desde el triple punto de vista del *origen* y formación de las palabras (Etiología, Fonética, Morfología), del sentido de las mismas (Semántica), y de las funciones gramaticales y categorías ideológicas (Lógica, Psicología), debe ofrecerse históricamente, y en esta vida histórica ha de fundarse el análisis científico de donde se derive el orden genético así de los idiomas como de las palabras dentro de cada idioma.

Y lo que acabamos de exponer es de significación no sólo para conocer la naturaleza del objeto de la Ciencia del Lenguaje, sino también para determinar el verdadero concepto de esta ciencia en cuanto tal; concepto que suelen presentar los filólogos con inexactitud y falta de precisión harto señaladas.

En la Filología comparada debe distinguirse (de conformidad con lo que dejamos dicho al indicar los diversos fines con que pueden ser estudiados los idiomas) el elemento *activo* y sistemático que está constituido por la denominada Ciencia del Lenguaje, y el elemento instrumental que suministran la *Glottología* y la *Filología general*. Estas investigan los hechos lingüísticos, aquélla establece la teoría doctrinal; éstas reúnen los datos relativos á la existencia de las lenguas, á sus variantes fonéticas, contextura gramatical respectiva, etc., y aquélla las estudia en orden á sus relaciones con el espíritu, de donde han de resultar determinadas la naturaleza y propiedades del lenguaje, y aun las razones del modo de ser individual de los idiomas en cuanto pueda éste averiguarse históricamente, según los principios de orden superior de que dependen, que constituyen el carácter diferencial de la Ciencia del Lenguaje, el cual hace que nadie la confunda con las investigaciones puramente glotológicas. La Glottología y la Filología general preparan

los elementos del *arte lingüístico*; y la Ciencia del Lenguaje ó Filología comparada los eleva al orden científico presentándolos como manifestaciones históricas dentro de un sistema (1).

Estas manifestaciones históricas en cuanto sujetas á las contingencias de carácter individual y social que

(1) Abel Hovelacque en su citado libro *La Linguistique*, queriendo darnos el concepto de la *Filología general* y de la *Ciencia del Lenguaje*, escribe: "La tache du philologue est l'étude critique des littératures, sous le rapport de l'archéologie, de l'art, de la mythologie; c'est la recherche de l'histoire des langues et subsidiairement de leur extension géographique..... La linguistique peut être définie: l'étude des éléments constitutifs du langage articulé et des formes diverses qu'affectent ou peuvent affecter ses éléments."

En la descripción de ambos estudios hay aquí inexactitud. A la Filología general no le compete la investigación lingüística, sino únicamente cuando se considere como *medio* para la Filología comparada y en cuanto instrumento dirigido por los principios de ésta. Y aun en este sentido es menester distinguir la historia *interna* de la historia *externa* de las lenguas. La historia *interna* está constituida por las evoluciones morfológico-ideológicas y sus causas en los idiomas, y es del dominio exclusivo de la Ciencia del Lenguaje. La historia *externa* estudia la sucesión de las formas de lenguaje, estilo, etc., consideradas tan sólo cronológicamente con los demás fenómenos extrínsecos á la naturaleza misma del idioma, como las alteraciones producidas por invasiones literarias extranjeras, acontecimientos políticos que afecten al modo de ser lingüístico, etc. Desde este punto de vista la historia de los idiomas, es del dominio de la Filología general, y bajo la dirección de la Filología comparada es utilizable en la historia *interna* del lenguaje.

Pero si la definición de Hovelacque peca por exceso en la *Filología*, la que nos da de *Filología comparada* ó *Lingüística* como él la llama, peca por defecto. En las palabras transcritas, queda reducido el objeto de ésta á la *morfología y fonética*, ó sea á la parte material de las palabras, que son los sonidos, prescindiendo de la parte formal é ideológica. Esto, así como la clasificación científica de los idiomas y el orden genético de los mismos, que constituyen parte notable de la Ciencia del Lenguaje, ni aun indirectamente se mentan en la noción que dicho escritor ofrece.

Se ha comparado la Ciencia del Lenguaje á la Botánica y la Filología general á la horticultura. Tal comparación en sus dos extremos debe tomarse, para que sea admisible, en sentido un tanto restringido; y aun por lo que hace á la comparación de la horticultura, es más aplicable al *Poliglottismo* que á la Filología.

influyen en los demás acontecimientos históricos, no pueden ser estudiados sistemáticamente sino en cuanto en abstracto se fijan las leyes que, atendida la naturaleza del lenguaje, han de verificarse constantemente, y en concreto se ven realizadas aquellas leyes con el mismo carácter contingente que les corresponde. Mas de que no siempre pueda determinarse el hecho concreto como se ha realizado la evolución de un lenguaje por falta de datos históricos, no ha de concluirse nada contra la ciencia que por una parte sienta los principios generales dentro de los cuales, en una ú otra forma de las que en ellos se expresan, debe estar comprendido el caso particular de un idioma ó familia de idiomas, y por otra establece principios científicos ordenados á la investigación concreta de los hechos glotológicos desconocidos. Y así como nadie niega á la ciencia de la Historia la realidad y valor de sus procedimientos sistemáticos, porque no todos los hechos sean conocidos, de igual suerte las disputas y controversias en los hechos históricos de los idiomas, no atañen á la realidad científica del sistema filológico legítimamente fundado.

Para que una disciplina se halle constituida en la categoría de ciencia, basta que demuestre la naturaleza y propiedades de su objeto dentro de una teoría racional que dé la razón del sistema, y constituya por lo mismo la *demonstración* conveniente del objeto una vez conocida la forma de su existencia. Así es que la *demonstratio rei per causas* de que hablan los filósofos al ofrecer el concepto de ciencia, se refiere de una manera directa y primaria, á los principios de la teoría que trata de explicar el sér objetivo de la cosa, y sólo indirectamente á la cosa misma, cuyo es el sér objetivo. Por eso la Lógica, la Metafísica, la Geometría, etc., formulan las demostraciones que dan primariamente la razón de sus sistemas respectivos en cuanto ta-

les, sin referirse más que á la realización *posible* de su objeto, el cual sin duda habrá de ser clasificado según las leyes lógicas, metafísicas y geométricas; pero la aplicación concreta de éstas ó de las otras leyes, no puede ser determinada sino después de ser determinado el objeto mismo, cuyo estudio concreto puede ser discutido desde diversos puntos de vista de la aplicación científica de las leyes mencionadas. Que en las ciencias físicas, en las ciencias históricas, y en general en todas las ciencias de observación, hayan de ofrecerse puntos concretos discutibles, es tanto más fácil cuanto es más frecuente la *hipótesis* y la *inducción* para los fines reales de la ciencia, y la clasificación subordinada de los principios que establece. Mas de ello, en manera alguna se sigue que sea discutible el carácter científico de las respectivas disciplinas mencionadas.

La Filología comparada no presenta únicamente reglas para la investigación, sino que nos ofrece la teoría racional de procedimientos y principios, y en ellos el *por qué* de sus aserciones, y aun de las investigaciones mismas cuando éstas proceden de una manera científica; parte de los principios del orden fisiológico cuando se trata de la naturaleza de los sonidos; de los principios filosóficos para las relaciones entre el signo y la idea, entre la palabra y el pensamiento; de los principios que corresponden á la naturaleza física, moral y social del hombre, para el influjo de las causas físicas, morales y sociales en la vida real de las lenguas.

Tenemos, pues, que la Filología comparada es ciencia: *a*) en cuanto sus doctrinas están moderadas y dirigidas por principios generales que constituyen la razón del sistema lingüístico; *b*) en cuanto por procedimientos determinados de una manera racional y sistemática estudia la naturaleza individual de los idiomas, la manera de su organización, la forma de su evo-

lución, y el parentesco que con otros les corresponde; c) en cuanto subordinada dicha disciplina á las teorías legítimas de la Filosofía, de la Psicología, de la Antropología y de la Historia, nos lleva á reconocer su manifestación concreta en la formación, génesis y transformación de los idiomas.

Para la verdadera noción de la Ciencia del Lenguaje es, pues, necesario el examen de sus elementos bajo el principio de la unidad en que están constituidos (1). La forma científica de esta unidad podrá, á más de lo dicho, determinarse á tenor de estas observaciones: 1.º en el concepto de ciencia expuesto de tan vario modo por las diversas escuelas y teorías, entra siempre el conocimiento de causas, que pueden ser las que producen el sér de la cosa, las que mueven el agente á producirla, las que entran como constitutivos del objeto, ó el conjunto de todas ellas; pero en todo caso ha de atenderse á la naturaleza de

(1) Téngase presente que el concepto de ciencia, así en sentido *subjetivo*, ó en cuanto serie de conocimientos, como en sentido *objetivo*, ó en cuanto sistema de conclusiones, admite diversos grados, ya atendido el nexa conocido de causas y efectos, ya la condición de los principios que pueden ser en sí mismo susceptibles de varia desigual cognoscibilidad. De aquí las ciencias en sentido *lato*, *menos lato*, *estricto*, etc., de que se habla en *Metodología*. (Cf. entre otros, Tilmann Pesch, *Logica maj.*, I).

La Filología comparada, dentro de su naturaleza histórica, merece aquel nombre en sentido propio. La rápida evolución de los estudios lingüísticos, las preocupaciones de escuela en sus cultivadores, la naturaleza y amplitud de las materias, han dado ocasión á multitud de direcciones simultáneas, dificultando la orientación segura, y aun ocasionando algunas corrientes escépticas, de las cuales quedan dejos en las obras de Whitney (*La Vie du langage*, y en sus *On inconsistency in views of language; Logical consistency in views of language*), en Ascoli (*Saggi, y Studii critici*), y en otros, á los cuales deben asociarse los *Studii Lingüistici* de De Cara, escritos bajo el más enervante criterio escéptico. Los que así no dudan proclamar la inseguridad de una disciplina por la variedad de dictámenes, cual si las ciencias más firmes fuesen las de menos divergencias, debieran recordar cuan fácil es por las mismas sendas derribar otras doctrinas científicamente establecidas que por su variedad y arduidez presentan aspectos semejantes. En tal sentido, la *Historia de la Filosofía* es palmaria confirmación de nuestro aserto; pudiera decirse que ella es la *Historia universal de las variaciones*.

la entidad de que se trate, ya que no es uno mismo el carácter de las ciencias metafísicas que el de las morales y sociales, el de las matemáticas que el de las naturales, etc. En este sentido hablan los antiguos de los caracteres requeridos para la ciencia, sin excluir, antes incluyendo en la categoría de éstas, las disciplinas históricas. En este mismo sentido se entiende aquellas palabras de Aristóteles que resumen las condiciones de la ciencia según los escolásticos: *Ἐπίστασθαι δὲ οἰόμεθ' ἕκαστον ἀπλῶς, ἀλλὰ μὴ τὸν σοφιστικὸν τρόπον τὸν κατὰ εὐμβεβεκός, ὅταν τὴν εἰ αἰτίαν οἰώμεθα γινώσκειν δὲ ἦν τὸ πρῶγμα ἐστίν, ὅτι ἐκείνου αἰτία ἐστὶ καὶ μὲ ἐνδέχσθαι τῶντ' ἄλλως ἔχειν.* (*Analit. P. I. I*).

2.º Habida razón de que el organismo filológico no reviste forma metafísica sino histórica, las *últimas causas* (prescindiendo de los principios supremos de orden lógico y psicológico general), han de buscarse de diversa manera en la Filología comparada y en las ciencias abstractas y ontológicas (1). Pero dentro de su modo de ser, la Ciencia del Lenguaje exige para su realización la norma de procedimientos *analítico-sintéticos* comunes á toda disciplina científica, que no siempre han tenido presente los filólogos.

En la operación mental de análisis se procede siempre de lo compuesto á lo simple, del hecho á la razón de él, del efecto á la causa, porque la razón del hecho ó la causa del efecto son más simples y para nosotros menos accesibles que los hechos ó los efectos mismos. En la síntesis, la operación intelectual es inversa, ó se procede por recomposición de partes en el todo, teniendo por norma la conexión de causa y efecto, de razón y de

(1) Es de observar que los dos métodos extremados en la Filología comparada, el *empírico* y el *filosófico*, de que hemos hablado atrás, resumen igualmente los procedimientos inadmisibles en el terreno de la Historia. El método empírico en ésta, lo representan bien claramente las ideas de A. Comte, de Quetelet, de Buckle, de Hellwald, de Du Bois-Reymond, etc. El método filosófico abstracto, está representado entre los idealistas por Kant (*Ideen zu einer allgemeinen Geschichte*, etc.), Schlosser, etc.; entre los panteístas por Herder (*Ideen zur philosophie der Geschichte*, etc.), por Fichte, Schelling, y sobre todo por Hegel (*Philosoph. des Geschichte*), por Lotz, etc. Todo ello demuestra el aspecto científico que la Historia, como la Filología comparada, puede admitir, y los puntos de vista comunes que pueden darse en una y otra. (V. Steintal, *Philologie, Geschichte, Psychologie in ihren gegenwärt. Beziehungen*, y Humboldt. (*Ueb. die Aufgabe d. Geschichtschreibers*).

hecho, la cual conexión pende del conocimiento de la naturaleza de los principios.

El procedimiento científico podrá ser más ó menos analítico, y más ó menos sintético según la naturaleza de la ciencia y el estado de su desarrollo, pero no podrá ser ni lo uno ni lo otro exclusivamente. El análisis puede ofrecernos los componentes de un cuerpo científico; pero siendo la ciencia no el conocimiento de partes, sino de causas y principios demostrativos de hechos y de efectos, el análisis no llegaría jamás á constituir la. Su objeto final, pues, no es otro que elevarnos á las razones relativamente supremas de las cosas, para que visto así su superior enlace, conozcamos la naturaleza y amplitud de las causas, deduciendo de allí las series de efectos que lógicamente vemos desprenderse de los principios, en lo cual está la realización de la síntesis, y el origen del organismo científico. Por donde se confirma lo antes dicho que si el análisis no basta para la ciencia, la síntesis por sí sola no es suficiente, pues ésta no se alcanza sin aquel medio único y natural de su asección. Al análisis corresponde el método de *inducción*, proceso ascendente de efectos á causas; á la síntesis, el de *deducción*, que baja de causas á efectos (1).

(1) Dos medios coadyuvan principalmente la labor científica en sus inducciones y deducciones. Uno es la *analogía* lógicamente aplicada, que nos permite establecer *argumentos de proposición* (á eso se reduce su concepto) de extremos conocidos con otros ignorados, dentro de límites racionales y fundados. Otro es la *hipótesis* ó proposición provisional aun no demostrada, pero idónea para explicar una serie de fenómenos. "Die Hypothese, dice Ueberweg (*System d. Logik*), ist die vorläufige Annahme einer ungewissen Prämisse, die auf eine dafür gehaltene Ursache geht zum Zwecke ihrer Prüfung an ihren Konsequenzen." A la *hipótesis* y á la *analogía* deben las ciencias principalísima parte de sus progresos, sin excluir de este número la Filología comparada. Por *hipótesis* han comenzado muchas teorías, fuentes después de importantes verdades; por ella el sistema copernicano sustituyó al de Ptolomeo, con la serie de consecuencias que hoy todos admitimos y por igual medio llegó Kepler, el inmortal legislador de los mundos celestes, á sus admirables descubrimientos, hallando en pocos minutos, como él mismo dice, la clave reformatora de toda la astronomía. Dígase lo mismo de la *analogía*. "De ésta brotaron, escribe Tongiorgi (*Instit. Philosph.* I), las primeras semillas de los sistemas físicos y los celeberrimos descubrimientos de nuestra edad. De aquí reciben, principalmente las ciencias experimentales, como la Astronomía, la Política, la Crítica y la Filología sus primeras instrucciones para saber qué

3.º Dada la relación de las dos operaciones fundamentales de método señaladas, tenemos como corolario importante que las investigaciones lingüísticas y las inducciones filológicas pueden preparar la Ciencia del Lenguaje, pero no la constituyen, de igual forma que los principios abstractos pueden facilitar las bases á la deducción, pero no sirven por sí solos para el edificio científico. Es decir, que, como atrás dejamos sentado, ni el procedimiento empírico aislado, ni el filosófico bastan para formar la ciencia, sino que deben reunirse ambos de modo que el empirismo lingüístico nos conduzca á la filosofía de los hechos, y los principios filosóficos encarnen en el empirismo mencionado. Dicho se está que en la operación *sintética* así ejecutada, que es donde comienza la obra científica propiamente tal, las conclusiones deben subordinarse á la naturaleza de los principios; dependiendo éstos á su vez en cada ciencia concreta de los medios analíticos empleados, de las inducciones completas ó incompletas, de los medios de analogía é hipótesis utilizados, etc. De varias maneras, pues, se quebranta el orden debido en la Ciencia del Lenguaje: elevando á la categoría de principios fenómenos de hechos aislados insuficientes para constituirlos; llevando las deducciones á extremos que no permiten las inducciones ni la analogía; confundiendo el carácter secundario y primario en los principios legitimamente estatuidos, concediendo carácter de tales á los que son meramente hipotéticos, ó rehusando admitir aquellos que por exigencia racional y lógica deben ser presupuestos. No es otro el origen de esos procedimientos deficientes y con frecuencia invertidos que observamos entre los cultivadores de la Filología comparada,

observaciones deben hacerse, qué experimentos practicarse, qué hipótesis plantearse. Y casi no es otra cosa aquella sagacidad con que avivada la mente descubre como por olor la verdad y la busca con una especie de instinto venatorio, sino una cierta facilidad y prontitud para descubrir analogías en las analogías, y para aplicarlas, ampliarlas y confirmarlas después de halladas. "Hoc argumentandi genere passim utimur, afirma el mismo (l. cit.), ejusque operationes pene innumeras adipiscimur." (Cf., entre otros muchos, Ueberweg, *Syst. d. Logik*; Wundt, *Logik*, I; Sanseverino, *Philosoph. chr.*, I; Pesch, *Instit. Logicales*, p. I; Urraburu, *Instit. Philosph.*, I). Es, pues, tan reprobable el proceder de aquellos filólogos que abusan de estos medios de investigación, como el de los que de una manera más ó menos explícita creen contra toda lógica, la hipótesis y la analogía incompatibles con la ciencia, y por lo mismo con el carácter de tal en la Filología comparada.

en los cuales la Psicología, la Lógica, la Teología y Ciencia de las religiones, el estudio de la naturaleza del hombre y sus orígenes, etc., dijéranse disciplinas creadas por la nueva ciencia y supeditadas á su inapelable dictamen, cuando en realidad es ella la que reclama el apoyo y auxilio de tales enseñanzas.

Reducidas á la unidad la parte *empírica* y *filosófica* en la naturaleza histórica de la Ciencia del Lenguaje, es dado distinguir en ésta un elemento descriptivo que constituye la *glotografía*, un elemento racional del eslabonamiento de hechos, propio del *Pragmatismo*, un elemento teórico, la *glotomathia*, ó enseñanza de las teorías y dogmatismo científico. Tal se nos presenta la Filología comparada como disciplina histórico-científica, y en este conjunto ha de sistematizarse por exigencia natural de sus constitutivos, y habida razón de su fin y de la categoría doctrinal que le corresponde (1).

(1) A esta clasificación se ajusta la que dejamos hecha atrás, cuyos extremos disponemos aquí en orden á la condición histórica de la Filología comparada. En efecto, la Historia puede distribuirse de una manera análoga, y los procedimientos que en ella señala Hegel, *primitivo*, *reflejo* y *especulativo* (die naive, reflectirende, speculative Geschichtsbetrachtung), reducibles respectivamente á *empírico*, *crítico* y *filosófico* de otros autores, pueden formularse sin inconveniente según nuestra clasificación glotológica, con sólo apropiarse las denominaciones.

El criterio histórico que en nuestro sentir preside á la Ciencia del Lenguaje, es el que se nos ofrece en las ciencias históricas como tales, y no como simple arte narrativo de hechos pasados. La historia es, *objetivamente* y en general, *la evolución de todo sér en el tiempo y en el espacio*. Sin esta razón evolutiva, inconstancia presente de todo lo sucesivamente actuado, no existe realidad histórica. Ni el Sér absoluto, personal, Dios; ni el no sér absoluto, la nada, ni los seres posibles, tienen historia. En el primer caso falta la contingencia; en el segundo falta el concepto de entidad y de sér; en el tercero la realización en el espacio y en el tiempo. Dicha evolución, considerada en las diversas manifestaciones de la vida humana, constituye el sér objetivo *especial* de la historia, que es el sentido en que se toma esta palabra cuando no se concreta su alcance. La ley de la mutabilidad, estudiada en sus manifestaciones y en las causas que las originan, da lugar al sistema histórico general y al aspecto *subjetivo* de dicha disciplina, ó sea á la ciencia de la historia. Sólo por la etimología atrás señalada, y en sentido inadecuado, descriptivo exclusivamente, cabe decir que historia es simple narración de hechos. En este caso nos colocaríamos desde luego, fuera de la cuestión en orden á la Filología comparada como hemos dicho arriba, por cuanto

Según lo expuesto así sobre la naturaleza de estos estudios como sobre los elementos, método y objeto de ellos, aparecen ya determinados criterios que dominan en el todo sistemático de los mismos, los cuales han de responder necesariamente á la parte que atrás hemos llamado *descriptiva* en el terreno de la investigación, y á la que hemos dicho *filosófica* en el campo especulativo, bien que eslabonadas mediante el nexo fisiológico-psicológico resultante del sér humano.

Todo el sistema doctrinal glotológico por razón del fin práctico á que se ordena, supone además normas generales de ejecución que precedan á los criterios históricos ó no históricos aplicables, los cuales le sirven como de punto de apoyo y son punto de partida obligado. Estas normas podemos reducirlas á

en tal acepción no se duda que pertenezca á la rama histórica la Ciencia del Lenguaje.

Según estos principios, á la Filología comparada le corresponde el concepto histórico *objetivo*, que es propio de las acciones humanas, y el *subjetivo*, que estudia sistemáticamente las razones y causas de ellas. Tiene un objeto rigurosamente histórico en sí mismo (la evolución glotológica), y un sistema que investigando las manifestaciones de aquél, se ajusta á las leyes generales de la historia como ciencia, de que habla Humboldt (*Sprachphil. Werke*, edit. Steintal.—*Ueb. d. Aufg. d. Geschchr.*), y cuya aplicación lingüística se colige de lo que venimos exponiendo.

Son muchas y de diversa índole las inexactitudes en que suelen incurrir los impugnadores de la doctrina que sostenemos sobre la naturaleza de la Ciencia del Lenguaje, algunas de ellas ya notadas arriba al hablar de la opinión de Max Müller, etc., y otras que no merecen ser mentadas. Júzguense, por lo dicho, afirmaciones como estas, tomadas de un reciente trabajo (*El Lenguaje*, etc., I, por D. J. Cejador): "En resumidas cuentas, ¿qué es historia? Narración de hechos pasados. El narrar fenómenos de una lengua antigua, pase que tenga algo de histórico, aunque ni veo, á la verdad, en qué esté ese algo.... Pero la Gramática comparada no consiste en contar antiguallas, y mucho menos para que sean espejo de la vida, maestra del porvenir, y todo lo demás que allá dice Cicerón." Antes (p. 100) había dicho: "La Gramática comparada consiste en comparar y en aclarar por comparación los fenómenos lingüísticos, vengan éstos de la Cochinchina ó del reino del preste Juan, sean de hoy ó de hace ochenta siglos. Por este lado no se la puede, pues, llamar conocimiento *histórico*." "No basta, añade luego (p. 107), la historia por razonada que sea; el lenguaje es un fenómeno que debe estudiarse á fondo.... la Lingüística no es historia, es ciencia." "La Lingüística (p. 109) no es un conocimiento histórico, porque en las lenguas interviene la acción del hombre, pues no es su *voluntad*, sino sus

tres capitales, que llamaremos *base primera, condición primera, principio primero*. La *base primera* sobre la cual descansa la Filología comparada, es la *uniformidad de la naturaleza humana* en orden á los hechos lingüísticos, á través de las edades y en todas las regiones. Sin esto no podrían suponerse las mismas leyes, los mismos procedimientos ni resultados comparables en el material lingüístico de pasadas generaciones, y por lo mismo sería inútil toda investigación glotológica.

La *condición primera* para hacer efectivo el sistema filológico dicho, es la distribución del material lingüístico en familias provisionales, pero con fundamento real morfológico ó genealógico que permita convertir las en reales mediante la debida selección, hallar las más íntimas relaciones de afinidad, descu-

facultades instintivas las que intervienen." Y antes (p. 81): "Se comprende que el entendimiento piense sin actos reflejos, como por instinto.... Pero no se comprende que la facultad del lenguaje se ejerza *sin reflexión*, porque esta es cosa distinta del entendimiento, puesto que en ella entran otros mecanismos fisiológicos, movidos por el entendimiento en parte, pero distintos de él." Las inexactitudes, así en orden á la Historia como á la Ciencia del Lenguaje y á la Psicología, son demasiado claras en lo transcrito para que nos detengamos á señalarlas.

Reducir el concepto de la disciplina histórica á "contar antiguallas; añadir que aunque la Lingüística presente á la consideración fenómenos glotológicos de hace ochenta siglos "ni aun en dicha tan impropia acepción puede llamarse histórica (sentido en el cual nadie niega la condición histórica de las lenguas, ni mucho menos es éste discutido cuando se pregunta si la Filología comparada es ciencia *natural* ó *ciencia histórica*, según queda observado); describir la Gramática comparada como aglomeración de fenómenos lingüísticos sin otros criterios intrínsecos ni extrínsecos que el comparar hechos, "sean estos de la Cochinchina ó del reino del preste Juan"; afirmar sobre tal base que la Lingüística *no es historia, ya que es ciencia*, y añadir luego que es conocimiento subordinado al ejercicio de "facultades instintivas" (?), dejando de ser histórico por la no intervención de la *voluntad* (con lo cual la "ciencia" lingüística ni aun queda al nivel de la historia, tan maltratada por nuestro autor); hablar de "facultades instintivas" del lenguaje, y decir después que la facultad del lenguaje *no se ejerce como por instinto*, sino por *reflexión*; excluir, en fin, la acción de la voluntad para dejar en pleno dominio al *instinto*, y para afirmar á la vez que "los mecanismos fisiológicos son movidos por el entendimiento en parte" (?); todo ello y otras afirmaciones análogas que se echan de ver en el mencionado trabajo, no se avienen fácilmente entre sí, y menos con un criterio legítimo en materias glotológicas.

brir las verdaderas discordancias, estudiar la estructura, desarrollo y particularidades individuales de cada idioma y de cada grupo, eslabonando luego los grupos diversos en una unidad superior hasta alcanzar los centros ó centro primordial al cual aquéllos se refieren, y esclarecer en cuanto sea factible las múltiples cuestiones que en el origen, transformación y diferenciación mutua de las lenguas se suscitan. A este procedimiento debe su existencia la Filología comparada, que así se ejerció primero en los idiomas indo-europeos, y hoy se extiende á las demás lenguas, pero siempre con el mismo procedimiento y bajo la condición insustituible que indicamos.

El *principio primero* sin el cual no se da verdadera Ciencia del Lenguaje, está en guardar el *paralelismo etimológico* en la comparación de palabras y para las deducciones lingüísticas más generales. Esto es, que en toda etimología se proceda por cotejo de formas que tengan el mismo estado lingüístico, ó que mediante una legítima reconstrucción se puedan ofrecer en el grado de desarrollo propio de la época en que corresponde hacer la comparación. Este principio constituye la garantía de acierto en toda la labor deductiva de parentesco de idiomas, de constitutivos de raíces, y demás problemas concernientes al sér íntimo de las lenguas.

Toda comparación glotológica, en efecto, supone en las palabras comparadas para hallar su parentesco, dos condiciones: una, que exista entre ellas algún motivo de semejanza, sin lo cual sería proceder arbitrariamente y al acaso en comparar; otra, que se halle en las mismas alguna diferencia, sin lo que se compararía una cosa consigo mismo. Hallar la razón primera histórica de tales diferencias y semejanzas, siguiéndolas á través de las vicisitudes é historia de las lenguas; fijar con claridad presentando el tipo originario (absoluto ó relativo) de los vocablos comparados, que decida si la diferencia entre ellos es primitiva y propia, y la semejanza adventicia y no primitiva, ó por el contrario, si la semejanza tiene fundamento legítimo en los orígenes de ambos términos, y las diferencias son efecto de alteración fonética posterior, es la aspiración y objeto de la *Etimología* científica. Ahora bien, si prescindimos del *paralelismo etimológico* que nos hace llevar por igual las palabras comparadas á la forma y época correspondiente para confrontarlas legítimamente, habríamos de concluir por las semejanzas actuales el parentesco primitivo, y por las diferencias existentes la diversidad originaria, lo cual sería destruir la Ciencia del Lenguaje, que precisamente intenta hacer valer sus con-

clusiones en frente á las apariencias inestables de aproximación ó diferenciación exterior de los idiomas. Palabras hay en diversas lenguas, cuya semejanza en el sonido y aun en el sentido, induce á primera vista á creer en un parentesco incuestionable de las mismas (v. gr. el griego *analogos* y el alemán *aehtlich*, análogo; el inglés *to call* y el griego *caleo*, llamo; *whole* y gr. *olos*, entero, completo, etc.), y sin embargo de su relación fonética y significativa, debe concluirse y se concluye que tienen diversa etimología. Otras muchas, á la inversa, que pudieran creerse absolutamente distanciadas, son reducibles á una misma base, y es lo que acontece con lenguas al parecer tan distintas como el latín y el persa, el griego y el sajón, etc. Tal es el fruto de trasladar cada forma á la época propia de su primera evolución y colocar las lenguas comparadas en un mismo plano, por decirlo así, que es lo que se ejecuta con el *paralelismo* mencionado.

De las tres normas señaladas, la segunda es de carácter práctico y hasta cierto punto provisional; la primera y la tercera son prácticas y teóricas, y de carácter absoluto en Filología comparada. Es decir, que no sólo entran en la parte que hemos llamado *descriptiva* de la Ciencia del Lenguaje, sino también en la filosófica ó filosofía del lenguaje, en cuanto todas las conclusiones teóricas acerca de las lenguas deben tener como fundamento ó la *base primera* de la *uniformidad de la naturaleza* cuando se trata de problemas absolutos, ó el *principio primero* del *paralelismo etimológico*, cuando se trata de problemas subordinados á las formas concretas de los idiomas, y que no podrán nunca generalizarse sino bajo la observación de los hechos, ó finalmente, ambos á la vez, como regularmente acontece en el conjunto de las teorías lingüísticas (1).

(1) Para realizar el *paralelismo etimológico* y la obra de selección consiguiente, son de tomar en cuenta los factores extrínsecos diversos que influyen en el material de los idiomas. En orden á ellos pueden señalarse tres momentos en las lenguas. El momento geográfico, que determina en éstas la acción de los idiomas del territorio ó territorios limítrofes, verificándose una mutua invasión léxica. El momento histórico, que explica el origen de formas exóticas introducidas en las alternativas de la historia de cada pueblo, y en el correspondiente estado de dependencia ó independencia política. El momento etnológico, que hace reflejar la *acción á distancia* de las gentes y razas que hayan cruzado un territorio con lengua y civilización propias. Estudiado un idioma desde estos tres puntos de vista, han de aparecer indefectiblemente las ingerencias lingüísticas, ajenas por lo mismo á la etimología regular que le corresponda.

Evolución histórica y sistemática de la Ciencia del Lenguaje.

La fase glotológica sánscrita.

III

Aspecto general histórico de los estudios de la Filología comparada.

La historia de las teorías glotológicas y la filosofía de esta historia. Procedimiento que ha de seguirse. Los tres períodos de la historia lingüística según Max Müller. Crítica de su clasificación. Tendencias diversas de los estudios lingüísticos entre los indios y griegos. Causa ocasional de la Analítica india. Primeros ensayos lingüísticos indios. Aranyakas, Vedangas, Sutas. Yaska y Panini, y carácter de sus trabajos filológicos. Las fases de la Literatura sánscrita. El período védico; el período del sánscrito arcaico; el período del sánscrito clásico, y carácter de los escritos en cada uno de ellos. Panini y Çakatayana. Época en que escribió Panini, y opiniones de Boehtling, Weber, Goldstücker, etc. Otros tratadistas posteriores. El Mahabhashya de Patangali y los *Sutras* de Panini. Gramáticos indios que escribieron en diversas épocas después del Cristianismo. Tratados gramaticales sánscritos que se separan del método de Panini. Tratados lexicográficos indios y colecciones de raíces sánscritas. Cultivadores de la Métrica y de la Retórica entre los indios. El lenguaje en la literatura filosófica india.—Comparación del sistema glotológico indio con el de los griegos. La palabra, la frase, las categorías denominativas. Diversos criterios de los escritores indios en este punto. Las dos teorías griegas y las dos teorías indias sobre el origen significativo de las palabras. Este problema entre los latinos, y su aplicación á la naturaleza de las raíces.

Antes de entrar en el examen de los problemas lingüísticos, y una vez determinada la indole de la ciencia cuyo objeto constituyen, importa no poco parar la atención en el cuadro que nos ofrece la historia de ésta, y considerar los varios caminos de evolución que ha seguido á través de los siglos y de los pueblos cultos del orbe.

Mas la Filología comparada forma ya ciencia tan vasta y de tan compleja trama, tan amplios son los horizontes que se ofrecen á la vista del que se acerca á explorar la extensión de sus dominios y de tan vario

clusiones en frente á las apariencias inestables de aproximación ó diferenciación exterior de los idiomas. Palabras hay en diversas lenguas, cuya semejanza en el sonido y aun en el sentido, induce á primera vista á creer en un parentesco incuestionable de las mismas (v. gr. el griego *analogos* y el alemán *aehnlich*, análogo; el inglés *to call* y el griego *caleo*, llamo; *whole* y gr. *olos*, entero, completo, etc.), y sin embargo de su relación fonética y significativa, debe concluirse y se concluye que tienen diversa etimología. Otras muchas, á la inversa, que pudieran creerse absolutamente distanciadas, son reducibles á una misma base, y es lo que acontece con lenguas al parecer tan distintas como el latín y el persa, el griego y el sajón, etc. Tal es el fruto de trasladar cada forma á la época propia de su primera evolución y colocar las lenguas comparadas en un mismo plano, por decirlo así, que es lo que se ejecuta con el *paralelismo* mencionado.

De las tres normas señaladas, la segunda es de carácter práctico y hasta cierto punto provisional; la primera y la tercera son prácticas y teóricas, y de carácter absoluto en Filología comparada. Es decir, que no sólo entran en la parte que hemos llamado *descriptiva* de la Ciencia del Lenguaje, sino también en la filosófica ó filosofía del lenguaje, en cuanto todas las conclusiones teóricas acerca de las lenguas deben tener como fundamento ó la *base primera* de la *uniformidad de la naturaleza* cuando se trata de problemas absolutos, ó el *principio primero* del *paralelismo etimológico*, cuando se trata de problemas subordinados á las formas concretas de los idiomas, y que no podrán nunca generalizarse sino bajo la observación de los hechos, ó finalmente, ambos á la vez, como regularmente acontece en el conjunto de las teorías lingüísticas (1).

(1) Para realizar el *paralelismo etimológico* y la obra de selección consiguiente, son de tomar en cuenta los factores extrínsecos diversos que influyen en el material de los idiomas. En orden á ellos pueden señalarse tres momentos en las lenguas. El momento geográfico, que determina en éstas la acción de los idiomas del territorio ó territorios limítrofes, verificándose una mutua invasión léxica. El momento histórico, que explica el origen de formas exóticas introducidas en las alternativas de la historia de cada pueblo, y en el correspondiente estado de dependencia ó independencia política. El momento etnológico, que hace reflejar la *acción á distancia* de las gentes y razas que hayan cruzado un territorio con lengua y civilización propias. Estudiado un idioma desde estos tres puntos de vista, han de aparecer indefectiblemente las ingerencias lingüísticas, ajenas por lo mismo á la etimología regular que le corresponda.

Evolución histórica y sistemática de la Ciencia del Lenguaje.

La fase glotológica sánscrita.

III

Aspecto general histórico de los estudios de la Filología comparada.

La historia de las teorías glotológicas y la filosofía de esta historia. Procedimiento que ha de seguirse. Los tres períodos de la historia lingüística según Max Müller. Crítica de su clasificación. Tendencias diversas de los estudios lingüísticos entre los indios y griegos. Causa ocasional de la Analítica india. Primeros ensayos lingüísticos indios. Aranyakas, Vedangas, Sutas. Yaska y Panini, y carácter de sus trabajos filológicos. Las fases de la Literatura sánscrita. El período védico; el período del sánscrito arcaico; el período del sánscrito clásico, y carácter de los escritos en cada uno de ellos. Panini y Çakatayana. Época en que escribió Panini, y opiniones de Boehtling, Weber, Goldstücker, etc. Otros tratadistas posteriores. El Mahabhashya de Patangali y los *Sutras* de Panini. Gramáticos indios que escribieron en diversas épocas después del Cristianismo. Tratados gramaticales sánscritos que se separan del método de Panini. Tratados lexicográficos indios y colecciones de raíces sánscritas. Cultivadores de la Métrica y de la Retórica entre los indios. El lenguaje en la literatura filosófica india.—Comparación del sistema glotológico indio con el de los griegos. La palabra, la frase, las categorías denominativas. Diversos criterios de los escritores indios en este punto. Las dos teorías griegas y las dos teorías indias sobre el origen significativo de las palabras. Este problema entre los latinos, y su aplicación á la naturaleza de las raíces.

Antes de entrar en el examen de los problemas lingüísticos, y una vez determinada la indole de la ciencia cuyo objeto constituyen, importa no poco parar la atención en el cuadro que nos ofrece la historia de ésta, y considerar los varios caminos de evolución que ha seguido á través de los siglos y de los pueblos cultos del orbe.

Mas la Filología comparada forma ya ciencia tan vasta y de tan compleja trama, tan amplios son los horizontes que se ofrecen á la vista del que se acerca á explorar la extensión de sus dominios y de tan vario

al par que ameno cultivo el campo que cada cual ha tomado allí para su labor, que punto menos que imposible hubiera sido pretender encerrar en cortas líneas y pequeño espacio una narración minuciosa de su completo proceso histórico, la cual por otra parte no hace á nuestro intento, ni es tampoco menester para llegar al concepto de la filosofía de la historia lingüística, objeto exclusivo en las disquisiciones que sobre esta materia emprendemos aquí.

Desde Bibliander y Gesner que ensayan tratar entre los primeros (dejando de mentar las antigüedades clásicas y trabajos medioevales de que luego hablaremos) *De Ratione communi ling.* y *De Differentiis linguarum* respectivamente, hasta Leibnitz que protesta á un tiempo del rutinarismo tradicional lingüístico y del hebraísmo primitivo y su universal supremacía; desde Adelung que sistematiza rudimentariamente los estudios glotológicos, hasta Wiliam Jones que sienta la doctrina del parentesco colateral de los idiomas tal como hoy se conoce, excepción hecha de su criterio inexacto sobre el gótico y el celta; desde Hervás que lleva el primero á los estudios lingüísticos los principios de Gramática comparada, hasta Bopp que los desenvuelve y aplica de un modo regular y general científico, la Filología comparada avanza de una manera lenta y con rumbos no bien definidos, casi sin otro movimiento que el que estos escritores representan (1).

(1) Sin pretender justificar en todas sus partes el método filológico de Bopp ni presentarle como el único ni como el mejor en gramática histórica, fuerza es confesar que su *Vergleichende Grammatik* habrá de ser mirada siempre como el primer notable monumento levantado á la Ciencia del Lenguaje. Aunque reclamamos con justicia para Hervás el título de iniciador de los estudios lingüísticos comparados, Bopp es el primero que supo realizarlos de una manera completa y acabada. Ni Wilkins, ni Wiliam Jones, ni Fed. Schlegel, sabios predecesores suyos en los mismos estudios han podido arrebatárle este honor, que hoy nadie le disputa.

Pero cuando el autor de la primera Gramática comparada entró á legislar sobre las lenguas indo-europeas, abrióse para dicha ciencia la era de sus investigaciones y conquistas. Aquella tierra desconocida, que diría Breal, aquel continente nuevo de que todos los navegantes nos hablaban en términos vagos como si ellos hubieran arribado allí los primeros, es explorada hoy por expertos y laboriosos cultivadores del saber. Los grandes problemas lingüísticos de carácter abstracto, como los de aplicación y examen concreto; los relacionados con la psicología como los que llevan á cuestiones etnográficas y puntos antropológicos é históricos; los trabajos de conjunto que según los nuevos métodos de investigación se han llevado á feliz término en grupos de idiomas determinados, como los de ejecución minuciosa y delicada realizados en la crítica verbal y lexicográfica de los clásicos romanos, griegos y sánscritos, ofrecen caudal inmenso á la exposición filológica, histórica y científica, y constituyen testimonio fehaciente de nuestro aserto.

Y de dónde progresos tan rápidos é inesperados en el edificio doctrinal de una ciencia que, á juzgar por la antigüedad de sus comienzos tales como nos los ofrece el clasicismo de civilizaciones primitivas, siglos há debieran haberse llevado á feliz término de una manera pausada y gradual? Qué agente misterioso, haciendo llegar un rayo de luz hasta las más oscuras é inexploradas regiones del pasado histórico, consiguió reunir los restos dispersos de antiguos organismos y comunicarles movimiento y vida para presentarlos luego como una palingenesis glotológica, como una verdadera resurrección? Punto es este cuyo esclarecimiento importa por igual al que estudia los problemas generales de la Ciencia del Lenguaje, como al que cultiva los más concretos de la Gramática comparada, y que conviene declarar aquí, siquiera sea sumaria-

mente, ya porque constituye la base de la crítica en procedimientos de Filología comparada, ya porque su conocimiento y el de las nociones expositivas que requiere, ayudarán no poco al lector para apreciar por sí mismo la evolución de la Gramática científica, y formar al mismo tiempo concepto de la historia de la Filología comparada y de la filosofía, por decirlo así, de esta misma historia.

Entre los fines que pueden perseguirse al trazar el cuadro de la historia lingüística, es sin duda uno de los principales fijar con claridad la importancia que los diversos métodos seguidos han tenido en sí mismos para la ciencia y el que corresponda á cada uno en orden al conjunto y á la influencia total en el objeto común á que tienden. De esta suerte, al par que la narración, aparece el *porqué* de la historia que ella constituye, y la trabazón harmónica en las varias fases que la componen, que es la parte filosófica de la misma. Con este criterio habremos de ocuparnos aquí de esta materia, completando la parte de teorías lingüísticas con las teorías psicológicas respectivas y aún con las literarias en cuanto conviniere á formar concepto de lo que han sido las disciplinas glotológicas en las diversas edades y civilizaciones.

Max Müller distribuye la Filología comparada y su historia en los consabidos *periodos: empírico, de clasificación y de la teoría*. Esta clasificación que puede ser cómoda, es puramente convencional, é inexacta científicamente. Es convencional, porque no está fundada en la evolución interna de ninguna ciencia, mucho menos en la de la Filología comparada, y por otra parte puede aplicarse de una manera extrínseca á todas las ciencias: no existe ninguna en la cual no pueda distinguirse un momento histórico de observación de hechos ó fenómenos, ó lo que en lugar de éstos responda al objeto de la ciencia, que sería el periodo *empírico*; otro, en que el mismo objeto se trate de individualizar y ordenar en sí mismo y en sus relaciones con los demás, ó periodo de *clasificación*; otro finalmente, en que aparezca la trama científica del conjunto, que nos daría lo que Max Müller llama periodo de *la teoría*. La razón de esto hallase en el orden *genético y cronológico* de la formación de nuestros conceptos primeros, que ya se acepte la teoría aristotélica de las ideas, ya cualquiera de las demás que admiten un proceso de abstracción sucesivo, nos es forzoso reconocer.

Pero todo ello, como se ve, no caracteriza en manera alguna á una ciencia concreta, y aun como general á todas ellas, no tiene más que una verdad psicológica abstracta que en el orden práctico ni resulta, ni debe ni puede resultar aplicado por sucesión rigurosa de periodos; los cuales por el contrario suelen compenetrarse y coexistir simultáneamente, cuando no acontece (como se verifica en muchas ciencias *subordinadas*, y también en las *filosóficas y abstractas*), que la *teoría* precede á la *clasificación* de hechos, y es precisamente la razón de ésta.

Lo que acabamos de indicar prueba á más del convencionalismo arbitrario de la clasificación de Max Müller, la falta de exactitud con que se pretende ajustar á tan vaga norma todo el conjunto de una determinada disciplina. Esta inexactitud se evidencia también históricamente con sólo considerar que en la Filología comparada se encuentran doctrinas que caracterizan al que Max Müller llama periodo de *la teoría*, en el periodo *empírico* y viceversa; pues nadie puede negar que las antigüedades clásicas griegas é indias que dicho filólogo hace pertenecer al periodo empírico, encierran doctrinas sobre la naturaleza del lenguaje, sobre su origen y sobre las raíces y categorías lógicas y gramaticales, las cuales revisten el carácter de sistema y obedecen á plan científico como cualquiera de las modernas que Max Müller coloca en el periodo de la teoría; y á la vez es innegable que muchas investigaciones del periodo de la teoría son hoy tan rudimentarias y tan empíricas en los procedimientos, como lo eran para los del pretendido periodo primero. Más es; al sistema general lingüístico de los indios, corresponde la base primera de procedimientos *teóricos y prácticos* que se ha empleado y se emplea aún en el periodo de la *teoría*, y de los cuales Bopp se ha servido con el éxito que todos admiramos. Las conocidas palabras del Rig-Veda que hemos mencionado en los comienzos del primer capítulo de este libro y que el mismo Max Müller, citando los *Miscellan. Essays* de Colebrookel, nos recuerda; la idea que de la palabra y de la frase se nos da en el *Mahabhashya* y *Sahitya-Darpana*, las categorías denominativas del *Kavya-Prakasa* y del mismo *Sahitya-Darpana*; las teorías sobre el origen del lenguaje de Bhartrhari y las que aparecen en el citado *Sahitya-Darpana*; la teoría de Panini sobre las raíces, con todas las observaciones de carácter analítico ó filosófico que ofrece la lingüística sánscrita, son más que suficientes, aun prescindiendo de su sistema retórico y que tan de cerca toca al lingüístico, para desacreditar la clasificación de Max Müller, y probar con las principales cuestiones que éste co-

loca en el período de la teoría, que todas ellas corresponden al período empírico de los indios. En cuanto á los griegos, basta observar que el carácter abstracto de sus especulaciones lingüísticas, como haremos notar derivación inmediata de la Filosofía, les ha impedido el desarrollo empírico gramatical, y que el haberse constituido en el examen de la teoría es el principal defecto señalado por la crítica en sus ideas lingüísticas. Y por lo que hace á los problemas del origen del lenguaje, su naturaleza, relación con las ideas, etc., no hay tratado filológico alguno de los que Max Müller hace pertenecer al período de la teoría, que no recuerde los nombres de Platón y de Aristóteles, de Demócrito y de Epicuro, de Crates de Mallos y de los discípulos de éste en su escuela romana, que debieran según él, quedar relegados al empirismo de la primera etapa.

Está, pues, la división de Max Müller fuera de la verdad por todos conceptos; añádase que hace dicha división para acomodar la Ciencia del lenguaje á la evolución de las ciencias naturales según él declara expresamente (Lect. 3.^a), á cuyo grupo como hemos visto, no pertenece en manera alguna la Filología comparada, ni por lo mismo aun siendo aplicable á aquellas ciencias la clasificación, que no lo es, nada habría conseguido á su intento. Finalmente, el mismo Max Müller reconoce que en su división existen frecuentes excepciones, y que muy frecuentemente especulaciones filosóficas que pertenecen al período de la teoría, aparecen aún en las ciencias naturales, en el período empírico (1).

(1) "Mais ainsi, que je l'ai fait observer dans ma première leçon, dice la última ed. fr. de sus *Lectures* (L. 3.^a), il y a à cette règle des fréquentes exceptions, et il est assez ordinaire de trouver que des spéculations philosophiques, qui appartiennent proprement à la période de la théorie, ont été tentées avant qu' on eut recueilli on arrangé les faits qu' il eut été nécessaire de connaître. C' est ainsi que la science du langage..... se jette, dès le principe dans des theories, etc."

Parece ser que han sugerido á Max Müller su división de los tres expresados períodos, la "Historia de las ciencias inductivas" de Whewell, y aun el *Cosmos* de Humboldt. No sabemos si al redactar su libro, y leyendo en vez de los mencionados, una *Historia de la filosofía*, ó de las *Matemáticas puras*, etc., hubiera venido Max Müller á plantear á la inversa su clasificación, puesto que, por humildes que sean en sus orígenes las disciplinas aludidas, es tan evidente como esencial á ellas el procedimiento de la teoría en sus comienzos y fundamentos.

Desde los comienzos de los estudios glotológicos y tal como nos es dado conocerlos, aparecen dos diversas tendencias en la dirección de las investigaciones lingüísticas. Una práctica y experimental, y otra de principios especulativos y abstractos (1). Estas tendencias representadas por los dos pueblos que en la antigüedad han cultivado los estudios gramaticales (indios y griegos), debían encontrarse un día y adunarse en feliz consorcio para realizar los descubrimientos de la Gramática comparada, siquiera antes de ello muchos siglos hubieran de correr sin resultado alguno para la ciencia.

El pueblo de las más antiguas tradiciones arias, á quien dió el Indo su nombre, y al cual van vinculadas las diversas ramas de stirpe europea, aparece como iniciador, si bien de un modo casi inconsciente, de las investigaciones lingüísticas. La transparencia y tersu-

(1) Frecuente es al buscar los orígenes de la Filología comparada, remontarse hasta los comienzos de la escritura iconográfica, y singularmente á los principios de la escritura fonética, no de otra suerte que algunos encuentran vestigios de sistema glotológico en la formación etimológica de las lenguas antiguas. Mas lo primero es completamente ajeno á las cuestiones lingüísticas, y lo segundo no prueba la existencia de trabajo propiamente filológico, el cual es siempre labor refleja, como no lo prueba la derivación dialectal inevitable en las lenguas modernas. Que *Elhoin*, *Jehovah* (Jahvee) y centenares de palabras más (ya que al hebreo se ha recurrido también) sean de muy significada derivación, no demuestran otra cosa que la evolución espontánea de la lengua, como sucede siempre en los primeros períodos de todos los idiomas. Los vocabularios asirios de la Biblioteca de Sardanápalo y la conocida historia de Psamético y los niños egipcios, no son tampoco prueba de investigación científica alguna. Como coincidencia filológica puede hacerse notar que el sonido *becos*, que Herótodo pone en boca de éstos, concuerda etimológicamente con el sánscrito *bhatch*, con el griego *faguein*, con el sajón *bacam* y es además palabra frigia; probablemente no se trata de otra cosa que de la pronunciación de un sonido formado por los niños aludidos á imitación del válido de las cabras, cuya leche les alimentaba. Entre los que traen de los orígenes antes dichos la historia glotológica, figura Benfey en su *Geschichte* etc., á quien han seguido otros menos significados.

ra de su lengua *sánscrita* (perfecta), la riqueza exuberante de formas que posee, y el espíritu investigador de los indios, prestábanse á maravilla para los estudios analíticos del lenguaje, á los cuales les impelia también la idea religiosa y el deseo vivísimo de conservar íntegro el depósito de sus venerandas tradiciones. Creían ellos que no ya todos los himnos de sus sagrados libros, sino también todas las palabras y frases, todos los sonidos é inflexiones de cada uno, eran algo revelado y divino que debía conservarse con fidelidad suma, para lo cual nada tan á propósito como el estudio gramatical de esos mismos sonidos é inflexiones.

A medida que iba siendo menos popular la lengua de los libros religiosos indios creció la necesidad de una interpretación literal; y al ser sustituido el dialecto de los Vedas por el *sánscrito* clásico, los comentaristas y escoliastas se reservaron la misión de perpetuar aquél con exquisito cuidado y escrupulosidad supersticiosa. Comienza entonces la labor analítica más esmerada que puede imaginarse; descomponen las palabras, clasifican las raíces, inquieren las leyes de combinación de sonidos en cada grupo de éstas, examinan el principio de todo cambio fonético y morfológico, fijan las reglas prosódicas, y, en suma, desenvuelven un plan gramatical tan completo, que puede servir y ha servido ya de modelo á los filólogos europeos.

Entre los muchos gramáticos indios que se ocupan de parte ó de toda la analítica *sánscrita* (1), figuran

(1) Mientras los maestros y profetas del pueblo (Rishis) hacían sus comentarios filosófico-teológicos de los Vedas, coleccionados en general en los *brahmanas*, otros expositores gramaticales que fueron en muy crecido número, componían sus estudios analíticos (pratisakhya) en los que tratan especialmente de los sonidos, pronunciación, etc. Los primeros ensayos lingüísticos de los indios son de carácter lexicográfico, y se reducen á colecciones de sinónimos; si-

en lugar preferente Yaska y Panini. El *Nirukta* de Yaska constituye un tratado de analogía ó morfología completo. En él se estudian los sonidos, las leyes de flexión y cambios fonéticos; se despejan las raíces, dando de ellas igual concepto al que ahora tenemos. Se clasifican las partes del discurso y se determina el valor de modos y casos, etc. En punto á derivación, Yaska se muestra partidario de la teoría de Çakatayana, quien sostenía (contra Garguía y los suyos) la derivación verbal de todo nombre, bien que sin hacer esta opinión base de su gramática como Panini.

A este gramático indio apenas igualado por ningún otro, si se exceptúa en cuanto al método Vopadeva que vivió bastantes siglos después, le es debida buena parte de las investigaciones glotológicas de nuestros días. Panini estudió más que ningún otro el valor de los sonidos, y nos dió muchos centenares de años antes de Orchel la clasificación fisiológica de sonidos que representamos con el llamado *triángulo or-*

guen luego en los comentarios dichos *aranyaka*, diversas exposiciones etimológicas, y más tarde los *vedangas*, ensayos gramaticales de los Vedas que fueron progresando más y más, merced á los gramáticos posteriores propiamente tales. Entre las composiciones notables de los indios, y que se encuentran ya en la época de la literatura védica, merecen ser contadas los *sutras lingüísticos*; reglas gramaticales brevísimas (no suelen ocupar más de media línea) que son tan singulares por su concisión como por su exactitud. En poco más de 100 páginas del texto indio de Panini (dividido en ocho libros, cada libro en cuatro secciones), se encierran cerca de cuatro mil *sutras* en tipos *sánscritos* de escritura *nagari* (urbana?) ó deva-nagari (escritura de los brahmanes, de los dioses?). Dicho se está que para un europeo, y aun para los mismos indios resultarían reglas ininteligibles sin los comentarios que van al pie, lo mismo que otras abreviaturas muy bien elegidas por los gramáticos (por Panini especialmente), para simplificar y ordenar el estudio, pero que necesitan exposición. Véase sobre la labor gramatical de Panini, fonética y morfológica, más que sintáctica sin duda alguna, pero verdaderamente notable, entre otros trabajos, el de Goldstücker, *Panini*, etc., y los de los indianistas que citamos en este capítulo.

cheliano (1). Ideó un sistema completo gramatical con casi todos los elementos analógicos y sintácticos que hoy cuentan los filólogos, y los compiló al uso indio en reglas concisas (en sutras) cuyo contenido supone un análisis de idioma verdaderamente serio y notable. Siguiendo el ejemplo de gramáticos anteriores, reunió como ellos en grupos las raíces, pero de un modo más completo y perfecto, si bien el defecto radical del método que hacía derivar forzosamente todo nombre de verbo, no podía menos de ocasionar derivaciones arbitrarias y de propia invención.

De esta manera la marcha de los gramáticos sánscritos, rumbo obligado en sus propósitos críticos y de *exégesis* sagrada, estaba bien definida, y sólo era menester que su rica y hermosa literatura fuese conocida, para apreciar la importancia de sus estudios, y la significación que éstos y aquélla pudieran tener en adelantos lingüísticos posteriores (2).

(1) No intento con esta indicación mermar en lo más mínimo el mérito del hebraísta valenciano; es acto de justicia el reconocerlo, y ningún español debiera vacilar un momento en ello, ni menos negárselo como se ha intentado; pues es bien seguro (y no se oculta á nadie que conozca su biografía) que Orchel nada recibió de la Literatura india. Pero sería llevar las cosas al extremo opuesto afirmar, como lo hace García Blanco, que Gesenius se ha aprovechado de la clasificación de Orchel sin citarle. Aparte de que no son del todo idénticas las clasificaciones de ambos, como cualquiera ve leyendo la sección de vocales de la Gramática hebraica de Gesenius, es desconocer el estado de la cultura oriental alemana en tiempo de Gesenius, y la del eruditísimo autor del *Hebräisches Elementarbuch*, creer que se le ocultaban á éste los principios de fonética sánscrita, cuando de allí habían salido y salían al comenzar él la publicación de sus obras, los indianistas más notables. En tanto el triángulo de Orchel no traspasaba las fronteras de España, y dentro de ellas era de pocos conocido, hasta que García Blanco le dió importancia en su *Dicduq*. Por lo demás, la explicación *fisiológica* de Orchel tal como la presenta y acepta su entusiasta discípulo, el referido G. Blanco, tiene mucho de inexacta, y va envuelta en un equivocado concepto sobre el modo de formarse la voz, según se observa á primera vista leyendo el citado *Dicduq* (t. I).

(2) La literatura sánscrita, paulatinamente llegada á Europa, es

Hemos citado á Yaska y á Panini, entre los demás gramáticos indios, porque ellos han dado la norma á todos los posteriores, y en ellos está representado el movimiento filológico que se reconoce en los estudios lingüísticos sánscritos. El trabajo de Yaska, como tratado etimológico, sintáctico y lexicológico á un tiempo, es de singular importancia, y ha proporcionado á Panini gran parte de su terminología científica. Aunque uno

hoy tan perfectamente conocida, que con razón dice Reinach que "el occidente ha acabado por enseñar al oriente su lengua." Sabido es que los Parsis de Bombay en una polémica con los misioneros protestantes, han citado como una autoridad el *Comentario* de Bur-nouf sobre el *Yajna*. Una asamblea de 700 brahmanes declaraba en 1862 la edición del *Rigveda* de Max Müller más perfecta que las que poseían, no habiéndola aceptado por creer que la sangre de animales entraba en la composición de tintas de la imprenta europea.

Veamos de resumir aquí los datos convenientes á los fines especiales que en este libro se persiguen:

Podemos dividir la literatura india en tres períodos, formando el primero con la literatura estrictamente *védica*, el segundo con la menos propiamente llamada *védica*, ó del *sánscrito arcaico*, y el tercero con la correspondiente al *sánscrito clásico*. Esta clasificación en tres períodos (que suelen presentar los indianistas europeos y los brahmanes reducidos á dos, comprendiendo el segundo en el primero), tiene su razón de ser en las mismas obras literarias y es preferente para nuestro objeto por claridad y exactitud.

Representan el primer período los cuatro Vedas —*Rigveda*, *Samaveda*, *Yajurveda* y *Atharvaveda*,— colección de poemas, principalmente hieráticos de la antigüedad india, donde se resume el saber teúrgico y las prácticas litúrgicas de dicha edad.

Como es sabido, los escritos védicos no tienen un mismo origen, ni son de la misma época y condiciones, como tampoco los himnos de que se componen los Vedas pertenecen á autores conocidos, aunque lleven nombres determinados (regularmente míticos), ya que la crítica demuestra el carácter impersonal y anónimo de aquéllos. En los Vedas distínguese la *colección —samhita—* de himnos, y la parte de comentarios y exposición que recae sobre los *himnos védicos* ó la *samhita*. Sólo estos himnos constituyen los Vedas en sentido estricto, y de ellos decimos pertenecen á la literatura rigurosamente *védica*. Los *comentarios*, que comprenden el *Brahmanam Upanishad* y *Sutra*, constituyen la literatura *expositiva* intermedia, ó del *sánscrito arcaico* á que hemos aludido, y que los brahmanes comprenden bajo el nombre de los Vedas en la literatura propiamente *védica*, no sin ocasionar confusiones. Además de esta literatura extrínseca á la mencionada *samhita*, é intermedia entre la fase *védica* y la del *sánscrito clásico*, originóse de los Vedas ó con ocasión de ellos otra

de sus objetos principales es la *morfología*, su doctrina sobre las raíces, sobre los sufijos, que divide en primarios y secundarios, acerca de las partes del discurso, distribuidas en categorías harto filosóficas, sobre la derivación, en fin, de todo nombre de verbo, suponen un concepto altamente científico de los problemas glotológicos. Bastaría esta controversia de las relaciones del nombre y del verbo para honor de las investigacio-

rama literaria más extrínseca todavía á la *colección de himnos (samhitas)*, que fué conocida con el nombre de "filosofía vedanta," y cuyas divisiones y escuelas estudia ampliamente la Historia de la Filosofía. Pero no ha de confundirse en manera alguna esta rama filosófica de la literatura india con la rama *expositiva* de *brahmanas*, *upanishadas* y *sutras*: éstas constituyen el período intermedio aludido del *sánscrito arcaico* en la transición del clasicismo védico al clasicismo sánscrito, mientras la *doctrina filosófica*, aunque con bases en el período arcaico, es de formación posterior; la rama *expositiva* se apoya inmediatamente sobre los *himnos védicos*, cuyo carácter general presentan (por ello dejan los brahmanes de considerarla aparte y la ofrecen en conjunto con el período védico); la rama *filosófica* no tiene por base inmediata los himnos védicos, sino más bien comentarios más ó menos antiguos y más ó menos auténticos de dichos himnos. Hay entre estas dos ramas literarias, la diferencia que existe entre la *glosa* doctrinal de comentarios á un texto sagrado, y la especulación abstracta de una filosofía religiosa con fines escolásticos y de sistema.

Como las *samhitas* forman el período *védico*, y la literatura nacida de la exposición directa de éstas constituye el período que llamamos del *sánscrito arcaico*, así la literatura del *sánscrito clásico* está principalmente formada sobre la anterior, ó sea sobre la del *sánscrito arcaico* dicho; con lo cual vienen á ser directa ó indirectamente siempre los himnos védicos el centro del movimiento de todas las fases literarias indias; y en efecto, en las principales obras que se refieren al período último (*Mahabharata*, *Ramayana*, los *Purana*, etc.), período el más alejado de los Vedas, muéstranse por doquiera señales inequívocas de continuar la tradición de éstos, sosteniéndose el mito védico á través de nuevas formas literarias, y reflejándose en el conjunto sus influencias.

Los cuatro *Vedas* arriba mencionados, en cuanto representantes del período propiamente védico, se clasifican por el conjunto de sus himnos ó sea por las respectivas *samhitas*, prescindiendo de las exposiciones que los acompañan. La *samhita* del *Rigveda* constituye, como dice este nombre, el *Veda* de las *ric'*, ó sea la colección de *estrofas* tradicionales de las diversas familias védicas, ya fuesen aquellas las cantadas en el sacrificio del *Soma* (las cuales tienen su colección exclusiva en el *Samaveda*), ya las empleadas en la liturgia

nes filológicas indias. En cuanto á Panini, es de todos bien conocida su labor notable de compilación de raíces á que aludimos arriba, y la de la redacción de reglas gramaticales, trabajos ambos de un maestro de primer orden en la materia, así como sus doctrinas sobre la conjugación, declinación, partes del discurso, sintaxis, empleo de aijos y leyes eufónicas, que de tanta significación hubieron de ser en la Gramática comparada.

de los sacrificios (colección particular del *Yadhurveda*), ya finalmente las que se refieren á fórmulas expiatorias, prácticas religiosas, etc. (reunidas en el *Atharvaveda*). Pero la parte principal está constituida por himnos libres á las divinidades, fragmentos poéticos á la naturaleza, estrofas de tinte épico sobre héroes divinizados y luchas sobrehumanas, etc.

Según se colige de lo expuesto, la *samhita* del *Rigveda* tiene carácter enciclopédico, y en ella de algún modo se comprenden las *colecciones* ó *samhitas* de los tres Vedas restantes, cuyo objeto está ya indicado con lo dicho. Decimos *de algún modo*, porque el mismo carácter enciclopédico del *Rigveda* hizo de una parte que no respondiese con la exactitud y precisión de los demás Vedas á los peculiares y respectivos fines de cada uno de éstos arriba señalados, y de otra, que revistiese carácter más profano que los Vedas restantes, pues su condición ecléctica hace que al lado de los himnos religiosos figuren otros muchos que no lo son, y que pierda la condición práctica y popular de los demás. La importancia especial del *Rigveda* está precisamente en estos himnos profanos y mitológicos, excelentes para conocer el espíritu y el carácter general de las letras indostánicas. De los diez libros que componen el *Rigveda*, el último es el de compilación más reciente y el más enciclopédico. En general, el *Rigveda*, es el más rico, el más completo é interesante de los cuatro Vedas, pero es el menos sagrado de todos.

Los compiladores del *Rigveda* hanse propuesto reunir en la *samhita* de éste todos los himnos y fragmentos que creyeron de mayor importancia, sin distinción de clases y sin tener en cuenta la clasificación y objeto ritual de muchos de ellos. De aquí que abarque á más de otros himnos, casi todas las estrofas del *Samaveda* (*Veda* de los *saman* ó versos cantados), la mayor parte de las del *Yadhurveda* (*Veda* de los sacrificios), y gran parte de las del *Atharvaveda* (*Veda* del Atharvan, sumo sacerdote del fuego).

De aquí también las variantes que se ofrecen en estrofas comunes á éstos y á aquél; porque revistiendo éstas varias formas tradicionales populares, los compiladores de los últimos se atuvieron á la forma más arcaica y fija con fin litúrgico, y los del *Rigveda* recogieron la que estimaron más conveniente á su objeto. Por esto mismo es aventurado afirmar que el *Samaveda* esté tomado del *Rigveda*, aunque así suela sostenerse; antes es más verosímil que la colección ó sa-

Es indudable que con anterioridad á Panini han existido otros muchos tratadistas, de quienes aquél recibió sus enseñanzas; Yaska cita algunos de ellos por sus nombres, designando á otros colectivamente. Créese que Panini no hizo otra cosa que completar y presentar amplificado el tratado gramatical de *Çakatayana*, uno de sus precursores, cuyo nombre quedó obscurecido por el de dicho gramático.

mhita de uno y otro sean independientes, como las *samhitas* del *Yadhurveda* y del *Atharvaveda* lo son también. Unos setenta y ocho *saman* ó estrofas de canto del Samaveda (como hemos dicho, este Veda es recopilación para el canto en el sacrificio de Soma, que por esto pudiera decirse *Somaveda*) faltan en el *Rigveda*, con más las variantes que inducen á no tomar aquél como extracto de éste. La *samhita* del *Atharvaveda* es la última de las colecciones védicas, sin que esto signifique que no sean muy antiguos algunos de los himnos en ella referidos.

Habremos de añadir que así como del *Rigveda* existen dos clasificaciones ó redacciones, la *clásica* y la *ritual*, que se diferencian por la forma de división, tenemos también dos redacciones del *Yadhurveda* que hacen se clasifique éste en *blanco y negro*. La principal diferencia entre uno y otro está en que en el primero la parte lírica y los comentarios se distinguen convenientemente, mientras en el segundo se hallan confundidos entre sí. Hay igualmente dos redacciones, bien que con menores diferencias, del *Atharvaveda*. Una pertenece á la escuela de los sucesores de Çaunaka, y otra á la de los de Pipalda. (Sobre la literat. védica pueden verse, entre otros, y á más de los concienzudos trabajos especiales existentes sobre cada uno de los Vedas, los *Abhandlungen—Zur litterat. und. Geschichte d. Weda*, de Roth; *The history of ancient sansk. literat.*; los *Indischen Studien* de Weber, Diccionario de Grassman, y el de Boethling y Roth, etc.).

Según lo dicho, distínguense en los Vedas una parte fundamental y otra complementaria expositiva y crítica. Esta constituye lo que hemos llamado segundo período de la literatura india ó del sánscrito arcaico. A ella pertenecen los *brahmanas*, con sus variantes y los *sutras*. Los primeros tuvieron por objeto declarar y especificar los correspondientes comentarios de los textos védicos. "Aquí, dice Weber, encontramos las más antiguas declaraciones lingüísticas, las más antiguas leyendas tradicionales, las más antiguas especulaciones filosóficas." A cada uno de los Vedas acompaña su propio *brahmana*. El *brahmana* de los himnos puramente especulativos del *Rigveda* llamóse *Upanishad* —sesión=lección—, revistiendo carácter directamente filosófico; y estos *upanishadas* fueron luego los *aranyaka* —silvestre— en manos de los intérpretes brahmanes, anacoretas que se dedicaron á la exposición védica.

La época en que vivió Panini, de quien data el establecimiento definitivo de la gramática sánscrita, no puede fijarse con certeza. Boehtlingk que publicó una edición europea de su gramática, le supone correspondiente al siglo IV antes de Jesucristo, fundándose en datos de Somadeva, el cual le hace contemporáneo de Nanda. El ilustre indianista Weber modifica la opinión de Boehtlingk, y juzga que Panini, quien habla ya de la

Los *sutras* —hilos, lazo de unión— constituyeron especie de complemento de los *brahmanas*, aunque distintos de ellas, con el objeto de señalar de una manera didáctica las más pequeñas particularidades del texto comentado, que pasaron luego de los brahmanes á los filósofos y gramáticos. No hace á nuestro objeto entrar en las ulteriores declaraciones históricas sobre todas las clases de comentarios aludidos, abundosos en el período literario á que nos referimos, y asunto propio de un tratado de Literatura indostánica.

De la misma manera que la labor del *sánscrito arcaico* á que acabamos de referirnos se funda principalmente sobre los himnos védicos, en el período del *sánscrito clásico* gran parte de su literatura tiene por base la precedente, ó del *sánscrito arcaico*. Es este el período de mayor movimiento literario indostánico, la edad clásica del sánscrito y de la expansión de las letras, al cual responden las grandes producciones de la poesía épica, representada por colecciones como la del *Mahabharata*, de los *Puranas*, y del *Ramayana*; las de la dramática, á la cabeza de cuyos cultivadores está Kalidasa y el hermoso y conocido drama *Çakuntalá*, y las composiciones eróticas y gnómicas abundantes entre los indios, de las cuales llegó á hacerse singularmente célebre la colección de apólogos conocida con el nombre de *Panchatantra* —cinco *tantra* ó libros.— A esta época pertenece también la labor gramatical propiamente dicha, cuyos representantes mencionamos en el texto.

Hemos dicho que la literatura de este período está *en parte* basada en la de la época anterior, porque no se ciñe á ella de una manera completa, ni es exclusiva representación del movimiento védico y brahmánico de las dos fases precedentes. En el *Mahabharata*, las divinidades del Olimpo védico se han transformado en héroes humanos, y á manera de las divinidades de la *Iliada*, toman parte activa en luchas con los hombres. Cuando es designado este poema ó compilación de poemas con el nombre genérico de *itihasa*, *leyenda*, y *maha-itihasa*, la *gran leyenda*, tal denominación debe entenderse aplicada á una *leyenda* primitiva elemental de la época arcaica, fundamento primero de la *agrupación de leyendas* de que hoy resultan los dieciocho libros del *Mhabharata*. No es improbable que los compiladores de dicho poema hayan tenido á la vista las obras homéricas, y que á ello sean debidas las varias analogías que guarda con éstas. La primera alusión al *Mhabharata* es la que hace Dión Crisós-

escritura de los *Yavana* (según algunos son los *Yaones* ó *griegos*), debe necesariamente ser posterior á Nanda, colocando su existencia después del viaje de Alejandro á la India. Estas opiniones están entre otras más extremadas, de las cuales una, la del chino Hiuan-Thsang, coloca á Panini en el año 140 de nuestra era; otra, la de Goldstücker, le hace anterior á Buddha, y su gramática más antigua que los *Pratiçakya* védicos; doctrina

tomo, y ciertamente sosteniendo que los indios tenían en su lengua trozos de Homero y los heméridas, que cantaban al modo griego. Era la analogía grande de partes del argumento y de situaciones comunes, no ajena tal vez á una influencia helénica en la epopeya indostánica. Esta influencia por lo menos es innegable en la literatura dramática sánscrita, no conocida con gran probabilidad de los indios antes del tiempo del gramático Panini. El profesor Vindisch ha ido tan allá en esto, que no ha dudado sostener en una disertación (Congr. de Oriental. de Berlín, 1880), que la dramática india es totalmente helénica con sólo colorido nacional.

Trabajo colectivo impersonal como el *Mahbharata* son los *Purana*, ó pequeños poemas tradicionales del período arcaico, casi todos relativos á los dioses, mientras los *itihasa* se referían á los héroes. La diferencia en la formación del *Mahbharata* y de los *Purana* está en que al *itihasa*, núcleo tradicional arcaico del primero, sucedió sin interrupción la recopilación continuada hasta constituir la epopeya existente; mientras sucedió lo opuesto con los *Purana* primitivos, cuya recopilación ha comenzado relativamente muy tarde, y sin reunir más que fragmentos de los tipos primitivos.

El origen del *Ramayana* es el mismo de las epopeyas anteriores, y trabajo impersonal como ellas en su conjunto, siquiera la leyenda ó *akhyana* elemental antigua, como en los anteriores, no faltase tampoco aquí. Weber en su disert. *Ueb. das Ramayana*, sostiene el influjo homérico también en varios episodios de este poema, el más elegante, aunque algo desigual en esto, de los libros poéticos indostánicos.

Debemos advertir, finalmente, que estas obras capitales sánscritas así como no son de los autores á quienes se le atribuyen, y revisten el carácter de trabajo sucesivo sin personalidad determinada, tampoco tienen la antigüedad que por muchos se le ha atribuido, y que la sana crítica ha demostrado ser ilusoria. Ni el *Mahbharata* ni el *Ramayana* son anteriores á los tiempos de Virgilio; y aun puede añadirse que mientras la parte substancial del primero precede en poco á la aparición del cristianismo, el segundo es posterior á él. En cuanto á los *Purana*, su formación se extiende desde el siglo VIII. Por aquí puede también colegirse la probabilidad de una influencia helénica en tan modernas obras indias que, como hemos indicado, están éstas muy lejos de desmentir.

refutada por Weber, por Bühler, y en general, no seguida por los indianistas. Las probabilidades están sin duda alguna en favor de que Panini corresponde próximamente á los comienzos de la era cristiana.

Después de Panini no han faltado en la época de la literatura clásica comentaristas gramaticales de significación. La

En cuanto á la literatura dramática india, hemos hecho ya indicación sobre sus probables orígenes; y aunque no haya de afirmarse en absoluto con Vindisch que es de base griega con colorido indio, bien puede decirse que tiene una base india con colorido helénico, lo cual se revela en muchas de las producciones literarias sánscritas posteriores á la expedición de Alejandro á la India. Entre las más bellas producciones del género dramático hemos citado las conocidas *Çakuntalá*, *Urvasi* y *Malavika*, atribuidas á Kalidasa, y cuya incomparable tersura, corrección de forma y viveza de imágenes y sentimientos ha arrancado expresiones de legítimo entusiasmo y las arrancará siempre. Sabido es el juicio que *Çakuntalá* mereció á Goethe, G. Humboldt y G. Schlegel, á cuyo autor coloca éste entre los más grandes poetas del mundo.

En qué tiempo haya de colocarse el Kalidasa, autor de estos dramas, es cosa muy discutible. Desde luego, y en cuanto á este dramaturgo, debe desecharse la narración poética del *rey de las nueve perlas*, de las cuales sería la primera Kalidasa. El nombre del *rey Vakrama* ó *Vikramaditya* (*sol de fuerza*), á quien se le atribuye haber reunido y remunerado en su corte á nueve genios ó *pedras preciosas*, no es denominación individual, sino calificativo honorífico de diversos reyes, como lo fué igualmente en la Edad Media el de *narasinha*, *león de los hombres* y algún otro. Pero aun aplicada la tradición referida al *rey Bhogia*, que vendría á ser el de *las nueve perlas*, no resultaría el Kalidasa de su corte el autor aludido, según expone Weber, quien coloca á nuestro Kalidasa entre el segundo y el cuarto siglo de la era cristiana durante la dinastía de Gupta. No faltan quienes le trasladan al siglo sexto y aun al décimo, enfrente á los que le ponen en el siglo primero de la era vulgar. A Kalidasa se le atribuye también el pequeño poema *Meghaduta* que por la elegancia no desmerece de las obras anteriores.

De la rama sentenciosa de la literatura india hemos mencionado tan sólo el *Panchatantra*, porque en los varios ciclos fabulares indostánicos es esta obra la más especial por sus apólogos y sentencias, la más extendida y la que ejerció mayor influjo en otras literaturas. (Sobre esta influencia es de leer la Introd. de Benfey á su trad. alemana de dicha obra, hecha con erudición y crítica).

Juzgan algunos, entre ellos Weber, que las fábulas indias donde entran irracionales, son de origen exclusivamente griego, mientras otros las creen propias del budhismo, cuyos ministros introdujeron

Paribhasha, comentario de autor ó autores desconocidos; el *Mahabhashya* de Patangali, las exposiciones *Varttika* de Katyayana, son los trabajos más importantes hechos en los tiempos á que acabamos de aludir. De estos, los dos últimos son frecuentemente antitéticos en sus críticas de la doctrina de Panini, cuya defensa toma Patangali contra los comentarios de Katyayana. La época fija en que han existido estos dos escritores no puede determinarse con precisión.

estos apólogos con fin educativo. No es inverosímil que unas y otras causas hayan influido en este linaje de producciones, si bien por lo que hace al *Panchatantra* es necesario reconocerle un fondo originario popular muy antiguo.

En el siglo VI de nuestra era la colección dicha debía gozar ya de especial estima, pues fué entonces cuando por orden del rey sasánida Nushirvan ó Cosroes se tradujo del sánscrito al *pahlvi*, que era á la sazón el persa literario. Hicieronse luego otras versiones, entre las cuales figuran la traducción hebrea del R. Joel y la arábica de ben Almocaffá, las cuales se fundaron sobre un texto sánscrito-budhístico más completo que el empleado para la traducción persa, de donde provienen las variantes ulteriores según el texto tomado por modelo por otros traductores.

También fué traducida al latín y griego por Juan de Capua y Simón Seth respectivamente. En tiempos de Alfonso el Sabio púsose en castellano el *Libro de Calila y Dimna*, título de la versión árabe del *Panchatantra*, de donde fué hecha la española, y que está conforme con la arábigo-francesa publicada por Sacy en 1816. Es esta la obra que representa plenamente la invasión del simbolismo oriental en el romance castellano (antes iniciada en la esfera eclesiástico-latina por la *Disciplina clericalis* del R. P. Alfonso), como luego la famosa *Crónica Troyana* (versiones gallega y castellana principalmente) significa en España la reversión de aquella tendencia literaria al clasicismo greco-romano.

Pero si en la época del sánscrito clásico aparecen en todos los géneros literarios, aunque no en igual medida para la epopeya y para las demás producciones, otras fuentes que no las puramente védicas, en lo que hace á las obras gramaticales, no se revela influjo extraño ni elementos exóticos de lingüística. Los tratados de gramática sánscrita ó *vyakarana* de esta edad, á que nos referimos en el texto, enlázanse con los *pratiçakhyasútra*, tratados de fonética arcaica, y como los *sutras* filosóficos se apoyan en las discusiones bráhmánicas de los *upanishad*, así los *sutras* gramaticales son continuación de los *sutras* léxicos y fonéticos precedentés.

Dividida en los tres periodos que acabamos de ver, la literatura sánscrita, aunque suela presentarse en dos, es consiguiente que distingamos tres fases correspondientes en la lengua indostánica, según

Es de notar que el *Mahabhashya* de Patangali no contiene el comentario de todas las reglas ó *sutras* de Panini, lo cual ha dado ocasión á diversas explicaciones. Creen unos que los *sutras* de Panini no comentados por Patangali, no son auténticos de aquél, sino añadidos posteriormente; piensan otros con Kielhorn, que los comentarios de Patangali tal vez no se conserven íntegros; juzgan finalmente algunos con Goldstücker, que el tratado de dicho comentarista no ha tenido por objeto analizar los 3.983 cánones gramaticales de Panini, sino explicar sus 1.720 tan sólo, para defender á Panini de los ataques de Katyayana, con lo cual se explica sin dificultad el punto discutido.

Además del libro fundamental de Panini y de sus comentaristas antiguos, se cuentan entre los indios otros estudios lingüísticos posteriores. Recordaremos con Weber el *Vakyapadiyam* de Hari, en relación con el *Mahabhashya*, publicado por Kielhorn; el *Kaçika* de Vamana, comentador de Panini, del si-

lo hace también De Gubernatis. La primera fase de la lengua responde al primer período védico, exclusiva de las *samhitas* de himnos védicos; la segunda se refiere á la prosa expositiva de dichos himnos, propia de los *brahmanas*, y de las *upanishad*, etc., que forman el que hemos llamado período del sánscrito arcaico, el cual difiere de una parte del de los himnos védicos, y por otra del sánscrito clásico ó de las epopeyas (llamado simplemente sánscrito en oposición al védico, por los que sólo forman dos periodos). La tercera fase es la del sánscrito clásico aludido, último período de las letras indias, que difiere tanto del primero como proporcionalmente del segundo. Se ha sostenido que el sánscrito no fué jamás lengua popular hablada en la India, y que fué siempre exclusivamente idioma literario; se ha afirmado también, siguiendo rumbo opuesto (y en el Congreso de Berlín de 1880 lo sostuvo el pandito de Bombay Çyamagi Krishnavarman en discursos pronunciados en legítimo sánscrito), que la lengua sánscrita no sólo ha sido, sino que continúa siendo popular en la India. Evidentemente son ambos extremos inaceptables. El sánscrito, como todo lenguaje oficial y literario, comenzó por ser idioma vulgar, sustituido por transformaciones dialectales sucesivas en el pueblo, mientras en la esfera de las letras se mantenía la integridad primera y aun crecía en quilates como suele acontecer, el atildamiento y corrección. En los mismos himnos védicos de la última etapa se revela la existencia de formas dialectales y del hablar *pracrito* contemporáneo, cuyas diferenciaciones ulteriores eran inevitables. Por esto mismo resulta el sánscrito hoy tan muerto en la India como lo es el latín de Marco Tulio entre los países de las lenguas romances, siquiera de la lengua del Lacio hayan salido éstas, y á ella se refieran como á idioma hablado en otro tiempo.

glo XIII; el comentarió al *Unadisutra*, de Ugvaladatta, del mismo siglo, editado por Aufrecht en Bonna; el tratado gramatical de Vardhamana, del siglo XVII, editado en Calcuta en 1864; el *Phitsutra*, de Çantanava, publicado por Kielhorn, traductor también de Nagogibhatta, gramático del siglo XVIII; la *Laghukaumudi*, de Varadaraga, traducida al inglés por Ballantyne.

Entre los tratados gramaticales sánscritos que se apartan del método de Panini, se cuentan el *Mugdhobodha*, de Vopadeva, escritor del siglo XIII, publicado por Boehtlingk en Sanpetersburgo; el *Sarasvata*, de Anubhutiavarupaciarya, editado litográficamente en Bombay; el *Katantra*, de Çarvavarman, con el comentario de Durgasinha, publicado por Eggeling en la *Bibliotheca Indica*, y concordado con la gramática *pali* de Kacciayana (1).

En la parte lexicográfica sánscrita merecen ser citados el *Amarakosha*, de Amarasinha, cuya época se disputa. Algunos quieren que sea uno de los lexicógrafos más antiguos de la India; otros, fundándose en datos que proporcióna su léxicon y en palabras de origen latino que figuran en él, le hacen de los primeros siglos de nuestra era, á lo cual se inclina Weber, y es lo más probable, de no haberse completado posteriormente introduciendo elementos extraños; los *Abhidhanacintamani*, de Hemaciandra, editados por Böhtlingk y Rieu, y *Abhidhanaratnamala*, de Halayudha, publicado por Aufrecht, así como las colecciones de raíces sánscritas intituladas *Dhatuparayana* y *Dhatupatha* (2).

(1) De Gubernatis en su *Letteratura Indiana*, compendioso tratado de los estudios de Weber, cita el trabajo de Pischel *De Grammaticis praecliticis*, para los gramáticos indios que el título indica, y que son también numerosos. Sobre la literatura relativa á las raíces indias, el prefacio de Westergaard á su libro *Radices linguae sanscritae*.

(2) Completan la parte puramente filológica, los tratados indios sobre métrica, poética y retórica. En la primera es clásico el tratado de Pingala. Son igualmente fundamentales en poética y retórica las obras medioevales, el *Sahityadarpana*, y *Alankarashastra* de Bharata. En la *Bibliotheca Indica* se incluyen el *Kavyadarpa* de Dandín, y el *Daçaruþa*, del siglo VI y X respectivamente, que son también autoridad en la materia. (V. Weber, *Worlesungen ü. Indische Literatur Geschichte*; Lassen, *Indische Altertumskunde*; Stenzler, *Indisch. Studien*; Wheeler, *The history of India* etc.; Müller, *A history of ancient sansk. literature*; Enault, *Hist. de la*

Estableciendo una comparación general del sistema lingüístico de los griegos con el de los indios, resulta evidente según la indicación hecha atrás, que el procedimiento de éstos es principalmente práctico y de carácter analítico, porque se proponían saber, no lo que pudiera ser el lenguaje, sino lo que era; por el contrario, entre los griegos los trabajos concretos de clasificación han resultado de las teorías abstractas y psicológicas, las cuales llevaban más bien á conocer el aspecto general de un idioma posible que no á estudio concreto alguno. Las investigaciones sánscritas se refieren directamente al lenguaje y su gramática; las de los griegos á la filosofía de ambos. Por eso mientras los indios suben de los *sonidos* á la *idea*, de la *palabra* á la *categoría lógica* correspondiente y estudian primero la morfología que la sintaxis, los griegos por un procedimiento opuesto bajan del *concepto* al *vocablo*, de las *categorías lógicas* á la clasificación gramatical, y estudian sintácticamente mucho más que analíticamente su lengua.

Litterature des Hindus. Véase también, omitiendo otros muchos, la *Letteratura Indiana* de De Gubernatis, y, á nuestro objeto, la *Réthorique Sanskrite* de Regnaud.

La literatura verdaderamente filosófica india no ha llevado sus imposiciones lógicas y psicológicas á las teorías lingüísticas, más que en lo que se refiere á la naturaleza y origen de la palabra, según hemos visto. El panteísmo, materialismo, idealismo y enseñanzas escépticas que recorren alternativamente todos los sistemas filosóficos indios (los dichos *ortodoxos* ó conformes con los Vedas, los *heterodoxos* ó disconformes, y los ensayos *mixtos*), tienen en general un carácter más bien teológico, que de aplicación á otros órdenes de ciencia. La palabra ocupa en las respectivas teorías lugar preferente, no por sí misma, sino en cuanto es para los indios encarnación de la idea, y esta es la realidad suprema y universal, ó en cuanto el lenguaje es una emanación divina, la más alta de las emanaciones, comparable á las ideas mismas; una especie de *verbo sensible*, inseparable del *verbo mental*, manifestaciones necesarias del *verbo* supremo brahmánico. (V. sobre los sistemas de filosofía india, cuya esencia está contenida en los *Sutras filosóficos*, las *Misceláneas* de Colebroocke—con el pref. y notas de Cowell—; Dows, *History of Indostan* etc.; Banerjea, *Dialogues of the Hindou phil.*; Chaupa, *Essais s. la philosoph orientale* y las *Hist. de la Phil. antique de Ritter*, el *Manuel de la hist. de la Phil.* de Tenemann, y algunos datos en Ueberweg, *Geschichte d. Philos.* Weber recomienda los trabajos de Roer, Ballantyne, Cowell, Hall, Gough, Saint Hilaire, las nuevas ediciones indias de los *Sutras*, y el Índice bibliográfico de los sistemas filosóficos indios, publicado por Hall).

Para los griegos la palabra es «expresión de la idea», y la gramática es el estudio de las ideas en las palabras. Platón que estudia en la gramática los sonidos y sus signos —*stoijeia kai grammata*—, y las vocales y consonantes; Aristóteles, que examina sus tres partes del discurso —*onoma, reema, syndesmos*—, y los mismos estoicos que aumentan estas clasificaciones, se mantienen dentro de un orden ideológico, correspondiendo al concepto abstracto de la nomenclatura que emplean, la cual hubo posteriormente de convertirse en gramatical.

Para los gramáticos indios la palabra —*çabda*— es «un sonido vocal —*dhvani*— que hace presente al espíritu la idea de un objeto en cuanto conocido»; —es la expresión de la relación entre el vocablo y el objeto denominado. (*Mahbhasya*).—Es un conjunto de letras significativas de un objeto, ordenadas convenientemente para la construcción de la frase, pero sin construcción actual. (*Sahitya-Darpana*). La frase —*vakya*— es «un conjunto de palabras destinadas á formar sentido perfecto.» Es una reunión de palabras, que: 1.º deben ser mutuamente apropiadas, porque si se contraponen serian una simple yuxtaposición de sonidos inconexos; 2.º deben ser necesarias las unas á las otras en el conjunto, porque de otra suerte no responden á la atención del que escucha, y con la repetición de una misma palabra podría constituirse una frase; 3.º deben estar (1) en contacto recíproco, de suerte que no se interpongan ni frases diversas ni tiempo excesivo. (*Sahitya-Darpana*).

Se ha notado (Regnaud, *La Rhetorique Sansk.*, chap. I) la contraposición en que aparecen los gramáticos indios señalando al verbo como esencial á la frase (Bhartrhari), mientras entre los griegos se ha creído no esencial: «*Θύ γάρ ἅπας λόγος ἐκ ῥημάτων καὶ ὀνομάτων σύγκειται, οἷον ὁ τοῦ ἀνθρώπου ὄρισμός,*

(1) En la lingüística sánscrita existe además de la frase ordinaria, la *frase grande* (*mahavahya*), que es la *composición literaria* á cuyo conjunto de frases se le señalan las mismas condiciones que á las palabras respecto de la frase simple, ó sea la *apropiación*, la *necesidad* y el *contacto*. El *Mahabharata*, el *Ramayana* etc., son composiciones de esta clase. Es de notar con Regnaud y Ballantyne, que la división mencionada de la *frase* entre los indios, responde á la división que hace en la *Poét.* (c. XX) Aristóteles, en donde reduce el *Discurso* á dos categorías: á la primera corresponden los pensamientos aislados, como la *definición* de hombre; á la segunda los pensamientos encadenados como la *Iliada*. Las condiciones que exigen en las dos suertes de frases los indios, son para ellos fundamento de la *Retórica*.

ἀλλ' ἐνδεχέται ἄνευ ῥημάτων εἶναι λόγον,» escribe Aristóteles en la *Poética* (c. XX). Pero es de tener presente que las categorías gramaticales no tuvieron primitivamente entre los griegos de nominación definida. La palabra *reema* —verbo— no tiene frecuentemente en Aristóteles otra significación que la de atributo, y en análogo sentido dice en el párrafo que acabamos de citar, que el verbo —*reema*— no es esencial á la frase. «En expresiones como esta: *la nieve es blanca*, Aristóteles hubiera dicho que *blanco* es verbo», advierte con razón M. Müller (Lect. 1. 3).

En cuanto á las categorías denominativas, los griegos, como es sabido, las reducían en general á las categorías lógicas, según los principios de cada escuela. Las categorías peripatéticas que han prevalecido y han sido ampliamente explicadas por los escolásticos, son de todos bien conocidas.

Sobre las categorías estriba la famosa y debatida cuestión de los *universales*, de carácter á la vez lógico, ontológico, psicológico y lingüístico, como veremos en otro lugar. Pero no obstante el carácter directamente filosófico de los *predicamentos* de Aristóteles, éste ha ensayado, según testimonio de Varrón, aplicarlas al estudio lingüístico y en forma que es propia de las doctrinas gramaticales, y que se aproxima á la manera concreta en que nos ofrecen los indios las categorías glotológicas (1).

Estos, si bien no convienen siempre en la exposición, tienen un mismo procedimiento de análisis y de examen práctico de la cuestión, como en los demás problemas lingüísticos. El autor del *Mahabasyha* distribuye en cuatro categorías las relaciones del *objeto* con la *palabra*: 1.ª la que resulta de la *materia* del objeto, ó sea de las partes que constituyen el todo; 2.ª la del acto y del movimiento que proceden del objeto; 3.ª la de los atributos y cualidades que á dicho objeto correspondan; 4.ª la de la *forma*, ó sea aquello que la materia ó el individuo tiene

(1) Antes de Aristóteles, Pitágoras había intentado una clasificación de palabras, que si bien no es verdaderamente gramatical ni lingüística, no es tampoco del todo abstracta. He aquí lo que de ella escribe Varrón (*De ling. lat.* V. 1): «Pythagoras Samius ait omnium rerum initia esse bina, ut finitum et infinitum, bonum et malum.... Quare item duo, status et motus; quod stat aut agitur, corpus: ubi agitur, locus: quod est in agitato, actio: dum agitur, tempus.... Igitur initiorum quadrigae locus et corpus, tempus et actio. Quare quod quatuor genera prima rerum, totidem verborum....»

de común con la especie. Estas relaciones dan lugar á otras tantas categorías de palabras.

Bhartrhari echando las bases de un método sintético reduce las categorías verbales á una sola, la del género, si bien, explicado por él según el panteísmo *vedanta*, no conduce á la abstracción de la ideología aristotélica, sino á un empirismo riguroso y á un procedimiento lingüístico del todo realista, cuya explicación concreta nos da el autor del *Kavya-Prakaça*. Según éste reducen las palabras del humano lenguaje á cuatro categorías: género, cualidad, acto, individualidad; ó á una sola de donde provienen todas, que es el género. Dichas cuatro categorías son las que hemos mencionado del *Mahabhashya*, y que se resumen en este pasaje: «Las palabras tienen cuatro funciones que corresponden á los ejemplos, *buey* (género), *blanco* (cualidad), *semoviente* (acto), *Dittha* (nombre propio, individualidad).» Los atributos son el medio de la distinción denominativa de los objetos, y concretan singularmente la categoría ó categorías lingüísticas en cada objeto ó fenómeno. Los atributos se dividen, según dicho libro, en *inherentes* y *no inherentes* ó arbitrarios. El atributo *no inherente* es el nombre propio, p. ej. el nombre *Dittha*, que convencionalmente sustituye al nombre genérico *hombre*, para significar un individuo. El atributo *inherente* se divide en *actual* y *sucesivo*; el *sucesivo* está constituido por las formas de movimiento, el cual, cualquiera que sea, es esencialmente *transeunte*; el *actual* se divide en *inherente-vivificante* é *inherente-cualificativo*; el primero es el mismo género, y se denomina *vivificante*, porque sin género que nos da razón de la esencia, es imposible la existencia de individuos; el segundo resulta de toda *cualidad* inherente.

En esta teoría convienen en general los gramáticos indios, y es la misma que en otras palabras está reproducida en el *Sahitya-Darpana*.

Estableciendo una relación general dialéctica entre las categorías de los griegos y las de los indios, hallamos la misma preponderancia filosófica en las primeras y gramatical en las segundas que se hallan en los demás problemas lógico-lingüísticos planteados por uno y otro pueblo. Las categorías aristotélicas son directamente lógicas é indirectamente gramaticales; las de los indios son directamente gramaticales é indirectamente lógicas. Las primeras responden principalmente al problema filosófico de la formación psicológica de los *universales*, que tan discutidos hubieron de ser y serán siempre en cada sistema metafísico según sus principios peculiares. Las segundas se re-

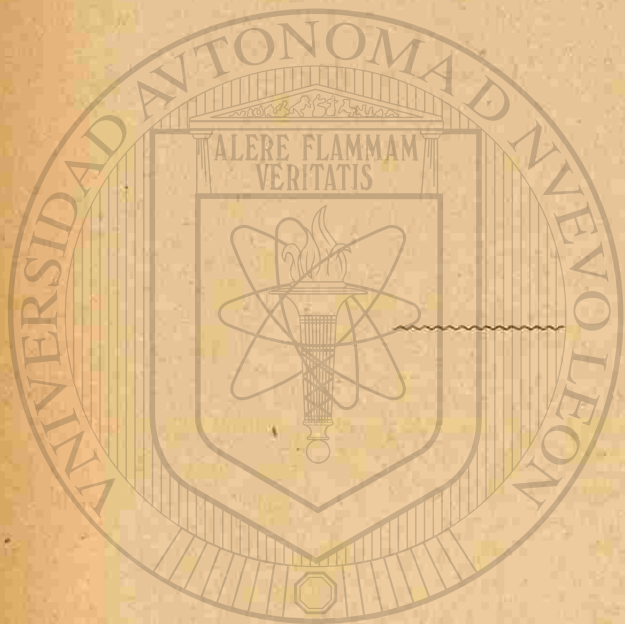
fieren principalmente á los *universales* denominativos y gramaticales, también discutidos y discutibles, pero con carácter subordinado, y, en sí mismos, sin la trascendencia filosófica de los primeros.

No dejaremos de observar que la noción del *verbo* y del *nombre* entre los indios ofrece tal vez más interés que la de los griegos. En otro lugar haremos de esto mención, recordando aquí que las disquisiciones gramaticales de más renombre sobre esto, como las de Port-Royal, Locke, Stuart Mill, etc., son en general inferiores á las de aquéllos.

Sobre la célebre controversia de la imposición de nombre á las cosas y la relación de las palabras con los objetos, indios y griegos han sostenido análogos conceptos. Dos opiniones capitales encontramos en la lingüística helénica: una que enseña que la relación del nombre con su objeto es natural y necesaria, y á ella obedece la imposición de nombres (Epicuro y otros); otra que sostiene que es dicha denominación puramente arbitraria, y la relación de palabras y cosas de fundamento convencional (Demócrito y los que le siguen). Entre los indios, sostiene la primera de estas opiniones Bhartrhari, según los principios de la filosofía *vedanta*, á cuya escuela hemos visto pertenece. La palabra (fragmentos citados por el *Çabdartharatna*), ofrece según él dos aspectos, uno espiritual é ideológico que le hace identificarse con el alma suprema y universal, constituyendo en esa forma una pura abstracción con el nombre de *sphota* (fragmento en sentido de *átomo indivisible*), y otro concreto y apto para recibir las variantes del lenguaje de los hombres, que es la forma práctica de la palabra, con la denominación de *dhvani*, sonido. La palabra sólo en cuanto *dhvani*, está sujeta á las leyes de la naturaleza (*prakrta*), recibiendo en esta forma todas las modificaciones é inflexiones gramaticales y lexicológicas que le corresponde como expresión determinada del *sphota* absoluto y abstracto. La esencia de la palabra representada por el *sphota*, es la misma del alma universal y absoluta; de aquí que la relación entre la palabra y el objeto sea tan natural y necesaria, como son necesarias en el panteísmo *vedanta* las relaciones (si pueden llamarse tales) del mundo sensible con el alma universal. Bhartrhari no duda afirmar, de conformidad con tales principios, que hasta la relación de los nombres propios con su objeto es necesaria.

En el *Kavya-Prakaça* se sostiene la doctrina contraria á la expuesta, y se afirma, de conformidad con las ideas de Demócrito, que los nombres son impuestos á las cosas arbitraria y con-

vencionalmente. El *Sahitya-Darpana* acepta esta doctrina, y aun descende á presentar ejemplos de los varios modos como pueden transmitirse las denominaciones convencionales, que es la manera práctica de demostrar su tesis usada por los escritores griegos de la escuela glotológica correspondiente (1).



(1) La lingüística latina, derivación de la griega, no ofrece en sus caracteres generales novedad alguna respecto de ésta; por eso hemos prescindido de ella en las comparaciones que acabamos de hacer. Por lo que se refiere al origen y naturaleza de las denominaciones, los latinos reproducen, como veremos, las doctrinas griegas en general, y algunos como Lucrecio (*De rer. nat.*), identifican todo ello con el origen del lenguaje.

El problema aludido preséntase hoy y viene á plantearse con relación á la naturaleza de las raíces, cuyo estudio está á la vez íntimamente enlazado con la formación de las lenguas, y consiguientemente con el fundamento originario del idioma primero, llevando así á determinar la facultad del habla en el hombre,

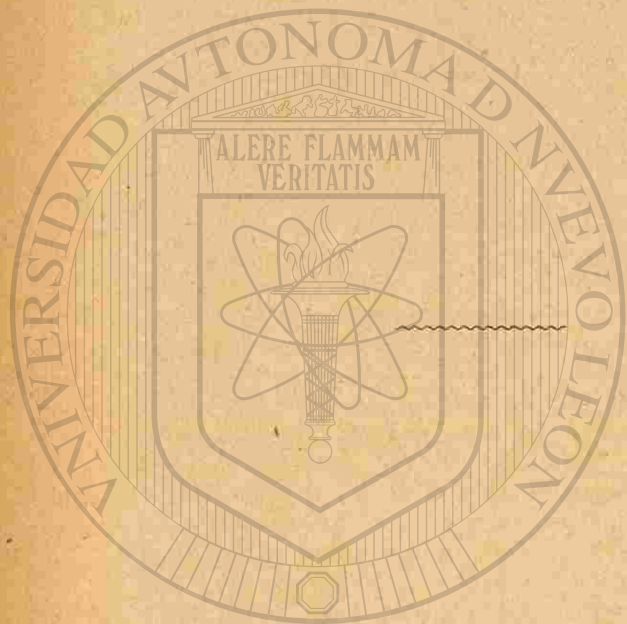
La fase glotológica greco-romana.

IV

Los estudios glotológicos en Grecia. Origen de estos estudios entre los griegos. Los tiempos primitivos. Las escuelas filosóficas. El período filológico-gramatical. Analogistas y anomalistas. Principales gramáticos. Introducción en Roma de la Filología y principios gramaticales griegos. Líneas generales de la Glotología romana como derivada de la griega. Sistematización de la filología griega. Estudios *técnicos, histórico-exegéticos y críticos*. Significación y alcance lingüístico y literario de dichas tres fases filológicas. Relaciones glotológicas de los griegos con otros pueblos. El Zend-Avesta, la Versión de los 70, Sanconiaton, Hannón, etc. La elaboración de la gramática crítica, y enlace mutuo entre la gramática crítica, la exegética y técnica. La Cuestión homérica como centro de crítica griega y posterior. Influencia doctrinal de Aristarco y Zenódoto. Duración del período Alejandrino y aspecto general de su importancia. Crates de Mallos, iniciador de los estudios glotológicos griegos entre los romanos. La formación lingüística romana y procedimiento inverso de su desarrollo comparada con la griega. Fases y secciones de la filología romana. Los monumentos literarios del período primitivo desde el punto de vista filológico. Las 12 tablas, los himnos salios y canto de los Arvales. El verso saturnio en la edad primitiva. Período arcaico, y causas del movimiento filológico en el mismo. La tendencia innovadora helenizante y la conservadora antihelénica. Invasión del método gramatical griego. Escuelas gramaticales, gramáticos de esta época é innovaciones en la lengua. El *sermo urbanus* y el *sermo plebeius*, é influencia glotológica de las especies de métrica entonces existentes. Epoca de Cicerón. Las escuelas griegas de este período. Movimiento filológico gramatical de esta época. Representación de Varrón. La edad imperial. Carácter glotológico y gramatical de ella. Escuelas retóricas y gramáticos de la misma. Influencia de Séneca. El siglo primero de la Era vulgar, su carácter filológico y tratadistas gramaticales. Idem del segundo. Idem del tercero. Idem del cuarto hasta la caída del Imperio. Escritores gramaticales de los siglos VI, VII y VIII, y comienzo de la Edad Media. Representación filológica de San Isidoro de Sevilla.

Mientras los estudios gramaticales tomaban entre los indios la dirección indicada, iniciábanse en Europa con muy distinto carácter. La gramática sánscrita salió de los Vedas y la gramática griega iba á salir de la Filosofía, á cuyas leyes hubo de ajustarse por mucho

vencionalmente. El *Sahitya-Darpana* acepta esta doctrina, y aun descende á presentar ejemplos de los varios modos como pueden transmitirse las denominaciones convencionales, que es la manera práctica de demostrar su tesis usada por los escritores griegos de la escuela glotológica correspondiente (1).



(1) La lingüística latina, derivación de la griega, no ofrece en sus caracteres generales novedad alguna respecto de ésta; por eso hemos prescindido de ella en las comparaciones que acabamos de hacer. Por lo que se refiere al origen y naturaleza de las denominaciones, los latinos reproducen, como veremos, las doctrinas griegas en general, y algunos como Lucrecio (*De rer. nat.*), identifican todo ello con el origen del lenguaje.

El problema aludido preséntase hoy y viene á plantearse con relación á la naturaleza de las raíces, cuyo estudio está á la vez íntimamente enlazado con la formación de las lenguas, y consiguientemente con el fundamento originario del idioma primero, llevando así á determinar la facultad del habla en el hombre,

La fase glotológica greco-romana.

IV

Los estudios glotológicos en Grecia. Origen de estos estudios entre los griegos. Los tiempos primitivos. Las escuelas filosóficas. El período filológico-gramatical. Analogistas y anomalistas. Principales gramáticos. Introducción en Roma de la Filología y principios gramaticales griegos. Líneas generales de la Glotología romana como derivada de la griega. Sistematización de la filología griega. Estudios *técnicos, histórico-exegéticos y críticos*. Significación y alcance lingüístico y literario de dichas tres fases filológicas. Relaciones glotológicas de los griegos con otros pueblos. El Zend-Avesta, la Versión de los 70, Sanconiaton, Hannón, etc. La elaboración de la gramática crítica, y enlace mutuo entre la gramática crítica, la exegética y técnica. La Cuestión homérica como centro de crítica griega y posterior. Influencia doctrinal de Aristarco y Zenódoto. Duración del período Alejandrino y aspecto general de su importancia. Crates de Mallos, iniciador de los estudios glotológicos griegos entre los romanos. La formación lingüística romana y procedimiento inverso de su desarrollo comparada con la griega. Fases y secciones de la filología romana. Los monumentos literarios del período primitivo desde el punto de vista filológico. Las 12 tablas, los himnos salios y canto de los Arvales. El verso saturnio en la edad primitiva. Período arcaico, y causas del movimiento filológico en el mismo. La tendencia innovadora helenizante y la conservadora antihelénica. Invasión del método gramatical griego. Escuelas gramaticales, gramáticos de esta época é innovaciones en la lengua. El *sermo urbanus* y el *sermo plebeius*, é influencia glotológica de las especies de métrica entonces existentes. Epoca de Cicerón. Las escuelas griegas de este período. Movimiento filológico gramatical de esta época. Representación de Varrón. La edad imperial. Carácter glotológico y gramatical de ella. Escuelas retóricas y gramáticos de la misma. Influencia de Séneca. El siglo primero de la Era vulgar, su carácter filológico y tratadistas gramaticales. Idem del segundo. Idem del tercero. Idem del cuarto hasta la caída del Imperio. Escritores gramaticales de los siglos VI, VII y VIII, y comienzo de la Edad Media. Representación filológica de San Isidoro de Sevilla.

Mientras los estudios gramaticales tomaban entre los indios la dirección indicada, iniciábanse en Europa con muy distinto carácter. La gramática sánscrita salió de los Vedas y la gramática griega iba á salir de la Filosofía, á cuyas leyes hubo de ajustarse por mucho

tiempo, sin conseguir emanciparse de su tutela y dejar el sello de su origen. Se estudió la gramática entre los griegos, no para fijar la categoría de palabras ni frases, sino para examinar su valor ideológico; se estudiaron las flexiones, no para conocer su origen, sino para poder apreciar á qué operación del entendimiento respondía cada caso. «Tomad, dice Breal en sus *Mélang. de Mythol. et de Linguistique*, uno á uno los términos técnicos de que aun nos valemos en las escuelas: tras el sustantivo descubris la substancia, tras el adjetivo veis el atributo. El sujeto y el régimen son nociones que pertenecen á la lógica al menos tanto como á la gramática. La idea de que el verbo *ser* es necesario á todas las frases, como lo es en todo los juicios, se enlaza estrechamente con la teoría del silogismo.» Por eso comienzan sus investigaciones glotológicas sin preparación analítica alguna y sin otros conceptos fijos que los puramente psicológicos; de esta suerte, queriendo crear la gramática, producen la filosofía general del lenguaje. Dicho se está que faltos de método de análisis, verdadero procedimiento en principios gramaticales, no podían hacer grandes progresos, y la evolución de sus estudios hubo de ser muy lenta é irregular.

Pasó aquel período primero de formación literaria, cuya infancia se deslizó bajo la tutela sacerdotal, como pasó para los indios la época de sus profetas, sin interés conocido para la Filología; pasaron los tiempos heroicos que proporcionaron en las grandes epopeyas homéricas el estímulo mayor para los trabajos de los gramáticos Alejandrinos; con los tiempos de Solon, con el engrandecimiento de Atenas y en medio de las agitaciones de este período, la literatura griega llega á su esplendor y la historia, la filosofía y la religión, expresadas hasta entonces y envueltas en conceptos poéticos, toman vida propia y modo de ser individual.

La escuela itálica y la escuela atomística, representantes en filosofía del espíritu dorio y jonio respectivamente, cuyo antagonismo se manifiesta en todas las ramas de la civilización helénica por caracteres muy definidos, ensayaron tratar puntos generales de lingüística, como después lo han hecho igualmente la de los sofistas y la socrática. A ellas se deben las observaciones tradicionales de Pitágoras, si hemos de creer á los filósofos neoplatónicos, sobre el origen de las denominaciones; las de Demócrito sobre la naturaleza y origen del lenguaje; las investigaciones lexicológicas y fonéticas de Protágoras, Hipias y Pródico, como también las ideas atribuidas á Sócrates en esta materia (1).

Platón en diversos lugares de sus obras, especialmente en el *Krátilo*, diálogo consagrado al estudio de

(1) Sobre historia gramatical griega no existe hasta ahora trabajo alguno completo y perfecto, si bien reúnen muchos datos: Lersch, *Die Sprachphilosophie d. Alten*; Steinthal, *Geschichte d. Sprachwiss. bei den Griech. u. Röm.*; Classen, *De Gramm. graec. primordiis*; Schmidt, *De Alexand. gramm. y De Stoic. grammatica*, así como su *Beitrag z. Gesch. d. Gramm. d. Griechisch. u. Lateinisch.*; Schoemann, *Die Lehre v. Redetheilen nach d. Alten*; Graefenhan, *Geschich. d. Klassisch. Philol. in Alterthum*, etc. Son dignos de mención por analogía, y siquiera sea por el olvido no del todo justificado en que han caído: la *Historia linguae Graecae* de F. Burton, impresa en Londres en 1657, en 8.º; la *Hist. graecae ling.* de L. Ingewald, impresa en Leipzig en 1691, en 4.º; la *Hist. critico-litt. graecae ling.* de L. Reinharó, Leipzig, 1728, en 8.º; la *Introd. in hist. ling. graecae* de Th. Chr. Haerlés, Altenburg, 1778, 3 t. en 8.º

Lo mismo puede decirse de la historia crítica de glotología latina, derivación de la alejandrina. Suetonio entre los antiguos, Suringar para la historia de los escoliastas latinos, Reisch para la historia de la lengua, y Eckstein para la historia de la enseñanza de ésta, son las fuentes generales comunmente consultadas, como son especiales para Varrón las obras de Boissier y Wilmamm *De M. T. Varronis lib. grammaticis*. V. asimismo la excelente colección de los *Grammatici latini* de Keil, que como todos los *Corpus Grammaticorum* griegos y latinos existentes, proporcionan la crítica en las mismas fuentes.

las denominaciones —*Περὶ ὀνομάτων ὁρθότητος*,— y Aristóteles, en varios de sus escritos, entre ellos en la *Poética*, plantean, además de los problemas generales sobre las relaciones de la palabra y de la idea ofrecidos con criterio no siempre preciso y bien definido, otros referentes á conceptos directamente gramaticales, como veremos adelante. La doctrina de Platón sobre el carácter íntimo de las palabras en cuanto expresión de los conceptos, tiende á establecer que en el lenguaje existe un elemento convencional (*συνθεκε και ομολογια*) con cierto fundamento en la naturaleza de las cosas denominadas que debió ser norma para la imposición del nombre peculiar de cada una. El mismo Platón se declara partidario del simbolismo alfabético, según el cual cada letra, como representación de su sonido, tiene una equivalencia peculiar expresión de un orden de ideas determinado. Preseindiendo de esto último y salvadas las diferencias generales de procedimiento, no puede decirse que la teoría de Aristóteles sea muy desemejante de la de su maestro; el estagirita sostiene, en efecto, que las palabras alcanzan valor significativo, no como instrumento natural del lenguaje, sino como convención (*κατα συνθεκε*), pero con fundamento de semejanza en los sonidos naturales ó en la *onomatopeya*. De una manera general cabe afirmar que las opiniones dichas de Platón y Aristóteles son como un intermedio entre la de Demócrito, que hacía á las palabras de valor puramente convencional, y la de Epicuro, según cuyos principios deben considerarse cual derivación necesaria de la naturaleza. Aquella expresión de Heráclito «las palabras son como la sombra de las cosas,» pudiera tener algún sentido en las teorías á que nos referimos, y es idea que efectivamente cabe traducir por esta otra de la Retórica de Aristóteles: *Τὰ γὰρ ὀνόματα μμηματά ἐστιν*, y por varias frases análogas de Platón.

Las doctrinas de estos dos grandes filósofos, importantes por la significación científica de sus autores, fueronlo también por el influjo histórico que han ejercido en otras escuelas posteriores. Las ideas y clasificaciones aristotélicas principalmente, facilitaron no poco el camino á los filósofos estoicos, quienes en su afán perseverante de hacer resaltar la importancia de su sistema dialéctico, centro de sus especulaciones científicas, y del cual eran partes muy significadas la Retórica y la Gramática, hicieron adelantar de tal suerte las investigaciones sobre esta última, que hubo luego de desprenderse de la filosofía para constituir cuerpo doctrinal independiente, originándose pronto el periodo llamado *gramatical*. Las distinciones de casos y modos, del artículo y de la partícula, de nombre substantivo y apelativo etc., fueron declaradas por los filósofos del estoicismo y completados otros conceptos glotológicos con las ideas dialéctico-gramaticales que asiduamente cultivaron.

El periodo filológico no había llegado, sin embargo. Como en la India al terminar el periodo védico, así en la Grecia dan comienzo los estudios filológico-lingüísticos al desaparecer el clasicismo. Muertas las formas dialectales, los inmensos tesoros de la literatura helénica resultaban ya para muchos inaccesibles, y sólo á contados eruditos era dado saborear sus bellezas en la lengua que los contenía (1). Para con-

(1) El griego antiguo no era hablado de un modo uniforme por los helenos; la lengua primitiva común de los griegos debe decirse que es una lengua puramente hipotética. No existe una clasificación científica de las múltiples formas dialectales, ni tampoco es necesaria por la escasa significación literaria de algunas de dichas formas. La clasificación admitida generalmente por gramáticos y tratadistas de literatura griega es la que ya hizo Estrabón (VIII, 1, 2), en jónico y ático, eólico y dórico, con algunas subdivisiones. El dialecto más arcaico es el eólico, hablado en Beocia, Norte de Tesalia, Lesbos, colonias eólicas del Asia Menor, etc. Alceo, Safo, Corina y Teó-

servar, pues, aquéllos en su integridad y hacer revivir ante el pueblo las figuras venerandas á las cuales debía la Hélade su nombre y sus días de gloria, era indispensable la reacción literaria que prepara el análisis léxico y morfológico de las formas históricas, y que hubo de iniciarse con un movimiento gramatical muy acentuado en las escuelas de Alejandría, consagradas principalmente á las obras de Homero, de donde salieron en tan crecido número lexicógrafos, escoliastas y críticos de renombre. Dignos representantes

crito (en tres idilios) han hecho del beociano y lesbiano lengua literaria. El eólico se aproxima bastante al latín en sus flexiones, y muy singularmente al sánscrito. El dórico hablado en gran parte del Peloponeso y en todas las colonias dóricas, tiene algo de la sonoridad beociana, sobre todo en las odas de Píndaro y en los idilios de Teócrito, principales representantes de este dialecto; pero es bastante más áspero y duro en los trágicos, en algunos líricos como Alcman, y en los primeros filósofos pitagóricos que le han usado. El jonio hablado en las colonias jónicas del Asia Menor, en las Cícladas, etc., forma contraste con el dorio puro; es el griego asiático ligeramente suavizado, pero de una fluidez y armonía singular. Los poemas métricos están escritos en el antiguo jonio, y las obras de Heródoto é Hipócrates pertenecen al nuevo. El ático hablado en Atenas y sus cercanías, es el tipo de una lengua perfecta y acabada; reúne la firmeza del dórico sin tener su dureza, la sonoridad del jónico sin su exagerada blandura; junta maravillosamente, decían los antiguos, y es la verdad, la dignidad y la elegancia, *σεμνότητα καὶ χάριν*. Es la lengua de Esquilo y Sófocles, de Tucídides y de Jenofonte, de Platón y Demóstenes, y demás escritores áticos, con pequeñas diferencias de subdialectos. La lengua común (*koine dialektos*), no es propiamente dialecto; es la lengua de los prosistas griegos sin distinción de origen, á partir de los tiempos de Alejandro. Aristóteles, Plutarco, Polibio, Estrabón, etc., son sus representantes.

De estas cinco formas helénicas hablan con extensión y con mayor ó menor exactitud los antiguos, entre otros, Juan el Gramático, quien en su *Arte* da la razón siguiente de ellas: *Διαλεκτός ἐστι γλώττης ἰδίωμα. εἰσι δὲ διαλεκτοὶ πέμπτει, ἀτθίς, δῶρίς αἰολίς, ἰὰς, κοινή. καὶ ἀτθίς μὲν ἐκλήθη ἀπὸ ἀτθίδος τῆς κρανοῦ θυγατρὸς. αἰολίς δὲ ἀπὸ αἰόλου τοῦ Ἑλλήνος. δῶρίς δὲ ἀπὸ δῶρον τοῦ Ἑλλήνος. ἰὰς δὲ ἀπὸ ἰωνος τοῦ ξύθου τοῦ Ἑλλήνος θυγατρὸς. κοινή δὲ ἐκ τοῦ τεσσάρων συννεστώσα. ἔχει δὲ ἐκάστη διαλεκτός οἰκεῖον ἰδίωμα.* (Puede

de este movimiento fueron los célebres bibliotecarios de los Ptolomeos, Calímaco, Eratóstenes, Zenódoto, Aristófanes y en especial Aristarco, cuyos trabajos pueden considerarse como la base de la crítica filológica, iniciada por Wolf en los tiempos modernos, y hoy de tan amplia aplicación. Si bien dentro del empirismo general antiguo de la investigación gramatical, prestaron grandes servicios en la clasificación y ordenación sistemática, no menos que en la apreciación de formas sintácticas.

verse también en el *Lexicon* griego de Gesner, el extenso trozo que traslada del mismo Juan el Gramático sobre los dialectos).

Tres grandes períodos pueden distinguirse en la vida histórica del griego. El primero que comienza con la poesía épica primitiva, se sostiene y brilla en las formas dialectales y dura hasta la aparición de la *lengua común*. El segundo que constituye la época del *κοινή διάλεκτος*, forma ática decaída de su elegancia clásica, que aparece en todo el imperio y dominación griega desde Alejandro y alcanza hasta los tiempos bizantinos. El tercero que se señala con la caída del imperio bizantino, y pasó á formar la etapa helénica, ya muy distinta, del griego moderno.

En la *forma común* mencionada, dicha vulgarmente *alejandrina*, debe distinguirse la fase de la literatura profana cuya representación hemos indicado, y cuyo carácter está en el desenvolvimiento libre de la lengua emancipada cada vez más del aticismo clásico, y la fase de la literatura religiosa que se manifiesta en primer término por el antiguo y nuevo Testamento, cuyos libros, escritos ó traducidos á dicha lengua, han llegado á nosotros.

La forma alejandrina se distingue en los escritores bíblicos: por diferencias *léxicas*, en cuanto se dan á las palabras significaciones que no habían tenido; por diferencias *morfológicas*, en cuanto se alteran algunas palabras y se componen otras nuevas; por diferencias *ortográficas* en el régimen gramatical; por diferencias *fonéticas* en la pronunciación y escritura de varias palabras; por introducción de *hebraísmos* ya en cuanto á vocablos ya á construcciones y modismos. Si se comparan el griego del antiguo y nuevo Testamento, la diferencia aparece principalmente en los *latinismos* (palabras y giros) debidos á la influencia romana, que aparecen en el nuevo Testamento, y no en el viejo. Una simple lectura de la Biblia en griego, basta para notar lo que acabamos de apuntar. (Cf. Winer, *Gramm. d. neutestam. sprachid.* y Tischendorf, *Nov. Test. graeae, Prolegom.*)

Por entonces comenzó á agitarse la cuestión de formación de las palabras entre *anomalistas* y *analogistas*, que hubo de revestir aspectos diversos en los tiempos subsiguientes, y esto contribuyó no poco á despertar la afición á los estudios gramaticales. Los primeros (dejando aparte las variantes que ofrece la controversia) sostenían, en general, con Crates de Mallos á la cabeza, que la analogía no entra en manera alguna en la formación de las palabras, las cuales no guardan relación con los conceptos que envuelven. Los *analogistas*, por el contrario, afirmaban (también en general) con Aristarco la existencia de leyes analógicas entre los conceptos y las palabras, de suerte que siempre categorías equivalentes (signo interior, que es clasificación de Aristarco), son expresadas por sonidos equivalentes (signo exterior). El gramático Herodiano inició más tarde, una opinión media concediendo parte á la analogía y parte á la formación anómala del uso en la constitución de las palabras, la cual dirección ha prevalecido entre los latinos, merced especialmente al criterio moderado y autoridad de Varrón, como diremos adelante.

Entre los gramáticos de las varias escuelas y épocas que aparecen después de Aristarco, merecen especial mención Amonio, Trifón, Dídimo el compilador y singularmente Dionisio de Tracia, autor de la primera gramática griega (*Τεχνη γραμματικη*) dispuesta metódicamente, y base de otras muchas. Solía citarse como mnemotécnico que comprende las *ocho partes oracionales* de la división de Dionisio, este verso de Homero (I l. 22, 59): *πρὸς δὲ με τον δόστηνον ἔτι φρονέοντι ἐλέησον.*

Apolonio Discolo, Dositeo y Herodiano, entre otros, enseñaron la ciencia alejandrina en las escuelas romanas, á donde fué llevada la glotología griega por el célebre jefe de la escuela de Pérgamo, Crates de Mallos.

Establecidas ya las corrientes de comunicación doctrinal entre Grecia y Roma, surgieron pronto escuelas y filólogos en el Lacio que se esforzaban en emular las glorias del saber helénico, siquiera á éste recurriesen habitualmente como á fuente obligada de sus estudios filológico-gramaticales. Entre los muchos gramáticos de las diversas épocas de la literatura latina que habremos de mencionar, sólo Varrón, y más tarde un insigne ingenio español, Quintiliano (1), han ensayado

(1) Quintiliano, *ex Hispania, Calagurritanus*, como escribe Eusebio, fué el primero que abrió en Roma escuela pública de Retórica pagada por el Erario romano, según lo manifiestan el mismo Eusebio en su *Crónica* y S. Jerónimo al traducirla. Una biografía anónima inserta al principio de varias ediciones de las *Instituciones oratorias*, en la cual se pretende que Quintiliano nació en Roma, indujo á algunos á negar su nacionalidad española, entre los cuales se ha señalado E. Dowel en su *Vita M. F. Quintiliani per annales disposita*. Nicolás Antonio y otros después de él han tratado de evidenciar la falsedad de tal aserción y la ineficacia de los fundamentos en que se intentó apoyar. Fundamentos todos negativos tomados ora de que Marcial no cuenta á Quintiliano entre los españoles en su Epigrama LXII, ora de que los ascendientes de Quintiliano no estaban en España, y otros menos serios todavía. Baste notar, aparte de la insuficiencia intrínseca de tales negativos recursos en frente á testimonios positivos, que Marcial no habla en el lugar aludido de Quintiliano, porque menciona poetas, y Quintiliano no lo fué. En cuanto á lo segundo, aun dado que Quintiliano Declamator, avecinado en Roma, fuese abuelo de nuestro Quintiliano, no se sigue que éste naciese allí; Lucano nació en Córdova á pesar de que su abuelo Marco Séneca estaba avecinado en Roma. Y no insistimos en este punto, porque tales conjeturas están justamente olvidadas, y son puramente gratuitas.

La obra que dió á Quintiliano universal renombre y la más importante en orden al estudio de la filología latina son sus 12 libros de *Instit. Orator.*, compuesta después de abandonar su cátedra de Retórica. Incompleta corrió dicha obra por bastante tiempo hasta que el célebre florentino Poggio la descubrió íntegra en Constanza, enviándola al *Aretino* (Leonardo Bruni), al mismo tiempo que daba noticia del hallazgo á Guarini por carta fechada en Constanza en 1417; carta que figura en varias ediciones de los escritos de Poggio, y reproduce Fabricio en la *Biblioteca lat.*, extractándola Mabilón en su *Iter Italicum*.

proclamar una legítima y bien entendida independencia de las enseñanzas griegas, sentando principios propios ó por lo menos vaciados en otros moldes que los anteriormente recibidos, siquiera el imperio decadente, llevando los gérmenes de su decadencia á todos los órdenes de la vida y de las letras, haya impedido ejerciesen toda la benéfica influencia que era dado esperar. Puede decirse que exceptuadas algunas figuras del relieve de las indicadas, en adelante la Glotología

La edición de las *Instituciones* que se cree más antigua es la hecha en Roma, sin año de impresión, por Ulrico Gallo, corregida por Campam, con un prefacio del mismo en el que se comparan Cicerón y Quintiliano. Siguiéron á ésta, aun en el siglo XV, otras ediciones ilustradas por los mejores comentaristas, entre los cuales figuran Lorenzo Valla, Rafael Real, Pomponio Sulpicio, etc. No pocas ediciones han reproducido los elogios tributados á Quintiliano por escritores como Marcial, Lactancio, Ausonio, S. Isidoro, Casiodoro, y después por Justo Lipsio, Vosio, Luis Vives, Angel Policiano etc., que bastan para atestiguar el aprecio grande en que el insigne español fué tenido siempre. (Puede verse en la *Biblioteca lat.* de Fabricio, l. 2.º, el gran catálogo de ediciones de Quintiliano, y en la misma, así como en la *Bibliot. ant.* de Nicolás Antonio, l. 1.º, el juicio de muchos escritores sobre las *Instituciones*). Es de advertir que las *Instit.* dichas han sido objeto de diversas correcciones y por críticos varios, entre ellos por Jano Gebhardo (*De crep. sive juvenil. curis l. tres-1615*), y J. Hermann Schmiuk (*Sintagma crit.* 1717), sin que las variantes sean, sin embargo, de mayor momento.

Sobre la labor de Quintiliano se han trabajado otras obras de preceptiva literaria; entre ellas debemos recordar la *Retórica* escrita en rabinico (conocida por el *Liquor Favorum*, trad. latina de su título rabinico) del judío León de Mantua, la cual, si bien en parte formada sobre Cicerón, está basada en Quintiliano.

A las *Instituciones* acompañan en algunas ediciones las *Declarationes majores*, obra que tiene analogías con la precedente, si bien en varios puntos aparece en oposición con ella. Fundándose en esto último y en buen número de manuscritos que llevan el nombre de Floro, han negado fuese obra de Quintiliano, entre otros, Filelfo en su carta crítica á Tuscanella, Luis Vives *De corrup. discipl.* etc., Andrés Scoto *De Séneca rethore Dissert.*, y Erasmo. Apoyados en lo primero y en los manuscritos que llevan el nombre de Quintiliano, declaráronse por la afirmativa Lorenzo Valla, Ennodio, R. Agrícola, etc.

romana no es más que un pálido reflejo de los estudios helénicos según el procedimiento primitivo, que romanos y bizantinos procuran ordenar cada cual á su manera. Donato y Servio —s. IV,— M. Capela —s. IV,— Prisciano —s. VI— cuyos *Institutionum grammaticarum libri XVIII*, fueron norma de enseñanza durante la Edad Media, el extracto *De significatione verborum* de Verrio Flaco, hecho por Festo, y conservado por Paulo Diácono —s. IX,— así como la obra *Compendiosa doctrina* de Nonio Marcelo, y la inmensa labor de nuestro San Isidoro de Sevilla, cuya influencia trasciende á toda la época medioeval, constituyen representación significada de la Glotología romana en su fase de absoluta reversión á los procedimientos griegos. No de otra suerte en Bizancio, Focio, Céfalas, Suidas y los compiladores y escoliastas de la época, reúnen los restos del saber alejandrino, que á su vez reciben devueltos de los continuadores de las escuelas romanas, herederas en otro tiempo del saber helénico, y próximas entonces á fenecer.

Así llegó casi á extinguirse el estudio sistemático de los problemas lingüísticos, tan vivamente discutidos en Grecia y Roma, y aquella luz relativamente espléndida y brillante que parecía destinada á alumbrar las tortuosas sendas por donde comienza su camino la glotología europea al entrar la fase medioeval, perdiase paulatinamente entre las ruinas del Imperio de Occidente para no volver á hacer su aparición, por lo menos á la manera de su sér primero.

No era poco, en verdad, lo que con aquellos estudios se había alcanzado al despertar la afición al clasicismo y sus obras, encauzando en tal dirección la crítica y espíritu literario, y suscitando con el empeño con que griegos y romanos procedieron, problemas múltiples de filosofía del lenguaje que aun hoy se agitan sin solución cierta. De aquel movimiento brotaron

la crítica de Zenódoto, Aristarco, etc., sobre los textos homéricos, y todos los escoliastas de Homero, de Hesiodo, de los trágicos, de Píndaro, de Aristófanes, de Tucídides, de Demóstenes, de Teócrito, de Platón, de Aristóteles....., que han proporcionado ópimos frutos á las generaciones subsiguientes. En Roma Stilón y Varrón, inaugurada la crítica de Plauto, han contribuido eficazmente, entre otros, á preparar el camino á la grande serie de expositores de Cicerón, de Horacio, de Lucrecio, de Virgilio etc., que publicaron sus trabajos en los primeros tiempos de nuestra era, y que abrieron las sendas filológicas y glotológicas á críticos y gramáticos hasta el advenimiento del semitismo filológico-lingüístico, el cual por obra de árabes y judíos se instaura en Europa, con general predominio sobre los restos de la filología greco-romana en la Edad Media (1).

(1) Prescindiendo de los muchos é importantes trabajos especiales sobre las diversas partes de la literatura griega y romana que no es dado enumerar aquí, aunque puedan ser muy útiles para ilustrar puntos varios de la Filología comparada, hemos de mencionar á este mismo fin, además de la ya citada *Historia de la lengua griega* de Haerles, de la *Bibliot. de literat. griega* de Schulz, de las *Lecciones* de F. A. Wolf, la obra capital y erudita aunque incompleta, de Bernhardt, *Grundriss der griechisch Litteratur*, la de Otrf. Müller, *Geschichte der griechisch. Litterat.* etc. con anot. de E. Heitz, las de Bergk, Nicolai, K. Littl, W. Christ (forma parte del *Handbuch d. Klassisch. Alterthums-Wissenschaft* de Iwan Müller), la de F. Susemihl para los tiempos alejandrinos, —*Gesch. d. griech. Litterat. in d. Alexandrinerzeit*,— etc. Citemos también la hermosa *Biblioteca* de Anthim. Gazis —*Βιβλιοθήκη ἑλληνικῆς βλ. δὲ*— los *Principios de la hist. literaria griega* de Groddeck, y la *Guía de la Hist. liter. gr.*, de Horrmann. Por lo que hace á la literatura romana, las obras de Wolf, Bernhardt y Horrmann mencionados, que llevan igual título que las respectivas de los mismos autores sobre literatura griega y con método análogo; la excelente *Gesch. d. röm. Litterat.* de Teufel, la obra de igual título de Bhär con suplementos que alcanzan hasta la Edad Media, y, omitiendo otras, la interesante *Hist. de la literat. crist.* hasta Carlo Magno, de Ebert.

Aunque el carácter general de las investigaciones lingüísticas de los griegos sea filosófico y abstracto, no por eso ha de juzgarse que no hayan alcanzado á sistematizar sus principios en un orden práctico; á la manera que el carácter empírico y analítico de la gramática sánscrita no ha impedido á los indios elevarse á la filosofía del lenguaje y al examen de los problemas generales que éste presenta.

Mas por cuanto los procedimientos de aplicación han sido diversos entre los griegos, según los autores y el tiempo en que escribieron y el criterio de la época filosófica ó de la gramatical que domina en sus escritos, no hemos de seguirlos aquí en las alternativas que presentan, reservando para otro capítulo la exposición más determinada y concreta de la evolución del sistema gramatical, donde podrá apreciarse en particular el carácter de la glotología helénica. En líneas generales y acomodando á nuestro objeto la división harto vulgar que nos recuerda Quintiliano, pueden distribuirse los estudios lingüístico-gramaticales en *técnicos*, *históricos* y *críticos*. La gramática *técnica* se refiere al plan, orden y reglas para hablar y escribir la lengua, y por eso denominábase también gramática *metódica*; la *histórica* ocupábase de la parte expositiva en el lenguaje escrito, y de comentar los autores de épocas anteriores, que por ello se conocía igualmente por el nombre de gramática *exegética*; la gramática *crítica* proponíase la corrección de los escritos y el examen de su genuinidad y autenticidad.

En el desenvolvimiento de la parte *técnica* gramatical griega se ha trabajado desde los comienzos de estos estudios por los escritores que hemos mencionado ya. De él se han ocupado Demócrito al discutir la naturaleza de los nombres y de los verbos, y el carácter de los dialectos, como escribe Diógenes Laercio; Platón que en varios diálogos trata del análisis fonético y morfológico; Aristóteles que examina las partes del discurso, y así en orden á la sintaxis como á la retórica, estudia el lenguaje por aquella singular manera que le hace acreedor á que Dión Crisóstomo coloque en él el principio de la gramática; Teodoces, Teofrasio, y sobre todo la escuela estoica que tanto trabajó en el análisis de los elementos de la palabra, elevando sucesivamente á ocho las partes del discurso, como ya notaban Dionisio de Halicarnaso, Quintiliano y Prisciano; Dionisio de Tracia, denominado el *técnico* por Eustates (del nombre de su *Tekne grammatike*) que figura á la cabeza de todos los que trataron de gramática *técnica*, por su método y por su análisis, definiciones, divisiones etc. de nombres, verbos y demás partes

del discurso, y que ha sido objeto de estudio por los principales comentaristas de la antigüedad (1). En general, después de Aristarco y Crates, quien por su saber filológico, por la eficacia de su acción en el estudio del griego en las escuelas romanas, y por el número de sus discípulos, puede decirse príncipe de los *técnicos*, todos los que formados en su escuela, ciertamente muy numerosos, se propusieron dar á conocer entre griegos ó romanos la estructura de la lengua helénica, han sido cultivadores de la parte gramatical *técnica* de que venimos hablando. Por este camino han llegado los griegos á la rigurosa analítica que revelan algunas de las obras que se han conservado y otras de que se tiene noticia. Cinco libros escribió Apolonio Discolo sobre los acentos, con otros más sobre cuestiones prosódicas y ortográficas, en lo cual tuvo por imitadores, entre otros que enumera Fabricio en su *Bibliotheca graeca*, á Arcadio el Antioqueno, á Nicánor que compuso seis libros sobre signos gráficos y sobre los de Homero, á Trifón que escribió acerca del uso y valor de varias letras, y más tarde al mismo Porfirio que se ocupó también de los *espíritus* y su uso en griego.

Mayor significación que la gramática *técnica* ha alcanzado la *exegetica* y la *critica*, no sólo por la importancia y alcance de su objeto, sino porque de una manera refleja la perfección

(1) Entre los muchos imitadores de Dionisio de Tracia se han significado Teodosio Alejandrino, J. Chorebosco, Eustacio y más tarde Crisoloras, Lascaris y Teodoro Gaza que escribían en el siglo XVI. En dicha época son trabajos gramaticales griegos dignos de mención: la *Gram. griega* del citado Constantino Lascaris (1476), escrita en griego; los *Introductivae gramaticae* l. IV, de T. Gaza (1529); las *Gramm. graecae Institutiones* de Aldo Manucio (1555); las *Institutiones* de Clenard (1630); los *Commentarii ling. graecae* de G. Budeo y la obra del mismo título de Camerario, además de la *Institutio gram. gr.* de Candem.

Posteriormente, y concretándonos á trabajos que ó por sus innovaciones sistemáticas, ó por su influencia doctrinal, ó por una y otra cosa se han señalado, son de mencionar: el *Etymologicum ling. graec.* de Lennep; *De emendanda ratione grammat. graecae* de Hermann; *Ellipses graecae* de Lamb. Bos (*cum priorum adit. suisque observat.* ed. Sturz); los *Paratipomena gramm. gr.* y *Pathologiae sermonis graec. prolegom.* de Lobeck; la conocida y extractada *Ausführliche griech. Grammatik* de Matthiae; la de Kühner, *Ausführ. Gramm der griech. sprache*; la *Wissensch. Syntax d. griech. sprache* de Bernhardt. Entre los tratados elementales, Curtius, Krüger, Koch, Chasang, etc.

de estas dos ramas filológicas redundaba en bien y progreso de la parte *técnica*, como fácilmente se alcanza y se ve en las obras de esta índole. Comienza este período con las escuelas de Alejandria, que por ellas ha merecido se considerase centro de todo el saber gramatical helénico, como dice Vossio en su *Arte Gram.*, y pudiera decirse la Atenas de la filología y de la gramática.

Y no es que la crítica y la exégesis griega hubiesen entonces de ejercitarse en el campo de ajenas literaturas, porque éstas apenas eran conocidas, ni objeto de estudio en Grecia, como veremos en otro lugar. Las obras escritas en griego por extranjeros, ó traducidas de otras lenguas á dicho idioma, apenas si merecen recordarse á nuestro propósito. Por testimonio de Plinio (XXX, 2) sabemos que el *Zend-Avesta* fué traducido del persa al griego por Hermippo, de la escuela aristotélica, y explanado y completado con índices por el sabio alejandrino. Sabemos también que la versión griega de la Escritura hebrea, dicha comunmente *versión de los 70* (cualquiera que sea el fundamento de la tradición que acerca de ella refieren Filón y Josefo Flavio), ha sido hecha en los tiempos de Ptolomeo Filadelfo; que Filón Biblioputa puso en griego, traducida del fenicio, la Historia de Sanconiaton; que al griego se tradujeron el libro geográfico de Hannon y el tratado de agricultura de Magón, en veintiocho libros escritos en lengua púnica, si bien la época de su traducción no parece comparable á la de las anteriores (1). Por lo que hace á escritores extranjeros antiguos que escribiesen en griego, sólo tenemos noticia de Beroso, de Manéton y de Menandro de Tiro, cuyos respectivos idiomas eran el caldeo-babilónico, el egipcio y el fenicio. Estos tres historiadores al escribir los anales de sus respectivos países en la lengua de los griegos, proponíanse hacerlos conocer de sus conquistadores y conservar ante éstos los prestigios antiguos de los pueblos conquistados.

Mas si bien no existe en Grecia comercio intelectual con otros pueblos, ella misma suministra á la crítica y á la exégesis material abundantísimo de labor y estudio. No hace á nuestro

(1) Humboldt en el *Cosmos*, t. II, atribuye á Magón la antigüedad de 500 años a. de J. C. Varrón nos habla de una traducción arreglada por C. Dionisio de Utica del tratado de aquél, en veinte libros; y de ser ésta la primera traducción griega de la obra de Magón, resultaría hecha medio siglo antes de J. C., época en que vivía Dionisio de Utica.

intento mencionar aquí los innumerables escritores que en concepto de exégetas ó críticos se han ocupado de los clásicos de la Hélade, ni tampoco viene á nuestro propósito. Más de doscientos menciona Fabricio en su *Biblioteca griega* que se han ocupado de las obras de Homero, y solamente acerca de los comentaristas de éste escribió un escoliasta de Diógenes Laercio un volumen *Περὶ ἐξηγητῶν Ομήρου*, á la manera que lo hizo Antistenes sobre los comentaristas en general, los que en orden á los principales oradores, poetas é historiadores griegos son casi incontables. La exégesis llegó pronto de esta suerte á extremos exagerados, y los escolios añadidos á gran número de autores no respondían á los altos fines que con este linaje de trabajos se habían propuesto sus iniciadores, sino que habíanse convertido en narraciones inconducentes, cuando no inexactas, y en frívolas explicaciones de que aun quedan ejemplos. Sabido es lo extremado de la investigación de muchos escoliastas en cuestión de nombres y palabras, uso de estrofas y antiestrofas, y de razones arbitrarias y vanas que en todas partes descubrían, y que tan justas quejas ha ocasionado de parte de los hombres sensatos y discretos. Eustacio en sus comentarios á la *Iliada*, en el canto segundo, nos habla del afanoso empeño que muchos escoliastas ponían en escudriñar las razones que habrían podido determinar á Homero á comenzar el catálogo de guerreros y naves por la Beocia y no por otra provincia, así como de la misteriosa cábala que se imaginaban en el número de los convidados de Agamenón.

Tales abusos en la *exégesis* reclamaban pronto correctivo, que á la vez sirviese para moderar y encauzar la acción de los comentaristas; por otra parte, imponíase la necesidad de clasificar convenientemente las obras literarias según el mérito de cada una y adjudicarlas á sus respectivos autores, separando los libros auténticos de los espúreos, y distinguiendo dentro de ellos los elementos legítimos de los extraños. Esta fué labor meritoria y empresa grande de la *crítica*, que hubo desde luego de ejercitarse con preferencia sobre las obras homéricas, ya porque ellas constituyeron entre los griegos objeto de culto singularísimo, ya porque esta misma preferencia y el mérito de las obras eran de suyo harto ocasionados á abusos de todo género que vemos aparecer desde el momento en que los rapsodas se encargan de llevarlas de pueblo en pueblo y son á la vez pregoneros, intérpretes y cantores de aquellas epopeyas en todas las regiones de la Grecia.

No habían bastado á impedir la acción desfavorable del

tiempo y el influjo de las circunstancias, los esfuerzos que se llevaron á cabo por muchos para conservar la integridad de las obras clásicas, las cuales sufrían notables quebrantos. Estas alteraciones unas veces eran debidas á la *homología* de nombres de los autores ó de los títulos de sus obras, otras á la *analogía* del argumento de éstas, y no pocas veces obedecían al deseo de poseer los escritos originales, siquiera fuesen supuestos, de autores de renombre, como refiere Ammonio de los libros de Aristóteles, llegando en este punto el espíritu comercial á desfigurar artificialmente los manuscritos de suerte que escritos nuevos y apócrifos simulaban antiguos y auténticos, según nota Diógenes Crisóstomo. Tales abusos llegaron á extremarse en tiempos de las escuelas de Alejandría y Pérgamo, las cuales rivalizaban en pretender la gloria de superioridad en sus bibliotecas.

El carácter de estos desmanes y la causa que los ocasionaba, hizo se procurase atajarlos eligiendo para las bibliotecas públicas hombres de erudición y criterio que supiesen distinguir los libros legítimos de los que no lo eran, y juzgar del mérito de las obras. Al efecto fueron designados gramáticos, los cuales en adelante encontramos como prefectos de las bibliotecas griegas y romanas. No tardaron en aparecer trabajos de crítica que al mismo tiempo eran gramaticales, y que abarcaban todos los géneros de producciones literarias. Entre éstos están el libro de Demetrio Magnésio sobre los escritores homólogos, que menciona Laercio; el de Dionisio Sinapense de que hablan algunos escoliastas de Demóstenes; los 720 libros de la tabla de Calímaco, que se dice refería cronológicamente los autores entonces conocidos, sus obras todas y títulos respectivos, las partes de cada una y las palabras con que comenzaban. Con igual intento se han hecho otros trabajos que se referían á autores determinados, como los diversos de que ha sido objeto Homero, el de Andrónico Rodio sobre las obras de Aristóteles que menciona Plutarco y al que alude Laercio, los trabajos diversos de crítica bibliográfica de Pánfilo Alejandrino, Télefo Gramático y otros que refiere Suidas. A este género han de reducirse los estudios que los griegos, á manera de los masoretas hebreos, efectuaron acerca de los signos, estableciendo un sistema completo de ellos para distinguir los pasajes verdaderos, los supuestos y los dudosos, los períodos alterados por los copistas, los repetidos, enmendados, etc. (1). Las obras de Platón, Aris-

(1) Sobre estos signos que, como *distintivos* y aunque en diverso sentido de los de la *masora*, pudieran llamarse *diacríticos*, se ha

tóteles, de Demóstenes, de Hesiodo, de Pindaro, y singularmente de Homero, han sido objeto de muchos estudios especiales de este género. Debido á la exquisita atención de que fueron objeto los libros de este último, pudo decirse que era más fácil cosa despojar á Hércules de su clava que quitar un solo verso á Homero (1).

ocupado la antigüedad con diligencia no pequeña, cual lo requería la conservación de las obras y su integridad. Descuidados luego por muchos copistas hubieron de recordarse más tarde cuando igualmente ya en el siglo VI de nuestra era se reprodujeron las reglas que sobre la separación de las palabras había dado Aristófanes de Bizancio. Acerca de los signos homéricos han escrito con singular cuidado Aristónico Alejandrino y Filoxeno, quien además expuso los de la *Teogonía* de Hesiodo.

(1) El centro primero de todo el sistema crítico griego, generador del de los romanos y otros posteriores, fué, como se colige de lo que diremos en el texto, la *Cuestión Homérica*, cuya solución se disputaba en Grecia con viveza singular, con carácter análogo al que á dicho problema suele dársele en nuestros días. De antiguo discutíase si Homero fué ó no el infortunado hijo de Meón, el ciego de Esmirna, que ganaba el sustento cantando de ciudad en ciudad los versos de sus inmortales poemas; disputábase también la época de su existencia (desde el 1000 a. J. al 600 oscilan en esto las opiniones), y más aun cuál fuese su patria, honor pretendido por siete ciudades. Al llegar la crítica Alejandrina de los textos homéricos, las controversias acentuáronse más, y sobre todo ciñéronse al contenido de los poemas, iniciándose la discusión de la legitimidad de algunos versos y de la integridad y sentido de otros, y lo que es más, negóse por los gramáticos de la escuela que se dijo *separatista* (*οἱ χωριζοῦντες*) que fuese uno mismo el autor de la *Iliada* y de la *Odisea*.

La tradición antigua consiguió, sin embargo, imponerse posteriormente, respetándose como de Homero, á más de aquellos poemas, otros que no lo son ciertamente como el *Μαγνήτης* y la conocida parodia de la *Iliada Βατραχομωμᾶξια* que acompaña á algunas ediciones de ésta.

Sobre la antigua fe de la elaboración unipersonal de la *Iliada* y *Odisea*, descansó la filología largo tiempo, como sobre la labor de los gramáticos de Alejandría reposa la verdad de la contextura de aquellos monumentos épicos, tales como llegaron á nosotros. Y aunque alguna voz se ha dejado oír opuesta á los ecos de la tradición, como la de Bentley, la de Vico etc., sólo la autorizada palabra de Wolf hizo plantear seriamente el problema de los orígenes de dichas epopeyas, viniendo así nuevamente Homero á ser objeto preferente de crítica, al inaugurarse con Wolf la Filología general, dicha científica. El autor de los *Prolegomena ad Homerum* al negar el uso de

Las corrientes combinadas de gramática *exegetica* y de gramática *critica* de las escuelas alejandrinas, mientras por una parte ejercían marcado influjo en el desarrollo de la gramática *técnica*, reclamaban á la vez su auxilio para los trabajos de conjunto que debieron realizarse en los clásicos. Basta recordar que no se trataba de simples ediciones —*ekdoseis*— de libros,

la escritura en Grecia en los tiempos del poeta, reforzando con nuevos datos los aducidos antes de él en el mismo sentido negativo, derriba de un golpe el edificio de las glorias homéricas, quebrantando decididamente la unidad originaria de ambas epopeyas, ya que la composición de poemas tan extensos hecha de memoria y la conservación de los mismos sin consignarlos por escrito, serían cosas imposibles. Sustituido así Homero por los poetas y *rapsodas* cuyas pequeñas canciones de corte heroico fueron más tarde eslabonadas bajo un plan (en tiempo de Pisistrato) de donde proceden la *Iliada* y la *Odisea*, los partidarios de Wolf fueron más allá que el maestro, tratando de distinguir las suturas de las diversas canciones componentes y de separarlas restituyéndolas si posible fuese á su primer estado independiente, mientras los defensores de la antigua escuela reclamaban contra Wolf y aprovechaban las disensiones mismas de sus discípulos en la osada empresa de desmembración homérica, para impugnar fuertemente tal empeño. Las famosas *Betrachtungen zur Ilias* de Lachmann, descomponiendo la *Iliada* en dieciocho canciones combinadas, más ó menos auténticas, hizo prosélitos decididos que practicaron la misma labor de disección con la *Odisea*, á la vez que volvían de nuevo sobre la *Iliada*, apartándose de Lachmann y fraccionándose también entre sí al hacer las divisiones y el recuento de piezas halladas.

No hace á nuestro intento ni sería fácil encerrar en pequeño espacio el inmenso movimiento crítico por esta cuestión ocasionado. Una reacción harto pronunciada se forma ya contra las exageraciones de Lachmann y sus seguidores, y la defensa hecha por la escuela conservadora, á cuya cabeza figuró con honor Nitzsch, acérrimo impugnador de Wolf y Lachmann, viene á justificarse en sus líneas generales. Y aunque á la tradición antigua sobre Homero no se volverá más, tampoco prevalecerá el criterio innovador en todas sus partes. Que ha existido una civilización prehelénica, intermedio de la oriental y de la griega, que se extendía por las costas del Asia Menor, las de la Grecia oriental é islas del Egeo, base más que suficiente para que no sorprenda la labor homérica y aun para suministrarle el fondo histórico de ella, es innegable, y las investigaciones arqueológicas que sobre ello inició Schliemann con éxito, conducen á eso mismo. Que la escritura se conocía en Grecia en tiempo de Homero (por los siglos VIII y IX), aunque no estuviese en uso la lectura de los poemas, sino su recitación, y que aquélla era emplea-

sino de labor más honda, fruto de la crítica histórica y de la gramatical y literaria —*diorthoseis*,— según lo exigían la multitud extraordinaria de manuscritos que de todas las partes de Grecia aflúan á Pérgamo y Alejandria, los cuales por sus muchas variantes de todo género era menester examinar así crítica como gramaticalmente. Examen que con tanta mayor emulación hubo de efectuarse, cuanto de él dependía en buena parte el triunfo en la empeñada lucha que iniciaron Aristarco y Zenódoto acerca de la interpretación de Homero, de donde provinieron dos escuelas diversas entre cuya crítica era necesario decidir (1).

da por los autores para la conservación de las composiciones; que existió en dicha época un poeta notable que llamaremos Homero, el cual redactó un poema épico bajo el plan general que hoy presenta la *Iliada*, y que otro poeta posterior de no menores talentos compuso á ejemplo suyo la *Odisea*; que *Iliada* y *Odisea* en boca de los rapsodas sufrieron alteraciones, y que otros poetas han introducido episodios y escenas según lo juzgaron conveniente para el mejor éxito de los poemas; que estas alteraciones datan de muy antiguo, y existían con anterioridad á los *poemas cíclicos* griegos, á los cuales sirvieron aquéllos de modelo, y que no es posible distinguir con exactud lo genuino de lo que no lo es, tales son las conclusiones que parecen hoy más fundadas, sostenidas por filólogos de prestigio.

(1) Ambos críticos han sido objeto de trabajos especiales; entre otros, son de mencionar el célebre libro de Lehrs *De Aristarchi studiis homericiis*, y el de Düntzer *De Zenodoti studiis homericiis*. Por su parte Pierrón en su Prefacio á la *Iliada* condena á Zenódoto de manera inexorable, mientras Nanck llega á decir de Aristarco que ni aun conocía suficientemente el griego para la crítica: —*graecae ling. minus gnarus*.— Si Zenódoto ha podido ser exagerado en algunas de sus aserciones, la fidelidad de Aristarco es, como dice Bruchman en su *Crítica del texto homer.* harto dudosa, y el dicho de Cicerón: *Aristarcus Homeri versum negat, quem non probat*, puede tener para su sistema significación poco favorable. (V. *Die hom. Textkritik in Altertum* de La Roche).

No sería difícil encontrar en las antiguas escuelas los principios de la crítica, tal como vinieron á presentarla las escuelas de Escaligero y Bentley. Y en efecto, la crítica *sujetiva* de Bentley no es otra cosa que el procedimiento de Zenódoto metodizado, como Hermann, dentro de la escuela de Escaligero, tiende al procedimiento de Aristarco. La escuela *apriorística* de Peerlkamp, Lhers, etc., tiene su precedente en el viejo método dicho de *Procusto*, y no faltan tampoco ejemplos de la moderna escuela *conservadora* entre los antiguos. Entre los modernos la crítica de textos se ajusta al método de Bekker, Dindorf etc.

La influencia de Zenódoto se hizo luego sentir en la gramática por la forma analítica de sus investigaciones, y el criterio seguro con que regularmente procedía en ellas. Fué el primero en distinguir el artículo griego del pronombre personal, restableciendo con ello el artículo delante de los nombres propios de la *Iliada* y de la *Odisea* en sus correcciones de Homero y distinguiendo además el carácter del dual y plural en las obras de éste, si bien exagerando el uso del dual.

En cuanto á Aristarco, sabido es el universal renombre que se ha conquistado en la antigüedad de crítico y de gramático, y cómo ha impuesto á Grecia y Roma sus preceptos literarios. Más de cuarenta célebres gramáticos salieron de su escuela, y por centenares, al decir de los autores antiguos, corrían entre los sabios sus escritos. Aristarco y el ya mencionado Crates de Mallos, á quien tanto deben los estudios lingüísticos griegos, se denominaron *críticos*, según escribe Dió Crisóstomo, así como Eratóstenes prefirió el nombre de *filólogo*, con otros que refiere Suetonio, á la manera que no han faltado entre griegos y romanos cultivadores de la gramática y de la crítica que quisieron distinguirse con el calificativo de *polystores*.

El período alejandrino extiéndose desde Zenódoto en tiempo de Ptolomeo Filadelfo (284-247 a. J. C.), hasta Apolonio Discolo y su hijo Herodiano en tiempo de Marco Aurelio (161-180 de J. C.) Durante él, y debido á las mismas rivalidades de la escuela de Pérgamo y á las diversas corrientes de interpretación que llegaron á establecerse, se ha estudiado de una manera crítica y filosófica la lengua griega, se creó el tecnicismo gramatical, se distinguieron las partes del discurso y las categorías generales de la palabra, se establecieron las bases de la crítica, no sólo para apreciar la autenticidad, sino también para juzgar de las condiciones de estilo en muchos escritos, y para hacer la conveniente distinción entre las formas arcaicas y las formas clásicas así en la palabra como en la dicción, llegando de esta suerte Alejandria al emporio de su grandeza en el cultivo de las letras. Según testimonio del retórico Menandro, gloriábanse tanto los alejandrinos de su pericia en la gramática, como los tebanos en el arte de pulsar la lira y los de Mitelene en el canto al son de la cítara. Después del período alejandrino la gramática griega entra por los caminos de la cultura romana, venida de Grecia, y decae con ella en la forma que indicamos arriba.

La lexicografía griega nació también, como la filología general, después del período del clasicismo, para fijar la signifi-

cación del lenguaje de Homero y conservar las riquezas del dialecto ático en su pureza. De esta rama de la filología helénica hablaremos al ocuparnos del sistema gramatical griego.

Hemos hecho mención refiriéndonos á los gramáticos griegos, de Dionisio de Tracia, por la representación que en los estudios de aquella lengua le corresponde, y volvemos á recordar su nombre al pasar á los gramáticos romanos, por la significación histórica que tiene como promotor y divulgador del helenismo en las escuelas de Roma: «*Διονύσιος Ἀλεξανδρεύς, Θραξ δὲ ἀπὸ πατρὸς τοῦνομα κληθεῖς, Ἀρισταρχοῦ μαθητῆς, γραμματικὸς ὃς ἐσοφίτευσεν ἐν Ῥώμῃ ἐπὶ Πομπηίου τοῦ μεγάλου.*»

Un griego, pues, de origen tracio, discípulo de Aristarco, se establece en Roma en tiempo de Pompeyo, para ofrecer á los latinos un manual práctico de la lengua que se propone enseñar de una manera práctica también, no sin aportar á la ciudad de los Césares las teorías y principios de los maestros de la Grecia que se convierten así nuevamente en maestros de Roma y de las teorías lingüísticas que vemos prevalecer entre los romanos. Con todo, Dionisio de Tracia así como no es el fundador de la disciplina gramatical, cuyos materiales ordenadamente dispuestos por él han sido preparados por los gramáticos que le precedieron, tampoco puede decirse el primer maestro de griego en Roma. Crates de Mallos, de la escuela de Pérgamo, discípulo de Diógenes el Babilonio que inició el movimiento y la dirección de su escuela contra la de Aristarco, enseñaba ya públicamente en Roma á mediados del siglo II antes de J. C., entre la segunda y la tercera guerra púnica, y fué el primero según Suetonio, en llevar el estudio sistemático griego á Roma: *Primus igitur, quantum opinamur, studium grammaticae in Urbem intulit Crates Mallotes Aristarchi aequalis*, etc. (De viris illustr. 2). Pero el carácter de la glotología latina exige la estudiemos, á la inversa de la griega, no como fundada en su respectiva literatura y por lo mismo posterior á ella, sino como concomitante y de desarrollo colateral á la lengua y á sus manifestaciones literarias. Es esta nota peculiar, por la cual la historia filológica latina se distingue de la griega, aparte de otras diferencias de que más adelante hablaremos, y por eso conviene tomar su conjunto desde los orígenes literarios, con anterioridad á la sistematizada influencia helénica.

Si hubiéramos de seguir, en efecto, la evolución de los estudios glotológicos latinos en toda su amplitud, hallaríamos que éstos han tenido manifestaciones simultáneas á la historia de la literatura romana, de la cual fueron aquéllos expre-

sión y complemento. Ajustando á la historia literaria de Roma las divisiones de su historia política, cuyos respectivos periodos guardan estrecha conexión y enlace, puede decirse que, como en la literatura latina, se distinguen en las doctrinas lingüísticas romanas dos grandes fases: una que comprende el doble período de la monarquía y de la república, y constituye la edad antigua de las manifestaciones filológicas, y otra la edad moderna, que comienza con el imperio y termina en la Edad Media. A la primera de estas dos fases corresponden tres secciones: la sección literaria de los cinco primeros siglos de Roma hasta los comienzos de su verdadera literatura con las primitivas representaciones dramáticas (a. 514 de R.—240 a. J. C.); la sección arcaica de los dos siglos subsiguientes hasta el término de la guerra social (514 á 666 de R., ó sea 240-88 a. J. C.), y la época de Cicerón, desde la fecha indicada hasta la batalla de Filipo (712 de R.—42 a. J. C.)

La primera de estas secciones sólo puede ser recordada desde el punto de vista filológico, en cuanto suministra monumentos literarios dignos de estima para el conocimiento de las antiguas formas lingüísticas latinas, ocasionados ora por el profundo sentido jurídico que revelaron los romanos desde la más antigua constitución política en tiempo de los Reyes, ora por los sentimientos religiosos que también determinan los orígenes de los primeros albores literarios del Lacio. En la literatura jurídica de esta época mencionaremos tan sólo las leyes de las doce tablas, que son á un tiempo indicio claro de los progresos rápidos de la cultura de la legislación romana, muestra insigne de ingenio creador en Derecho que se levanta con independencia de ajenas iniciativas y tradiciones y mantiene la fuerza de sus leyes sin el amparo de fingidas inspiraciones y teofanías, que fueron recurso obligado en los demás antiguos legisladores arios, é instrumento fehaciente en las investigaciones de la antigua formación latina y del estado del idioma romano en aquella edad (1).

(1) La legislación de las doce tablas debe decirse obra propiamente romana; pues no obstante la embajada enviada á Grecia y el honor de una estatua dispensado al intérprete de los decenviros Ermodoro de Éfeso, muy contadas son las disposiciones que revelan con certeza el influjo de las leyes solonianas. Este Código que, á diferencia de los de Zoroastro, de los griegos etc., no se presenta como obra de los dioses, ha sido objeto de muchas exposiciones entre los romanos, quienes le estudiaban en las escuelas aún en tiempo de

Por lo que hace á la literatura religiosa de la época á que nos referimos, los itálicos que no han creado ni tenido una mitología verdaderamente propia, no produjeron tampoco la riqueza literaria respectiva cual otros pueblos arios; pero si bien no se hallan entre ellos vestigios de una *cosmogonía* como la de Hesiodo ó de creaciones poéticas populares como se revelan en la *Iliada*, ó cual las que suponen los poemas indios y aun las tradiciones persas, no por eso han estado los antiguos pobladores itálicos desprovistos de literatura sagrada, compuesta en su mayor parte de himnos cuya forma arcaica se conservaba á través de las diversas generaciones, porque como recuerda Quintiliano, *mutari vetat religio, et consecratis utendum est*. De tales himnos, á más de las *Tablas Eugebinas* de los Umbrios quedan, pertenecientes á los romanos, restos de los himnos de los Salios y el canto de los Arvales. En los *examenta* (invocaciones) ó *Carmina Salaria* cuya historia no nos compete hacer aquí, el lenguaje era tan arcaico que, como es sabido, aun después de los comentarios de Stilon, Horacio afirmaba que no los entendía, y Quintiliano duda los entendiesen los mismos sacerdotes que los conservaban. Los tres fragmentos ofrecidos por *Maurenbrecher* en 1894 (Suplem. al *Jahrbuch* de *Fleckeisen*) atestiguan la antigüedad de sus formas de len-

Cicerón. De él quedannos tan sólo fragmentos conservados en su mayor parte por Festo, los cuales se han procurado dividir en doce partes según las doce tablas. Aunque la forma de dichos fragmentos ha experimentado la influencia de épocas posteriores, conserva sin embargo el tipo arcaico de sus orígenes. En ellos encontramos ejemplos de antiguas formas como *amtermini* (confinantes), *duere* por *dare*, *endoplare* por *implere*, *escit* por *erit*, *sillis* por *lis*, *transdare*, *ansegetes*, *aevitas*, *arbosem*, *oenum*, etc.; ejemplos de palabras empleadas en sentido anticuado, como la expresión enemigo —*hostis*— en significación de *forastero*, la de asiduo —*adsiduus*— en la de poseedor, etc.; ejemplos de morfología arcaica, como el genit. plur. en *um* por *orum*, *adgnatum* por *adgnatorum*, el genit. sing. de la 1.^a decl. en *as*, el de la 5.^a en *e*, el part. pas. en *s* por *tus*; *dannas* por *damnatus*, etc. En cuanto á la sintaxis ofrécese ejemplos de construcción elíptica como este: *Si in jus vocat, ito*; que significa: *Si Cajus in jus vocat Titium, Titius ito*; ejemp. de la figura de construcción tmesis, como *transquedato*, por *et transdato*; de cambio significativo en los tiempos verbales, como *si volet vivito suo* (imperat. significando concesión, por subjuntivo), de igual modo que otros ejemplos de régimen especial entonces. (Entre otros estudios críticos de las 12 tablas, v. el reciente de Voigt, *Die zwölf Tafeln*).

guaje, que es casi ininteligible. No de otra suerte el *Carmen fratrum Arvalium* (sacerdotes de la diosa *Dia*) que se conserva, lleva el sello del antiguo latín romano (1). A la literatura religiosa del periodo á que nos referimos pertenecen los libros de las respuestas de los oráculos y sus comentarios, *annosa volumina vatium*, que dice Horacio, de las cuales respuestas nos da Livio la muestra en dos vaticinios, relativos uno á la batalla de Cannes y otro á la institución de los *ludi apollinares*. Pero por cuanto el latín está allí claramente modernizado, pierden todo su valor á nuestro objeto (2).

(1) Este himno cantado á *Dia* para obtener abundantes cosechas, ha llegado á nosotros grabado en una pieza de mármol descubierta en Roma á fines del siglo XVIII, en tiempo de Pío VI. En él se invocan primero los dioses Lares ó *Lases*, luego *Marmor*, Mars, Marmor ó Berber, que son una misma divinidad, la del campo y de la primavera, y por último los *Semunis*, divinidades de la categoría de los *Lares*.

Hase trabajado con verdadero empeño en la reconstrucción del texto aludido, sin que se hayan obtenido resultados ciertamente definitivos. Después de las investigaciones de Bücheler, Bréal, Edon y Pauli, sin duda alguna de gran valor, ha hecho nuevo y concienzudo ensayo de interpretación Teodoro Birt, sometiendo las palabras del canto de los *Arvales* á un estudio morfológico, sintáctico y semántico el más completo, y haciendo intervenir en él la fonética exohistórica y la acentuación primitiva. Aunque la reconstrucción de Birt sea de hecho atrevida en demasía y su notable trabajo pueda recibir modificaciones, como habrá de recibirlas, es en principio el más aceptable. La interpretación de dicho crítico (*Das Arvalied*, en el *Archiv für Lateinische Lexicografie*, de Woelfflin, t. IX), reproducida ya por varios latinistas (cf. Ramorino, *La Poesía in Roma nei primi cinque secoli*, y en su *Lett. romana*), es la siguiente:

E nos, Lases, invate (tres veces).
Neve luerve, Marmor, sins incurvere inpleores (ter).
Sata tutere, Mars, Clemen sati sta Berber (ter).
Semunis alternei advocapit cunctos (ter).
E nos, Marmor, iuvato (ter).
Triumpe (cinco veces).

No es necesario decir que esta era la lengua de los *libri augurales*, de los *comment. augurum*, *libri saliorum*, *comment. magistratum*, y demás producciones en prosa de la época de los Reyes en Roma.

(2) Los himnos religiosos, así como algunos libros de vaticinios, fueron escritos en verso llamado *saturnio*, que era el de las canciones campestres. Su metro no se fundaba en la cantidad como el verso griego, sino en una convencional sucesión de palabras ordenadas

Si de la edad primitiva pasamos á la época que hemos llamado arcaica, hallamos una transformación extraordinaria literario-lingüística, originada principalmente por dos órdenes de causas que influyen en todas las manifestaciones de la vida intelectual y social de esta fase de la historia romana. Dichos dos órdenes de causas se sintetizan: 1.º en el desarrollo y crecimiento del poder de Roma, que despojándose de sus viejos prejuicios y estrecho concepto de patria, traspuso los confines antes señalados como de gentes *bárbaras* con sus crecientes

según el acento, con frecuentes casos de aliteración entre ellas. En verso saturnio fué escrito el antiguo *carmen rusticum* que recuerdan entre otros, Macrobio y Festo:

Hiverno pulvere — Verno, luto.
Grandia farra — Canille, metes.

En el mismo linaje de verso, aunque con muy varia distribución y extensión se han escrito otras muchas poesías. Recordemos la inscripción en oro de una tumba de Preneste, que se cree del s. 3.º de los Reyes: *Manios med fhefhaked numasio* (esto es, Manius me fecit Numerio—para Numerio); la llamada "inscripción de Dueno," de traducción incierta y muy discutida, hallada en Roma (1880) y grabada en una taza de barro cocido: *Jovei sat Deivos qoi med mitat nei ted endo cosmis virco sied asted — noisi Ope Toitiesiai pakari vois — Duenos med feced en manon einom die noine me mano statod.* Importantes también para la teoría de los saturnios son algunas inscripciones descubiertas en Roma en las tumbas de los Scipiones, como la de L. Cornelio Barbato (Consul en el 495 de Roma):

Hone oino ploirume—consentiont R—omai—
Duonoro optumo—Fuise viro
Luciom Scipione—Filius Barbati
Consul, censor, aidiis—Hic fuit a—pud vos—
Hec cepit Corsica—Aleriaque urbe
Dedet Tempestatebus—Aide mereto.

Otros ejemplos pueden verse en la *Poesía in Roma nei primi cinque secoli* de Ramorino, y en el más reciente trabajo de S. Ricci, *Epigrafía latina*. El citado Ramorino no cree improbable, y está en efecto lejos de serlo, que el saturnio latino sea resto é indicio de un antiguo metro común á la estirpe ariana (á varias de sus ramificaciones, al menos), de donde ha podido originarse el verso silábico del Zendavesta, el metro de los himnos védicos y el exámetro griego, con la diferencia de que donde como en Grecia, prevaleció la distribución rítmica de las palabras al pronunciar, fué preferida la cantidad, mientras en el Lacio por hacerse más perceptible la diversidad de sílabas acentuadas ó no que las de vocales largas y breves, se dió preferencia al acento.

conquistas, y concibió la idea de un dominio universal y con ella la de un cosmopolitismo amplio y sin restricciones; 2.º en la invasión de la cultura griega que comenzó entonces á imponerse á los latinos subyugando á un tiempo su inteligencia y su corazón con las producciones científicas y las creaciones del arte, que hicieron del pueblo vencedor un sumiso vencido y un rendido vasallo del helenismo.

Terminada la segunda guerra púnica y libres ya los romanos de la presencia terrible de Annibal, levantóse con bríos el espíritu literario entre ellos, significado entonces á más de las producciones jurídicas, por ideas estéticas vinculadas al teatro y por conceptos filosóficos no sólo pitagóricos, antiguos en Italia, sino también epicúreos y estoicos, todo lo cual constituyó el primer vehículo para la invasión literaria de Grecia en Roma. Por entonces como se ha dicho, llenan de admiración á los romanos las lecciones de gramática y crítica literaria de Crates de Mallos, quien enviado en calidad de embajador al Senado, por haber roto una pierna vése obligado á detenerse entre los latinos. Pocos años después viene á Roma la embajada ateniese de los tres filósofos, de que hablamos en otro lugar, que tan grata impresión produce en la ciudad con sus discursos; sigue la toma de Corinto y la caída de la Grecia, lo cual ocasiona la traslación á Roma de muchos helenos que difunden allí su lengua hasta el punto de que no sólo se leen los autores griegos sin necesidad de ser traducidos, sino que en el teatro romano se representan los dramas en griego, no faltando quienes, como P. Craso el jurista (según testimonio de Valerio Máximo) conocían á perfección los cinco dialectos griegos y los hablaban como la lengua propia. De esta suerte, á fines del siglo VI las veinte escuelas de Gramática que existen en Roma, organizan ya una división metódica de sus estudios, preludio de la que prevaleció siglos después, distinguiéndose la gramática inferior ó enseñanza de los primeros elementos (*litteratores, grammatistae*), la gramática superior ó perfección gramatical y educación del gusto literario (*litterati, grammatici*), la retórica ó enseñanza del arte de bien decir (*rhetores*), y luego la filosofía (*philosophi*). La significación y alcance de estas escuelas de una parte, que tendían al monopolio doctrinal, y de otra los abusos de los maestros de retórica, dieron lugar á las dos direcciones que aparecen claramente en el siglo VII de Roma, una *conservadora* opuesta á la invasión helénica, á la cual se le acusaba de desmoralizadora, y otra de criterio *innovador* que reprobando los abusos, se declaraba en favor de las corrien-

tes iniciadas originándose con ello una lucha muy sostenida en pro y en contra del griego, que acabó por el triunfo de los partidarios de éste, secundados por el movimiento irresistible de la nación en tal sentido (1).

Desde el punto de vista filológico-gramatical, los nombres que en el período *arcaico* á que nos referimos merecen ser citados son: el de Spurio Carvilio, el primero que abrió en Roma escuela gramatical latina, cuyo método vino á ampliar luego Crates de Mallos introduciendo el primero el método griego y la crítica literaria. A Carvilio se le atribuye la introducción en el alfabeto romano de la G (representada antes por la C, que tenía doble equivalencia), y la supresión de la Z por innecesaria (supresión que algunos dicen ser de Apio Claudio); el poeta Ennio, amigo de Scipión y maestro de letras griegas, uno de los más grandes escritores de Roma, que contribuyó poderosamente á la perfección de la lengua con sus numerosos escritos, introdujo el verso heroico griego en la literatura romana, y estableció el uso de duplicar las consonantes de sonido más agudo, con lo cual se restablecía el valor etimológico de muchas palabras y la cantidad de algunas sílabas alteradas en la pronunciación vulgar. Los *Anales* de Ennio, hermosa imitación de Homero, narración dividida en dieciocho libros, en exámetros, de la historia legendaria de Roma desde la venida de Eneas al Lacio, sirvieron de modelo á Virgilio para la *Eneida*, que tomó de Ennio no sólo conceptos, sino también expresiones é imágenes (2). Después de Ennio, además de Elio Stilón,

(1) En el último tercio del siglo VI las exageraciones y extravagancias en la enseñanza de la elocuencia dieron lugar á que los censores Cn. Domicio Enobarbo y L. Licinio Crasso fijasen su edicto de prohibición, cuyos motivos se recuerdan en M. Tulio —*De Orat.*—, y en Aulo Gelio —*N. Att.*—; Suetonio —*De Reth.*— nos han conservado el edicto mencionado. A últimos del mismo siglo, después de la expulsión de los filósofos Alceo y Filisco, se trató de hacer salir de Roma á los retóricos y filósofos, como atestigua Suetonio, y es bien conocida la oposición hecha á Scipión Africano por el partido conservador con motivo de sus tendencias helénicas. Scipión Africano representó en su época la dirección *innovadora*, como algún tiempo después capitaneó la *conservadora* M. P. Catón, inspirador de varios decretos del Senado contra los adversarios, cuyo triunfo vino al fin él mismo á atestiguar dedicándose, ya septuagenario, al cultivo de la literatura griega.

(2) De las varias obras de Ennio (Anales, Tragedias, Comedias, Sátiras etc.), no quedan más que fragmentos, entre los cuales son

maestro del grande filólogo Varrón y de Cicerón, comentador de los himnos salios, de las doce tablas é instaurador de la crítica plautina; de Livio Andrónico, á su vez maestro de letras griegas y latinas en las que influyó con sus escritos (aunque de ellos decía Cicerón que no merecían ser leídos dos veces) y con traducciones como la de la *Odisea* hecha en saturnios reformados que por testimonio de Horacio sabemos se leían aún en su tiempo en las escuelas, deben mencionarse en esta época el poeta Accio (*Accius* ó *Attius*) y C. Lucilio, caballero de nacimiento (el primer escritor romano que no fuese esclavo ó plebeyo). A Accio se le debieron varias reformas ortográficas, si bien cayeron luego en desuso, como la de significar en la escritura las vocales largas con la duplicación de la letra, costumbre corriente entre otros itálos (Oscos, Umbrios y Sabelios), el representar *i* larga por *ei*, señalar uso distinto á la *k*, *q* y *e*, de suerte que la primera se emplease delante de *a*, la segunda delante de *u* y la tercera en los demás casos y escribir á la manera griega *aggelus* por *angelus*, *aggulus* por *angulus*, etc., para hacer distinguir la nasal gutural de otras nasales. A más de esto introdujo Accio la innovación de que en los nombres griegos se conservase su flexión diciendo, por ejemplo, no *Hectorem*, sino *Hectora*; *Oresten* y no *Orestem*, etc.; innovación que alcanzó relativo éxito, que fué defendida por Varrón contra Cicerón y que adoptaron universalmente los poetas de la época de Augusto. Opuesto á las reformas de Accio fué el citado C. Lucilio, poeta mencionado por S. Jerónimo y fundador del verdadero género *satírico* en Roma (cuyos primeros esbozos hallamos antes en las *Saturales* de Ennio), á quien el idioma latino debe bastantes progresos, y si bien escribía con cierto descuido y desaliño que le echa en cara Horacio y que él mismo reconocía al

los mayores los de las tragedias (unos 400 versos) y los de los *Anales* que llegan á 690. (V. la edic. de L. Müller de 1885, *Q. Enni carm. reliquiae* etc., y la de los *Anales* hecha en 1900 por Valmagi). Si no fuesen suficientes estos restos de las obras de Ennio para atestiguar su verdadero mérito, bastaría recordar el grande honor en que le tuvieron hombres como Cicerón, Horacio y Quintiliano (sin contar Lucrecio y Ovidio), para atribuírselo. En la decadencia hubo quienes lo preferían á Virgilio, y en su tiempo los *Anales* producían entusiasmo delirante. Ennio tradujo la *Ἰεγὰ ἀναγγραφή* de Evhemero, autor del *evhemerismo* ó sistema que explica el origen de la mitología griega por la divinización hecha de los héroes; la cual teoría aplicaba Ennio á las divinidades romanas de la misma manera.

decir que escribía para las provincias romanas y no para la ciudad, sin embargo no le han faltado elogios de Cicerón, Quintiliano y del mismo Horacio, llegando en tiempo de Tácito á ser preferido al poeta venusino. Lucilio dedicó entero el libro IX de sus *Sátiras* á cuestiones gramaticales, impugnando á Accio sobre todo en su teoría de reduplicación de vocales largas, é introduciendo innovaciones como la de que el nom. pl. de la segunda declinación se escribiese con *ei* en vez de *i*, que reservaba para el gen. de singular de dicha declinación. A estos escritores principalmente, y en general á los cultivadores de la *poesía épica* que velaron solícitos por la severidad métrica, son debidos los progresos del idioma del Lacio en la época *arcaica* y la distinción que entonces se estableció entre el *sermo rusticus* del pueblo, el cual continuó hablando en la primitiva forma suelta é independiente, y el *sermo urbanus*, que va limándose, enriqueciéndose y regulándose cada vez más por obra de la literatura, hasta formar lenguaje distinto del todo é incomprensible para la mayoría del vulgo (1).

(1) Para apreciar la diferencia lingüística en el sentido indicado, basta comparar los restos literarios anteriormente aludidos del período primario con el período arcaico á que nos referimos. Dentro del mismo período arcaico es dado encontrar ejemplos elocuentes de las dos clases de *sermonez latini*. Al lado de Ennio y de Plauto, p. ej. las páginas latinas del decreto de L. E. Paulo (inscripción en bronce, descubierta en España en 1867) y del documento de los bacanales, uno y otro del tiempo del mismo Plauto, ofrecen diferencias muy notables, lo mismo fonéticas (comp. *ceiueis* y *civi, cinvorsei* y *univarsi, arfuisse* y *adfuisse*, etc.), que morfológicas y de flexión (*nominiuz* genit. por *nominis*, *senatuoz* genit. por *senatus*, *conventioiz* ablat. por *contione*, *potisit* por *poterit*, *adiese—adiisset*, etc.) Recuérdese que gran parte del lenguaje de las comedias plautinas está directamente tomado de boca del pueblo cuya libertad y soltura lingüística intentó reproducir, para apreciar en el cotejo con las aludidas formas arcaicas la diversidad de expresión entonces reinante. Por lo demás, con todo el relativo progreso literario que suponen los escritos de Ennio Plauto, Terencio etc., su lenguaje resulta lleno de arcaísmos cuando nos trasladamos á la época del clasicismo latino, última manifestación del primitivo *sermo urbanus*.

Hemos indicado arriba á la *poesía épica* como influyente en la lengua y en la lingüística latina en el período *arcaico*. En efecto, de las tres especies métricas que es dado distinguir en la fase literaria mencionada (*saturnia*, *cómica* y *épica*) sólo á la *épica* son debidos progresos positivos. El *saturnio* que Andrónico y Nevio procuran sostener, á pesar de que no es ya puro y muestra bien el corte grie-

Al entrar en el período literario de la edad de Cicerón, vese no sólo acentuada la diferencia del *sermo plebeius* y del *sermo urbanus* del período arcaico, sino que también aparece aquél fraccionándose en múltiples dialectos correspondientes á las provincias que Roma iba conquistando, de donde más adelante debían resultar las lenguas romances que sobrevivieron á su imperio; de esta suerte, las luchas exteriores de los romanos mientras por una parte despiertan el espíritu literario y contribuyen á levantar la lengua grave y acompasada del Lacio, el *sermo urbanus*, á las alturas de cultísimo idioma, por otra prepara con las conquistas y la consiguiente imposición del habla latina elementos de destrucción de aquella misma gravedad y armonía en las clases populares, que producen con el *sermo rusticus* las mil variantes del *sermo provincialis* ó dialectos románicos. Y cuando la fuerza expansiva del dominio romano

go y su tendencia á cambiar definitivamente la medida del acento por la de la cantidad, dista mucho de tener la fijeza y fuerza suficiente para oponer á las desviaciones usuales, reflejamente literarias, dique estable y duradero; metro originariamente popular, conservó en todo tiempo el sello de su procedencia, y aun la timidez é inseguridad de sus pasos; al ser transformado le desautorizaron cada vez más para imponer ley á la lengua. Pero ni aun al entrar en Roma la métrica decididamente cuantitativa, cuya necesidad sintieron luego poetas, cómicos y trágicos al imitar los modelos griegos, de donde acabaron por tomar el verso como habían tomado el argumento, se dejó sentir su influencia benéfica en los dominios del lenguaje de una manera ostensible; la *poesía dramática*, en efecto, y en especial la *cómica*, lejos de oponerse á la corrupción lingüística del latín popular, buscó allí muchos de sus elementos y aceptó sin escrúpulos la pronunciación vulgar con todos los defectos contraídos por la acción del tiempo y la ausencia de vida literaria durante siglos, de donde provino el escaso respeto á la prosodia y la métrica irregular y abrumada de licencias que el aludido género literario llegó á sancionar. Otros fueron los procedimientos de la métrica *épica* (*éxmetro* heroico y luego metro *elegiaco*) que desde Ennio domina entre los latinos, la cual ya por la naturaleza del metro empleado, ya por la mayor elevación de los asuntos, y no poco por obra y laudable empeño de los poetas, se opuso desde luego á las innovaciones del vulgo rechazando muchas de sus voces deformadas, restituyendo otras á su pristina pureza y estableciendo investigaciones regulares sobre las formas más legítimas de las palabras y el correspondiente valor prosódico de las mismas, con lo cual vinieron los *épicos*, á cuya cabeza encontramos á Ennio, á constituirse en beneméritos servidores de la etimología y de la lingüística de aquel tiempo.

realizaba así la *variedad* dentro de la *unidad* lingüística latina, el movimiento interior ocasionado sobre todo por la guerra social, llevaba otra *variedad glótica* de los itálicos a la unidad de la lengua del Lacio, reduciendo las varias estirpes de la familia itálica bajo el poder de Roma y consiguiendo que las provincias se *romanizasen* con la desaparición progresiva de los dialectos umbrio, osco y etrusco, sustituidos por el latín en poco tiempo.

A la época de Cicerón, en la cual llega la lengua de la prosa latina a su apogeo, como la lengua de la poesía tiene su edad de oro en la época de Augusto, le corresponde en la glotología romana lugar de importancia, no sólo por el número y significación de sus filólogos, sino también por la firmeza morfológica que entonces adquiere la lengua, el progreso sintáctico que se efectúa en ella merced a los estudios de éstos, y la riqueza léxica que la misma logra alcanzar sin detrimento de la corrección y tersura que ostenta por doquiera, hermanándose entonces, mejor que en época alguna de las letras romanas, los principios de la teoría lógico-lingüística (palabras abstractas, concretas, específicas, genéricas, etc.), las leyes de la retórica en su más amplia acepción y los preceptos gramaticales del habla de Roma. Por otra parte, la influencia griega, a que tanto debieron las letras del período anterior, se hace más sensible en éste, y no sólo se leen y traducen los escritores griegos, sino que las principales casas romanas se disputan el honor de servir de albergue a alguno de los muchos doctos maestros de la Grecia que se hallan en la ciudad, y que son escuchados con el entusiasmo siempre creciente que producen las letras en medio de aquella espléndida cultura de la latinidad (1).

(1) Mientras los griegos contemporáneos afluyen personalmente a Roma coadyuvando a la labor del perfeccionamiento literario, los antiguos maestros se hallaban presentes mediante sus libros. E. Paulo, ya vencedor, cuidó de trasladar a Roma una biblioteca completa de autores griegos que pudo alcanzar; después de la destrucción de Atenas, Sila hizo llevar a Roma la biblioteca de Apelicon, que contenía, entre otras, las obras de Aristóteles y Teófrasto, y Lúculo trajo de Oriente el mayor número de libros que pudo conseguir. De este modo el estudio y crítica de la literatura griega se hizo común entre los romanos, a quienes eran familiares lo mismo los grandes poetas de Atenas que los escritores de la época alejandrina. La *Iliada* (prescindiendo de las demás obras de todo género) se traduce por este tiempo dos veces (versiones de Cn. Mazio y de N. Craso, citado éste por Prisciano y Nonio Marcelo), imitándose de varias maneras

En el período de que nos ocupamos los críticos y gramáticos están en general a la altura de su época, y Suetonio en su libro *De Grammaticis*, enumera no pocos de éstos. Entre ellos habremos de mencionar, después del crítico Servio Clodio recordado con elogio por Cicerón, a Aurelio Opilio, maestro sucesivamente de filosofía, de retórica y de gramática, autor de un *pinax* ó índice de obras genuinas y no genuinas de Plauto, y de un tratado filológico *Las nueve musas*; A. Grifón, autor de dos volúmenes *De latino sermone*, a cuya escuela no se desdénaba de asistir Marco Tulio siendo ya pretor; M. Pompilio Andrónico, de origen sirio, que compuso un libro sobre los *Anales* de Ennio; L. Orbilio Pupilo, maestro de retórica y gramática, de quien fué discípulo Horacio; Ateyo Pretestato, llamado el *Filólogo*, maestro de Salustio, autor de una miscelánea en ochocientos libros con el título de *Hyle* —materia,— y de un trabajo sobre el arte de escribir dedicado a A. Polión; Valerio Catón, que enseñó en Roma en tiempo de Sila y en cuyo elogio escribió F. Bibacolo: *Cato grammaticus, Latina Siren— Qui solus legit ac facit poetas*; L. Cornificio, autor de la *Retórica a Herennio*; Staberio Ero, autor de un libro *De Proportione*, sobre la *Analogía*, y maestro de Bruto y Casio; Curcio Nicia, amigo de Cicerón, por él varias veces mencionado, autor de un estudio sobre Lucilio; Gavio Basso, que escribió además de varios comentarios, tratados *De origine verborum* y *De verborum significatione*; el notable filólogo Santra, autor entre otras obras, de una *De viris illustribus* y de la *De antiquitate verborum*. Con estos no hemos de dejar de mencionar a una de las grandes figuras de Roma que pertenece así a la historia política como a la literaria de esta época, a Julio César, historiador tan notable como literato ilustre, a quien se debe en este concepto además de su poema *Iter*, de sus exámetros sobre Terencio, de sus libros de sentencias etc., dos libros de gramática *De Analogia libri duo*. Pero singularmente son de citar en este período el eminente filólogo M. Terencio Varrón (llamado *Reatino* del nombre de su patria, para distinguirlo del otro Varrón, poeta, dicho *Atacino*), uno de los más grandes las producciones homéricas en la epopeya dicha *mitológica*, reproducción literaria del mito griego en la época ciceroniana. El gusto griego había llegado a tal refinamiento entre los latinos, que la prosa inimitable de M. Tulio era, como es sabido, poco menos que inaguantable para los partidarios del estilo ático puro y de la elocuencia de Demóstenes.

polígrafos y el escritor más fecundo de toda la antigüedad latina, y además el erudito pitagórico Nigidio Figulo, también polígrafo insigne encomiado por Cicerón y celebrado por muchos como el más docto de los escritores romanos después de Varrón. De la multitud de escritos de Varrón sobre casi todas las ramas del saber (620 libros en 74 obras según los trabajos de investigación de F. Ritschl), pudiéramos contar á nuestro propósito los de crítica literaria, los de elocuencia, los de retórica y literatura, con la obra en veinticinco libros *De lingua latina*. De ésta (como de las demás obras del mencionado escritor) se ha perdido la mayor parte, no quedando más que seis de los veinticinco libros *De lingua latina*, que son del quinto al décimo, ambos inclusive, con algunas deficiencias y lagunas; los tres primeros están consagrados á cuestiones etimológicas, y los restantes á la flexión y sus leyes según las teorías dominantes en la época. (V. la edic. de Off. Müller, 1830, y sobre todo la de Spengel de 1885).

Como Varrón, escribió Nigidio Figulo sobre asuntos especulativos y prácticos de todo género, y además de los trabajos de carácter literario, treinta libros de *Commentarij grammatici* muy celebrados en su tiempo.

Con los escritores mencionados ciérrase la tercera y última de las secciones en que hemos dividido la *edad antigua* de la filología romana que concluye con el siglo VII, para dar lugar á la *edad moderna* de los estudios literarios en general, y en especial á nuestro intento, de los lingüísticos. La *edad moderna* de la lingüística latina comienza, según queda dicho, con el imperio y comprende, como la antigua, tres secciones de tiempo: la edad de Augusto (712 de R.—42 a. J. C. al 14 de C.); el primer siglo de la era vulgar hasta la muerte de Trajano (14 d. J. C. al 117), y finalmente, el tiempo que corre hasta la entrada de la Edad Media desde el siglo II de la era vulgar.

Mudadas con la edad imperial las condiciones políticas de Roma, el movimiento literario que jamás fué extraño al medio ambiente social en que se origina y sostiene, no pudo permanecer indiferente á las nuevas direcciones que solicitaban á la inteligencia y á los distintos alicientes y estímulos que se ofrecían. El cultivo de la elocuencia que á tan extraordinaria altura llega en la época ciceroniana, decayó visiblemente; la poesía vino á prevalecer sobre la prosa, y alimentada con los grandes modelos del arte griego, alcanzó en fondo y forma, y más en ésta que en aquél, los quilates de perfección suprema, y si bien por entonces no se ha cambiado de plan en las escuelas,

la enseñanza no tiene ya el carácter práctico que fué tradicional é histórico en toda la vida del pueblo romano, sino que á la inversa de la antigua Roma, busca la moderna en las letras el fin especulativo de la ilustración y de la cultura, con lo cual los maestros de los varios grados de Gramática y de Retórica (bien que éstos no tardasen en decaer) adquirieron mayores prestigios y trataron á su vez de encaminar más señaladamente al ideal de la literatura las reglas de sus respectivas disciplinas. Las bibliotecas creadas por este tiempo en Roma (la de Polión, en el atrio de la libertad, las dos octavianas, una en el templo de Apolo Palatino, y otra en el pórtico de Octavia), fueron un gran aliciente para el cultivo de los estudios gramaticales con tendencias críticas y de formación del gusto literario sobre los modelos griegos y romanos anteriores, y el hecho mismo de que el clasicismo de Julio César y de Marco Tulio tendían á desaparecer en los prosistas del tiempo de Augusto, mientras en éstos se encendía cada vez más el deseo (poco discreto en la ejecución) de mantener íntegro y puro el depósito de la lengua, contribuyó no poco á los prestigios de los preceptores de la Gramática, de quienes se esperaba lograsen conjurar los peligros inminentes de una total decadencia latina. Los *sermões provinciales* de que hemos hablado antes, hacían en efecto su camino, y si en todo el occidente del Imperio, en las Galias, en Africa, en España, dominaba el latín, sobre él hacían sentir su eficacia los dialectos y lenguas de estas regiones conquistadas que le llenaban de provincialismos. Estos provincialismos llegaron á Roma como llegaron gentes de todas las regiones del imperio que no conseguían presentarse sin los dejos de su habla nativa (de ellos no alcanzaron á despojarse escritores como Séneca y Tito Livio) amenazando así invadir con sus giros y locuciones el *sermo urbanus* en la misma ciudad de las siete colinas. Por otra parte sustituido el ideal de la elocuencia por las eléncias cada vez más correctas y fascinadoras de la poética latina que á maravilla hacían resaltar á la sazón las obras de Virgilio, Horacio y Ovidio, los prosistas romanos con marcado mal gusto y cual si las imágenes y giros de la poesía, los arcaísmos alguna vez en ésta reproducidos por motivos de arte así como metáforas, construcciones é imitaciones propiamente griegas pudieran sin detrimento de la lengua trasladarse á una prosa limpia y bien entendida, trataron de ajustar al estilo poético las producciones no sujetas al metro, con lo cual aquel lenguaje que en los poetas era de insuperable elegancia, resultó en los prosistas vicioso y reprochable, acentuan-

do en la época de Augusto ya que no la decadencia, el carácter de una etapa de transición que verdaderamente le corresponde.

Entre tanto decaían de sus primeros prestigios los retóricos, cuyas escuelas iban degenerando como las que antes prepararon el decreto de expulsión de Craso y Domicio. Entre los nombres dignos de respeto quedaban en esta edad el del español M. Porcio Latrone, el de A. Fusco, asiático, el de C. A. Lilo, italo, etc., y sobre todo el del eminente cordobés A. Séneca, gloria legítima de España y de Roma al mismo tiempo (1). Los gramáticos, que supieron mejor sostener su disciplina, gozaron de mayor estima al mismo tiempo que dejaron sentir con más

(1) No han faltado quienes, como Posevino, R. Agrícola y otros, han identificado á Marco Séneca el retórico, y á Lucio Séneca el filósofo y filólogo, opinión que de antiguo fué desestimada (y que contradice Marcial, *Epigr. LXII*), acabando por ser rechazada de la crítica en absoluto. Entre los más explícitos y concretos en señalar la diversa personalidad y representación literaria de ambos Sénecas, padre é hijo respectivamente, figura el Volaterrano, señalándose con él Justo Lipsio, Ambr. de Morales, Andrés Scoto, Luis Vives etc.

Por lo que hace á Lucio Séneca, á quien nos referimos aquí, puede verse su mejor biografía y completa relación de lugares de escritores antiguos que citan ó se ocupan del ilustre cordobés (trabajos ambos de J. Lipsio), en la edición plontiniana *L. Annaei Senecae Philosophi opera quae extant omnia — a Justo Lipsio emendata et scholiis illustrata*—M.DCLIII. De ella toma Nicolás Antonio la mayor parte de sus datos; y á la *Biblioteca ant.* de éste, así como á la *Bibliotec. lat.* de Fabricio, remitimos el lector por lo que se refiere á las supuestas epístolas entre Séneca y San Pablo, que aparecen en algunas ediciones de L. Séneca y se han impreso también separadamente.

Entre las ediciones completas de Séneca, es de mencionar, además de la indicada de Plontino, la parisiense de Adriano Tiffaine (1619), que contiene las obras de los dos Sénecas, acompañando á las de Lucio Séneca, á más de los comentarios de Lipsio, la crítica de Erasmo y una gran colección de tratados compuestos con pasajes y doctrinas de Séneca, por Dionisio Godofredo, los cuales se han traducido á muchos idiomas. Entre ellos figura uno intitulado: *De Artibus, quas liberales vocant, ut Grammatica, Rethorica, Oratoria, Declamationibus, Historia, Poetice, Dialectice, Sophistice* etc. Otra edición parisiense de 1627 lleva, entre otros comentarios, los de Mureto, Godofredo, Erasmo, Lipsio, Scoto, el Pinciano, Morello, Isaac Pontano etc. Las ediciones posteriores, sin excluir la correcta de los *Elsivirios*, apenas son otra cosa que reproducción de las dichas y de mayor ó menor número de sus comentarios mencionados.

eficacia su influencia. Recordemos además del notable filólogo español C. J. Hygino bibliotecario de la Palatina (1), á P. Rutilio Lupo, gramático y retórico, autor de una obra en dos libros *Skemata lexeos*, trasunto de otra de un retórico griego, Gorgias (contemporáneo de Rutilio), que trataba de las figuras de pensamiento y de las de palabra, y de la cual sólo se conserva la segunda parte; Sinio Capitón que escribió además de sus libros *De Antiquitatibus*, muchas epístolas gramaticales; M. Verrio Flaco quien, á más de sus *Fasti, Rerum etruscarum*, etc., publicó su *De verborum significatu*, del cual tenemos el extracto *De Significatione verborum*, de Festo, compendiado á la vez por Pablo Dácono en el siglo IX; Cecilio Epirota, el primer comentador gramatical de Virgilio y de otros poetas con-

(1) Cayo Julio Hygino es el filólogo español más antiguo, correspondiente á la edad de Augusto. De él se ha ocupado con elogio Suetonio, *De illustr. Grammaticis*, como discípulo distinguido del gramático griego Cornelio Alejandro, llamado *Polyhstor* por su erudición de la antigüedad. El mismo Suetonio le declara español; con el sobrenombre de *Polyhstor*, como su maestro, se le conocía cuando fué Prefecto de la Biblioteca Palatina, donde adquirió renombre y muchos discípulos, contando entre las personas de su amistad á Ovidio, M. Séneca, al Cónsul C. Licinio etc.

Sobre el número de obras de Hygino, "docto en todo género de letras", según Ambrosio Morales, "grande hombre en la profesión de Retórica y comentador insigne de Virgilio," como dice Luis Vives, no todos están conformes. Entre los trabajos que nadie le disputa están sus Comentarios á Virgilio y el tratado *De vita rebusque illustrium virorum*, que es citado por A. Gelio en el libro I de sus *Noches Aticas*, por S. Jerónimo, en el Prólogo al tratado de los *Escritores eclesiásticos*, y por Asconio Pediano en su Comentario á Marco Tulio.

Luis Vives en su *Prefatio* á la Geórgica de Virgilio habla de Hygino como conterráneo suyo, y de él se ocupan también con encomio, entre otros, Ambrosio de Morales en el libro VIII de la *Crónica general de España*; Mariana en el libro III de su *Historia*, y en especial Nicolás Antonio en el libro I de su *Biblioteca*.

No han faltado quienes erradamente tuvieron á Hygino por *Alejandro*, sin otro fundamento que el origen de su maestro Cornelio Alejandro, griego de nación, y la aptitud para el equívoco en el calificativo *alejandrino* del nombre de su maestro. Cual fuese la verdadera patria de dicho gramático Cornelio Alejandro es objeto de discusión por las encontradas noticias que de él nos dan Stéfano, Suidas y otros escritores, conviniendo todos, sin embargo, en su mérito como gramático y hombre de saber.

temporáneos; el filósofo L. Crasicio, preceptor de Gramática y comentador del poema *Smirna* de Elvio Cinna; Scribonio Afrodisio que escribió *De Orthographia*; y Clodio Tusco, del cual se ha conservado tan sólo su Calendario astronómico en la traducción griega de Lorenzo Lido.

Entramos en la segunda fase de la edad moderna de las letras latinas, ó en el siglo primero de la era vulgar. Y si bien la herencia literaria, sobre todo poética, de la época anterior pudiera haber contribuido al mantenimiento de la cultura en este siglo, la opresión política y el espíritu superficial entonces dominante obstaron á ello; retóricos y gramáticos siguieron un mismo derrotero perdiendo su primitivo ascendiente. He aquí los nombres de los gramáticos-filólogos más salientes: Julio Modesto, cuyo es el tratado *Quaestionum confusarum*; M. Pomponio Marcelo, crítico, adversario de innovaciones, y de todo solecismo y neologismo; el maestro de Quintiliano, Q. R. Palemón. Bajo Claudio y Nerón, Asconio Pediano, comentarista notable de Cicerón (suyos son además de sus coment. sobre M. Tulio gran parte de los *Scholía Bobiensia*, publicadas por el Card. Mai, mientras que los coment. que le atribuye Poggio no le pertenecen); Valerio Probo, de Beirut, comentador al estilo de los gramáticos alejandrinos con sus clásicos, de Virgilio, Horacio, Lucrecio etc., corrector de libros latinos, y autor de un trabajo *De notis* ó tratado de abreviaturas, del cual se conserva parte muy importante para la interpretación. Otros trabajos gramaticales que se le atribuyen son de escritores posteriores á Probo. De este tiempo se cree fué Emilio Aspro, comentador distinguido de Terencio y de Salustio, abonando tal creencia la polémica que sostuvo con Cornuto, gramático ilustre, de cuyas *Quaest. Vergil.* quedan fragmentos coleccionados. En tiempo de Trajano, Velio Longo autor de un tratado *De Orthographia* y comentador de Virgilio; Flavio Capro, que escribió *De dubiis generibus*, *De latinitate* ó *Libri enucleati sermonis*, y al cual se le atribuyen otros escritos gramaticales, los cuales, si bien pudieran pertenecerle originariamente, han pasado sin duda alguna por ulteriores modificaciones (1). A esta época corresponde también el *Stromateus — Lectiones antiquae —* de Ceselio Vindice,

(1) En la labor tan erudita como interesante de Keil, *Grammatici lat.*, la cual es de consultar, con sus demás trabajos sobre los tratadistas latinos, cuéntanse como de H. Capro dos escritos, uno de Ortografía y otro *De verbis dubiis*, los cuales ciertamente no son de él, por lo menos tales cuales llegaron á nosotros y hoy se hallan.

citado en los gramáticos posteriores por su método especial, aunque disintiendo éstos no pocas veces de su doctrina.

Al comenzar la tercera y última fase de la filología romana, ó sea con el siglo segundo de la Era vulgar (desde Adriano á Septimio Severo) la literatura latina muéstrase cada vez más caminando á la decadencia (1). La lengua mientras que por entonces adquiría la norma definitiva de su desarrollo fonético y morfológico, admitía para la sintaxis construcciones no legitimadas por los clásicos, en la parte léxica voces inusitadas y exóticas, y en la dicción y estilo giros extraños á la prosa latina. Y si bien la cultura adquiría mayor extensión llegando á pueblos alejados de Roma, la originalidad disminuía en razón directa de este desarrollo, cultivándose el latín clásico y el griego (que continuó estudiándose por los latinos y aun escribiéndose por algunos) más como instrumento para la crítica y para la erudición general sobre escritores anteriores, que para hablarle ó reproducirle en nuevas obras. Los escritores eclesiásticos que hasta este tiempo habían empleado la lengua griega

(1) No hemos de omitir aquí un recuerdo al emperador romano, español de origen Elio Adriano, maestro consumado en letras griegas y latinas y autor de buen número de trabajos en prosa y verso, de cuya universal cultura hablan, entre otros, Dión Casio, Apiano Alejandrino, Eusebio y Suidas, el cual en su *Lexicon*, colócale entre los cultivadores de la filología griega y latina: *Φιλολόγος ἦν ἐν ἑκατέρᾳ τῇ γλώσσῃ καὶ τινὰ περὶ καὶ ἐν ἑπεσι ποιήματα παντοδαπὰ κτέλιπε κ. τ. λ.* "Era filólogo en una y otra lengua, y dejó escritas varias obras en prosa, y poesías de todo género etc." (Ob. cit., voz *Ἀδριανὸς*).

Entre los diversos escritos de Adriano, cuéntanse el conocido con el nombre de las *Sentencias* que anda unido á la Gramática de Dositeo en ediciones antiguas, trabajo editado por Enr. Stéfano, el cual refiere Fabricio (t. VII de su *Bibliot. gr.* hablando de Dositeo) corrigió J. Cuiacio según un ejemplar más perfecto de la *Gramática y Sentencias*. En los *Ejercicios gramaticales* de las *Excerpta latino-graeca* publicadas por E. Stéfano, van comprendidas también las *Sentencias* de Adriano. Este mismo trabajo unido á la citada Gramática de Dositeo, se publicó en Leyden (1717) en griego y en latín con notas de A. Schulting.

De otro trabajo de Adriano, de carácter ortográfico, hay indicios en el libro griego publicado por David Hoeschel, cuyo título puesto allí en latín: "Librorum quos legit Photius patriarcha excerpta et censurae." Léese, en efecto, en una nota inserta en él: *Ἀνεγνώθη ἀδριανῶν εἰσαγωγή τῆς γραφῆς, χρήσιμος τοῖς εἰσαγομένοις ἢ βιβλος.*

(el Papa San Víctor I inició en la cátedra de Roma la literatura eclesiástica en latín) reaccionaron un tanto en el cultivo del idioma romano, pero sin tratar de restablecer directamente lo antiguo, y levantando con una nueva civilización, lenguaje apropiado á una nueva cristiana literatura.

La falta de producciones originales ocasionando el desarrollo de la crítica de las obras clásicas, hizo al mismo tiempo mantener la importancia de los estudios gramaticales que siguieron cultivándose. Al segundo siglo de la Era vulgar corresponden entre otros: Q. T. Seauro, comentador de Plauto, Horacio y Virgilio, y autor de una gramática latina, de la cual se conserva parte tan sólo; el cartaginés G. Sulpicio Apolinar, autor de *Quaestiones epistolicae*, crítico de la *Eneida* y de Terencio, y maestro de Gelio. Elenio Acrón, escoliasta de Horacio (aunque la exposición que hoy lleva su nombre no le pertenece, y es de un pseudo-Acrón del s. VII) y de varios escritos gramaticales; P. Porfirión, de quien nos quedan sus importantes comentarios horacianos. Deben también mencionarse aquí las excelentes *Noches Aticas* de Aulo Gelio, especie de *Veladas* y *Miscelánea* en veinte libros (falta el 8.º del cual sólo se conserva el índice) de muy subido valor por las noticias que suministra y fragmentos que conserva. También debe colocarse según muchos en esta época á Festo, el celebrado compendiador de Verrio Flaco.

Al tercer siglo de la Era vulgar (desde Caracalla á Diocleciano), pertenecen los gramáticos: Julio Romano y Censorino, de los cuales no se conservan escritos gramaticales, si bien fueron autores de renombre; Nonio Marcelo, bien conocido por su obra *Compendiosa doctrina per litteras* (esto es, por orden alfabético, aunque lo quebranta), que si no es tratado de gran crítica es meritisima recopilación gramatical (edic. de L. Müller, 1888, y de Onions, 1895). Corresponden igualmente á esta época los tres libros sobre *Artes grammaticae* de Mario Plozio (reprod. en Keil, *Gramm.* 6.º), en la cual obra trátase también de *métrica latina*. El *arte métrica* es además cultivada por Guba —*Ars métrica*— que no se conserva, y fué utilizada por Aftonio en su obra *De metris omnibus*, como luego se sirvió de ésta Mario Victorino al componer su *Ars grammatica*.

En el siglo cuarto y primera mitad del quinto (desde Constantino y Galerio hasta la caída del imperio), brillaron en los estudios gramaticales y críticos: Cominiano, que escribía en tiempo de Constantino su *Ars grammatica*; Mario Victorino, á quien se le atribuyen además de los cuatro libros —*Ars grammatica*,— un opúsculo *De metris* y otra compendiosa *Ars gram-*

matica que probablemente no le corresponde; Elio Donato, autor de una *Ars grammatica*, á la que principalmente debió su nombre durante la Edad Media; Carisio, cuyo *Ars* es en buena parte reproducción del trabajo citado de Cominiano; Servio, comentador del arte gramatical de Elio Donato. El *Ars métrica* fué singularmente cultivado por el citado Victorino, que ocupa con esto parte principal de su Gramática; por Atilio, cuya *Métrica* ha llegado á nosotros (v. Keil, *Gramm.* VI); por el mencionado Servio que escribió sobre los metros, comentando también á Virgilio, como gran parte de los gramáticos dichos comentaron diversas obras clásicas; por Flavio Mario, que al finalizar el siglo cuarto publicaba su opúsculo *De metris*. De Macrobio, que escribía á principios del siglo quinto, quedanos, entre otros trabajos los *Libri Saturnatium*, obra dialogada que suministra gran caudal de datos sobre la antigüedad romana, de reconocido valor en Filología. A la primera mitad del mismo siglo pertenece la singular obra *De nuptiis Philologiae et Mercurii* (edición Eyssenhardt, 1866) del africano Marciano M. F. Capella, donde las siete artes liberales desempeñan su papel peculiar, y van expuestas en sus libros respectivos. Poco antes de la caída del imperio de Occidente escribían sus comentarios al *Ars* de Donato Cleonio de Roma y Pompeyo de Mauritania, así como el gramático Foca, que además de la *Vita Vergilii* en exámetros, dejó su *Ars de nomine et verbo*, y Consencio Galo, de cuya Gramática se conserva y reprodujo Keil los capítulos *De nomine et verbo*, y *De barbarismis et metaplasmis*.

En el siglo sexto, y entre las ruinas del imperio caído, brillan aún en los estudios glotológicos: el eminente Casiodoro, con sus *Instit. divinarum et saecularium litterarum* (enciclopedia religiosa y de las artes liberales), y con su tratado *De orthographia*, obras ambas que corresponden al segundo periodo de su vida literaria; Prisciano, que compuso en Constantinopla su importantísima obra *Institutionum grammaticarum* en dieciocho libros; su discípulo Eutiques, del cual queda un tratado del verbo en dos libros; y finalmente el gramático francés Virgilio, cuyos *Epitomae* son harto inexactos y deficientes (su *Epitoma de metris* ha sido recientemente objeto de estudio y discusiones por sus doctrinas sobre el verso, á que aludimos en otro lugar).

En el siglo VII la obra que se impone y que domina toda la Edad Media, sale de la España visigoda; son los veinte libros *Etymologiarum — Originum —* de San Isidoro de Sevilla, monumento literario que si desde el punto de vista crítico puede

participar de los defectos de la época en que fué escrito, y bajo el aspecto filológico representa las tradiciones comunes en las escuelas romanas, levántase como obra de conjunto y por la universal erudición que encierra sobre cuantas se han escrito con igual fin y carácter (1). Después del insigne autor de las

(1) La gran obra enciclopédica de las *Etimologías*, compuesta con fines didácticos, aunque la disposición del plan no corresponda á ellos de una manera completa (debido, sin duda, á que no llegó S. Isidoro á darle la última mano, ni es suya la división en libros que presenta aquel trabajo), incluye las *artes liberales* (los siete saberes) del *trivium* y *cuatrivium*, según la antigua tradición que menciona ya Casiodoro, ocupando el primer lugar la *gramática*, la *retórica* y la *dialéctica*, principios de los estudios filológicos. Aunque la influencia de la escuela hispalense hizo mantener en la Edad Media aquella distribución, los árabes y judíos la modificaron, sin embargo, suprimiendo del *trivium* la *gramática* y la *retórica*, como del *quatrivium* la *aritmética* y la *geometría*, según lo declara Pero Alonso en su *Disciplina clericalis*.

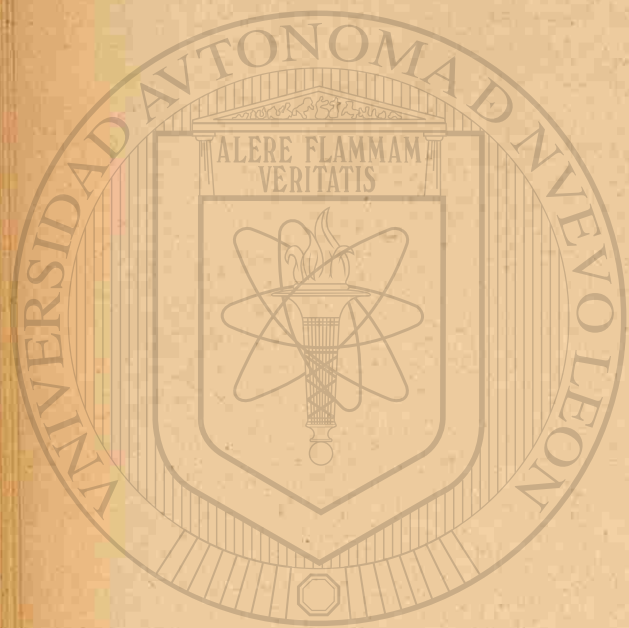
En las *Etimologías* muéstrase S. Isidoro conocedor profundo de todo el saber filológico griego, romano y de la decadencia, y si bien en la parte puramente lingüística y etimológica se echa de ver en cada página la deficiencia de los métodos y procedimientos empleados entonces en dicho orden de conocimientos, no puede menos de ser admirado el caudal de erudición de todo género que allí se hace manifiesto. Varrón, Donato, Prisciano, Festo, Verrio Flaco, los parnasos hebreo, griego y latino, los preceptos de la retórica romana y helénica, las doctrinas de Porfirio y las de la dialéctica de Aristóteles, han venido á prestar tributo á los *Orígenes* ó *Etimologías* en las tres mencionadas disciplinas que constituyeron el *trivium* antiguo.

No mencionaremos aquí otros libros de S. Isidoro que, como el *De differentiis sive proprietate verborum*, l. prim., y el *Alius differentiarum seu de proprietate sermonum liber*, pertenecen á los estudios filológicos y tienen no pequeño mérito, pero quedan superditados por el nombre y honor alcanzado por las *Etimologías*.

Debemos advertir que el segundo de estos libros no se encuentra en todas las ediciones de las obras isidorianas. Figura en la que tenemos á la vista (*S. Isidor. Hispal. Episc., Opera omnia quae extant*, Parisiis 1601) y en la de Colonia de 1617, reproducción de ésta. En ambas está tomado dicho trabajo de la edic. matritense de 1599, en la cual, como en la de París de 1580, se han incluido otras varias obras que Belarmino reputa apócrifas en su *De Scriptoribus ecclesiasticis*. En la edic. de Madrid hecha de orden de Felipe II, aparecen el 1.º y 2.º *Differentiarum* (de los cuales hemos indicado á nuestro objeto el primero), más no el *Alius differentiarum*. Dicho

Etimologías y como señalando los umbrales de la Edad Media, aparecen en el siglo octavo los estudios de métrica de Aldelmo Obispo de Salisbury, los de gramática del venerable Beda y del monje benedictino, luego Arzobispo, Tatuino, cerrándose la época de la glotología romana para dar lugar á la de los tiempos medioevales que comienza con el extracto de Festo hecho por Pablo Diácono.

primer libro está en esta edic. revisado por P. Pontino, notando lo que hay en él de los gramáticos antiguos. Las *Etimologías* lo han sido á la vez por Antonio Agustín, Chacón y A. Covarrubias. La versión española de esta obra hecha en el siglo XIII, no tiene la división en libros, trabajo de S. Braulio, sino únicamente en títulos y capítulos, como la dejó S. Isidoro, cuyo original se intentó imitar. Sobre la norma del gran doctor español, daba años después el venerable Beda, muestras de su saber no sólo en las letras sagradas sino en el clasicismo antiguo y estudios filológicos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Compenetración lingüística greco-romana.

V

Las relaciones glotológicas greco-romanas. Invasión literaria de la Grecia en Roma. Espíritu de los romanos en el cultivo del griego. Invasión literaria de Roma en Grecia. Medios de invasión del latín en el griego empleados por los romanos. Resultados de la influencia militar. Resultados de la influencia de la vida oficial. El griego en el Senado romano. Los historiadores griegos en orden á la lengua latina después de tomada Grecia. Los jurisconsultos griegos y lengua jurídica bajo la dominación romana. Los retóricos y los gramáticos griegos y el cultivo del idioma latino. El latín en Bizancio en tiempo de Constantino. Traducciones griegas del latín; Virgilio, Tertuliano, S. Jerónimo etc. en Grecia. El conocimiento del latín en las iglesias de Oriente. Subsistencia del griego bajo el predominio latino y sus causas. Reacción del griego en tiempo de Justiniano. Retroceso ulterior del latín en Grecia. Decadencia del idioma latino en la literatura jurídica griega. Sucesiva decadencia de la lengua del Lacio en la iglesia griega. El latín en los Concilios de Oriente. El conocimiento del latín en tiempo de Focio; id. de M. Cerulario, y primeros precursores de Renacimiento, restaurador del vínculo greco-romano en el orden literario.

Después de trazado el cuadro general filológico greco-romano, no será inoportuno bosquejar como complemento el de las relaciones literario-lingüísticas de romanos y griegos, á cuya historia van estrechamente unidas las manifestaciones filológicas dichas y las vicisitudes de los idiomas de Roma y Grecia.

Suetonio que nos refiere la historia de la gramática entre los romanos, habla muy distintamente de la afición y gusto con que se leían, se traducían y se comentaban en Roma los libros griegos. De la Grecia recibieron los romanos los grandes modelos de la literatura, del arte y de la filosofía; de ella habían tomado su alfabeto y demás signos de la escritura, gran parte de su nomenclatura técnica en artes é industrias, y casi todas las denominaciones de máquinas, náutica etc., como demuestra Mommsen (*Romische*

Geschichte, l. I), así como también no pocos nombres de las divinidades latinas, que, aun siendo propiedad común de la familia aria, han llegado á Italia por intermedio de la lengua helénica (1). Antes de las guerras púnicas los romanos conocían el griego y procuraban su estudio, que algunas veces les era facilitado por los esclavos y libertos de origen griego. Ya en el siglo V antes J. C. fueron enviados á estudiar la legislación de Atenas y de otras ciudades griegas delegados romanos quienes hubieron de aprender el idioma en que se había redactado. En tiempo de Catón el griego era una señal de distinción, y él mismo ensayó estudiarlo en su vejez para enseñarlo á sus hijos y no desdecir de la cultura general, á pesar de su decidida oposición al *helenismo* literario, justificada en gran parte por el abuso en la traducción de obras, cuya lectura no siempre convenía ni al bien individual ni social. Tiberio Graco, cónsul romano (177 a. J. C.), pronunciaba en Rodes y publicaba luego un discurso en lengua griega; Fabio Pictor, por los años 200 a. J. C., escribía en la misma Roma y en griego la primera historia romana, lo cual hizo probablemente que Catón compusiese en son de protesta su historia de Roma en lengua latina; Livio Andrónico, á fines del si-

(1) Entre los nombres de las divinidades griegas que tomaron los romanos, ya directamente, ya por intermedio de los varios dialectos latinos (osco, sabelio, ombrio etc.), pueden citarse los de Apolo (osco Apolloun), Hércules (osco Heracló), Castor y Pollux etc. (cf. Mommsen, ob. cit.) "Dans d'autres cases," diremos aquí con M. Müller (Lec. sur la science etc. l. 3.^a, tr. Harris) que extracta á Mommsen, les dieux grecs étaient identifiés avec les dieux italiens. Comme Jupiter était clairement la même divinité aryenne que Zeus, Juno, sa femme, était identifiée à Hera. Dans Mars, on reconnut Ares, Hephaistos dans Vulcanus, Athene dans Minerva, etc.; qui plus est, Saturnus qui était primitivement, à ce qu'il semble, une divinité agricole italienne, fut identifié á Kronos, et comme Kronnos était fils d'Uranos, une nouvelle divinité fut inventée, et on raconte que Saturnus était fils du Coelus.

glo III a. J. C., traducía en versos latinos la *Odisea* de Homero para sus alumnos romanos; Ennio, establecido como Andrónico en Roma, hacía poco después entre otras traducciones, la versión de Eurípides; Plauto, en el mismo tiempo que Ennio, reproducía en substancia la comedia griega, mientras muchas tragedias eran literalmente traducidas al latín. En tiempos de Sylla se autorizaba á los enviados extranjeros para hablar en griego ante el Senado romano, práctica que según Dión Casio (I-VII), continuaba en tiempos de Tiberio; y Cicerón arengó en griego ante el Senado de Siracusa, como Augusto lo hizo en Alejandría. En una palabra, la literatura griega, la filosofía griega y la lengua de Grecia, llegaron á convertirse en elementos de la cultura romana, hasta el punto de provocar la reacción de los elementos latinos, si bien éstos no han llegado á prevalecer, ni llegaron á contener la desmedida afición al griego, que nos revelan ciertas alusiones de Ovidio, algunas de las sátiras de Juvenal, y las declaraciones que sobre el estudio de las lenguas latina y griega hace Quintiliano (1).

(1) Ovidio cuenta que Menandro andaba en manos de mujeres y niños "pueris virginibusque legi;" Juvenal escribe que todos "Hoc sermone (graeco) pavent, hoc iram, gaudia, curas,—Hoc cuncta effundunt animi secreta" (Sat. VI); Quintiliano recomienda el griego á los oradores, por el cual deben comenzar. "Graecum esse priorem placet" (Inst. Orat. I, 1, 13), si bien es de observar que los consejos de Quintiliano son de carácter circunstancial, y como él dice "latinum..... vel nobis nolentibus perbibet" (I, 1, 12).

Aunque no podemos admitir la doctrina de Max Müller y otros sobre la penetración y predominio del griego en el latín, porque es opuesta á la verdad histórica, la cual por el contrario, nos hace ver como preponderante el influjo del latín en los dominios del griego, según demostramos en su lugar, hacen sin embargo á nuestro propósito la siguientes palabras del profesor de Oxford: "Quand Rome prit des mains défaillantes de la Grece le flambeau de la science, il avait cessé de geter son plus vif éclat. Crysippe et Carnéade avaient succédé á Platon et á Aristote; Eschyle et Aristophane avaient été remplacés par Euripide et Ménandre. En devenant gardienne de

Pero si bien estos y otros hechos demuestran la aceptación de la lengua helénica en las regiones latinas, no pueden en manera alguna aducirse como demostración de una invasión lingüística del griego, á pesar de que en tal sentido suelen invocar filólogos y críticos ejemplos análogos. Por el contrario, es innegable que no obstante el cultivo del griego en Roma, la invasión y dominio del latín en Grecia ha sido aspiración constante de los romanos; se estudiaba el

l' étincelle de Prométhée, qui avait d'abord jailli en Grece et qui était destinée à éclairer non seulement l'Italie, mais tout l'Europe, Rome perdit beaucoup de cette vertu native qui avait été la source de sa grandeur Toutes les générations nouvelles furent pénétrées de plus en plus par l'élément grec. En 131, nous entendons parler d'un consul, Publius Crassus, qui, comme un autre Mezzofanti savait parler les différents dialectes du grec. Sylla permit aux ambassadeurs étrangers de parler grec devant le Sénat romain. Le philosophe stoïcien Panaetius fut l'hôte des Scipions, dont la maison fut pendant longtemps le rendez-vous de tous les écrivains célèbres de Rome. Le historien grec Polybe et le philosophe Clitomaque, Lucilius le satirique, Térence le poète africain (196-159) et l'improvisateur Archias (102 av. J. C.) étaient toujours assurés d'un accueil favorable. Dans cette réunion choisie, les chefs-d'œuvre de la littérature grecque étaient lus et commentés; les problèmes de la philosophie grecque étaient discutés, et les plus graves intérêts de la vie humaine formaient le sujet des conversations sérieuses. (Leçons etc. I. 3.^o tr. Harris).

En confirmación de lo dicho, plácenos trasladar aquí las palabras de un sabio escritor español del siglo XVIII, contemporáneo del insigne filólogo Hervás, como éste desterrado de España en los aciagos tiempos de Carlos III, y ambos de la Compañía de Jesús. El Abate J. Andrés en su obra escrita en país é idioma italiano: *Origen, progresos y estado actual de toda la Literatura* (trad. española de C. Andrés), dice refiriéndose á los antiguos estudios lingüísticos de los latinos: "Su ejemplo (el de Crates de Mallos, á quien hemos mencionado como introductor en Roma de los principios gramaticales griegos), movió á algunos romanos á imitarlo, y luego se vió á un Cayo Octavio Lampadión explicar el poema de la guerra púnica de Nevio, á un Quinto Vargunteyo leer á un gran concurso de oyentes los anales de Ennio, á un Quinto Filocomo exponer las sátiras de Lucilio su amigo, á dos caballeros romanos L. Elio Lanavino y Servio Clodio, ennoblecer la gramática, que cultivaban con particular estudio, y á otros ilustrar de otros modos aquella docta arte. En poco

griego por la preponderancia indiscutible de las letras y ciencia helénicas, pero se procuraba mermar no sólo el ascendiente, sino también los dominios de dicho idioma; aparecía éste como elemento de cultura para la civilización romana en concepto de lengua sabia, pero aspirábase sin cesar á reducirla á la categoría de lengua muerta, con lo cual vino á trabarse una lucha muy sostenida entre el idioma invasor y el idioma invadido, en la que después de alternativas de varia índole, acabó el griego por sobreponerse á las incursiones glotológicas del Lacio para continuar viviendo vida propia, bien que alejándose sin cesar de los antiguos modelos del clasicismo helénico.

tiempo establecieron su trono en Roma los gramáticos: veinte célebres escuelas abrieron luego en aquella ciudad, y exigían millares de escudos en pago de su acreditada enseñanza. No se contentaban los gramáticos griegos y latinos con este nombre común á todos ellos, y tomaban otros que les parecían más pomposos. Eratóstenes Filólogo, y el gramático Ateyo quiso ponerse el mismo nombre. Aristarco, Crates y otros se hicieron llamar Críticos. El latino Higino, el griego Alexandro y otros gramáticos fueron distinguidos con el nombre de Polyhistores; y de este modo eran honrados los gramáticos con diversos títulos. La fama de aquellos célebres profesores llamaba á sus escuelas no sólo á los jóvenes, sino hasta á los mismos magistrados públicos. Y Cicerón por más ocupado que estuviere en su pretura, corría ansioso á la escuela de Marco Antonio Grifo para aprovecharse de sus lecciones: Salustio no se desdenaba de buscar para la composición de sus historias el auxilio del gramático Ateyo; y Asinio Polión, que parece haber querido reprender por esto á Salustio, reconoció después por maestro al mismo Ateyo. Varrón, el oráculo literario de los romanos, el hombre más erudito que había visto Roma, quiso componer muchos libros sobre la gramática.... En tiempo de los emperadores hubo en Roma gran número de gramáticos griegos y latinos; y entonces se señalaron estipendios públicos para los profesores de aquel arte, que antes sólo eran pagados por los discípulos; entonces se erigió un edificio donde se abrieron escuelas públicas; entonces en otras varias ciudades no sólo de Grecia y de Italia, sino de las Galias, de España, de Africa y de todo el imperio romano, eran tenidos en mucho aprecio los gramáticos griegos y los latinos, y ningún título literario se vió tan frecuentemente en las antiguas lápidas para honrar los sujetos, como el de gramático ó de filólogo. Tiberio y Nerón gustaban de tener varias

La invasión del latín en el griego comienza con la invasión militar de las legiones romanas en Grecia; y desde Felipe V de Macedonia que hace alianza con Aníbal contra Roma, hasta la conversión de la Grecia en provincia romana, el elemento militar ejerció presión constante y sostenida sobre la acción política de los griegos y sobre el idioma helénico en favor de la lengua del Lacio. Las legiones romanas hablaban latín, y en latín se les obligaba a expresarse en los documentos y actos oficiales como en los de carácter privado, con exclusión absoluta de todo otro idioma; en latín se exhortaba al ejército, en latín se les comunicaban disposiciones y leyes, y en latín se redactaban las proclamas a la gente griega. A sesenta y seis mil ascendían los soldados romanos que ocupaban el Oriente en los primeros siglos de la era cristiana, sin contar las tropas auxiliares, y si a esto se añade el crecido número de antiguos legionarios que, libres de la milicia, se establecieron en territorio griego bajo los auspicios militares de Roma, la multitud de latinos y de libertos, a que aluden Dión Casio y Plinio, que allá

cuestiones con los gramáticos más célebres, y tomaron algunos de ellos por confidentes y privados; y posteriormente Adriano, tan amante de la lengua griega y de toda la literatura, llevó a Roma muchos gramáticos griegos, que dieron nuevo lustre a su arte; y los gramáticos, con la decadencia de los otros estudios y con la protección de los emperadores, reinaban en Roma y ocupaban el imperio universal de las letras griegas y romanas.... Había en Roma escuelas griegas y latinas, y había profesores distintos para una y otra lengua. Y así se ven, en efecto, en las inscripciones de Gruter o M. Mecio Epafródito y Domicio Esquilino, gramáticos griegos, y un P. Atilio Septiciano, gramático latino. Asinio Polión daba, según Suetonio, el nombre de gramático latino a Ateyo el Filólogo, y el mismo Suetonio llama gramático griego a Cornelio Alejandrino.... La literatura griega y romana casi toda había llegado a tales términos, que merecía el nombre de Gramática ó Filología antes que otro alguno. ¿Qué eran si no doctos y eruditos filólogos los Plutarcos, los Porfirios, los Jamblicos y los Ateneos? Qué los Diones Crisóstomos, los Herodes áticos, los Hermógenes, los Longinos y otros sofistas y retóricos? Qué Solino llamado Polyhistor, Apuleyo, A. Gelio y Macrobio, Censorino, Marciano Capela y cuantos se distinguían en alguna mayor erudición? Aun de los autores eclesiásticos, ¿cuántos no podrían, y aun tal vez deberían referirse a esta clase? La gramática podrá tener a mucha gloria suya el contar entre sus escritores dos ilustres doctores de la Iglesia, San Agustín y San Isidoro, y otros dos casi igualmente célebres, Boecio y Casiodoro." (Ob. cit., tomo VI, l. 4, 1).

fueron a constituirse en familia, podrá juzgarse de la influencia ejercida militarmente para implantar el latín en Grecia (1). Esta influencia fué luego secundada por la colonización latina. Corinto, *totius graeciae lumen*, como dijo Cicerón, fué poblada por Julio César de gente romana y de veteranos, según refiere Estrabón (VIII, 6, 23—11, 540, 24), y la misma hermana de Augusto, Octavia, tuvo allí un santuario al lado de las divinidades egipcias Isis y Serapis (2). De igual suerte que en Corinto,

(1) Sobre el sistema de colonización de los romanos y para datos de historia v. el manual —*Handbuch*—, III, de Becker-Marquardt, y en orden directo a nuestro propósito, v. a Lafoscade, quien en la Bibliot. de la Escuela de Altos Estudios, fasc. 92, hace sabio estudio de la tesis que esbozamos. Suyas son estas palabras acerca de la importancia en el orden lingüístico de la invasión militar latina: "La conquete des pays de langue grecque avait été autre chose qu'une promenade militaire. Dès 215 a. C., Philippe V de Macédoine avait signé une alliance défensive avec Hannibal contre Rome et c'est seulement en 146 que la Grèce fut réduite en province romaine. Dans l'interwalle eurent lieu bien des campagnes; les premiers, mal conduites, n'en maintinrent pas moins en Macédoine les soldats de Rome; d'autres aboutissent aux victoires de Cynoscéales des Thermopyles, Maquésie; puis c'est la lutte de Persée, et de Paul-Emille, c'est enfin la défaite définitive de la ligue achéenne à Leucopetra. Ces expéditions répétées mettaient en contact les soldats romains et les peuples qui leur résistaient avec plus d'efficacité que ne l'ut fait une simple marche militaire. D'ailleurs même après la soumission de la Grèce, l'Orient ne cessait pas d'être le théâtre des opérations stratégiques des romains. C'était d'une part la soumission du royaume de Pergame, et la guerre contre Mithridate, et les succès de Lucullus et le siège d'Athènes par Sylla. C'étaient d'autre part les guerres civiles dont les pays grecs semblaient être le théâtre préféré: Pharsale, Philippes, Actium, et pendant tout cela et longtemps encore après, les guerres contre les Parthes.

Toutes ces expéditions ne se faisaient pas sans soldats.... Or si nous nous plaçons au temps de Tibère, nous constatons vingt-cinq légions romaines répandues sur les frontières.... Au s. II. nous Trouvons onze légions répandues en Orient.... Tout ce monde parlait-il le latin? Pas en totalité sans doute, mais en grande partie.... ce qu'il faut retenir, c'est que les conditions d'expansion de la langue latine ne paraissaient pas, en ce qui concerne l'armée, moins favorables sur cette frontière (la griega) que sur les autres." (Ob. y l. cit.)

(2) En las inscripciones y monedas, escribe Lafoscade, l. cit., Corinto es llamada *LAUS JULI CORINT*, ó también *C-I-C-A* (es decir, Colonia Julia Corinthus Augusta). Sobre ésta y demás colonias, véase Pauly's, Real Encyclopädie, Kiepert, Manuel, 157-158, Miliarakis, Cor. 110, Niebuhr, *Länd. u. Völkerk.*, 49-50.

la lengua latina adquirió carácter oficial en Patras, repoblada por Augusto de romanos (*οἱ ἐν Πάτραις Ῥωμαῖοι*, que menciona Estrabón) después de la batalla de Accio, así como en Nicópolis y otras poblaciones en el Epiro fundadas por Augusto con gente de religión y lengua romanas. Las siete colonias latinas de Macedonia, las cuatro de Tracia, y más allá del Bósforo, en la Grecia asiática, la tan importante entre otras, de Alejandria de Troas, villa á donde en el siglo I intentó Julio César trasladar el gobierno del imperio, como refiere Suetonio (Div. Jul. 79-82, 22-), y más tarde Constantino volvió á pensar en ello antes de decidirse por Bizancio. Las grandes colonias de Bitinia, el Ponto, Heraclaea, Nicomedia, la ciudad más importante de la Grecia en el s. IV, después de Constantinopla, y, por no citar otras muchas, las de Galacia, Licaonia, Cilicia, Capadocia y Cesarea en tiempos de Vespasiano, constituyeron centros de influencia poderosa y decisiva de civilización romana, cuyo primer elemento era siempre su lengua que indefectiblemente presidía á las señales de toda conquista, como dice San Agustín: «At enim opera data est, ut imperiosa civitas non solum jugum, verum etiam linguam suam domitis gentibus per pacem societatis imponeret.» (*De Civ. Dei*, XIX, 7 (II, 320).

Después de la sujeción de la Grecia al imperio romano, la lengua latina grandemente extendida en aquella región, acabó por hacerse idioma obligado en la vida civil, y obligatorio en cuanto esto podía efectuarse. En Grecia la lengua oficial, la lengua de los tribunales, de la legislación, de la administración, de las escuelas públicas etc., fué el latin exclusivamente. Y mientras en Oriente se imponía la lengua romana, en Roma, en el Senado, se prohibió por mucho tiempo á los diputados extranjeros hablar otro idioma que no fuese el del Lacio. Aulo Gelio en sus citadas *Noches Aticas*, menciona los tres filósofos que enviados ante el Senado romano por los atenienses para formular una reclamación, no se les ha querido oír sino mediante intérprete, y no era ciertamente por ignorancia del griego, puesto que como tal intérprete les sirvió un senador, y sin necesidad de él, fueron allí mismo admirados los tres filósofos disertando sobre asuntos ajenos á su misión (1). El primer extranjero que se hizo oír sin intérprete, fué el retórico Molón,

(1) «Erant isti philosophi Carneades ex Academia, Diogenes Stoicus, Critolaus Peripateticus. Et in senatum quidem introducti interprete usi sunt C. Acilio senatore, sed ante, ipsi seorsum quisque ostentandi gratia magno conventu hominum disertaverunt. Tum ad-

maestro de Cicerón; y este procedimiento es enérgicamente reprobado por Valerio Máximo, quien se lamenta de que se le «abriese la puerta» á esa costumbre «qua graecis actionibus aures curiae exurdantur.» Al mismo Cicerón se le acusa de grave crimen, «facinus indignum,» por haber hecho uso del griego en el Senado, y se le reprueba sobre todo como intolerable que hablase en griego á los griegos de Siracusa (1). Tiberio á pesar de sus aficiones al griego de que nos habla Dión Casio (I, VII, 15), se abstenia de hablarle sobre todo en el Senado, como declara Suetonio (Lib. c. 79), y llegó á prohibir á un centurión responder en griego ante dicha asamblea á una pregunta formulada en este idioma (2). Por su parte Claudio prohibió á los gobernadores del territorio helénico ni aun mentar el griego, y retira el título de ciudadano romano (á pesar de prodigarse éste tan extraordinariamente, que podía adquirirse, según Dión Casio, por cosa baladí, hasta por vasos rotos, —*ualina skeue suntretummena*—), á un diputado de la Licia por no conocer el latin, como manifiesta el citado Dión Casio (3). El conocimiento de la lengua latina llegó á ser condición general indispensable para ocupar puestos públicos en el país conquistado, sin que se tuviese tan en cuenta si el designado conocía la lengua del país que debía administrar; así, no fal-

mirationi fuisse aiunt Rutilius et Polybius philosophorum trium sui cuiusque generis facundiam.» (Aul. Gell. *Noct. Att. VI*).

(1) Cic. In C. Verr. II, IV: «indignum facinus esse, quod ego in senatu Graeco verba fecissem; quod quidem apud Graecos Graece locutus essem, id ferri nullo modo posse.»

(2) Es de notar hasta qué extremo se llevaba la escrupulosidad en este punto, la cual se refleja en estas palabras de Suetonio (l. cit.) relativas á Tiberio: «Sermone graeco quamquam alias promptus et facilis, non tamen usque quaque usus est, abstinitque maxime in senatu; adeo quidem, ut *monopolium* nominaturus veniam prius postularet, quod sibi verbo peregrino utendum esset; adque etiam cum in quodam decreto patrum *emblemata* recitaretur, commutandum censuit vocem, et pro peregrina, nostratam requirendam, aut si non reperiretur, vel pluribus et per ambitum verborum rem enuntiandam.» Y adviértase que Tiberio sentía verdadero placer en hablar griego cuantas veces le era dado: «Πολλὰς μὲν δίκας ἐν τῇ διαλέκτῳ ταύτῃ καὶ ἐκεῖ λεγομένας ἀκούων, πολλὰς δὲ καὶ αὐτὸς ἐπερωτῶν» escribe Dión Casio (I, 7, 15).

(3) «... τὴν πολιτείαν ἀφείλετο, εἰπὼν δεῖν Ῥωμαίων εἶναι τὸν μὴ καὶ τὴν διάλεξιν σφῶν ἐπιστάμενον» (Dión Casio, LX, 17, 4.— Cf. Suet. Claud. 16).

tan ejemplos como el que refiere Filostrato de un gobernador de Acaya en tiempo de Nerón, y otro análogo citado por Libanio, que no conocían ni la primera palabra de la lengua de la región que les era encomendada.

Los escritores griegos no han podido permanecer alejados del movimiento general en favor de la literatura latina ni de su lengua, cuyo influjo en la vida social llegó á dejarse sentir de una manera preponderante y visiblemente extremada (1).

Los historiadores griegos no son ya lo que en tiempos más venturosos eran Herodoto, Tucídides, Jenofonte.... sino que, cambiado el carácter político y social de la Grecia, su historia va unida á la historia romana, y su vida ni en literatura ni en hechos permanece aislada de la vida de las regiones latinas. Polibio estudia latin, vive largos años en Roma en contacto con los escritores romanos é historiadores latinos, y traduce al griego los más antiguos *tratados* de los romanos con otros pueblos, alguno de los cuales es traducido nuevamente sobre la versión griega al latin por Tito Livio. Dionisio de Halicarnaso aprende el latin y lee los escritores latinos, como él mismo de-

(1) El romanismo había penetrado en las costumbres griegas por modo singular. Latinos eran los nombres comunmente usados, y en especial preferidos los nombres romanos de personas ilustres, que se prodigaron extraordinariamente entre los griegos. Latina era la cultura en todos sus aspectos y variedades; latinas las formas del culto, y contados entre las divinidades los emperadores de Roma. Inscripciones bilingües greco-latinas ó viceversa, nombres y apellidos semigriegos y semilatinos ó griego el uno y latino el otro, latinizantes en prosa y verso que escriben en honor de Roma ó de sus Césares, y que tienen á honra el título de "poeta del emperador" etc., son cosas comunísimas en el período á que nos referimos. Los títulos de *philoromaios* y *philokaisar* aparecen lo mismo en las inscripciones de las islas del mar Egeo que en las márgenes del Bósforo; con los títulos de "dios libertador," "padre de la patria," "salvador del mundo" y otros análogos, era corriente adular á los emperadores latinos. A Nerón mismo, además de esos dictados, se le daba el de "nuevo sol que esplendora á los helenos" — *γέος Ἡλίου ἐπιλάμπας τοῖς Ἑλλησιν*;— Claudio se ha visto en la precisión, según Suetonio, de prohibir el abuso de los nombres gentilicios de Roma, y por su parte Plutarco creyó oportuno recomendar á los griegos "discreción y dignidad." (Cf. Lafoscade, l. cit. y también los mencionados Egger, Mommsen, Budinszky, y aun Renán, Orig. III). En Egipto, donde se hablaba el griego desde los Ptolomeos, por rara excepción continuó la lengua helénica con carácter oficial bajo la dominación romana.

clara *ἐγὼ καταπλεύσας εἰς Ἰταλίαν...*, dice, *διλεκτόν τε τὴν Ῥωμαϊκὴν ἐκμαθὼν καὶ γραμμάτων ἐπιχωρίων λαβὼν ἐπιστήμην... καὶ τὰ μὲν παρὰ τῶν λογιωτάτων ἀνδρῶν, οἷς εἰς ὀμίλιαν ἤλθον διδαχῇ παραλαβὼν*, etc. (*Antiq. rom.* I, 7, 21). Asi mismo, se ocupa en traducir é imitar á los autores latinos, bien que en ello es regularmente poco feliz, y aun se permite hacer observaciones críticas acerca de la lengua romana. Plutarco, ya entrado en años, se dedica al latin, de cuyo conocimiento hace luego uso en sus trabajos (Plut. *Quaest. rom.* y Suidas, voz *Ploutarjos*) asi como Estrabón que cita á César y se relaciona directamente con los romanos; Apiano de Alejandria traduce versos latinos; Arriano escribe cartas en latin al emperador — *en tois rómaïckais grammasin quegraptai*— (Arr. *Peripl. Pont. Eux.* VI, 2); Dión Casio participa también del común ambiente romano (párase á notar que la palabra *auctoritas* no puede traducirse con exactitud al griego), y, omitiendo otros, Zenobio hace una traducción griega de Salustio— *Μεταφράσιν Ἑλληνικῶς... Σαλουστίου τοῦ ρωμαϊκοῦ ἱστορικοῦ...*, como dice Suidas (voz *Zenobios*).

Al lado de los historiadores figuran los juriconsultos, los retóricos y los gramáticos, que constituyen nueva prueba de la invasión latina en Grecia. Leyes latinas, constituciones redactadas en latin que van aumentando el cuerpo del derecho, magistrados que hablan en latin y procesos redactados en lengua latina, hicieron no sólo que ésta fuese la lengua jurídica, sino también obligado su estudio á los juriconsultos griegos (1);

(1) Los magistrados que conocían el griego rehusaban generalmente hablarle, como dice Valerio Máximo (II, 2): "Illud quoque magna cum perseverantia custodiebant, ne Graecis unquam nisi latine responsa darent, quin etiam ipsius linguae volubilitate, qua plurimum valent, excussa per interpretem loqui cogebant non in urbe tantum nostra, sed etiam in Graecia et Asia, quo scilicet latinae vocis honos per omnes gentes venerabilior diffunderetur." A las partes se les permitía hablar en griego, pero donde ésta no era la lengua de la ley, ni de los magistrados, ni del juicio (que aun en tiempo de Constantino se substanciaba en latin), significaba muy poco aquella concesión, y veíanse los contendientes en la precisión de hablar latin ó usar de intérprete. En cuanto al cuerpo del Derecho, el formalismo romano se oponía á toda traslación al griego, é hizo que se vacilase largo tiempo sobre la traducción de las fórmulas legales romanas, algunas de las cuales dejó intactas el mismo Teófilo. (Véase sobre esto, Dirksen, *Freund. Spr. bei d. rom.*, Bethmann-Hölweg, *Civilprozess*, II, Lafoscade, *Influence du lat.* etc.).

buena parte de éstos eran formados totalmente en las escuelas romanas, de donde salieron los hombres más conspicuos en la ciencia del Derecho. Recuérdese que el jurisconsulto Papiniano era originario de la Fenicia, y que Ulpiano procedía de Tiro (1), colonia romana que poseía el derecho itálico, como el mismo Ulpiano declara (Dig. L, 15, 1). San Gregorio Taumaturgo, después de haber estudiado en Capadocia, creyó conveniente perfeccionar sus estudios en la escuela de jurisprudencia romana establecida entonces en Beirut —...ἡ τῶν Βηρυτιῶν πόλις... τῶν νομῶν παιδευτήριον.—

Entre los retóricos y gramáticos hubo algunos, como escribe Lafoscade (Ob. cit.), que se latinizaron completamente, lo cual constituía una victoria positiva para el latín; otros se contentaron con conocerlo y traducirlo, favoreciendo su introducción. Timolaos, descendiente de la reina Zenobia, retórico y gramático distinguido, Q. Cecilio, de origen griego, que abrió una escuela en Roma para explicar á Virgilio, como dice Suetonio (Gr. XVII), y otros mencionados en inscripciones, al lado de cuyo nombre figura el dictado de γραμματικός Ρωμαϊκός, pertenecen á la primera clase. Entre los de la segunda, prescindiendo de Aristónicos, Eraklides, Didimo, Theón y demás gramáticos griegos que hicieron sus estudios en Roma, merecen citarse Apión Alejandrino que en el siglo primero de nuestra era escribió una gramática Περὶ Ῥωμαϊκῆς διαλέκτου, y los ejercicios de traducción comparada de latín y griego atribuidos á Dosíteo, de tanta eficacia para la difusión de la lengua romana entre los helenos (2). Finalmente antes del siglo IV, encontra-

(1) Aunque Ulpiano dice ser de origen tirio —“..... Tyríorum colonia, unde mihi origo est” etc.— (Dig. L, 15, 1), creen algunos, entre ellos Teufel, Niebuhr—Rom. Gesch. V— etc., que este origen se refiere á la procedencia de su familia, pues Ulpiano conocía el latín demasiado bien para ser extranjero. No sería difícil sin embargo que un súbdito romano y educado en las escuelas romanas, llegase á familiarizarse con la lengua latina como propia, ya que decididamente hubo de ser privativa para el inmortal jurisconsulto. Nada, pues, obsta para que le creamos nacido en la esplendídisima colonia de Tiro—in Syria Phoenice,— que él menciona.

(2) Estos trabajos del Pseudo-Dositeo, corresponden como los de Julio Polux ya mencionados, al s. IV. (Cf. Krumbacher, *De cod. Pseudodosit.*, y sobre éste y otros, Weber, *Lat. gr.* I, Dirksen, *Freund. sprach. bei d. Rom.* y también Egger, ob. cit.). Lafoscade (l. cit.) copia las siguientes palabras del Pseudo-Dositeo, que se refieren á la utilidad del libro: «πολλά μέντοι καὶ ποικίλα, ἃ εἰς ἐρμηνείαν

mos como fórmula corriente la expresión «ἡ ἐπιτέρα γλῶττια» entre los griegos, para significar la conveniente pericia en el griego y en el latín, á la manera que los romanos hablan frecuentemente de «utraque lingua» en igual sentido (1).

Con la traslación de la capital del imperio á Bizancio, el latín continuó en su preponderancia sobre el griego con toda la pujanza que le permitía la corte de Constantinopla. En las regiones oficiales el latín se imponía con la corte y la aristocracia romanas trasladadas á Grecia. Constantino habla en latín, emplea esta lengua así en el Senado como en los Concilios, y obliga á los soldados á aprender la lengua latina y á orar en este idioma (2). Libanio y el mismo S. Juan Crisóstomo, su disci-

μεταφράζεσθαι οὐ δύναται οὔτε ἀπὸ ἑλληνικοῦ εἰς Ῥωμαϊκῆς εἰς τὸ ἑλληνικόν... τούτου τοῦ πράγματος εὐρεθήσεται βοήθημα μεθόδω.» Entre los poetas latinizantes, habremos de recordar á Evodio Rodio que cultivaba el género épico en latín, en tiempo de Nerón; «ὁ zaumaszomenos eis romáikēn poiēsin,» como escribe Suidas (v. Evodios).

(1) Cf. Cicerón *de Off.*, I, 1; Quintiliano *Inst. Or.* I, 1, A. Gel. *Noct. Att.* XVII, 5, y el mismo Tertuliano *adv. Prax.* c. III, prescindiendo de otros, como Horacio, Suetonio, etc.

(2) Eusebio (v. C. IV) que traduce al griego la oración usual, dice: *Kai tēs eujēs de tois stratiotikois apasi didascalos en autos, Romaia glottē tous pantas ode legein egkeleusamenos.* “El mismo Eusebio (lib. III) advierte que en el concilio de Nicea, el emperador habló en latín ante los obispos griegos. (Cf. Weber, *Lat. Gr.* II, Hertzberg *Gesch. Gr.* I, Lafoscade l. cit.)

Aunque Constantino se ve obligado á publicar en griego y en latín sus constituciones, la lengua oficial es la última, y las sentencias continúan redactándose en ella hasta Arcadio, que permite optar entre dichos dos idiomas. Los testamentos tampoco tienen valor sino redactados en latín, hasta Teodosio II.

La leyenda que nos refiere Codinus sobre el origen de Constantinopla, es el símbolo más expresivo de la completa romanización que se trató de llevar á la capital del imperio bizantino. Según ella hizo Constantino que cierto día saliesen los Senadores romanos á pelear á la Persia, y aprovechando su ausencia dispuso que hábiles arquitectos reproduciendo exactísimamente el plano de Roma, de sus casas, edificios públicos etc., levantasen á orillas del Bósforo la nueva Roma, á la cual hizo trasladar las familias de los Senadores romanos, de suerte que al regreso halláronse éstos fuera de su patria, con la ilusión perfecta de Roma: Ὡς γούν, escribe Codinus, εἶδον τυτῶς πυλεῶνας καὶ τὰς αὐλὰς καὶ τὰς ἀνόδους ὁμοίας ταῖς ἐν τῇ Ῥώμῃ καὶ τὰ μέτρα..... ἔδοξαν εἶναι ἐκ φαντασίας εἰς τὴν Ῥώμην.

pulo, nos dicen que para obtener puestos en la corte es menester saber latín, y el que lo sabe «*ἐν τοῖς Βασιλείοις ἐστὶ λαμπρὸς καὶ πάντα ἄγει καὶ φέρει τὰ ἔνδον.*» (*Chrysost. Adv. opp. vit. mon. III*).

Fuera del dominio oficial, los jurisperitos, los eruditos y hombres de ciencia, y el alto personal de la Iglesia conocen el latín, leen los escritores latinos y los traducen, los citan ó los comentan según las circunstancias. En un discurso de Constantino cuyo texto griego nos da Eusebio, va inserta la hermosa y tan comentada égloga de Virgilio «*Sicelides musae, paulo mājora canamus...*» — *Σικελίδες Μοῦσαι, μεγάλην φάτιν ὑμνήσωμεν...* — traducida también en verso, aunque libremente al griego, y sin duda por el mismo Eusebio, á quien era familiar el conocimiento de los autores latinos, como lo demuestra aduciendo constituciones de Licinio, edictos de Galiano, textos de Tertuliano etc. (1). Arriano, citado por Suidas, aparece como traductor de la Geórgica de Virgilio: *Μετάφρασιν τῶν Γεωργικῶν τοῦ Βεργιλίου ἐπικῶς ποιήσας*. Temistio pone en griego una carta de Constancio al Senado; Varrón, Tito Livio, Salustio, Columela... son leídos y citados y hasta copiados en ocasiones por los escritores griegos de esta época. Claudiano y Amiano Marcelino, ambos de origen griego (alejandrino el primero y el

(1) Hase dicho que la traducción griega de la notable producción virgiliana, se ha hecho de propósito sin estricta sujeción al texto latino, con intento cristiano y para ajustarla á las creencias religiosas. No es esto improbable dado el carácter excepcional que en este sentido ofrece la Egloga mencionada, en la cual se ha reparado desde muchos siglos ha, y se fija también Constantino al aducirla en favor del cristianismo, á la manera que recuerda al mismo objeto en su discurso el acróstico misterioso de la Sibila Eritrea, cuyas letras iniciales de los 34 versos griegos nos dan: «*Jesucristo hijo de Dios salvador del mundo.*» La interpretación cristiana de la Egloga IV, que Gibbon no duda denominar «*la de más brillo, y en verdad la más plausible*» (*Decad. del Imp. Rom. 20*), así como la autenticidad de los cantos sibilinos, ha sido ampliamente discutida; pero no hace á nuestro propósito ni es posible ocuparnos aquí de este punto. Con respecto al texto griego advertimos que la libertad con que está traducida la Egloga mencionada, es cosa frecuente en las demás traducciones de la época, aun las que no tienen carácter eclesiástico; y no debe por lo mismo causar esto sorpresa, ni es menester pensar en que el traductor se haya propuesto alterar el texto de una composición en verso, cuando no es la letra sino el espíritu aun de los prosistas latinos lo que entonces solían conservar las traducciones en prosa griega.

segundo antioqueno) escriben sus trabajos en latín, y puede decirse que con ellos se cierra en la literatura latina el catálogo de los escritores latinos de algún mérito.

Por los escritores eclesiásticos griegos es igualmente cultivada la lengua latina, la cual domina ya de una manera exclusiva en los escritores de la Iglesia en Occidente. La traducción griega del *Apologetico* de Tertuliano, la de los *Escritores* eclesiásticos de San Jerónimo y de otros trabajos del mismo, hecha por Sofronio, el profundo conocimiento del latín que posee el Obispo de Tiro, Doroteo, y que celebran los autores griegos, la instrucción latina de San Atanasio (que él reclama también para los Obispos griegos en general), así como la de otro decidido adversario del arrianismo, San Epifanio, demuestran que la Iglesia griega al escuchar la voz y acatar las determinaciones de Roma procuraba cultivar la lengua oficial de la Iglesia Romana (1).

La invasión del latín en el griego, pues, hase efectuado en todas las manifestaciones de la vida social, recorriendo el orden civil y el religioso, el popular, oficial y el científico, de tal

(1) La lengua latina no es sin embargo conocida en todas las iglesias de Oriente por este tiempo, como lo demuestra el hecho de que en el Concilio de Éfeso (431), leídas por los legados las letras pontificias en latín, reclamaron seguidamente los congregados su traducción al griego; cosa que á su vez se había previsto en Roma, pues los legados llevaban también una versión griega debidamente autorizada; porque «*hay muchos de nuestros santos hermanos y obispos que ignoran el latín*» — *πολλοὶ εἰσι τῶν ἁγίων ἀδελφῶν καὶ ἐπισκόπων ἡμῶν, οἳ τινες Ῥωμαῖστί ἀγνοοῦσι...* (*Mansi Ampl. Coll. IV, 1284*).

Es de advertir que la lengua de la Iglesia aun en Occidente durante los primeros siglos fué la lengua griega, y mientras por una parte ella prestaba su cooperación á la obra divina del Evangelio, el Cristianismo la mantenía en sus dominios y la elevaba en sus prestigios. Durante los dos primeros siglos, la liturgia, la predicación, las epístolas de los Papas, los escritos de los santos Padres y escritores eclesiásticos (excepción hecha de los de la Siria), todo es griego, y las inscripciones sepulcrales de los Papas aparecen en griego en la catacumba de San Calixto hasta mediados del siglo III, como dice Rossi (*Roma sotterranea*, II), y hemos tenido ocasión de comprobar varias veces durante nuestra residencia en Roma. La iglesia de Africa, tan dignamente representada en el orden teológico y científico general por los Tertulianos, Ciprianos, Fulgencios y Agustinos, es la primera en franquear el paso á latinidad con el carácter eclesiástico que hubo de recibir y conserva.

suerte que á no haber sido el griego, cualquier otro idioma hubiera sucumbido definitivamente. Mas á la lengua de la Hélade iba asociada toda la historia helénica de recuerdos perdurables, un caudal inmenso de riquezas literarias, y el carácter imborrable de un pueblo que conserva viva conciencia de su valer é idolatra en sus mayores y en sus pasadas grandezas, esperando con ansia la redención de un yugo que no han llevado nunca ni se avendrán jamás á llevar resignadamente. Estos tres factores, el carácter griego, su historia civil y su historia literaria, opusieron valla insuperable á la desaparición de la lengua griega, que por otra parte tan en consonancia estaba con el espíritu y modo de ser del pueblo que la había formado y la había elevado (elevándose también con ella) al grado de la mayor cultura.

La reacción helénica si bien iniciada antes de Justiniano, comienza con éste señaladamente; porque al determinarse por adoptar el griego como lengua jurídica, daba á un tiempo golpe mortal á la tradición latina del derecho con sus múltiples consecuencias, y restituía á la categoría oficial el idioma de la Grecia, que mediante sus sucesores acabó de confirmarse en su posesión (1). A partir de este punto, aparece cada vez más claro el retroceso del latín en sus dominios, y la reconquista griega. Las constituciones en este idioma adquieren predominio siempre creciente; en el tiempo mismo de Justiniano, Lydo hace notar el uso del griego en los funcionarios públicos, y recuerda con motivo de la decadencia del latín, que según una antigua predicción la suerte de los romanos va inseparablemente ligada á la suerte de su lengua; extiéndose el dominio del griego, y el pueblo le emplea en los actos oficiales y no ofi-

(1) Aunque Constantino había redactado disposiciones en griego, eran éstas como excepciones respecto de la regla ordinaria del latín. Lo opuesto exactamente sucede desde Justiniano, en que el griego se inicia como regla cuya excepción será el latín (Weber, *Lat. gr.*; Blastaris, *Synt.* II; Lafosc. *Lat. en gr.*): Ἰουστινιανός... ἐτι καὶ πρὸς τὴν ἑλληνικὴν τὰ τε τῶν κωδίκων καὶ τὰ τῶν δικαστῶν μεταβέλληκε φράσιν. En la Nov. VII, c. I: οὐ τῇ πατριῶ φωνῇ τὸν νόμον συνεγράψαμεν ἀλλὰ ταύτῃ δὴ τῇ κοινῇ τε καὶ ἑλοάδι, ὥστε ἅπασιν αὐτὸν εἶναι γνώριμον διὰ τὸ τυχόν τῆς ἐρμησίας. Cf. Theoph. R. III, 7. (v. Psichari, *Mots. lat. dans Theoph. et les Nov.*) Nótese la expresión τῇ πατριῶ φωνῇ aplicada al latín; en sentido análogo la usa Just. en la Const. XXXVIII hablando de ciertos *perfectos*.

ciales, y las inscripciones en esta lengua aparecen en las medallas y monedas (entre las cuales inscripciones figura el célebre *En τούτω νόμῳ* de Constantino), sin que quede del uso latino oficial otra cosa más que ciertas fórmulas, como la de «legimus» puestas al pie de algunos documentos imperiales, y otras de carácter puramente ceremonial (1).

En la esfera literaria la reacción comienza por los juristas, los cuales hacen aparecer en griego los textos del Derecho romano, y dan lugar á buen número de glosas y comentarios, que sin duda secundaban en mucho las aspiraciones helénicas en orden al lenguaje. A cuatro clases pueden reducirse los trabajos de los jurisconsultos: unos fueron traducciones literales (*κατὰ πόδα*), y regularmente de texto bilingüe; otros fueron traducciones compendiosas (*κατ' ἐπιτομήν*), ocasionadas por la gran multitud de leyes que era preciso acomodar al estudio del Derecho; la tercera clase estaba formada por las paráfrasis, glosas, etc. (*παραγραφαί*), auxilio necesario para la interpretación de textos antiguos y como complemento de las traducciones abreviadas; finalmente, para obviar la obscuridad de los compendios y la difusión de las glosas, adoptóse un término medio (*μέση τάξις*), en el cual tomando lo bueno de los compendios y utilizando lo oportuno de las paráfrasis, se formaba un todo distinto de ambas clases (2). En el siglo IX los juriscón-

(1) Watenbach habla del «legimus» de una misiva imperial del siglo VIII á Pipino, y Gardthausen cita esta expresión puesta á varias bulas pontificias en Bizancio.

Entre las fórmulas ceremoniales son de recordar las que nos ha conservado Const. Porphyrogenetes, que se proferían en el acto de la comida de los emperadores. Al sentarse á la mesa, cinco de sus domésticos entonaban un «Conservet Deus imperium vestrum.» Al mezclár el agua al vino, dejábase oír el «In gaudio prandete Domini.» Al tomar la bebida decían: «Bibite imperatores in multos annos; Deus omnipotens praestet;» terminando al levantarse el emperador y comensales con las palabras: «Bono Domino semper.» Constantino Porph. trae dicho ritual trasladado en caracteres griegos: *Legou-si oi pente boukoloi*: «Konserbet Deous eemperioum bestroum.» «Beebete Domeni eemperátōres een moultos annos,» etc. Es de notar que dicho escritor traduce seguidamente al griego este formulario, lo cual demuestra que su significación no era entendida.

(2) Pueden verse en Weber, *Lat. gr.* II, y Lafosc. *Lat. en gr.* —H. Etudes, 82— clasificaciones y obras de estos diversos grupos. Psichari, *Mots lat. dans Th.* etc., enumera los principales trabajos léxicos bizantinos y posteriores sobre las voces latinas en las obras

sultos griegos no conocían los textos romanos, y el derecho griego, siquiera privado de originalidad nativa é impregnado de latinismos, habíase emancipado por completo de la antigua tutela de Occidente.

En el orden eclesiástico déjase también sentir la negligencia hacia la lengua romana, y á pesar de los especiales motivos que obligaban á los griegos á conservar por entonces el conocimiento del latín, desde el siglo VI son muy pocos los teólogos de Grecia que saben este idioma. Si ejerce algún influjo el latín en dicha época, es porque la correspondencia continua con la Iglesia de Roma y las contiendas frecuentemente suscitadas movían á ello, y porque aun quedaba un resto de veneración por el idioma de los Padres de Occidente, cuyos escritos leían los dignatarios de la iglesia griega, aunque no siempre con ánimo de consolidar sus relaciones religiosas con los latinos (1). Así se explica que haya quien, como Anastasio, Obispo de Antioquia, traduzca al griego á fines del siglo VI á S. Gregorio Magno, y que las actas del concilio segundo constantinopolitano se escribiesen aún en latín. Mas fuera de esto, el movimiento latino aparece en absoluta decadencia. Ya hemos visto como en el concilio de Éfeso se reconoció la necesidad de traducir al griego los escritos pontificios, porque muchos Obispos no los entendían. En un concilio celebrado en Letrán (conc. *particular*) á mediados del siglo VII, contra los *monotelitas*, se reconoce la necesidad de traducir las *actas* al griego; y en el tercero general de Constantinopla (680), apenas se halla quien traduzca un escrito latino, recurriendo los Obispos á un presbítero llamado Constantino, á quien se le ruega enseñe á un diácono la manera de escribir en caracteres romanos: *kai upodeixon autoo, poos ofeilei grapsai ta romaika grammata*. En el siglo VIII, y en el conc. segundo de Nicea, ya no se lee el texto de una epístola de Adriano I, sino simplemente su traducción: *Ermeeneia grammatoon romaikon Adrianou.....*, y más tarde Nicolás I se ve precisado á recurrir al anatema para

jurídicas griegas. V. en igual sentido, además de Du Cange y Reitz, el *Lex. de Th.* etc. de Triantaphyllides.

(1) Recuérdese el hecho de que en la colección canónica *Trulana* se suprimieron los cánones de Sárdica, y se insertaron los *cánones africanos*, que eran *latinos*, entre los cuales estaban los referentes á la controversia de S. Cipriano con el R. Pontífice, favorables á la escisión que los griegos intentaban. La confirmación de esto, puede verse en algunos casos que cita Weber, *Lat. gr.* III.

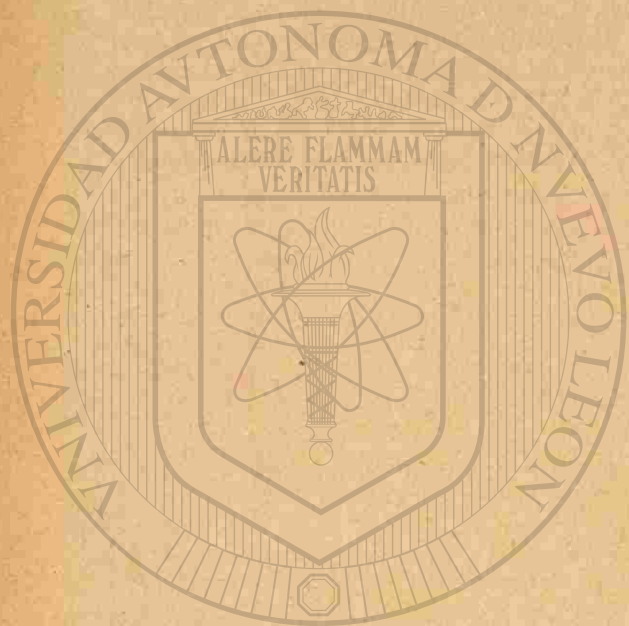
evitar las malas traducciones de los escritos pontificios, y las consiguientes inexactas interpretaciones que les daban en Grecia (1). En tiempo de Focio (s. IX), el latín no se reputa necesario ni útil, y dicho heresiarca prescinde ya de él en absoluto; á mediados del siglo XI el Obispo de Antioquia no halla quien pueda traducir una epístola del Papa, y se ve precisado á hacerla copiar por el mismo emisario y remitirla á Miguel Cerulario; con el siglo XII, puede darse por terminado el influjo latino en Grecia, ya que los escritores helénicos posteriores que aparecen conociendo latín, como Planudes y Demetrio Kydones, más bien que continuadores de las antiguas corrientes romanas, son ya precursores de la época del renacimiento que anuncian (2).

(1) V. estos datos en las colec. conciliares; en Coleti (VII, VIII, IX y X), lugares respectivos de los concilios y decretos pont., y en Krumbacher, Weber y Lafoscade, ya cit.

(2) Planudes vierte al griego varios poetas latinos, en verso y en prosa; y Kydones (s. XIV) traduce á Santo Tomás de Aquino.

En el conc. de Florencia los Obispos griegos y romanos usan sus respectivos idiomas, haciéndose entender por intérpretes.

La gradación de retroceso latino en los escritores no eclesiásticos de Grecia guarda paralelismo con la señalada en la literatura jurídica y en la de la Iglesia. Es de ver, p. ej., como en J. Malalas, en el mencionado Lydo y aun en Procopio y otros escritores griegos que conocen el latín, se refleja el período de transición y la decadencia de la lengua romana. Tiempos después y como marcando los grados de extinción de ésta ante el helenismo, encontramos á Jorge Syncelas y Teofanes, cuya latinidad es de exactitud más que dudosa, lo cual por singular manera se acentúa más tarde en las equivocaciones de Suidas y en el *Etimologicum Magnum*, cuando la dominación latina está para desaparecer.



Naturaleza de la glotología greco-romana.

VI

Principios doctrinales en la glotología griega y sus períodos. Fase filosófica. Fase gramatical. La época romana. Principios generales sobre la naturaleza significativa de las palabras según las antiguas normas de *analogía* y *anomalía*. Opiniones y criterios necesarios en la cuestión del lenguaje *φύσει ἢ θέσει*. El período antesocrático, filósofos que trataron dichas cuestiones glotológicas, y opiniones de los mismos. El período postsocrático. Platón; el Pitagoreismo neoplatónico; opiniones atribuidas a Pitágoras y formación de sus *akusmas*. Aristóteles, los estoicos etc. La época de los gramáticos griegos en orden á aquellos problemas. Los gramáticos *técnicos*. Caracteres íntimos de la glotología romana y planteamiento de las cuestiones dichas. Los gramáticos anteriores á Varrón. El criterio varroniano en estos problemas. Los gramáticos latinos de origen griego posteriores á Varrón y los de origen latino. Las partes del discurso entre los filósofos griegos. Idem entre los gramáticos. *Τέχνη* de Dionisio de Tracia, y su clasificación gramatical. Defectos é influencia de la misma. Las partes del discurso entre los gramáticos latinos. La etimología entre griegos y romanos. El hecho histórico de derivaciones etimológicas. El fundamento de las etimologías. Las reglas de investigaciones etimológicas. La noción de la etimología entre los antiguos. Definiciones de Casiodoro, San Isidoro, Alcuino etc. Etimologistas y lexicógrafos griegos. Triple clase de lexicografía antigua griega, y cultivadores de cada una de ellas. La escuela helenista, la escuela romanista y la escuela mixta en la lexicografía y etimología romana.

Señaladas las alternativas é indicadas las varias sendas de los estudios lingüísticos en Grecia y Roma, son de considerar ahora los elementos que hubieron de constituirlos, y los generales principios á que vinieron subordinándose las ideas glotológicas en estas regiones, con lo cual quedará determinado el carácter y alcance de aquellas investigaciones, y completada la verdad histórica y doctrinal filológica de los pueblos y edades á que nos referimos. Para ello forzoso nos será comenzar por una somera recapitulación de conceptos más ó menos desenvueltos en páginas

anteriores, con las cuales se eslabonan las materias que habremos de tratar en el presente capítulo.

Dos grandes períodos hemos de distinguir en la glotología griega y en orden á la formación sistemática de ésta: el período *filosófico*, ó sea la época en que las ideas lingüísticas se hallan vinculadas estrechamente á las teorías filosóficas, sin constituir cuerpo independiente de ellas, y el período *gramatical*, en que las doctrinas sobre el lenguaje, desprendiéndose de la filosofía, son directamente estudiadas por los gramáticos. El primer período abarca las dos primeras de las tres épocas en que suele por muchos dividirse la historia de la filosofía helénica (Ritter, Tennemann, Zeller, Brandis, Ueberweg, Hegel, etc.), ó aceptando otra norma bastante común y admisible, alcanza la fase de las escuelas hasta Sócrates, y la fase de las que corren después de él. El período antesocrático es fase que puede decirse y suele llamarse *cosmológica*, por el especial cultivo de los problemas que se refieren al origen y formación de la materia y del mundo; durante ella las cuestiones lingüísticas van inmediatamente subordinadas á las ideas sobre la realidad cósmica, y en general son poco precisas. En el período postsocrático, llamado *antropológico* por la preferencia que obtienen las cuestiones relativas á la lógica, á la psicología etc., adquieren importancia directa los problemas del lenguaje y se presentan con interés creciente hasta que en la filosofía estoica, última escuela de la fase á que nos referimos, la lógica recibe con el tratado sobre el lenguaje, una de sus partes constitutivas, que acaba por desgajarse para formar sección independiente en las escuelas gramaticales.

Las fases del período filológico-gramatical que corre desde la época alejandrina hasta el desarrollo de estos estudios en las escuelas romanas, están representadas singularmente, según lo dicho, por la escuela

de Alejandría fundada por Aristarco, y por la de Pérgamo, de Crates de Mallos. La escuela de Aristarco, cuyos discípulos fueron conocidos por los *αριστάρχαιοι*, del nombre de su maestro, ocupóse con preferencia de la crítica y de la hermenéutica de los textos de los poetas clásicos, en especial de Homero, con criterio literal y severo, ordenando á este fin sus preceptos gramaticales. La escuela de Crates, aunque se ocupó de crítica (él mismo escribió su *Diorzosis Iliados kai Odusseias* en nueve libros), siguió otras tendencias que las de Aristarco, sin alcanzar la importancia de éste en el terreno crítico. Fué el iniciador de la interpretación alegórica de Homero y de los poetas, ocasión después de no pocas hipótesis infundadas y arbitrarias. En general la escuela de Pérgamo fué menos precisa, literal y gramatical que la de Alejandría, y dada con preferencia á la erudición y comentarios; en la gramática y crítica señalóse la escuela de Aristarco, como notamos oportunamente.

Por lo que hace á las escuelas romanas en las cuales las doctrinas glotológicas no comienzan como en Grecia por ser filosóficas, sino por ser expuestas gramaticalmente, tienen carácter empírico más que especulativo, si bien con las oscilaciones que ya se dejan ver por lo atrás indicado sobre las mismas, y con resultados de significación en el orden analítico de la Gramática, cuyos principios son en general los importados de la Grecia, sistematizados por manera varia entre los latinos.

Estudiando comparativamente las tendencias lingüísticas de filósofos y gramáticos, hallamos como punto célebre de controversia entre los primeros la cuestión de la *naturaleza* de las palabras y modo de formarse el todo del lenguaje; «*quaeri enim solitum*, dice Gelio, *apud philosophos, φύσει τα ὀνόματα σὶντ ἢ θέσει.*» Cuestión que si bien no se ha presentado siempre de

un modo uniforme, ni se formuló primitivamente en orden al origen del lenguaje, acabó por plantearse indistintamente sobre si el valor significativo de las palabras es natural ó convencional, y acerca del origen natural ó convencional de las denominaciones. Entre los gramáticos hubo de referirse principalmente la controversia á las palabras consideradas objetivamente, inquiriéndose el influjo de la *analogía* y de la *anomalía* en el lenguaje, y si ha de juzgarse regido éste por la proporción *lógico-fonética* en las formas históricas de las voces, como quisieron los *analogistas*, ó ha de decirse el idioma independiente de aquella razón harmónica, según afirmaron los *anomalistas*; cuando ambas direcciones llegaron á sistematizarse constituyendo escuelas diversas. Como complemento de los extremos indicados origináronse otros varios, siendo entre ellos de mencionar las tendencias *especulativa* y *empírica* en la sistematización gramatical, resultante en parte de los dos grupos de gramáticos que fueron denominados *técnicos* y *empíricos*, á los cuales aludimos atrás, y que de alguna manera representan, con *analogistas* y *anomalistas* entre los antiguos, corrientes que muchos siglos después vinieron á significarse en la Filología comparada.

A cuatro reduce Amonio (*in Arist. Περί Ἑρμην.*) las opiniones de los filósofos antiguos sobre la naturaleza del lenguaje. Dos que explican la formación de las palabras *φύσει*, de las cuales la primera quiere que los nombres sean producto ordenado de la naturaleza, conforme á la de cada objeto designado; la segunda supone la intervención de nuestras facultades en la formación de las voces, pero resultando éstas siempre de conformidad con las cosas designadas. De las otras dos opiniones que sostienen haberse originado *θέσει*, una invoca el acaso y el arbitrio humano como razón suprema de las denominaciones; otra la acción selec-

tiva y voluntaria del hombre, pero conformándose á la naturaleza de las cosas denominadas. Y por cuanto la segunda opinión viene á ser una misma en ambos grupos, puede decirse que Amonio reduce á tres las opiniones sobre este punto: el extremo *φύσει*, el extremo *θέσει*, y un intermedio que no reconoce como principio exclusivo de la palabra ni la naturaleza ni la arbitrariedad. Intermedio en el cual puede descubrirse el punto de unión de las direcciones diversas en que se han presentado á Platón y Aristóteles, y que explicaría la discrepancia nominal y no doctrinal de los que declarasen *φύσει ὁ θέσει* las formaciones lingüísticas, pero sólo en la segunda opinión de cada uno de aquellos grupos.

He aquí también como León Majent., sobre el mismo *Perihermen.*, forma tres clases de opiniones en la materia: *Διὸ οἱ μὲν φύσει ἔλεγον τὰ ὀνόματα ὡς τῆς φύσεως ὄντα δημιουργήματα καὶ ὡς προσφόρος τῇ τοῦ πράγματος φύσει τιθέμενος· καὶ πάλιν οἱ μὲν θέσει ἔλεγον τὰ ὀνόματα, διὸ ἐξὸν ἐκάστῳ ἑκάστον πρᾶγμα ὀνομάζειν ὡς βούλεται· οἱ δὲ ὅτι ὑπὸ τοῦ νομοθέτου τοῦ ἐπισταμένου τὴν φύσιν τῶν πραγμάτων προσφόρος ἐπιτίθενται· τὸν μὲν γὰρ ἥλιον ἀρρενικῶς.*

Por su parte Proclo (*ad Cratylum*, c β^o) señala cuatro modos según los cuales puede decirse *φύσει* el lenguaje. En cuanto se considere éste como un *ἔργον*, comparable á las demás cosas de la naturaleza; en cuanto se diga una actividad natural ó una propiedad como el calor es propio del fuego, que es ejemplo de Proclo; en cuanto se tome como reproducción ó sombra de las cosas; en cuanto se presente como una imagen hecha á semejanza perfecta del ejemplar. Expresiones significativas respectivamente de estas cuatro opiniones: *οὐσίαι*, — *δυνάμεις*, — *ἐμφάσεις* — *εἰκόνες*.

Sobre estas clasificaciones y la apropiación que de ellas hacen á diversos filósofos Proclo y Amonio, los dos escoliastas respectivos de Platón y Aristóteles que han hecho prevalecer universalmente su criterio acer-

ca de las ideas glotológicas de éstos, descansa la exposición tradicional de las teorías aristotélica y platónica y las de otras anteriores sobre la naturaleza de la palabra. La crítica y el estudio detenido de los autores y textos han hecho modificar muchas de las apreciaciones de aquellos escoliastas, y ha quebrantado el conjunto histórico-lingüístico del neoplatonismo, con toda la restauración pitagórica que se complació en sostener y aun en inventar. No hace á nuestro intento entrar en un minucioso examen de las doctrinas glotológicas de comentaristas y libros comentados de la antigüedad griega; pero hemos de sentar algunos principios generales que á manera de criterios puedan utilizarse en la materia, y permitan apreciar el valor de muchos conceptos que suelen recibirse y transmitirse sin reparos.

1.º La doctrina lingüística presentada por los escoliastas de los antiguos filósofos ha de considerarse simplemente como exposición tradicional de estos, no siempre conforme con su legítima teoría, la cual en unos casos aparece claramente diversa, y en otros es posible conjeturarlo. La obscuridad y vaguedad de fórmulas empleadas, las varias acepciones de una misma palabra en diferentes tiempos y las ideas sistemáticas de los expositores, originan las diferencias doctrinales que es dado hallar cuando se cotejan debidamente el texto y sus escolios.

2.º Escoliastas de autoridad como Amonio y Proclo (para el *Perihermenias* de Arist. el primero, y el segundo para el *Kratilo* de Platón) que han impuesto la tradición de su tiempo sobre las doctrinas lingüísticas de otros escritores más antiguos por ellos comentados, no pueden admitirse como testigos fehacientes sino respecto de aquellos cuyos escritos han estado en condiciones de estudiar y entender convenientemente. De aquí que si en sus exposiciones de las ideas lin-

güísticas platónicas y aristotélicas hay deficiencias, en cuanto á las de otros filósofos, como Heráclito y Demócrito, están lejos de ser dignos de entera fe, así porque consta que no han consultado las fuentes, como por la falta de crítica que revelan en estas cuestiones, cuya confirmación se encuentra á cada paso.

3.º La cuestión de si las denominaciones son constituidas *φύσει* ó *θέσει* no se ha planteado de una manera precisa por los primeros filósofos á que suele atribuírsele, sino que las indicaciones rudimentarias de carácter metafísico y psicológico reducibles á aquellas fórmulas, se han aplicado posteriormente á la exposición *probable* de sus ideas lingüísticas. La primitiva fórmula de la filología griega sobre el punto dicho (que comenzó con los sofistas, aunque ya Hippias la emplea) y de donde descende la mencionada, es si las cosas tienen su ser *νόμῳ* ó *φύσει*; palabras ambas de la más amplia acepción en cada época y en cada sistema filosófico que las emplea, y de aplicación sucesiva á los principios lingüísticos en sentido vario, bien que en el fondo de este oscile comunmente la idea del valor *natural* ó *arbitrario* de las significaciones verbales.

4.º La sustitución de *νόμῳ* por *θέσει*, y por consiguiente la contraposición de *φύσει* y *θέσει* como expresión de las dos teorías glotológicas ya señaladas, es obra de los tiempos alejandrinos, bien que no pueda determinarse quien ó quienes hayan introducido la innovación (tiene fundamento en varias expresiones de Aristóteles), la cual no es puramente verbal, sino que dada la evolución de los conceptos lingüísticos, impúsose como importante para la precisión de la controversia que entonces se acentuaba.

Es según esto manifiesto anacronismo que puede incluir inexactitudes doctrinales, inquirir si los filósofos que precedieron á la época alejandrina indicada,

han defendido la teoría φύσει ὁ θέσει sobre las palabras, cosa sin embargo habitual y corriente en muchos escritores. El mismo Proclo no duda plantear la cuestión en los términos dichos sobre la opinión de Pitágoras, inclinándose á que defendió éste la doctrina φύσει; Amonio refiriéndose al mismo Pitágoras cree que sostuvo la opuesta, ó sea θέσει; Teodoto hace igual afirmación que Proclo; y de esta suerte se ha hecho que Pitágoras intervenga en una cuestión que estaba muy lejos de ser formulada en su tiempo, como en el de todos los demás cultivadores de la filología, predecesores de los alejandrinos. Pudiera aquel proceder justificarse si con él se intentase trasladar la doctrina antigua en cuanto fuese factible á los moldes nuevos, empleando las denominaciones en sentido no histórico, sino convencional y de analogía; sentido en el cual habremos nosotros de aplicar la fórmula *zesei* y *fusei* á tiempos á que no corresponde, por ser más asequible y evitar aclaraciones de pormenor sobre las antiguas escuelas que no es nuestro propósito presentar. Pero no ha sido ese el intento de los escritores mencionados, ni el de los que posteriormente se ocuparon de la controversia con igual criterio, en cuyos trabajos en vano se buscaría ningún género de salvedades ó indicaciones que determinasen sus palabras (1).

5.º Las expresiones primeras consagradas á la controversia de las denominaciones fueron, pues, φύσις y νόμος; sustituida esta última por θέσις, se empleó para significar que la palabra debe su significa-

(1) Entre los modernos Steinthal (*Gesch. d. Sprachw. bei d. Gr. u. Röm.*) es uno de los que se apartan del error común, en el cual incurre Lersch (*Sprachphilosoph. d. Alten*) no obstante su competencia y erudición. Por nuestra parte al emplear las palabras griegas *zesis*, *fusis*, en épocas en que no aparecen contrapuestas, habremos de escribirlas en caracteres romanos á fin de recordar su significación convencional.

ción al uso, al empleo convencional etc.; la acción libre é independiente de la naturaleza en el lenguaje, era representada por φύσις. Las opiniones simbolizadas en estas dos palabras no se refirieron originariamente, contra lo que sientan no pocos, al origen del lenguaje, sino al carácter concreto *significativo* que revisten las voces, y su relación con los objetos, sea cualquiera la causa originaria del lenguaje (1). Cuando llegó á sistematizarse el conjunto teórico de cada escuela, substancialmente volvió á reaparecer el νόμος en el concepto de norma legal lingüística, ya resultado de una ordenación natural de voces y significaciones — νόμοι φύσει, — ya de la voluntaria labor humana — νόμοι θέσει ὁ ἀνθρώπινοι —.

6.º La oposición de la ἀνωμαλία á la ἀναλογία comienza sistemáticamente con los filósofos estoicos. La primera ocasión histórica de dichas dos direcciones, fué el análisis de las composiciones literarias, principalmente de Homero, y el propósito de hallar un criterio que explicase las semejanzas y desemejanzas de formas que se ofrecían, permitiendo regular las variantes y reducirlas á normas dadas. La falta de bases fonéticas y morfológicas suficientes para entender el movimiento dialectal y de las partes gramaticales, condujo á los extremos de *harmonía* y *desharmonía* glotológica, que proclamaron analogistas y anomalistas como fundamento de sus respectivas teorías. La *analogía* y la *anomalía* disputáronse en un principio el dominio de la palabra y de sus leyes, no en el sen-

(1) Como equivalente á θέσις encuéntrase usada la palabra ἔθος, que entre otros, emplea Amonio; y Platón la usa en el Krátilo: Οὐ γὰρ φύσει ἐκάστω, dice, πεφυκέναι ὄνομά οὐδὲν οὐδενί, ἀλλὰ νόμῳ καὶ ἔθει; donde figura en el mismo sentido de νόμος. Frases no infrecuentes en el Krátilo son también la de ὀρθότης significando estabilidad y norma, y la contrapuesta de αὐτόματον, casualidad y ausencia de regla, en orden á las palabras.

tido psíquico en que todos reconocemos un influjo de organización y desorganización sucesivas en las lenguas, producto de analogías ú ocasión de anomalías en sus formas y vocablos, sino en un sentido objetivo, en cuanto existiese una causa determinada y concreta que rigiese la acción del hombre al hablar, y que fuese norma obligada de toda manifestación glotológica. Tampoco ha sido uno mismo el aspecto de la cuestión de *analogía y anomalía* entre filósofos y gramáticos. Los primeros, que fueron los estoicos, planteaban el problema entre la lógica y la gramática, para determinar las relaciones de categorías correspondientes; los segundos, limitándose al empirismo de las formas, combatieron en el terreno de los elementos léxico-gramaticales (1).

7.º Resultado de las disputas entre *analogistas* y *anomalistas* fué sin duda la sistematización gramatical, que cada escuela trató de reducir á *κανόνες* peculiares según los respectivos principios. Es este el origen del *Arte de Gramática* —*τέχνη γραμματική*—, cuyos cultivadores según la fracción del analogismo ó ano-

(1) Del concepto de *analogía y anomalía* tratan con mayor ó menor extensión los principales gramáticos de la antigüedad. V. sobre *Analog.* Sexto Emp. *Adv. Math.*; Suidas, *Lexicon* palab. *ἀνάλογος*; posteriormente, Stephano en su *Appendix* á Varron; Bekker, *Anecd. græc. Δέξεις ἠητορικαί*, y todos los que se ocupan de las escuelas gramaticales griegas. También se han contrapuesto las palabras *ἀναλογία* y *συνέθεια*, como lo hace notar E. Stephano en Sexto Empírico, y fué común á otros. Esta última forma de antítesis responde á la de *ratio* y *usus* ó *consuetudo* respecto del lenguaje, de igual suerte que la que existe entre *analogía y anomalía* es la de *proportio, aequalitas* é *inaequalitas* de los latinos. Sobre las escuelas agitadoras de este problema, v. además de Laercio (*Prooem XII*), Sexto Emp. (ob. cit. II) y otros antiguos. Con posterioridad y con crítica, Enrique Stephano. *Ad M. T. Varronis assertiones analogiæ* etc. *Appendix*; Vower, *De Polymathia*; G. J. Vosio, *De Analogia*; Wolf, *Encyclop. der Philol.*, y últimamente los autores atrás citados al tratar de la fase glotológica greco-romana, en especial Lersch, *Sprachphilosoph. d. Alt.* y Stheinthal *Geschichte* etc.

malismo á que pertenecían, hubieron de ocasionar las diferencias de *técnicos* y *empíricos* con que luego fueron conocidos, y de los cuales hablaremos luego. Tres palabras de muy vario uso entre los antiguos, cuya significación fué determinándose muy paulatinamente, encontramos relacionadas con los orígenes del *Arte de Gramática*. Son estas: *ἐμπειρία, τέχνη, ἐπιστήμη*; expresiones que si, como hemos dicho, tienen diversas acepciones entre los filólogos griegos y aun en tiempo de Aristarco y Crates de Mallos no aparecen bien definidas, ofrecían ya entonces la idea de dos extremos denominativos y de un término medio que más tarde se acentúa. La primera de dichas voces, fórmula del *empirismo*, refirióse á la parte doctrinal producto de la experiencia, y al conocimiento en cuanto resultante de *hechos*; la tercera, por el contrario, designando la *teoría*, se ordenó á significar los conocimientos por *principios* que constituyen la *ciencia*; como intermedio la palabra *τέχνη* —*ars*— abrazó la *teoría* en cuanto aplicada, y los hechos de la *práctica* en cuanto subordinados á principios. De aquí también la acepción que ha tenido la voz *τέχνη* como significativa de *hechos y principios*, y de todo saber en general, con equivalencia de *doctrina, pericia* —*peritus*—. Conocida es la gradación que hacían los estoicos con las palabras de que nos ocupamos y que responde á lo que acabamos de indicar: *Ἡ μὲν οὖν πείρα εἰς ἐμπειρίαν προκόπτει, ἡ δὲ ἐμπειρία εἰς τέχνην, ἡ δὲ τέχνη εἰς ἐπιστήμην, ἡ δὲ ἐπιστήμη εἰς τὴν καθόλου τέχνην (καθόλου σοφίαν)*.

Con las tres denominaciones mencionadas se ha designado la Gramática entre los antiguos, bien que las calificaciones de *τέχνη* y *ἐμπειρία* sean las comúnmente usadas. La última de estas denominaciones encuéntrase, entre otros, en Dionisio de Tracia y Ptolomeo el Peripatético; la primera, usada por Asclepiades, por Cares, Demetrio Cloro etc., es la que se ha

considerado más digna y ha prevalecido en toda la época bizantina. Pero es de tener presente que con el nombre de *Gramática* estaba muy lejos de significarse entre los antiguos el concepto que hoy se nos ofrece de ella, y que es posterior á los comienzos de la era cristiana. La noción antigua de Gramática incluía la de una suerte de general erudición, semejante á la acepción que hoy tiene la Filología en su sentido más amplio: ἡ δὲ γραμματικὴ πάντων εἶδῃσι. De aquí las definiciones que se daban de la Gramática, y que tanto distan de las actuales. *Γραμματικὴ*, dice Demetrio Cloro, ἐστὶ τέχνη τῶν παρὰ ποιηταῖς τε καὶ τῶν κατὰ τὴν κοινὴν συνήθειαν λέξεων εἶδῃσι. Es esta substancialmente la definición de Cares, de Ptolomeo Peripat. etc., y es la que traduce al latin Mario Victorino, de Ariston: «Grammatice est scientia poetas et historicos intelligere, formam praecepit loquendi ad rationem et consuetudinem dirigens.» Con lo qual guarda conformidad lo que el mismo M. Victorino escribe de su parte: «Ut Varroni placeat, ars grammatica (quae a nobis *litteratura* dicitur) scientia est eorum quae a poetis, historicis, oratoribusque dicuntur ex parte majore.» Definición en un todo conforme con la que dió Crates de Mallos.

Prescindiendo de otras definiciones análogas (pueden verse muchas en los *Grammatici latini*, ed. Keil), y de las en que se renueva la idea de *arte* á la manera estoica, en la época bizantina encuéntrase aún definiciones como estas: *Γραμματικὴ ἐστὶ τέχνη θεωρητικὴ τῶν παρὰ ποιηταῖς τε καὶ λογεῦσι*. (Los *λογεῖς* son los prosistas.—Bekker, *Anecd. gr.*) *Γραμματικὴ γλῶσσαν ἐξελληνίζει καὶ ἱστορίαν συνάγει καὶ μετροῖς ἐπιστατεῖ ποιήμασιν*. (Steinthal, *Gesch.* etc.)

Los cultivadores de los estudios gramaticales se dividieron en *gramáticos* y *críticos*, representando estos últimos la parte más noble y científica en la materia desde los tiempos de Aristarco y Crates; y los mis-

mos estudios hubieron de experimentar otra división en *inferiores* y *superiores*, según que se limitaba la Gramática á sentar las reglas de lectura y escritura, ó revestía el carácter más alto que indican las definiciones dadas. En el primer sentido llamóse la gramática *γραμματιστικὴ* ó gramática menor (*τέχνη τοῦ γράφειν τε καὶ ἀναγινώσκειν*, la define Sexto Emp.); en la última acepción díjose simplemente *γραμματικὴ*, con el calificativo á veces de *más perfecta*, *τελειοτέρα* (es la que describe el escoliasta de Eratóstenes: *ἕξις παντελῆς ἐν γράμματι*). Sobre la *gramatística* y *gramática mayor* formóse como obra de selección lo que luego constituyó y constituye la *gramática*, y cuya división tradicional conserva vestigios de sus orígenes (1).

(1) Los tres nombres de *filólogo*, *gramático* y *crítico* que hallamos usados en la antigüedad con frecuente analogía de objeto, no pueden reputarse idénticos, siquiera en el paralelismo evolutivo de su significación se encuentren algunas veces. Hemos visto en el capítulo I de este libro las diversas acepciones de la voz *filología*; acepciones cuya variedad dependió principalmente de las múltiples significaciones de su componente *λόγος* entre los antiguos (v. *λόγος* y *λόγιος* históricamente estudiados en Herod. II y V; Curtius, *Berichte u. d. Verkh. d. K. Sächs. Ges. d. W. phil. hist.*; Lersch, *Herodiani etc. Append.*). Tres fases significativas podemos distinguir en la palabra *filología*. La anterior á los tiempos alejandrinos en que se toma ora por “amor al saber” en el cual sentido la usa Isócrates, ora por “afición á pronunciar discursos”, ó por sinónimo de *filosofía* etc., como la emplea entre otros, Platón. La fase post-alejandrina, con la significación de “erudición y doctrina” en general. La fase romana en que prevalece el sentido de “litteratura”, y de todo aquello *que ad litteras pertinet*, como dice Cicerón, terminando más tarde en la amplia acepción que le da M. Capela. ®

La palabra *gramática* siguiendo también las alternativas significativas de *γράμματα*, *littera*, pasó de su equivalencia elemental y ortográfica primera, á la de “estudio de las formas literarias”, á la manera que *γραμματικός* tradújose por “litterator;” adquirió luego el sentido de *polimathia*, como dice Dionisio de Tracia aludiendo á las definiciones arriba dadas, limitándose después esta amplitud con la división de *gramatística* y *gramática mayor*, hasta concretarse á la forma vulgar.

La *Crítica* desprendióse también de la *Gramática* con la signifi-

De los filósofos del periodo antesocrático trataron puntos glotológicos, Heráclito, Demócrito, Pródico, Protágoras é Hippias. Heráclito enseñó, según indica Proclo interpretando el Krátilo, que el origen de la palabra es debido á la naturaleza, no á la convención (*fusei*, no *zesei*), y de ser exacta la exposición que hace Amonio (in Arist. *Περί Ἑρμην.*) serían las palabras imágenes derivadas de las cosas, sin que en ellas ejerciese influencia alguna la voluntad humana. Demócrito, para quien todo pende de positivas instituciones, sostuvo que el lenguaje tiene origen convencional, no natural (*zesei*, no *fusei*); Proclo, sobre el Krátilo, le atribuye la doctrina de Hermógenes, que es la que acabamos de indicar. Según el mismo Proclo se reducen á cuatro los fundamentos de la aserción de Demócrito: a) la homonimia, por la cual damos un mismo nombre á cosas diversas; b) la polionimia, por la cual se dan distintos nombres á una sola cosa; c) el cambio de nombre de que son susceptibles las cosas; d) la multitud de nombres formados unos de otros por derivación y por analogía. Por todo ello concluía Demócrito que la imposición de nombre á las cosas está muy lejos de obedecer á una ley ciega de la naturaleza: —*οὐχ ἄρα φύσει τὸ ὄνομα*. Laercio, en su biografía, le atribuye, entre otras, una obra *Περί Ὀμήρου ἢ ὀρθοπέιης καὶ γλωσσέων*, otra *Περί ἑμμάτων* y *Ὀνομαστικόν*; todas con carácter gramatical. La opinión de Pródico no consta de una manera cierta, aunque suele atribuirsele por conjeturas la de que las palabras guardan relación natural con las cosas, y por lo mismo no penden de la elección; (*fusei*, no *zesei*). En el Krátilo de Platón y en otros lugares de este filósofo se alude á la obra de Pródico *Περί ὀνομάτων ὀρθότητος*, la cual según unos, entre ellos Welcker, debió tratar de la diversa significación y uso de las palabras, y según otros, como Lersch, versaba sobre la naturaleza del lenguaje; el mismo título indicado favorece más á la segunda que á la primera de dichas hipótesis. El discípulo de Pródico Theramenes, escribió también y probablemente según la mente del maestro, *Περί ὀμοιώσεως λόγου*, ó sea sobre la analogía de las palabras. Pro-

cación de “estudio literario de los textos” y “corrección de textos;” separadas estas dos cosas, se reservó el nombre de *κρισις* para lo primero, y lo segundo se designó con el de *διόρθωσις*. Como el nombre de “filólogo” sustituyó al de “gramático,” éste reemplazó también al “crítico,” siendo el primero en hacer la última sustitución, según dice Clemente Alejandrino, el crítico Apolodoro de Cumas.

tágoras á pesar de sus tendencias filosóficas, se ha decidido por negar un enlace natural entre los nombres y los objetos, cuya denominación enseña depende de la imposición de los hombres (*zesei*, no *fusei*). Escribió *Περί ὀρθότητος ἐπιῶν*, la cual obra así en el Fedro como en el Krátilo aparece mencionada por Platón. Se ha discutido si este trabajo filológico es distinto de otro que se menciona en los escritores antiguos como de Protágoras con el nombre de *Ὀρθοπέεια*; pero aunque Classen se decide por tomar éste como libro distinto y del «arte de bien decir», no existe fundamento para ello, ya que esta denominación conviene en lo substancial con la primera. Sobre si el libro citado fué obra independiente ó parte de otra con el título de *Ἀλήθεια*, no todos están conformes, aunque no es improbable el parecer de Stallbaum que se inclina á esto último. Aristóteles en la *Retórica* nos recuerda la división de palabra hecha por Protágoras, si bien en ello como en la división de los modos verbales, es más gramático que retórico. En cuanto á Hippias, ha tratado del lenguaje desde el punto de vista etimológico, y aun retórico, que indica Cicerón (*De orat. III*), y más claramente dice Platón: *διαφεῖν περὶ τε γραμμάτων δυνάμεως καὶ συλλαβῶν καὶ ἐνθυμῶν καὶ ἀρμονιῶν*; lo cual fué procedimiento común entre los sofistas, según da á entender Jenof. —*Memorab. IV*—, donde el estudio de las letras se presenta como disciplina científica —*ἐπιστήμη τῶν γραμμάτων*— entre dichos filósofos.

Al traspasar los confines del periodo antesocrático, débese recordar aún en orden al lenguaje el nombre de Sócrates mismo, el cual, si bien no dejó como es sabido, escrito alguno, aparece en Platón y en Jenofonte, sus discípulos, discuriendo sobre problemas gramaticales. En los *Memorabilia* —*Apomnemoneumata Sokratous*— de Jenofonte, habla aquel filósofo *περὶ ὀνομάτων ὀρθότητος*, y Platón le presenta sosteniendo su opinión sobre el origen del lenguaje; en sentido lingüístico debe también interpretarse la frase de otros escritores griegos al decir que Sócrates ocupóse *περὶ ἐπιῶν*, lo qual significa evidentemente tratar de palabras, y no de poesía: «Errant, dice Bergk y repite Lersch, qui ista verba ad poesim referunt, de qua nihil omnino dicit Socrates, immo respiciunt grammaticam illam doctrinam, quam Protagoras *orthoepeiam* appellavit, quamque illustrat Socrates.» La opinión que en el Krátilo aparece defendiendo Sócrates, es un intermedio entre la del mismo Krátilo, que dice son los nombres expresión natural de las cosas, y la de Hermógenes, quien sostiene el origen convencional de significación de las palabras; afirmando contra el último que

no son los nombres cosa impuesta á capricho y sin fundamento en la naturaleza de los objetos, sin asentir á lo que enseña allí el primero sobre la necesidad intrínseca de que la naturaleza haya determinado cada palabra para cada cosa.

Platón, que nos ha dejado en sus diálogos modelos no superados en la prosa griega de limpidez, elegancia y corrección, nos ofrece en ellos ocasión de apreciar sus ideas en la materia de que nos ocupamos, bien que sin sentar directamente conclusiones seguras y bien definidas. De dichos diálogos, el primero de la segunda *tetralogía*, ó sea el Krátilo, es el más significativo á nuestro objeto (1). En él defiende Krátilo, según queda indicado, la fuerza significativa de las palabras como natural: *ὀνόματος ὁρθότητα εἶναι ἐκάστω τῶν ὄντων φύσει*. Lo opuesto sostiene Hermógenes: *ὁρθότης ὀνόματος ξυνήκη καὶ ὁμολογία*. Entre ellos se introducen los pensamientos de Sócrates, favoreciendo la opinión de Krátilo en cuanto existe algo que es natural en el lenguaje, como también se dan en las cosas sus respectivas formas naturales, de cuya relación en la palabra resulta el idioma. Como el instrumento en manos del artífice, así son las palabras para la inteligencia; de donde resulta una parte artificial en el lenguaje en cuanto á su formación y una parte natural que procede de la condición de instrumento, en cuanto á su uso. Y en esto encontramos el punto de partida de la doctrina platónica, que puede decirse conviene con la de

(1) Sabido es que de antiguo los gramáticos y escoliastas trataron de separar las obras verdaderas de Platón, de las apócrifas (éstos en número no pequeño), y distribuyeron aquéllas en grupos que los modernos filólogos se propusieron retocar cada cual á su manera. La división en *trilogías*, de Aristófanes de Bizancio y más aun la hecha en *tetralogías* del neoplatónico Trasillo (en tiempo de Tiberio) por afinidad de materias, han prevalecido generalmente. La segunda de las nueve *tetralogías* que formó Trasillo, á la cual aludimos arriba, comprende: I. *Krático* ó de la rectitud en los nombres; II. *Teéte*to ó de la ciencia; III. *Sofista* ó del existir; IV. *Político* ó del poder real. De estos diálogos el *Krático* es el más importante á nuestro intento. También en el *Teéte*to y en el *Sofista* aparecen sus ideas lingüísticas (cf. Stobaeos Florileg. *περὶ γραμμάτων*). En las *trilogías* de Aristófanes de Bizancio el Krático es el tercero de la segunda trilogía. (De este diálogo tratan, además de los comentaristas generales de Platón, Alberti, *Rhein. Mus.* XXI; Benfei, *Nachr. v. d. Kgl. Ges. d. Wiss.* (1866); Lehrs, *Rhein. Mus.* XXII; Luckow, *De Plat. Kratylo*; Schmidt, *Plts. Crat.*; Hayduck, *De Kratyli Plat. fine et consilio*; *Der Crat., ein Dial. Plts.* etc.).

Heráclito en reconocer la condición mudable en los sonidos orales, y con la de Krátilo en admitir el principio estable de las relaciones de las ideas y de las cosas y una cierta proporción natural entre objeto y palabra (1). De aquí que, como decimos en otro lugar, oscilen sus expresiones entre las de los contendientes, que son á la vez reflejo de los extremos sostenidos en las escuelas filosóficas á que venimos refiriéndonos. Dos momentos psicológicos se descubren en el *Diálogo* de que tratamos: uno en el cual Platón haciéndose eco de las opiniones que privaban entonces, se propone presentar sus argumentos y las dificultades respectivas para llegar á un justo medio donde puedan utilizarse aquéllos y obviarse éstas; otro, en el cual cediendo á su teoría filosófica de las ideas, y mostrando á la vez el influjo de la doctrina pitagórica, establece que las palabras han sido constituidas de conformidad con la razón y según la idea de las cosas, al mismo tiempo que proclama la realidad de un artífice primero de la palabra, y del legítimo legislador de las etimologías: *ὁ τὰ ὀνόματα ποιῶν—τὸ ὄνομα τοῦτο ὁ τιθέμενος—ὁ τὰ ὀνόματα τιθεῖς*.—Otros innumerables lugares como estos prueban que si Platón no era ajeno á las enseñanzas filosóficas de Pitágoras tampoco lo era á las que se decían doctrinas lingüísticas de éste, por otra parte muy conformes con su sistema de filosofía y con sus principios psicológicos.

Mientras Dion Crisóstomo, según dejamos notado, da la primacía gramatical á Aristóteles, llevado de su entusiasmo por Platón no dudó Diógenes Laercio designar á éste como iniciador de los estudios gramaticales. *Πρῶτος ἐθεώρησε τῆς γραμματικῆς τὴν δύναμιν* (Laert. Plat. 19). Con todo, no sólo no puede decirse fundador de dichos estudios, sino que en rigor su objeto no ha sido detenerse en cuestiones gramaticales al tocar puntos glotológicos, cuya exposición la encaminó siempre Platón á fines psicológicos ó ideológicos en general. En este sentido puede legitimarse lo que dice Steinthal: «keine Grammatik bei Platon» (Ob. cit. I), y lo que antes que él escribió Deuschle (*Platonisch. Sprachphilosoph.*): «Plato unternahm es nicht, die Na-

(1) La forma ambigua de expresarse Platón, hace que sea en este punto interpretado de varias maneras. Así Boecio (ad Arist. *De Interpret.* II) le atribuye la opinión de Krátilo, presentándolo en frente á Aristóteles. «Plato vero in eo libro qui inscribitur Cratylus, aliter esse constituit... nomina quoque secundum naturam esse arbitratur. Sed hoc Aristoteles negat, et Alexander multis in eo nititur argumentis, monstrans orationem non esse instrumentum naturale.»

tur der Sprache um ihrer selbst willen zu entwickeln, sondern um ihren gevährnten Wert für die Erkenntnis.... aufzuzeigen.»

Después de Platón es de mencionar el *neoplatonismo pitagórico* en materias lingüísticas, ya porque las influencias pitagóricas comienzan a reflejarse en el mismo Platón, ya porque sólo a través de dicho neoplatonismo nos es dado juzgar de las ideas glotológicas de Pitágoras, siquiera lleguen vaciadas en otros moldes que los genuinos del fundador de la escuela *itálica*. Siguiendo la rutina tradicional de hacer intervenir a Pitágoras en la controversia de si los nombres son *φύσει* ó *θέσει*, se han dividido los comentaristas neoplatónicos acerca de cuál fuese la opinión de aquel filósofo, según queda indicado.

Hemos dicho que Proclo (Com. al Krátilo) enseña que Pitágoras es de parecer que las palabras son obra de la naturaleza; porque al preguntar este filósofo cuál sea la cosa más sabia, responde que el número; y a la pregunta, cuál sea lo que más se le aproxima por sabiduría, contesta que el que dió nombre a las cosas, que es el espíritu. Y por cuanto los nombres no se imponen caprichosamente, sino que responden a la naturaleza de los objetos significados, según Proclo enseñó Pitágoras que las palabras proceden de una inteligencia, pero son impuestas por natural y necesaria proporción con lo entendido: *φύσει ἄρα τὰ ὀνόματα*.

Juzgan otros que Pitágoras ha sostenido la imposición voluntaria ó inteligente de los nombres a los objetos, lo cual fué generalmente aceptado. Atribúyesele, en efecto, la doctrina de que la mente —*νοῦς*— dió nombre a las cosas, refiriéndose a la inteligencia primera, que por eso denomina sapientísima, según el mismo Proclo: *τί σοφώτατον τῶν ὄντων;..... ὁ τὰ ὀνόματα τοῖς πράγμασι θέμενος*. Estas últimas palabras «el que impuso nombres a las cosas» dieron la base para afirmar que no se trata de la naturaleza ni de la fuerza ciega que por movimiento natural determine a los hombres, sino de un acto volitivo en un sér conocedor de los objetos al aplicarles su propia denominación, lo cual conviene a una inteligencia llena de sabiduría. Recuérdese aquella interpretación de Cicerón (*Tusc. I*): «Aut qui primus, quod summae sapientiae Pythagorae visum est, omnibus rebus imposuit nomina? Aut qui dissipatos homines congregavit et ad societatem vitae convocavit?..... Omnes magni.» Conforme con esta explicación ciceroniana de la doctrina pitagórica y refiriéndola constantemente a una personalidad primitiva, hállanse frecuentes pasajes en escritores antiguos, eclesiásticos y profanos, de donde la han tomado otros poste-

riores. «Wie auch sein möge, escribe Lersch, der Hauptpunkt bei Pythagoras ist die Persönlichkeit eines solchen Ursprachbildners; und diese tritt auch in den übrigen Nachrichten deutlich genug hervor. Vrgl. Davis zu Cic. Tusc. I, 25: «Theodotus in Eclog. ex Script. Proph. c. 32. *Πυθαγόρας ἤξιον, μὴ μόνον λογικώτατον, ἀλλὰ καὶ πρεσβύτατον ἡγεῖσθαι τῶν σοφῶν τὸν θέμενον τὰ ὀνόματα τοῖς πράγμασιν*. Et hanc Pythagorae fuisse sententiam patet ex Jamblichio. Idem secundas tantum partes huic sapientiae tribuit. *Τί, inquit, τὸ σοφώτατον; ἀριθμὸς· δεύτερον δὲ, τὸν τοῖς πράγμασι τὰ ὀνόματα τιθέμενον*. V. Aelianum V. H. VI, 17, ac Hieroclem in Aur. carm. LXI.» A la opinión de Pitágoras así entendida, aluden todos los partidarios del origen directamente revelado del lenguaje primero, invocando a este fin la autoridad del fundador de la escuela itálica.

Es necesario convenir, sin embargo, en que las enseñanzas pitagóricas en la materia están lejos de poder sistematizarse en ninguna de las dos formas que acabamos de presentar, las cuales son más bien creaciones de los expositores según las respectivas tendencias de escuela, que no producto legítimo de las doctrinas de Pitágoras. Para persuadirse de ello basta observar: 1.º que dichas dos exposiciones de las doctrinas pitagóricas se fundan en las respectivas opiniones de si el lenguaje es *φύσει* ó *θέσει*, las cuales no fueron conocidas por Pitágoras; 2.º, que las doctrinas pitagóricas recibidas tradicionalmente por los discípulos, han sufrido innumerables modificaciones y alteraciones, que imposibilitan todo juicio cierto y exacto de su forma originaria. Aunque no creamos ni sea en manera alguna probable, dado el método de enseñanza de entonces y sobre todo el de los indios que copió Pitágoras, la existencia de las dos clases de enseñanza que le atribuye Porfirio (*De vit. Pythag.*) y otros muchos después de él, una *exotérica* y pública, otra *esotérica* ó privada peculiar para los iniciados en los secretos del saber, es sin duda admisible que los *akúsmata* ó doctrinas trasladadas de unos oyentes a otros oyentes, dieron lugar a varios ciclos de tradiciones, de las cuales unas se tenían como directamente recibidas del Maestro, y otras como derivaciones y ampliaciones de ellas. Estas variedades de *akúsmatas* originaron de una parte la creencia de dos categorías de enseñanza sobre la que se formaron más tarde los grupos de doctrinas *exotéricas* y *esotéricas* que suelen mencionar los historiadores de la Filosofía como distribución de Pitágoras, y de otra parte produjeron una diferenciación más ó menos acentuada de las enseñanzas primitivas, causa de las incertidumbres y dudas

que existen sobre muchos puntos doctrinales de la escuela itálica. Así hallamos, concretándonos a nuestro asunto, que los mismos que pretenden ofrecernos las palabras de Pitágoras sobre la *imposición de nombre a las cosas* están muy lejos de convenir entre sí al señalarlas. Jamblico (*De vita Pithag.*) presenta el *akusma* pitagórico en esta forma: *Τί τὸ σοφώτατον; ἀριθμὸς· δεύτερον δὲ τὸ τοῖς πράγμασι τὰ ὀνόματα τιθέμενον. τὶ σοφώτατον τῶν παρὰ ἡμῖν; ἱατρική.*

En Teodoto (Clemens, *Excerpt. Theod.*) aparece así: *Πυθαγόρας ἤξιον μὴ μόνον λογιωτάτον ἀλλὰ καὶ πρεσβύτατον ἡγεῖσθαι τῶν σοφῶν τὸν θέμενον τὰ ὀνόματα τοῖς πραγμασιν.*

En Proclo (Op.-Com. in. Tim.): *Ἐρωτηθεὶς γοῦν Πυθαγόρας· τί σοφώτατον τῶν ὄντων; "ἀριθμὸς" ἔφη· τί δὲ δεύτερον εἰς σοφίαν; "ὃ τὰ ὀνόματα τοῖς πράγμασι θέμενος.*

Ahora bien, en las palabras de Jamblico no se hace referencia alguna a un ser *personal concreto*, de quien traigan su origen las denominaciones de las cosas: Pregúntase tan sólo *qué cosa sea la más sabia* —*τί τὸ σοφώτατον*— (en forma neutra), ó sea inquiereñse razones absolutas del saber, de las cuales para Pitágoras era una el *número* y otra la correspondencia de palabras a ideas: —*το τοῖς πράγμασι τὰ ὀνόματα τιθέμενον*— (forma neutra).

En Teodoto por el contrario, el mismo *akusma* reviste carácter personal, designándose allí como *el más grande de los sabios al que dió nombre a las cosas* —*τὸν θέμενον τὰ ὀνόματα*— (forma masculina).

Las palabras de Proclo señalan como un intermedio entre la significación impersonal y absoluta de las de Jamblico, y la personal y concreta de las de Teodoto. A la pregunta: *τί σοφώτατον*; (qué cosa sea la de más saber? —forma neutra—), responde que después del *número*, *el que dió nombre a las cosas* —*ὃ τὰ ὀνόματα θέμενος*— (forma personal masculina).

3.º A la manera que los principios filosóficos de Pitágoras sufrieron evoluciones y cambios los más radicales hasta dar el tipo neoplatónico-pitagórico, los principios lingüísticos hubieron de correr la misma suerte, llegando a nosotros a través de variantes sistemáticas tales como las que se reflejan en los tres modos diversos de presentar una misma noción pitagórica que acabamos de ver en los escritores citados. Hemos de decir, sin embargo, que de las tres fórmulas transcritas del *akusma* glotológico, la de Jamblico es la más conforme al espíritu de la escuela itálica primitiva y ofrece mayores garantías extrínsecas de aproximarse a la mente de Pitágoras que las dos restan-

tes. Y dado esto, queda ya descartada toda controversia sobre el origen de las denominaciones en cuanto se pretenda deducir de aquellas palabras conclusión favorable ó desfavorable a cualquiera de las opiniones extremas (*φύσει ὁ θέσει*); por cuanto dicho *akusma* en Jamblico no reviste carácter lingüístico, ni tiene otro sentido que el filosófico general señalado. La exposición de Proclo dando carácter *personal* a una forma *impersonal*, ocasionó las interpretaciones que de antiguo han prevalecido sobre la doctrina que se creyó de Pitágoras, cuando en realidad era propia del neoplatonismo y por otra parte bastaba fijarse en las palabras para advertir, como lo hemos hecho, que pregunta y respuesta son en el texto de Proclo inconciliables é incoherentes.

No consta que Aritóteles haya recibido influencias pitagóricas, ni haya siquiera comentado el Krátulo de Platón, ó tratase de exponer las doctrinas allí contenidas; mas no por eso dejó de formular su opinión acerca del problema que en dicho diálogo se ventila, y aun como dice Lehrs (*De Aristarchi studiis homer.*). «Aristotelis partes haud exiguas fuisse fragmentis cognoscimus, fusei an nomoo rebus imposita sint nomina.» Los escolios de Proclo le hacen partidario de la opinión de Hermógenes; tengan ó no las doctrinas aristotélicas este origen, es lo cierto que convienen con las de dicho filósofo, en cuanto se oponen a la doctrina de la significación natural de las palabras. «Inter contrarias linguae explicandae rationes, escribe Classen (*De Gram. Gr. prim.*), eam magis respuebat, quae in ipsa natura finem et fontem se invenisse gloriabatur.» El Estagirita declara, en efecto, abiertamente en su *Perihemenias* que *φύσει τῶν ὀνομάτων οὐδέν ἐστιν*. Y después de sentar que las palabras han de guardar concordancia con las ideas, cuyos simbolos son —*ἐν τῇ ψυχῇ παθημάτων σύμβολα*— (Aristoteles *symbolum appellat*, dice Cic. Topic. 8, quod latine est *nota*), establece con toda precisión que la significación de las palabras depende del valor que convencionalmente se le ha atribuido: *Λόγος δὲ ἐστὶ φωνῆ σημαντικὴ κατὰ συνθήκην*. — *Ἔστι δὲ λόγος ἅπας μὲν σημαντικός, οὐχ ὡς ὄργανον δὲ* (lo cual atribuyen algunos a Platón) *ἀλλ' ὡς κατὰ συνθήκην; θέσις ἢ συνθήκη* son aquí palabras de la misma significación, y Plat. en el Krát., entre otros, las emplea como sinónimas. Entre los seguidores de la tendencia aristotélica debe ser mencionado Teofrasto, el cual según Diógenes Laercio, escribió un libro *περὶ λέξεως*, y otro sobre solecismos. Heráclides escribió también un tratado *περὶ ὀνομάτων*.

Con los estoicos el periodo filosófico de la gramática adque-

re mayor alcance, y pasa á formar sección en los estudios de Lógica; una de las cinco partes enumeradas por Crisipo es el tratado de las voces. Por Diógenes Laercio (Zeno c. 50) sabemos la importancia suma que tenían para dichos filósofos los tratados gramaticales en la teoría lógica, y la insistencia con que pretendían que las palabras no son significativas *θέσει* (lo mismo en la lengua *onomata* que en el lenguaje en general, *logos*). El criterio de verdad para muchos estoicos estaba en lo que ellos llamaron *ὀρθὸς λόγος*. He aquí como Orígenes se expresa acerca de la opinión estoica comparada con la aristotélica: *Λόγος βέλους, dice Cont. Cels. I, καὶ ἀπόρρητος, ὁ περὶ φύσεως ὀνομάτων, πότερον, ὡς οἶται Ἀριστοτέλης θέσει ἐστὶ τὰ ὀνόματα, ἢ, ὡς νομίζουσιν οἱ ἀπὸ Στοᾶς, φύσει, μιμουμένων φωνῶν τὰ πράγματα, καθ' ὧν τὰ ὀνόματα καθὸ καὶ στοιχεῖά τινα ἐτυμολογίας εἰσάγουσιν.*

La opinión de Epicuro en este punto es análoga á la de los estoicos, aunque no idéntica; como ellos, piensa que á la naturaleza se debe todo el ser de las palabras, pero aplica luego la teoría á la formación de las lenguas en sí mismas, enseñando que tienen su origen en las naturales variantes de los sonidos, en un principio vagos y sin significación. De conformidad con Epicuro dijo Lucrecio, V:

At varios linguae sonitus natura subegit
Mittere, et utilitas expressit nomina rerum
.....
Postremo quid in hac mirabile tantopere est re,
Si genus humanum, cui vox et lingua vigeret,
Pro vario sensu varias res voce notaret?

En sus escolios al Krátylo hace constar Proclo cuál ha sido el pensamiento epicúreo con estas palabras: *Ὁ γὰρ Ἐπίκουρος ἔλεγεν, δι οὐχὶ ἐπιστημόνως οὗτοι ἔθεντο τὰ ὀνόματα, ἀλλὰ φυσικῶς etc.* Con más precisión escribe Orígenes: *Ὡς διδάσκει Ἐπίκουρος (ἕτερος ἢ ὡς οἴονται οἱ ἀπὸ τῆς στοᾶς) φύσει ἐστὶ τὰ ὀνόματα, ἀπορρήξαντων τῶν πρώτων ἀνθρώπων τινὰς φωνὰς κατὰ τῶν πραγμάτων (Cont. Cels. I, 24).*

Preparados ya muchos elementos por los filósofos, á los cuales se juntaron luego los retóricos, la época gramatical trató de disponerlos y ordenarlos dentro de los moldes menos abstractos que los fines de la Gramática requerían. Dos instituciones aparecen en la época alejandrina, ocasión del desarrollo lingüístico y filológico á que nos referimos; la célebre Biblioteca donde se reunieron los tesoros de la literatura helénica, y

el Museo, obra como la anterior de Ptolomeo, centro donde eran recibidos con honor y debidamente remunerados los hombres más ilustres en ciencias y letras. Los manuscritos que de toda la Grecia afluían á la Biblioteca, obligaron á la distribución conveniente de ellos, y á un inicial trabajo filológico-crítico que se revela en la disposición de catálogos, en los cuales, no sólo se clasificaron las obras de cada autor, sino que se incluyeron datos biográficos de muchos de éstos. Sobre los catálogos tratóse luego de anotar las obras legítimas de cada escritor, clasificando á la vez las dudosas, las ciertamente espúreas y las interpoladas; trabajo que llevaba tras sí el cortejo de datos históricos, gramaticales, críticos etc. que luego vemos desarrollarse merced á la meritoria labor de los doctos alejandrinos, en especial de los bibliotecarios, que iniciaron este movimiento (1). Gramáticos y críticos á la vez los bibliotecarios de Alejandria, dieron con las ediciones (*ἐκδόσεις*) de los clásicos y con las disertaciones, notas críticas, exegéticas é históricas sobre los mismos, un impulso grande á toda la erudición filológica y gramatical, cuya influencia se dejó sentir en toda la antigüedad, alcanzando aún de varios modos á las edades posteriores hasta los confines de los tiempos modernos.

El nombre de Zenódoto de Efeso, jefe de la Biblioteca alejandrina, figura á la cabeza de aquel movimiento. A él se debe la primera edición crítica de Homero, fundamento de los estudios homéricos que penetran toda la Filología antigua; trabajo que más que una *ἐκδόσεις* debe llamarse, como dijo Suidas, una verdadera *διόρθωσις*; porque en efecto, Zenódoto, partiendo de que la lengua es producto directo de una evolución regular de la naturaleza (*fusei*), se había propuesto descubrir el tipo lingüístico griego fijando una norma peculiar de corrección en el idioma, al cual trató de ajustar los clásicos, en especial á Homero, introduciendo novedades gramaticales que si bien iban informadas de gusto estético, obedecían á una crítica convencional é insegura. Pero la labor de Zenódoto (estudiada magistralmente por Wolf en sus *Prolegomena*) ha llevado al terreno gramatical, por su mismo carácter positivamente lin-

(1) De los Catálogos de Alejandría originóse el llamado *Canon alejandrino*, clasificación metódica de los principales escritores griegos, que por ello fueron llamados escritores *canónicos* ó *clásicos*; la distribución estaba hecha por categorías, según se tratase de poetas ó prosistas, de épicos ó dramáticos, de oradores, gramáticos, etc.

güístico, importantes elementos para el análisis de las formas, y aun para la etimología tal como la practicaron los antiguos, como ya advirtió Parthey (*Das alexandrin. Museum*), y después de él han notado otros muchos.

Calimaco de Cirene, poeta y filólogo, fundador de la historia literaria con sus *Πίνακες*, cuadros ó trabajos bibliográficos y biográficos de los escritores ilustres griegos, sostuvo la dirección señalada por su predecesor Zenódoto, en materias filológico-gramaticales; y si bien Calimaco, así como su sucesor y contemporáneo el ilustre polígrafo Eratóstenes, no ejercieron influjo directo en los problemas glotológicos, su significada intervención literaria hizo refluir en aquéllos su benéfica influencia.

Sucesor en la Biblioteca y discípulo de los precedentes fué Aristófanes de Bizancio gramático notable y jefe de una escuela que adquirió universal renombre. Completó los cuadros —πίνακες— de Calimaco, preparó nueva edición crítica de Homero, así como de Anacreonte, Píndaro etc., y sentó los principios de la controversia que luego vemos sostenida entre *analogistas* y *anomalistas*, decidiéndose por admitir el imperio de la *analogía* en las formaciones lingüísticas; y aplicando este criterio á las obras literarias, corrigió no pocas formas admitidas en la lengua por el uso que redujo por analogía con otras, al estado que él juzgaba propio y más perfecto. «Primus idem linguae graecae grammaticus, dice Wolf —*Prolegom.*— máxime analogiam et reliquas partes quae discretis nunc a philosophis tractantur, accuratius rimatus est.»

Aristófanes consideraba ya la analogía como una proporcional relación en el conjunto de las palabras, según más tarde la han entendido Herodiano y los escoliastas de Dionisio de Tracia; *συμπλοκή λόγων ἀκολουθῶν ἐν λέξει*, dice Carisio hablando de la noción que daba Aristófanes de la analogía. Es de notar que en las doctrinas de Aristófanes se reflejan las teorías de los filósofos que han tratado de asuntos gramaticales. El principio de la *anomalía* que Crisipo creyó notar en la disparidad de formas de nombres que designaban objetos semejantes, y en la semejanza de aquellas donde éstos eran desemejantes, trata Aristófanes de hacer ver la ley de *analogía*, hablando la proporción de unos y otros. A su vez el principio de *etimología* fundado en la permutación de letras que establecieron los sofistas, es utilizado por Aristófanes para asegurar con él la derivación *análoga* de las palabras. A ello alude Varrón —IV— cuando escribe: «Aristophanes et Apollodorus, qui

omneis verba ex verbis ita declinari volunt, ut verba literas alia assumant, alia mittant, alia commutent.»

Después de Aristófanes aparecen dos de sus discípulos Aristarco y Crates de Mallos, que han eclipsado de algún modo el nombre del maestro, y á quienes se debió que las escuelas filológico-gramaticales comenzasen á constituirse con el carácter de sistema que tuvieron las de los filósofos y las de los retóricos. Sexto Empírico los califica en tal sentido de fundadores del sistema gramatical. Aristarco siguiendo á Aristófanes, proclamó la teoría de los *analogistas*; Crates siguiendo á los estoicos, defendió la doctrina *anomalista*. «Duo autem graeci grammatici, Aristarchus et Crates, summa ope ille *ἀναλογίαν*, hic *ἀνωμαλίαν* defensavit», dice Gelio (N. Att. II) (1).

Pero si bien Aristarco al aplicar los principios de su teoría hizo sentir sus efectos en toda la morfología griega (2), dista mucho de hacer uso tan rígido y exclusivo de la norma de la *analogía*, que no convenga con Crates en admitir como legítimas otras formas lingüísticas sancionadas por el uso. «Est profecto, dice Lehrs (*De Aristarchi Stud. Homer*), quod nobis gratulemur hunc unum esse Aristarchum, qui se modestissime praebuit, analogiae normam..... moderate adhibuit, et prae analogia certis fixisque regulis usum tuitus» etc.

Crates bajo la influencia de los libros de Crisipo *Περὶ τῆς ἀνωμαλίας* se mantuvo en la rigidez de su teoría para impugnar á Aristarco, si bien no ha penetrado el verdadero sentido del primero ni del segundo en la cuestión, de ser exacto lo que dice Varrón (I. VIII): «Krates nobilis grammaticus, qui fretus

(1) Lersch, *Die Sprachphil.* etc. trae á este propósito las palabras de la *Encyclop. der Philol.* de Benhardi: "In Alexandria, wo der empirische Reichthum des technischen Materials auf andere Bahnen führt, regte wenigstens das Bemühen, Ordnung in den widerstrebenden Massen zu stiften, den wichtigen aber unentschiedenen Streit über das Sprachgesetz an, welches Aristarch einer Regel (*ἀναλογία*) unterwarf, Krates infolge der Stoischen Unregelmässigkeit (*ἀνωμαλία*) lengnete."

(2) Después de advertir esto Wolf (*Proleg.*), hace notar: "Vix hoc suspicabamur antea: nunc ex Schöll. rem clare perspicimus. Nam quod nusquam in Homero *θέλω, στεναχέω* legimus, pro *ἐθέλω, στενάχω*, nusquam *ἦδυμος* pro *νήδυμος*... quod nonnulla etiam praeter legem proportionis declinantur, ut *Κάλχαν, Θοαν, πουλυδάμα*, a. 86. β. 1. μ. 231. v. 222. p. 688., id cum similibus multis Aristarchei iudicii putandum est."

Chrisippo homine acutissimo (qui reliquit sex libros *peri tees anomalias*) heis libreis contra analogiam et Aristarchum est nixus, sed ita, ut scripta indicarit ejus, ad neutrius videatur pervidisse voluntatem. No deben confundirse al juzgar á Crates su carácter de gramático y el que por su crítica literaria le corresponde, como se ha hecho por algunos al buscar paralelismos entre ambos aspectos de dicho filólogo. En la interpretación de los clásicos, según lo que dejamos sentado atrás, Crates es partidario de la exposición alegórica, contra el criterio de Aristarco; en la investigación de las formas lingüísticas acepta, como se ha dicho, la *anomalía*, contra lo que pensaba este filólogo; mas esto no autoriza para identificar en sus doctrinas la *alegoría* y la *anomalía*, y tomar una por la otra indistintamente, («*anomaliam vel interpretationem absolute allegoricam... anomaliam aut allegoricam interpretandi rationem*» etc., escribe Wegener). Esta inexactitud filológica es más inadmisibile, si se advierte que el mismo Crates de Mallos cuidaba de hacer notar la diferencia que existe entre el crítico y el gramático, distinguiendo en consecuencia los procedimientos peculiares á uno y otro: *Καὶ γὰρ ἐκεῖνος*, dice Sexto Empírico — *Adv. Math. I* — *ἔλεγε διαφέρειν τὸν κριτικὸν τὸν γραμματικόν*, etc. Crates consideraba la Gramática subordinada á la Crítica, aunque auxiliar valioso de ella.

Las escuelas de Aristarco y Crates hicieron su camino en medio de la mutua oposición de procedimientos, si bien moderando no pocas veces los principios de los maestros respectivos. Recordaremos entre otros á Ptolomeo el *Analogético*, cuya obra *περὶ συνδέσμων* menciona Apolonio Alejandrino, en favor de la opinión que indica su sobrenombre; Aristocles, citado por Varrón, así como Arusino, Aristodemo, de quienes no tenemos convenientes noticias, aunque de atribuirsele con Suidas al primero de éstos los Comentarios en cuatro libros á la obra de Crisipo, fácil es colegir que su opinión sería la de los anomalistas. Dos filólogos se distinguieron por este tiempo entre las encontradas corrientes de analogistas y anomalistas; fueron éstos Pindario y Apolonio Alejandrino. El primero, según el testimonio de Sexto Emp. — *Adv. Math. I* — (v. en Lersch, *Sprachphil. I* el texto griego) fué de los pocos antiguos gramáticos que supieron prescindir de los dos extremos consabidos y reducir á un justo medio las pretensiones de anomalistas y analogistas, con procedimiento semejante al que usa Varrón entre los latinos. El segundo en sus numerosos trabajos y en su obra *περὶ συνταξεων* que ha llegado á nosotros, trata de levantar por

encima de las controversias tradicionales el plan de una filosofía del lenguaje.

Como entre los filósofos el problema de la significación de las palabras (*φύσις ὁ θεσίς*), y entre los gramáticos citados el de la formación de las voces (*ἀναλογία ὁ ἀνωμαλία*), sobrevino luego el de la naturaleza misma de la gramática y del carácter de sus investigaciones. Tratábase de determinar el método y plan de procedimientos lingüísticos, y si éste debía regirse por principios racionales que mantuviesen la gramática en reglas fijas, ó habia de atenerse á la observación y al resultado del empirismo verbal; esto es, si la gramática debía constituir verdadera *τέχνη* ó simple *ἐμπειρία*. De aquí las dos direcciones, una dicha de los *técnicos* y la otra llamada de los *empíricos*, que sigue á las antes indicadas, ó mejor viene á encontrarse con ellas en las varias manifestaciones de unas y otras. Porque, en efecto, así como las dos opiniones primeras sobre el origen *natural* ó *convencional* de la significación en las palabras hubieron de enlazarse con las de la *analogía* y de la *anomalía* respectivamente, de igual suerte la doctrina de los *analogistas* vino á encontrarse con la de los gramáticos *técnicos* y la de los *anomalistas* con la de los gramáticos *empíricos*. «*Analogia sermonis*, dijo á este propósito Diomedes, a natura proditi est ordinatio secundum *technicos*;» y pudiera añadir que «*anomalía sermonis ex natura profuens est ratio ordinationis secundum empiricos*» en la gramática. Como fundamento para la denominación de las dos opiniones indicadas, *técnica* y *empírica*, hallanse en Platón las mismas expresiones con objeto análogo, y aun significando pareceres encontrados en orden al carácter de una misma disciplina: *ῥητορικὴ ἐστὶν ἡ τέχνη*, se dice en el Krátilo, y á su vez en el Gorgias del mismo Platón dice Sócrates que *ῥητορικὴ* no es *τέχνη*, sino que es *ἐμπειρία καὶ τρεβή*.

Entre los *técnicos* figuran el notable gramático Dionisio de Tracia, cuyas doctrinas expuestas en la *Τέχνη γραμματικῆς*, han adquirido universal renombre (v. Steintal, *Geschich. d. Sprachw.*; Delbrück, *Vergleichende Syntaxe* entre otros); Ptolomeo Peripatético, que se aparta, sin embargo, de las apreciaciones dionisianas respecto de la noción de *Gramática técnica* (v. en Bekk. *Anecd. Graec. II Schol.* á Dionisio de Tracia sobre su doctrina, y Sext. Emp. I para la de Ptolomeo); Asclepiades Myrleano, partidario también de los *técnicos*, aunque no sin apartarse en algún punto de Dionisio de Tracia (v. Fabricio, *Biblioth. gr. VII*); Teodosio Alejandrino, el cual sin ser claramente de los *técnicos*, admite las doctrinas generales de

esta escuela (v. Lersch, *Die sprachph* I), y Herodiano, escritor del tiempo de Marco Aurelio, el cual, entre otros tratados, compuso el *ὀνοματικός, ἀνώμαλος πρόσδος, περί βαρβαρισμοῦ* (v. *Etym. Magn.* para los primeros; Crauser, *Anecd. gr.* en Lersch, para el último), y la obra general de Gramática que cita Sex. Emp., conocida por *ἡ καθόλου (καθολικὰ θεωρήματα)* (1).

Entre los más decididos adversarios de los *técnicos*, está Sexto Empírico, así llamado por su intervención en favor de la Gramática empírica, según los principios de los *anomalistas* (v. Frabricio, *Bibliot. gr.* VII) que sostiene con empeño, defendiéndolo de todo helenismo analógico (siete argumentos tomados de la naturaleza mudable del lenguaje y de la inconsecuencia de los analogistas aduce contra éstos, cuyo extracto puede verse, entre otros, en Lersch, ob. cit.) La lucha de la Gramática *empírica* y *técnica* cierra el período de las controversias lingüísticas griegas, las cuales son luego transmitidas a las escuelas romanas que de la Grecia recibieron directo influjo.

Comparando la glotología romana con la helénica échanse de ver entre otros caracteres diferenciales de una y otra, los siguientes: la glotología griega deriva las categorías gramaticales de las del orden lógico por intervención de las especulaciones filosóficas; la glotología romana, aun bajo la ineludible influencia de los griegos, constituye aquellas categorías con carácter directamente lingüístico. El origen de dichos estudios gramaticales viene entre los griegos del mundo de las ideas y de la teoría abstracta de la naturaleza; entre los romanos hállase en el de los hechos de donde se originan teorías gramaticales concretas. La glotología griega tiene su primera fase en

(1) Los analogistas acabaron por hacer aplicación concreta de sus doctrinas a ciertas partes de la Gramática, y así encontramos la prosodia definida como tratado del acento según la analogía, la ortografía entendida en el mismo sentido etc., hasta que se introdujo la parte llamada *Analogía* como tratado añadido a los demás de que constaba antes la Gramática, en la cual se comprendió buena parte de la morfología.—Hemos de notar aquí que los árabes han tratado de la Analogía lógica, derivada sin duda de la Analogía gramatical griega. Entre ellos han existido tratados con el nombre de *Catholicon* (como el de Herodiano), de los cuales son conocidos uno de Ibn-el-Cadí (Mahomed ben Saïd) de la primera mitad del siglo XIV, y otro de el-Mawerdi (M. ben-Habib) de la mitad del siglo XV. La introducción en el Islam de la literatura científica griega es muy probable haya por lo menos contribuido al perfeccionamiento de su disciplina gramatical.

la Filosofía, de donde más tarde la reciben los filólogos y críticos; la romana no tiene período filosófico, y nace del esfuerzo y tendencia de los primeros cultivadores del género literario, en especial de los poetas, para regular las formas de la lengua latina, y procurar su perfeccionamiento. Entre los griegos las controversias gramaticales comienzan después de formada su literatura y cuando el idioma helénico había llegado a su desarrollo, constituyendo dichas controversias un momento histórico de reflexión sobre un mundo intelectual realizado; entre los romanos éstas comienzan con los orígenes literarios, y asisten a la formación de la lengua y literatura del Lacio, antes de todo momento reflejo posible sobre una entidad que está realizándose, y por lo mismo vemos suscitarse las cuestiones sobre el campo de las letras directamente sin que aparezcan, como en Grecia, escuelas reglamentadas que discutan *a priori* sus respectivas teorías. Finalmente, la etimología griega es el primer paso para la morfología, tal como la han entendido los antiguos maestros de la Grecia, desarrollándose una y otra dentro de los moldes prefijados por los varios sistemas que se disputaron el dominio del lenguaje; la etimología romana camina con mayor independencia, y aun las mismas reglas que invaden las derivaciones helénicas y ahogan todo asomo de etimología bien entendida, está lejos de presidir a las investigaciones latinas a que aludimos, siquiera éstas no alcancen a ser más felices que aquéllas (1).

(1) Como entre los griegos, hállanse entre los gramáticos romanos expresiones peculiares de la cuestión primera que empezó a debatirse. Las principales son: *anomalía, analogía—natura, usus—aequalitas, inaequalitas—proportio, comparatio*. El concepto de las dos primeras es el que hemos visto prevalecer entre los griegos. “Quum ab his ratio, dice Varrón —IX—, quae a similitudine oriretur, vocaretur analogia, reliqua pars appellaretur anomalía.” Concepto que es común en la glotología romana desde el mismo Terencio Varrón hasta S. Isidoro de Sevilla, señalado también por Cicerón (*ad Attic.* IV), por Séneca (Ep. 220) y por otros más extraños a las discusiones gramaticales; *natura* y *usus*, corresponden exactamente al *φύσις* y *θέσις* de los griegos, y en ese sentido encontramos dichas locuciones en los principales gramáticos latinos. Varrón —VIII— cuidase de advertir que el fundamento de la analogía es la naturaleza, “analogiae fundamentum obliviscuntur esse naturam.” En cuanto a la *aequalitas* é *inaequalitas*, y a la *proportio* y *comparatio*, son equivalentes a la *ἀναλογία* y *ἀνωμαλία* griegas. “Aristarchus, dice Varrón —VIII— de aequalitate conscribit.... Chrisypus de in-

En general los escritores de la vieja latinidad trataron de fijarse reglas peculiares no exentas de la influencia de analogía gramatical que más tarde estudiaron los críticos y gramáticos para la normalización de formas en la lengua, y que fué según lo ya indicado, aspiración preferente de la glotología romana. Livio Andrónico, Nevio, Ennio, Pacuvio, Plauto, etc., señalan ya un cierto rumbo lingüístico, con empeño en hacer prevalecer en el material léxico de la época arcaica á que pertenecen, una morfología determinada. No por otro motivo habla Varrón —VI— del estudio de la gramática de los poetas: «Secundus (gradus) quo grammatica descendit antiqua, quae ostendit quemadmodum quodque poeta verbum confixerit, quod declinarit.» En Prisciano y en Nonio Marcelo son fre-

aequalitate cum scribit etc. «Analogia est similitudo similis declinatio, quam quidam latine proportionem vocant,» dice Gelio (N. A. II). «Analogia graece, escribe S. Isidoro —I,— latine similitudo comparatio sive proportio nominatur.» Y Quintiliano (I. I): «Analogia..... ex graeco transferentes in latinum, proportionem vocaverunt.»

Advertiremos, además, que la palabra *Latinitas* se tomó entre los romanos alguna vez en el mismo sentido que muchos griegos hablaban del *Hellenismos*; esto es, como norma histórica y gramatical de la lengua, en oposición á toda otra interpretación de formas y palabras que no fuese la recibida, y en especial contraponiendo la *analogía*, como tipo de latinidad y helenismo, á las incursiones de la escuela *anomalista*. En este sentido, dice Aristóteles refiriéndose á la Retórica (Rhet. III): «Ἔστι δ' ἀρχὴ τῆς λέξεως τὸ ἑλληνίζειν. Por eso, para él, como para otros muchos, la gramática no es perfecta si no es *περὶ τῶν ἑλληνισμῶν*. Los estoicos oponían, como manifiesta Sext. Emp. (Adv. Math. I), el *helenismo* á todo barbarismo en el lenguaje; y el mismo Diógenes Laercio —Zeno, 40— se encarga de señalar como la primera de las cinco partes de la gramática estoica *ἑλληνισμός*, que luego define con arreglo á la escuela de los *técnicos*, y en oposición á los empíricos y anomalistas. (V. en Fabricio, sobre Sext. Emp., la noción de *helenismo* tomada de los escol. á Dionisio de Tracia). Aunque este concepto del helenismo pasó al *latinismo*, fué recibido con moderación y sin la exclusión sistemática que caracterizó al primero. Ya Probo decía: «*Latinitas* ex duabus partibus constat, hoc est *analogia* et *anomalía*,» borrando así los confines de las escuelas anomalista y analogista. A esta *Latinitas* se hace alusión en la obra de Dídimo sobre la Analogía entre los romanos. Más tarde dice Diomedes: «*Latinitas* est incorrupta loquendi observatio..... constat autem iis quatuor: natura, analogia consuetudine, auctoritate.» Palabras que indican el triunfo del eclecticismo gramatical de Varrón en las escuelas romanas.

eventos los ejemplos tomados de los escritores aludidos, por donde se ve el uso de formas gramaticales que obedecían á un principio de sistematización entre ellos y la formación analógica de muchos casos, como lo hacen advertir los gramáticos citados. Los estudios glotológicos romanos son totalmente empíricos en los gramáticos glosógrafos de las primeras épocas (*glossematorum scriptores* les llama Festo, y antes en forma semejante habló Varrón—VI) transformándose un tanto merced á la influencia de la escuela de Crates y á la cuestión de *analogía* y *anomalía*. Bajo la acción de las teorías del fundador de la escuela de Pérgamo, escribieron los citados Elio Stilon, Aurelio Opilio (sobre ellos, A. Gelio, I y III respectivamente; fragmentos del último en Varrón, Festo etc.), y Santra cuyo helenismo (v. Lersch, *Zschrft. für Alterthumwissens.* 1838), manifiesta á las claras como en Roma hacían progresos las enseñanzas griegas. Más que nada revela la acción de dichas escuelas, la importancia que da Varrón á la controversia de *analogistas* y *anomalistas* en los libros *De Gramm.*, exponiendo con amplitud ya los argumentos de los anomalistas contra la analogía («Prius contra universam analogiam», lib. VII), ya los de los analogistas contra la anomalía («Nunc jam primum dicam pro universa analogia», l. VIII). Contra los analogistas hace notar la condición natural y espontánea del lenguaje, cuyo carácter práctico es incompatible con la evolución artificial en que se pretende encerrarla con la analogía; la semejanza que tiene el lenguaje con otras obras de la naturaleza y del arte que no aparecen sometidas á reglas equiparables á las de la analogía y la contradicción en que están los mismos analogistas entre sí. Varrón critica la analogía siguiendo luego las partes del discurso, y concluyendo siempre contra ella. Procediendo después á la inversa ó sea contra los anomalistas y en favor de la analogía, halla en la armonía de las obras de la naturaleza, en el proceder por semejanzas tan frecuente en las cosas humanas, en las proporciones psicológicas y en las relaciones del alma y del cuerpo, razones para sostener que existe la eficiencia analógica en el edificio de las lenguas.

Varrón establece esta manera de antilogía defendiendo el *pro* y el *contra*, no con propósitos de escéptico, sino con ánimo de armonizar las doctrinas de los contendientes, mostrando lo que en una y otra es admisible, y qué parte sea de aceptar en ambas, restableciendo así la verdadera unidad á los procedimientos del uso y sus anomalías, dentro de los que señala la naturaleza á las formas de analogía, ya que analogía y ano-

malia deben ser expresión natural del habla humana. Por eso en la obra citada (l. VIII) escribe: «Consuetudo (anomalía) et analogía conjuntiores sunt inter se, quam hi credunt, quod est nata ex quadam consuetudine analogía.» «Quare, qui ad consuetudinem nos vocant, si ad rectam, sequamur; in eo enim quoque est analogía» (l. VIII). «Cum, ut ego arbitror (l. VII), sit utrumque sequendum.» Este sistema racional de equilibrio entre ambos extremos que Varrón procura consolidar en todo el l. IX con sus doctrinas sobre la aequalitas é inaequalitas ratio (*λογος*), proportio (analogía) y uso lingüístico, puede decirse que es el que ha regido en las escuelas latinas que siguen hasta la Edad Media, cualesquiera que sean las diferencias que las separen en este punto, desde luego más aparentes que reales (1).

Por lo demás, en las oscilaciones doctrinales de la cuestión no sería difícil hallar quiénes reproducen más en la práctica que en el concepto la teoría analogista. P. Nigidio (según Aulo Gelio más dado á las opiniones lingüísticas de Platón que á las disquisiciones de los gramáticos griegos) es antianomalista: «Nomina verbaque non positu fortuito, dice Gelio —X—, sed quadam vi ac ratione naturae facta esse P. Nigidius in gramm. coment. docet; rem sane in philosophiae dissertationibus celebrem. Quaeri enim etc.» (En el mismo lugar puede verse un argumento «lepidum ac festivum» como escribe Gelio, de P. Nigidio en favor de su tesis).

Julio César en su obra de *Analogía*, cuyo título *De ratione latine loquendi* (De analogía, Analogici), indica la tendencia de escuela que en realidad ha tenido. Suyo era el precepto analogista que trae Gelio: «Tanquam scopulum sie fugias inauditum atque insolens verbum.» (Sobre el carácter de la obra de César encontramos testimonios en Cic., *Brut.* 72; A. Gelio, I; Prisciano, I; Pompeii Comm. artis Donati, segm. I; y Carisio, I. Otras referencias al mismo libro en estos escritores, en Quintiliano, en S. Isidoro etc.)

Marco Tulio que no pocas veces toca este punto, sostiene abiertamente el criterio medio que hemos indicado domina en

(1) La restauración de la teoría epicúrea sobre la formación de las palabras que inició Lucrecio en aquellos conocidos versos: *De rerum natura* "At varios linguae sonitus etc.," antítesis de la teoría lingüística pitagórica, y aun platónica y aristotélica, revela la dirección de la época en la solución de problemas generales glotológicos, si bien esta doctrina no ha llegado á prevalecer.

Varrón. No duda Cicerón que el idioma tenga sus normas «ut ea sibi ratio vera restituat, quae consuetudo vitiosa detraxerit;» pero niégale derecho á todo monopolio lingüístico de suerte que no sea lícito introducir giros no admitidos por aquéllas (la anomalía): «Quod si indocta consuetudo, dice en su Orator ad Brut., tam est artifex suavitatis, quid ab ipsa tandem arte et doctrina postulari putamus....» *Impetratum est a consuetudine, ut peccare suavitatis causa liceret.*» Aulo Gelio —XIII— llama la atención sobre la importancia que atribuía Cicerón «voluptati aurium in diiudicandis quibusdam de Latino sermone controversiis.» Lo cual no debe causar sorpresa cuando se recuerden aquellas sus palabras que pueden considerarse como un principio en boca del orador romano: «Vocum autem et numerorum aures sunt iudices.» Está, pues, Marco Tulio lejos del exclusivismo de ninguna de las escuelas lingüísticas griegas, y muestra bien con su modo de pensar en esto la tendencia ecléctica del espíritu genuinamente romano en tales controversias. «Ergo utemur (dice como resumen de su pensamiento, *De orat.* III) verbis aut iis, quae propria sunt et certa quasi vocabula rerum, paene una nata cum rebus ipsis: aut iis, quae transferuntur, et quasi alieno in loco collocantur: aut iis, quae novamus et facimus ipsi.» Cicerón, que no habla en caso alguno de *fusis* ó *zesis*, de *analogía* ó *anomalía*, junta en estas palabras lo que en dichas teorías hay de más racional y aceptable.

Por el contrario, los escritores de origen griego que se ocupan de la lengua romana, vuelven á los procedimientos sistemáticos, aceptando comunmente las conclusiones de los analogistas. Entre dichos escritores figuran Diodoro, autor de las *Γλώσσαι Ἰταλικαί*; Filoxeno, que escribió *Περὶ τῆς τῶν Ῥωμαίων διαλέκτου*; Apión, con su *Περὶ τῆς Ῥωμαϊκῆς διαλέκτου*, y especialmente el gramático Didimo, muy conocido de los antiguos por la obra *Περὶ τῆς παρὰ Ῥωμαίους ἀναλογίας*, del cual menciona también Prisciano un tratado de *Latinitate* (ó sea de *Analogía latina*, por ser el *Latinitas*, como queda dicho, equivalencia del *Hellenismos* en sentido gramatical).

La dirección contraria á los analogistas se renueva en Stilon como indica Gelio (N. A. XIII) y aparece en muchos escritores ajenos á las escuelas gramaticales. Recordemos, á más de Lucrecio, partidario de la acción libre de la naturaleza en el lenguaje según los ya indicados versos de su *Rerum natura*, y de Manilio, que escribe algunos versos en el mismo sentido, á Vitrubio (el Pseudo-Vitrubio medioeval de algunos), quien habla de la formación de las palabras en sentido análogo al de

Lucrecio; «Deinde, concluye después de pintar el estado primitivo salvaje del hombre, significando res saepius in usu, ex eventu fari fortuito coeperunt, et ita sermones inter se procreaverunt;» y á Horacio, que mientras describe (*Sat. I*) el mismo estado salvaje —Quum prorepserunt primis animalia terris etc.— proclama al uso en el *Arte poet.* árbitro del lenguaje:

Vocabula, si vollet usus,
Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.

Entre las dos corrientes indicadas viene Quintiliano á restablecer la armonía de los contendientes, á la manera que lo ha hecho Varrón, esto es, reconociendo la utilidad de la teoría analógica para la conservación de formas lingüísticas («Recta est haec via, quis negat?»), pero concediendo al uso la legitimación de su eficaz influencia («Consuetudo vero certissima loquendi magistra»). Como Varrón advierte que la analogía y el uso lingüístico, norma y anomalías, tienen el mismo origen y razón de ser, así Quintiliano enseña que la costumbre en el habla y la analogía tienen fundamentalmente la misma naturaleza: Non enim cum primum fingerentur homines, analogia demissa coelo formam loquendi dedit; sed inventa est postquam loquebantur, et notatum in sermone, quid quomodo caderet..... ut ipsam analogiam nulla res alia fecerit, quam consuetudo.» Y del mismo modo que Marco Tulio, establece el ilustre autor de las *Inst. oratoriae* que son varios los factores de la palabra: sean analógicos ó anómalos: «Nam cum sint eorum alia, ut dicit Cicero, nativa, quae significata sunt primo sensu, alia reperta, quae ex his facta sunt; ut jam nobis ponere alia, quam quae illi rudes homines primique fecerunt, fas non sit: at derivare flectere, conjungere.»

Después de Quintiliano impera nuevamente el criterio conciliador que éste hizo revivir, y que contaba en su apoyo los nombres respetables de Varrón y Tulio. Prescindiendo de algunos tratados que ya no ejercieron especial influjo (1), las escuelas latinas posteriores viven en este sentido de elementos

(1) Entre ellos el de Analogía de Julio Romano «Dissertissimus artis scriptor» dice Casirio —I— quien reproduce un parágrafo íntegro del mismo sobre analogía; Staverio, que escribió según Prisciano —VIII— *De proportione*, ó sea de analogía; Flavio Caper, al cual menciona Casirio —I— como autor de una obra de *Latinitate* (de analogía); Papirio ó Papiriano (muy lejano y distinto del Papirio, autor del *Jus civ. Papirianum*, cuyos fragmentos trae Festo),

romanos, ó mejor, entendidos al modo romano, decreciendo de una parte el interés de la empeñada lucha sostenida durante siglos, y aumentando de otra el ascendiente de los maestros indicados, con más frecuencia leídos que los escritores griegos.

Así Probo en las *Analecta Grammatica* (Probi Gramm. de octo orat. p. ars minor), admite en la misma noción de gramática analogía y anomalía: «Nunc hujus artis, id est, grammaticae omnis duntaxat latinitas ex duabus partibus constat, hoc est analogia et anomalia, et utriusque partis rationem subiicimus.» Probo estudia la anomalía dividiéndola en tres clases (immiscens, immutans, deficiens) dignas de atención, porque no ha habido tratadista griego ni romano que se ocupase de la cuestión con precisión y método igual (una página en Lersch *Die Sprachwiss.* etc. I). A su vez Carisio, imbuido en las doctrinas analogistas de César y de Julio Romano, y en las moderadas de Quintiliano, dice: «Constat ergo Latinus sermo natura, analogia, consuetudine, auctoritate.» La naturaleza es aquí la exigencia que resulta ó de la etimología conocida ó del ser históricamente primitivo de la palabra en la lengua; «nam, scribitur el mismo, si quis dicat scribo pro scribo, non analogiae virtute, sed naturae ipsius constitutione vincitur.» La analogía y el uso resultan respectivamente de la proporción, ó del consentimiento tácito en el uso de palabras. La autoridad es sólo norma loquendi cuando faltan las demás indicadas. Por su parte Diomedes *De Latinitate*, se declara partidario de la misma doctrina, manifestando derivarla de Varrón: «Constat autem, ut asserit Varro (explícitamente no habla así Varrón), natura, analogia, consuetudine, auctoritate.» Escribiendo á su vez *De Latinitate* Máximo Victorino, dice: «Constat autem (Latinitas) tribus modis, ratione, auctoritate; consuetudine, ratione secundum *technicos*; auctoritate, veterum scilicet lectione; consuetudine quae doctorum modo loquendi usu placita assumptaque sunt.» Por lo que hace á Prisciano, baste notar

el cual aparece como autor de un tratado de Analogía; (v. Cod. Biblioth. Bobbiensis en Muratori, *Antiquit. Ital. med. aevi*, III).

Aunque la analogía y la anomalía figuran en todos los tratados gramaticales posteriores á esta época (S. Isidoro de Sevilla, *Origin.* I, las expone, y aun Alcuino en su *Grammat.* define la *analogía* al modo griego, además de los escritores que arriba citamos), no es ya sin embargo con el carácter sistemático de los antiguos, sino en forma más bien doctrinal y expositiva.

que no admite la analogía como norma si no es sancionada por el uso, fundiendo así del todo la teoría analogista y anomalista.

Y para concluir este estudio interno de la lingüística griega y romana sobre las teorías de formación léxica y morfológica de la palabra, ponemos á continuación las frases de Marciano Capela, última prueba de lo ya sentado; que el criterio romano de unificación de las dos tendencias helénicas, se impuso definitivamente en las escuelas (1). Después de tratar de las letras y partes del discurso en la celebrada obra *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, pasa á ocuparse de las formas comenzando con estos versos:

Expleta cursim syllabarum pagina est
Iuganda demum verba, nam probabilis
Hic ordo rebus quique disgregabitur
In bina demum: prima nam proportio
Dicenda est, Grai analogiam quam vocant;
At mox, repulsa quae novantur regula,
Vulgo docti quaeque anomala nominant.

Expuestos los principios generales que dominan toda la lingüística griega y romana, veamos ahora siquiera sea ligeramente, la evolución concreta de los elementos gramaticales en las mismas. Los primeros ensayos de análisis y determinación de las partes del discurso encuéntrase en los filósofos, los cuales en esto como en las cuestiones antes indicadas, han

(1) En los escritores eclesiásticos griegos y latinos que en los primeros tiempos de la Iglesia se ocuparon de problemas glotológicos, domina el mismo criterio moderado de las escuelas romanas. Así Clemente Alejandrino, fundador del *eclecticismo* filosófico, da en sus *Stromata* parte á la naturaleza y parte al arte en la formación de palabras subordinando estos conceptos al de la imposición (*θέσει*) de la significación primera á las voces, de conformidad con la interpretación bíblica más común sobre el origen del lenguaje, y con las ideas platónicas (á su vez de origen pitagórico) sobre el mismo punto, que el fundador del *Didascaleo* aceptaba de buen grado. Y prescindiendo de otros autores que mencionaremos al hablar del origen del lenguaje, citaremos de entre los escritores eclesiásticos latinos á Arnobio, quien en su tratado *Adv. gentes*, I, escribe estas significativas palabras, proclamación de una legítima independencia del convencionalismo de escuela que analogistas y anomalistas introducían en materias lingüísticas: "Quamquam, si verum spectes, nullus sermo natura est integer, vitiosus similiter nullus. Quatenam est enim ratio naturalis, aut in mundi constitutionibus lex scripta, ut hic paries dicatur, et haec sella etc?"

preparado á los gramáticos buena parte de su labor. Prescindiendo de las escuelas anteriores á Platón en las cuales si bien existen clasificaciones gramaticales (especialmente entre los pitagóricos, los primeros en la crítica de *homonimias* y *polionimias*, poco conformes con su doctrina de la imposición de nombre propio á las cosas, en Demócrito que estudia las transformaciones de las palabras; en Protágoras que las distribuye en categorías elementales etc.), no han llegado á sistematizarse, ni fueron en su conjunto principio de sistemas ulteriores, hemos de recordar primeramente la división platónica de palabras que aparece en el Krátilo, diálogo, como hemos visto, verdaderamente lingüístico. En este tratado establece Platón dos categorías de palabras *ὄνομα* y *ῥῆμα*, cuya significación es aquí diversa de la que después ha tenido (de *nombre* y *verbo*) en los gramáticos griegos. En el Krátilo *ῥῆμα* es una palabra ó conjunto de palabras tomadas en significación de predicado; así *Δι' ἰ φίλος* (un amante de Dios) es según Platón un *ῥῆμα*, el cual para que sea convertido en *ὄνομα* no se necesita otra cosa que fundir dichas dos palabras en una con el cambio del acento y la supresión de la última letra de la primera, lo que dará *Δίφιλος*, designación de persona concreta que puede traducirse por *Teófilo*. Esto dice expresamente Platón aduciendo el ejemplo citado; de donde resulta que *ῥῆμα* puede decirse, como escribe Ast en su *Lexicon platonium*: «Declaratio ejus, quod de homine aliquo vel de re praedicatur.» El *ὄνομα* viene á ser la expresión concreta del *ῥῆμα*, parte de la oración materialmente distinta de esta que puede llamarse sujeto, pero formalmente incluida en el *ῥῆμα*, del cual es una forma determinada. Estas dos categorías de palabras constituyen el discurso: *Ἐκ τῶν ὀνομάτων καὶ ῥημάτων ἤδη τι καὶ καλὸν καὶ ὄλον συστήσομεν*, etc. Con lo cual da á entender Platón que tienen también para él la equivalencia de partes de la oración, por lo menos como expresión de un objeto y de la actividad del mismo en acto. Emplea así mismo la palabra *ῥῆμα* en sentido genérico de *locución*, *frase* etc., usándola además para designar verbos en varios casos.

Al ocuparse de los elementos del discurso en el Krátilo, no revela Platón influjo alguno de los ensayos gramaticales hechos con anterioridad. La gramática es para él conocimiento de los sonidos y de sus signos (*στοιχεῖα καὶ γραμμάτα*). El lenguaje (sílabas y letras) sirve para la manifestación del ser de las cosas: *ὁ διὰ τῶν συλλαβῶν τε καὶ γραμμάτων τὴν οὐσίαν τῶν πραγμάτων ἀπομιμούμενος*.

En cuanto á Aristóteles, y prescindiendo de las controversias que se han suscitado respecto ya del contenido genuino de sus obras sobre esta materia, ya de la significación de sus palabras cuando habla de las partes del discurso, diremos: 1.º que si hemos de creer á la generalidad de los antiguos gramáticos, Aristoteles no reconoció más que dos partes del discurso, nombre y verbo: «Curavimus, dice Casiodoro, aliqua de nominis verbi que regulis pro parte subicere quas recte tantum Aristoteles orationis partes adseruit.» Esto repiten los comentaristas de Donato: «Aristotelici dicunt duas esse partes orationis, nomen et verbum» (*Serg. in secund. Donati*); «Partes orationis... Aristoteles bene definiunt, nomen et verbum» (*Pomp. Comment. artis Donati*); «Partes orationis, dice S. Isidoro, Aristoteles duas tradidit, nomen et verbum». Lo mismo se repite en el Pseudo-Agustin (trabajo sobre las categor. atribuido á S. Agustin), y ya lo había dicho mucho antes Varrón —VII—: «De eis Aristoteles duas partes orationis esse vocabula et verba.»

2.º Que Dionisio de Halicarnaso (*De Comp. verbor. 2, y De vi Demost. 48*) atribuye al Estagirita haber admitido tres partes gramaticales: Θεοδέκτης μὲν καὶ Ἀριστοτέλης dice en el primero de los lugares citados, καὶ οἱ κατ' ἐκεί νους φιλοσοφῆσαντες... ὀνόματα καὶ ῥήματα καὶ συνδέσμονες πρῶτα μέρη τῆς λέξεως ποιοῦντες. Y repite en el segundo de dichos lugares, Τοῖς πρῶτοις μορίοις τῆς λέξεως, ἃ δὴ στοιχεῖα ὑπὸ τινων καλεῖται: εἴτε τρία ταῦτ' ἔστιν ὡς Θεοδέκτης τε καὶ Ἀριστοτέλει δοκεῖ, ὀνόματα καὶ ῥήματα καὶ σύνδεσμοι, etc. También Quintiliano (*Inst. I*) siguiendo sin duda la tradición dionisiana, menta tres partes gramaticales en la doctrina aristotélica: «Veteres enim, quorum fuerunt Aristoteles quoque atque Teodectes, verba modo et nomina et conjunctiones tradiderunt».

3.º Que en las obras reconocidas como legítimas de Aristóteles, y refiriéndonos estrictamente á lo que él llama partes del discurso, sólo aparece que haya admitido dos partes. En este sentido escribe en la *Rhetor. III*: «ὄντων δ' ὀνομάτων καὶ ῥημάτων, ἐξ ὧν ὁ λόγος συνέσκηκεν. Esto mismo repite en otros lugares de la *Retórica*, de la *Poética* y de los *Tópicos* (véase *Top. VI, 11*), de conformidad con la interpretación de los antiguos gramáticos arriba citados; á ellos hemos de añadir la afirmación de Amonio, quien exponiendo el Periermenias atribuye aquella división á Aristóteles: μόνον του λόγου κυρίως μέρη τὸ ὄνομα καὶ τὸ ῥῆμα εἶναι τιθέμενος (*Ἀριστοτέλους*). No puede probarse que Aristoteles haya admitido en parte alguna más que los dos elementos indicados como constitutivos propios y

subsistentes del lenguaje, á los cuales atribuía la representación oral del pensamiento, como es de ver en muchos lugares de sus escritos filosóficos y retóricos.

4.º Que si bien Aristóteles no admitió más de dos categorías gramaticales propias (las dos partes del discurso dichas), reconoció además la existencia de *partículas*, las cuales entran en el discurso, sin ser partes de él, en cuanto no son elementos esenciales de todo concepto expresado. De aquí que, tomando la frase «partes gramaticales» en el sentido en que hoy se usa, ó sea incluyendo entre ellas las partículas, pueda decirse que el Estagirita admitió más de dos clases de palabras; pero limitándola en sentido aristotélico, tan sólo dos partes del discurso pueden atribuírsele como digeron los escoliastas y gramáticos antiguos. Ambos modos de enumeración son, pues, conciliables, convenientemente explicados (1).

5.º Que si se pretende determinar cuántas sean las especies de *partículas* señaladas por Aristóteles, no faltan quienes

(1) Sin embargo de que las dos afirmaciones (de los que admiten la división aristotélica en dos partes, y de los que señalan tres) no distan entre sí tanto como parece, de hecho estuvieron sus sostenedores todo lo alejados que podían estar de la exactitud. En unos, en efecto, el motivo de hablar tan sólo de nombre y verbo, no es el carácter peculiar que en Aristóteles tiene la *partícula*, sino el creer clasificadas en Aristóteles aquellas dos partes exclusivamente; sólo Amonio indica que se trata de las dos partes principales. En Dionisio, de donde toma Quintiliano su doctrina, las tres partes de la oración son atribuídas á Aristóteles, porque así lo enseñó Teodecto, á quien le atribuye igual clasificación. La afirmación dionisiana ha nacido de confundir la doctrina del Estagirita como autor, y la que expuso al comentar á Teodecto como propia de éste. Sabemos que Aristóteles compuso además de los suyos una especie de *Suma* de los libros retóricos que se conocían en su tiempo, á la cual alude Cicerón (*De orat. II*): «Aristotelem cujus et illum legi librum, in quo exposuit dicendi artis omnium superiorum etc.» «Ac veteres quidem (*De invent. II*) scriptores artis... unum in locum conduxit Aristoteles, et nominatim cujusque praecepta magna conquista cura perspicue conscripsit, adque enodata diligenter exposuit, etc.» Teodectes escribió en tiempo de Aristóteles y probablemente asistió á su escuela, sin que por eso dejase el Estagirita de ocuparse de él, y aun escribir, como atestigua Laercio, una *τεχνῆς Θεοδέκτου Εἰσαγωγή*, á cuya doctrina alude cuando habla en la *Retórica* de *θεοδέκτεια*. Es de aquí de donde sin duda deriva la confusión de Dionisio, que ha tomado por doctrina de Aristóteles y Teodectes, la que, aunque expuesta por el primero, era peculiar del último.

digan que dos, *conjunciones y artículo* (*σύνδεσμοι* y *ἄρθρον*); de donde resultarían, enumerándolas en el lenguaje actual, cuatro partes del discurso reconocidas por Aristóteles. Para contar el artículo (*ἄρθρον*) entre las partículas aristotélicas, es menester acudir á la *Rhetorica ad Alexandrum*, donde distintamente se habla de él, y así lo hace Lersch (*Die Sprachphil.* I), que es de la opinión indicada, á fin de sostener su aserción. Mas siendo esta una de las obras discutidas de Aristóteles que con toda probabilidad debe decirse pseudo-aristotélica, la afirmación queda sin fundamento, y por lo mismo hay que limitar la distinción hecha por el filósofo en punto á partículas gramaticales, á las conjunciones (*σύνδεσμοι*), únicas á que él mismo en sus obras genuinas se refiere (1). La distinción completa entre las *σύνδεσμοι* y *ἄρθρα* fué propiamente hecha por los estoicos, aunque está incluida también en el tratado dicho *ad Alexandrum*. Tenemos, pues, en Aristóteles, dos partes del discurso, y una clase de *partículas*.

6.º Que Aristóteles establece como notas diferenciales de los dos elementos que distingue en la oración, nombre y verbo, el primero el ser significativo de algo sin la idea de tiempo, mientras el segundo incluye la noción de éste. "Ὄνομα μὲν οὖν dice Π. ἐρμεν. 2, φωνή σημαντικὴ κατὰ συνθήκην ἄνευ χρόνου, ἣς μηδὲν μέρος ἐστὶ σημαντικὸν κειχωρισμένον.— Ῥῆμα δέ, escribe c. 3, ἐστὶ τὸ προσσημαίνον χρόνον, οὗ μέρος οὐδὲν σημαίνει χωρὶς, καὶ ἔστιν αἰετῶν καθ' ἑτέρου λεγομένων σημείων. Palabras que se hallan repetidas en la Poética, y cuyo concepto se ha reprodu-

(1) Siguiendo las huellas de Victorio, han sostenido con vigor entre los modernos que la *Rhetorica ad Alexandrum* es obra pseudo-aristotélica, la cual pertenece al retórico Anaximeno, Spengel en su *Τεχνῶν συναγωγή*, Usener (*Quaest. Anaximeneae*) y otros. Lersch, entre los filólogos, ha tomado la defensa contra Spengel como puede verse en el Apéndice á su *Die Sprachphil.* (II *Ueber die Rethorik an Alexander*), procurando presentar como antitéticas las doctrinas de la *Rhetorica ad Alexandrum* y las que se suponen de Anaximeno, si bien con escaso éxito, por las interpolaciones de aquella obra que ocasionaron determinadas variantes, mientras su conjunto está fuera de los moldes de Aristóteles. Debe advertirse que tratándose de un retórico contemporáneo de Aristóteles, y de un libro escrito con anterioridad á los respectivos de éste, como dice Spengel —ante Aristotelis rhetoricam illum exiisse librum—, las teorías gramaticales de uno y otro pudieron compenetrarse en los sucesivos expositores. (V. también Kalischer, *De Arist. Rhetoricis et Eth. quo et cur inter se cum congruant tum differant, Diss.*).

cido en los tratados filosóficos y gramaticales de la Edad Media (1). Por este modo de entender el nombre y el verbo, lleva gran ventaja la noción aristotélica á la platónica, aunque también en varios lugares llama verbo, *ῥῆμα*, al predicado de un nombre —*τῶν καθ' ἑτέρου λεγομένων σημείων*—, como lo hizo Platón, viniendo así á denominar verbos á las palabras que conocemos con el nombre de adjetivos. Aristóteles restablece doce categorías de sustantivos que se encuentran calificados en varios lugares de sus obras.

Pasando á los filósofos estoicos, hallamos como generalmente admitidas por ellos las partes siguientes del discurso: *Onoma*, *proségoria*, *rema*, *arزون*, *sundesmos*, *pandektés* (nomen, appellatio, verbum, pronomen vel articulus, conjunctio, adverbium). Decimos generalmente, porque no todos han convenido en ello, por lo menos de una manera explícita. Los que no reconocieron el adverbio y no hacen la división del nombre en *nomen* y *apellatio*, cuentan sólo cuatro partes, que son las restantes de las enumeradas; por eso Dionisio de Halicarnaso atribuye á los estoicos haber dividido en cuatro las partes del discurso, como probablemente hicieron Zenón y Cleantes. Los más admitían con Diógenes y Crisipo cinco elementos oracionales, tales como quedan indicados descontando el adverbio; así dice Laercio refiriéndose á éstos: *tou dé logou esti meré pempte*; y Prisciano escribe: «Secundum Stoicos quinque sun orationis partes», lo cual repiten los coment. de Donato y demás gramáticos.

La división del nombre en *onoma* y *proségoria* (relacionada con la cuestión de si los nombres significan *fusei* ó *zesei*) hizose para designar distintamente la cualidad *peculiar* de una cosa, ó una cualidad *general*. El verbo para los estoicos era según Laercio: *meros logou sémainon asunzeton katégoréma*; siendo de advertir, como nota Apolonio, que fué común entre los estoicos cambiar en esto, como en otras cosas, las denominacio-

(1) Omitimos aquí referirnos al discutido c. 20 de la Poética de Aristóteles; sobre el mismo, v. el Apéndice I de Lersch (*Ueber das 20 Capitel der aristotelischen Poetik*). Recordaremos, sin embargo, que al exponerse allí la *λεξις* (manera de hablar, discurso articulado prescindiendo de los *conceptos*, como contraposición de *λόγος* que se refiere al lenguaje en cuanto expresión de ellos), se hace esta enumeración harto significativa: *Tés de lexeos apasés ta d' esti ta meré, stoijeion, sullabé, sundesmos, onoma, rema, arزون, ptósis, logos*.

nes; por eso al infinitivo le llamaron ἔημα, denominación del verbo, y al verbo en las demás formas, κατηγορημα, aplicando luego ésta y otras denominaciones á la clasificación de frases que solían hacer. El pronombre y artículo comprendíanse en la palabra ἄρθρον, que era definida: *stojéion logou, ptótikon dioridsón ta guené tón onomatón kai tous aridmous*, según Diógenes Laercio. Exponiendo la aplicación que hacían del artículo como pronombre (significación determinada) y como artículo propio (sentido indeterminado), escribe Prisciliano —II—: «Articulos autem pronomibus connumerantes finitos ea articulos appellabant, ipsos autem articulos, quibus nos caremus, infinitos articulos dicebant, vel ut alii dicunt, articulos connumerans pronomibus, et articularia eos pronomina vocabant.» La conjunción definíanla los estoicos: *meros logou aptóton, sundoun ta meré tou logou*. Por el libro de Posidonio *Peri sundesmon* y por lo que refiere Apolonio, pueden distinguirse once clases de conjunciones en las conocidas por el estoicismo. Finalmente, cuando ha sido admitido el adverbio recibió el nombre de πανδεκτης, por la universalidad en significar, y por la *virtuallidad* que le atribuyeron los estoicos según algunos gramáticos. «Omnis pars orationis, dice Sergio el gram. aludiendo á la doctrina estoica, cum desierit esse quod est, nihil aliud est nisi adverbium... si dicas *sedulo homini* dedi, nomen est; si dicas *sedulo* feci adverbium est.» Dando la razón de la denominación mencionada, escribe Carisio: «Adverbium stoici *pandecten* vocant: nam omnia in se capit quasi collata per saturam concessa sibi rerum varia potestate.»

A los estoicos se debe la regularización dentro de la filosofía de un plan gramatical relativamente desarrollado. Es sabido que la dialéctica para los estoicos comprendía una parte acerca de la forma exterior del pensamiento, el lenguaje *peri demainontón, peri fónés*; y otra sobre la forma interna de la palabra ó su significación, *peri semainomenón, peri pragmatón*. De la primera parte se ocuparon particularmente entre otros estoicos además de Crisipo, Diógenes, *Tejné peri fónés*; Antipatros, *Peri lexeón kai tón legomenón*; Arquídemos, *Peri fonés*; Posidonio, *Peri lexeós eisagógué*, etc. De la segunda trataron Diógenes, Crisipo y otros; de éste eran los tratados *Peri tés suntaxeós kai stojéion*, y otro *Peri tón stojéion tou logou* etc., que menciona, como los anteriores, Diógenes Laercio. No pocos elementos retóricos hubieron de completar la parte lógica y la parte gramatical estoica, y esto se echa de ver en las clasificaciones que dichos filósofos hicieron de las

palabras. Por lo demás, las categorías gramaticales estoicas guardan relación estrecha con las categorías lógicas de dicha escuela.

Después de los estoicos mencionaremos á los llamados por Laercio *dialécticos* (los cuales vinieron figurando con la escuela gramatical de Megara y con la epicúrea) que reconocían dos partes de la oración, nombre y verbo (secundum Dialecticos, dice Prisciano, *duae, nomen et verbum*) admitiendo las demás como *sincategoremáticas* (hoc est consignificantia appellabant, escribe el mismo Prisciano). Su diferencia de los estoicos es más aparente y de simple clasificación que real, si bien en aquella división se manifiesta una doble influencia extraña á éstos, la platónica, por lo que hace á considerar nombre y verbo como partes únicas propiamente tales del discurso, y la aristotélica, al hablar de elementos *sincategoremáticos*, expresión usada con el mismo objeto en Aristóteles para distinguir *partes* y *partículas* gramaticales, según dejamos expuesto.

Con las escuelas críticas de Homero del periodo alejandrino, la gramática despréndese de las especulaciones filosóficas para comenzar á vivir vida propia sostenida prácticamente por los clásicos, aunque aprovechando las investigaciones del periodo filosófico. Zenódoto, iniciador de la nueva época, introduce el *pronombre* como parte gramatical distinta que los estoicos no habían calificado separadamente del artículo, y Aristarco señala también la preposición y el participio (que á él y no á Trifón, como se ha dicho, corresponde la distinción de este último). Con lo cual las partes del discurso admitidas por los estoicos (seis ó mejor *cinco*, pues su división del nombre en *ónoma* y *προσηγορία* no ha prevalecido) se elevaron á seis en Zenódoto, y á ocho con las dos introducidas por Aristarco, que es como cuenta Quintiliano: «Alii tamen ex idoneis duntaxat auctoribus octo partes secuti sunt ut Aristarchus, etc.» (1).

(1) En este número se encierran todas las categorías gramaticales griegas, pues el adjetivo no ha sido reconocido como categoría en la antigüedad, y la interjección fué clasificada por los gramáticos romanos. Del diverso modo de considerar las partes del discurso provino la diversidad de enumeración de ellas hechas por los antiguos; así en el *Cledonii ars* se dice: «Aristoteles duas dicit, Stoici quinque, multi novem, multi decem usque undecim.» Y el *Pompeii Comment. artis Donati*: «Donatus quidem octo definit, Aristoteles duae, Stoici quinque. Ideo dixit Donatus multi plures, multi pauciores partes orationis putant.»

A los mencionados sigue Dionisio de Tracia, cuya *Τεχνη γραμματικη* ha obtenido universal prestigio en la antigüedad, ejerciendo en el terreno gramatical dictadura poco menos que indiscutible; y aunque se ha disputado la autenticidad de dicha obra desde diversos puntos de vista, creyéndola algunos composición anónima de los maestros bizantinos (nimirum ista Pseudo-Dionysii, grammatica, dice Götling, cento est ex panis tam veterum quam recentiorum grammaticorum), no han llegado á prevalecer los argumentos aducidos, fundados en general en puntos de vista criticos que estaban lejos de ser invulnerables.

Dionisio de Tracia divide la gramática en seis partes: 1.^a *κατὰ προσωδιάν* (pronunciación, lectura); 2.^a *κατὰ τοὺς ἐνυπάρχοντας ποιητικούς τρόπους* (narración); 3.^a *γλωσσῶν τε καὶ ἱστοριῶν... ἀπόδοσις* (conocimiento de antigüedades y particularidades gramaticales); 4.^a *ἐτυμολογίας εὔρεσις* (etimología); 5.^a *αναλογίας ἐκλογισμὸς* (analogía); 6.^a *κρίσις ποιημάτων* (crítica literaria). Estas están reducidas por el escoliasta de Dionisio á cuatro partes: *diorzotikon* (*emendatio*, ó sea la crítica); *anagnostikon* (*lectio*, pronunciación); *exegetikon* (*enarratio*, exposición); *kritikon* (*judicium*, crítica expositiva).

La oración es para Dionisio, un conjunto de palabras que hacen sentido perfecto: *λέξεων σύνθεσις διάνοιαν αὐτοεληθροῦσα*. Las partes de la oración («pequeñas porciones, según dicho gramático, del conjunto oracional» — *τοῦ κατὰ σύνταξιν λόγου* —), son las ocho siguientes: *ὄνομα* nombre, *ῥῆμα* verbo, *μετοχή* participio, *ἄρθρον* artículo, *ἀντωνομία* pronombre; *πρόθεσις* preposición, *ἐπίρρημα* adverbium, *σύνδεσμος* conjunción.

«*Όνομα* es una parte de la oración con casos que significa algo concreto (*σῶμα*), ó abstracto (*πράγμα*), «rem corporealem aut incorporealem» dice Carisio. En el nombre así entendido distingue tres géneros (*ἄρσενικόν, θηλυκόν, οὐδέτερον*); tres números (*ἐνικός, δυϊκός, πληθυντικός*); cinco casos (*ὀρθή, γενική, δοτική, αιτιατική, κλητική*). Entre los accidentes del nombre (1) pone también los diversos modos de forma (*σχήματα*), y las clases diver-

(1) La doctrina de los accidentes nominales era ya conocida y expuesta de una manera semejante á la de Dionisio de Tracia. Así, entre otros, Aristóphanes hacía la clasificación siguiente según Carisio —I—: «Huic (á la *analogía*) Aristophanes quinque rationes dedit, aut, ut alii putant, sex. Primo ut ejusdem sint generis, dein casus; tum exitus, quarto numeri, quinto syllabarum, item soni sexto.»

sas de palabras (*εἶδη*), las cuales divide en dos categorías principales, subordinando luego á ellas otras clases. Se advierte fácilmente que todas estas suertes de nombres, están fuera de los accidentes del nombre, aunque Dionisio los incluya en ellos.

Ῥῆμα, parte de la oración sin casos que indica acción ó pasión (*ἐνέργειαν ἢ πάθος*). En él distingue, además de *εἶδη* y *σχήματα* como en el nombre, los *modos* (indicat., imperat., optat., subjunt., é infinit.), los *géneros* (activo, pasivo y medio), los números, personas y tiempos (presente, pasado y futuro). Ocho accidentes verbales, contando los dos primeros y añadiendo los que Dionisio de Tracia llama *συξυγίαι* en el verbo.

Μετοχή, parte de la oración que participa del modo de ser del nombre y verbo, diferenciándose de éste en no tener personas ni modos verbales.

Ἄρθρον, parte de la oración con casos, que antecede ó se pospone á los *casos* del nombre. El artículo que antecede es *ὁ*, y el que se pospone es *ὃς*, según Dionisio; y como el primero es el artículo griego y el segundo el relativo, viene á juntar con el mismo nombre el relativo y el artículo; partes no sólo gramaticalmente diversas, sino también etimológicamente, esto último claramente demostrado hoy por intermedio del sánscrito.

Ἀντωνομία, parte de la oración que se usa en lugar del nombre designando determinadas personas (*προσωπῶπων ὠρισμένων δηλωτική*). Esta doctrina del pronombre, en la cual se limita su concepto á los personales y posesivos, es trasunto de la de Aristarco, así como la que enseña sobre el participio. Los demás pronombres son incluidos por la escuela de Dionisio en el nombre ó en el artículo, aunque no todos convienen en ello.

Πρόθεσις, parte de la oración que se antepone á las demás, ya en el conjunto ya en coordinación gramatical (*ἐν τε συνθέσει καὶ συντάξει*). Enumera luego dieciocho preposiciones (el número en que dice Carisio «inter omnes criticos grammaticos perfecte convenit» es el de *veintidós*).

Ἐπίρρημα, parte de la oración sin casos que se usa con el verbo ó se le añade. Los adverbios se dividen aquí en veinticinco clases, donde se incluyen muchas palabras que no los son.

Σύνδεσμος, parte de la oración que sirve para mantener en enlace ordenado el sentido de ésta, y llenar deficiencias de exposición. Refiérese esto último á las partículas, muy frecuentes en el verso griego, que se usan tan sólo por exigencia del metro ó por elegancia de la frase — *μέτρον ἢ κόσμον ἐνεκεν*. — Divide las conjunciones en *copulativas, disyuntivas, condicionales, causales, finales, dubitativas, ratiocinativas* y *expletivas*,

que son las que hemos dicho se emplean con carácter literario tan sólo.

Tales son las ocho partes gramaticales que se cuentan en el *Techne* de Dionisio de Tracia, cuyo número no se ha cambiado en tiempos posteriores; pues si bien los romanos dejaron el artículo que no tienen en su lengua, sustituyéndolo con el pronombre, en cambio admitieron como parte de la gramática la interjección, lo cual no se hizo en la enumeración de los griegos. El adjetivo ó «nombre epíteto» (*ἐπίθετον*, desde Aristóteles á Dionisio de Tracia; *ἐπιθετικόν*, desde Apolonio Discolo), disgregado paulatinamente de las formas de la poesía y no contado como categoría gramatical entre los antiguos, vino á ser parte del discurso, pero reemplazando al *participio* que dejó de enumerarse entre aquéllas, y por lo mismo manteniéndose el número dicho de elementos oracionales.

En la *Τέχνη γραμματική* de Dionisio de Tracia está representado el arte gramatical posterior; y quien compare las doctrinas de Apolonio Discolo sobre la materia expuestas por Prisciano, y como las de éste, las de Donato y Probo y demás gramáticos que les siguen, con las de Dionisio, no podrá menos de echar de ver la influencia ejercida en ellos por el escritor de que nos ocupamos, y aun puede añadirse que en él está la pauta de los tratados que le han sucedido, siquiera hayan sido completados algunos conceptos, sin duda insuficientemente expuestos en la *Techne* dionisiana (1).

Los defectos que se advierten en la doctrina expuesta de Dionisio de Tracia proceden y pueden reducirse á uno general; el no haber definido adecuadamente las partes del discurso, haciendo de esa suerte *descripciones* más que definiciones de lo que se propuso explicar. Así se ve en las nociones superficiales que da de *nombre, verbo, pronombre* etc. que son insuficientes de todo punto para estudiar la verdadera naturaleza de cada elemento gramatical y para distinguirlos científicamente

(1) El dominio de la *Τέχνη* de Dionisio se extiende en las escuelas griegas desde el siglo II a. J. C. hasta el siglo XII de nuestra era, en que es reemplazado por breves tratados gramaticales dispuestos por preguntas y respuestas, de los cuales usaron aún los importadores en Italia de los estudios griegos, Crisoloras, Teodoro Gaza y C. Láscaris. Aunque su influencia en las escuelas latinas no ha sido tan universal y uniforme, hubo sin embargo de hacerse sentir eficazmente, penetrando además en las escuelas de Armenia y de la Siria.

entre sí; y esta superficialidad toca al extremo cuando algunas partes de la oración como la *preposición, adverbio, conjunción* y aun el *artículo* (excepto la advertencia que hace de que tiene casos), vienen definidos tan sólo por su *posición*, ó sea por el lugar que ocupan en relación con otras palabras, sin que se haga alusión alguna á la idea peculiar que encierran, ni por lo mismo al carácter propio que las distingue.

Además de este rudimentario sistema de clasificar y definir incompatible con la exactitud y precisión, la crítica lingüística puede notar también en Dionisio de Tracia que con la falta de criterio filosófico en el asunto, muestra también escaso criterio morfológico al no alcanzar á distinguir las partes de la oración por los caracteres de *flexión* ó ausencia de ellos, para distribuir las en flexivas y no flexivas. Y esta idea obvia que debiera presidir á toda exposición metódica de formas, no sólo no se toma en cuenta, sino que explícitamente resulta abandonada en el libro de Dionisio: al tratar éste, en efecto, de las partes no flexivas, *preposición, conjunción* y *adverbio*, sólo califica como sin flexión (*μέρος λόγου ἀκλιτον*) al adverbio, como se ve por las definiciones respectivas antes presentadas; y á la vez, al ocuparse de las formas con flexión, artículo, nombre, verbo, participio y pronombre, define como flexivo el nombre y artículo (*μέρος λόγου πτωτικόν*), llama no reflexivo al verbo (*λέξις ἄπτωτος*), y deja sin definir el carácter de las partes restantes. Probablemente aun en la noción del *verbo* omitió Dionisio de Tracia indicar que es parte de la oración «con tiempos, números y personas», si bien esto se encuentra hoy en el texto griego de su obra. Siguiendo á algunos críticos modernos (G. Uhlig, *Dion. Thracis ars gramm.*; Delbrück, *Vergleich. Syntax* — Einleit. — etc.) hemos suprimido dichas palabras al trasladar arriba su definición por crearlas adición posterior.

Presentadas las nociones fundamentales del *Arte* de Dionisio y hechas estas observaciones críticas que creemos necesarias si ha de juzgarse con seriedad al que pudiéramos llamar creador del «sistema gramatical» (reflejo en no pocos casos de las ideas de Aristarco, uno de los iniciadores de la gramática), no es menester nos detengamos en un minucioso análisis de los tratadistas que le suceden, los cuales han tenido por norma la obra mencionada, y por lo mismo puede ya juzgarse á tenor de ella las líneas más generales de la dirección lingüística en los tiempos subsiguientes. Las oscilaciones y variantes que experimentan los estudios á que nos referimos, pueden apreciarse con el simple cotejo de las doctrinas indicadas con

las de alguno de los principales gramáticos griegos y latinos posteriores. Entre los primeros mencionaremos á Apolonio Discolo, de cuya teoría sobre las categorías gramaticales quedamos, á más de otras fuentes, la exposición autorizada de Prisciano, quien declara haberle seguido —in omnibus sequendam (ejus auctoritatem) putavi— quantum potuimus sequi destinabimus—, aunque haya completado algunos conceptos con otras autoridades, según él mismo manifiesta (XII, XIV, XVI); si bien pues, la obra de Apolonio *π. μερισμοῦ τῶν τοῦ λόγου μερῶν* cuya continuación fué el tratado de su hijo Elio Herodiano *Εἰς τὰ ζητούμενα τῶν μερῶν τοῦ λόγου*, se ha perdido, los fragmentos griegos, la obra *π. συντάξεως* del mismo y la de Prisciano, bastan para poder apreciar sus ideas en la materia. Entre los segundos, ó sea de los gramáticos latinos citaremos al mismo Prisciano, á Donato y á Probo.

El nombre es en Prisciano «pars orationis quae unicuique subjectorum corporum seu rerum communem vel propriam qualitatem distribuit.» Con esta conviene la definición de Apolonio que trae el mismo Prisciano, y está conforme con lo que escribe Apolonio (*π. συντάξεως*) al decir que el nombre significa *ποιότητος κοινᾶς ἢ ἰδίας*. Donato le llama «pars orationis cum casu», con lo cual se aproxima más á Dionisio de Tracia, cuyas nociones Donato como los anteriores, reproduce en lo demás. Lo mismo hace Probo, con la diferencia de admitir más subdivisiones en las subcategorías del nombre que las señaladas por Donato. La tendencia general es idealizar la noción de Aristarco, según la cual el nombre designa un cuerpo ó una cosa, atribuyéndole la designación de *universalidad* ó *particularidad*, sin inmutar la condición intrínseca de dicha parte de la oración en lo restante.

El verbo en Prisciano, «pars orationis cum temporibus et modis, sine casu, agendi vel patiendi significativum.» En Apolonio (Bekker, *Anecd. gr.*) es *μέρος λόγου ἐν ἰδίῳ μετασχηματισμοῖς διαφόρων χρόνων δευτικόν μετ' ἐνεργείας ἢ πάθους, προσώπων τε καὶ ἀριθμῶν παραστατικόν ὅτε καὶ τὰς τῆς ψυχῆς διαθέσεις ληλοι.* (Cf. Apol., *De constr.* III). En Donato, «pars orationis cum tempore et persona sine casu aut agere aliquid, aut pati, aut neutrum significans.» Por donde se ve que Prisciano se aparta un tanto de Apolonio Discolo, y que Donato, aunque ampliando el concepto del verbo, repite con Prisciano que es indeclinable, «sine casu», lo cual no se halla en Apolonio, y es reproducción de lo asentado por Dionisio de Tracia. Los accidentes del verbo son para Apolonio los mismos que señala Dio-

nisio, aunque indicados por otro orden. En Prisciano «verbo accidunt octo, significatio sive genus, tempus, modus, species, figura, conjugatio et persona cum numero, quando affectus animi definit.» Donato distingue en el verbo *qualitas* et *genus*, lo cual reune Probo, que sigue su doctrina, en «genus sive qualitas.» Este «genus sive qualitas» reviste ocho formas: activa, pasiva, neutra, deponente, común, incoativa, frecuentativa, defectiva. En Donato dicha «qualitas» comprende además de los *modos*, cuatro formas: perfecta, mediativa, frecuentativa, incoativa. La exposición de la teoría del verbo en cuanto á las subcategorías respectivas ha sido modificada sucesivamente desde Dionisio de Tracia, de una manera análoga á las clasificaciones de adjetivos y nombres bajo el concepto tradicional antiguo de —*ὄνομα*— nomen—, dentro de cuya inexacta noción, como dentro de la de *verbo*, se desarrolló la trama gramatical, desplegada metódicamente en tiempos subsiguientes.

En cuanto al participio, aunque mejorada su idea, conserva en Apolonio el lugar medio entre el nombre y el verbo que presenta en Dionisio de Tracia, y que regularmente ha sostenido: «Mansit participium medium inter nomen et verbum, unde rationabiliter hoc nomen est ei a grammaticis inditum per confirmationem duarum partium orationis principalium.» (Prisc. XI). Y por lo que hace á Prisciano se atiende más estrictamente á la noción de Dionisio, y enseña ser «pars orationis quae pro verbo accipitur ex quo et derivatur naturaliter etc.» Según Donato el participio recibe del nombre *género* y *casos*, del verbo «tempora et significationes», y «qualitatem» y «tempus» según quiere Probo.

El artículo, cuya noción es tan deficiente en Dionisio de Tracia, adquiere en Apolonio su legítima exposición, en cuanto le atribuye como nota distintiva modificar la extensión del sustantivo en designar personas ó cosas. Entre los latinos, según hemos dicho, es inútil buscar la noción del artículo, y Donato y Probo colocan en vez de éste la interjección. Prisciano, sin embargo, por ser fiel á la doctrina de Apolonio, hace referencia á él y dice (XVII): «Articulus secundam noticiam suppositorum demonstrat. Si enim dicam *ἄνθρωπος ἦλθεν*, primam noticiam ostendo, sin *ὁ ἄνθρωπος ἦλθεν*, secundam.»

Al definir el *pronombre* como elemento declinable que sustituye al nombre, Apolonio lo concreta á reemplazar sólo á los nombres propios ó individuales, y por lo mismo sin que se extienda á ocupar el lugar de los colectivos ó adjetivos. Cosa análoga hace Prisciano al decir que es «pars orationis quae pro

nomine proprio unius cujusque accipitur, personasque finitas recipit.»

Donato juzga que «pronomen est pars orationis, quae pro nomine posita tantundem poene significat, interdumque personam recipit»; mientras Prisciano dice que es «pars posita pro nomine, minus quidem plene, idem tamen significat.»

La *preposición*, se dice en Prisciano (XIV), es «pars orationis indeclinabilis, quae proponitur aliis partibus vel appositione vel compositione»; y es eco esta definición (excepto la indicación de parte indeclinable), de lo que escribe Apolonio (*De construc.* IV): *Protizemenai dé tón tou logou merón é kata sunzēsín é kata parazēsín* (Cf. *Anecd. gr.* de Bekker). Y Donato añade á lo dicho que es parte que «significationem earum (ceter. partium) aut mutat aut complet aut minuit.»

Al definir el adverbio Apolonio Discolo lo hace en esta forma: *Lexis aklatos katégorousa tón en tois rémasin agkliseín kazolou é merikós ón aneu ou katakleisei dianoián*. Nótese las palabras *καθόλου ἢ μερικώς*, que no se hallan en Dionisio de Tracia, ni tampoco se incluyen en la definición de Prisciano: «pars orationis indeclinabilis, cujus significatio verbis adjicitur», si bien se hace cargo del concepto cuando advierte que hay adverbios comunes á todos los tiempos verbales «ut sapienter dico, sapientes dicebam, sapientes dixi etc.», mientras otros son singulares para cada caso, «ut hodie facis, heri feci, cras faciam.» De un modo semejante al de la noción de *preposición*, señala Donato al adverbio por objeto —significationem ejus (del verbo) aut complere aut mutare aut minuere—, especificando el concepto genérico que indican las definiciones anteriores.

Por lo que hace á la *conjunción*, convienen substancialmente con Dionisio de Tracia, Prisciano, Apolonio, Donato y Probo. Para todos estos es la conjunción: «pars indeclinabilis conjunctiva aliarum partium orationis quibus consignificat, vim vel ordinationem demonstrans; ó μέρος λόγου ἀκλιτον, συνθετικόν τῶν τοῦ λόγου μερῶν, οἷς καὶ [συν] σημαίνει, ἢ τάξιν ἢ δύναμιν παριστῶν; ó finalmente, «pars orationis adnectens ordinansque sententiam», que son las respectivas definiciones de los últimamente mencionados (la de Probo es igual á la de Donato) (1).

(1) En estas ocho se encierran todas las categorías gramaticales griegas, pues el adjetivo no ha sido reconocido como categoría en la antigüedad, y la interjección fué clasificada por los gramáticos romanos. Del diverso modo de considerar las partes del discurs-

Tal es el carácter general de la lingüística gramatical griega y de la latina, cuya marcha no detienen ni cambian en lo substancial los problemas lógicos de la Edad Media, con los cuales hubo de encontrarse la gramática y formar alianzas más ó menos estables, como habremos de ver oportunamente. Y decimos el carácter general, porque si bien en las divisiones y subdivisiones que caen bajo las categorías enumeradas se ofrecen variantes muy frecuentes en los escritores que convienen entre si cuando se trata de las nociones fundamentales de las partes del discurso, tales variantes no inmutan la unidad sistemática de plan gramatical antiguo, que es lo que importa á nuestro objeto, siquiera la elaboración pausada y silenciosa de las subcategorías viniese á completar su conjunto con el curso del tiempo (1).

so provino la diversidad de enumeración de ellas hechas por los antiguos; así en el *Cledonii ars* se dice: «Aristoteles duas dicit, Stoici quinque, multi novem, multi decem usque undecim.» Y el *Pompeii Comment. artis Donati*: «Donatus quidem octo definivit, Aristoteles duae, Stoici quinque. Ideo dixit (Donatus) multi plures, multi pauciores, partes orationis putant.»

(1) No hacemos aquí especial estudio de cada uno de los gramáticos latinos que atrás hemos mencionado, omitiendo también no pocos griegos, porque unos y otros convienen en las líneas salientes de exposición y sistema que quedan señaladas, las cuales pasando á través de los tiempos medioevales (entre otros el *Doctrinale* de Alejandro de Villa Dei —s. XIII— escrito en versos leoninos, estudiado y comentado en París, Oxford, Bolonia y Praga, es prueba de ello) vienen á encontrarse con el renacimiento y con las subsiguientes manifestaciones filológicas, cuando dos insignes españoles, Antonio de Nebrija y Sánchez de las Brozas, cerraban y abrían respectivamente el período tradicional y el científico de la gramática, formando época en esta disciplina.

El nombre, sin embargo, de Varrón hemos de mencionarlo también aquí, no sólo por el valor de sus propias investigaciones, sino por lo que representa en la transición greco-romana de la gramática y su influjo en gramáticos posteriores. M. Terencio Varrón á quien hemos visto conciliando las dos opuestas tendencias de *anomalistas* y *analogistas* en las escuelas latinas, ha formulado en sus libros *De lingua lat.* su clasificación gramatical, de un modo diverso del de Dionisio de Tracia y demás que le siguieron. Teniendo de una parte en consideración las disputas sobre el origen significativo de las palabras (*φύσις* y *θέσις*), y de otra tomando en cuenta la división pitagórica de todo ser en «cuerpo», «lugar», «tiempo» y «operación», establece Varrón su plan de categorías gramaticales. Divide desde

Para completar en orden á nuestro objeto la exposición de la filología griega y latina, hemos de añadir algunas indicaciones sobre la *etimología* antigua, lazo de unión entre los problemas ya expuestos de la doctrina greco-romana sobre el origen significativo de las palabras, y del sistema gramatical y categorías á que debe reducirse el lenguaje.

En la *etimología* antigua podemos distinguir el *hecho histórico* de derivaciones etimológicas; el *fundamento* de las etimologías, y finalmente las *reglas de la investigación* en la etimología. En cuanto *hecho*, la etimología es tan antigua como el lenguaje, y refiriéndose á lo más íntimo de su ser, se refleja por modo necesario é inevitable en sus maneras de formación y desarrollo, las cuales van originariamente vinculadas á dos órdenes de hechos, el de *creación* de palabras primeras y el de derivación de otras nuevas sobre las primitivas. Considerada la etimología en relación con el primero de estos dos hechos, nos lleva directamente al problema mismo de la naturaleza de las *raíces* en su *individuación* y en su *diferenciación*, ó sea á fijar porqué una raíz lingüística corresponde á un objeto, y

luego las palabras en *indeclinables* —alia verba nusquam declinantur—, y en *declinables* —alia declinantur—; las palabras declinables son “alia verba a voluntate, alia a natura” (IX), si bien como norma general establece que la voluntad obra en la imposición significativa, y la naturaleza en la derivación y declinación: “Voluntatem dico impositionem verborum, naturam declinationem verborum.” —“Impositio est in nostro dominatu, nos in natura; quemadmodum quisque vult imponit nomen, at declinat quemadmodum vult natura” (IV). Sobre esto, y de conformidad con la doctrina pitagórica, clasifica las palabras en cuatro categorías (quare quatuor genera prima rerum totidem verborum), que son: nombre, verbo, adverbio y participio. “Oratio dice—VII— y repite en otros lugares, secunda, ut natura, in quatuor partibus, unam quae habet casus, alteram, quae habet tempora, tertiam, quae habet neutrum, et quartam in qua est utrumque.” Ejemplo de lo primero, según escribe en otra parte —IX—, “docilis et facilis”, de lo segundo “docet et facit”, de lo tercero “docte et facit”, y de lo último “docens et faciens”. Esta teoría del eminente filólogo latino tiene sin duda la razón de su existencia en doctrinas helénicas, según queda indicado, pero como sistema gramatical es exclusivo y original de Varrón, y sin precedentes en las escuelas griegas. Más de una vez dice el mismo Varrón que los griegos tienen también sus cuatro partes (vides, ut graeci habeant eam quadripartitam, unam in qua sit casus etc.); lo cual ha de entenderse, no de teoría alguna gramatical, sino de que en realidad la lengua griega se acomoda á la misma norma por él establecida en la latina; por eso halla

porqué se dan categorías de raíces de tal suerte independientes que desde los comienzos del lenguaje supongan una ordenación intentada al calificar las cosas según sus diversos caracteres. El origen del lenguaje supone, pues, el hecho más universal y genuino de naturaleza etimológica, bien que hasta nosotros, y abstracción hecha de testimonios extrínsecos á la investigación científica, no llegue sino reflejado por el sistema doctrinal que al efecto se admita ó se excogite.

En el segundo orden de hechos, ó sea en los de derivación etimológica, entra plenamente lo que hemos llamado *hecho histórico* de etimología antigua, en el cual, supuesto no sólo el lenguaje, sino los varios idiomas á los cuales se refieren las derivaciones ulteriormente hechas, encontramos vestigios de la elaboración sobre elementos conocidos y previos necesariamente al trabajo personal ó social de enriquecimiento de una lengua, por transformaciones de diversa índole, ya que con el dictado de *derivación* intentamos significar todo linaje de mutación en el sonido ó en el sentido, ó en uno y otro, en un material lingüístico dado.

Así entendido el *hecho histórico* de la etimología antigua (sentido claramente relativo, pues el primer hecho antes indicado no deja de ser histórico, por mucho que se desconozca su

no sólo que en griego y latín existen cuatro categorías, sino que en aquel idioma como en éste, se dan tres tiempos, que es intento de Varrón hallar analogía entre los idiomas.—Se ha querido ver una contradicción en Varrón, cuando después de enumerar las cuatro categorías antes dichas, añade: “Has vocant quidam *appellandei, dicendi, adminiculandei, iungendei*. *Appellandei* dicitur, ut homo et Nestor, *dicendei*, ut scribo et lego, *iungendei*, ut at et que, *adminiculandei*, ut docte et commode.” Estas dos últimas divisiones están traspuestas, dado el orden anterior de enumeración de las mismas. “Sed etiam, dice O. P. Müller, sic et haec divisio et secum pugnat et cum loco inferiore, X, 17, (IX, p. 163 ed Bip.), quo *docte et facite* ut vocabula ponuntur, quae neque tempora, neque casus habeant.” Pero, como ya notó Lersch que se propone esta dificultad, no trata Varrón de convertir aquí su división en otra idéntica sino que, como lo manifiestan las palabras del mismo “has vocant quidam”, hace referencia á una clasificación de algunos que establecen dicha última distribución.

Todos los demás gramáticos latinos mencionados antes y omitidos al tratar las manifestaciones gramaticales, están comprendidos ó en la teoría de Dionisio de Tracia, ó con reminiscencias de las doctrinas de Crates ó de las de los estoicos, presentan las huellas y tendencias varronianas.

forma de ejecución), la evolución etimológica se manifiesta desde los primeros albores de la vida literaria de los pueblos, y en todas las literaturas conocidas. Los libros de Moisés (los mencionamos por su antigüedad) pueden servir de ejemplo de formaciones lingüísticas por evolución etimológica, donde aun sin salir de los nombres propios de lugares y personas, desde el de Adam hasta el mismo de Moisés, incluyendo en ellos los dados á la Divinidad (Jehová, Elohim, Adonai.....), son muestra evidente de derivaciones lingüísticas. Concretándonos á las literaturas griega y romana de cuyos elementos filológicos venimos hablando, no es menos cierto que de la misma forma han comenzado el desarrollo glotológico necesario para los fines literarios, de lo cual pudieramos traer aquí muchos ejemplos si la extensión de este capítulo lo permitiese. En el primer periodo de las letras helénicas encuéntrase las pruebas inequívocas que nos dan Homero y Hesiodo con sus frecuentes expresas ó implícitas alusiones á los varios orígenes de los nombres de los héroes y de los dioses como se encargaron de hacer notar los escoliastas, y de cuyos procedimientos tenemos ejemplos en los poetas, particularmente dramáticos, de la segunda época, cuando ya asomaban los principios lingüísticos de los filósofos. Esquilo, Sófocles, Eurípides etc. reproducen con frecuencia la etimología de los nombres que emplean en el decurso de la composición utilizándola á los fines y exigencia del verso en varios casos, el cual sistema tiene sus comienzos en Homero y en Hesiodo, como queda indicado.

El *fundamento* de la etimología antigua en cuanto á los procedimientos, ha salido primeramente de la controversia arriba expuesta sobre el valor originario de las significaciones, si ha sido *natural* ó *convencional* (*φύσις* ó *θέσις*); pues mientras los primeros querían encauzar todo el desarrollo lingüístico en moldes naturales de una regularidad acompasada, no admitiendo sinónimos propiamente dichos ni homónimos, ni nada que perturbase la correspondencia y simetría peculiar de cada objeto con cada palabra, los segundos partiendo de la existencia de irregularidades del lenguaje, de la homonimia y sinonimia, de las aplicaciones del lenguaje figurado y de todo lo que demostrase libertad de procedimiento, hicieron resaltar los contrastes del idioma propio (ya que otros términos de comparación les faltaban) entre las palabras usadas por varios escritores en una misma época, y entre las empleadas por escritores en épocas diversas, comenzando por una y otra parte el estudio de las derivaciones y de las transformaciones verbales,

que más tarde debía formularse en reglas determinadas. El fondo común sin embargo á todos los procedimientos fué en esto hallar una ley de armonía entre el signo oral ó la palabra y lo significado por ella; de aquí las expresiones frecuentes en los filósofos griegos de *μυεῖσθαι*, *μιμησις*, *εἰκόνες ἀγάλματα* etc. aplicadas al lenguaje, que vienen ya desde los pitagóricos, aunque no todas. Por ello la Escuela de Pitágoras fué dicha no sin motivo iniciadora de los estudios etimológicos: «Etenim res nota est, dice Lobeck, cit. por Lersch, *etymologiae studium a Pythagoricis inchoatum esse primis, qui cum ita statuerent, rerum vocabula naturalia esse et ex veritate ducta, consequens erat ut, qua de causa quidque ita appellaretur explicata nominis origine planum reddere conarentur.*»

Este sistema harmónico de representaciones orales lo hallamos manifiesto ó latente desde Demócrito (cuya es la frase «las palabras son imágenes, pero de los dioses») hasta Platón, Aristóteles y los estoicos. Platón parte de que las palabras son imitaciones —*μιμησις*— de las cosas y de su naturaleza, distinguiendo en el lenguaje la parte intelectual reproductiva de la esencia —*οὐσία*— de los objetos, que dice *διάνοια*, y la parte externa por medio de la cual se manifiesta la intelectual, ó sea el *λόγος*. Este es algo así como el género respecto á las dos especies de vocablos *ὄνομα* y *ἔημα*. Como en la música, dice, se distinguen los movimientos rítmicos, así en el lenguaje se distinguen las palabras, las sílabas y los sonidos; y como en aquélla pueden separarse las notas, en la palabra pueden aislarse sus elementos; pero siendo su virtud representativa del conjunto, letras y sílabas deben estar reunidas para reproducir los objetos, como están los colores distribuidos en el cuadro que hace el pintor, los cuales colores deben acomodarse á la naturaleza y forma de la cosa si han de reproducirla con exactitud y fidelidad, que es lo que acontece en los elementos de la palabra —*ὁ δὲ διὰ τῶν συλλαβῶν τε καὶ γραμμάτων τὴν οὐσίαν τῶν πραγμάτων ἀπομιμούμενος*—. Mas siendo esta semejanza de palabras y cosas obra del que impuso los nombres y les dió ley —*ὄνοματοργός, νομοθέτης*—, nunca podrá alcanzarse la verdadera etimología y consonancia de la parte significativa con la significada, si bien pueden establecerse categorías de palabras que guardan semejanza de terminaciones, por las que distinguimos las formas verbales de las nominales, sobre todo mediante el *simbolismo* literal, esto es, atendida la significación peculiar que se le atribuye en los escritos de Platón á cada letra del alfabeto (según el cual A, p. ej., denota magnitud, H lon-

gitud, O redondez etc.), y que da carácter á las palabras en que dominan, haciendo tengan análogo sentido.

Aristóteles, después de distinguir el sonido ó tono —*ψόφος*— de la voz —*φωνή*—, y de haber definido ésta, hace notar la diferencia entre *φωνή*, que es propia de todo animal, y *λόγος*, que es peculiar del ser racional y que constituye la palabra, verdadero *λόγος σηματικός*, en cuya formación entran los sonidos articulados en sus categorías de vocales y consonantes. A la inversa de Platón, sostiene que las palabras no reproducen los seres, sino que expresan las ideas y afectos —*παθήματων σύμβολα*—, los cuales corresponden á la realidad de los objetos; y en este sentido dice en la Retórica: *Τὰ γὰρ ὀνόματα μὴματὰ ἔστιν*, etc. Las cosas son, pues, designadas con relación á las ideas que despiertan en nosotros, formándose los nombres ya por derivación, ya por semejanza etc. Aristóteles no ha clasificado sistemáticamente los distintos modos de etimología.

Los estoicos, reconociendo la distinción entre *φωνή* y *λόγος* que sienta Aristóteles (á lo cual añaden la *λέξις*), establecen también como norma principal de las palabras, la imitación de las cosas con relación á las ideas que producen, y según la trabazón lógica que en su Dialéctica eslabonaba el sonido y el sentido. Sobre esta base desarrollaron su plan de etimologías, cuyas líneas principales se reducen á estas cuatro: 1.º Formación de palabras *κατὰ μίμησιν*, ó sea con fundamento inmediato en la naturaleza de la cosa ó en su sonido, á lo cual han de reducirse en todo caso cualquier género de palabras ulteriormente formadas. He aquí como se expresa el autor del tratado atribuido á S. Agustín —Dial. Prin—. «Stoici autumant, nullum esse verbum, cujus non certa ratio explicari possit. Et quia hoc modo sugerere facile fuit, si diceres, hoc infinitum esse, quibus verbis alterius verbi originem interpretareris, eorum rursus a te originem quarendam esse, donec perveniamus eo, ut res cum sono verbi aliqua similitudine concinat.... Sed quia sunt res quae non sonant, in similitudinem tactus valere, ut si leniter vel aspere sensum tangunt.... Lene est auri-bus cum dicimus *voluptas*, asperum est cum dicimus, *crux*.... *Mel* quam suaviter res ipsa gustum, tam suaviter nomen tangit auditum. *Acre* in utroque asperum est, etc.»

2.º Formación de palabras *κατ' ὁμοίότητα*, ó sea las que resultan por semejanza de la cosa que ha de recibir denominación con otra que ya la tiene, y sobre la cual se forma el nuevo nombre. «Hinc, escribe el autor citado, ad ipsarum inter se rerum similitudinem processisse licentiam nominandi: ut cum

verbi causa *crux* propterea dicta sit, quod ipsius verbi asperitas cum doloris, quem *crux* efficit, asperitate concordat; *crura* tamen non propter asperitatem doloris, sed, quod longitudine atque duritia inter membra cetera sunt ligno crucis similiora, appellata sunt.»

3.º Formación de palabras *κατὰ ἀναλογίαν*, esto es, no por semejanza de cosas, sino por alguna proporción ó enlace de metáfora, que permita trasladar ya la denominación de una cosa á otra, ya derivar una nueva. «Inde ad *abusionem*, continúa el escritor aludido, ventum est (ó sea á las derivaciones por *analogia*), ut usurpetur nomen non tam rei similis, sed quasi vicinae.... Illud magis pertinet ad hoc, quod cum *piscina* dicitur in balneis, in qua piscium nihil est, cum nihil piscibus simile habeat, *videtur tamen a piscibus dicta propter aquam, ubi piscibus vita est.*» — «Nam et ista omnino vicinitas late patet et per multas partes secatur: aut per *efficientiam*, ut a foeditate porci, per quem foedus efficitur; aut per *effectum*, ut puteus, quod ejus effectus potatio est; aut per *id quod continet*, ut urbem ab orbe appellatum volunt....; aut per *id quod continetur*, ut si quis horreum, mutata *d* littera, affirmet ab hordeo nominatum; aut per *abusionem*, ut cum hordeum dicimus et ibi triticum conditur; vel a parte totum, ut mucronis nomine, quae summa pars est gladii, totum gladium vocant; vel a toto pars, ut capillus quasi capitis pilus.»

4.º Formación de palabras *κατ' ἐναντιώσιν*, por *antifrasis*, ó sea por oposición y contraste del nombre con la cosa á que se aplica. «Hinc, añade el consabido autor, facta est progressio ad contrarium. Nam lucus dictus putatur, quod minime luceat, et bellum quod res bella non sit.»

Tales son fundamentalmente (pues de ellos derivan otros complementarios) los procedimientos de la formación de palabras según los estoicos, y por lo mismo los criterios de etimología, cuyo valor puede apreciarse por los ejemplos y doctrina que de intento hemos querido presentar por ajeno testimonio. Y nada hemos de añadir respecto al método etimológico romano, por cuanto sus bases son exactamente las mismas que las de los gramáticos griegos, y los resultados son idénticos, como puede verse recorriendo los ejemplos de etimología que se ofrecen desde Varrón (por no contar fases anteriores) hasta Festo, desde éste hasta los que escribieron de «Arte gramatical» á últimos de la Edad Media. Ejemplos por demás elocuentes para evidenciar la distancia á que se hallaba la lingüística antigua de los confines de la verdad, á pesar de los insignes varones que

la han cultivado, contrastando su nombre y sus conclusiones etimológicas del modo más sorprendente. Hemos de mencionar sin embargo los cuatro grados de investigación etimológica que dentro del plan que acabamos de indicar según el método griego, señala Varrón en las escuelas latinas. El primero y más fácil es el que se ejercita en etimologías de palabras usuales y de origen reciente: «Infirmus is quo etiam populus venit. Quis enim non videt, unde aurifodinae et viocurrus?» El segundo se refiere á las palabras anticuadas y de uso poético, cuya declaración etimológica se intenta: «Secundus, quo grammatica ascendit antiqua, quo ostendit, quem ad modum quodque poeta verbum confixerit, quod declinarit.» El tercero, viniendo al lenguaje usual y guardando analogía con el primer grado, aunque en forma más alta, examina las voces del idioma hablado: «Tertius gradus, quo philosophia ascendens pervenit, atque quae in consuetudine communi essent, aperire coepit, ut a quo dictum esset oppidum, vicus via.» El cuarto, que tiene analogía con el segundo, envuelve el examen más hondo de las formas lingüísticas hasta descubrir sus orígenes: «Quartus, ubi est aditus ad initia rerum; quo si non perveniam, scientiam ad opinionem aucupabor.»

Por lo expuesto fácil es colegir cuáles hayan sido las reglas de etimología greco-romana, cuyos criterios generales van vinculados á las reglas presentadas como fundamento de su sistema. Puede decirse que el principio de semejanza latente en las cuatro formas señaladas, es la razón suprema de toda norma etimológica, y aun puede añadirse que entre la analogía y la antifrasis (de esta última presentan Varrón y S. Isidoro al definirla los ejemplos que hemos visto trae el Pseudo-Agustín refiriéndose á los griegos) oscila el principal movimiento de etimologías latinas y griegas primitivas, cuyo fondo común era siempre la μιμήσις helénica. Por ello no debe sorprendernos si hallamos quienes, como Tiranión, definen la Gramática: *Γραμματικὴ ἐστὶν θεωρία μιμήσεως*, para hacer resaltar la importancia de la fuerza imitativa en todo lo que concierne á las palabras.

Sobre el principio, pues, de comparación de las palabras con las cosas y de las voces nuevas con las antiguas, las reglas próximas de análisis se refirieron unas al sonido y otras al sentido, ya que por uno y otro concepto eran las palabras imitables y de hecho imitadas, ó imitación á su vez. Para hallar la etimología de una palabra materialmente semejante á otra, ó sea parecida en el sonido, pero de diversa significación, em-

pleaban las reglas del sentido, esto es las figuras retóricas correspondientes, mediante las cuales pudiese reducirse la significación discrepante á otra que guardase conformidad con la de la palabra á la cual se comparaba. De este género son las etimologías «per effectum», «per id quod continet», «per id quod continetur» etc. á que alude el Pseudo-Agustín, así como las formadas per antiphrasim. (*bellum eo quod minime est bellum; lucus, quod minime luceat; Parcae, quia nulli parcant etc.*)

Por el contrario, en palabras del mismo sentido ó significación análoga, pero discrepantes en el sonido de suerte que una alteración de letras pueda hacerlas comparables, la etimología se hallaba verificando la mutación conveniente al efecto, para lo cual se usaban las llamadas en gramática «figuras de dicción» que añaden letras, ó las quitan, ó las mudan, ó las invierten, y que con diversos nombres fueron designadas por los gramáticos antiguos al llevarlas á la Etimología. Muy frecuente era el cambio (que algunos cuentan por primera regla) de las letras entre sí, designado por los griegos con los nombres de τροπή, μεταβολή, μετάθεσις etc.; por este medio A se convertía en E, en I, en O etc.; la B en M; la Γ en B, en K, en M; la Ψ en M, en B, en Γ, en Ψ, en K, en T; la E en A, en I, en O; la Z en Σ y en Φ; la H en A, en E, en Et, en O, en I, en Y, en Ω; la Θ en Π, en Σ, en T, en Φ, y así sucesivamente, como lo comprueban las antiguas obras léxicas. En esta regla comprendían las llamadas διάλωσις para los diptongos, para la duplicación de letras, διπλασιασμός, para la fusión de letras, κρᾶσις etc.

Recurso, dicho segunda regla, distinto del anterior y tan usado como él para reducir etimologías, era el de las letras epentéticas, con el cual se creían los etimologistas autorizados para hacer las más peregrinas hipótesis y derivaciones. A éste se añadía, como tercera regla, el de la metátesis, ó inversión de letras, que también conocieron los griegos con varios nombres, y cuyo influjo en las etimologías, como el de los dos anteriores procedimientos, fué marcadisimo (de este género son los tan frecuentes cambios de lexicografía griega, de batr en brat, de bar en bra, de dart en drat, de enne en enen, de era en are, de ker en kre etc.)

Tales fueron las normas de los etimologistas que sistematizadas dannos por resultado, como hemos apuntado ya, las hoy llamadas figuras de dicción: antitesis y metátesis, por medio de las cuales respectivamente se mudaban ó se invertían las letras con fines etimológicos; prótesis, epéntesis y parago-ge, mediante las cuales se añadían letras al principio, al me-

dio ó al fin de palabra, con aquel objeto; *aféresis*, *sincopa* y *apócope*, con las cuales se suprimían letras al principio, medio ó fin de un vocablo.

Este método fué común á los etimologistas de la lengua latina como á los de la lengua griega, con la diferencia de preponderar en unos más que en otros el uso de varios de los recursos indicados, y de haber limitado un tanto los romanos el medio de trasladar la significación (figuras retóricas) para dar con la etimología deseada (1).

(1) Por muy inexactos que hayan sido los criterios greco-romanos en punto á etimologías, no por eso fueron extraños totalmente al carácter propio de las investigaciones etimológicas, como lo demuestran bien á las claras las indicaciones de los filósofos griegos, en especial de los estoicos, y asimismo las de los gramáticos romanos, según es de ver en Varrón, Quintiliano etc.; Cicerón lo había advertido también cuando dice que lo que llaman etimología los griegos, no es otra cosa que "verbum ex verbo, veriloquium." En gramáticos posteriores hallamos expresado el concepto de igual suerte: "Etimologia, dice Casiodoro, est aut vera aut verisimilis demonstratio, declarans ex qua origine verba descendant." "Etimologia, dice S. Isidoro, est origo vocabulorum;" y á su vez Alcuino, "Etimologia est origo et ratio verborum," etc. No dejaremos de mencionar aquí la definición del monje Anastasio, que trae el *Ety-mol. Magnum*, y que merece recordarse: *Etimologuía, estin é tés áunameos tou onomatos orzotés ex autou tou onomatos erméneu-mene.*

Por lo que se refiere á este punto, la Filología griega y romana ha tenido buen número de cultivadores. Entre los griegos, aunque pueden distinguirse el grupo de *lexicógrafos* y de *etimologistas*, por cuanto se completan mutuamente reducimoslos á un cuadro general bajo la denominación de los primeros. Los lexicógrafos pueden distinguirse en tres clases: 1.^a la de los que trataron en general de lexicografía helénica antigua con relación al lenguaje usual; 2.^a la de los que se ocuparon de la lexicografía dialectal griega; 3.^a la de los que escribieron sobre lexicografía peculiar de una ó más obras literarias de reconocida significación en la historia de la lengua. A la primera de estas clases pertenecen Simias de Rodas, que escribió, según Suidas, *Glóssai Biblia*; Filetas de Cos, cuyas *Glóssai* recuerda el *Ety-mologicum Magnum*; Chares, cuyo *Glósson exégúetikón* menciona Sexto Empírico; Amerias el Macedonio con sus *Glóssai*, á que alude el egipcio Ateneo en su Convite de los sabios (*deipnosophistai*); Nicandro de Colofón, citado por el mismo, así como Glaucon, Timáquidas de Rodas y Klitarco (mencionado también en el *Ety-mol. Magnum*); Filoxeno Alejandrino, que entre otros trabajos léxicos, escribió *Peri glósson*; Crisipo, *P. lexeón*, en

La *Ortografía* hubo también de entrar en estrechas relaciones con la antigua *Etimología* greco-romana, ya recibiendo el influjo de ésta y por lo mismo modificándose la manera de escribir muchas palabras según la derivación que les era atribuida, ya por el contrario imponiendo la Ortografía su autori-

Dióg. Laercio; Heladio, *Lexeós pant. jrésis* etc., en Suidas; Amonio, *P. omoion kai diaforón lexeón*; Polo de Agrigento, *P. lexeón*; Eugenio de Augustopolis, *Pammigués lexis kata stoijeion*; Antígono de Caristo, *P. lexeós*, en Ateneo; Polemón, *P. Onómátion* etc. en Ateneo; Autodoro de Cumas con su *Lexis*, en Fabricio; Demócrito, *Onomastikón*, en Diógenes Laercio; Gorgias, *Onomastikón biblíon*, en el *Onomasticon* de Polux; Palamedes de Elea, *Onomatologos*, en Suidas; Arcadio, *Onomastikón zaumasion*, en Suidas; Trifón, *P. Onomasión*, en Ateneo; Dionisio, hijo de Trifón, *P. Onomatón*, en Ateneo; Teodoro Griego, *P. Onomatón*, en la Theol. Plat. de Proclo; Herodiano, *Onomatikon*, (v. *Anecdota gr.* de Bekker); Miguel Pselo, *Iresis spanión onomatón*, en el *Lexicon* de Zanoras. A estos pueden añadirse: Hesiquio Alejandrino, *Lexicon* (v. Ranke, *De Lexici Hesyhiani vera origine et genuina forma* comment., y Pearson, *Adversaria Hesichiana*); Favorino y Filemón, *Lexikon teknologikon*—K. Lehrs; Cirilo Alejandrino, *Lexicon* (v. *Cirilli, Philoxeni aliorum vet. gloss. ed.* Th. Labbacus, y Mehler, *De Cyrilli Alex. Lexico inedito*), y algunos otros controvertidos. Como lexicografía especial: Crisipo, *P. tón kata tén dialektikén onomatón pros Zénona*, en Dióg. Laercio; Kalimaco, además de sus *Ménón poségoriai* etc., y sus *Metonomasiai* (en Suidas), sus *Ednikai onomasiai*, en Ateneo; Helánico, *Ednón onomasiai*, en Ateneo; Zenódoto (á quien se le atribuyó también un tratado léxico—*Glossai*—general), *Lexeis ednikai* (Galen. Gloss. Hippocr.); y finalmente los varios trabajos de lexicografía *técnica*, ó sea de profesiones especiales, como los de Sorano y de Galeno (en el *Lexicon* de Zanoras, y *Ety-mologicón* de Orion Tebano, respectivamente), Dioskuri-des etc., con los cuales pueden contarse los de Telefo de Pérgamo, de Artemidoros, de Kriton, Heráclides, Zopirino, Erasístrato, Filótimo etc. (Ateneo *Deinosofistai*). En Aristarco, así como en Focio, hállanse frecuentes alusiones á escritores de lexicografía general con el dictado de *oi glóssografoi*; lo cual sucede también con tratadistas especiales. (V. también en Bekker, *Aned. gr.*—*Sunagogue lexeón jresimón y Erméneia tón.... fónón* etc.)

En la lexicografía dialectal hemos de mencionar: Aristocles, *P. dialektón*, en el *Ety-m. Magnum*, y *P. dialektón* en Cramer, *Anecd. gr.*; Demetrio, *P. dialektón*, en el *E. M.*; Teodoro, *P. dialektón omoiótétos* etc., en Suidas; Trifón, *P. tés Ellénón dialextou*, en Suid.; Astiages, *P. dialektón*, en Suid.; Corinto, *P. dialektón*, en Suid.; Dionisio Iambo, *P. dialektón*, en Ateneo; Filoxeno, sobre to-

dad en cuestiones etimológicas, y haciendo que los gramáticos se atuviesen al modo de ser escrita la palabra para colegir su origen. Scauro, entre otros, refiriéndose á la acción de la parte etimológica sobre la ortografía, después de notar cuatro maneras de alterarse la ortografía (per adiectionem, detractio-

dos los dialectos, en Suid.; Apolonio Díscolo, *P. onomatón kai dialektón*, *Dialektón doridos iados, diolidos, atzidos*, en Suid.; Aristófanes, *Attikai lexeis*, en Ateneo; Crates, *Attike dialektos*, en Ateneo; Diodor Valerio, *Attiké lexis*, en Suid.; Nicandro de Tyatira, *Attika onomata*, en Ateneo, y *Attiké dialektos*, en el *Lexicon* de Harpocración; Epitersés, *Attikai lexeis*, en el *Thesaurus* de Stephano; Pausanias, *Attikai lexeis*, en el *Lexicon* de Focio; y también *Attikón onomatón sunagógue* (*Escol.* de Tucídides); Demetr. Ixión, *Attikai glóssai* (*Escol.* de Aristófanes); Pánfilo, *Attikai lexeis*, en Ateneo; Filemón Ateniense, *Attikai lexeis*, en Ateneo; Dionisio de Halicarnaso, *Attika onómata*, en Focio; Dionisio de Alejandro (hijo del anterior), *O attikistés*, en Suid.; Ireneo, *O Attikistés*, en el *E. M.*; Ister, *Sunagógue tón Atzidón*; Orión, *Sunagogué attikón lexeón*, en Suidas; Casio Longino, *Attikón lexeón ekdoseis* etc., en Suid.; V. Polión, *Sunagogué attikón lexeón* etc.—Suid.; Doroteo Ascalonio, *Lexeós sunagogue*, en Ateneo y en Focio; Mnaseas de Beirut, *P. attikón onomatou*, en Suid.; Teodoro, *Attikai glossai*, en Ateneo; Luperco de Beirut, *Attikai lexeis*; Moeris, *Lexeis Attikón kai Ellenón* etc.; Frínico, *Eklógue attikón rématón*, idéntica al *Attikistés* mencionado por Suidas, del cual se conservan fragmentos; Teódulo (Tomás Magister), *Atzidos dialektou Eklógai*; M. Moscópulos, *Onomatou attikou Sulogué*, el autor del *Antiatikistés* (sobre él v. Fabricio, *Bibl. gr.*); Ireneo, *P. tés Alexandreón dialektou* etc.—Suid.; D. Ixión, *P. tés Alexandreón dialektou*, —Aten.—; Artemidoro, *P. Dóridos*, —Aten.—; Trifón, *P. tes Ellenón dialektou* etc.—Suid.—; Aristófanes, *Glóssai Lakónikai*, —Aten. y Hesiq.—; Filoxeno, *P. tés Lakónou dialektou*, *P. tés Surakousión dialektou* *P. tés Yados dialek.* —Suid.—; Hermonax, *Krétikai glossai*, —Aten.— A los dichos pueden juntarse los trabajos siguientes: *Glossai Italikai* de Diodoro, —Aten.—; *P. tés tón Romatón dialektou* de Filoxeno, —*Etym. M.*—; *P. tés Rómaik. dialektou, oti estin ex tés Ellenikés*, de Tiranión, —Suid.—; *P. tés Romailés dialektou* de Apión, —Aten.—; y *Fruquiái fonai* de Neoptolemos.

La tercera clase de *lexicografía*, ó sea la que tiene por objeto el lenguaje de las obras literarias, es tan amplia como la de los escoliastas y críticos de la literatura griega, con cuyos trabajos comienza aquélla, si bien no siempre de un modo sistemático. Refiriéndonos á los trabajos léxicos de sistema, recordaremos los principales: *Glóssai Omerikai kata stoijeion* de Apión (en el *Etymologicum Gudianum* se encuentran "Excerpta Apionis Glossarum Ho-

nem, inmutationem, adnexionem) señala como medios de corrección la historia de la palabra, la analogía con otras formas y la etimología, á la cual se reducen necesariamente así la analogía como la *historia* en materias léxicas. «Recorrigitur vero regulis tribus, historia, originatione, quam Graeci *ἐτυμο-*

mericarum""); *Lexikon Omérikon* de Apolonio Sofista; *P. lexeón Omerikón kata stoijeion* de Apolonio de Archebulo; *P. tés Iliados kai Oduseias asuntaktón onomatón Biblia* de Aristónico; *P. tón par' Omeró polla sémainousón lexeón* de Longino; *P. tón paraleimmenón tó poiété onomatón* de Porfirio; *P. tón Omeró dialektón* etc. de Trifón; *P. Omérikés lexeós* de Basilides; *Lexikon tés Iliados* (autor ignorado, v. *Etym. M.*); *Lexeis Antimajou kai Eraikleónos* de Longino. Para los trágicos en general, *Ta omoiós eiréména tois traqúkois* de Ptolomeo —Suid.—; para los cómicos, *Sunagógue tés kómikés lexeós* de Palamedes, —*Etym. M.*—; para unos y otros, Teón y Didimo (v. *Hesych. ad Eulogium Epistula*); añádanse los libros *P. Alóssón* de Pánfilo, —Suid.—; *Lexeis pantodapai* de Diogeniano (según Hesiquio, para Homero, trágicos, cómicos y oratoria). En cuanto á lexicografía de la prosa: Kaekilio, *Kata stoijeion apodexeis* etc. —Suid.—; Eudemo, *Kata stoijeion peri lexeón* etc.—Suid.—; Heladio, *Lexikon kata stoijeion*, —Focio—; Zósimo Ascalonio, *Lexis retoriké kata stoijeion*, —Suid.—; Juliano, *Lexikon tón para tois deka rétorsí lexeón* etc., como Filostrato y Diodoro, —Focio—; los de Harpocracio, Filemón y el mismo Focio, así como los muchos é importantes á que dieron lugar los escritos de Hipócrates, y además las *Lexeis retorikai* de autores desconocidos que llegaron á nosotros, ó que aparecen mencionadas por los escritores griegos. Para los filósofos etc.: Timeo, *P. tón para Platóni lexeón* etc.—Focio—; Harpocración, *Lexeis Platónos*, —Suid.—; Boeto, *lexeón platonikón Sunagogue*; Hermesianax, *P. tés Demokritou lexeós*, —Steph.—; Apolonio, *Glóssai Erodou*, —*Etym. M.*—; Partenio, *P. Atentón para tois istorikóis lexeón dsétoumenón*.

Como complemento de estos datos lexicográficos, y por cuanto son á un tiempo fuentes para el conocimiento de muchas de las obras mencionadas que no existen, y resumen del material léxico de las anteriores, ponemos aquí las indicaciones particulares de las principales obras bizantinas de esta clase, las cuales hemos ya citado como lugares de referencia.

Etymologicum Magnum, op. Fr. Sylburgi ed. nov. (Lips. 1816). *Etym. M. rec.* Th. Gaisford (Oxf. 1848). *De E. M. fontibus*, C. Carnuth (Berl. 1874). *Etymologicum gr. ling. Gudianum*, ed. Sturz (Lips. 1818). *Orionis Thebani Etymologicon*, ed. Sturz (Lips. 1820). *Hesychii Alex. Lexicon cum notis doct. virorum* etc., ed. Joh. Alberti (Leiden 1746-66). *Hesychii Lexicon* etc. —*supplementa ad ed. Hesychii Albertinam*— auctore N. Schow. (Lips. 1792). *Hesychii*

λογίαν appellant, proportione, quae graece *ἀναλογία* dicitur. Esto mismo indica Casiodoro al escribir: «*Minutus labor syllabis litterisque tractandis, modo ex nominum derivatione factus... modo ex euphoniae consonantia, modo ex graecarum litterarum similitudine, probans quid scribere debeas, quid vitare*

Alex. Lex. rec. M. Schmidt (Jena 1858-68); —sobre el mismo, los trabajos antes cit. de Pearson y Ranke, además de la *Filol.* de G. Wolff y el suplem. de la de Ders. — *Suidae Lexicon* corr. L. Kusterus (Cambridge 1705). *S. Lex. post L. Kusterum* rec. Th. Gaisford (Oxford 1834). *S. Lex. graec. et lat.* rec. G. Bernhardt (Halle 1834-53). *S. Lex. ex recogn.* I. Bekkeri (Berl. 1854). —Sobre Suidas, v. Wolkmann, *De Suidae biogr. quaest. selectae*; Ders., *De S. biogr. quaest. alt. Symb. philol.*, y las *De S. b. quaest. novae* del mismo; Rose, *Suidas lateinisch* Hermes; Wachsmuth, *De fontibus ex quibus Suidas* etc., *Symbol. philol.* — *Jul. Pollucis Onomasticum gr. et lat.*, ed. I. H. Lederlinus et T. Hemsterhusius (Amsterd. 1706). — *I. Poll. Onomasticum cum annot.* cur. J. Dindorf (Leipz. 1824), *Poll. Onom.* rec. I. Bekker (Berlín 1846). —Sobre el mismo, v. Wieseler, *Comment. de difficilioribus quibusdam Pollucis* etc.; Althaus, *Quaest. de J. Poll. fontibus specimen*; Stojentín, *De I. Poll. in publ. Athen. antiquit. enarrandis auctoritate*. — *Photii Lexicon*, ed. Porson (Lips. 1823). *Zanorae Lexicon*, ed. Tittman (Lips. 1808). *Harpocratiön et Moeris*, ex recens. I. Bekkeri (Berl. 1833). *Cyrilli, Philoxeni aliorum veterum Glosaria*, ed. Labbaeus (París 1679).

Por lo que hace á la *Filología romana*, rica en gramáticos, escoliastas y lexicógrafos, no ofrece, sin embargo en esto último la variedad helénica, debido en buena parte al carácter mismo de su literatura, singularmente de la científica, derivación de la griega, y á la no existencia de dialectos literarios que obligasen á multiplicar la labor léxica y expositiva. En cambio, presenta la lexicografía romana en orden á la etimología, caracteres más varios y tendencias mejor definidas. Tres escuelas léxicas y etimológicas pueden distinguir en la glotología romana: la escuela de los *romanistas*, que hace los estudios léxicos con carácter etimológico latino; la escuela de los *helenistas*, que inquiere la formación de las palabras latinas en raíces griegas; y la escuela *mixta*, que mantiene un criterio medio entre ambos extremos.

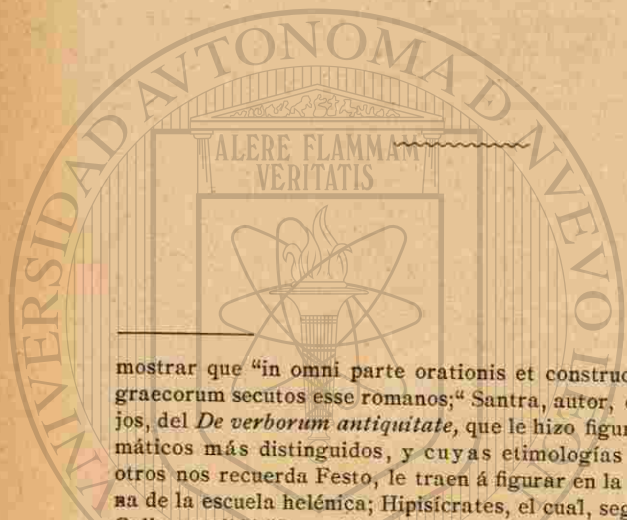
La primera de estas escuelas puede decirse tiene sus comienzos en M. Porcio Catón, quien, aunque no sea contra lo que se ha dicho, autor de trabajos lexicográficos, por su significación en las letras romanas y la marcada oposición á la aristocracia helenizante de que dejamos hecho mérito, influyó en la dirección de la lingüística romana y su norma romanista. El libro *De verborum differentiis* que algunos le han atribuido (y aun se ha citado sin razón á S. Isidoro en favor de ello), puede haber correspondido á Valerio Catón

contendas. La influencia en sentido opuesto de la parte ortográfica sobre la etimológica aparece reconocida en toda la antigüedad desde Varrón hasta S. Isidoro. «Narrare, decia Papiiano, per unum R scribitur, ut Varroni placet; secutus est enim etymologiam nominis ejus, qua gnarus dicitur qui scit et

arriba citado como gramático, más no al antiguo historiador romano. De otro trabajo léxico *De verbis priscis* hablan los escritores latinos, que Macrobio atribuye en varios lugares á Cincio, á quien alude Aulo Gelio —VI—, y otros posteriores, entre ellos Festo. Que el trabajo no es de L. Cincio Alimento, como se ha creído y afirma Lersch, sino de otro escritor del mismo nombre del tiempo de Cicerón, está hoy fuera de duda, así como también que no le corresponden al citado autor los escritos *de fastis, de comitiis* etc., que corren con su nombre. L. Cincio Alimento escribió sobre el origen de las palabras, *De origine verborum*, Elio Stilón, á cuyas etimologías alude Aulo Gelio, entre otros, y en especial Varrón, quien corrige muchas de sus derivaciones latinas, tratando de mostrar que son de origen griego. En *Las nueve Musas* de Aurelio Opilio (á cuyas etimologías se refieren también Varrón y Gelio); en los dos volúmenes *De latino sermone* de A. Gnifón, y en los treinta de *Commentarii gramm.* de Nigidio Figulo, y demás trabajos filológicos de éste, cuyas derivaciones etimológicas mencionan Gelio, Macrobio etc., vino á consolidarse la dirección romanista en la explicación de las voces latinas. Con ellos deben contarse á Curciacio, del cual como glosógrafo, quedan sólo fragmentos en Festo que lo menciona; Ateio Filólogo, «ocrem, dice Festo, antiqui ut Ateius Philologus in libro *glossematorum* refert, montem confragosum etc.» Publio Lavinio, que escribió un libro «non incuriose factus, dice Gelio, inscriptus: *De verbis sordidis*»; Cornificio (mencionado por sus etimologías desde Varrón, Gelio y Macrobio hasta Prisciano y Festo), el cual escribió *De etymis* con algunas derivaciones griegas (y el título «*etymis*» es griego también), pero con tendencias claramente latinistas en el conjunto; y omitiendo algunos otros, G. C. Basso, quien compuso, entre otras, su obra *De Significatione verborum*, como dice Macrobio, ó *De origine vocabulorum*, según escribe Gelio, que probablemente no expresan obras diversas.

La escuela helenista en la etimología romana fué representada por glotólogos distinguidos. Entre ellos (y sin hablar de Diodoro de Aristófanos, con sus *Glossai Italikai*, de Filoxeno y de Apión, que arriba hemos mencionado, y escribieron en griego acerca del latín, con tendencias helénicas) cuéntanse: Tiranión, con su obra ya indicada *P. tés Romáikés dialectou* etc., encaminada, como dice su título, á probar la filiación griega del latín; Dídimos, *P. tés para Romáiois analogías*, donde, como declara Prisciano, se propuso de-

accipit... «Exsul cum addito *S* scribendum, quod a solo ver-
tit...» Exsilium quoque cum *S* scribi debet; ex solo enim ire
est exulare... Extorrem vero sine *S*; ex terra enim eiectum sig-
nificat», enseña Ceselio Vindex, y á este tenor los demás gra-
máticos.



mostrar que "in omni parte orationis et constructionis analogiam
graecorum secutos esse romanos;" Santra, autor, entre otros traba-
jos, del *De verborum antiquitate*, que le hizo figurar entre los gra-
máticos más distinguidos, y cuyas etimologías griegas que con
otros nos recuerda Festo, le traen á figurar en la lexicografía lati-
na de la escuela helénica; Hipisicrates, el cual, según testimonio de
Gelio, escribió "Super his quae a Graecis accepta sunt;" y finalmente,
Cloacio Vero, quien en su tratado de palabras de origen griego
—*verborum a Graecis tractorum*— abusa visiblemente de la etimo-
logía griega tanto como el más exagerado de los que se encerraron
en el latín para hallar el principio de todo su vocabulario.

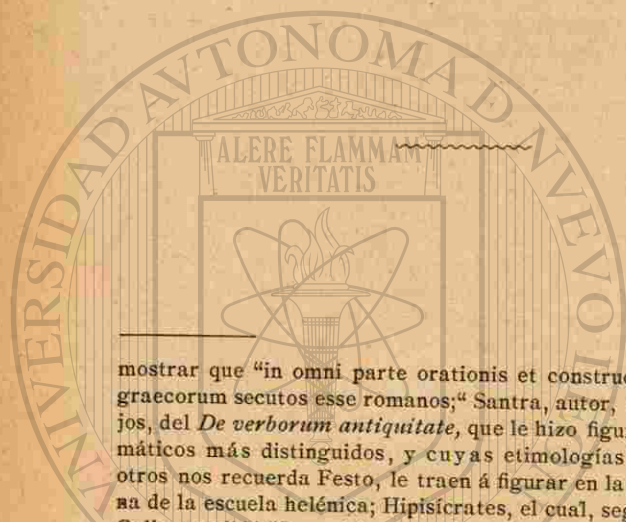
La escuela media de los etimologistas latinos que trató en prin-
cipio de evitar los extremos de las dos escuelas antes indicadas, aun-
que en la práctica no alcanzase su realización completa, fué iniciada
de una manera normal por M. Terencio Varrón, cuyo criterio mode-
rado en la cuestión de *analogía y anomalía* hemos tenido ocasión
de observar. A Varrón siguieron otros muchos gramáticos postero-
res, admitiendo sin exclusivismos ora etimologías latinas, ora grie-
gas en el lenguaje romano, según su entender y las reglas usuales
de derivación. Así lo hizo Verrio Flaco en sus diversos escritos, y
sobre todo en la obra *De significatione verborum*, no de otra suerte
que Festo, su compendiador, y P. Diácono, compilador de Festo; y
así lo han efectuado Nonio Marcelo y S. Isidoro, no sin que entre to-
dos estos tratadistas de etimologías dejen de advertirse oscilacion-
es acentuadas ora al helenismo, ora al romanismo é irregularida-
des de procedimiento, debido esto último á los insuficientes criterios
de verdad etimológica que les guiaban.

La fase glotológica semítica.

VII

Los estudios filológicos semíticos en sus relaciones con las teorías
filológicas europeas. La escuela holandesa. Líneas generales de
la filología árabe y principales gramáticos árabes. Id. de la
filología hebrea y sus cultivadores más significados en las di-
versas épocas. Edad de los estudios gramaticales en la familia
semítica. La Filología siríaca, sus comienzos y desarrollo. Bar-
Hebraeus. La cultura gramatical siríaca desde el siglo XVI hasta
el XIX. Orígenes de la cultura general y filológico-árabe. Fuen-
tes persas y sirias. El conocimiento del sánscrito entre los ára-
bes, y fuentes indias. Los Omniadas y los Abasidas. El período
religioso de la Filología árabe. El Korán. El dialecto Koreysh.
Las reformas gramaticales de Zeyd en el Koreysh. El primer es-
tudio lexicológico árabe. La escuela de Bassora y la de Kufa.
Harum-al-Raschid y las controversias del Korán. El período tra-
dicional de la glotología árabe. El período científico. Represen-
tantes de la lingüística árabe en dicho período. La influencia
del período científico árabe en Europa. Las traducciones Aris-
totélicas. Los árabes y la lengua griega. Los escritores latinos
de la Edad Media y la lengua griega. Los árabes y los escritores
latinos. El Aristóteles latino; el Aristóteles árabe; el Aristóte-
les griego para latinos y árabes. Alberto Magno, Sto. Tomás de
Aquino, Duns Escoto en orden á la lengua griega y á las versio-
nes árabes. Decadencia general y filológica musulmana. Sibawai.
Movimiento exegético y lexicográfico de la decadencia. Otros
gramáticos árabes. Origen de la gramática entre los árabes. Orí-
genes de la poesía árabe, su carácter y cuál fuese su influencia
en las letras españolas. Orígenes hebraicos y lengua primitiva
de los hebreos. Fenicios, asirios y hebreos. El asirio-babilónico y
el hebreo. La escritura y la lengua asirias. Poliglotia de las cu-
neiformes, sus afinidades etc. Las inscripciones de los Aqueméni-
des. Representación del asirio en el semitismo, y relaciones asirio-
aramaicas. El problema de la segunda lengua de las inscripciones
Aqueménidas. La cuestión "sumeriana." La Literatura asiria.
Silabarios asirios y demás trabajos de índole filológica. Puntos
capitales sobre la formación, dialectos y evolución de la lengua
hebraica. Causas de la decadencia del hebreo literario, y si es
cierto que fuese debido á la importación del lenguaje exótico de
la captividad babilónica. Período arcaico, clásico y de la deca-
dencia en la lengua hebrea. Períodos filológicos hebraicos, y va-
rias divisiones. Escritura de la historia y composición de los Tal-
mud. La Versión de los 70. Su origen, su causa, y su valor filoló-
gico absoluto, y relativo para los judíos. Los Targums. Targum
de Onkelos, de J. ben Uziel, el Pseudo-jonatán. Targumin llama-
do de los Agiógrafos. Otros Targums. El hebreo entre los cris-
tianos. Orígenes y S. Jerónimo, y representación filológica de sus
trabajos. Representación filológica de la Biblia y sus versiones.
La Versión de los 70 y las traducciones coptas, siríacas, persas,
árabes, etiópica, armenia etc. Edición Vulgata, su formación y

accipit... «Exsul cum addito *S* scribendum, quod a solo ver-
tit...» Exsilium quoque cum *S* scribi debet; ex solo enim ire
est exulare... Extorrem vero sine *S*; ex terra enim eiectum sig-
nificat», enseña Ceselio Vindex, y á este tenor los demás gra-
máticos.



mostrar que "in omni parte orationis et constructionis analogiam
graecorum secutos esse romanos;" Santra, autor, entre otros traba-
jos, del *De verborum antiquitate*, que le hizo figurar entre los gra-
máticos más distinguidos, y cuyas etimologías griegas que con
otros nos recuerda Festo, le traen á figurar en la lexicografía lati-
na de la escuela helénica; Hipisicrates, el cual, según testimonio de
Gelio, escribió "Super his quae a Graecis accepta sunt;" y finalmente,
Cloacio Vero, quien en su tratado de palabras de origen griego
—*verborum a Graecis tractorum*— abusa visiblemente de la etimo-
logía griega tanto como el más exagerado de los que se encerraron
en el latín para hallar el principio de todo su vocabulario.

La escuela media de los etimologistas latinos que trató en prin-
cipio de evitar los extremos de las dos escuelas antes indicadas, aun-
que en la práctica no alcanzase su realización completa, fué iniciada
de una manera normal por M. Terencio Varrón, cuyo criterio mode-
rado en la cuestión de *analogía y anomalía* hemos tenido ocasión
de observar. A Varrón siguieron otros muchos gramáticos postero-
res, admitiendo sin exclusivismos ora etimologías latinas, ora grie-
gas en el lenguaje romano, según su entender y las reglas usuales
de derivación. Así lo hizo Verrio Flaco en sus diversos escritos, y
sobre todo en la obra *De significatione verborum*, no de otra suerte
que Festo, su compendiador, y P. Diácono, compilador de Festo; y
así lo han efectuado Nonio Marcelo y S. Isidoro, no sin que entre to-
dos estos tratadistas de etimologías dejen de advertirse oscilacion-
es acentuadas ora al helenismo, ora al romanismo é irregulardi-
des de procedimiento, debido esto último á los insuficientes criterios
de verdad etimológica que les guiaban.

La fase glotológica semítica.

VII

Los estudios filológicos semíticos en sus relaciones con las teorías
filológicas europeas. La escuela holandesa. Líneas generales de
la filología árabe y principales gramáticos árabes. Id. de la
filología hebrea y sus cultivadores más significados en las di-
versas épocas. Edad de los estudios gramaticales en la familia
semítica. La Filología siríaca, sus comienzos y desarrollo. Bar-
Hebraeus. La cultura gramatical siríaca desde el siglo XVI hasta
el XIX. Orígenes de la cultura general y filológico-árabe. Fuen-
tes persas y sirias. El conocimiento del sánscrito entre los ára-
bes, y fuentes indias. Los Omniadas y los Abasidas. El período
religioso de la Filología árabe. El Korán. El dialecto Koreysh.
Las reformas gramaticales de Zeyd en el Koreysh. El primer es-
tudio lexicológico árabe. La escuela de Bassora y la de Kufa.
Harum-al-Raschid y las controversias del Korán. El período tra-
dicional de la glotología árabe. El período científico. Represen-
tantes de la lingüística árabe en dicho período. La influencia
del período científico árabe en Europa. Las traducciones Aris-
totélicas. Los árabes y la lengua griega. Los escritores latinos
de la Edad Media y la lengua griega. Los árabes y los escritores
latinos. El Aristóteles latino; el Aristóteles árabe; el Aristóte-
les griego para latinos y árabes. Alberto Magno, Sto. Tomás de
Aquino, Duns Escoto en orden á la lengua griega y á las versio-
nes árabes. Decadencia general y filológica musulmana. Sibawai.
Movimiento exegético y lexicográfico de la decadencia. Otros
gramáticos árabes. Origen de la gramática entre los árabes. Orí-
genes de la poesía árabe, su carácter y cuál fuese su influencia
en las letras españolas. Orígenes hebraicos y lengua primitiva
de los hebreos. Fenicios, asirios y hebreos. El asirio-babilónico y
el hebreo. La escritura y la lengua asirias. Poliglotia de las cu-
neiformes, sus afinidades etc. Las inscripciones de los Aqueméni-
des. Representación del asirio en el semitismo, y relaciones asirio-
aramaicas. El problema de la segunda lengua de las inscripciones
Aqueménidas. La cuestión "sumeriana." La Literatura asiria.
Silabarios asirios y demás trabajos de índole filológica. Puntos
capitales sobre la formación, dialectos y evolución de la lengua
hebraica. Causas de la decadencia del hebreo literario, y si es
cierto que fuese debido á la importación del lenguaje exótico de
la captividad babilónica. Período arcaico, clásico y de la deca-
dencia en la lengua hebrea. Períodos filológicos hebraicos, y va-
rias divisiones. Escritura de la historia y composición de los Tal-
mud. La Versión de los 70. Su origen, su causa, y su valor filoló-
gico absoluto, y relativo para los judíos. Los Targums. Targum
de Onkelos, de J. ben Uziel, el Pseudo-jonatán. Targumin llama-
do de los Agiógrafos. Otros Targums. El hebreo entre los cris-
tianos. Orígenes y S. Jerónimo, y representación filológica de sus
trabajos. Representación filológica de la Biblia y sus versiones.
La Versión de los 70 y las traducciones coptas, siríacas, persas,
árabes, etiópica, armenia etc. Edición Vulgata, su formación y

valor filológico. Escuelas del Masoretismo. La escritura semítica y su significación filológica. El tipo *arcaico* y el tipo *sidonio* de la escritura. Divisiones de ambos, y fases por donde ha pasado el hebreo escrito. Sistemas filológicos de interpretación hebrea. Crítica del de Neuman, del de Forster, de Avenario etc. Origen de la vocalización hebrea, y opiniones sobre ella. Evolución del sistema vocal hebreo. Vocalización supletoria antigua así hebrea como siriaca. El sistema masolefiano ó de lectura sin puntos vocales, y sus seguidores. La Masora y su definición según Buxtorf. División de la Masora y su exposición. La Cábala, sus divisiones y uso. Valor filológico de la Masora. Otros gramáticos y lexicógrafos hebreos anteriores al siglo XVI. Maimónides. Enumeración de gramáticos españoles. Nueva fase de las letras hebraicas en el siglo XVI. El renacimiento en orden al hebraismo. Reuclin. Los hebraístas del siglo XVII. Sistema comparado semítico del siglo XVIII. Procedimientos etimológicos de Bohlio, Gusset, Loescher etc. Lexicografía hebreo-cristiana y rabínica. La escuela holandesa y la escuela de Halle. Últimas manifestaciones sistemáticas del hebraismo.—La poesía hebrea y su métrica.—Criterio helenizante de los hebraístas antiguos hablando de la métrica hebrea. Sus resultados. La métrica siriaca y la hebrea. Caracteres de la poética hebrea. La rima entre los hebreos y en el clasicismo griego y latino. La preceptiva arábiga en la poesía hebreo-rabínica.

La fase filológico-glotológica semítica viene á sustituir á la europea cuando ésta, ya oscura y estacionada, estaba lejos de sostener con honor el nombre de sus antiguos preclaros cultivadores; y si bien el semitismo no fué más feliz en sus procedimientos, ni más fecundo en conclusiones directamente utilizables en la Filología comparada que lo había sido el método greco-romano, el carácter peculiar de las lenguas semíticas, la estructura morfológica y léxica de sus palabras, la naturaleza de sus raíces y la misma uniformidad general del tipo de familia lingüística, mucho más visible en ellas que en el tronco ario, fueron parte para que dentro de aquel grupo glotológico se llegase á conclusiones de cuantía y se vislumbrasen otras que más tarde hubieron de establecerse sólidamente. Pero si esto hizo adquiriese preponderancia la glotología semítica, á lo cual coadyuvó no poco el movimiento general filológico y literario promovido por los diligentísimos cultivadores de dichos estudios, el empeño que se ha puesto en hacer converger hacia la familia lingüística á que nos referimos, sin-

gularmente hacia el hebreo, las lenguas europeas, dióle singular importancia, sobre todo cuando después del renacimiento se convirtió en problema fundamental filológico la cuestión de la lengua primitiva, se asintió comunmente á la tradición judaica de la primacía del hebreo, y con diligencia digna de mejor causa tratóse de hallar analogías con idiomas extraños al semitismo que confirmasen ser el hebreo la lengua madre de donde por filiación indisputable debieran proceder todas las demás. Procedimiento este que formó carácter en toda una época de glotología europea, y que con las atenuaciones que exigían los tiempos y de una manera más científica fué renovada en principio por la escuela holandesa de Hemsterhuys, Valekenauer, Lennep, etc., la cual pretendía aplicar sistemáticamente á las raíces griegas los principios semíticos de raíces biliteras, trilateras y cuadrilateras, cuando la aparición del método comparativo científico ó de la Filología comparada vino á destruir sus teorías y derribar por completo sus fantásticas creaciones, de las cuales quedan no obstante vestigios en los primeros cultivadores de la Gramática comparada, como habremos de ver.

Siros, judíos y árabes aparecen cultivando los estudios léxicos, gramaticales y literarios con grande actividad, ofreciéndonos sus respectivas literaturas, en especial las de árabes y judíos, periodos ya científicos, ya históricos, ya filológico-críticos de grande brillantez, la cual hubo de redundar de manera muy significativa en el análisis más completo y perfección sucesiva de sus respectivos idiomas y del sistema gramatical correspondiente.

Los árabes estimulados por sus kalifas y reglamentados en sus *dar al hikmat* (casa de ciencia ó Universidad) no sólo llevan adelante trabajos enciclopédicos como los de Al-Kindi, Ibn Sind ó de Gazzali, el filóso-

fo musulmán que con la *Regeneración científica* inmortalizó su nombre; obras poéticas como las de Mahomed Kasen—Hariri—el maestro de la elocuencia superior al Korán en su prosa rimada, las del poeta español Ibn Khakam, y las del romancero también español Antari; no sólo producen historiadores y polígrafos como Kahllikan, Makrizi, Kehristani é Ibn Khaldum, el historiador de las dinastías africanas y autor del notable ensayo crítico *Prolegómenos*, sino que también aparecen como gramáticos dignos de consideración y estudio.

Abul-Aswad funda la Academia de *Basora*, y Abul Hasan da principio á la de Kufa, ambas con tendencias crítico-gramaticales, cultivando especialmente la exégesis del Korán. Abu al Khalil establece las leyes de la métrica árabe y regulariza la prosodia; Sibawaihi escribe su Gramática analítica, que sirvió de modelo á todas las posteriores; El *Hariri* hace también ensayos gramaticales; Ibn Sumail funda la escuela de Khorasan de donde salen los principales etimologistas musulmicos; Al-Ansari cultiva admirablemente las formas dialectales, como Sidjistani la parte lexicográfica, y así llevan sus estudios filológicos á un estado de perfección notable, que en verdad no han sabido sostener mucho tiempo.

Más que los estudios lingüísticos de los árabes se ha significado en Europa, y en España principalmente, la Filología hebrea, ya por la mayor importancia de su literatura, cultivada á porfia por judíos y cristianos, ya por el carácter más definido y científico de las investigaciones de éstos.

El período *talmúdico* representa en lengua hebrea lo que el período religioso en el árabe; no existen gramáticas ni diccionarios para la exposición bíblica; el rabinismo es el encargado de la interpretación «según los principios recibidos», que completan las escuelas

de Tiberiades, Sora, Nahardea y Pumbenditha con sus exposiciones exegéticas, hasta la formación de ambos Talmud (1).

El período *masorético* es bastante más importante para la Filología que el período talmúdico. La Masora (del caldeo *masar*, transmitir), cuyos comienzos se encuentran al terminar el período anterior, representa un nuevo movimiento literario, con el cual se amplían las antiguas exposiciones, se halla el sistema de puntuación que debe perpetuar la tradición y se establecen principios gramaticales que más tarde son expuestos y aplicados (2). Es un error creer que el

(1) Desde Antígono Sokos las exposiciones mischnicas hechas por los Doctores, que en frase caldea llaman los judíos *Tanhain* (*thná*, transmitir en cald.), fueron creciendo paulatinamente hasta que J. Ackedosch (santo), temiendo una total dispersión de los judíos, las compiló en el *Mishna* (repetición, de *chud*, repetir, reproducir). Como complemento al *Mishna* aparecieron los dos *Ghemara* (así llamados de la voz caldaica *gmár*, acabar, continuar); uno de los rabinos palestinos, y otro posterior, de los de Babilonia. De ahí los dos *Talmud* que no son otra cosa que el *Mishna* con su respectivo *Ghemara*. Literariamente considerados es preferible el Talmud de Babilonia al de Jerusalén, que contiene muchos arameismos y giros violentos; en punto á doctrina son uno y otro una miscelánea de asuntos religiosos y jurídicos, con todo género de digresiones, y sin trabazón científica. La Teología judaica debe buscarse más bien entre los tradicioneros de la Kábala (en caldeo, tradición) que no en el Talmud.

(2) No vamos á discutir aquí los fundamentos de las encontradas escuelas sobre la vocalización hebrea; pero habremos de advertir que tanto los partidarios de la puntuación *primitiva* y *simultánea*, entre los cuales hay que contar á nuestro García Blanco, como los del extremo opuesto, ó sea los de la escuela *masorética*, cuya última expresión es la *Gramm. hebraique* de Verdier; así los que se remontan á los tiempos esdrinos como los que vienen con Gelatino hasta la Edad Media para explicar el origen de dicha vocalización, no han conseguido, á pesar de la erudición que algunos de ellos demuestran, presentar un argumento que resista una crítica seria é imparcial. Lea quien guste de ello el libro I, cap. 8.º del *Arcanum veritatis* de Gelatin, el tomo 3.º, cap. III del *Digduq* de García Blanco, los libros de L. Capel, de Maslef, ó el prefacio y Gramática de Verdier; y aun mejor el prefacio al tomo 4.º de la Gramática del docto Guarín ó

periodo masorético sólo está caracterizado por el sistema de puntuación, que ha sido trabajo impersonal lento y sucesivo. Al periodo masorético le caracteriza especialmente su sistema de interpretación universal bíblica en todos conceptos; la pequeña y la grande *masora* abarca cuanto es susceptible de interpretación y exposición en los libros sagrados de los hebreos, y estos estudios prepararon principalmente los adelantos del periodo *gramatical*.

el trabajo de Schenedermann, *Die Controverse des L. Capp. mit dem Bustorf, über das Alter. der hebraischen Punctuation* (Leipzig, 1879), y podrá juzgar por sí mismo el valor de las razones que unos ú otros invocan.

Común sentir es hoy y doctrina admitida sin discusión la que Elías Levita sostuvo vigorosamente en el siglo XVI en su obra *Masoreth hammassoreth*, que la puntuación hebrea es obra del masoretismo. Puede verse la exposición y razonamiento de este punto en cualquiera de las varias historias de la lengua hebrea (la de Preischwerk por ejemplo en la introducción á su *Gramm. hebraique*, que trae también Braun en su Gramática).

Pero lo que conviene hacer notar aquí es que este capítulo *De punctatione* es, filológicamente considerado, harto secundario, contra lo que algunos creen. La condición silábica del alfabeto semítico hace que sea completamente extrínseca á él la vocalización masorética, y aun en el antiguo procedimiento de las *matres lectionis*, es poco regular la aparición de las semivocales. El hebreo ocupa en cuanto á esto un término medio, si bien en el Pentateuco es muy frecuente la *scriptio semiplena*; los extremos están representados aquí por el *fenicio* que siendo rigurosamente silábico, prescinde de dichas semivocales, y por el *etiópico* que conservándose también silábico, las lleva constantemente.

Notemos, para terminar, que la vocalización hebrea es posterior á la siríaca, seguida luego de la arábiga; que dicha vocalización limitada probablemente á los manuscritos de uso privado, llegó á prevalecer cuando faltaron las escuelas de Babilonia (s. 9-10) y cuando la expulsión de los judíos de Oriente por los árabes, la hizo necesaria; que el sistema de vocalización seguido por los judíos de Asiria era diverso del de los judíos palestinos, en el número, valor y posición de los signos, como el de los judíos africanos, que no conviene tampoco con el ordinario. El códice babilónico de S. Petersburgo (año 916), ofrece en las vocales formas singulares, y todas ellas exceptuando el *jirek katón*, están, no debajo, sino encima de las letras (Strach, *Codex babylon. Petropolitanus*).

Difícil es creer que en las escuelas de Tiberiades y Babilonia no haya existido gramático ni lexicógrafo alguno dado el singular cultivo de las letras y su celo por los sagrados libros, pero es un hecho que para la historia, los estudios gramaticales hebraicos comienzan al decaer las escuelas judaicas de Oriente. En el siglo IX y X aparecen como representantes conspicuos y entendidos de la filología hebrea, Saadia Gaon, el tortosino Menahhen ben Saruq, su contemporáneo Donasch ben Labrat y Judá ben David. A Saadia, el afamado jefe de la Academia de Sora, se deben los primeros ensayos gramaticales. En su *Canto rítmico* (en que consigna cuántas veces se halla en la Biblia cada una de las letras) y especialmente en su *Libro de compilación*, que Aben-Ezra alaba en sus *Balanzas* como la primera Gramática que se conocía en su tiempo, aparece S. Gaon como conocedor profundo de la lengua hebrea. Menahhen ben Saruq compuso su *Libro de raíces*, discutido vivamente por su émulo Donasch ben Labrat, quien compuso para su impugnación las *Respuestas de Donasch*, á su vez contestadas por Menahhen. La obra de Menahhen ben Saruq es considerada como un trabajo gramatical y lexicográfico á la vez de primer orden, y á él se le debe la primera clasificación científica de las raíces hebreas (1). La controversia iniciada entre Saruq y

(1) Intitúlase el libro de Menahhen ben Saruq en hebreo *Sepher Hascherachin*; el de Donasch *Thechuboth Donasch Mehadiquq R. Menahhen ben Saruq* (Correcciones ó respuestas de Donasch á la Gramática de R. Menahh. ben Saruq); y la réplica de Saruq: *Thechuboth R. Menahhen b. Saruq Le Donasch*. Estas obras se conservan manuscritas en la Biblioteca del Vaticano; de ellas el libro de Saruq fué impreso por vez primera en Londres (1855). Wolf y Bartelocci han confundido al Rabino Saruq con otro judío del mismo nombre que vivió cuatro siglos después, como nota García Blanco, y antes de él lo advierte R. de Castro en su Biblioteca, y primero que ambos lo probó Assemani.

Labrat, fué continuada por los discípulos de uno y otro, y contribuyó no poco á fijar bien el concepto de las raíces y varios puntos de fonética, como lo demuestran los *Tres libros de Análisis*, que escribió en árabe por entonces el español Judá ben David, y que es ya un tratado gramatical muy recomendable.

En el siglo XI y XII los progresos de lingüística hebraica acentuáronse notablemente. Judá Chaiuch, llamado por los suyos «príncipe de los gramáticos», compuso un tratado gramatical (*Diqduq*) que según todas las probabilidades sirvió de modelo, no sólo al judío francés Yarhji para la composición de sus trabajos lingüísticos, tan apreciados de los hebreos, sino también á Salomón ben Gebirol, á J. ben Ganahh, á Aben-Ezra y á los Quimjies, Gramáticos todos españoles y los más notables entre los antiguos, de quienes tomaron doctrina y aún método los más célebres tratadistas posteriores (1). La Gramática de Salomón ben Gebirol escrita en versos acrósticos monorrimos, y que él intitula *Composición meditada* (lógica) *planteada en cuatrocientas estrofas* (2), mereció que Aben-Ezra la calificase de «obra maestra», como en verdad merece ser llamada. Jonás ben Ganahh, á quien el citado Aben-Ezra llama «artífice sapientísimo de la lengua», es considerado por Pakock y Quimjhi como «príncipe de los gramáticos»; es el verdadero fundador de la sintaxis hebraica y ordenador de los estu-

(1) En efecto, casi todos los gramáticos posteriores se han formado en la escuela de estos maestros. Sin hablar de los hebraizantes del siglo XIII, *Ben Caspi*, *Ben Yhhayaah*, *Ben Schen Tob*, *Ben Melech* y otros muchos que no hacen otra cosa que extractarlos, notables hebraistas posteriores, como Juan Simonis, Juan y Alberto Schultens, Alting, Schroeder con muchos más filólogos holandeses y alemanes, se han informado en los principios de aquellos sabios españoles. El mismo Sanctes Pagnini en su *Thesaurus linguae sanctae* no vacila en declararlo así, como Buxtorf, Roberston, etc.

(2) "*Mehaberet chihhah chetulah beharbaj mehot batim.*"

dios lexicológicos en esta lengua. Las dos partes de que consta la obra de ben Ganahh, de raíces la primera, y la segunda gramatical, constituyen en el fondo y en la forma la base del célebre *Miklol* de D. Quimjhi, con sola la inversión de tratados en el libro de éste, que se ocupa primeramente de la parte gramatical y luego de la parte léxica, y la diferencia de lengua, pues el *Miklol* está escrito en dialecto rabínico (1). A la familia de los Quimjhies (padre é hijos, José, Moisés y David) le es debido lugar preferente entre los filólogos hebreos, si bien sus trabajos se resienten ya y dejan entrever la próxima decadencia del hebraismo. La Gramática de Moisés Quimjhi se aproxima un tanto en método á las que han venido después del renacimiento (2), y el *Miklol* de David Quimjhi ha sido libro clásico entre los rabinos de su tiempo, manejado también por los escritores cristianos (3). Aben-Ezra, llamado el sabio (hhakam) es uno de los principales representantes del saber hebraico y muy particularmente del saber filológico en el siglo XII; á él se le deben estudios concretos de partes gramaticales muy acertados; él estableció la exégesis gramatical, sentó reglas para el estilo y educación del gusto literario, hizo un resumen de los gramáti-

(1) Jonás ben Ganahh es conocido también por el nombre de Abuwalid Meruan ben Ganahh; escribió en árabe su gramática, pero quedan de ella muy raros ejemplares. Buxtorf cree que las dos partes de que consta son dos obras distintas y Wolf se inclina á esto mismo. En las traducciones hebreas que existen de aquella los dos tratados (*Sepher acherachin* y *Sepher Harakmah*) forman una sola obra, como la de Quimjhi.

(2) La mejor edición de este libro es la hecha en Leide en 1631, con aclaraciones de Elías Levita.

(3) El *Miklol* (perfección) resulta ya un conjunto bastante indigesto de doctrinas que es el carácter de las obras literarias en el período de la decadencia; tuvo el mérito de servir á los hebraistas cristianos de entonces; hoy queda reducida dicha obra á monumento literario del rabinismo.

cos predecesores suyos con el examen crítico de sus obras, y llevó á los hebreos de Italia el saber filológico de nuestro suelo. Sus obras *Misterio de las formas de las letras*, *Enigma de las letras ehwi*, *Balanza de la lengua*, *Paraiso de la sabiduria*, *Elegancia de la lengua*, *Astucia del pensamiento*, son entre otras, suficientes á probar que Abraham Aben-Ezra, era hombre de valer y sabio de verdad en asuntos lingüísticos.

Con el siglo XII el movimiento de los estudios hebraicos se detiene para no continuar hasta el XVI, de una manera que si no indica grandes progresos en el fondo, supone grande reacción por las nuevas y aseguibles formas en que entonces se nos presenta la Gramática. No son en este punto comparables la *Lengua de los eruditos* del R. David ben Hhaiyah, *Los caminos del gusto* del R. Moisés ben Hhabid, ben Schen Tob y otras muchas obras de este período de decadencia, con el *Diqduq* de Elías Levita (que cerró en el siglo XVI el catálogo de gramáticos que escribieron en hebreo los cánones de su lengua), con la gramática, aunque breve que acompaña al *Thesaurus* de Sanctes Pagnini, con las *Introducciones artis gramm. hebraicae* de Alfonso Zamora y otras de esta época de relativo orden y pretensiones filológicas; pretensiones que no han llegado á su realidad sino en los tiempos novísimos, cuando comenzó á brillar para la Filología el día claro y sin nubes de los estudios comparados, y sabios como Alberto Schultens, W. Schroeder, Guillermo Gesenius, Enrique Ewald y posteriormente Justo Holshausen con los actuales esclarecidos cultivadores del semitismo, pusieron á contribución sus fuerzas para hacer entrar la lengua de Israel en el concierto universal de la Gramática comparada (1).

(1) Es, en efecto, alta prez y honra de estos hebraistas haber iniciado, mejor diré, renovado el método (pues la escuela de ben

Los estudios lingüísticos y gramaticales en general, no son tan antiguos en la familia semítica como en la indo-europea, ni entre los diversos pueblos que los han cultivado aparecen simultáneamente. Entre los siros comienzan dichos estudios en el siglo V, si bien con carácter rudimentario y no sistemático, lo cual mueve á algunos, entre ellos á Renán (*Histoire gen. etc. des langues semit.*) á afirmar exageradamente que la gramática no comienza en la Siria hasta el siglo VII. En el siglo VI encontramos ya en la Siria gramáticos tan notables como Jacobo de Edesa y Huzita, ambos con tendencias analíticas, á los cuales siguen otros muchos (entre ellos el célebre Elías, Obispo de Nisibe), hasta que en el siglo XIII el gran historiador y filólogo Bar-Hebraeus, Gregorio Abul-Faradj sobrepujando á todos sus predecesores, dió la norma para los posteriores trabajos gramaticales, que no tardaron en acomodarse á los de las demás lenguas de la familia y generales del semitismo (1).

Ganahh había ensayado el procedimiento) de la Gramática hebraica comparada. Las *Institutiones ad fundamenta linguae hebraicae de Schultens* son en el siglo XVIII obra notable de este género, aparte de otros trabajos del profesor de Leide, de carácter análogo, como la *Vetus et regia via hebraizandi*, las *Dissertationes filológico-críticae* y sus *Opuscula minora*, contra Loescher; y especialmente su ameno libro *Origenes et defectus ling. hebr.* y *De eorum resarciendorum tutissima via*, en donde demuestra su profundo saber arábigo, y combate el poco serio sistema hebraico buxtorfiano. Las obras de Gesenius así gramaticales como lexicográficas, de todos conocidas, contribuyeron no poco á la evolución comparativa hebraica en nuestro siglo. No cedía, antes superaba en erudición lingüística de todo género al autor del *Thesaurus*, el profesor de Gotinga, Ewald, quien en su *Grammatik d. Hebraisch Sprach*, hace justificado alarde de su saber y de ingenio especulativo en materias gramaticales. Pero á todos supera Olshausen, que en el *Lehrbuch der Hebr. Sprache*, supo más que nadie penetrar en el organismo de la lengua, analizar la fonética, y fijar sus leyes por el método comparativo muy científicamente sostenido. Al lado de estos trabajos no osaremos citar la *Historia de las lenguas semíticas* de Renán, principio harto superficial de una Gramática comparada que no consiguió hacer, y que en parangón con los estudios aludidos semeja una tienda aparatosa de caravana al pie de un suntuoso palacio.

(1) A principios del siglo XVI enseñaba en Roma el siríaco con provecho el clérigo Elías, de quien fué discípulo el gramático y jurisconsulto T. Ambrosio, que compartía el saber y la erudición siríaca con el presbítero Acurio Joseph, contemporáneo de dichos gra-

Pero la cultura que había de imponerse en Europa durante siglos y hubo de levantar con honor el universal imperio de ciencias y letras que en los antiguos emporios del saber, Grecia y Roma, yacían absolutamente postradas, fué la de los árabes, á quienes estaba reservado recoger los restos de las anteriores civilizaciones dispersos en las diversas regiones del Globo. La Siria, la India, la Persia, la Armenia, la Asiria, la Grecia y otras regiones invadidas por los árabes, que en conquistarlas para sí y para sus creencias juzgaban cumplir un deber social y religioso, proporcionáronles abundantes riquezas literarias y científicas, cuyas traducciones, comentarios y exposiciones hubieron de ocuparlas varias centurias. Sobre las doctrinas y libros que guardaban aquellos pueblos se apoya toda la ciencia del Islam, cuyo carácter y nota distintiva estuvo en conservar é ilustrar, sin que pueda decirse en rigor que hayan sabido producir.

Indios y nestorianos de los confines de la Persia fueron los iniciadores del movimiento científico arábigo que comienza por la medicina y estudios afines. Los primeros tratados que allí se conocieron de esta ciencia fueron el de Harúm de Alejandria, y el del persa Ali-ben-Akbas (Al-Meleki), tal vez no superado por otro hasta Avicena. De la Persia salió el poeta más ilustre de aquellos tiempos, Ferdusi, y de ella recibieron la forma de sus anales con las crónicas persas *Difteres*. La Si-

máticos. A mediados del mismo siglo escribía J. A. Vidmanstadius sus "Elementos de Gramática" y su Nuevo Testamento, primeras publicaciones siriacas impresas en Europa. Años más tarde (1573) publicaba Masio su Gramática siriaca, la cual con las notables adiciones de Wasser, y con el excelente libro de Jorge Mira sobre la misma lengua, publicado á fines del siglo mencionado, púsose el estudio gramatical siriaco al nivel del árabe y hebraico. En el siglo XVII Cristóbal Crinesio (*Gymnasium Syriacum*), J. Dillherr (*Rudim. Gram. Syr.*) y Buxtorf (*Gramm. Chald. et hyr.*), han perfeccionado el sistema gramatical y clasificado convenientemente sus partes. A estos trabajos lingüísticos debemos añadir los de E. Hottinger, Brian Waltom, Castelli y otros que en el siglo XVII cultivaron y escribieron sobre el siriaco. Entre todos éstos, el primer lugar es justamente debido á Enrique Opilius, cuyo libro acerca del mencionado idioma, sirvió de dirección á los tratadistas del siriaco en el siglo XVIII. En el siglo XIX el siriaco entra en el movimiento general del semitismo comparado, siendo múltiples los trabajos relativos á dicho idioma, y señalándose en su cultivo los sostenedores de la *Imprenta católica de Beirut* (de la C. de J.)

ria les proporcionó traducidas (y no siempre con exactitud) entre otras obras, las de Hipócrates y Galeno, y en filosofía, las de Aristóteles, que hubieron de constituir el centro de sus especulaciones. De la India recibieron los árabes el álgebra, los guarismos, impropriamente dichos arábigos y sus nociones de astronomía. Moham-ben-Ibrain-Alfazari traduce del indio las tablas astronómicas conocidas por el discutido nombre del gran Sin-hind (que interpreta Ben-el-Adami por «revolución de los tiempos», Casiri por «perpetuo y eterno», Colebrook créelo descomposición de «siddhanta,» abreviación á su vez de «Brahmasidhanta,» título de la obra de Brahmagupta, cuyo resumen constituiría). Aparecen luego como muestra de las relaciones ario-semiticas: el libro de Yacub fundado en el Sind-hind; el tratado de álgebra traducido del sánscrito por Mahomed-ben-Musa, que cita Al-Mahum; el de Zoología del indio Zami puesto en rabínico, y el de Medicina titulado Susruta, traducido del indio al persa por Manka. Son asimismo de enumerar, entre otras muchas, la obra del escritor árabe Abú-Rihan-al-Bironni, intitulada *Taríkkul-Hind*, cuadro excelente de la literatura y ciencias indias, que demuestra hasta qué punto se habían penetrado del saber ario los árabes; las dos traducciones hechas por Albiruni del sánscrito al árabe, una sobre la filosofía Sankhya, y otra sobre el sistema Yoga; la traducción árabe del trabajo indio *La educación de los Reyes* (del cual hay algunos capítulos traducidos al persa en el *Muj-malu-t-Tawarikh*), hecha por Abú Saleh, etc. (1). Vese sin dificultad por estos y otros muchos datos fáciles de aducir, como es muy inexacto pensar en una importación científica primitiva y exclusivamente griega entre los árabes, á los cuales por otra parte no llegó en época alguna el saber helénico por transmisión directa.

El estado de la lengua arábigo y de su literatura antes de la era cristiana nos es desconocido; y de los tiempos anteriores á Mahoma sólo han llegado á nosotros significadas composiciones

(1) Confirman las relaciones literarias á que aludimos las traducciones persas del *Mahabharata* y del *Ramayana* que mandó hacer Akbar, quien en su deseo de poseer versiones de los libros sagrados de los diversos pueblos, hizo traducir la Biblia é intentó realizar lo mismo con los *Vedas*, sin llegar á conseguirlo por la oposición de los Brahmanes. Pues si bien se refiere que alcanzó verter el *Atharva-Veda*, á más de que es el último de los *Vedas* en orden y en autoridad, probablemente se quiso significar con aquella denominación los *Upanishadas*, ó tratados filosóficos que siguen á los *Vedas*.

nes poéticas, entre las cuales están los siete célebres poemas *Moallake*. Desde Mahoma y el Korán data toda la significación literaria de los árabes. Durante el imperio de los Omníadas, las letras están restringidas al Korán, á su tradición y á la poesía, porque á imitación del *profeta iliterato*, como se decía á sí mismo Mahoma, rehusaba aquella dinastía toda ciencia como inútil y peligrosa, aislando así la acción intelectual y las creencias (1). Los Abasidas de criterio más amplio y partidarios de la doctrina unitaria, trataron de reconciliar la razón y la religión, restableciendo la armonía del orden físico, intelectual y religioso. A ellos hay que referir todo el inmenso caudal de obras filosóficas, teológicas, físicas, médicas y gramaticales arábicas; las traducciones, diccionarios enciclopédicos de carácter general y técnico, y todo linaje de erudición que han cultivado los musulimes. Cerca de diez mil autores árabes ha contado Hammer (*Litterat. Geschichte d. Arab.*), sin enumerar otros cuyos escritos se han perdido. De ellos ciertamente, no pequeña parte corresponde á los estudios literario-lingüísticos, toda vez que en el siglo XV hacia ascender Sayonti á 2.500 el número de gramáticos salidos en su mayor parte de las escuelas de Kufa y Bassora.

Concretándonos á nuestro objeto, la primera época filológica-lingüística corresponde entre los árabes al período religioso, que abarca el primer siglo del mahometismo. Para los árabes era gran profanación traducir el Korán á lengua alguna, y por otra parte érales sumamente difícil conservar incorrupto el texto de su libro por excelencia y la unánime interpretación

(1) Es bien conocido el dilema formulado por Omar, cuando Juan el *Gramático* pidió á Amrú, reservase algunos libros de la biblioteca alejandrina. "O tales libros están conformes al Korán, ó le son contrarios; si lo primero, deben desaparecer por inútiles, si lo segundo deben desaparecer por perjudiciales." Con esta lógica se procedió á la quema de la biblioteca, en la forma que refieren Abdalatif y luego Abulfaraj, de donde toman sus datos los historiadores sobre esto. La mencionada biblioteca de Alejandría, destruida antes varias veces, distaba de tener la importancia de la primitiva de los Ptolomeos. Como prueba del fanatismo antiliterario de Omar, y de que los árabes podían recibir de muy diversas fuentes el saber, merecen citarse estas palabras de Ebu Kaldun: "¿Qué fué de las obras científicas de los persas, que Omar hizo destruir al conquistar el país? ¿Dónde están las de los sirios, caldeos y babilonios? ¿Dónde las de los egipcios que les precedieron?...". Indicio claro de los múltiples orígenes de la cultura arábica de aquella edad.

del mismo, si no se procuraba mantener de una manera firme la integridad de la lengua y la de las significaciones primitivas. Entre las causas que hacían indispensable la unificación hay que contar el espíritu de conquista y de imposición universal del Korán, que hubiera dado origen á una invasión enorme de extranjerismos; la falta de puntuación ó sea la ausencia de vocales, ocasionada siempre á alteraciones graves en la lengua, en el texto y en la significación, pues de ella depende la interpretación que en árabe como en las demás lenguas semíticas puede tener una palabra; la división de sectas nacidas en el seno del islamismo, y la misma naturaleza intrincada del texto, sus repeticiones y el criterio exegético que reclama un libro no compuesto de una sola vez ni por uno solo, y posterior en varios trozos á la existencia de Mahoma (1).

(1) El Korán guardado ab aeterno, según los musulmanes, sobre una mesa tan grande como el espacio que custodiaron millares de ángeles para que los malos espíritus no tocasen al texto sagrado, y que desde el séptimo cielo, donde se hallaba cerca del trono de Dios, fué traído por el arcángel Gabriel al Profeta, es una obra de formación sucesiva, sin unidad de plan ni de pensamiento, y en la cual no sólo hay desproporciones de estilo y hasta de extensión (tan extremadamente largos los primeros capítulos, como cortos los últimos), sino también repeticiones y contradicción en las ideas, sin orden de tiempo ni de materias; esta falta de unidad, esta confusión de doctrinas judaicas, persas y cristianas, de principios verdaderos y principios falsos, de verdades elevadas y afirmaciones absurdas, ha sido ocasión de un movimiento filológico general, por lo mismo que ha constituido siempre para los teólogos musulmanes, para los exégetas y expositores, dificultad grave, la cual no han hallado medio de superar sino acudiendo á derogaciones sucesivas del texto, hechas por Dios. Según ellos estas derogaciones son unas de la letra, conservando el sentido, otras del sentido conservando la letra, y otras derogando letra y sentido. La falta de vocalización, pues ésta entre los árabes como entre los judíos es posterior al texto religioso, ocasionó diferencias marcadas de interpretación, á pesar de haberse instituido los *Mokris*, especie de custodios de la genuina lectura. A su vez la falta de crítica ocasionó la diferencia en los versículos, que en las siete ediciones del libro (dos en Medina, una en la Meca, una en Cufa, las restantes en Bosra y Siria), varían desde seis mil hasta seis mil doscientos cuarenta y tres. Finalmente la falta de uniformidad en las creencias y tradiciones ocasionó la división de musulmanes en *ortodoxos* y *heterodoxos*, según admitan ó no la doctrina del *Sumna* (doctrina de la *tradición*, comparable á la *Mischna* judaica), sin contar las subdivisiones consiguientes

El dialecto Koreysh hablado en el centro de Arabia quedó definitivamente establecido con el Korán como lengua religiosa que debía prevalecer en todos los dominios musulmicos, y pronto se dejó sentir en ella la necesidad de los estudios á que nos referimos, motivados por las causas dichas. Pues como observa Renán en su *Hist. des lang. Semit.*, suponiendo que la lengua del Korán tal como resulta de la primera compilación de Zeyd (por los años 634), era la lengua vulgar del grupo musulmán que seguía á Abú-Bekr y Omar, es necesario admitir que al poco tiempo (quince años después), ya dicha forma de lenguaje era extraña á muchos seguidores del islamismo. Zeyd tuvo ya que ocuparse de reformas gramaticales, tratar de reducir las variantes y unificar la ortografía en el mismo dialecto koreysh. Los solecismos de los nuevos creyentes crecían tan rápidamente, que llegaron pronto á preocupar y aún molestar á los primeros seguidores de Mahoma. (Cf. Sacy y Hammer en su *Litteraturgeschichte d. Araber* entre otros).

Entiéndase que al hablar del árabe koreyshítico como *dialecto* sancionado por el Korán para lengua religiosa, no intentamos legitimar la tradición de los gramáticos musulmanes, cuyas huellas en esto sigue Renán, según la cual el advenimiento del islamismo hizo surgir la unidad lingüística arábica con la imposición del *dialecto sagrado*. Esto es completamente arbitrario y falso, pues la uniformidad del idioma arábigo, es tan íntima y sostenida que no permite pensar en unidad alguna impuesta literariamente, ni menos en formas dialectales en el sentido que tiene esta denominación en las lenguas europeas, de lo cual por otra parte no queda vestigio histórico, como observa justamente Nöldeke (*Die semitisch. Sprachen*) y repiten Brockelmann (*Gesch. d. Arab. litt.*), Italo Pizzi (*Letterat. araba*) etc. No ha habido, pues, unificación lingüística arábica con el Korán, por la sencilla razón de que no existió antes de él diversidad de formas dentro de dicho lenguaje. Las variantes que permitía el idioma, por las cuales se diferenciaba el habla de ciertas tribus, y en lo cual se funda la distinción antigua del *himyar* y del *koreysh*, fueron siempre muy

tes en estas ramas. (V. sobre el Korán, entre otros, la *Geschichte des Quorans* de Th. Noeldeke).

Es lo más verosímil que no llegó Mahoma á conocer el Evangelio, alcanzando tan sólo noticias de algunos evangelios apócrifos, con los cuales hay ciertas analogías en el Korán, en especial con el llamado de S. Bernabé, usado entonces por varias sectas cristianas.

secundarias y puramente léxicas, lo cual se ve comparando las inscripciones que nos quedan en himyar con el árabe del Korán, que siendo lo más distanciado, están estrechamente ligadas al tipo del árabe clásico. Hablar, pues, del dialecto koreish es sencillamente hablar de la lengua común en la forma en que era usada por la tribu de donde salió Mahoma, forma que prevaleció universalmente.

Desde el primer siglo de la Egira, y debido á estas causas, comenzó la formación del primer diccionario arábigo, de carácter etimológico y según el orden de raíces, al par que de significaciones generales de las palabras; el cual diccionario fué perfeccionándose sucesivamente, debido en especial á los trabajos de Firuzabad. Con igual motivo, debemos recordar por esta época los nombres de Abul-Aswad el fundador de la escuela de Bassora y de Abul-Hasan fundador de la de Kufa y protegido del célebre Harum-al-Raschid, quien reunió en su corte á todos los sabios más ilustres que halló en los países conquistados, y elevó á grande altura la Academia de Bagdad. Harum queriendo terminar las controversias sobre el Korán, fijó el número de comentaristas que debían ser oídos é hizo cargar doscientos camellos con los escritos de comentadores y controversistas, que mandó arrojar al Tigris. Discipulo de Abul-Hasan fué el hijo de Harum, Al-Mamun, gran protector de las letras como su padre, el más erudito de los califas, pues además de sus vastos conocimientos sobre muchas ciencias, poseía con el árabe, el hebreo, el indio, el persa y el griego, y el más significado por su munificencia á los lingüistas y sabios en los Abasidas.

El periodo *tradicional* de la lingüística árabe comienza con el siglo segundo de la Egira, en el cual se completan los estudios de gramática y aparecen los de compilación enciclopédica y filológica. Los filólogos Aqmai y Abu-Abaida, hombres de extraordinario saber, corresponden á esta época.

El periodo *científico*, que comienza en el tercer siglo y continúa hasta la total destrucción del Kalifato á mediados del siglo XIII, comprende un general movimiento de enseñanza é instituciones, de creación de escuelas, cátedras y bibliotecas, de ciencias filosóficas, matemáticas, astronómicas y filológicas, cuya influencia se hizo sentir en toda Europa (1). A los princi-

(1) Las fases que acabamos de señalar responden directamente á la cultura filológica arábica cual conviene á nuestro objeto. Por lo que hace á las de la literatura árabe en general, podemos distin-

pios de este período corresponde el *gramático por excelencia* Abu-Zaid, más conocido por Al-Ansari, y el célebre discípulo de Aqmai *Sidjistani*, gramático y lexicógrafo de renombre justificado. Cierran este período el gran retórico y gramático Abu-Ibn-Mohamed Kasem, denominado también Hariri, entre cuyas

guir un *período primitivo* que se extiende desde los primeros tiempos hasta los de los Abasidas (750 de J. C.); período genuinamente arábigo, no sólo por el carácter de las composiciones literarias, sino también por sus autores casi exclusivamente árabes. Un *período clásico* de la literatura musulmana, en el cual si bien se escribe en árabe, entran á formarlos todos los diversos elementos musulmicos, desde el Khorassan hasta España, y desde el Cáucaso hasta el Sahara; período que corre desde los Abasidas hasta la caída del Califato con la invasión Mongólica (750-1528). Un *período de decadencia* que alcanza desde la caída del Califato hasta la toma del Egipto por Selim (1515), si bien puede decirse perpetuado hasta el siglo XX, porque toda la moderna literatura arábigo dista inmensamente de sus antiguos esplendores, á los cuales no volverá mientras el contacto con sólidas civilizaciones no coloque á los hijos del desierto en circunstancias psicológicas análogas á las de otro tiempo, si no es que deba negarse la existencia de una cultura rigurosamente arábigo, como quieren no pocos, ya que en Europa y con elementos europeos se formó el cuerpo científico presentado en árabe, y fuera de Europa y por cuenta propia no han sabido los musulmanes ni principiar ni continuar, ni siquiera conservar lo que llamaron su cultura, tan sólo ó casi sólo por verterla á su lengua. En el primer período señalado, hay dos épocas: una anterior al Korán, compuesta exclusivamente de poetas *mayores y menores*, entre ellos algunos judíos y cristianos, bien que por completo identificados en fondo y forma con los demás; y otra posterior al Korán, señalada principalmente con las tendencias literarias pobres y de imitación semiplagiaria del tiempo de los Omniadas. Otras dos épocas se distinguen en el segundo período, en el cual prevalece singularmente la influencia persa; la primera llega hasta el siglo XI, y es el tiempo del mayor florecimiento científico-literario musulmico, con su centro fuera de la Arabia, en Bagdad; la segunda llega hasta el siglo XIII con centros múltiples desiguales en esplendor doctrinal que van perdiendo fuerzas y vigor intelectual á medida que el Imperio tiende á disgregarse. Son las dos etapas del período que deben calificarse más bien de literatura *musulmana* escrita en árabe, que no de literatura arábigo, según se ha indicado. En el último período, tomando como línea divisoria la conquista de Egipto por los árabes en el siglo XVI, cabe separar la época de imitación y reconstrucción decadente de antiguos modelos, de la época moderna sin carácter definido ni obras de valer, y abierta á toda suerte de extrañas ingerencias.

obras están los *Makamat* una de las más atractivas producciones de la literatura árabe, el historiador y retórico español Khaham y el afamado filósofo y filólogo Gazzali. Los siglos VI, VII y VIII de la Egira forman de alguna manera una parte peculiar científica, y constituyen lo que pudiéramos llamar período *crítico* de la literatura arábigo. En este tiempo florecieron, entre otros muchos, los historiadores Semani y Ech-Cherisi, Chechristani é Ibnel-Cofti, el poeta Antari, el geógrafo Idrisi, los polígrafos Ibn-Khaldum, Makrizi, Sayuthi etc.

Puede decirse que con el siglo IX de la Egira (XV de nuestra era) se acentúa el movimiento de la decadencia musulmica, la cual se extiende más y más hasta dominar por completo y consumarse en el siglo XVI con las mezclas de literatura extranjeras. Y por lo que hace á la Gramática árabe, Sibawai cierra en el siglo VIII de la Egira la historia de su formación, perfeccionando y aún consultando como quieren muchos (cf. Sacy, Antol. gram. arab.) la de Abu-Amru Isa. Como en otras literaturas, el principal número de bibliógrafos glosadores y exégetas; los trabajos de enciclopedia, diccionarios de ciencias y diccionarios arábigo-hebraicos, aráb.-griegos, aráb.-latinos, etc., corresponden entre los árabes al período de la decadencia (1).

(1) En punto á teorías filosóficas singularmente ontológico-psicológicas que son las que guardan relación con los estudios lingüísticos, no han sido los árabes más originales que en otras ramas del saber, antes bien su carácter y su lengua misma ofrecían aquí más dificultades que en otras disciplinas por ellos cultivadas. "Imaginer un Aristote ou un Kant (escribe Renán, no sin cierta exageración, hablando de las lenguas semíticas) avec un pareil instrument, est aussi impossible que concevoir une Iliade ou un poème comme celui de Job écrits dans nos langues métaphysiques et compliquées." (*Hist. Gen. et système comp. des langues sémitiques*, t. I, c. 1). Sin embargo, á la manera que las exigencias literarias del Korán determinaron bien pronto entre los árabes corrientes filológico-gramaticales, las doctrinas de dicho libro y sus enseñanzas teológicas, movieron á ensayar las especulaciones filosóficas para explicarlas. No tardaron en aparecer en controversia los *cuatro puntos cardinales*, que dicen los maestros árabes (atributos divinos, predestinación, promesas, castigos), de donde se originaron sectas numerosas, y "viéronse paulatinamente aparecer, escribe Munk (*Mélanges de philosophie juive et arabe*), diversas escuelas que más tarde revistieron sus doctrinas de formas dialécticas... y las primitivas escuelas teológicas se trasformaron en verdaderas escuelas filosóficas." De la antigua filosofía helénica que tan pujante se había presentado en Gre-

Débase singularmente recordar aquí como distinguido gramático y filólogo al celebrado escritor español Malek, «dueño de la escritura y lengua arábica», «maestro de las buenas le-

cia y Roma, no quedaban ya fuera del eclecticismo cristiano donde se habían fundido las doctrinas platónicas y aristotélicas para servir á la causa los dogmas, sino restos del sincretismo alejandrino y de sus ideas neoplatónicas de una parte, y de otra los degenerados conceptos filosóficos de Platón ó de Aristóteles que á través de las múltiples sectas ya del extremo unitario como el arrianismo y eutiquianismo (prescindiendo de otras anteriores), ya del extremo antiunitario, como en la de los nestorianos, servían de antemural á la heterodoxia.

Por estos dos caminos recibieron los árabes la filosoffa, prevaleciendo sin embargo el elemento Aristotélico sobre el platónico, no sin mezcla de la filosoffa vedanta. Al-kendí, el primer filósofo musulmán y el primer admirador de Aristóteles, conocía la doctrina griega, persa é india, como hace constar Casiri. Al-Farabí estudió y expuso además de Aristóteles, los libros de Platón: «Platonis libros ejusque mentem exponere aggressus est.» (Casiri, *Biblioth. arab. hisp.*, t. I). El misticismo escéptico que aparece en la doctrina exotérica de Al-Gazzali provino de la India, cuyos filósofos le iniciaron probablemente en su panteísmo; y de ahí las contradicciones que en él reprende Tofaíl, que es á su vez representante declarado del panteísmo indio entre los árabes. Y aun el aristotélico Averroes (Ibn-Rosch) el filósofo árabe de mayor influencia en la filosoffa del renacimiento, nos presenta en su *entendimiento superior universal*, las reminiscencias del panteísmo de Oriente.

Se ha dicho que las versiones latinas de Aristóteles en la Edad Media provenían de las traducciones árabes en la escolástica, que Averroes tradujo en árabe el texto griego de Aristóteles, y que de esta versión derivaron las que luego utilizaron Santo Tomás y demás filósofos cristianos medioevales. Nada más falso. El texto aristotélico llegó á Averroes por las fuentes de la Siria; y á Santo Tomás llegó directamente del griego. Al primero sirvieron, á más del neoplatonismo siríaco, las escuelas siríacas peripatéticas, especialmente las nestorianas de Edesa y Nisibe, de donde procedían las versiones árabes manejadas por Averroes. El segundo utilizó, si no el texto griego, traducciones directas que le garantizaban incomparablemente mejor que las árabes la verdadera doctrina del Estagirita. Bastaría comparar los comentarios y citas de Santo Tomás con el texto griego de Aristóteles, para notar á simple vista que allí tienen su origen; por el contrario (y lo advierte también Renán, *Averroes et l'Averroïsme*, prem. partie), basta comparar los escritos de Averroes con los del Estagirita, para advertir las graves alteraciones que ponen á gran distancia las versiones árabes no sólo del texto griego sino de las versiones latinas. Por eso Santo Tomás, re-

tras al decir de sus correligionarios. La *Biblioteca universal* de Schamseddin Abu Abdallá enumeró entre sus obras *La pureza de la lengua arábica*, *La base de las palabras*, *El método*

chaza no sólo los errores averroísticos sino también con frecuencia la exposición del texto en que se fundan, y no duda afirmar el Aquinense que Averroes «non tan fuit peripateticus, quam peripateticæ philosophiæ depravator.» (Op. *Contra Averroistas*). Y por su parte el eminente Luis Vives lamentándose del excesivo honor dispensado á las versiones árabes, y después de referir un pasaje de Aristóteles alterado sobremanera por Averroes, dice justamente indignado: «Aristoteles si revivisceret intelligeret hæc, aut posset vel conjecturis castigare? O homines valentissimis stomachis qui hæc devorare potuerunt et concoquere!» (*De causis corrupt. artium* Op. t. I.). Por lo demás, Averroes ni hizo la primera versión árabe de Aristóteles, porque desde el siglo X existían diversas traducciones de sus obras á dicha lengua, ni pudo hacer otra nueva como quiere Bhule, porque Averroes no conocía ni el latín, ni el griego, ni el siríaco (cf. Dicc. des scienc. philosoph. art. Ibn-Rosch), únicas lenguas, sobre todo la última, de donde pudiera hacer la traducción. Por nuestra parte no creemos exageradas las siguientes palabras del citado Luis Vives acerca de Averroes: «Nomen est Commentatoris nactus homo, qui in Aristoteles enarrando nihil minus explicat, quam eum ipsum quem suscepit declarandum... Itaque videas eum pessime philosophos omnes antiquos citare, ut qui nullum unquam legerit, ignarus graecitatis ac latinitatis. Pro Polo Ptolemaeum ponit, pro Protagora Pythagoram, pro Cratylo Democritum; libros Platonis titulis ridiculis inscribit, et ita de iis loquitur, ut vel caeco perspicuum sit litteram in illis eum legisse nullam.» (*De causis corrupt. Art. Op. t. I.*)

He aquí ahora lo que sobre este punto dice Renán combatiendo á Hervelot, con razón sobrada: «D' Hervelot podía no conocer la versión latina de Aristóteles la cual no se ha estudiado detenidamente sino desde hace algunos años á esta parte; mas como orientalista no debiera ignorar: 1.º que Aristóteles había sido traducido al árabe tres siglos antes de Averroes; 2.º que las traducciones de los autores griegos en árabe se han hecho del siríaco y no del griego; 3.º que probablemente ningún sabio musulmán, y con certeza ningún árabe de España ha conocido nunca el griego. Esta errónea opinión, sin embargo, parece haber prevalecido desde los primeros tiempos del renacimiento. Agustín Nifo, Patrizzi, Marco Oddón, J. Bapt. Bruyérin, Sigonio, Tomasini, Gasendi, Longuerne, Moreri, y en general todo el siglo XVI y XVII han considerado á Averroes como introduuctor de Aristóteles entre los latinos. D' Hervelot, reproduciendo este error é introduciendo en él nuevo grado de precisión, ha sido copiado por Casiri, por Buhle, por Harles, Rossi, Mideldorpf, Tennemann, De Gerando, Jourdain etc. etc. Esta misma equívocación se ha co-

fácil, Arte métrica, Método de leer, con un poema y comentario sobre *La conjugación de los verbos*. El *Método fácil* ha sido trabajo que alcanzó muy crecido número de comentadores,

metido en el catálogo de los manuscritos hebreos de la Biblioteca Nacional... Tal es en la historia literaria la tenacidad del error.⁴

En un orden de cosas más general, y en cuanto á la determinación concreta de las influencias arábicas, es punto muy discutido y que no hace á nuestro objeto estudiar con todo el detenimiento que requiere. Muratori en las *Antiquitates ital. medii aevi* (t. III) supone que el Aristóteles de la escolástica vino directamente del griego, y no del árabe. Casiri, á la inversa, sostiene en su *Biblioth. arabico-hispana* (t. I), que es puramente árabe y no griego el Aristóteles estudiado por los latinos, sin excluir Santo Tomás. Brucker (*Hist. crit. philosoph.* III) aunque reconoce los principios de la escolástica anteriores á la influencia arábica, atribúyete su formación á las versiones arábigo-latinas. Tennemann (*Manuel de l'Hist. de la Phil.* I), sin negar la información directa greco-latina de los escolásticos, inclínase á que los árabes han influido poderosamente en el aristotelismo de aquéllos; Heeren (*Historische Werke*, p. 4) niega á los árabes el influjo que le atribuyen los que acabamos de mencionar; Buhle (*Geschichte der Neuern Philosoph.* I), mantiene un criterio análogo al de Brucker y Tennemann. Inclínase á favor de la filiación árabe de la filosofía escolástica entre otros, Ritter (*Hist. de la Philosoph. chret.* I), Schmolders (*Essais sur les écoles phil. chez les Arabes*), Cousin (*Hist. gen. de la phil.*), Munck (*Dictionn. etc. art. arabes*), Stockl (*Geschichte d. Phil. d. Mittelalt.* II). Toman la dirección contraria Kleutgen (*Philosoph. d. Vorzeit*, I), Tálamo (*L' Aristotelismo della Scolastica*), González (*Hist. de la Filosofía* II), Liberatore (*Della Conoscenza intellettuale* II) y otros.

Para nosotros el criterio señalado por A. Jourdain en sus *Recherches critiques* etc., es el que en general debe prevalecer al juzgar las relaciones arábigo-cristianas de la Edad Media. Después de dicho concienzudo estudio, en efecto, no parece pueda ya dudarse: que los escritos de Aristóteles manejados por los latinos y llegados á ellos por fuentes latinas, estuvieron reducidos antes del siglo XII á la parte dialéctica de las obras de Aristóteles. La traducción latina de otras obras de éste comienza á usarse en el siglo XIII. De estas traducciones, unas provenían del griego y otras del árabe, sin que sea posible determinar en particular si la prioridad corresponde á las griegas ó árabes, por aparecer unas y otras empleadas simultáneamente. En igualdad de circunstancias, y todas las veces que podía conseguirse una versión del griego, era constantemente preferida á cualquiera del árabe. Por esto se ve que Alberto Magno se vale de versiones del griego en varios trabajos de Aristóteles, y de versiones del árabe en otros escritos del mismo, como se colige de la lectura de sus obras. Pero ya Santo Tomás ha podido utilizar

entre los cuales se distinguió el gramático Ben Hayan, á quien se atribuyen centenares de tratados filológicos. Al lado de Malek debe figurar el nombre de J. Ibn Isaac Asekaiti, cuyo li-

traducciones hechas sobre el texto griego exclusivamente, y á sus instancias hubo de hacerse otra versión de Aristóteles de la lengua original.

Como conclusiones en lo que este asunto se relaciona con nuestro objeto, diremos: 1.º que los filósofos y teólogos de la Edad Media en general no han utilizado á Aristóteles ni á los demás filósofos griegos sino mediante la lengua latina. El texto griego y el texto árabe sólo han sido intermediarios, quedando así la cuestión restringida al origen inmediato de las versiones latinas. La forma en que se efectuaban las traducciones era peculiar de aquellos tiempos y circunstancias. Regularmente un judío, ó un musulmán traducía al idioma vulgar, y un clérigo asistente se encargaba de hacer la traslación al latín, siguiendo las huellas del primero; lo mismo acontecía con el griego cuando el traductor no era latino, ó desconocía este idioma, llevando en uno y otro caso la traducción el nombre del segundo traductor por regla general; 2.º que si bien no se han servido los escolásticos del texto griego por la mayor facilidad que les prestaba la lengua latina, no puede decirse que aquel idioma fuese totalmente ignorado en la Edad media. Las relaciones de los ortodoxos griegos con Roma, las que resultaron de las Cruzadas, y el deseo de los Pontífices de mantener en la comunión romana la Grecia que aun perseveraba, eran motivos suficientes para que no se echase en olvido el lenguaje helénico. Por eso vemos (reproduciendo á este objeto lo que en otro lugar decimos de la cultura lingüística medioeval) que Inocencio III se dirigía á los obispos franceses y á la Universidad de París, pidiéndole *personas hábiles* para enviar á los griegos y ver de consolidar entre ellos la unión religiosa. Felipe Augusto con el mismo objeto creaba en París un colegio "constantinopolitano" para educación de jóvenes de Grecia. Durante los siglos X y XI abundan en el mediodía de Francia comerciantes griegos, y una comunidad de monjes de aquel país viene á establecerse no lejos de Marsella. Escoto Erigena conoce el griego; lo saben igualmente Ekkard, Notker y Remy de Auxerre. Más tarde las diversas traducciones de Aristóteles hechas sobre el original por distintos autores, demuestran que la lengua helénica tiene cultivadores; y Roger Bacon manifiesta que con suma facilidad puede encontrarse en Italia quien entienda y traduzca dicho idioma.

Entre los que traducen directamente del griego á Aristóteles están: Jacobo de Venecia, el primer traductor cierto del Estagirita que aparece al desarrollarse la escolástica; Roberto de Grossatesta "vir in latino et graeco peritissimus", dice Mateo de París; Enrique Bravant y Guillermo de Moerbeke, que traducen á petición de Santo

bro *Del correcto modo de hablar* «jure dixeris bibliothecam arabicam litterariam», según escribe Casiri en su *Bibl. arab. hisp.* (t. I); y con los mencionados pudieran enumerarse otros

Tomás de Aquino; Bartolomeo de Mesina, y, en colaboración, Durando de Auvernia. Cuéntanse hasta nueve traducciones de distintos tratados aristotélicos, cuyos autores no pueden determinarse con exactitud.

3.º Que si bien las relaciones árabe-judaico-cristianas son en el orden científico anteriores al siglo XII, en este siglo comienzan las traducciones latino-árabígas a ser conocidas entre los escolásticos mediante la escuela de Toledo, a cuya cabeza figuran el Arce-diano Dom. Gundisalvo y el judío Avendehut, importadores del Aristóteles árabe en idioma del Lacio. A favorecer este movimiento filosófico-árabe, contribuyó no poco la traducción de Averroes hecha bajo los auspicios de Miguel Scoto, iniciador del averroísmo en Italia (Dante le coloca por sus ideas en el infierno, *Inf.* canto XX).

4.º Que la influencia filosófica ejercida por los árabes si es innegable, no ha llevado a la escolástica los principios sistemáticos árabes, como lo demuestra la antítesis de éstos con los del escolasticismo. Así las traducciones de Averroes, los extractos árabe-aristotélicos, como los de Avicena y Al-Gazzali, estuvieron tan lejos de prevalecer, que fueron por el contrario abiertamente reprobados por la autoridad eclesiástica y por la Universidad de París. Y sea que en aquella reprobación se incluyese el texto mismo de Aristóteles, como quieren algunos (entre ellos Tálamo, *L' Aristotelismo della Scholastica*), sea que se trate tan sólo de extractos hechos por los árabes como afirman otros (Jourdain, *Recherch. crit.* etc.; Renán, *L' Averroisme* etc.), basta al intento que el pseudo-aristotelismo musulmán haya sido objeto de tales precauciones, para ver que era esta dirección muy encontrada con la que tomaron los latinos. Cualesquiera que fuesen los motivos que determinaron a Kilwardely, Arzobispo de Cantorbery, a extender a la Universidad de Oxford, de la escuela franciscana entonces, la censura de las proposiciones de París, no legítima la conclusión de Renán, de Haureau, de Rosmini etc., al deducir que la escuela franciscana estaba contagiada de arabismo. Alejandro de Ales, Duns Scoto, Roger Bacon..., están tan lejos del averroísmo psicológico y demás exposiciones árabe-aristotélicas, como el que más alejado esté entre los escolásticos.

En cuanto a Alberto Magno y a Santo Tomás que personifican el aristotelismo latino de la escolástica, debe decirse: a) que si bien ni uno ni otro han hecho sus comentarios sobre el texto griego, contra lo que piensa F. Palermo en su *Santo Tommaso, Aristotele e Dante*, y esto se ve por el conjunto y lo revela la mención que hacen de las variantes de otra versión (*alia litera, alia translatio, litera Boetii* etc.), es posible tuviesen a mano dicho texto o medios de conocer su contenido, por las alusiones que hacen alguna vez al origi-

muchos, que si no tienen el mérito de originalidad, no les falta el de la erudición (1).

nal (*ut in graeco habetur* etc.); b) que si Santo Tomás ha utilizado exclusivamente versiones latino-griegas, Alberto Magno revela haberse servido unas veces de dichas versiones, otras de las latino-árabígas, según se desprende del lenguaje y términos que emplea; c) que uno y otro demuestran ciertos conocimientos griegos: hacen notar, p. ej., las variantes del texto original con relación a las versiones; se detienen en advertencias filológicas y gramaticales sobre el griego, sobre vocales y consonantes, sobre los géneros de ciertas palabras, sobre las diferentes significaciones de palabras en griego que sólo se distinguen por tener vocal larga ó breve, sobre el uso del artículo y proposiciones, sobre el de algunos tiempos del verbo en griego y en latín; explican la etimología griega y transcriben en caracteres propios ciertas palabras que se proponen distinguir de otras que escriben en caracteres latinos; hablan del orden del alfabeto, de haber visto obras de Aristóteles aun no traducidas al latín etc.

Todo ello sin embargo no constituye prueba segura, y tal vez son más inciertos otros indicios que pudieran aducirse (v. Guyard, *Utrum S. Thomas coluerit linguam graecam*, y con él Rosselli, *Summ. Phil.* I; Tálamo, ob. cit., Rossi, Pierrón etc.). Es de advertir que Escoto hace también algunas observaciones gramaticales de índole análoga a las mencionadas, y sin embargo no sabía griego, según él mismo declara en la *Metaphisica*. Esto que hacemos notar respecto a Escoto, nos autoriza para juzgar de muy dudosa eficacia las pruebas, de suyo harto vagas é inseguras, en favor de los conocimientos helénicos de Alberto Magno y del Aquinense.

(1) "En poco tiempo, escribe el abate Andrés (*Orig. progresos etc. de toda literat.* I), se difundió el gusto de la lengua por todos los estados árabígos, y se encontraron en todas partes muchos gramáticos ilustres. Pues del mismo modo que Saibuiah adquirió en Asiria singulares alabanzas, se distinguieron entre los profesores de aquel arte Al Giorgian y Alzankhaschri en la Persia, Ebn Alhabeg y Ebn Heschem en Egipto, Agrumi en Africa y Malek en España. Sólo esta península cuenta un número casi infinito de gramáticos famosos que ilustraron mucho la lengua árabe, ya con comentarios, ya con nuevos métodos, ya con poemas sobre la gramática, ya con exposiciones de los poemas."

Schamseldin Al-Ansari en la *Hist. de las antig. árabe-arabígas*, cuenta buen número de filólogos y gramáticos que precedieron a la formación de las escuelas de Bassora y Cufa. De los tratados de *Retórica*, en cuanto se refieren a nuestro objeto, debemos recordar el *Método de escribir* de Abú Mahomed Abdallá, que a más de instituciones retóricas y poéticas, contiene principios gramaticales; *El prado florido* de Assiuthes, por su erudición árabe-arabíga, de donde confiesa

Se ha disputado sobre cuáles hayan podido ser los orígenes de la gramática entre los árabes; si la han recibido de los siros, cuya influencia en la literatura arábica fué bien marcada; si de los griegos, de quienes les llegó, aunque mediatamente el reflejo de la filosofía, ó si se trata de creación indígena y propia de los mismos árabes. Esto último es lo más verosímil, en el sentido en que se dice que todo pueblo hace su lengua y

Poco haber tomado los mejores datos de su *Ensayo de hist. arábica*; y, omitiendo otros muchos, la *Llave de las ciencias* de Alsekaki, á quien se le ha llamado el Quintiliano de los árabes. Dividido su libro en tres partes, el primero se ocupa *De los preceptos de la gramática*, al cual siguen los de la oratoria y retórica, formando un conjunto verdaderamente filológico. Para otros datos v. el *Dizionario degli Autori arabi piu celebri* etc. de J. B. De Rossi, la *Storia della letteratura araba sotto il Califato* de F. De Bardi, el trabajo de Wüstenfeld, *Die Geschichtschreiber der Araber*, y asimismo los recientes trabajos *Geschichte d. Arabisch. Litterat.* de Bockelmann, la *Litterature arabe* de Huart, y la *Litterary History of Persia* etc. de Browne, con datos sobre el arabismo. Véase también el concienzudo estudio general de Goldriher, *Abhandlungen zur arabischen Philologie*, ampliación de los *Muhamedanische Studien* del mismo autor.

En el último tercio del siglo XIX señalóse con el marcado movimiento filológico hacia las literaturas orientales, el correspondiente al arabismo. Efecto de este movimiento fué la publicación de algunas Misceláneas de carácter lexicográfico, diccionarios mal ordenados y abundosos en trozos de poesías compuestas por los primeros gramáticos árabes, tales como las *Rarezas filológicas* de Abizaid (1894) y la *Crítica del lenguaje* de Ibnas-Sikkit (1897), entre otras. En 1888 editaba Goguyer dos obras gramaticales, la *Alfyah* y la *Laminiga* de Ibn Malik; en 1889 terminaba Derenbourg de publicar un monumento gramatical arábigo, el *Kitab* de Sibawaihi, y en 1895 Van Ploten sacaba á luz un diccionario arábigo singular, el *Mafatih al Olum*, ó Clave de las ciencias, resumen de tecnicismos científicos. A favorecer el estudio glotológico-filológico arábigo contribuyen el *Corpus* de inscripciones arábicas comenzado por Van Berchen, el *Corpus* de inscripciones en *himyar* dirigido por Derenbourg, del cual dialecto é inscripciones publicó Hommel un epítome gramatical con su *Südarabische Chrestomathie*, y las investigaciones epigráficas de especialistas como Mosdtmann, Glaser, etc.

Entre los trabajos gramaticales modernos hechos sobre el árabe según los principios de filología comparada, merecen especial mención el *Cours d'Arabe* de De Vaux y la *Grammaire arabe* de Donat-Vernier, calcada en fuentes arábicas.

consiguientemente fija las leyes de su gramática, reduciéndose á simple hecho de observación el clasificar los elementos técnicamente. El tecnicismo gramatical de *nombre, verbo, partícula* etc., cuya invención atribuyen los árabes á Ali, es sin duda de importación extranjera entre los filólogos árabes; mas no así el cuerpo gramatical, que ha sido obra de necesidad, impuesta por las exigencias de su libro sagrado, según queda dicho. Los siros, si bien llegaron á ser universales maestros de los árabes no lo fueron antes del imperio de los Abasidas, cuando ya poseían la gramática; y los griegos únicamente ejercieron su acción mediante los siros. Por otra parte ni siros ni griegos aparecen enseñando á los árabes sino en la esfera científica, sin que se trasluzca la menor intervención gramatical y lingüística, ó hagan alusión á ello los escritores musulmicos, que ciertamente no dejarían de consignarlo, como consignan la influencia de aquéllos en las demás ciencias (1). En tiempos

(1) Lo que decimos de la lengua puede aplicarse á la poesía arábica, que no tiene nada del clasicismo griego, ni le han conocido nunca los antiguos poetas del Islam. Como la poesía hebrea es de los hebreos y la siríaca de los siros, la poesía arábica es propia de los árabes, sin que sea bastante la fuerza del hábito ni de la reflexión estética para borrar la distancia inmensa que separa la musa aria de la musa semítica. Sin duda que el primitivo lirismo (fondo común de toda poesía semítica) está entre los árabes lejos del amaneramiento y complejidad de la poesía musulmana posterior, y que la simplicidad de los dísticos en la *kasida* prekoránica contrasta con la composición orgánica, con el romanticismo ampuloso y de artificio que comienzan en tiempo de los Abasidas, y el contacto con los esplendores literarios de la Persia y aun de la Siria contribuyeron á desarrollar. Con todo, el tipo semítico destácase tanto en las primeras genuinas composiciones arábicas como en las más tardías y bastardeadas, así como es imposible confundir el complicado mecanismo del arte poética de los árabes con la versificación sencilla de nuestras composiciones. (Cf. entre otros gramáticos, Calligaris, *Il nuovo Erpenio* —Prosodia—, que es un trasunto de Freytag, Bressier y Sacy, en métrica árabe. Un bosquejo de ésta puede verse en la *Hist. crítica de la lit. española* de Amador de los Ríos, t. II).

Desconocedores los antiguos árabes de la escritura y aun enemigos de ella, no coleccionaron las primitivas obras poéticas. A los gramáticos de las dos escuelas de Bassora y Kufa, cerca de dos siglos después de Mahoma, es debida esta importante labor que emprendieron más que por fines poéticos, con objeto de reunir pruebas de la riqueza del idioma arábigo para la célebre contienda dicha de los *nacionalistas*. De ahí la forma de colección llamada con nombre

posteriores, y entrada la Edad Media, la influencia griega en las obras gramaticales se ve claramente, según dejamos notado en otro lugar refiriéndonos á los tratados de Analogía de Ibn-el-Cadí y el-Mawerdí, ambos publicados con el nombre griego de *Catholicon*.

El pueblo conocido con el nombre de *hebreo*, y así llamado también por griegos y romanos, designábase á sí propio con el patronímico de *Israel*, *hijos de Israel*. El nombre de *lengua hebrea*, *literatura hebrea*, no aparece ni una sola vez en el Antiguo Testamento, donde dicho idioma es conocido por la *lengua de Canaam* (Is. 19, 18), ó bien *lengua judaica* (2.º Reyes, 18, 26, y en otros lugares). Los judíos diéronle en frase caldaica el nombre de *lehon kudchah*, *lengua santa*, en oposición al ara-

persa *divan*, registro, que pudiera traducirse por *cancionero*, y las múltiples antologías de poetas, entre las cuales son notables la de las siete *Moallake*, arregladas en el s. VIII por Al-Hammad, la titulada *Al-Hamasa* de Abu Tammam (s. IX) y la de los cantos de los *Hodheylites*. También las reglas del arte poética tardaron en ser consignadas por escrito entre los árabes. El primero que consta se propuso reunir y ordenarlas fué el célebre Abú-Abd-el-Rahmán Aljalil (principios del siglo II de la Egira), con su tratado conocido con el dictado de *Jalileia*, que fué de autoridad indiscutible entre los árabes. El comentador más celebrado de Aljalil es Abú-Ismael-el-Tograi, con su exposición intitulada *Lamiat-el-acham*, que ha sido á su vez objeto de estudio é ilustraciones para muchos y distinguidos orientalistas. A principios del siglo X Abul Alkortobi y Ozman Alandalusi consignaron en sus respectivas historias de la poesía árabe, crecido número de sus cultivadores en España; número que llegó á aumentarse grandemente, como es de ver en la *Bibliot. hisp. arab.* de Casiri, en las citadas obras de Wüstenfeld, de Rossi, De Bardi, en la del Abate Andrés y en otras.

Se ha dicho que la poesía española es originariamente derivación de la arábiga, lo cual entre otros muchos han divulgado Huet y Massieu. Es esta una arbitrariedad tan palmaria, tan injustificada é injustificable á los ojos de todo el que conozca algo de ambas literaturas, que no merece se tome en serio. “Los árabes, diremos con Schlegel en su *Hist. de la Literat.*, contribuyeron á enriquecer la poesía española y embellecerla; pero no cabe dudar de que los antiguos poemas castellanos están enteramente puros de influencia árabe ó de las inspiraciones orientales; al contrario, su estilo y su lenguaje son severos y uniformes, puros y sencillos. Puede decirse con tanta más seguridad que nada hay de árabe en la antigua poesía, cuanto que semejante influencia se manifiesta en un modo claro en tiempos más cercanos durante los cuales existió verdaderamente.”

maico vulgar; la denominación ambigua de *hebraisti* y *hebrais dialektos*, que aparece especialmente en el Nuevo Testamento, no se refiere á la lengua del Antiguo Testamento, que vino cada vez más en desuso desde el destierro, sino al aramaico palestinese convertido en lenguaje usual de los hebreos. Probablemente, el nombre de *lengua hebreaica* es debido á los griegos y judíos helenistas, que lo emplearon para significar la nacionalidad y el carácter del idioma. Con la división del reino de Salomón en los de Israel y Judá, el nombre de *Israel* perdió su antigua significación teocrática y tomó la política y social del reino á que se aplicaba; y con la desaparición del reino de Israel quedó sólo el de Judá, de donde el nombre de *judío* aplicado universalmente á los hebreos, á su lengua y á su literatura.

Se ha disputado si el nombre de *hebreos* es gentilicio (derivándolo de *Heber*, descendiente de Sem) ó es apelativo simplemente. Esto último sostienen los rabinos y creemos más probable. En ningún pasaje del A. T. aparece la designación de *hebreos* como nombre gentilicio, sino en sentido apelativo. Por vez primera, se encuentra esta voz designando al patriarca Abraham, á quien se llama «el hebreo» para distinguirlo de sus aliados los Amorreos (Gén. 14, 13); y los Setenta, tomándola en sentido también apelativo, tradujeron *ὁ περσῆς* — *el que vino de la parte de allá* (del río Eufrates), y con mayor exactitud gramatical tradujo Aquila *ὁ περσῆς* — *el hombre del país de la parte de allá* del Eufrates (de donde procedía Abraham) (1).

Tres pueblos distintos formaron las poblaciones sucesivas de la Palestina. Los indígenas palestineses; los cananeos ó fenicios y las tribus semíticas. Los cananeos, pues, no eran indígenas de la Palestina, y las tradiciones que nos ofrecen Heródoto, Estrabón y otros, están conformes en señalar su origen en las márgenes del golfo Pérsico, en el país de *Phun-t* (de

(1) En sentido gentilicio y derivando *hebreo* de *Heber*, como con otros muchos hace Preiswerk en su *Gram. hebr.*, no debiera restringirse el nombre de *hebreos* á los judíos, porque descendientes de Heber son igualmente los *idumeos*, los *ismaelitas* y los *iotácuides*, ó sea los árabes; ni tampoco hay razón para que los judíos tomasen precisamente el nombre de Heber, y no el de otro de sus ascendientes ó descendientes; pues aunque en su tiempo hubiese tenido lugar la dispersión de las gentes, esta dispersión ni justifica suficientemente el nombre aplicado (como no lo justifica el recordar el culto del verdadero Dios y su conservación etc.), ni tuvo lugar tan sólo para los judíos.

donde el griego *Phoinikes* y lat. *Poeni*). Y de la misma región del bajo Eufartes de donde procedían los fenicios, salieron igualmente las dos naciones semíticas de asirios y hebreos. Estos tres pueblos vecinos, aunque no de una sola raza, vinieron á tener idioma común en la Palestina, idioma que Isaias de signa con el nombre genérico de «lengua de Canaam» (19, 18). La estela del rey moabita Mesha (s. IX a. J. C. cf. 2.º Reg. c. 3), de ser auténtica, pues á pesar de lo que desde Renán acá han afirmado los críticos sobre su autenticidad, ésta no es indiscutible, como no lo son los argumentos aducidos en favor de ella, vendría á confirmar la doctrina ya sustentada de que las tribus vecinas al pueblo de Israel hablaban la misma lengua de éste con pequeñas diferencias. Según todas las probabilidades, no fueron los hebreos los que adoptaron la lengua de los cananeos (aunque así se ha creído por muchos y se afirma comunemente en vista de la afinidad que ofrece el hebreo bíblico con el fenicio), sino que por el contrario los cananeos ó fenicios adoptaron la lengua de los hebreos en la Palestina, la cual así como revistió caracteres dialectales distintos en el pueblo hebreo y en el asirio, así también nos la presenta en el pueblo cananeo.

Un fondo común *aramaico* vino á dar el tipo fundamental inmediato de dichas lenguas, si bien disgregadas éstas, la preponderancia del elemento arameo continuó haciéndose sentir en unos idiomas ostensiblemente, mientras en otros por el contrario quedaba más ó menos oscurecido. De aquí los diversos grupos de idiomas llamados *semíticos*, de los cuales habremos de ocuparnos al tratar de la *clasificación de las lenguas*; y de aquí también las diversas fases de algunos de dichos idiomas, debidas en gran parte á influencias mutuas posteriores entre el elemento arameo que se conservó dentro de su tipo, y el elemento que dejó de serlo para evolucionar en los demás tipos lingüísticos de la familia. En este lugar basta á nuestro objeto decir que distinguidos el grupo *aramaico-asirio*, en el cual se comprenden, además del asirio, el caldeo y siríaco, y el grupo *hebraico-cananeo*, que abarca el fenicio y las varias fases hebraicas, presentanse como representación singularmente importante por el carácter de antigüedad literaria y por su significación filológica en ambos grupos, el *asirio* y el *hebreo*. He aquí las conclusiones que así respecto al asirio y á sus monumentos filológicos, como á la evolución lingüística hebraica, juzgamos oportuno presentar antes de descender á particularizar el hebraismo filológico:

1.º La lengua asiria, que puede decirse también *babílónica* ó *babílónico-asiria*, es conocida casi en su totalidad por la literatura monumental escrita en caracteres *cuneiformes*. Referencias á este género de escritura se han querido hallar en algunas indicaciones bíblicas (Dan. I, 4, donde alude á la enseñanza de *letras y lengua* de los caldeos), en Moisés de Corene (I, 16), que hablando de las memorias y conquistas de Semiramis en la Armenia, menciona un edificio sobre el cual «como en cera fueron trazados muchos caracteres;» en lo que dice Hamza de Ispahan sobre una biblioteca antiquísima en Seravieh escrita en caracteres los más extraños, de los cuales caracteres habla también como de escritura misteriosa, el obispo siro Yshudad Hadeth. No han faltado quienes, como Hoffmann, han creído descubrir alusiones á la escritura cuneiforme en los Salmos —74, 4-6— y en el Talmud babílónico (cf. *Orientalische Bibliograph.*), citándose también en el mismo sentido la obra de las Letras sagradas babílicas *Peri tón en Babilóni ierón grammatón* del pseudo Demócrito de Abdera. Otros datos aparecen en la colección de *Eptstolas* atribuidas á Temistocles (ep. 21), cuya autenticidad aunque generalmente combatida, defiéndela con argumentos aceptables Lenormant (Rev. *Archeol.* vol. XV); en Tucídides (IV, 50) que menciona una carta del *gran rey* traducida en Atenas de las «letras asirias», si bien no faltan quienes como Noeldeke (Hermes, vol. V) crean que las *letras asirias* no significan aquí escritura cuneiforme, sino *escritura aramea*, correspondiente á una carta escrita en arameo también; en Heródoto (IV, 87) que recuerda una columna de Dario I, cerca del Bósforo con una inscripción en «letras asirias» *grammata Assuria*; en las alusiones á las *letras asirias* de los monumentos de Ciro y Sardanápalo, que se encuentran generalmente en los escritos sobre Alejandro Magno; en el símil que el gran poeta persa Ferdusi emplea comparando unas rizadas trenzas de cabello á la envuelta *escritura babílónica*; y finalmente omitiendo otros datos análogos, en la explicación que Salomón ben Samuel hace de la palabra *lebhenah*, ladrillo, declarando en su Diccionario hebreo-persa (1339) que los ladrillos cubriáse antiguamente de signos en Babilonia mediante un sello especial, de los cuales ladrillos quedaban aún muestras en el palacio imperial.

Sin pretender que todos estos datos tengan una misma fuerza, ni que supongan un claro conocimiento de la escritura cuneiforme, no puede dudarse de que en general á ella se refieren; probablemente, sin embargo, las noticias sobre las cunei-

formes en la antigüedad no han llegado á los escritores que las transmitieron sino mediante las cuneiformes persas y se refieren tan sólo á la escritura del período persa-babilónico.

2.º Si bien suele hablarse de *lengua cuneiforme*, esta denominación es totalmente impropia y sólo puede traducirse por *escritura cuneiforme* ó *lenguas de escritura cuneiforme*, porque esta forma de escribir es independiente de todo idioma, y de hecho ha servido para la expresión gráfica de lenguas de diversa familia. Las inscripciones *Aqueménidas* ofrecen tres lenguas diversas con unos mismos caracteres; la primera de tipo eranio, el persa; la tercera semítica, el asirio, y la segunda á la cual se le dió el nombre de *lengua escítica, médica* etc. ninguno de los cuales le conviene, es distinta de la tercera y de la primera. En escritura cuneiforme están además las inscripciones *elamíticas*, cuyo lenguaje no es ni el persa ni el asirio, y sólo guarda relaciones con el que acabamos de indicar de la segunda columna; las inscripciones que Lehmann quiere se denominen *caldeas*, descubiertas en la región de los *caldeos* (confundidos malamente por no pocos con los caldeos) en las orillas del lago de Van y región conocida por los asirios con el nombre de «reino de Urarti», cuya clasificación lingüística, si bien discutida, no permite confundirlas con la de idioma asirio; las *glosas*, ó traducciones de palabras asirias aisladas puestas en otras lenguas, bajo los mismos signos gráficos; el *glosario* de los Kashshi (que son los *Κασσιοι* según Oppert, y los *Κοσσαιοι* según Delitzsch) donde figuran en columnas al lado del texto asirio la traducción á la lengua de dichos Kashshi; la carta de Dushratta, jefe del país de *Mitanni* al Faraón Amenophis III, escrita en la lengua de aquél, pero en caracteres cuneiformes, y á este tenor otros datos que demuestran que la escritura cuneiforme era independiente de todo idioma determinado (1).

(1) Cual haya sido el origen de la escritura dicha *cuneiforme* (*cuneatae, inscriptiones*, por la forma de *cuña* que presentan los elementos componentes de cada signo de dicha escritura) es cosa no averiguada con certeza, si bien es muy verosímil y tenemos por seguro que en su conjunto es de base geroglífica, cualesquiera que sean las afirmaciones que se hagan en contrario. A sostenerlo así nos conducen los indicios innegables de una escritura ideográfica babilónico-asiria antiquísima, la existencia de una escritura *lineal* conservada en las inscripciones precursora de la *cuneiforme*, y en la cual la *cuña* está sustituida por la *línea*; estas líneas van frecuentemente dispuestas en formas casi geroglíficas, llamadas por esto

3.º La clasificación lingüística del asirio ha dado lugar, entre otras, á dos afirmaciones extremadas, una negando su parentesco semítico en los comienzos de los estudios de literatura asiria, y otra posterior elevando el asirio á la lengua tipo de la familia semítica en su representación más antigua, y haciendo de ella el *sánscrito* del semitismo.

Hasta el siglo XVIII prevalecía en la Persia entre otras creencias, la de que las cuneiformes que allí se encontraban eran signos gráficos de un lenguaje misterioso y esotérico conocido en la antigüedad por los iniciados en los secretos de las

mismo ejemplares de escritura *pictórica* ó *semipictórica*, y además la existencia de monumentos asirio-babilónicos que de no ser propiamente geroglíficos como quieren no pocos, son en todo caso indudable testimonio de orígenes geroglíficos. Las listas paralelas de cuneiformes y caracteres babilónicos arcaicos en las cuales Houghton (*Transactions of the society of biblical Archaeology*, v. VI) veía al lado de la transcripción cuneiforme la figura y geroglífico correspondiente, señalan cuando menos una translación gráfica de caracteres más próximos á la escritura *pictórica* que á la cuneiforme. Y decimos *cuando menos*, porque dado que á un solo signo cuneiforme corresponden varios de los *arcaicos* dichos, y que en el siglo VII a. J. C. al cual pertenecen aquellas inscripciones no es probable pudiesen reproducirse los caracteres gráficos primitivos, es verosímil que no se trate allí de explicar mediante cuneiformes el primer tipo de escritura babilónica (cf. Delitzsch *Die Entstehung des ältesten schriftsystems*), sino tan sólo de transcribir en forma reciente tablillas de escritura anticuada no primitiva, como se ve en otras listas babilónico-asirias, con signos antiguos y signos posteriores que aclaran los primeros. Ultimamente De Morgan en la expedición arqueológica á la Persia (*Rev. Archeol.*, 1901, a. Fossey), ha aportado muestras de escritura antiquísima que se ha calificado de geroglífica, pero que de no serlo, hace indudable su derivación iconográfica. Por lo demás, no existe todavía una colección completa de los signos de escritura babilonia y asiria para fijar sus grados evolutivos; lo que sí, puede establecerse es que entre la escritura *geroglífica* y *lineal pictórica* de una parte, y la *cuneiforme* de otra, no hay separación definible, como no puede precisarse el momento en que el sistema de la *cuña* hizo su aparición (cf. Teloni, *Lett. assira*. V, en Delitzsch, *Entstehung* etc. *Die babyl. Keilschrift im Altgem. u. ihre einzeln. Entwicklungstufen*). Un problema harto discutido importante en la reconstrucción de los signos primeros babilónicos es, si la dirección de la escritura ó mejor sus rasgos iban en sentido vertical ú horizontal. Lo primero es más probable, y con ello se explica sin dificultad las dos opuestas maneras en que aparece escrito el asirio; en los más antiguos monumentos caldeos la es-

artes mágicas. A principios del mismo siglo Th. Hyde negaba refiriéndose á las cuneiformes de Persépolis que fuesen verdadera escritura, y las reducía á simples figuras de ornamentación. Lichtenstein pretendió luego haber hallado palabras árabes sobre un ladrillo babilónico publicado por Hagger, y también aramaicas en el *kudurru* (piedra de deslinde en asirio) llamado de Michaux, lo cual no podía menos de ocasionar las más arbitrarias interpretaciones. El primero que pensó en que en las cuneiformes se hallase un sistema de escritura ideográfica fué E. Kaempfer á principios del mismo siglo XVIII, lo cual

critura va de *derecha á izquierda* en forma de columnas, pero de tal suerte que inclinando las tablillas hacia la izquierda, los caracteres aparecen en sentido horizontal y van entonces de *izquierda á derecha*, justamente como se encuentran escritos en su mayoría los documentos epigráficos asiro-babilónicos menos antiguos, á la manera que nosotros escribimos actualmente, y opuesta á la de los semitas. El cambio, pues, resulta así obra inconsciente de *comodidad*, ya que comenzando por colocar el material de escritura inclinado para trazar más fácilmente algunos caracteres, principiaron escribiendo en sentido horizontal lo que en teoría aun tenían como escritura vertical, acabando por olvidar del todo la antigua dirección para retener la nueva práctica y teóricamente también. (Sobre la importancia del origen de las cuneiformes, Delitzsch, *Die Entstehung* etc. *Die Wichtigkeit der Frage* etc. Sobre el conjunto de signos asiro-babilónicos, Delitzsch, *Assyrische Lesestücke*—2.^a edición—, y el *Tableau comparé des écritures babylonienne et assyr.*)

La escritura asiria pasó de los ideogramas (signos de ideas y de cosas) á los fonogramas (signos de sílabas) transformándose de la manera más conforme con la índole de la lengua. Al pasar tales signos á los semitas, empleáronse los *ideogramas* con el valor fonético que en su lengua correspondía á las ideas por ellos expresadas, y se convirtieron así en una especie de *fonogramas* traducidos en lenguaje semítico, á la manera que los guarismos verdaderos ideogramas de la numeración, reciben diverso valor fonético al pasar de uno á otro idioma. Cual fuese el pueblo introductor de las cuneiformes, enlázase con el problema de la existencia ó no existencia de una raza presemítica en las regiones del Tigris y del Eufrates de donde proviene el semitismo.

En cuanto á posibles afinidades de la escritura cuneiforme, se han aventurado muchas hipótesis, sin que merezcan gran fe algunas de ellas. William Jones, conviniendo en principio con lo que Vallancey asentaba en el siglo XVIII, trató de buscar semejanzas entre los caracteres rúnicos y los cuneiformes; Lacroze á quien sigue Lacouperie, establece un paralelismo gráfico chino-babilónico á la manera que ya en el siglo XVIII lo sostuvo Raspe, mientras Ebers se decide

confirmó y amplió en el último tercio del mismo siglo Niebuhr, descubriendo en las inscripciones *Aqueménides*, tres géneros ó clases de escritura, cosa que á fines de dicho siglo y en un mismo año (1798) ratificaban O. G. Tychsen y F. Münter. Este último sobre todo estableciendo que los tres géneros de escritos persopolitanos en las Aqueménides correspondían el primero á una lengua alfabética, el segundo á una lengua silábica y el tercero á otra en gran parte ideográfica, fijó los rumbos que en ulteriores investigaciones hubieron de seguirse hasta llegar al estado actual de la asiriología.

por un parentesco babilónico-egipcio en la escritura, lo cual dado el origen geroglífico de las cuneiformes, resulta muy aceptable. (V. sobre las relaciones de las cuneiformes con otras escrituras, *Les langues perdues* I, de Ménant; la *Geschichte d. Alten Morgenlandes* de Hommel, y la *Bericht ü. die Fortschritte der Assyriologie in d. Jahr.* 1886-93).

El carácter monumental epigráfico de la literatura asiria, la hace de singular valor histórico, una vez descifrada y ordenada. No existe un inventario numérico completo de las inscripciones cuneiformes, ni tampoco un inventario bibliográfico de las colecciones ya públicas ya privadas hechas de aquéllas. En cuanto á lo primero, Bezold en 1896 contaba 160.000 ejemplares cuneiformes á disposición de los asiriólogos (de los cuales son de carácter jurídico 50.000); pero de entonces acá ha crecido el número notablemente; sólo las expediciones americanas de la Universidad de Pensilvania á Nipur llevaban en 1900 presentados unos 56.000 ejemplares cuneiformes, y Hilprecht hacía ascender á fines del año último el número de documentos de Nipur, á unos 150.000.

Los territorios en que esta escritura puede considerarse como connaturalizada y de uso corriente son, entre otros menos significados, la Media (Ecbatana y monte Alvend), la Persia y el Elam (monumentos de Persépolis, Naksh-i-Rustem y Murghab, Behistan y Susa); el territorio de Van, la Babilonia y la Asiria, y en general las regiones que estuvieron bajo sus dominios, ó mediante los fenicios se pusieron en relación con aquellos imperios: el Egipto, Asia menor, Siria, Palestina, Chipre, etc. (Cf. B. Teloni, *Lettera assira*).

Los museos de primer orden que constituyen la *biblioteca* de literatura asiria son: el *British Museum*, el del *Louvre*, los de Berlín, de Guizeh, de Nueva York, de Filadelfia (Univ. de Pensilvania), y el Museo imperial de Constantinopla. Otros muchos existen ya privados ya públicos de menor importancia, de los cuales no es posible nos ocupemos (v. Bezold, *Kurzgefasster Ueberblick ü. d. babylon.-assyrische Litteratur*; además las descripciones peculiares de los diversos museos). Sobre las exploraciones asiro-babilónicas, Kaulen, *Assyrien und Babylonien nach d. neusten Entdeckungen*; Ménant,

En efecto la lengua del primer género en las cuneiformes de Persépolis, era el persa; la del segundo género era el idioma cuyo nombre y cuyas afinidades vienen discutiéndose sin llegar á una certeza completa, conocido ya por el calificativo de lengua *escítica* ya por el de lengua de los Medos ó *médica*, ya por el de *elamítica*, por sus afinidades con los dialectos de la región de los Elamitas. El tercer género está constituido por el *asirio*. El primero en descifrar las cuneiformes persepolitanas de la clase *primera*, el persa, fué G. F. Grotefend quien á pesar de sus muy escasos conocimientos orientales, pero llevado

Les langues perdues; Hommel, *Gesch. Babyloniens und Assyriens*, entre otros.—La mejor descripción-catálogo de monumentos asirios es hasta hoy la obra de Bezold, relativa al *British Museum, Catalogue of the cuneiform Tablets of the Konyunjik* etc.; y la más grande de las publicaciones asirias es la edición de la correspondencia que dicho Museo posee de Asarhaddon y Assurbanipal (siglo VII a. J. C.), trabajo de R. F. Harper, *Assyrian and Babylonian letters* etc.

En cuanto al movimiento asiriológico baste notar que A. J. Delatre en su Memoria sobre "los progresos de la asiriología", en el último *Congreso bibliográfico de París* (Compte Rendu, t. I) encuentra desde 1888 á 1898 cerca de unos trescientos autores europeos, americanos y hasta japoneses, que produjeron unas mil quinientas obras, sin contar artículos bibliográficos y artículos de periódicos; si bien es verdad que las obras capitales y hechas por asiriólogos de profesión son en número relativamente muy pequeño. La cantidad de escritos y de autores ha aumentado considerablemente en estos primeros años del siglo XX, siquiera buena parte de ellos se consagren más que á la asiriología, á las varias disciplinas por los asirios cultivadas.

Además de la comunicación probable hebraico-asiria en el uso de las cuneiformes, otra muy significativa vino á revelarnos la colección de documentos también cuneiformes contenidos en más de 300 tablillas halladas en Tell-el-Amarna, ó El-Amarna —bajo Egipto— las cuales provienen de archivos reales egipcios, y contienen extensa correspondencia diplomática entre los Faraones y los soberanos de Siria y Mesopotamia, con más curiosos datos administrativos de Canaán antes de la invasión de los Israelitas. Desde luego surgió el problema interesante de saber por qué en la correspondencia oficial del país de Canaán, en la Fenicia, en la Siria etc. se ha usado el lenguaje asirio y la escritura cuneiforme. Problema al cual unos han contestado admitiendo el asirio como lengua oriental común para la diplomacia y relaciones comerciales é internacionales; solución á primera vista viable, pero que tropieza con graves inconvenientes si se atiende á la extraordinaria complicación de la escritura asiria

de un instinto adivinador singular planteó su método de investigación (1802) el cual sin embargo del escepticismo general con que fué recibido, del que participaba también el ilustre De Sacy, dió por resultado que la mayor parte de lo descifrado por aquel procedimiento fué hallado posteriormente exacto. Rask, E. Burnouf, Ch. Lassen, Beer, continuaron la labor comenzada que fué completada por Rawlison (1846), dándose con sus trabajos por interpretados con seguridad los caracteres cuneiformes persas, siquiera las ulteriores investigaciones de Benfey, Oppert, y Spiegel, hayan venido á consolidar en su aparición la ciencia de las cuneiformes.

La segunda clase de cuneiformes de Persépolis alcanzó por el viajero Chardin (1711) su primera descripción conocida. Y puede decirse que desde Westergaard, á mediados del siglo XIX, hasta nuestros días, ha sido objeto preferente de los asiriólogos investigar el parentesco de esta segunda lengua de las Aqueménides, con varios nombres designada según queda dicho. Hincks, Oppert, Holtzmann, Lenormant, Spiegel, Sayce, Delatre, Weissbach y otros, hanse señalado en esta labor, cuyos éxitos no responden sin embargo á los esfuerzos realizados.

Contra lo que sucedió con la segunda lengua de las inscripciones trilingües de que nos ocupamos, la tercera lengua co-

para tales fines y á la dificultad de proporcionarse *escribas* diestros en ella, en las múltiples regiones de secundaria importancia donde aparece usada. Otros sostienen que el asirio estuvo en vigor desde los tiempos en que las dinastías primeras babilónicas ejercieron su hegemonía sobre los países del Mediterráneo, y que la lengua asiria vino á ser lenguaje vulgar en Canaán y demás regiones que en asirio se relacionaban con los Faraones. Esto si bien nos parece más probable, no puede sostenerse sino con algunas restricciones sobre el empleo vulgar de aquel idioma; porque en la correspondencia misma de El-Amarna se hace referencia á un intérprete por cuya mediación se entendieron el soberano de Egipto y el rey de Mitanni (carta 19 del v. V de la *Keilschriftliche Bibliothek* de Schrader); en algunas cartas de la Siria aparecen *glosas* de palabras cananeas para explicar palabras asirias, y á veces éstas son sustituidas por palabras usuales; de igual suerte encuéntrase en la misma colección de El-Amarna voces egipcias transcritas en caracteres cuneiformes. Todo ello inclina á creer que de haber sido el asirio lengua vulgar en los países mencionados, no excluyó totalmente el lenguaje que pudiéramos decir nativo de los mismos. (Sobre la coordinación de la colección de El-Amarna, v. Delatre —S. J.— en la *Rev. des quest. histor.* 1892-94-96; Hommel, *Die altisraelitische Ueberlieferung*, y Maspero en la *Hist. anc. des peuples* de l'Orient.)

rrespondiente a la dicha *tercera* clase de las inscripciones persepólitanas, fué desde el principio reconocida como idioma *asirio*; pero su clasificación entre las lenguas semíticas no se ha hecho sin contradicciones, las cuales fueron de provecho para el mejor estudio del punto que se debatía. Entre los partidarios primeros del semitismo del asirio aparecen Löwenstern, Hincks, De Sauley y otros, contra los cuales levantáronse no pocos eruditos, a cuya cabeza puede figurar el entonces célebre semitista F. Luzzato (1849), quien sostuvo el parentesco del asirio con el *sánscrito*. Consolidada más y más la doctrina opuesta a medida que se hacía detenido examen de las inscripciones estudiadas, surgieron diferencias sobre cuál ó cuáles fuesen las lenguas semíticas más aptas para explicar el asirio, y por lo mismo para fijar su propio carácter; y mientras unos recurrieron al árabe, al etiópico etc., otros buscaron con mejor suerte las afinidades babilónico-asirias (el asirio y el babilónico convienen gramatical y léxicamente con sólo variantes fonéticas) en el arameo y hebreo, que sin duda responden cumplidamente a los intentos de las comparaciones ensayadas, si bien el estado actual de los conocimientos asirios no permite que todos los problemas gramaticales y léxicos de dicho idioma aparezcan resueltos con entera claridad.

Común fué el origen de los pueblos asirio-babilónico y hebreo, y de un mismo territorio partieron unos y otros, según queda indicado; común manifiestamente el uso del arameo en las regiones del Tigris y Eufrates, donde tuvieron su cuna hebreos y asirios, y en Asiria y Babilonia se usaron inscripciones aramaicas é inscripciones bilingües arameo-asirias que han llegado a nosotros (cf. *Corpus inscrip. semitic.* II; Rawlinson, *Cuneiform. inscript. of West. Asia* III. Un contrato del siglo VII a. J. C. en escritura aramea, en el *Mus. Británico*, colecc. de Kujunjik, según Bruto Teloni, ob. cit.); comunes son al asirio y arameo no pocos nombres del tecnicismo científico, especialmente jurídico y astronómico, y del tecnicismo de artes é industrias, cuyo catálogo comparado va en continuo aumento (cf. Meissner, *Zeitschr. für Assyriologie* VIII); notorias por otra parte las influencias asirias en el arameo más antiguo, como el de las inscripciones Nerab y Senjirli, y la significación que alcanzan algunas inscripciones nabateas y palmisenas en orden al asirio, como hace ver Noeldeke, entre otros. Y todo ello unido al aspecto general de ambas formas de lenguaje y a las relaciones lingüísticas de los pueblos que los hablaron sin tropezar con grandes dificultades de interpretación, y sin que

las compenetraciones léxicas babilónico-hebraicas revelen no ya ingerencias de todo extrañas, pero ni aun mezclas distintas de las del tipo arameo común, cuya influencia por otra parte se revelaba bien en el hebreo antes de la captividad; todo ello, repetimos, hace hoy incuestionable el tipo semítico y parentesco arameo del idioma de Babilonia. Pero de esto a establecer que el asirio es la lengua típica más antigua del grupo arameo-hebraico, y hacerla el *sánscrito* de la familia semítica, hay no pequeña diferencia; de hecho la familia del semitismo conocido sobre todo en las formas arcaicas del arameo, habrá de ser la que proporcione la luz necesaria para alumbrar las oscuridades de la fonética y morfología asirias, para que nos sea dado ver el lugar en que haya de ser colocado aquel idioma dentro del semitismo ya estudiado y comparado.

Es un hecho digno de ser notado que en general los datos antiguos que llegaron a nosotros de la lengua de los asirios la presentan como idioma arameo, ó la suponen en afinidad próxima a esta familia. Diodoro (II, 3) atribuye a Semiramis letras *aramaicás* —Σύρια γράμματα—; Jenofonte refiere (Anab. VII, 5) que Ciro mandó una legación a Babilonia compuesta de hombres que sabían hablar arameo —συριστι ἐπισταμένους—; Beroso habla del *caldeo* de Babilonia que, como tal, es necesariamente *aramaico*. El mismo nos da la traducción del nombre del monstruo jefe del mundo primitivo *Omoroka*, llamado según dice en caldaico *Thalath* —Θαλάτθ—, nombre que el texto armeno de Eusebio interpreta Thagattham en caldeo (C. Müller, *Fragm. histor. graecor.* II), pero suponiendo legítima la lectura de *Thalath* que proponen algunos mudada en *Θανάτθ*, nos da desde luego un ejemplo de la lengua semítica a que Beroso se refiere. Otros testimonios ofrecen Arriano, que menciona el *asirio*, Esiquio Alejandrino, que reproduce algunas palabras de él, Amiano Marcelino, el cual habla de ciudades de la Siria que en su tiempo llevaban al par que el nombre griego, otro antiguo asirio —institutores veteres indiderunt—; todos los cuales hacen mención del *asirio* en sentido *semitico*, y mejor que semítico, arameo. Así entienden el asirio también Marco Tulio, Lucrecio, Estrabón, Plinio y Q. Curcio Rufo al referirse al lenguaje «asirio» introducido en las regiones romanas por los *caldeos* y en uso en las escuelas de artes ocultas y sectas correspondientes hasta la época imperial; de igual manera hubo de entenderlo indudablemente Focio cuando en su *Biblioteca* (ed. Bekker, I, escol.) dice que Jamblico aprendió la lengua *siriaca* y la *babilónica* —Σύραν τήν πάτριον γλώσσαν εἰδώς... καὶ

τὴν βαβυλωνίαν—; lenguaje babilónico que en tiempos de Jamblico no debía ser otra cosa que el arameo oriental en cuanto distinto del occidental, como ya con razón advirtió Gutschmid (*Kleine Schriften* II), pero que aun como arameo moderno venía sin solución de continuidad transmitiendo un nombre y una tradición común de otro arameo más antiguo. Y no es de echar en olvido á nuestro objeto el conocido pasaje del libro IV de los Reyes (XVIII, 26) donde Rabsaces, el enviado de Senaquerib á Jerusalén, es rogado por Eliacim, Sebna y Joah para que hable en arameo y no en hebreo, á fin de que el pueblo no se entere de su alocución —Preeamur, dice la Vulgata, ut loquaris nobis servis tuis Syriace; siquidem intelligimus hanc linguam: et non loquaris nobis Iudaice, audiente populo qui est super murum.— Es decir que el arameo era lengua vulgar en Babilonia y Asiria, de la cual suponen en Jerusalén desde luego conocedor al enviado de Senaquerib que comienza á hablar en lengua hebrea, por ser estudiada por los funcionarios asirios para sus legaciones oficiales; y al contrario, el arameo del embajador asirio resulta desconocido de la masa popular judaica, estudiada tan sólo para relaciones oficiales, por lo cual los tres hebreos mencionados necesitaron significarse como conocedores de aquel idioma. Ahora bien; por muy grande que supongamos la intrusión de elementos arameos extraños en el territorio asirio-babilónico, no es posible pensar en que esta invasión fuese tal que llegase á constituir el núcleo de la lengua popular asiria, de no ser los nuevos arameismos absolutamente conformes al tipo de la lengua en que se introducen, y que llegaran á dominar hasta el punto de merecer ser estudiado tal arameo-asirio por los funcionarios hebreos, de la misma manera que el hebreo era estudiado por los funcionarios asirios (1).

(1) No existen hoy criterios rigurosamente científicos que permitan fijar ni la época de las primeras inscripciones en asirio, ni la de la desaparición de este idioma. Como textos *precuneiformes* publicáronse varios en escritura asiria *lineal* á fines del siglo XIX (*Proceedings of the amer. oriental Society*, 1895 y *Americ. Journ. of Archeol.* 1888), cuya autenticidad puesta en duda por Ménant (*Les fausses antiq. de l'Assyrie et de la Chaldée*), es defendida últimamente por el mismo *Americ. Journ. of Arch.* (1901, art. de Barton). Como ejemplar antiquísimo del *semitismo*, la inscripción hallada últimamente en Susa por De Morgan, un documento real sobre administración cuya fecha, aunque se aventuran varias, no puede precisarse.—Sobre la duración del asirio como lengua hablada, si bien hay quienes como Ménant (*Les langues perdues* I) la hacen llegar

4.º Entre los problemas provocados por la asiriología, dos principalmente de orden glotológico se han discutido y se discuten en Filología comparada. Uno relativo á la lengua de la segunda columna de las inscripciones trilingües de los Aqueménides. Otro referente á la cuestión dicha «sumeriana» que incluye la del idioma *protosemitico*.

Como queda dicho, la primera columna de las inscripciones trilingües está redactada en persa antiguo, y la tercera en asirio. Para la de la segunda columna ya Rawlinson (*Journ. of the R. Asiat. Society*, XV) propuso el calificativo de la lengua *escítica*, el cual fué aceptado por muchos incluso Oppert, aunque luego haya mudado de dictamen juzgándola idioma de los *medos*. Pero el nombre de lengua *escítica*, aplicado por no pocos á las lenguas uralo-altaicas, ha sido denominación aplicada también á pueblos que hablaban lenguaje del tipo ario, y por lo mismo no es una denominación glotológica, sino simplemente geográfica que se dió antiguamente á los habitantes del Norte de Europa y del Asia sin distinción. Por esto, aun dado que el idioma de la segunda columna pueda reducirse al tipo uralo-altaico, sería siempre impropia la denominación é incapaz de definir el carácter de aquel lenguaje.

Para los que la designan como lengua *médica* la segunda columna de cuneiformes nos ofrecería un ejemplar del habla de Arbaces, Dejoces, Ciajares y de toda la dinastía meda, distinta del lenguaje de los Aqueménides. Fúndanse los seguidores de esta opinión en algunas inscripciones semejantes halladas en la antigua Media sin que las acompañen los textos asirio y persa, y en que las inscripciones en tres lenguas debieron representar las de los tres principales pueblos del imperio: la de los persas, la de los asirios y la de los medos, objeto de discusión.

Sobre esta controversia y sobre el parentesco uralo-altaico

hasta el sig. IV de nuestra era fundado en alusiones de Sinesio, no puede admitirse su existencia con carácter dialectal independiente ni aun en los comienzos de la Era cristiana, cuando aparecía ya como un arameo degenerado de su tipo, de igual forma que el hebreo.—Acerca de los testimonios de los escritores latinos sobre el asirio que hemos citado, v. Gutbrod en el *Zeitschrift für Assiriologie*, VI. Las relaciones judaico-asirias, según sostiene Winckler recientemente (*Alteorientalische Forsch.* I, 1902) fueron no sólo de lenguaje, sino también de forma de composición de documentos oficiales, y lo que es más, de empleo común de la escritura cuneiforme usada por los judíos en tiempo de Isafas.

que se atribuye al idioma controvertido de la segunda columna, pueden aún hoy repetirse las apreciaciones de Spiegel (*Eransische Alterthumskunde* I); pues ni la lengua de que se trata aparece suficientemente descifrada para concluir una filiación ni un parentesco cierto, ni aun las lenguas con las cuales se intenta relacionarla, las altaicas, son en general bastante estudiadas por los que establecen la comparación, para que sus opiniones en este punto sean indiscutibles. La lengua en cuestión guarda sin embargo un paralelismo demostrado con las uralo-altaicas, que es el revestir carácter aglutinante como ellas. La lengua de los medos, tal como nos la presenta la antigüedad griega, dista mucho de ser la segunda de las cuneiformes.

Creemos verosímil y juzgamos probable que la segunda columna de las *Aquemenides* debe reducirse á un tipo lingüístico de transición semítico-aria en el cual se refleja por la composición y por su conjunto léxico la base aglutinante pre-semítica (del semítico-camítico, antes de su separación) con vocabulario mixto de elementos antiguos y posteriores, de afinidades eranas y de afinidades babilónicas, de contextura primitiva y de elaboración sucesiva. La lengua de la antigua Caldea, ni camítica, ni semítica ni aria, sino idioma rudimentario capaz de dar en contacto con otras variantes lingüísticas y en diversas regiones tipos diversos; análoga al egipcio que hubo de desarrollarse en suelo africano, al «sumérico» ó como quiera que se denomine el remoto elemento *presemítico* en tierra asiática; al susiano que enclavado en la Persia (en la Susiana confinando con la antigua Caldea), es considerado por algunos como el verdadero idioma de la segunda columna consabida. Después de Mordtmann (*Zeitschrift d. deutsch. morgenlaend. Gersellsch.* XXIV), se hace eco de esta última opinión Weisbach (*Die Achaemenidenschriften sweiter Art*), suponiendo que dicho idioma es un *susiano* no primitivo, relacionado sin duda con el persa y con el babilónico, por haber tomado de ellos muchos elementos, aunque sin estar orgánicamente emparentado con los mismos. Lénormant y Sayce créenle emparentado con el lenguaje *presemítico (acádico)*, que suponen de tipo turánico, y por lo mismo con parentesco directo con el asirio. Por su parte Caldwell, el autor de la gramática hoy clásica de las lenguas dravidianas (*A comparative Grammar of the Dravidian or South-Indian Family of languages*) no duda aproximar el idioma discutido á este grupo de lenguas, las cuales á su vez presentan analogías innegables con el tipo

uralo-altaico (singularmente con el turco y finés, á los cuales se comparó también la lengua de las cuneiformes), con el semítico y con el ario, en especial con el sánscrito, del cual las creyeron derivación no sólo los Panditos indios, sino doctos europeos como Carey y Wilkins, ilusionados por las semejanzas gramaticales y léxicas que realmente existen, y que sin duda arguyen, ya que no la pretendida derivación, un remoto común origen.

Vienen, pues, las diversas opiniones á coincidir en una general semejanza mediata ó inmediata de la lengua de la segunda inscripción de los Aquemenides con los tipos más señalados de la aglutinación y flexión, que no es en último término más que un grado superior aglutinante; con lo cual confirmase nuestro criterio acerca del carácter de suyo indefinido de aquel idioma de transición, capaz de ser elevado á lenguaje flexivo con el desgaste y aproximación de elementos morfológicos, como de retener dentro del grado aglutinante las propiedades peculiares haciéndolas cada vez más estables y harmónicas sin inmutar el carácter aglutinativo.

Hemos hablado en el parágrafo precedente de una lengua *presemítica* y de la lengua «sumérica», lo cual nos lleva al segundo punto de los arriba señalados como de controversia entre los asiriólogos. Es innegable que ha existido un idioma *presemítico* en cuanto precedente necesario, y por otra parte demostrable, del *semitismo histórico*. Cual haya sido el carácter de esta lengua ha tratado de establecerse mediante los numerosos textos bilingües asirio-babilónicos que se conservan, y que ofrecen al lado de la redacción original, una traducción en el asirio *semitico* común. Partiendo del hecho de que los reyes de Babilonia y Ninive se denominaron á si mismos «reyes de Sumer y de Akkad» y fundados en otros indicios, han admitido los historiadores la existencia de una población primitiva de la región de Babilonia anterior á los asirios, cuya lengua de tipo aglutinante, habria de ser la que se nos ofrece en las mencionadas inscripciones bilingües como distinta del asirio, la cual se ha denominado por unos idioma *sumeriano*, por otros *akadiano* y por otros *protocaldeo, protosemitico* etc. Idioma que durante algún tiempo habria sido empleado simultáneamente con el asirio, para desaparecer luego quedando su uso reservado á los sacerdotes para el ejercicio del culto.

Pero admitida una dualidad étnica en Babilonia *sumerianos* y *akadianos*, resta el problema de si son los primeros ó los segundos pertenecientes á la raza *presemítica* aludida. Para

Oppert y otros el nombre «akkadiano» es sinónimo al de asirio, de suerte que aplicado á la lengua, asirio y akkadiano sería el idioma semítico de Asiria y Babilonia, la lengua de la tercer columna de las cuneiformes. Por esto mientras Hincks prefiere aquella denominación por él propuesta, Oppert adopta la de lenguaje «sumeriano», cuya gramática fué el primero en intentar rehacer (*Journ. asiatique*, ser. VII, t. I), si bien Rawlinson cree mejor llamarle *protocaldeo*, como calificativo menos expuesto á controversias. Contra todas estas afirmaciones está la escuela á cuya cabeza está J. Halévy quien sostiene como principio general, pues en particularidades ha cambiado muchas veces su sistema, que «Sumer» y «Akkad» equivalen geográficamente á Babilonia, de suerte que lo mismo la raza que la lengua dichas «akkadiana» ó «sumeriana» no son otra cosa que el lenguaje y estirpe babilónicos ya conocidos. El *sumeriano* pues, no representaría en las inscripciones bilingües asirias un idioma particular distinto del asirio semítico sino una diversa manera de escribirse éste, una suerte de escritura en la forma de transición entre el sistema ideográfico y el silábico; ó también, según otros, un sistema particular simplemente de escritura hierática (reservado para el orden sacerdotal) en frente á otra popular ó *demótica*. Por los que reconocen en el «sumeriano» una lengua que no es el asirio semítico, se coloca aquel lenguaje en el grupo aglutinante buscando su parentesco ya con el de la segunda columna de las Aqueménides, ya con las lenguas uralo-altaicas, ya finalmente con éstas y aquélla suponiéndolas á todas emparentadas en un centro común. Los que niegan su distinción del asirio, por el contrario, propónense hacer resaltar las diferencias léxicas, fonéticas y morfológicas que separan al llamado «sumeriano» del grupo uralo-altaico y de todo idioma que no sea el asirio reconocido con el cual lo identifican. Aunque la hipótesis «sumeriana» no puede por hoy convertirse en tesis, es solución que ofrece probabilidades no despreciables. Que antes de la llegada de los asirios y de su raza ha existido en Babilonia una civilización y cultura de donde probablemente haya salido la escritura cuneiforme; que los textos asirios mencionan una lengua *sumeriana* (*lishan Shumeri*), la cual pudiera ser la discutida de las inscripciones bilingües de que se trata; que al lado de las analogías léxicas y gramaticales con el asirio ofrece el llamado «sumeriano» caracteres peculiares no reducibles al asirio ni aún al tipo semítico; que en la escuela de Halévy no puede explicarse convenientemente la creación de un sistema gráfico *artificial*

cual sería el «sumeriano» diverso del usual babilónico-asirio para una misma lengua, mientras lo opuesto, ó sea que una misma escritura se utilice para expresar diversas lenguas, fué cosa corriente y es manifiesta en la escritura cuneiforme; todo ello garantiza las probabilidades de la existencia del «sumeriano» como lengua no idéntica al asirio, cualquiera que sea por otra parte la procedencia genealógica que se le atribuya (1). El parentesco uralo-altaico que se le ha asignado, juzgamos debe estimarse exagerado (y la gramática y lexicografía «sumerianas» nos abonan en este punto), de no referirse exclusivamente al paralelismo de la forma aglutinante, y á un enlace posible con un mismo tipo fundamental cuyas líneas generales puedan servir de norma comparativa. Reducida la lengua «sumeriana» á la segunda de las Aqueménides, habria de aplicarse á aquélla lo que hemos escrito de ésta; y por cuanto dicha segunda lengua es susceptible de ser comparada con el tipo dravídico y con el tipo ario no menos que con el altaico, tendríamos que, confirmando lo que acabamos de decir de su parentesco remoto con las lenguas uralo-altaicas, el «sumeriano» representaría una forma de transición aglutinante á las principales variantes lingüísticas de los tres grupos indicados, cuya base evolutiva es evidentemente en ellos una aglutinación rudimentaria, que en unos se estaciona en el mismo *grado* aglutinante común, y en otros llega al *grado aglutinante* llamado de flexión.

5.º La lengua babilónico-asiria, cuya significación en el

(1) En favor del «sumeriano» lengua, están entre otros modernos, Weissbach en su *Die sumerische frage*, que expone críticamente la opinión de Halévy; F. Delitzsch, quien después de declararse por el «sumeriano» lengua ha sostenido más tarde el «sumeriano» escritura, para volver últimamente al «sumeriano» lengua; y en especial Fritz Hommel, el cual admite como cosa indudable el «sumeriano» lengua con sus dos dialectos, y no dudó publicar en 1894 una *crestomatía* y gramática *sumerianas* para uso de los asiriólogos (*Sumerische Lesestücke*, con listas trilingües, silabarios, paradigmas, textos bilingües con análisis, y compendio gramatical).

Para el estudio de la lengua asiria es tratado gramatical que lleva grandes ventajas sobre los que le precedieron la *Assyrische Grammatik* de F. Delitzsch, así como su diccionario dispuesto por el orden de los demás semíticos *Assyrisches Handwörterbuch*, al cual sigue el de Muss-Arnolt, después de los cuales vieron ya la luz los *Suplementos á los diccionarios asirios* de Bruno Meissner, que á su vez piden ser completados por otros, á medida que adelanten las investigaciones literarias siriaco-babilónicas.

semitismo es innegable, representa una literatura muy amplia y dilatada donde todos los géneros literarios, excepción hecha del drama, de trabajos musicales y de algunas formas de poesía, aparecen más ó menos ampliamente cultivados. La literatura asiria, epigráfica y monumental, como nos es dado hoy estudiarla, ofrece ejemplares excelentes de orden científico (astronomía, matemáticas, ciencias sociales y jurídicas, estudios médicos, augurales, geográficos etc.), del género histórico y epistolar, y de poesía y hermenéutica gramatical y léxica. No nos es dado ocuparnos aquí de ese cuadro literario altamente interesante no menos por las enseñanzas que encierra que por las múltiples dificultades que fué menester superar para conseguir lo que en un principio dijérase pretensión vana y de todo punto irrealizable. Tan sólo hemos de mentar ciertos trabajos asirio-babilónicos que pudieran decirse filológico-gramaticales, al objeto de que nos ocupamos. Pueden dividirse dichos trabajos en *Notas bibliográficas* ó catálogos literarios *Vocabularios* elementales ó *Silabarios*, frecuentemente políglotas, y composiciones *lexicográficas* (1).

(1) No nos es posible ni hace á nuestro objeto descender á particularidades sobre la literatura asiria, siquiera sean éstas importantes é instructivas, en todos los géneros literarios indicados y en los demás cultivados por la civilización babilónico-asiria.—De la epopeya asiria son ejemplares ya conocidos el *Enuma elish* (así dicho de sus primeras palabras “cuando en lo alto”) sobre la *creación*, originariamente compuesto de siete cantos, señalado como poema la vez primera por J. Smith en 1875, y el poema de Gilgamesh, héroe tipo del Hércules helénico en unos casos, del de Sansón y del de Noé especialmente en muchos. El *Enuma elish* del cual provinieron las tradiciones conservadas por Beroso, ha sido y es por sus relaciones singulares con las narraciones del Génesis, objeto de estudios especiales. Mientras muchos asiriólogos han señalado *Enuma elish* como centro semítico de las doctrinas bíblicas sobre la creación, no han faltado quienes como H. Radau (*The creation story of Genesis*, 1900) acaba por negar, bien que no con fundamentos sólidos, que aquel poema sea originario del semitismo. Entre tanto la crítica y la Filología demuestran hoy que el fondo doctrinal del Génesis y de los textos cuneiformes suponen una base tradicional común desmejorada evidentemente en estos últimos, y que la *forma* de la narración bíblica superior en todo caso á la asiria, es independiente de ésta y en manera alguna derivación suya. Hacémonos en esto eco de las mismas conclusiones admitidas por la heterodoxia que ha comenzado por asentar que la enseñanza bíblica era un plagio de la de los asirios, con la misma lógica y verdad con que antes de los estudios

Al primer género de las composiciones enumeradas corresponden los llamados *carteles* que contienen el título de una ó más obras escritas en las cuneiformes, las copias y aun *extracciones* de documentos (en asirio *nuschu* ó *nischu*); otra categoría dentro del mismo género la constituyen las *aclaraciones* epigráficas expositivas de los trabajos escultóricos, y especie de memorandum para escultores y artífices; el tercer grupo de

asirios pretendía que la tradición de Beroso sobre el diluvio era un plagio de la Biblia. (Sobre bibliog. y datos del *Enuma elish*, véase Deltzsch, *Das babylonisch Welterschöpfungsepos*, Jensen, *Die Kosmologie d. Babyl. y Keilschriftliche Bibliothek*, t. VI. Traducciones más corrientes de dicho poema: las de J. Smith, Oppert y Lenormant. El texto con caracteres cuneiformes, en L. W. King, *Cuneiform texts* XIII, y el mismo autor para los últimos fragmentos descubiertos, *The seven tablets of creation*—1902—. Para el poema de Gilgamesh, á más de Smith, que comenzó sin acabar su interpretación en el *Caldean Account of Genesis*, Pinches, *Babylonian and oriental record* IV; Haupt, *Das babylonische y Nimrodepos Beitrage zur Assiriologie*, Jensen, l. cit. VI. Sobre el último fragmento descubierto de la misma epopeya por Meissner, v. Pinches, *Proceedings of the Soc. of biblical Archeology* (1903). El episodio del diluvio del Gilgamesh, está ligado con el del Génesis por frecuentes paralelismos. (Sobre las tradiciones todas del diluvio en la literatura asirio-babilónica, v. Schrader, *Die Keilinschriften und das Testament*—1902.—Acerca del fondo común de tradiciones semíticas, egipcias, persas é indias, Lenormant, *Les origines de l'histoire d'après la Bible*, por más que sus conclusiones sean por diversos conceptos impugnadas). Pero donde se revela un paralelismo muy singular es en la *poesía lírica* de asirios y babilonios comparada con la hebraica. El Psalterio bíblico está en sus líneas características, en su general argumento y disposición orgánica como reflejado en las inscripciones cuneiformes, singularmente en los denominados por algunos *Salmos penitenciales* asirios (cf. F. Martín, *Textes religieux assyriens et babyloniens*—Bibliot. de la escuela de Alt. estudios—, y Zimmern, *Babylontsche Busspsalmen*). Fácil hubiera sido aducir ejemplos claros de tales concordancias, que pueden verse, entre otros, en los autores citados, y fácil es también demostrar á la vista de ellos que en manera alguna los salmos hebraicos pueden descender del lirismo asirio en el grado de inferioridad que presentan respecto de aquéllos. A pesar de las múltiples hipótesis aventuradas en este punto y opuestas entre sí, es lo cierto que la verdadera causa concreta de las sorprendentes analogías indicadas, permanece hoy desconocida, y permanecerá sin duda mientras la cronología babilónico-asiria no permita fijar épocas con mayor precisión.

esta sección está formado por las series de *índices* de composiciones científicas y literarias, divididos á veces en párrafos, títulos de obras, nombres de autores y profesión de los mismos en algunos casos. Estas «notas bibliográficas» fueron consecuencia obligada de la constitución de los antiguos archivos asirio-babilónicos, cuya existencia mencionada por Diodoro de Sicilia, por Moisés de Corene y por los historiadores de la Persia, está hoy demostrada y reconocida, y aun pueden determinarse varios lugares donde se coleccionaron las producciones escritas, como Telloh, Nuffar etc. Por lo que hace á las obras literarias, dichas anotaciones fueron en gran parte debidas á los *escribas* babilónico-asirios, encargados de las *copias*, *abreviaciones*, *ediciones* que diríamos de un mismo trabajo, y redacción de los epígrafes respectivos.

Al segundo género referido pertenecen las *guías ortográficas* destinadas á explicar por medio de la transcripción á la escritura habitual cuneiforme, los signos arcaicos, ya fuesen geroglíficos, ó formas gráficas de ellos inmediatamente derivados. De ahí provienen las colecciones de caracteres de escritura antigua que se conservan, ya con la correspondiente interpretación gráfica posterior, ya sin ella, ya combinadas con ejercicios intercalados de lectura ó escritura, ya dispuestos sistemáticamente sin tales adiciones prácticas. Siguen en el mismo género los *vocabularios* ó *silabarios* asirio-babilónicos, especie de listas metódicas explicativas de las cuneiformes y de su valor, combinadas de diversas maneras. Distribuidos en varias clases dichos silabarios y adoptando la fórmula introducida por Delitzsch (S.^a silabario 1.º, S.^b silabario 2.º etc.), puede presentarse como ejemplo de silabario 1.º ó S.^a el siguiente:

<i>ri-i</i>	A	ta-al-lum
<i>ta-al</i>	id.	id.
<i>bi-i</i>	B	ka-a-shu
<i>ka-ash</i>	id.	id.

Las letras *A* y *B* del centro corresponden al signo cuneiforme; los dos nombres correspondientes á la cuneiforme *A* (*ri-i* y *ta-al*), que aparecen á la izquierda, indican que dicha cuneiforme tiene doble equivalencia fonética, según el lenguaje que se emplee; y el nombre *tallum* de la derecha es el propio de aquella cuneiforme. Lo mismo sucede con la equivalencia de *B*, que según las inscripciones de la izquierda, puede leerse *bi* y *kash*, y es conocida por el nombre de *kashu*, que figura á la derecha de la misma. Como ejemplo de silabario 2.º ó S.^b:

<i>e</i>	A	<i>bi-i-tu</i>
<i>ka-a</i> . . .	B	<i>ba-a-bu</i>
<i>gi-e</i> . . .	C	<i>ki-i-tu</i>

Lo cual no significa otra cosa que las dos pronunciaciones diversas correspondientes á los signos cuneiformes del centro representados por *A*, *B*, *C*; la pronunciación asiria es la de la columna derecha, y la *no semítica* ó por lo menos no asiria ordinaria, es expresada por la columna del lado izquierdo. Es decir que un mismo signo, *A* por ejemplo, es pronunciado en asirio *bitu*, y en la lengua paralela, *e*; y así en los demás casos. A estos silabarios de tres columnas siguen otros de cuatro y de cinco columnas, sobre los cuales la crítica trabaja aún para pronunciar su última palabra.

Las composiciones *lexicográficas* asirias que forman el tercer género de los trabajos mencionados, son como una continuación de los *Silabarios*, y estuvieron destinadas á la interpretación de formas gramaticales y de palabras, distribuyéndose muchas veces en grupos según el asunto literario, científico ó religioso del texto que aclaran. En estas composiciones léxicas las palabras ó ideogramas objeto de explicación no se ofrecen siempre en un mismo orden. Unas veces van ordenadas según las categorías de significaciones de una misma raíz, otras según el contraste ó la asociación de ideas que aquéllas provocan; en no pocos casos aparecen distribuidas las palabras por la semejanza gráfica de los signos respectivos, y con frecuencia distribúyense igualmente atendidas las afinidades de pronunciación y sonido.

Hay también vocabularios léxicos bilingües (en asirio común y en lenguaje *no semítico*), como los hay de sinónimos asirios, en los cuales la primera columna gráfica es aplicada por la segunda, y ésta por la tercera. La colección formada con los monumentos de *Kujunjik* ofrece gran número de ejemplares de esta sección de la literatura asiria. He aquí un ejemplar de la lexicografía bilingüe:

Iz. . . .	<i>ra-bu-u</i>
Mu. . . .	<i>ra-bu-u</i> (Eme. Sal)
Tur. . . .	<i>tsa-ach-rum</i>
Gi. . . .	<i>tsa-ach-rum</i> (Eme. Sal)

Es decir, que el ideograma *Iz* era leído en asirio *rabu* (grande) y que el ideograma *Mu* correspondía á *rabu* en el lenguaje *Eme. Sal* (transcripción fonética de un ideograma que designaba para los asirios lenguaje ó dialecto especial). Digase

lo mismo de los ideogramas *Tur* y *Gi* con respecto á *tsachrum* (pequeño).

En el grupo de que nos ocupamos pueden contarse las composiciones *gramaticales* asirias dispuestas con fines didácticos. Entre ellas está la serie denominada *ana ittishu*, compuesta por lo menos de siete tablas, aunque no estén hoy todas estudiadas por la asiriología. Las dos primeras tablas ofrecen con toda claridad en texto bilingüe (el «sumeriano» y el asirio) las formas de conjugación singular y plural de los tiempos en *Kal* con sufixos y sin ellos, nombres sin sufixos y con sufixos, formas nominales con preposición etc. etc., permitiendo adivinar todo un sistema comparativo de gramática. Sea un ejemplo:

KI. NI. TA.	<i>it-ti-shu</i> (con él, masc.)
KI. NE. NE. TA.	<i>it-ti-shu-nu</i> (con ellos, masc.)
KI. MU. TA.	<i>it-ti-ja</i> (conmigo)
KI. ME. TA.	<i>it-ti-ni</i> (con nosotros)
KI. ZU. TA.	<i>it-ti-ka</i> (contigo, masc.)
KI. ZU. NE. NE. TA.	<i>it-ti-ku-nu</i> (con vosotros, masc.)

La columna de la derecha al leer, es la traducción asiria de la escritura no asiria de la columna izquierda. De igual manera hallamos p. ej.

la fortaleza *kar. ka-ru*
 su fortaleza *kar. bi ka-ar-shu*
 fortaleza grande *kar. gu. la kar-gu-lu-u*. Y á este tenor aparecen otras muchas formas bilingües verbales y nominales.

Es necesario advertir aquí á fin de evitar posibles equivocaciones, que dada la condición y forma incompleta y de fragmentos en que llegan á nosotros los monumentos babilónico-asirios, se hace sumamente difícil precisar con exactitud el objeto directo de no pocas composiciones escritas que pudieron ser hechas con muy varios fines. De aquí los inconvenientes al determinar los géneros literarios y asignar á cada uno los documentos que en rigor le pertenezcan. Para obviar tales dificultades recurren los asiriólogos á una norma convencional discreta y prudente: consiste en estudiar directamente el contenido principal de los monumentos, prescindiendo de la forma y del fin que en cada uno de ellos se persigue, y asignarles la denominación que á aquel contenido corresponda. Así los textos que tienen por objeto asuntos religiosos, aunque hayan sido redactados con fin *histórico*, colócanse en la categoría de los monumentos *religiosos*; los de problemas matemáticos, aunque tengan fin *astronómico*, en la categoría de las *matemáticas*; los

de carácter gramatical, hayan sido redactados por maestros ó por discípulos, con fin didáctico, técnico ó simplemente mnemotécnico, por su razón gramatical pasan á figurar entre los estudios de gramática, y así sucesivamente. Y este es el sentido en que para no adelantar conclusiones que pudieran calificarse de aventuradas, hablamos en estos párrafos de los estudios filológicos asirios (1).

Refiriéndonos ahora al *hebreo*, la otra lengua que constituye centro semítico también, guardando paralelismo con el asirio, hemos de advertir: 1.º que dentro de la unidad del semitismo la relación particular del hebreo con el primitivo arameo, asirio y fenicio, hace que todas estas lenguas se reúnan bajo una razón común al constituir los grupos arameico, asirio-babilónico y hebraico-fenicio. 2.º que el carácter evolutivo de la lengua hebrea con anterioridad al siglo XV a. de J. C. es desconocido, y sólo por conjeturas y vestigios es dado aventurar ideas sobre el particular, así como las formas de desarrollo posterior no pueden sujetarse á cuadros definidos, debido á la naturaleza de los idiomas semíticos y á la falta de datos convenientes. 3.º que las variantes dialectales se revelan en todas las épocas de la literatura hebrea, ofreciéndose ya en el Pentateuco con el uso de ciertas denominaciones, y aun en el empleo de palabras que aparecen indistintamente con significación masculina ó femenina, y por su naturaleza están ordenadas á una sola significación. La transformación misma de *Abram* (*padre excelso*) en *Abraham*, no se interpreta sino por el árabe, que conserva con la significación de *numeroso* la segunda parte de dicha palabra: al componerse el Génesis no de-

(1) Análoga dificultad á la de las clasificaciones literarias déjase sentir en la data de las inscripciones y cronología asirio-babilónica. Se ha querido dividir la literatura de las cuneiformes en tres períodos: el de las inscripciones *sumerianas*, de las *neosumerianas* y de las *semíticas*; pero aparte de que sólo convendrían en las denominaciones de estos períodos los que admiten la lengua «sumeriana» de que hemos hablado atrás, no es posible determinar los confines literario-científicos de dichas épocas, ni el momento histórico en que aparecen los monumentos de cada una de ellas. Por lo cual como advierte Teloni (*Letter. assira*), convendrá limitarse á dividir todas las inscripciones en: 1.º *babilónicas* (..... á 1300 a. J. C.); 2.º *asirias* (de 1300 á 600); 3.º *caldeas* (de 600 á 539); 4.º *persas* y *greco-romanas* en los tiempos posteriores. Dentro de estas normas generales las datas concretas deben determinarse por las fechas mismas de las inscripciones y criterios extrínsecos auxiliares.

bía ya estar en uso toda vez que allí se apela á la perifrasis *multitud de naciones*, para explicarla. 4.º que estas y otras diferencias, como la que motivó el episodio del *schibolet* (Jueces, 12, 6) que los *efraimitas* pronunciaban *sibolet*, no bastan á constituir diversos dialectos, contra lo que algunos han creído infundadamente (Boettcher admite tres dialectos: *efraimita, judaico* y *simeónico*). 5.º que si bien el hebreo recibió el influjo de los idiomas próximos ó dialectos arriba mencionados á cuyo grupo pertenece, las modificaciones más marcadas son debidas al arameo; modificaciones que aparecen antes del destierro, son frecuentes en los escritores de la época del destierro, y mucho más después de él. La lengua de las colonias introducidas por los asirios en el territorio de Israel, era indudablemente aramea, lo cual contribuyó á la decadencia del idioma hebraico. Que la desaparición del hebreo como lengua viva tuviese precisamente lugar en tiempo de la captividad, es tan sólo afirmación de algunos rabinos y de los Talmudistas. 6.º que por los tiempos de Esdras el lenguaje hebraico es del todo aramaizante, y en los subsiguientes á Esdras el hebreo había desaparecido totalmente y quedaba como lengua muerta, consagrada á los libros del cánon tan sólo, para ser comentada y explicada por los Rabinos (1). 7.º que no obstante la imposibilidad de formar una clasificación exacta, puede aceptarse como de alguna aproximación la que distingue tres periodos: periodo *arcaico*, periodo *clásico* y periodo de *deca-*

(1) Un pasaje de Nehemías (8, 8) parece indicar que ya entonces el hebreo no era entendido fácilmente por el pueblo. Dícese en él que los sacerdotes y levitas "leyeron en el libro, en la ley de Dios *explicando* (m' phorach) y ayudando á la inteligencia, haciendo entender lo que se había leído." Si el verbo *phorach* se toma en el lugar y forma *pual* citados por *explicar, traducir*, se trataría ya claramente de una traducción caldea ó aramaica hecha por los intérpretes de la ley para que el pueblo la entendiese. Y que esta es la significación más probable, aparece desde luego por un pasaje de Esdras (4, 7 y 18) donde la misma palabra *phorach* significa evidentemente *traducir*; pues se trata de una carta en *araméo* (v. 7) enviada al rey *persa*, la cual, dice éste, "me ha sido *explicada*" (v. 18), esto es, *traducida*. Los que infundadamente creen que el hebreo subsistió en el pueblo hasta el tiempo de los Macabeos, piensan de la misma infundada manera que el texto de Nehemías debe traducirse, "leer distintamente, con claridad." El texto mismo de la Vulgata se opone á esta irregular interpretación, que en modo alguno tolera el original hebraico.

dencia. El primer periodo corresponde á la *edad mosaica*, la cual está caracterizada por el uso de palabras y giros arcaicos, como dejamos indicado refiriéndonos al Pentateuco. El segundo periodo que es la *edad de los Reyes*, abarca desde Samuel hasta los tiempos del cautiverio, y constituye la edad de oro de la literatura hebraica; en ella desaparecen las formas anticuadas, y la poesía y la prosa son admirablemente cultivadas, enriqueciéndose la lengua con rapidez. En el tercer periodo ó *edad del cautiverio*, el idioma hebraico desmerece, aumentan los arameismos y elementos extraños al hebreo puro, y vuelven los tiempos del arcaísmo primitivo, pero sin esperanzas de regeneración. 8.º que la *Filología hebrea* comienza, como sucede en las demás literaturas, con la desaparición del hebreo como lengua vulgar, y puede dividirse en los periodos siguientes: periodo *mischnico*, periodo *masorético* y periodo *gramatical*. Este puede dividirse á su vez en *gramatical rabínico, cristiano* y de *gramática comparada*.

El primer periodo se extiende desde las primeras exposiciones doctrinales, de las cuales aparecen vestigios en tiempos de Esdras, hasta la aparición del *masoretismo*, y le caracteriza, como en otro lugar dejamos indicado, su forma *tradicional*. Es periodo puramente *hermenéutico* y de comentarios (1). La

(1) Es de advertir que la historia filológica aparece entre los hebreos sólo por la línea del *rabinismo*, y no entre las demás sectas judías. Pueden dividirse éstas en tres grupos á nuestro objeto: *Samaritanos, caraitas* y *talmudistas*. Los primeros no admiten más que su *Pentateuco*, dicho samaritano, sin exposiciones ni comentarios, ni aun admiten el original de la *Ley* restaurado en los tiempos esdrinos. Los segundos reciben la Escritura y cánon judaico, pero sólo el *texto santo*, sin glosas ni interpretaciones. Los terceros que además de la *Ley escrita* admiten la *tradicional*, son los que nos ofrecen todo el acopio de materiales de que dispone la filología hebraica, con sus Targums y Talmud. En los primeros tienen la explicación de la Ley; en los segundos encuentran su legislación civil y religiosa, á la cual procuran ajustarse.

Por lo que hace á la clasificación de filología hebraica que presentamos, hemos de recordar lo que dejamos dicho respecto á los periodos de la lengua, que ni en ésta ni en aquélla los caracteres de transición aparecen bien definidos. Preiswerk (*Gram. hebraique*) distingue tres periodos en los estudios hebraicos: el *talmúdico, masorético* y *gramatical*; la cual división no es aceptable por la vaguedad extremada en el último período, y por la restricción también extremada en el primero; pues mientras en el periodo *gramatical* se incluyen diversos aspectos que es necesario distinguir, en el *talmú-*

Mischna, los *Targums* (el Talmud jerosolimitano y el babilónico hablan ya de un *Targum* esdrino) y ambos *Talmud*, son los principales trabajos de esta época. La *Mischna*, como dejamos anotado, entra en la composición del *Talmud*, del cual hemos hablado igualmente. Fué consignada por escrito por el siglo II de nuestra era, en que vivió J. Ackedosch, si bien probablemente no fué aceptada de una manera fija y casi oficial hasta el siglo III, completada luego con las respectivas *Guemaras* de Jerusalén y babilónica, y más tarde llamada á formar ambos *Talmud* (1).

Los *Targums* son explicaciones doctrinales ó paráfrasis orales que resultaron de la lectura de los libros sagrados en la Sinagoga. El pueblo, en efecto, que no hablaba ya el hebreo verdadero, no estaba en condiciones de entender el hebreo del texto original leído en la Sinagoga; por consiguiente hacíase necesaria una explanación en la lengua vulgar. Esta lengua era el *arameo* judaico (también llamado *caldeo*) para los judíos del Asia, y el *griego* para los judíos de Egipto. La *Versión* dicha de los *Setenta*, de una significación histórica grande entre los trabajos filológico-hermenéuticos de la antigüedad judaica y cristiana, vino á tenerla extraordinaria para los judíos alejandrinos, como medio de entender los libros sagrados, y fué para ellos acontecimiento tan singular la aparición de la versión dicha, que según dice Filón, hubieron de establecer una fiesta anual para celebrarla (2).

Se excluyen algunos, como los que preceden á los Talmud, que debían incluirse. Cosa análoga acontece con la clasificación de Renán (*Hist. gen. des lang. semit.*), que comprende en un solo período hasta el siglo X, como si talmudismo, targumismo y masoretismo fuesen una misma cosa histórica y filológicamente.

(1) Contiene la *Mischna* seis partes, sesenta y tres libros, quinientos veinticuatro capítulos y cuatro mil ciento setenta párrafos, enumerados por Buxtorf, Leusden, Guarino etc., donde aparece todo el sistema legal y canónico de los judíos con innumerables asuntos y pormenores, como puede verse en los autores citados, y también en García Blanco (*Diqduq*, 3.^a p.) que resume el contenido de la *Mischna*.

(2) La *Versión de los Setenta* constituye el más antiguo monumento de la hermenéutica judaica. Si hubiéramos de dar crédito á la epístola de Aristeo, dicha versión debió su origen á la petición formulada por Ptolomeo Filadelfo al sumo sacerdote Eleazar, para que le enviase personas capaces de traducir al griego los libros sagrados, á fin de colocarlos en la biblioteca Alejandrina fundada por él. Enviados setenta y dos sabios judíos (seis de cada tribu), la tra-

Entre los judíos palestinos prevalecieron los *Targumim* escritos, ó sea las paráfrasis *aramaicás* indicadas (dichas caldeas), que constituyeron en cierto modo una continuación teórica del cuerpo de la Ley, á la manera que el Talmud era continuación en el orden práctico, para mejor cumplimiento de esa misma Ley y de todo aquello que en el orden ejecutivo les fue permitido, ordenado ó prohibido á los hebreos. Los *Targums*

según dicha carta, se efectuó en setenta y dos días. Esta leyenda la acepta también Filón en su *Vita Mosis* y Josefo Flavio en sus *Antiq. Jud.* El Talmud, Clemente Alejandrino, S. Ireneo y otros, añaden que dichos sabios permanecieron encerrados separadamente, é hicieron, sin embargo, la misma traducción. S. Jerónimo que admite la carta de Aristeo, desecha esto último como falso. Pero la misma carta de Aristeo, admitida hasta J. Vives y Escaligero, está reconocida por apócrifa.

Esto no obstante, existe en la tradición mencionada un fondo de verdad que se refiere á las siguientes indicaciones: a) que la versión griega del Pentateuco dicha de los Setenta (no comprende más que los cinco libros de la Ley), se ha hecho en el siglo III a. J. C. en tiempos de T. Filadelfo, y es la primera que se hizo; b) que la tradición dicha parece exacta en cuanto indica un trabajo colectivo, pues de tratarse de labor unipersonal, el nombre del autor sería conocido y celebrado, y la leyenda tomaría forma diversa; c) que la versión fué hecha en Egipto, y con el fin no secundario de satisfacer la necesidad religiosa de los judíos alejandrinos que hablaban principalmente griego y no entendían el hebreo bíblico; de ello es confirmación la fiesta anual de los judíos establecida en conmemoración del acontecimiento, como dice Filón; d) que no es admisible fuesen de la Palestina los intérpretes, aunque lo dice así la tradición aludida tal vez como símbolo del respeto que los judíos alejandrinos conservaban á la metrópoli; y no es improbable, según la hipótesis de Boehl, Revel etc., que el nombre mismo de traducción de los *Setenta*, signifique más que otra cosa, la aprobación y autorización dada por los *Setenta* del Senadrín.

Considerada dicha versión como trabajo hermenéutico, si bien deja bastante que desear (aunque no faltaron quienes la creyeron inspirada), es menester tener en cuenta las circunstancias del estado general de los estudios gramaticales y léxicos, que se trataba de traducir de una lengua muerta y de la familia semítica á una lengua indo-europea, y que además los manuscritos hebreos que usaron para la traducción griega, estaban evidentemente escritos en caracteres *fenicios*, y desde luego carecían de vocales. Entre los cristianos la autoridad de los Setenta fué universal y estable; entre los judíos sólo fué puesta en duda con ocasión de sus controversias con los cristianos.

y los *Talmud* tienen una misma razón originaria, y obedecen á una común necesidad de los judíos, aunque con dos manifestaciones diversas, especulativa y práctica respectivamente.

Entre los *Targumim* el más antiguo, el de más autoridad, el más literal y sencillo, así como de mayor pureza del lenguaje y estilo, es el de Onkelos (1). Semejante al anterior en las condiciones enumeradas, aunque inferior en varias de ellas, es el Targum de Jonatán ben Uziel. Uno y otro corresponden al siglo I de la era cristiana (2). El Targum del Pseudo-Jonatán, pues falsamente se ha atribuido á Jonatán ben Uziel, además de ser muy posterior (corresponde al siglo VII ú VIII), es narración completamente parafrástica, con tradiciones y leyendas, de cierto valor histórico más bien que filológico-hermenéutico. Los Targumim dichos de los *Agiógrafos* (Targum de Job etc.; de los cinco *megiloth*; y de los Paralipómenos etc.), son de menor importancia literaria y crítica y todos ellos son posteriores al Talmud; suele también dársele el nombre de Targum de Jerusalem (3). Es de notar que si siempre han sido

(1) Háblase aquí de los Targumim escritos (Targum significa traducción, de *targem* traducir) y no de los orales, los cuales debieron existir ya desde el tiempo en que la lengua literal hebrea comenzó á no ser entendida por el pueblo, y fué necesario traducir al arameo hablado el texto leído en la Sinagoga. Hemos citado atrás dos pasajes (de Nehemías y Esdras) en que se alude á este Targum oral; y ambos Talmud, jerosolimitano y babilónico, mencionan claramente este género de traducciones, como práctica común de los rabinos antiguos. (Talmud Jerosol. *Meguilah*, cap. 4, explic. al cap. 8, Nehem.; ib. Talm. Bab. l. cit.)

La personalidad de Onkelos (*Onoma kalon?*) ha sido diversamente presentada, y la *Mischna* le hace prosélito; con todo han estimado su Targum los judíos, hasta hacerle objeto de una *masora*. El Targum de Onkelos se halla en las políglotas de Amberes, París, Londres, y en la Complutense.

(2) Llámase de los *Profetas* este Targum, porque abarca los profetas antiguos y posteriores, como dicen los judíos. El de Onkelos refiérese tan sólo al Pentateuco; y como éste, hállase aquél en las políglotas mencionadas, exceptuada la Complutense. La *paráfrasis de los Profetas* es elogiada grandemente por los rabinos, y citado su autor con elogio en el Talmud.

(3) Existe, sin embargo, otro Targum de Jerusalem sobre solo el Pentateuco como el de Onkelos; y aun se han citado contraponiéndolos, uno como Targum de Jerusalem y otro de Babilonia, si bien tiene superioridad muy grande el de Onkelos. El Targum de Jerusalem, desaliñado en la forma, mezclando hebraísmos y arameísmos,

tenidas en aprecio y alta estima las paráfrasis caldeas ó Targums por los judíos, no en todo las seguían ciegamente. Los rabinos más significados, entre ellos Aben-Ezra, David Quimh-jil, Maimónides etc., admitenlas unas veces, abandonánlas otras, y en no pocas versiones las critican y hacen notar sus equivocaciones y defectos.

Al lado de la literatura targúmica del judaísmo iba formándose una literatura hebrea cristiana, en la cual aparecen como cultivadores conspicuos Orígenes y San Jerónimo; y puede decirse que sobre estas dos colosales figuras de la exégesis del cristianismo, descansa la labor científica que durante la época de los Padres se ha ejecutado acerca de la Biblia (1).

palabras siriacas, persas, griegas y algunas latinas, puede decirse mejor colección de fragmentos parafrásticos, que paráfrasis; y algunos filólogos, entre ellos Schicard, júzgalo producción anónima de varios, á quienes recopiló un autor, cuyo nombre se ignora.

En general la falta de datos fijos, las dificultades de la lengua y del método, y las consiguientes deficiencias de la crítica (á pesar de trabajos tan serios como los de Hottinger, Ugolino, Leusden, Zanolino etc.), hacen harto difícil el cultivo de esta rama de la literatura hebrea, y de una exposición completa y exacta de todo lo que á ella se refiera; lo cual ocasiona en buena parte la falta de conformidad que se advierte en los autores que se ocupan de tales materias. Es posible hayan desaparecido Targums de importancia; y es sabido que algunos han sido hallados en fecha relativamente reciente, como el de los Paralipómenos descubierto en el siglo XVII por Boeck (publicado en el XVIII por Wilkins según otro manuscrito), y el Targum de Daniel escrito en persa, exceptuando las primeras palabras que son aramaicas, de que habla Munk (*Notice sur Saadia*), y que se conserva en la Biblioteca nacional de París.

(1) Entre los primeros cristianos, fuera de lo que pudiese conocerlo algun judío converso, el hebreo era generalmente ignorado; y entre los mismos Padres de la Iglesia nunca llegó á ser cultivado de una manera fija y regular. Orígenes y S. Jerónimo son reconocidos por todos como dignos representantes del hebraísmo cristiano en los primeros siglos. La *Exapla* de Orígenes ha sido la primera colosal sinopsis de versiones bíblicas y la primera *políglota* verdadera que se hizo. La *Tétrapla*, ó sinopsis menor con cuatro versiones, llegó á ser de grande uso en la Iglesia, así como fueron recibidas con general aplauso la *Octopla* y *Enéapla*, últimos perfeccionamientos del inmenso trabajo de la *Exapla*. La labor crítica de Orígenes, fundada en su propio saber, en el de los judíos y en el de los gramáticos alexandrinos, mientras por una parte respondía al continuo clamoreo de samaritanos y judíos, los cuales echaban en cara á los cristianos que no tenían la verdadera Escritura, porque sólo usaban la versión

Cerradas y terminadas las obras del *Talmud* aparece como formando período de transición al *masoretismo* la importante é históricamente trascendental obra de la Puntuación, la cual vino á completar y asegurar el trabajo tradicional que repre-

griega de los Setenta, ú otras hechas sobre ella, por otra, introducía no pequeña incertidumbre y confusión sobre el texto de los mismos *Setenta*, que era el más extendido y popular, y resultaba ahora en lugar secundario, cotejado con el original. La *Tétrapla* compuesta como indica su nombre de cuatro *versiones*, la de Aquila (gentil, cristiano y judío sucesivamente), la de Simaco (samaritano, judío, cristiano y últimamente ebionita), la de los Setenta, y la de Teodoción (judío y ebionita), ha sido la obra primera de Orígenes, pero no constituía verdadera biblia políglota, porque faltaba el *original*; defecto grande que subsanó en la *Exapla*. Destruída la Biblioteca de Cesarea por los persas ó por los árabes (antes del 600), donde se conservaban dichas obras, sólo nos quedaron algunos dispersos fragmentos, coleccionados por Moutfacon en París, reproducidos por Migue (*Patrolog. gr. t. XV-XV*), por Field en Oxford, y por Ceriani (fragmentos en siríaco) en Milán.

Por lo que hace á S. Jerónimo, su significación de intérprete eminente y su valer filológico crítico son universalmente reconocidos. En sus traducciones, sin embargo, se sobrepone el tradicionalismo rabínico á la acción personal, y á eso son principalmente debidas sus vacilaciones y algunas imperfecciones en la translación. Los conocimientos lingüísticos y críticos hebraicos tenían en él más de tradicionales que de científicos, porque en esa forma los había recibido de los rabinos y maestros judíos, de quienes aprendió el hebreo como él dice en varios lugares de sus obras, y cuya asistencia llegó á pagar á subido precio en alguna ocasión, según declara en el Pref. de Job. La condición de los tiempos que apenas hacían posible otro sistema de estudios lingüísticos, y la necesidad de aproximarse á la traducción admitida para no correr los riesgos de ser acusado de innovador y falsario como lo fué aún así S. Jerónimo, son circunstancias que han de tomarse en cuenta al juzgar sus traducciones. "Cave ne credas, dice Lamy (*Introd. in S. S. t. I*) en sentido análogo al en que nosotros hablamos, *versionem S. Hieronymi omnibus numeris absolutam esse. Sunt enim in ea multa que humanam produnt infirmitatem, quodipse Hieronymus agnovit dum in commentariis suis se ipsum plus semel castigavit (Comment in Is. XIX et passim)*. Sin embargo debe verse acerca de la elegancia de San Jerónimo á Ozanam (*Euvres t. II, La civiliz. etc.*) Refiriéndonos ahora á la significación filológica y literaria de la Escritura, basta recordar el número de sus incontables versiones, algunas de ellas hechas en idiomas sin literatura. El catolicismo y las Sociedades bíblicas del protestantismo preséntanla en todas las partes del mundo; y si éste puede aventajar á aquél en la difusión material de la Biblia, aquél le supe-

sentaban las escuelas *palestineses* (de Jabue Lidda, Cesarea, Tiberiades), y las *babilónicas* (de Sora, Pumbedita y Neardea).

La escritura hebraica es una de las derivaciones de la escritura *fenicia*, como la fenicia es á su vez derivación de la egip-

ta incomparablemente en el éxito doctrinal, que no sólo teológicamente sino también desde el punto de vista filológico y hermenéutico, ofrece en su sistema de traducciones y comentarios, garantías inmensamente mayores de verdad religiosa y científica. En este punto, aun mirado humanamente sistema y sistema, no cabe comparación alguna.

Pero el carácter verdaderamente filológico de los libros sagrados no está en las versiones modernas ó á lenguas vulgares, sino en las antiguas traducciones que suministran datos para la historia literaria, para la lingüística y para la crítica. Al lado de la *Biblia hebraica* (barbarismo latino de la Edad media, que ha dado significación femenina á un plural neutro —*libros, biblioteca*—), hallamos de una parte la versión de los *Setenta* y de otra el *Pentateuco samaritano*. El valor filológico de este último se refiere más al dialecto samaritano y forma antigua de escritura, que no á la lengua hebrea, pues del cotejo de variantes que hacen Leusden en su *Philologus hebraeo-mixtus*, Hottinger en su *Thesaurus philologico-criticus*, Morino, *Exercit. biblicae in utrumque pentat. samarit.*, Escaligero, R. Simón, etc., resultan diferencias de valor muy secundario, y con ventajas en favor del texto hebreo tal como se nos ofrece después de los tiempos esdrinos é interpretaciones masoréticas.

La versión de los Setenta con sus imperfecciones y deficiencias, con la mutabilidad de su texto por la ausencia de vocales en el original hebreo, y con las disputas mismas entre judíos y cristianos, fué centro de un movimiento crítico y filológico extraordinario, y quedó además como testimonio del antiguo estado general del texto hebraico cuando los judíos, en los comienzos de nuestra era, adoptaron definitivamente un texto exclusivo que sirvió de arquetipo para todos los manuscritos hebraicos que usaron en adelante. Sobre la versión de los Setenta están formadas las traducciones *coptas*, así la que existe en dialecto menfítico, como la escrita en dialecto tebano ó alto egipcio; varias traducciones *siriacas*, entre ellas la dicha *Filoxeniana*, y probablemente la *Peschitoh* "simple, pura", que es la más conocida; la traducción *etiópica*, dos cuando menos de las versiones *persas*, la traducción *armena* (exceptuado el libro de Daniel), la traducción *gótica* de Ulfilas, y varias traducciones *arabígas*, de las cuales unas fueron tomadas directamente del texto griego y otras mediante la versión *siriaca*. Con la aparición de algunas de estas versiones, como con la *gótica*, la *armena* y la *eslava* (antiguo búlgaro), comienza la formación del alfabeto y escritura de las regiones respectivas. Ulfilas la compuso para los visigodos sobre el rúnico y el alfabeto griego, S. Isaac y Mesrob dieron la de los arme-

cia, cuyo ideografismo (tipo *yerático*) supieron los fenicios convertir en sistema alfabético totalmente fonético. Por esta obra de conversión verdaderamente grande merecieron los fenicios ser considerados como inventores de la escritura, cuyo sistema

nios, y del griego sacó S. Cirilo la de los búlgaros. (Sobre las traducciones Glaire, *Introd. hist. critique* etc., y en general los tratadistas de Hermen. bíblica, como Lamy, Dankó, Unterkirchner, Reithmayr, Schneedorfer, Vigouroux, Cornely etc., especialmente el *Thesaurus philologico-criticus* de Hottinger, la *Philologia sacra* de Glass, el *Diqduq* t. 3.º, de G. Blanco, y aun Diestel, *Geschichte d. Alten Testam. in der christl. Kirche*).

De mayor trascendencia para las literaturas y lenguas neolatinas fué la edición *Vulgata*. Con ella se formó una nueva civilización y aparecieron nuevos derroteros literarios y científicos; ella vió nacer las lenguas vulgares que se disputaron el dominio de Europa, robusteció y dió vigor á las formas dialectales que constitufan el antiguo lenguaje usual del pueblo latino, enriqueció el vocabulario de los pueblos de Occidente, levantando con el ideal del cristianismo el grandioso edificio de la literatura universal de la Iglesia, y creando en los idiomas é infundiéndoles aquel peculiar espíritu que los hace aptos para llevar por doquiera la voz del Evangelio, y ser eco fiel de sus altos principios teológicos y filosóficos en la apología de la *buena nueva*. El genio de las tres grandes manifestaciones literarias de la antigüedad, vino á fundirse en la lengua eclesiástica, por modo maravilloso y singular; y los idiomas del simbolismo de Oriente, de la especulación filosófica de la Grecia, y del derecho y la legislación de Roma, diéronse la mano y juntos continuaron en estrecho consorcio al servicio del cristianismo, aportando cada uno proporcionalmente el rico caudal de sus voces, y recibiendo éstas al mismo tiempo peculiar sello y carácter al pasar al tesoro del lenguaje de la Iglesia.

Para apreciar el valor filológico de la *Vulgata* es menester tener presente: 1.º que desde los primeros tiempos del cristianismo existió una versión latina de la Escritura, pues si bien el griego fué lengua eclesiástica en Roma en tiempo de los Apóstoles y sus primeros sucesores, no fué lengua popular, y para el pueblo era necesario el texto latino. La existencia de dicha versión latina está demostrada, contra algunos críticos del protestantismo, de una manera tradicional é histórica; y que no ya una sino muchas existieron antes de San Jerónimo (contra lo que juzga Wiseman y otros) es también cosa averiguada, como sostiene Ziegler (*Die lateinischen Uebersetzungen vor Hieronimus* etc.), quien demuestra que las palabras de San Agustín que dicen poderse contar las versiones del hebreo al griego, más no las del griego al latín (Die Doctr. Christ. 1. 2, 16) no se refieren á copias como se ha dicho, sino á verdaderas traducciones, según entiende también aquellas palabras nuestro S. Isidoro de Se-

propagándose luego, produjo las cinco estirpes: semítica, helénica, ibérica, germánica é india. Concretándonos á la estirpe semítica, puede formarse idea de su evolución, reduciendo su escritura á dos tipos principales: el tipo *arcaico* representado

villa (Eccl. Off. 1, 12); 2.º que de estas versiones provenía la *Itala* (así llamada por ser hecha en Italia, si *itala* no aparece por error de copia, como pretenden algunos, en lugar de *ussitata*), la cual, á pesar de sus muchos helenismos, fué reputada la mejor por S. Agustín, quien de Italia la introdujo en Africa, como superior á la que allí estaba en uso. La reconstrucción de la primitiva *itala* y de la versión *africana* han sido objeto de grandes trabajos filológicos y críticos, con los cuales se ha alcanzado mucha luz sobre las versiones anteriores á S. Jerónimo. Sabatier, Bianchini, Ranke, Tischendorf, Ziegler, Belsheim han puesto, entre otros, á contribución sus esfuerzos con éxito, acerca del punto mencionado. Edición crítica y filológicamente científica de dichas antiguas traducciones, no existe todavía; 3.º que las antiguas versiones latinas, no están redactadas en latín clásico ó *lengua noble*, sino en latín *plebeyo*, á que aluden los escritores romanos y del cual oportunamente nos ocuparemos, hablado por el pueblo de Roma y en muchas provincias del imperio. El cual latín de formas abreviadas, sin concordancias ó con ellas irregulares, con sus voces exóticas y sus modismos peculiares, abría el camino á los diversos dialectos romances que hubieron de constituir los idiomas vulgares de la misma familia. Como dentro del dialecto alejandrino formó la Biblia una variante especial, así dentro del latín hizo singular fusión de elementos diversos. Sobre la acción filológica y lingüística de la Biblia, puede verse el libro de Roensch con el expresivo título *Itala und Vulgata, das Sprachidiom der urchristlichen Itala und der Katholischen Vulgata unter Berücksichtigung der römischen Volkssprache*; el de Loch, *Materialien zu einer lateinischen Gramm. d. Vulgata*; el de Cavedoni, *Saggio della latinitá biblica dell' antica Vulgata Itala*, y el de Kaulen, *Handbuch zur Vulgata* etc. En la historia del latín eclesiástico ocupa la *Vulgata* no sólo lugar históricamente primario, sino también primario filológicamente. (Cf. Koffmann, *Geschichte des Kirchenlateins*); 4.º que la actual versión *Vulgata*, á pesar de la influencia benéfica de S. Jerónimo, no tiene más que perfección *relativa* sobre la antigua *Itálica*. Compuesta en parte de traducciones hechas del *hebreo*, otras del *griego* de los Setenta, otras conformes á la *antigua Itálica*, es la *Vulgata* unas veces traducción servil del texto, y de difícil inteligencia, mientras en más de una ocasión presenta el aspecto de una paráfrasis del original. Helenismos y hebraísmos, frases de correcta latinidad al lado de expresiones vulgares, giros de latín clásico con neologismos y formas poco recomendables, hállanse sin gran trabajo en la versión dicha. Esto hizo que algunos críticos llegasen á afirmar que la ver-

especialmente por la ya mencionada estela mohabita de Mesha (s. IX a. J. C.); y el tipo *sidonio* representado singularmente por la inscripción del sarcófago de Eshmunazar (s. VI a. J. C.) El tipo *arcaico* produjo el alfabeto hebreo-samaritano, que de

sión de S. Jerónimo se había perdido, sin reparar en la verdadera historia de la Vulgata, en lo que es propiamente de S. Jerónimo, y aun en las exigencias de tiempos y personas, así para el carácter de la versión como para su lenguaje. (Sobre el latín de S. Jerónimo, v. Paucker, *De latinitate B. Hieronimi, observationes ad nomenclaturam verborumque usum* etc.).

Esa mezcla de buenas y malas cualidades literarias de la Vulgata ha hecho que los críticos tomando uno ú otro extremo, la juzgasen de una manera más ó menos favorable. No por centenares, sino por miles se han contado las diferencias con el texto original en la Vulgata, y pasajes corregibles de ésta. (Para diversos testimonios, véanse, entre otros muchos, G. Blanco *Diqduq* 3.º, y Glaire en su trad. francesa de la *Santa Biblia*). Las múltiples correcciones de que la Vulgata fué objeto en distintos siglos, y las discusiones ocasionadas con motivo de ellas, prueban sobradamente que, por lo menos desde el punto de vista literario, no era la Vulgata un modelo de corrección, como no lo es todavía. Pero de eso á que deban legitimarse las declamaciones de ciertos filólogos y críticos que no ven sino defectos en dicha versión, hay no poca diferencia. Y comparablemente menos recomendables p. ej. nos parecen el ensayo de traducción literal bíblica de G. Blanco, los de Renán etc. con todas sus pretensiones de legitimidad hebraica, que la traducción de la Vulgata, y este habrá de ser sin duda el juicio de todo orientalista sensato.

Hanse ensayado varios sistemas filológicos de interpretación hebrea; todos los cuales, en lo que se han separado del método tradicional y del comparado, produjeron muy escasos frutos. El sistema *ideológico* de Neuman seguido por Loescher y otros, según el cual cada letra tiene una significación simbólica, y cada palabra tiene el valor significativo del conjunto simbólico de las letras, empleado para hallar así la correspondencia entre el significado de las raíces hebreas y el de la forma de sus signos componentes, no tiene seriedad ni fundamento científico alguno, ya porque el valor simbólico de las letras hebraicas es un mito convencional (ni aun hay entre sus partidarios unidad de parecer sobre la equivalencia significativa), ya porque aun supuesto aquél, sería completamente arbitrario y contra el buen sentido afirmar que las palabras resultasen artificialmente de aquellos símbolos combinados; mucho más cuando se trata de elementos gráficos independientes de la palabra, que es significativa en sí misma y antes de toda escritura; y más todavía, dado el cambio de significaciones en las palabras, que haría cambiar el valor de los signos cada vez que admitiesen nuevas acepciones con

escritura monumental, redujose á escritura uncial para ser trazada en los papiros. El tipo *sidonio* dió origen á la familia de los alfabetos aramaicos. En esta familia aparecen cuatro grados de derivación: aramaico primario (s. VI a J. C.), aramaico secundario (papiros de la época de los Lagidos), aramaico terciario, ó sea escritura palmirena (s. III a. J. C.), y hebraico cuadrado, representado por evolución sucesiva en monu-

el uso. Ya finalmente, porque las etimologías y traducciones hechas á este tenor, resultan lo más insubstancial é inconexo que puede imaginarse, como se ve en los ensayos hechos por los partidarios de dicha teoría, y cada uno puede comprobar cotejando el valor simbólico atribuido á las letras hebreas, con el real de las palabras en que entran, tomando algunas al azar del diccionario.

Lo mismo ha de decirse del sistema de Forster, según el cual, las palabras de una ó más letras semejantes, son también semejantes en la significación, y las raíces que se componen de letras de una misma categoría fonética, ó analogía de forma, tienen significación igual. La falsedad de este procedimiento, se prueba léxicamente con toda facilidad, y puede presentarse buen número de ejemplos, en que significaciones que se excluyen, aparecen en palabras fonéticamente comparables.

Otro camino, tan inseguro y tortuoso como los anteriores, se ha intentado abrir por el método de *comparación externa*, para hallar las equivalencias verdaderas de las raíces hebraicas. Según éste, que inició Avenario en el siglo XVI, las palabras hebreas de análogo *sonido* en las principales lenguas, han de tenerse por análogas en el *sentido*, descubriéndose siempre un fondo común de semejanzas. Es el sistema etimológico antiguo encaminado á descubrir reminiscencias hebreas por do quiera.

En España, García Blanco (*Diqduq —Análisis hermenéutico—*) y su compendiador Mateos Gago (*El Análisis filosófico etc. —Hermenéutica—*) con otros que les han seguido, reprodujeron en sus líneas generales los tres métodos dichos, como medio de traducir con facilidad la Biblia. En tres "claves", según dicen ellos, la del valor ideológico de las letras, la de la afinidad de las radicales, y la de las correspondencias que se encuentran, ó imaginan encontrar, del hebreo con palabras griegas, latinas, castellanas etc., formulan la labor hermenéutico-gramatical del hebraísta. Tales procedimientos que como recursos artificiales para recordar palabras de algún parecido, y medio mnemotécnico auxiliar del diccionario, pueden tener algún valor, son, dicho se está, científicamente nulos, y ocasionados á mil inexactitudes de pretender apreciarlos en otro sentido; inexactitudes que vendrían á resumir las falsedades doctrinales de las tres teorías antes mencionadas, de las cuales es trasunto la doctrina de G. Blanco.

mentos que corren desde el siglo primero de nuestra era hasta el siglo XI. Con el aramaico terciario guardan relación los alfabetos siríacos y árabes, á cuyo grupo pertenecen.

Según esto, los libros sagrados han pasado por diversas modificaciones en su escritura. El antiguo tipo hebreo-samaritano duró hasta el cautiverio, fué luego sustituido por el tipo aramaico, del cual por evoluciones sucesivas resultó el hebreo cuadrado del siglo XI. Tenemos, pues, un primer periodo durante el cual está en uso la escritura arcaica del hebreo, semejante á la fenicia, un segundo periodo durante el cual aparece la escritura aramea, pero esta se usa simultáneamente con la anterior, sustituyéndola paulatinamente; un tercer periodo en el cual la escritura aramea está exclusivamente en uso y va transformándose hasta presentar la forma que se dice hebrea cuadrada (1).

(1) El primero de estos periodos es anterior á la captividad, el tercero es posterior á J. C.; el segundo se halla entre ambos, sin que puedan definirse sus transformaciones. Entre los rabinos es común la afirmación de que Esdras introdujo la escritura cuadrada, y la Mischna afirma que la ley se dió en escritura *asiria*. Pero estas y otras afirmaciones análogas, que son de todo punto insostenibles y gratuitas, vienen entendidas convenientemente, á confirmar lo que dejamos dicho. La escritura aramea, en efecto, á la cual pertenece la *escritura cuadrada*, data de los tiempos de Esdras, en quien se resumen (considerado como personaje colectivo) el conjunto de tradiciones judaicas de la captividad; y la escritura *asiria*, no es otra que la misma escritura aramea que los judíos usaron desde el cautiverio. Por consiguiente la tradición judaica, de que se hace eco S. Jerónimo, es la exageración del hecho histórico que dió origen al cambio de la escritura primitiva hebrea. Al periodo de transición, puede referirse lo que afirma Buxtorf en su disert. *De hebraeorum litteris*, que los hebreos tuvieron dos distintas escrituras, una *sagrada* ó de la Ley, y otra profana, ó para los demás usos; porque de hecho esta doble escritura corresponde al segundo periodo mencionado. Pretender justificar con el Talmud, con Aben-Ezra, Maimónides, los Quimjies etc., como hace G. Blanco en su *Diqduq*, que las actuales letras hebreas son primitivas, es mostrarse tal vez más atrasado que ellos en punto á crítica literaria. Notemos aquí (y lo advierte también de Vogué —*Melang. d' Archeolog. orientale*—), que la escritura hebrea en contacto con la aramea, sufre las mismas graduales transformaciones que la lengua hebrea en contacto con el aramaico, como se ve por lo que dejamos dicho. Dada la verosimilitud que atrás hemos indicado de que los judíos hayan usado en su contacto con los asirios la escritura *cuneiforme* por algún tiempo, pudiera la *escritura asiria* de la Mischna interpretarse en sentido de reminiscen-

Ahora bien, durante los dos primeros periodos y parte del tercero, que comprenden toda la vida histórica del hebreo hasta terminar el Talmud, no se usaron en la escritura más que las letras del *alefato*, sin signo alguno de *vocales*, los cuales se suplían tradicionalmente en la lectura, como aun hoy hacen los rabinos en las Sinagogas leyendo el texto hebreo desprovisto de todo punto-vocal. Existía, pues, una *lectura afianzada ó recibida*, como dicen los antiguos, que conservaba la verdadera vocalización tradicional, y con ella el genuino sentido de la Ley, por cuya lectura exacta velaban los Karaim, como dice el Talmud (1). Verosímilmente la vocalización hebrea escrita no es anterior al siglo VI, y sus iniciadores tomaron el modelo en la vocalización siríaca, para fijar de una manera permanente el sentido del texto sagrado. En el Talmud no se mencionan los puntos vocales hebreos (2); muchos pasajes del Talmud presu-

cias de aquel sistema gráfico en el modo de escribir judaico, ó tratarse de alguna transcripción propiamente asiria —cuneiforme— de la Ley; pero esto ni es en sí probable, ni guarda conformidad con lo que se propone significar la Mischna.

Hemos de notar también que en la Edad media introdújose por los rabinos una forma de letra que por oposición á la *cuadrada*, fué llamada *redonda*, ó escritura de los rabinos. Un precepto del Talmud prohíbe usar en materias religiosas otra escritura que no sea la cuadrada.

(1) La pronunciación hebrea de S. Jerónimo (lectura judaica) es análoga á la que tenemos hoy, á juzgar por las palabras que transcribe del hebreo al latín. Muy al contrario acontece con la pronunciación de los *Setenta*, que unas veces parece egipcia, otras se aproxima á la griega, y en ocasiones no es una ni otra, como sucede cuando prescinden del valor de las *consonantes* al transcribir nombres propios. (Ejemp. *Sofonias* por *Tsphaniha*, *Sodoma* por *Sdom*, *Samouel* por *Schmucl*, *Yesous* por *Yechuaj* etc.) Esta pronunciación imperfecta en vocales y consonantes ha pasado de los *Setenta* á la Vulgata y de la Vulgata á nuestras traducciones vulgares, con lo cual pronunciamos hoy muchos nombres propios hebreos de una manera inexacta.

(2) Muchos rabinos y no pocos cristianos han tenido por verdad inconcusa la coetaneidad de los *puntos vocales* y de las consonantes hebreas; y han creído ver en ciertos pasajes del *Talmud* alusiones al sistema de vocalización, tomando como indicios de ello ya las referencias que se hacen allí á la manera de leer el texto sagrado solememente, con todas las inflexiones debidas, cual si gráficamente se representasen éstas (en las Sinagogas, como decimos arriba, siempre se leyó y lee sin vocales, y se guarda, sin embargo, lo que dice el Talmud); ya las indicaciones referentes á palabras ó frases

ponen una pronunciación diversa antiguamente de la que nos ofrece hoy la puntuación vocal; en los antiguos *Comentarios judaicos* (*Midrashim*), no aparece vestigio alguno de dicho sis-

mnemotécnicas, para ayudar á la memoria en la lección y exposición escrituraria, comparables á las "voces memoriales" de muchos gramáticos. Estos signos son los llamados en el Talmud *simanim*, que ni léxica ni históricamente significan "puntos vocales", sino simplemente "señales ó signos." No de otra manera se habla de la *masora* en varios lugares; pero de la *masora* en su significación obvia, ó sea como *tradición oral*, no en el sentido de masora escrita en que se tomó posteriormente aquel nombre.

En otra parte dejamos hecha alusión á esto mismo, notando las varias opiniones extremadas en la materia. Pero la discusión, en principio, vino á reducirse entre los gramáticos á si han de decirse las *vocales* hebraicas de la época *masorética* ó no. El libro citado de Elías Levita *Massoret hammassoret* lanzado al público contra la tradición de que la puntuación fuese anterior al masoretismo, en la época en que la crítica y exégesis de los textos originales constituía centro de controversia entre el protestantismo y catolicismo, no podía menos de producir sensación, pues del origen de la vocalización aludida dependía que fuese discutible ó no la lectura actual del texto hebreo, y si las variantes de las antiguas versiones habían de corregirse según el modelo del texto vocalizado, ó éste debiera tal vez ajustarse á las versiones antiguas. Si las vocales son masoréticas, cabe discutir el lugar que ocupan algunas en ciertos pasajes; siendo inseparables de las consonantes, el sentido y forma que tienen participarían de la autoridad de la Biblia y de la autenticidad de su sentido.

La traducción latina del libro de Elías Levita hecha por Sebastián Munster, puso en manos de todos sus doctrinas, y no tardaron aquellas ideas en tener seguidores. Entre éstos distinguióse L. Cappell, quien comenzó por dirigirse á Buxtorf, decidido adversario de la teoría de E. Levita, exponiendo los argumentos en que se apoyaba, y terminó por publicar su *Arcanum punctationis revelatum*, que era el resumen de sus razonamientos y de los de E. Levita. Al éxito obtenido por este trabajo, favoreció el silencio absoluto que guardó Buxtorf, de reputación general entonces entre los filólogos hebraístas, que al no contestar á los argumentos de su adversario, se interpretó reconocía su fuerza y validez. Contra Cappell escribió más tarde Buxtorf (hijo) el *Tractatus de Punctorum vocal. et accentuum origine*, cuando ya las nuevas ideas habían arraigado, y sin conseguir el resultado apetecido. Si alguna reacción pareció observarse en favor de las doctrinas sostenidas por los Buxtorf, fué con la aparición de obras tan notables como el *Philologus hebraeus* de Leusden, el *Thesaurus philologicus* de Hottinger, los trabajos de Robertson etc., para caer luego en el olvido en que yacen, y del cual no habrán de levantarse ya.

tema de vocales; el texto *samaritano*, no tiene *puntos*, y sin ellos se ha conservado y leído, como señal de integridad; los judíos en las Sinagogas leen el texto sin puntuación vocal, re-

Como ejemplo de textos invocados del Talmud por los partidarios de la teoría aludida, presentaremos el siguiente del babilónico, exponiendo un pasaje de Nehemías, citado en otro lugar. Tráelo Buxtorf, y tradúcelo G. Blanco (que ha querido restaurar en España la mismas doctrinas) de la siguiente incorrecta manera: "Qué es lo que está escrito? y leyeron..... (el texto de Nehemías). Y leyeron en el libro, en la ley del Señor, *esta escritura hebrea*; con explanación, *esto era Targum*; y poniendo cuidado, *esto las pausas*; luego entendieron la lectura, *esto las pausas de los acentos*; y decían de ello, *eso la masora*" (interpretación oral). El Talmud jerosolimitano dice casi literalmente lo mismo, y en ello fundan su argumentación los que, como G. Blanco, intentaron renovar las envejecidas tradiciones rabínicas sobre la antigüedad de las vocales. Como se deja ver claramente, no hay en las palabras citadas nada referente á los puntos vocales, sino simple alusión á la forma estudiada como se hacía la lectura. Si algo probasen, sería justamente lo contrario, porque no es necesario "leer con cuidado para conocer las pausas" donde hay signos que las representen, ni tiene gran mérito "entender la lectura con los acentos" donde éstos están escritos. Todo lo demás que se dice de la existencia de antiguos códices talmúdicos con puntos vocales, y de las afirmaciones de algunos rabinos (tomadas del *Philologus hebraeus* de Leusden, de las obras de Buxtorf etc.), no prueban en manera alguna la existencia de la vocalización al redactarse el Talmud.

Es de notar una coincidencia antitética entre dos partidarios de la *puntuación* primitiva, G. Blanco y Buxtorf; de éstos, el primero no duda afirmar que las dichas *vocales* por su *razonable nombre* y figura, y su *división en largas y breves* (Diquq, t. I), hay que tenerlas por mucho más antiguas que "los masoretas tiberienses." Buxtorf por el contrario, y más razonablemente en ello, reconoce que de los nombres de las mociones *partim hebraicis partim babilonicis*, no se concluye su antigüedad; si bien pretende que "a novitate nominorum non licere argumentari ad novitatem rei..... Potuerunt enim vetera nomina in oblivionem devenire..... aboleri mutari....." Después de este subterfugio, y en orden á la distinción de *largas y breves*, niégale *toda antigüedad*. "Distinctio haec vocalium..... non est hebraeorum sed grammaticorum christianorum qui hanc distinctionem invexerunt... (Tractat. de Punctorum vocal. et accent. origine, p. I). Por donde se ve la eficacia de las pruebas aducidas por García Blanco á los ojos del principal defensor de la doctrina que éste quiso con poca fortuna hacer revivir. Por lo demás nuestro hebraísta no aduce argumento, que pueda decirse tal, no presentado ya anteriormente, y refutado con solidez.

putando como *profano* el texto que la contenga; en las antiguas inscripciones semíticas faltan las *mociones* aludidas; los nombres de los puntos vocales no son de origen hebraico, sino siríaco, lo mismo que las de los acentos, cuyas denominaciones suponen un origen caldaico-siríaco, á la manera que la nomenclatura del *alefato*, arguye el influjo aramaico de los tiempos esdrínos; no pocos pasajes de S. Jerónimo demuestran que tuvo que valerse de manuscritos sin vocales (1); la puntuación

(1) El Talmud habla de *acentos de la ley*, pero como advierten algunos rabinos, en sentido propio, ó sea como *modulaciones orales*, que dice el R. Raschi ya citado. San Jerónimo emplea también la palabra *accentus* con relación á la interpretación hebraica, mas tampoco en sentido ortográfico como sería preciso para que probase la existencia de dicho signo. Hablando de la diversa significación de *hichah*, mujer, y de *yssah*, el toma, dice (in Genes. II, 23): "Theodotio aliam etymologiam suspicatus est, dicens —haec vocabitur *asumptio* quia de viro sumpta est—; potes quippe *issa* secundum *varietatem accentus* et *asumptio* intelligi." Por donde se ve que se trata de la entonación, no de signos ortográficos, los cuales no eran empleados. Baste como ejemplo lo que el mismo San Jerónimo (Epist. ad Damas. 125, q. 2), escribe con motivo de un pasaje del Exodo (XIII, 18), donde aparece la palabra *h^mmuchim*, la cual leída así significa *armados*, y leída con otras vocales, como pudiera hacerse, tendríamos *h^mmichim*, derivación de *hamech*, cinco. Aquila suponiendo en la palabra hebrea dicha la vocalización primera, traduce en el pasaje aludido, que "los hijos de Israel subieron de Egipto armados" (gr. *enoplisamenoi*); por el contrario los Setenta atribuyéndole la segunda vocalización, dicen que "subieron de Egipto en la quinta generación" (gr. *pentee guenea*). "Volumen hebraicum replico..... (dice S. Jerónimo) et ipsos *characteres* sollicitus attendens, scriptum reperio *vahamisim*. Omnis pugna de verbo *hamisim*, quod his litteris scribitur Het, Mem, Sin, Jod, Mem: utrum *quinque* an *munitas* sonet..... Aquilam ut in ceteris in hoc loco proprie translisse, omnis Judaea conclamat, et synagogarum consonant universa subsellia." Resulta pues que, como en tiempo de los Setenta, ni cuando escribió Aquila, ni cuando lo hizo S. Jerónimo, tenían otra norma de lectura que las consonantes y la tradición judaica. En la versión de los Setenta es frecuente ver como la falta de vocales y demás signos ocasionó inexactas interpretaciones. Por haber leído las consonantes d-b-r interponiéndole vocal e, leyeron *deber*, muerte, en un pasaje de Isaías, donde los masoretas colocando a, dicen *dabar*, *verbum*; y por leer las palabras *laken aniye* como *liknaani* en la frase hebrea *laken aniye hatstson*, traducen "en el país de Canaán", lo que la Vulgata tradujo "propter hoc, pauperes gregis." Y así sucesivamente.

misma que se usaba hasta el siglo V en la escritura siríaca, con ser sin duda alguna la de vocalización más arcaica, constaba únicamente de un sólo punto diacrítico, el cual se escribía, ora encima, ora debajo de las palabras; y todos los datos que nos suministra la antigüedad vienen, finalmente, á comprobar que el sistema actual de vocales es de origen relativamente moderno en el hebreo, y de formación gradual sucesiva (1). El *Codex Babylonicus Proph. Posteriorum* (public. por Strack, con introducc.) corresponde al 916 J. C., y cuenta sólo seis vocales: siete aparecen luego en el siglo siguiente, aunque sin la distinción y enumeración conveniente de *vocales largas y breves*; al siglo XII pertenece el catálogo de las cinco vocales *breves* en oposición á las cinco largas. Todo el sistema de *schewas*, *puntos diacríticos* etc., es de invención posterior, como las teorías de mutación de puntos, cosa que con tanta sencillez hubo de resolverse con los progresos de la fonética científica actual. Mas, cuando se dice que el alfabeto semítico es silábico ó que se ha formado sin letras vocales, y carecía como carece de los signos de dichas letras, se está muy lejos de significar que, no ya fonéticamente, sino también en el orden gramatical, estuviese desprovisto de todo vocalismo auxiliar y supletorio.

Existen tres sonidos fundamentales fisiológica y aun históricamente, de los cuales pueden hacerse derivar todos los demás,

(1) Queda ya indicado que muy probablemente los signos vocales no se emplearon al principio más que en los manuscritos del texto sagrado de uso privado; los rabinos se opusieron largo tiempo á que se introdujesen ni aún en esa forma, hasta que se vió la necesidad de fijar el sentido de sus libros de una manera permanente. La escuela de Tiberiades (s. VII-IX) sancionó ya la invasión, que pasó luego al uso general. En tanto había ido desarrollándose poco á poco el sistema, y continuó pasando de una forma más sencilla á otra más complicada, hasta que en el siglo XI queda del todo terminado. En los comienzos de dicho siglo ya el gramático R. Chaijug, habla de las siete vocales; pero poco después gran parte de los rabinos, por ensalzar la invención, no vacilaron atribuirle antigüedad fabulosa. (De conformidad, en general, con nuestras ideas v., entre otros, Eward, *Kritische Gramm.*, Renán, *Hist. gen. etc. des lang. sem.*, Preiswerk, *Gram. hebr., introd.*, Luzzato, *Prolegomeni*, Schnedermann, *Die Controverse des Lud. Cappellus mit den Buxtorf*, etc., Revel, *Letteratura hebraica*, los *Rudim. ling. hebr.* de Vosen y Kaulen —lib. eisagógicos—, con los principales tratados gramat. modernos. Y singularmente el trabajo de M. Schwab, *Des points-voyelles dans les langues semitiques*, así como la *Hist. de la ponctuation ou de la Massore chez les Syriens*).

y que desde luego sirvieron de base á teorías fonéticas de acentuación reconocida. Son estos sonidos *a-i-u*, y como de formación próxima intermedia pueden presentarse los de *e-o*; faltos de verdaderos signos vocales los hebreos, subsanaron esta deficiencia en cuanto á los sonidos primarios dichos, con las letras de su alfabeto homogéneas á los sonidos mencionados, que por ello á pesar de ser consonantes, se las denominaron letras semivocales. Así se representaba *a* por aleph, *i* por yod, *u* por vau. Los dos sonidos intermedios se indicaban por las anteriores también, pero guardando la analogía del sonido; así *e*, se representó por aleph y yod, *o* por aleph y vau, porque en efecto, *e* es sonido intermedio entre *a* é *i*, como *o* lo es entre *a* y *u*. Otra letra, la *he*, se usaba igualmente como vocal, pero tan sólo en fin de dicción, y podía indicar la *a* y los dos sonidos secundarios *e-o*. Estas letras que mnemotécnicamente se reúnen en la palabra *hehevi* (pereceré), cuando desempeñan oficio de vocales no se pronuncian, y pueden, si una razón gramatical no las exige, desaparecer en la palabra. De aquí la doble ortografía dicha *scriptio plena* cuando figuran aquellas letras en el texto, y *scriptio defectiva*, cuando se omiten. El predominio de una ú otra ortografía tiene significación filológica para poder mejor apreciar la antigüedad relativa de los textos; porque en los documentos antiguos mientras la lengua era hablada, prevalece la escritura defectuosa, al contrario de lo que sucede en los documentos posteriores que, una vez muerta la lengua, presentan la escritura *plena* para mejor garantía de su interpretación. Por lo demás con este sistema supletorio de vocales, estaban muy lejos de obviarse todos los inconvenientes de la lectura hebrea, para lo cual basta recordar el conjunto de signos que hoy son necesarios en el texto escrito con exactitud, advirtiendo además que las semi-vocales indicaban regularmente las vocales largas tan sólo (1).

(1) Llamaron los judíos á las letras mencionadas *himmot hamikrá*, ó sea *matres lectionis*, porque de ellas dependía la lectura, y porque, como dicen "las vocales son tan necesarias al texto, como el alma al cuerpo para la vida", "como la luz para ver", "como el ejército á su rey" etc. Las tres vocales *a i u* á que corresponden las *matres lectionis* han servido no sólo entre los semitas, sino también entre los arios de centro de sistema, cual se ve en los gramáticos indios. Bopp y Schleicher han creído hallar ahí el vocalismo primitivo indo-europeo, y el triángulo que nosotros decimos *orcheliano*, al cual hemos aludido atrás, está encerrado virtualmente en la clasificación semítica de las *tres madres* de lectura. Muy explícitamente

El sistema de *acentuación* no fué tampoco en su origen tan complicado como lo es actualmente, sino que ha ido gradualmente desarrollándose, merced al continuo trabajo gramatical y filológico, y al espíritu de análisis que animó á los judíos en

habla de ello el celebrado Jonás ben Ganahh (Abul Walid Merwan) en su trabajo gramatical "*Bisdlat at-takrib wal-tashit*" destinado al esclarecimiento de las *moções*; clasifica en él de *primitivas* las tres vocales *u, i, a*, y compara su movimiento á *los tres movimientos naturales* que hay en el mundo; el de la *u* lo equipara al movimiento que parte de un *centro*; el de la *i* es movimiento *centrípeto*, como el de la piedra lanzada al aire que cae por su peso; el de la *a* es movimiento de *rotación*. Teoría que expone también Abraham Balmis en su "Peculio de Abraham" — *Mique Abraham* — y otros después, y que incluye ya las declaraciones del sistema fonético posterior sobre este punto.

Es de notar que en árabe, á pesar de su riqueza, de su variada fonética y de su abundosa conjugación, que supera en mucho á la hebrea, no existen más que tres signos para sus cinco vocales: *fatha (a-e)*, *kesra (i)*, *damma (o-u)*. En siriaco también se emplearon antiguamente, como en hebreo, tres consonantes en acepción vocal, y eran las correspondientes en dicha lengua á las *madres de la lectura*; *olaph, uav, é iudh*. Desde el siglo IV aparece en siriaco el sistema de *puntos*, siquiera sea rudimentario. Un punto en la parte superior de una palabra, tenía la equivalencia de *a-o* y de los diptongos *ai-au*; en la parte inferior podía significar *e-i-u*. Desde el siglo VII los siros occidentales comenzaron á usar como vocales las cinco letras griegas *a, e, η, o, v*, en la forma uncial é inclinada que aun conservan en siriaco, mientras los siros orientales aparecen con el sistema de puntuación vocal completo. "Seriore tempore, concludit H. Gismondi, distinguido profesor nuestro en Roma, in usu fuit etiam methodus indicandi vocales indiscrimatim tum punctis tum graecis litteris." (*Linguae syriacae grammatica*).

El sistema de las *matres lectionis* ó de las letras *hehevi*, llevado á extremos inadmisibles, sirvió de base á la teoría de la *lectura sin puntos*. Preténdese en esta teoría que con sólo el alfabeto hebreo, sin los puntos vocales, puede y debe leerse dicho idioma; la escuela rabínica y tradicional sostiene que en el *alefato* no hay más que consonantes, sin vocal alguna; la escuela dicha *masclefiana* (siquiera Mascléf no fuese su inventor) pretende que existen allí letras consonantes y letras vocales, como son las llamadas *matres lectionis*: para los primeros, las *matres lectionis* son consonantes como todas las demás letras, aunque pueden ser empleadas alguna vez y lo fueron de hecho, en sentido vocal, por la semejanza de sonido; para la segunda, son siempre vocales, siempre se usaron como tales, y siempre debe leerse con ellas exclusivamente el texto. Toda otra vocalización, según esto, es supérflua y falsa. Mas aunque convienen en lo dicho los

la inquisición de los elementos más íntimos de su lenguaje primitivo. El conjunto de los acentos hebraicos comprendidos en la división general de *eufónicos* y *tónicos*, cuyas varias subdivisiones no hace á nuestro propósito recordar aquí, constituyen

partidarios de la extravagante teoría *expunctatorum*, difieren en sus apreciaciones más concretas. El holandés Boles, fundador de la escuela en el siglo XVI, afirma en su *Methodus discendi ling. hebraeam*, que son exclusivamente vocales las cuatro, *aleph, he, vau, yod*, equivalentes á las respectivas *a, e, u-o, i-y*; cuando se encuentren varias consonantes sin aparecer expresa alguna de dichas letras entre ellas, se suple constantemente la vocal *a*: así en *d-b-r*, suplido el *alef*, tenemos *d-a-b-a-r*, verbum; en *b-d-r*, resulta *b-a-d-a-r*, dispergere; en *b-r, b-a-r* hijo, etc. Masclef en su *Gramm. hebraica a punctis aliisque invent. massoret. libera*, juzga que no sólo son vocales las cuatro indicadas, sino también el *jeh* y el *jhain*, que añade al número de las de Boles; además enseña que no es el *alef*, la vocal que se ha de sobreentender siempre que haya concurso de consonantes, sino que ha de suplirse la vocal equivalente á la primera que tenga el nombre de la consonante: así en el ej. propuesto, *dabar*, se leerá *d-a-be-r*, porque el nombre de la consonante primera (*dalet*) exige *a*, y el de la segunda (*bet*) reclama *e* etc. Sharp y Hutchinson reprodujeron en Inglaterra substancialmente las mismas ideas, siendo en Francia la última expresión de ellas, la *Nouvelle Gramm. heb. raisonnée affranchie de la ponctuation* etc. de Verdier (vertida al latín por el rabino converso L. B. Drach, antiguo bibliotecario de Propag. Fide).

Como se ve, trátase en todo este artificial mecanismo de una exageración insostenible de todo punto, de la doctrina que niega el carácter privativo de la puntuación masorética; la cual exageración acaba por convertir la lectura de la Biblia en cosa arbitraria y convencional, según aparece en sus procedimientos indicados. Para apreciar la incertidumbre de interpretación en tal sistema, bastaría el primero de los ejemplos aducidos antes; con las letras *d-b-r* pueden resultar, según las vocales que se empleen *d-a-b-ar* (palabra), *d-a-b^b-er* (hablar), *d-o-b-e-r* (que habla, loquens), *d-u-b^b-a-r* (verba prolata sunt), y así sucesivamente. Es decir, que sin la vocalización propia, ó sin una tradición fija (como la masorética) ú otros medios extraños á las letras alfabéticas que nos garantice la interpretación, ésta sería insegura y sobremanera incierta para nosotros, á pesar de toda la crítica masclefiana.

Notemos aquí que las *matres lectionis* componen fonéticamente (literalmente falta el *aleph* que está sustituido por la *he* final) el *te-traganmaton inefable*, ó sea el nombre de Dios, *Jehovah* (*Jehveh*, como lee Arias Montano, ó *Jahveh* según muchos), el cual, además de no ser pronunciado nunca por los hebreos y aparecer siempre con puntuación extraordinaria, resulta por las letras que le com-

auxiliar poderoso de la legitima interpretación, y deben figurar como obra filológico-hermenéutica al lado del sistema de puntuación vocal.

Sucedo al periodo de *puntuación* el periodo masorético, que recoge el grande trabajo gramatical del precedente, pero que no continúa sus investigaciones; porque, como ya se ha advertido, y lo nota Renán (ob. cit.), la labor de los *masoretas* es más bien crítica que gramatical; y debiera haberse añadido que su criticismo es puramente tradicional. El nombre mismo de *Masora*, de conformidad con las definiciones que suelen darse de ella (1), hace ver que se trata de un tradicionalismo doctrinal;

ponen sin otra pronunciación que la de sus vocales, con cuyo sonido viene á identificarse el de las consonantes de aquel nombre. Tal vez en ese sentido dijo Josefo Flavio que las cuatro letras de *Jehovah* eran vocales: ταυτα δέ εστι φωνηεντα τέσσαρα. Testimonio que algunos masclefianos no han vacilado invocar en favor de su desacreditada teoría de las *matres lectionis* vocales.

(1) Defínela Buxtorf en su *Tiberias seu Comm. masoreticus*: "Massora est doctrina critica a priscis hebreorum sapientibus, circa textum sacrae Scripturae ingeniose inventa, qua versus, voces, litterae ejus numeratae, omnisque ipsarum varietas notata, et suis locis cum singulorum versuum recitatione indicata est, ut sic constans et genuina ejus lectio conservetur, et ab omni mutatione aut corruptione in aeternum perseveretur et valide praemuniatur". Divídese en *gran masora* constituida por el conjunto crítico y doctrinal de las exposiciones rabínicas sobre el texto sagrado, y *pequeña masora*, que son anotaciones cortas simbólicas ó críticas acerca de la inteligencia de los sagrados libros, en que van insertas. Dentro de esta división pueden hacerse muchas subdivisiones, respecto á la *masora de palabras, masora de letras, masora de versos, de libros* etc., *masora inicial* y *masora final*. La pequeña *masora* va puesta en las biblias, y los volúmenes de la *gran masora* pueden á veces consultarse con fruto; de ella se han servido David Quimjih, Aben-Ezra y Elias Levita para sus mejores obras, como la han utilizado nuestros insignes Jiménez de Cisneros y Arias Montano para la *Políglota Complutense* y *plontiniana* respectivamente. Una extensión de la *Masora* es la *Cábala* en cuanto por ella y en virtud de la *doctrina recibida*, se inquiría el sentido recóndito de la Biblia. Varias son las divisiones que pueden hacerse de la *cábala*, y que se han hecho ya; como división fundamental es generalmente admitida la que trae Pico de Mirándola en sus *Tesis cabalísticas*, según la cual la *cábala* puede ser *especulativa* y *práctica*. Esta última, de aplicaciones en el orden práctico, es reconocida como supersticiosa y vana por los mismos rabinos; la *cábala especulativa*, exageración de lo que llamamos *sentido místico* en la Escritura y del sentido *acomodaticio*, di-

ya se derive de *masar* (tradidit) ya de *asar* (vinxit, nexuit) siempre representa la cadena de la tradición, y pudiera interpretarse por la *paradosis tón grammatikón* de que hablan los filólogos griegos. El trabajo de la *masora* en su período *verbal* lo mismo que en su período *escrito*, ha tenido por objeto conservar la integridad doctrinal del texto sagrado, y fijar su lec-

videla Reuclin (*Arithmetica sacra*) en cinco partes; pero puede reducirse á dos, *cábala real* y *cábala simbólica*. En la *cábala real* entra principalmente no lo que significan las palabras, sino la cosa significada por ellas, verificándose lo que acontece con nuestro sentido *místico*, si bien en extremos no aceptables. Así la significación *alegórica, anagógica y tropológica* que halla la hermenéutica cristiana en lo significado por la palabra *Jerusalem*, encontrábanlas igualmente y á cada paso los judíos en las páginas de la Biblia, por ejemplo en el *carro* de Ezequiel (cap. I), en el número de sus *ruedas*, en los *cuatro animales*, en el viento que venía del Norte etc., que todo tenía su sentido y explicación en la *cábala*.

La *cábala simbólica*, que tiene parte del sentido *acomodatio*, puede subdividirse en *cábala aritmética, geométrica y conmutativa*. En la *cábala aritmética* se toman en cuenta para hallar una significación determinada, el valor aritmético de las letras y la dimensión de las mismas, según que en el texto aparecen como mayúsculas ó no; p. ej. un *Aleph mayor* en la palabra *Hadam* designaría para la *cábala*, que el hombre es la obra mayor de la creación terrestre, y así sucesivamente. En la *cábala geométrica* dada la distribución de las letras, ordenadas en formas geométricas, ó combinadas entre sí, se intenta hallar una significación determinada. Son bien conocidos el *notáricon rabínico* cuya línea primera horizontal es A B R A C A D A B R A, para la invocación de la Trinidad en hebreo, y también en griego (como lo presenta Harduin); y el *árbol cabalístico Sephirot*, que mediante diez nombres ofrece innumerables combinaciones de varios órdenes de cosas.

En la *cábala conmutativa* se trastorna el orden de las letras de la palabra para hallar en ella otra significación, como cuando descomponemos un anagrama para hallar el verdadero nombre. Esto lo verificaban los cabalistas ya sin reglas fijas, como cuando de las letras con que se halla formulada una pregunta en la escritura formaban la respuesta, ya siguiendo la norma de contraponer mitad del alfabeto á la otra mitad, de modo que la primera mitad de las letras alfabéticas pudiera ser sustituida por las respectivas en orden de la segunda mitad. Con esta manera de sustituciones que creían se han usado en el antiguo testamento como una especie de *disciplina del arcano*, se proponían hallar el sentido verdadero del texto, oculto en forma de anagrama y arreglado á la acepción de las letras de medio alfabeto por las de la otra mitad. De la *Cábala* se han ocupado muchos de los escritores ya citados. (V. G. Blanco, *Diqduq* III).

tura y sentido tradicional. De aquí la inmensa labor, realizada con más afán que entendimiento, de la *masora* del *Canon*, de la *masora* de los *versos*, de la *masora* de *palabras*, de *letras*, de *mociones* etc., ya se tomen aisladamente ya formando grupos; las investigaciones, no pocas veces pueriles, sobre fenómenos gramaticales y ortográficos; sobre puntuaciones extraordinarias, letras mayúsculas, minúsculas suspendidas, inversas, y coronadas; número de todos los versos, de todas las palabras, de todas las letras de cada libro y de todos ellos, con las combinaciones especiales de muchas de dichas letras y palabras, y las particularidades literales que ofrece cada verso (1), el lugar y uso de las vocales, de los acentos, y de los signos ortográficos etc. Todo ello escudriñado con diligencia asombrosa, pero con espíritu servil y de estadística, que le hace labor de muy estéril abundancia. La mejor obra del masoretismo consiste en la revisión del texto sagrado y en la anotación que hacen sobre la legítima palabra y lección, con los conocidos signos *Qeri Ketiv*, ó sea asteriscos de los cuales el puesto al margen ó al pie constituye *Qeri* (léase), y el señalado sobre lo que ha de corregirse es el del *Ketib* (lo que está escrito); el total de estos signos asciende á 1.314, de los cuales 80 corresponden al Pentateuco.

Si hubiéramos de creer á los judíos, la *masora* habria de colocarse en el número de las obras literarias más notables del mundo, como maravilloso «cerco de la ley», según ellos la llaman. Mucho hay en esto de hipérbole y de fantasía; y si se tie-

(1) Por vía de ejemplo diremos que la *masora común de versos* cuenta en la Biblia, 23.206, distribuidos: Génesis 1.334 versos, Exodo 1.209, Levítico 859, Números 1.288, Deuteronomio 955. Total del *Pentateuco*, 5.845, Josué 659, Jueces 618, Samuel I y II 1.506, Reyes I y II 1.534, Isaías 1.295, Jeremías 1.365, Ezequiel 1.273, Profetas menores 1.060. Total de *Profetas* anteriores y posteriores 9.297. Salmos 2.527, Proverbios 915, Job 1.070, Cántico 117, Rut 85, Lamentaciones 154, Eclesiastes 222, Ester 166, Daniel 157, Esdras y Nehemías 688, Crónicas I y II 1.763. Total de *Agiógrafos* 7.904.

Si guen á este recuento las voces de los principales versos, y el número de letras que tienen; el número de versos que comienzan con una misma letra, el de los que comienzan con una misma palabra, el de los que tienen igual número de palabras y letras, el de los que encierran todas las letras del alfabeto, etc. etc. El lector advina fácilmente el laberinto á que conduce trabajo tan fatigoso como inútil. A este tenor puede juzgarse de las investigaciones análogas masoréticas.

ne en cuenta que sobre la fe de los masoretas, judíos y cristianos hicieron a una sus estudios sin más crítica que la del masoretismo, la cual era por más de un concepto defectuosa, debe decirse que la *masora* ha acarreado grave perjuicio a la buena filología y hermenéutica; si ha sido «cerco de la ley» fué más para estrecharla que para defenderla. Dentro de la *masora* ya en el siglo X estaban en oposición la escuela tiberiense representada por el código de Ben-Asher y la escuela babilónica que representa el de Ben-Neftali, cuyas diferencias en los respectivos códigos cuéntanse a centenares. Reducir la *masora* a su primitivo carácter, tan degenerado en la Edad Media, es obra que (por más que se haya intentado) difícilmente llegará a realizarse de una manera satisfactoria. Los trabajos de Baez, de Delitzsch, Sraek, Frensdorff etc. encaminados a restituir al texto masorético su primitivo carácter ofrecen a la crítica muchos puntos vulnerables.

Tomando sus principios en la *masora*, sucede a ésta en la literatura hebrea el *periodo gramatical* rabinico, en el cual entran como elementos filológicos las obras de comentaristas, lexicógrafos y gramáticos propiamente dichos. Después de algunos comentarios talmúdicos, cuya antigüedad y autores es objeto de controversia (1), y después de la decadencia de las escuelas judaicas de Oriente, la reacción literaria déjase sentir claramente en los comentaristas de los comienzos del siglo XI. R. Samuel Hophni, R. Isaac Arits presidente de la Academia de Córdoba, R. J. Aben Megas, R. Abraham ben Hhiyah y otros hebreos españoles, iniciaron el nuevo impulso rabinico-científico, continuado con mayor fuerza en el siglo XII por el ya citado Aben-Ezra, no menos célebre como gramático insigne que como comentarista de primer orden (2), por el talmudista Abraham

(1) Véanse acerca de los comentarios aludidos y sobre el movimiento general de la literatura judaica, las Bibliotecas rabinicas de Ugolino, Wolf, Bartelocci, Assemani y Rodríguez de Castro, este último con preferencia para los rabinos españoles. Allí encontraránse datos que no es posible ni necesario presentar aquí. Véanse asimismo a Buxtorf y a García Blanco sobre la materia.

(2) Sus comentarios fueron traducidos al latín, é impresos ya originales ya traducidos por J. Leusden en Utrech, Roberto Stephano en París, Daniel Romberg en Venecia, por el judío alemán R. Joseph en Nápoles, y por editor anónimo en Constantinopla. La primera traducción de los comentarios bíblicos de Aben-Ezra fué la de Conrado Pellicano; figuran éstos al lado de la paráfrasis de Onkelos en la estimación de los judíos, y en ediciones bíblicas.

ben Dior, y sobre todo por el insigne cordobés Maimónides, una de las más grandes figuras del rabinismo de la Edad Media, de los más enciclopédicos en sus conocimientos, y de los más serios en sus trabajos, como nota Escaligero (1). Siguen los cami-

(1) Entre las obras de varia índole de que es autor Maimónides, una ha adquirido singular renombre entre judíos y cristianos; la que lleva por título *Moreh Nebokim*, clave teológica y hermenéutica para la interpretación bíblica, para la inteligencia de sus varios sentidos y expresiones, y verdadero *directorio de los inseguros* en materias escriturarias. Este libro notable, condenado a la hoguera por los talmudistas franceses a causa de su doctrina independiente del talmudismo y tradiciones, fué respetado por los judíos de Oriente, y adquirió después universal estima en Occidente. Escrito en árabe, fué luego traducido al hebreo por Samuel ben Thibón, y más tarde y con menos exactitud hizo nueva versión hebrea por Judah Alcharici. Al latín tradujéronle, entre otros, Fr. Agustín Justiniani (si bien se duda de si es traducción propiamente suya, ó simple corrección de otra anónima), y mejor que él en fidelidad y estilo J. Buxtorf (hijo). Suele citarse dicho libro con distintos nombres, porque de varias maneras se ha traducido su título: Raimundo Martí en su *Pugio Fidei* le llama "Directorium neutrorum", Gesner en su *Bibliotheca*, "Directorium in Theologia", Pablo Burgense en su *Scrutinum scripturarum* y Alonso Espina, lo denominan "Directio perplexorum" y "Demonstrator errantium", Justiniani en la versión latina que publicó "Director dubitantium", y Buxtorf en la suya "Doctor perplexorum." De cualquier manera que se traduzca el *Moreh Nebokim* (el que guía a los que tienen dudas), ha de entenderse que no es una "guía de extraviados" ó una "guía de pecadores", como alguna vez se ha escrito, sino una guía, un "Directorio de inseguros" en la inteligencia de la Ley; no escrita para el vulgo, como dice el mismo Maimónides en la *Introducción* a dicho libro, ni para los que comienzan las especulaciones de la Escritura, sino para "el varón ejercitado y perito en nuestra ley" "concedor de la filosofía, y perfecto en vida y doctrina", que "por propio estudio entiende el sentido de las palabras equívocas, metafóricas y analógicas", pero por eso mismo se encuentra perplejo sobre si aceptar la interpretación recibida, ó desecharla siguiendo su propio criterio y lo que le dictan sus propias investigaciones. (Cf. la tr. de Buxtorf en el *The-saurus antiq. hebraicarum* de Ugolino).

Entre otras muchas obras (v. las *Bibliot.* atrás citadas, y entre nosotros R. de Castro *Bibliot.* sigl. XII), cuéntase una disertación sobre las lenguas *Hebrea* y *Arábiga*, en que era peritísimo (así como en el siro-caldaico, rabinico y griego), donde intenta demostrar la identidad de origen de ambas, y su conexión con el *siriaco*. (V. la disert. apolog. de Maimónides por Clavering en la ob. cit. de Ugolino, siquiera dicho trabajo no esté á cubierto de toda crítica).

nos de los grandes maestros citados, el celebrado R. Moseh ben Thibón, llamado por los suyos *abi hamajtikin* ó *padre de los traductores*, por sus grandes conocimientos en las lenguas hebreaica y arábica, y por los servicios que con sus traducciones numerosas prestó á la literatura judaica (1); los Quimjhies, que además de sus tratados gramaticales, han hecho elucubraciones doctrinales de gran mérito sobre los libros sagrados, y la tradición (2); el «padre de la ciencia» Moisés bar Nahhman, presidente á los dieciocho años de la Academia de Pumbedita, y de saber universal. En el siglo XIII, un discípulo del últimamente citado R. Jonah, notable comentador del Talmud, y su contemporáneo R. Joseph Caspi, quien extendió sus comenta-

(1) Es este Thibón el primer traductor al hebreo del *Directorio de inseguros* de Maimónides, de que hemos hablado. Tradujo asimismo (entre otras muchas obras que no hacen á nuestro objeto) el *Libro de las dicciones lógicas* que lleva el nombre de Mayres bar Maimónides (hijo único de éste); libro que Bartelocci creyó era un compendio de la *Lógica* de Maimónides, y Assemanni (*Bibliot. cit.*) hace ver es la misma obra, intitulada en un código *Higaion* (lógica), y en otro *Milot higaion* (Diccionos de la Lógica). Hizo también la traducción hebrea de la *Gramática* y del libro de *Raíces* que escribió en árabe Jonás ben Ganahh, de quien hemos hablado oportunamente (de la cual traducción según R. de Castro, consérvase un excelente código en caracteres rabínicos, en la *Bibliot. del Escorial*). Thibón tiene singular importancia en la historia de la literatura hebrea no sólo por la excelencia de sus traducciones, sino también porque con ellas divulgaba entre los judíos el saber griego, trasladando del árabe las principales obras de Filosofía, Jurisprudencia, Medicina etc., que había producido la ciencia helénica. Su carácter doctrinal independiente y ecléctico, vése claramente en las obras que elegía para traducir, y lo confirma la versión del consabido libro de Maimónides, anatematizado entonces por el judaísmo occidental. Al final de un código de la traducción hecha por Thibón, existente en la *bibliot. del Vaticano*, aparece la censura de algunos judíos españoles, dando permiso para leer el libro de Maimónides, á pesar de estar su doctrina fundada en la filosofía de los gentiles y no en el *Talmud ó en la Cábala*.

(2) V. la *Bibliot. orient.* de Bartelocci, la de Wolf y la de R. de Castro, donde se refieren las obras de José Quimjhie (padre), literato, gramático y poeta; las de R. Moisés (hijo mayor) gramático, intérprete y comentarista; y las de David Quimjhie (hijo segundo) el más notable de ellos como gramático y filólogo muy entendido. Alfonso de Zamora y Arias Montano no se han desdeñado traducir del rabino (en que están escritas) y añadir comentarios filológico-críticos de gran valor á los libros de los Quimjhies.

rios á Platón, Aristóteles, Aben-Ezra y Maimónides, así como, omitiendo otros muchos (1), el insigne talmudista, filósofo y comentador de la Cábala Moisés ben Schem Tob, que cierra en el siglo XIII el catálogo de los expositores rabínicos. En los siglos XIV y XV, el talmudista Judá ben Ascher, el «maestro universal» Isaac Chanpanton, los comentaristas de la Filosofía y de la Mischna Joseph ben Schem Tob y Abraham, descendientes del anteriormente citado Moisés ben Schem Tob, y, para no citar más, los dos Ihayyah (David ben Joseph y Joseph ben David), los cuales como talmudistas, y como gramático además el primero, hacen grande honor al saber rabínico del siglo XV, cuando desaparecían sus escuelas de la península ibérica, y entraban dispersos sus maestros en otras regiones de Europa y en el Oriente, perdiéndose definitivamente y mezclándose con el de otros pueblos, el ya degenerado organismo científico del judaísmo.

El movimiento *gramatical rabínico* corresponde al gran desarrollo de la exégesis que acabamos de indicar; los gramáticos que dejamos citados en la parte de texto mayor, prueban la verdad de nuestro aserto y nos excusan de entrar aquí en ulteriores declaraciones. Diremos pues resumiendo, que el estudio teórico de la Gramática hebrea no comenzó hasta el periodo rabínico de que nos ocupamos, bajo la influencia de la cultura científica y literaria de los árabes, por obra de judíos arabizantes, como Saadías Gaom, Menahem ben Saruq, ben Labrat etc. en los siglos IX y X. En el siglo XI compuso en Fez su *Gramática* R. Judah Chajiu, reorganizando el plan de los precedentes y sosteniendo el carácter *trilitero* de las raíces hebreas. El libro de Chajiu, atribuido por Buxtorf (*Bibliot. rabínica*) á Moisés Quinjhi, intitulase *Diqduq leson Qodesch* (Gramática de la lengua santa), y fué de influencia grande en los trabajos gramaticales subsiguientes. Citase en este *Diqduq* una gramática del célebre poeta cordobés Moisés Gikatilah, de que hacen también mención Aben-Ezra en sus «Balanzas» (*Mebze-*

(1) Entre ellos figuran R. Antolí, que además de expositor y gramático tradujo varias obras de Aristóteles, Porfirio, Alfarabi, Averroes y Maimónides; R. J. Mosca, que por mandado de Alfonso X tradujo del árabe el célebre libro «De la propiedad de las piedras» y R. Bejhai, apologista de Maimónides contra los judíos franceses.

Todos estos son comentadores españoles, y los citados arriba lo son también si se exceptúan los Yahyah que fueron portugueses. Los Quimjhies eran oriundos de España.

nim) y Abraham de Balmis ó Balmes en su Gramática, pero que no ha llegado á nosotros. Sobre todo es notable el catálogo de gramáticos que figuran en algunos ejemplares del libro de Chajiu, como el al que se refiere J. Morino en sus *Opuscula hebraeo-samaritica*. Los gramáticos judíos españoles que allí se citan son (1): Jonás ben Ganahh, con sus siete libros gramaticales, de los cuales el último es el «Libro de raíces»; Salomón ben Gabirol, con sus cuatrocientos dísticos gramaticales; Samuel Nagid con su gramática intitulada *Haochar* (ó de la riqueza); Moisés Cohén, que tradujo del árabe un tratado de los nombres; David Abdaliam, con su tratado de los acentos (*Melaquim* ó *Reyes*); Judah Bilham con sus opúsculos gramaticales; Isaac Jasos, con su tratado de declinaciones y conjugaciones; Levi ben Etelban, con su *Sepher hameptah* (*Libro de clave*); Aben-Ezra con sus ocho obras gramaticales, de las cuales quedan citadas las más importantes; Jacob ben Eliezer con su gramática *Sepher hachlon* (*Libro de la paz*); Salomón ben Abraham con su tratado de las Raíces (*Hachrachim*); los tres Quimjhies ya mencionados, con sus respectivos libros gramaticales (2); J. ben Caspi con sus «Cadenillas», ó exposición de

(1) Lleva por título el catálogo mencionado: *Tikaron asepharim hacher haberu hamediqdeqim bediqduq halachon hajaberi mizmon R. Yehudah Hyug bajal asepher jad hanah mechec chebaj mehot vechelochim chanah*. «Memoria de los libros de Gramática del idioma hebreo, que compusieron los gramáticos desde el tiempo de Judah Chajinh, autor del libro, hasta ahora, por espacio de setecientos y treinta años.»

(2) Los trabajos lingüísticos de los Quimjhies, cuya influencia se hizo sentir en los gramáticos posteriores, intituláanse: el de R. Joseph Quimjhi, *Sepher azikaron* (Libro de la memoria), que utilizaron luego su hijo David y R. Balmes para la composición de sus apreciables gramáticas (Wolf y J. Buxtorf, que no están conformes en sus respectivas *Bibliot. hebr.* y *Bibliot. rabin.* sobre las obras de J. Quimjhi, convienen en que es suyo el libro mencionado, como los críticos posteriores); el de Moisés Quimjhi, *Mahalak chebih hadajat* (Entrada ó introducción en los caminos de la ciencia); atribúyensele otras tres gramáticas más, intituladas *Phetah dbarai*, *Chekel tob* y *Sefer lithahbochet*, de las cuales habla Wolf (ob. cit.). Dichas tres gramáticas están inéditas; pero de la primera existen numerosas ediciones, siendo principales, la de París, año 5280 (de J. C. 1520); la de Mantua, 5326 (de J. C. 1566); dos de Venecia, y sobre todo las de Basilea con comentarios de Elías Levita en 5295 (de J. C. 1535), y de Leiden con notas de Const. L'Empereur, atrás mencionada. Los trabajos lingüísticos de David Quimjhi, denominanse *Miklol* (Per-

raíces; Moisés ben Annasi, autor de un *lexicon* de raíces hebreas; J. ben Zakut con su libro «Maestro de la lengua»; Samuel ben Benaste, S. ben Halevi, los Jehhia (José y R. Tam) con sus respectivas monografías lingüísticas, y David ben Jehhia con su gramática «Lengua de los eruditos»; Abraham de Balmis ó Balmes, con la suya intitulada «La hacienda de Abraham»; R. Joseph Zarka, con su «Maestro de las palabras». Finalmente figuran allí los gramáticos rabinos Samaria Akrata, R. Elisa ben Matathia y R. M. Benevento. Es de advertir, sin embargo que á varios de los enumerados le son atribuidas otras obras más que las que se mencionan en el anterior catálogo, y que no á todos los referidos escritores les corresponden los primeros lugares en la historia de la filología hebraica. Pero de ellos, ben Ganahh ó Abul-Walid, los Quimjhies y Aben-Ezra, bastan para honrar una literatura, y fueron suficientes sus esfuerzos (á los cuales se juntaron los de Chajiu y del rabino francés *Salomón Rashi* ó *Yarhji*, tan respetado por los judíos como talmudista y gramático notable), para levantar el hebraismo á las alturas á que se ha elevado cuando la decadencia de las escuelas de Oriente hacia presagiar el término de la historia literaria de los hijos de Israel.

En el siglo XVI, disueltas ya las escuelas rabínicas de España y Portugal, y con el movimiento del clasicismo, entraba

fección) y *Sepher acherachim* (Libro de raíces). Del *Miklol* se han hecho, entre otras, las ediciones de Gersón Soncinas en Constantinopla, de D. Bomberg en Venecia, con notas de Elías Levita, y en el mismo punto y con las anotaciones de éste, la de Cornelio Adelkind. Este último publicó también el *Sepher acherachim*, así como Daniel Bomberg, que añadió las anotaciones de Elías Levita. De las Gramáticas de David Quimjhi y Moisés, existe, al decir de R. de Castro (ob. cit.), un códice en el Escorial con ilustraciones de Alfonso de Zamora, que contiene las dos comenzando por la de Moisés. El *Miklol*, á más de haber sido traducido al latín por Conrado Pellicano y otros, fué extractado y compendiado en lengua latina por Rodolfo Bayn: *Compendium Miklol, hoc est absolutiss. Grammatices Davidis Chinihi nunc psimo editum* etc. Parisiis, 1554).

Se ha notado no sin fundamento que las dos obras de David Quimjhi, *Miklol* y *Libro de raíces*, están tomadas respectivamente de la gramática y *lexicon* compuestos en árabe por el ya mencionado Jonás ben Ganahh. Es observación de E. Pocock en su *Porta Moisis*, á la cual debe añadirse que, á su vez, los libros de Quimjhi, sirvieron de base á otros hebraístas, entre ellos a Sanctes Pagnini en su *Thesaurus linguae sanctae*, y para el *Lexicon* de Reuclin, que está calcado en los trabajos de aquél.

la filología hebraica en una nueva fase muy distinta de las anteriores por el lugar relativamente secundario que pasaba á ocupar al servicio de las escuelas cristianas, y por los nuevos derroteros que éstas y el renacimiento clásico le imponían. El dominicano Raimundo Martí y el franciscano Nicolás de Lyra que tanto se habían distinguido en el cultivo de la lengua hebraica en los tiempos medioevales, hubieron de hallar en esta época dignos émulos y continuadores de sus estudios al servicio casi siempre del cristianismo.

Como gramáticos hebraístas de este siglo corresponde citar, entre otros muchos, á Elías Levita, quien en su *Diqduq*, en su *Masoreth hammassoreth*, en su libro de *raices*, y demás obras suyas, demuestra (si bien según los antiguos y poco sistematizados procedimientos lingüísticos) resumir toda la erudición rabínica de los siglos anteriores. Fué judío converso y uno de los primeros impugnadores (pues el primero lo había sido Fr. Raimundo Martí) de la antigüedad *esdrina* de las *mociones hebraicas*, cuya aparición coloca en tiempo del *masoretismo*, lo cual le valió recriminaciones de los partidarios de la opuesta doctrina, hoy del todo abandonada. El *Diqduq* de Elías Levita traducido al latín por uno de los primeros hebraístas de Alemania, Sebastián Münster, sirvió de norma á gran parte de los gramáticos de su tiempo. Otro judío converso, Alfonso de Zamora, formado como Elías Levita en la escuela de Aben-Ezra y de los Quimjhies (sobre todo en el *Miklol* de David Quimjhi), redujo á compendio las exposiciones gramaticales de éstos en sus *Introductiones artis grammaticae hebraicae*, que revelan en su autor cierto ineficaz intento de abandonar las tortuosas y poco asequibles sendas de los que le habían precedido.

El primer cristiano que ha compuesto una Gramática hebraica, fué el escritor italiano Lauro Quirini, que publicó su *Introductio in linguam sanctam* en 1462, anterior por consiguiente bastantes años á la publicada por Pellicano, y cerca de medio siglo antes que la de Reuclin, que se han citado por algunos como los primeros tratados hebraicos hechos fuera del judaísmo (1).

(1) En su compendioso trabajo de *Letteratura hebraica* afirma Revel que fué el primer autor hebraista cristiano Conrado Pellicano (*De modo legendi et intelligendi hebraea*, 1503), y con mayor desacierto todavía atribuye Benfey la primacía á Reuclin (1506), en el citado libro *Geschichte* etc. Anteriores á estos trabajos pudieran decirse las *Introductiones Artis Gramm. hebr.* de Zamora insertas

Los tratados gramaticales de Isaac Levita (compuestos como el de Elías Levita y Zamora sobre el *Miklol* quimjhiano); de Martín Martínez Cantalapiedra, resumen didáctico el más perfecto de aquella centuria; de Fr. Luis de S. Francisco, quien en su *Globus canonum et arcanorum linguae sanctae*, procuró juntar la erudición de Elías Levita (bien que un tanto modificada) con el método de Cantalapiedra; las gramáticas de Cinqarbres, de Mateo Adriano, y sobreponiéndose á todas, la de Sanctes Pagnini, ya que no por su mérito intrínseco, por el ascendiente merecido que como hebraista alcanzó en Italia y fuera de ella el autor del *Thesaurus magnus*, lleva no pequeña parte en el movimiento hebraico del siglo XVI. Pero á quien corresponde lugar entre todos preeminente, quien pudiera decirse jefe de la filología hebraica dentro del cristianismo, es Juan Reuclin, el cual con sus *De rudimentis hebraicis* (Pfortrheim, 1506) facilitó los caminos de la lengua santa, creó la terminología técnica, y con su carácter de humanista afamado contribuyó poderosamente á asegurar los derechos de ciudadanía que el hebreo reclamaba en el campo de la ciencia y le correspondían en el de las letras humanas.

Si el renacimiento ha hecho sentir su acción en los estudios hebraicos, tal vez más que á éste, sea debido á la aparición del protestantismo y á las luchas consiguientes, el ascendiente de dicha lengua, y en especial la observación comparada de los dialectos semíticos que no tardaron en aparecer. En el estudio de los dialectos afines al hebreo distinguiéronse, entre otros, Sendel, Castell y Pocock en Inglaterra; Ludolf y Ottinger en Alemania; Arias Montano, Zamora, Juan Díaz Paterniano y otros muchos en España; S. Bochart en Francia; De Dieu en Holanda, etc.

Con esta índole de trabajos continuó en el siglo XVII el cultivo de la lengua hebraica, que en las *Institutiones sacrae linguae* etc. de Vicente Trilles, trasunto muy mejorado de Elías Levita y Sanctes Pagnini, en las *Institutiones in linguam sanctam hebraicam* de Blancucci, calcadas entre otros, en los dos autores mencionados, y en los trabajos filológicos de Juan Drusio, hace presagiar ventajosos cambios en el método gramatical. El *Thesaurus grammaticus* y *Epitome gramm. hebraeae* de Juan Buxtorf (padre), los escritos bien cimentados de

en la Complutense, pues si bien la Políglota acabó de publicarse más tarde, los estudios que aparecen en la misma comienzan en 1502, según queda indicado.

Jacobo Alting, la *Grammatica hebraea* de Erpenio, y aun las *Institutiones* de Bellarmino (ambas aparecen compensadas en ventajas y defectos), el mismo conocido y celebrado *Horologium hebraeum* de Schickard, con otras varias gramáticas hebreas que cierran el siglo XVII, están en su plan general, y salvo desproporciones de exposición y algunas de método, fuera del sistema esencialmente empírico de los siglos precedentes (1).

Los estudios comparados de que hemos hablado, tomaron cuerpo sistemático en el siglo XVIII, en el cual la escuela holandesa y las escuelas alemanas llevaron muy adentro y por el método que entonces privaba el análisis comparativo del tronco semítico. Danz, Schultens, Roberston y Schroeder, han tomado parte principal en este movimiento (2). Sobre todo Alber-

(1) Casi todos los mencionados conocían alguna de las lenguas afines al hebreo, y varios de ellos han escrito trabajos relativos á las mismas. Juan Drusio, á más de su *Alphabetum hebraicum vetus* y *De recta lectione ling. sanctae* trata *De particulis chaldaicis, syriacis, thaludicis et rabinicis*. Los Buxtorf, además de las gramáticas mencionadas, han dejado sus *Lexicon hebraicum et chaldaicum*, y *Lexicon chaldaicum et syriacum*, con las demás obras de universal erudición semítica; el primero J. Buxtorf fué digno sucesor en conocimientos lingüísticos y filológicos, del muy erudito Jorge Fabrici, su maestro, primer profesor de lenguas orientales en Westphalia y autor, entre otras muchas obras, de la *De rerum Mischnicarum libri septem*. Jacobo Alting escribió no sólo sus *Fundamenta punctationis linguae sanctae*, sino también su *Synopsis inst. chaldaeorum et syrarum*, como Jorge Othon compuso las *Synopsis del samaritano, rabinico, drabe, etiópico y persa*. Cosa análoga pudiera decirse del arabista Erpenio, de Schickard, y de todos los que en España y fuera de ella cultivaron en los siglos XVI y XVII las lenguas semíticas.

(2) J. A. Danz como filólogo y crítico ocupa lugar distinguido entre los hebraístas. Sus obras, "Sinopsis del intérprete hebreo-caldeo", "Gramática hebreo-caldea", el "Rabinismus enucleatus" y el "Aditus Syriae reclusus" para conocer las lenguas siríaca, antioqueña ó maronita, bastan para acreditarle. Alberto Schultens ha publicado las *Instit. ad fundamenta linguae hebrae, Vetus et regia via hebraizandi*, y demás que dejamos indicado en otro lugar, sin contar las de carácter expositivo, y otras que se refieren á la literatura arábiga, como la *Anthologia sententiarum arabicarum* etc. Según los principios de Schultens publicábase años después, la *Grammatica linguae hebrae cum notis et variis quaestionibus philologicis* de J. Robertson; entre estas "cuestiones filológicas" están, una sobre la naturaleza de la lengua hebrea, otra sobre la naturaleza de los puntos vocales, y sobre la conformidad y afinidad de las lenguas

to Schultens, que es el verdadero creador de la escuela holandesa, cuyo más legítimo continuador fué Schroeder, ha merecido bien de los estudios semíticos en general, y en especial de los hebraicos, siquiera su sistema «hyper-arabizans», con el cual pretendía explicar el hebreo y fijar su clave en el arabismo, haya sido desechado con justicia.

Schultens ha hecho revivir en la *Gramática hebrea* los procedimientos comparativos de Jonás ben Ganahh, en mal hora olvidados por la *escuela rabinica* de toda la Edad Media, que aisló el estudio hebraico de todos los demás semíticos, para fantasear luego doctrinas é hipótesis que no debieran haber aparecido. Al mismo Schultens fué debido que no llegasen á prevalecer las doctrinas *etimológicas* de Gusset, Neuman y Loescher, análogas á las de Bohlio, Forster y Avenario, que resurgían y comenzaban á hacer su camino por intermedio de aquellos escritores.

Según los principios de Bohlio, la significación *formal* de las raíces ha de ser un *subtractum*, una significación primaria y general deducida del *material* de las mismas, que se incluya en todas ellas, y dé la razón de agrupaciones diversas. Según Forster, las raíces deben agruparse por semejanzas de forma (por sus letras) y de sonido. Avenario trataba de comparar las lenguas clásicas, latín y griego, con el hebreo, por la analogía de sonidos, para fijar las etimologías hebraicas. De Forster y Avenario hemos hablado en otro lugar. Gusset en sus *Commentarii linguae hebr.* trató de imitar á los citados hebraístas, viniendo á sentar como principio único de clasificación de raíces, el cotejo y comparación del hebreo con el mismo hebreo, de suerte que por analogía se deduzcan las afinidades y se ordenen las voces, como él lo ha efectuado. A este procedimiento que se ha dicho *empírico* y «textualista», sigue el idealista de Neuman, según el cual la *etimología* de las palabras, ha de de-

árabe y hebrea. El notable hebraísta N. G. Schroeder, supo presentar con excelente plan los trabajos de sus predecesores, principalmente de Schultens, en sus *Institutiones ad fundamenta linguae hebraeae* (á las cuales se han añadido en la segunda edición las de lengua caldea), que obtuvieron favorable acogida. Además de éstos y del ya mencionado de Dieu, merecen recordarse en el siglo XVIII los nombres de Hiller, Hempel, Storr y, prescindiendo de otros, el de Guarín, cuya doctísima obra *Grammatica hebraica et chaldaica*, pudiera apellidarse "Biblioteca hebrea" como alguien la ha denominado ya.

ducirse del valor simbólico de las letras de que se componen cada una; la suma de las significaciones ideológicas que según él y otros, hay en cada letra del alfabeto hebreo, constituyen la razón primera de la etimología y significación. Tales enseñanzas de Neuman en su *Génesis linguae sanctae, Clavis domus Heber*, etc., halas aceptado Loescher para formar su sistema escalonado de *gérmenes, raíces y familias* de palabras que establece sobre bases tan poco serias, como él acabó por reconocer implícitamente. Labor de Schultens fué y mérito suyo el hacer con sus obras ya citadas que cayesen en descrédito todas estas fantásticas creaciones, las cuales desdecían ya del estado general de la glotología hebreo, siquiera la acción de los *simbolismos* dejase aún sentir sus influencias tiempos después, como los procedimientos antiguos de exposición gramatical, las teorías doctrinales rabínicas y aun las normas de la preceptiva literaria, sin excluir las de la poética, viniesen perpetuando su acción, singularmente entre los hijos de Israel, hasta el advenimiento de los estudios glotológicos científicos de nuestra edad (1).

(1) Punto muy discutido constituye en la Filología hebreo la determinación de la naturaleza y leyes de la parte poética. Se ha querido reducir las formas de la *poesía hebraica* á las del clasicismo griego, con vano é inútil empeño. Los SS. Padres conocieron la existencia del verso hebreo; pero la pretensión de ajustarlo al metro griego hacía fracasar sus propósitos de demostración, é inducía á creer lo opuesto de lo que intentaban sostener: la misma falta de lógica que se cometía al enseñar que porque en hebreo se vislumbraba la existencia de *metro*, éste había de ser precisamente metro griego ó latino, indujo á deducir por el contrario, que cuanto el metro latino ó griego no explicaba la versificación hebreo, debía negarse la existencia de ésta; y no podía rehusarse la legitimidad de la consecuencia, dado el principio que se sentaba y el hecho de la disconformidad del hebreo con el metro clásico.

Así de una parte teníamos los que negaban la existencia de verso hebraico, y de otra los que con Josefo Flavio, Philón, Orígenes, San Jerónimo etc. nos hablan de exámetros y pentámetros, cual si se tratara de Homero ó Virgilio. S. Jerónimo, sin embargo, hacía distinción entre el modo de entender la métrica en uno y otro caso (v. *Praef. in Job*), si bien faltábale criterio fijo en la materia, como se ve al afirmar p. ej. en el *Pref.* á la Crónica de Eusebio que Moisés escribió su cántico (Deut. c. 32) en *exámetros* y *pentámetros*, y al decir luego (Epist. 155 á Santa Paula), que está escrito éste en *tetrámetros yámbicos*. S. Gregorio de Nisa establece, por su parte (c. 3.º *In Psalmos*), que el metro hebreo más consiste en la *serie de sentencias*, que en la *serie de palabras*.

De la escuela holandesa pasó el dominio filológico á la escuela de Halle dignamente representada por los tres Michaelis, y por J. Simonis entre otros, que ha influido poderosamente en

En tiempos posteriores Lowth (*De sacra poesi Hebraeorum*), fijó el *paralelismo* como nota general de la poesía hebreo, cuyo pensamiento divulgaron Herder en Alemania (*Vom Geiste d. Hebr. Poesie*), y Contant de la Molette (*Traité sur la poésie et la musique des Hebreux*). Una conjetura indicada por el Card. Pitra sobre la posible relación de la métrica hebreo con la siriaca, fué por Bickell (*Metrices biblicae regulae*, y *S. Ephraemi Syri carm. nisibena*), convertida en tesis demostrable, según la cual pudiera decirse restablecida en pequeña parte la antigua explicación del verso hebraico por sílabas breves y largas, aunque lejos de la métrica griega. Conformes substancialmente con Bickell, están los trabajos de Le Hir (*Le Rhythme chez les Hebreux*), de Gietmann (*De Re metrica hebraeorum*) y de Ley (*Leitfaden der Metrik d. Hebr. Poesie*, etc.).

No hace á nuestro objeto entrar en un examen detenido de la materia. Tan sólo formularemos los siguientes conceptos, resumen de los principios que creemos más admisibles: 1.º El carácter distintivo en la poesía hebraica, como para los versos del clasicismo griego y latino la cantidad, está constituido por lo que desde Lowth se llama *paralelismo*: éste no es otra cosa que la *correspondencia de un verso con otro verso*; correspondencia que no está en los sonidos principalmente, sino en los conceptos, los cuales ora se repiten en distinta forma en varios versos, ora se hace resaltar en ellos el contraste de una idea con su opuesta. Es una especie de *rima* del pensamiento, según la cual no es posible un verso sólo, sino que se requiere siempre uno ó más concordantes con el primero, sea reproduciendo la misma idea, sea presentando la contraposición de otra que la hace más patente. Dicho *paralelismo* ó simetría de la idea, puede ser de varias maneras: es por *sinonimia* cuando dos versos se corresponden expresando el mismo sentido en forma diversa, y á veces con gradación mental, pero subordinada á un pensamiento que se reproduce siempre. Ejemplo de ello, el Ps. 114 (primera parte del 113 en la Vulgata):

In exitu Israel de Egipto
Domus Jacob —de populo barbaro:
Facta est Judaea sanctificatio ejus,
Israel— potestas ejus, etc.

Es por *antítesis*, cuando el paralelismo resulta de la oposición de términos:

Ipsi obligati sunt et ceciderunt;
Nos autem surreximus et erecti sumus.
Hi in curribus et hi in equis;
Nos autem in nomine Domini invocabimus.
(Ps. 19.—VUL. 20).

Por *sinesis* verificase el paralelismo cuando dos versos se com-

los progresos del semitismo: de los varios libros de Simonis, diéronle especial renombre sus *Tabulae XIV in ling. sanctam; Arcanum form. nom. hebr. ling.; Jac. Altingii Synop. Instit.*

pletan, y ambos vienen á resumirse en un conjunto gramatical, con una misma relación de sujeto y verbo:

Lex Domini immaculata
— Convertens animas.
Testimonium Domini fidele
— Sapientiam praestans parvulis
Justitiae Domini rectae,
— Laetificantes corda: etc.

(Ps. 18.—VUL. 19).

Como se deja ver, estas tres clases de paralelismo admiten un número incontable de combinaciones y aspectos que les dan mucha variedad y elegancia, aun sin hacer referencia á la belleza de imágenes, y á las figuras retóricas, abundantísimas en las composiciones hebraicas. A más de esto existen otros recursos de variantes en el *paralelismo*; entre ellos, la analogía de construcción, que suele decirse de *ritmo*, y que sin ser cosa regular en la poesía hebrea, se emplea no obstante en gran número de casos para evitar la monotonía; la alternativa de los versos, de suerte que, á manera de nuestras rimas, concuerde el primer miembro p. ej. con el tercero, y el segundo con el cuarto:

— Inebriabo sagittas meas sanguine,
Et gladius meus devoravit carnes, —
— De cruore occisorum, de captivitate
Nudati inimicorum capitis—

(DEUT. 32, 42)

Finalmente, el empleo de versos de metro distinto:

Dixi insipiens in corde suo
Non est Deus.

(Ps. 14.—VUL. 13).

El *paralelismo* que, como hemos dicho, recae principalmente en los conceptos, puede conservarse á través de las traducciones bíblicas, según se ve prácticamente en los ejemplos aducidos. Pero siendo esta ley poética desconocida cuando se hizo la división de los versículos en la Biblia (atribuida á Enrique Estéphanos), no siempre se mantiene en las traducciones dicho paralelismo, ni por consiguiente la razón fundamental del verso.

2.º El paralelismo sostenido en una serie de versos, con un carácter común á todos ellos, da lugar á la *estrofa*, que no es otra cosa que un paralelismo general en que se incluyen varios particulares, de una manera análoga á las *estrofas* de las demás Métricas en que se incluye un número dado de versos. Las estrofas fueron señaladas por vez primera en hebreo, por Koester (*Die Strophen oder der Parallelismus d. Verse d. Hebr.* etc.—Studien und Krit., 1831).

3.º Los versos hebreos no son rimados por necesidad de proce-

chald.; Introd. grammatico-critica in ling. hebraeam, y Lexic. man. hebr. chald. En los comienzos del siglo XIX el método se-

dimiento, pues no es ésta ley de la poesía hebraica, contra lo que algunos han creído y dicho. Dos han sido los motivos de esta equivocada aserción: uno la inducción imperfecta, la cual á la vista de las *rimas* que aparecen en varios pasajes poéticos del texto hebraico, se intentó convertir en regla constante de versificación. Otro, el intento de justificar el empleo de la rima en los tiempos modernos contra los detractores de ella, con la antigüedad de su uso en las literaturas primitivas (entre nosotros recurre á este argumento Amador de los Ríos, *Hist. crit. de la lit. españ.* II).

No necesita en verdad la rima para ser reconocida como principal atributo y ornamento de la poesía posterior á la del clasicismo griego y latino, que tenga su base en el semitismo antiguo. Bástale su natural condición tan en armonía con las lenguas vulgares; bástale que ella tome parte en la gloria que rodea á los nombres de Dante, Petrarca, Ariosto y Tasso, á los de Racine y Corneille, á los de Oppitz, Schdss, Pope y tantos otros, en frente á cuyos prestigios no ha podido prevalecer el empeño de condenar la rima al anatema, siquiera sin ella puedan escribirse poemas de indiscutible mérito, lo cual nadie niega.

Ni negamos nosotros la existencia de la rima hebraica. Ejemplos claros de ésta tenemos en el *Génesis* (IV, 23; XLIX, 5, 6, 7, 8); *Números* (XXIV, 5, 6); *Deuteronomio* (XXXII, 5, 16, 17); en varios salmos, en los Prov. (XXXI, 17, 18), y en Isaías (XXXIII, 22) etc. En los *Jueces* (XIV, 18) se nos ofrece aquella respuesta rimada de Samsón á los filisteos después de haber adivinado el *enigma*, por descubrirselo su mujer, y que puede servir de modelo:

Loulé kharasch them be' églathi
Lo' metsa them khidathi

Lo que sí debe negarse es que la rima sea connatural á la poesía hebrea y elemento constitutivo de la misma, porque fuera de los lugares citados, la norma general es que no aparezca composición poética rimada. De ello puede persuadirse quien quiera que se halle iniciado en el conocimiento del idioma, leyendo la Biblia hebraica, ó consultando los mismos modelos que traen Bickel (*Metricae biblicae y Carmina*, v. 7) y los que presenta Gietmann (*De Re metrica hebr.*).

Los latinos que, como los hebreos, no tuvieron la rima por norma de sus versos, la usaron sin embargo como éstos en ciertos casos, de lo cual quedan ejemplos en Horacio, Virgilio, Ovidio, Propercio.... Marco Tulio en la *Tuscul.* I, reproduce estos versos, tal vez expresión de la forma poética primitiva del Lacio:

Coelum nitescere, arbores frondescere,
Vites laetífice pampanis pubescere
Rami baccarum ubertate incurbescere.

Los casos análogos no infrecuentes, se aumentan con las varias

vero de Silvestre Sayce viene á renovar el hebraismo, cuyos maestros ya citados, Gesenius, Ewald, Olshausen, etc., continúan ejerciendo su influencia en los tratados gramaticales de

maneras de similitud que admitió la prosa y el verso latino. He aquí algún ejemplo, entre los muchos que nos ofrece Horacio:

Trahuntque siccas machinae carinas
Nec prata canis albicant pruinis...
Aut flore terrae quem ferunt solutae...
In pias laetis animas reponis
Aut in humbrosis Heliconis oris
Aut super Pindo, gelidove Haemo.

Como existen encontrados pareceres sobre los orígenes y comienzo del uso regular de la rima que aparece dominando en la literatura latino-cristiana, así no es fácil señalar la época en que la forma rimada pasó á constituir en la literatura rabínica sistema regular del verso, ya que entre los árabes fué la rima usada habitualmente de antiguo. Créese que ha prevalecido entre los rabinos desde el siglo VII, empleándola muchas veces en forma de *monorrimos*, según la afición oriental. En la Edad Media en que se versifica ya á la manera tradicional, ya á la arábica (los españoles, según Alvaro Cordovés en su *Indicilo luminoso* conocían perfectamente la versificación árabe en su tiempo), reproducen también los judíos los modelos rimados de la Biblia en sus varias formas. Aben Ezra en su célebre *Poema del Ajedrez* (traducido al latín por Tomás Hyde), imita visiblemente la rima y número del canto de Lamech en el cap. IV del Génesis, y como él otros posteriores.

En general la poesía rabínica, aunque abundosa (hasta 1.210 composiciones de Aben Ezra cuenta haber visto reunidas Bartelocci, y hubo muchos posteriores que le superaron) no tiene originalidad, ni en sus frecuentes imitaciones arábicas alcanza los vuelos fantásticos de la poesía musulímica. Elegías, odas, madrigales, composiciones dramáticas, que de todo cuenta la literatura rabínica, pocas veces son, dentro del mismo gusto oriental, obras de alientos é inspiración. De otras literaturas han tomado también los rabinos trabajos en prosa y verso; las traducciones relativamente modernas de las *Metamorfosis* de Ovidio, por Sabadai Marini, y de la *Primavera* de Metastasio, por E. Luzzato, muestran aún las reminiscencias de aquella forma de asimilación literaria. León de Módena puede decirse es el poeta de renombre que cierra el círculo de la poesía rabínica propiamente tal, la que ya en él aparece hartó fuera del cauce del rabinismo. Como dato de curiosidad literaria que de alguna manera responde al espíritu de aquel autor, reproducimos aquí estas líneas del Abate Andrés (*Origen, progresos etc. de toda literat.* III): "R. Jehudá Arié, comunmente llamado León de Módena, ha sido uno de los poetas modernos más elegantes, y entre otras muchas poesías compuso una octava en palabras hebreas é italianas, cual se

carácter científico publicados (1). Sobresale Gesenius por su forma metódica y correcta sobre un fondo abundante y selecto; sobresale Ewald por la amplitud de miras, criterio seguro, y

encuentra en su *Galuth Jehuda*, ó Esclavitud de Judá. Pondré aquí sólo dos versos para que se vea esta extraña invención:

Rabin. *Quinah scemor oi meh chepas otser bo.*
Ital. Chi nasce, muor: oimé! che pass acerbo.
Rabin. *Chol tov elom. chosi or din el tsilo.*
Ital. Colto v' é l'uom; così ordin' il cielo.

De esta manera con las mismas palabras compuso una octava taliana y hebrea."

(1) Cúmpenos dirigir aquí una ligera mirada á la parte lexicográfica hebrea, significado complemento de los estudios filológicos respectivos, que ha sido también cultivada por los más conspicuos gramáticos de la lengua santa. En ello los hebraístas cristianos llevan sin embargo gran ventaja á los autores rabinos. Sin hablar de los *Libros de raíces* de J. ben Ganahh, de los trabajos de David Quimjhi, Aben-Ezra etc., los cuales, escritos en rabínico, por su método y forma no son ya fácilmente asequibles, otros como los de Alfonso de Zamora y Elías Levita, que pertenecen á la restauración, dejan mucho que desear en su parte de sistema, crítica y expositiva. Con el *Thesaurus linguae sanctae* de Sanctes Pagnini, en donde procuró resumir y ordenar á la vez toda la erudición antigua referente al asunto, se inicia (aunque no más) saludable reacción en la lexicología. En el *Lexicon pentagloton* de V. Schindler, se sistematiza en cuanto es posible entonces, el diccionario, no sin que se echen de ver defectos frecuentes de claridad ya por exceso ya por defecto de exposición. Sin embargo, el caudal de voces hebreas, caldeas, siriacas, rabínicas y árabes que lo constituyen, y otras que añade del persa, del etiópico etc. dispuestas alfabéticamente, danle el carácter propio de una obra enciclopédica en orden á la lexicología semítica, y la han hecho de gran estima entre los antiguos. Con mejor criterio que los anteriores preparó Buxtorf (padre) su *Lexicon hebraicum et chaldaicum*, el cual aparece ya regularizado lo mismo en la forma que en la doctrina y en la que atañe á la acepción de las palabras. Guillermo Robertson propúsose resumir en su *Thesaurus linguae sanctae*, no sólo el de Buxtorf, sino, como él dice, "todos los publicados hasta el día" juntamente las concordancias hebraicas, según las doctrinas de los más esclarecidos filólogos rabinos, lo cual consiguió sin duda, como puede verse en su erudito trabajo, pero á expensas alguna vez de la claridad y de la precisión. Leusden en su *Lexicon novum hebraeo-latinum* no hizo otra cosa que extractar el Diccionario de Robertson, acomodándose á las exigencias didácticas. El ilustre autor del *Philologus hebraecus*, del *Philologus hebraeo-graecus* y del *Philologus hebraeo-mixtus*, sin hacer nuevos adelantos gramaticales ni léxicos tiene el mérito de haber recopilado los anteriores

puntos de vista filosóficos. A Gesenius pueden tachársele sus procedimientos extremadamente empíricos; á Ewald, sus especulaciones sistemáticas (1). El actual momento científico en la materia, está representado por un conjunto equilibrado del

en forma altamente asequible. Después de estos, el *Lexicon* de Simonis, y el de Winer, que es el de Simonis reformado; el *Lexicon* y *Thesaurus* de Gesenius, y las Concordancias bixtorfianas rehechas por Fürst (*Hebräisches-chald. Schulwörterhuch*) son, entre otros muchos, dignos de especial mención.

(1) Una especial dirección *histórico-crítica* entre cuyos jefes aparecieron J. Fürst y Delitzsch, comenzó la reacción contra la escuela *empírica* de Gesenius y la *racional* de Ewald: expresión de ella fué el "Yesurum, seu Isagoge in gramm. et lexicograph. contra Gesenium et Ewaldum" del citado Delitzsch. Piensa Renán en su *Hist. gen. des lang. semit.*, que prescindiendo del modo de entender la tradición judía y la tendencia — "fort dangereuse" — de relacionar las lenguas arias y semíticas, apenas se advertía otra diferencia entre la innovación á la doctrina antigua. De hecho el método de comparación general semítico absorbiendo los rumbos parciales, ha venido á superar tales diferencias, y camina libremente entre las lenguas de su dominio, esperando el día en que se trace el árbol genealógico de ellas, y venga á realizarse el nexu glotológico semítico-ario.

Sobre las bases amplias del semitismo comparado, se nos ofrecen hoy muchos trabajos estimables de los cuales hemos de mencionar aquí, además de la importante obra de Teodoro Nöldeke, varias veces citada por nosotros, *Die Semitischen Sprachen*, que es digna de figurar entre las de los autores citados arriba, la de Böttcher, *Ausführliches Lehrbuch d. hebräischen Sprachen*, la de Arnold, *Abriss d. Hebräisch. formenlehre*, Bickell, *Grundriss d. hebräisch. gramm.*, y en general los tratados gramaticales de hebreo franceses, ingleses, holandeses, italianos y alemanes que ven hoy la luz, y son en crecido número. La *Gramática hebrea*, de Viscasillas y la del escopio P. Gómez (ésta más decididamente que aquella) representan en España aquel movimiento.

Como tratados relativos á los idiomas con los cuales confina el hebreo: En arameo la *Grammatik d. biblisch. und. targumisch. Chaldeismus* etc. de Winer; las *Instit. fund. ling. aramaicae* de Zschokke; la *Gramm. chald.* de Petermann (de su compendiosa y ordenada *Porta ling. orientalium*); los *Elementa ling. chald.* de Curiel; la *Gramm. des Biblisch-Aramäischen* etc. de Kausch.

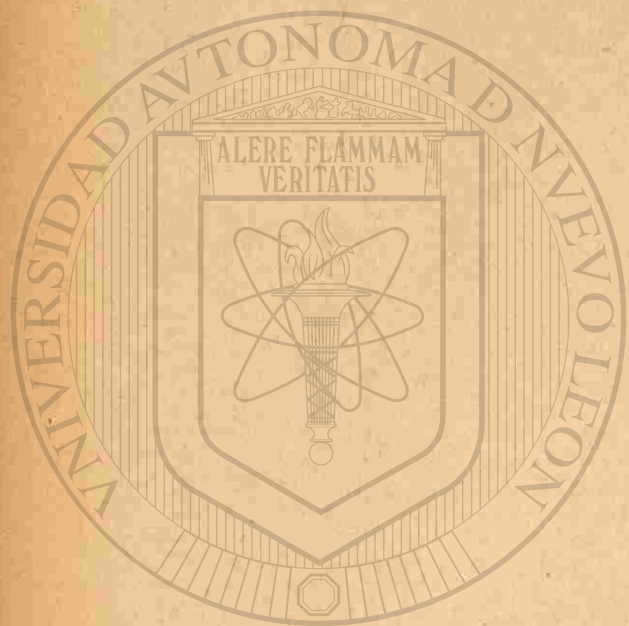
En siriaco, la *Elementalehre d. syr. Sprache*, etc. de Uhlemann; los *Gramm. syriacae l. tres*, de Hoffmann; el *Kurzgefast syr. Gramm.* de Noeldeke; la *Brev. ling. syr. Gramm.* de Nestle.

En árabe, la *Grammaire arab.* etc. de Pacy; la *Gramm. critica ling. arab.* de Ewald; la *Gramm. der arab. Sprache* etc. de Caspari; la *Arab. Gramm.* etc. de Socin; las *Inst. fund. ling. arab.* de Zschok-

método histórico, critico y comparado, en cuya aplicación está la verdadera norma de investigaciones lingüísticas. Las lenguas semíticas, sin embargo, esperan todavía su Bopp para figurar dignamente al lado de las indo-europeas.

kke, y singularmente los tratados gramaticales en otro lugar ya citados, de Donat-Vernier y de Vaux.

Véase asimismo para el samaritano, Uhlemann, y la *Gramm. samaritana* de Petermann. Para el etiópico, Dillmann, *Grammatik* etc. y Praetorius, *Aethiopische Gramm.* Para el fenicio Schroeder, *Die Phöniciſche Sprache*, y para el asirio babilonio, Delitzsch, *Assyr. Grammatik* etc.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La fase glotológica del renacimiento y época subsiguiente

VIII

Dirección y carácter general lingüístico del renacimiento. Representantes principales del helenismo y latinismo en esta época. Los cuatro períodos que suelen distinguirse en la literatura filológica á partir del renacimiento. Representantes del período dicho de "imitación" ó italiano. Id. del período francés ó de polihistoria. Id. anglo-holandés ó crítico. Id. alemán ó filológico. La literatura filológico-lingüística *española*, lugar que legítimamente le corresponde, é injusta omisión que se hace de ella. La representación hebreo-arábiga española en la Edad Media. Significación de los misioneros españoles en los estudios gramaticales de las lenguas del orbe. Principales semitistas españoles del siglo XVI. Id. helenistas. Id. latinistas. Principales semitistas de los siglos XVII y XVIII. Id. helenistas. Id. latinistas. Las obras de Hervás á principios del siglo XIX. El renacimiento en orden á la verdadera Ciencia del Lenguaje. Formación del griego bizantino, la decadencia latina y el origen de las lenguas vulgares como objeto de estudio para el renacimiento. Reacción en favor de la lingüística comparativa ocasionada por las *Polyglotas*. Precedentes inmediatos del poliglotismo bíblico de esta época. *Polyglotas* principales. Cultivadores eclesiásticos de las lenguas y falsedad evidente de las aseveraciones de Erasmo en este punto. Procedimientos primeros de investigación y ensayos de clasificación. La lengua primitiva y las primeras obras de comparación glotológica. Causas que motivaron el aislamiento de la glotología antigua. Las relaciones lingüísticas de los griegos. La palabra "bárbaro", su aplicación y sus análogas en las principales naciones de la antigüedad. Los tres períodos de la Glotología que preceden á la época de la Filología comparada, y carácter de cada uno. Resultados inmediatos de dichos períodos. La lengua *filosófica*. Descartes, Leibnitz, Wilkins etc. Si la preocupación religiosa del *hebraísmo primitivo* fué obstáculo para la pronta formación de la Ciencia del Lenguaje. Carácter accidental del *hebraísmo* y representación de la Iglesia en la Filología comparada.

Cuando el saber rabínico iba degenerando y extinguiéndose entre los hijos de Israel, las escuelas cristianas preparábanse á recoger la herencia del semitismo, y luego hubieron de esforzarse en mantener vivo el sagrado fuego para conservar á conveniente altura los estudios semíticos en general, y particular-

mente los que se refieren á la lengua santa. Iniciador y esclarecido promovedor de esta noble empresa fué el insigne español Fr. Raimundo Martí con su inmortal *Pugio fidei adversus Mauros et Judaeos* (1), que hoy nadie le disputa, y que sirvió para encauzar la erudición talmúdica y rabínica hasta el período de las políglotas, en que éstas sirven á la par que á la causa de los dogmas, á los estudios generales filológico-lingüísticos, si bien ya bajo las influencias del renacimiento y de su espíritu investigador de las antigüedades latina y griega, que tan decididamente hubo de imponerse en toda Europa.

Con el advenimiento de los *helenistas* la ciencia oriental cedió no sin honor y con ventajas su lugar á la *ciencia clásica*. El clasicismo, en efecto, subió al trono de las letras reservando al hebraísmo su primacía histórica y aun la filológica, cuyas consecuencias pronto se hicieron sentir en la Gramática ó mejor Glotología comparada con detrimento no leve de los verdaderos estudios lingüísticos. Respetó también los nuevos derroteros abiertos por los orientalistas y les concedió el usufructo de los descubrimientos gramaticales de Occidente, dejándoles además en monopolio toda la inmensa erudición que masoretas y targumistas, talmudistas y seguidores de la *Cábala* habían aglomerado durante siglos, para ordenarla y clasificarla á la luz de la nueva crítica (2).

(1) Escribió además Raimundo Martí varios tratados contra el Korán y contra los judíos, pero se han perdido, acaso por descuido y negligencia, como por eso mismo llegó á atribuirse el *Pugio Fidei* á otros varios que al insigne dominico. Hoy nadie pone en duda que Martí es autor de esta obra, y cayó en legítimo descrédito la arbitraria aserción, como la llama Wolf, de que Fr. R. Martí fué judío converso. A R. Martí es debido también el primer *Vocabulario Árabe latino* que se conoce.

(2) Los estudios que sobre erudición rabínica encontramos, aunque preparados por los judíos, han sido en gran parte ordenados

Entre tanto la pujanza siempre creciente y conquistadora de la renovación clásica hacia concebir esperanzas de nuevos descubrimientos y horizontes nuevos para la Filología, si ésta llegaba á romper el círculo estrecho en que la conservó aherrojada el tradicional exclusivismo de las antiguas escuelas gramaticales. ¿Cómo olvidar en este punto aquella brillante pléyade de varones esclarecidos que ya siguiendo el método tradicional, principio y base del llamado de la *polihistoria*, que tuvo su cuna allende el Pirineo, ora rompiendo por nuevas y no frecuentadas sendas, como han hecho los humanistas españoles, tan justos lauros han conquistado y tantos otros hubieran podido alcanzar si acertaran á dar dirección á la Filología científica?

En ese universal movimiento en que toman parte todos los grandes ingenios de las principales regiones europeas, ocupa el primer lugar en el orden histórico el llamado período de *Imitación*, único bien definido en las diversas clasificaciones que (sin contar con la de Boeckh) han venido sucediéndose hasta nuestros días. Francisco Petrarca con sus traducciones de Cicerón, con la Historia de Julio César (por tanto tiempo atribuida al eruditísimo J. Celso de Constantinopla —siglo VII,— hasta que Schneider demostró cuál era su verdadero autor), y con su epopeya latina *Africa*; Leonardo Bruni (el Aretino) infatigable propagandista y traductor de Demóstenes, Plutarco y Aristóteles; el investigador clásico discípulo de Crisoloras, y descu-

dentro del cristianismo. Las *Theses cabalisticæ* de Pico de la Mirándola, la *Introductio ad hist. phil. hebraeorum* de Buddeo, las *Dissertationes theologicae* de Meyer, el *Aedipum Aegyptiacum* de Kircher, la *Cabbala denudata* de Rosenroth, *De arte Cabbalistica* de Reuclin, el *Thesaurus philologicus* de Hottinger, la misma *Biblioteca hebraica* de Wolf etc., son prueba inequívoca de nuestro aserto.

bridor de preciados manuscritos latinos (de Quintiliano, Lucrecio, algunos de Cicerón y de otros), Francisco Poggio; el cultísimo Lorenzo Valla que por sus traducciones de Heródoto y Tucídides, y sobre todo por sus seis famosos libros *Elegantiarum* lugar tan preferente se ha conquistado entre los humanistas; el ciceroniano Bembo que mejor que ningún otro logró en sus *Epistolas é Historia de Venecia* reproducir el espíritu y aún la letra de Marco Tulio (se había propuesto no usar otras palabras que las de Cicerón, como Vida y Fracastor que reproducían solamente las de Virgilio), son, entre otros, de marcadísima significación en los estudios filológicos entendidos y ejecutados según las aspiraciones de la época que representan.

Los amenos y fáciles senderos de la escuela italiana no tardaron en ser seguidos por eruditos de renombre, como el bizantino Crisoloras, que tanto contribuyó á la difusión del helenismo con sus enseñanzas de griego en Florencia, Milán, Roma etc., el docto Teodoro Gaza que tradujo al griego gran parte de las obras de Cicerón, y cuya Gramática elemental fué manual obligado para el estudio de dicha lengua durante el siglo XV, el protegido del platónico Besarión, Constantino Láscaris, autor de la primera Gramática griega que vió la luz en Italia (1476), y otros.

A su vez los eruditos de Bizancio han encontrado émulos é imitadores en las principales regiones de Europa. Nadie desconoce el lugar que en estudios filológicos al uso del renacimiento corresponde á Reuclin y á Erasmo, sostenedor é impugnador respectivamente del *itacismo* ó pronunciación moderna del griego clásico (1); á Julio C. Escaligero (acérrimo defensor,

(1) Fué Reuclin el introductor en las escuelas de Occidente de la pronunciación de los griegos modernos, la cual vino á ser defendida por las razones mismas que invocan éstos; ó sea, porque los griegos actuales son los sucesores de los antiguos, y en la duda debe preva-

lo mismo que el latinista Esteban Dolet, del ciceronismo, contra Erasmo), que con tanta atención estudió los fenómenos lingüísticos, dejándonos en sus siete libros de Poética un testimonio fehaciente de su erudición y de su originalidad no exenta de extravagancias; á Justo Lipsio el filólogo más notable de los Países

lecer su criterio; y porque la pronunciación moderna por cuanto resulta más armoniosa, debe ser la preferida. Erasmo en su *De recta Graeci Latiniq. sermonis*, sin pretender que la pronunciación corriente fuese exactamente la de los antiguos helenos, impugnó decididamente la *neogriega*, sosteniendo la que prevalece hoy en España, Francia, Italia, Inglaterra y también generalmente en Alemania. Es innegable que tal pronunciación, como la común en latín, es defectuosa, pero es en todo caso más legítima que la de los griegos modernos, siquiera ellos hayan hecho de este problema filológico cuestión de amor propio. Pronuncian éstos y quiere Reuclin se pronuncien las vocales y diptongos: *i, η, υ, ει, οι, υι* como *i*; *αι* como *e*; *αυ* y *ευ* como *af ef*; *ηυ* como *if*; *ου* como *u*; *ωυ* como *oi*. Este sistema aparece insostenible por las razones siguientes: 1.º sometidos al *iotacismo* muchos versos clásicos resultarían inaguantables por la monotonía cacofónica de su pronunciación, la cual hubieran cuidadosamente evitado sus autores, dado el modo de leer de los griegos modernos; en estas palabras p. ej.: *Σύ δ' εἶπέ μοι μὴ μῆκος* (Antig. 446), no sonaría más que un *iato* continuo; 2.º los griegos tradujeron la *e* latina por *η, υ*. gr. de *Rhenus*, *Ῥῆνος*. 3.º El *Etymologicum Magn.*, Zanoras y Suidas nos atestiguan que Cratino queriendo representar el balido de los carneros, escribía *βη*; tal balido resultaría no *be*, sino *bi*, según el *iotacismo* moderno; tampoco *ὑμέτερος* y *ἡμέτερος* se distinguirían, y así dicen los griegos modernos *σᾶς* y *μᾶς*; 4.º dado que la *υ* se pronunciase *i* el diptongo *υι* no hubiera podido existir nunca lo mismo que los de *ει* y *οι*; 5.º el nombre de la *e* era entre los griegos *εἶ*; si el sonido de este *εἶ* fuese *i*, tendríamos el absurdo de una *e* representada por el sonido *i*. 6.º Aristófanes representa el ladrido de un perro por *αῦ αῦ*, cosa que no podría hacer si la pronunciación aquí fuese *af af*; por otra parte *αυ* y dígase lo mismo de *ευ* aparecen en la antigüedad como verdaderos diptongos, y en Homero está el primero señalado claramente por la diéresis (*ἄυσαν* de *άυα*). 7.º Corebosco, Moscopulos y otros antiguos hacen explícita declaración de que los *diptongos* se distinguen de las *letras*, contra lo que enseñan los neogriegos; y esto basta para juzgar de las reducciones todas atrás señaladas.

Según los datos aportados por Dietrich al exponer la "historia del *iotacismo*" en los Anales de Filología (1875), esta pronunciación

Bajos (1), á José J. Escaligero y, por no citar otros, á los dos Estéfano (Roberto y Enrique) cuyos insignes *Thesaurus linguae graecae* y *Thesaurus linguae latinae* respectivamente, les colocan á la cabeza de los helenistas y latinistas de su época.

Entre todos éstos merecen especial mención los filólogos españoles; tanto más cuanto mayor es el olvido en que han caído universalmente (si se exceptúa Luis Vives, único que suelen citar los extranjeros como «uno de los raros sabios españoles» que diría Reinach), y mayores y más legítimos son los títulos que ostentan para ser conocidos y apreciados. Los nombres de Arias Barbosa, P. Simón Abril y en especial el de Antonio Nebrija que, como dijo bien Menén-

se inició en Beocia, prevaleciendo para la *η* entre el siglo III y VI; para la *υ* entre el VI y el X; de los sonidos compuestos, *ει* fué el primero en pronunciarse *i*, al cual sigue *οι* (aparece ya en papiros del siglo II a. J. C.), y luego *αι* que en el siglo II de nuestra era tendía al sonido de *e*. Las pronunciaciões de *αι*, *ει*, *ιφ*, de *υ* por *ou* etc. son relativamente modernas.

Platón en el *Crátilo* ya hace notar que las mujeres y los ancianos tendían á pronunciar *ἰμέρα* en vez de *ἡμέρα*, lo cual si indica una cierta tendencia al iotacismo, confirma lo que venimos diciendo contra el mismo, porque de ser tal pronunciaciön la ordinaria, no podría Platón llamar sobre ella la atenciön. Lo mismo acontece con las palabras *λοιμός* y *λιμός* que en la respuesta del oráculo, que refiere Tucídides, aparecen fonéticamente asimiladas; pues mientras esto prueba que su sonido podía hacerse ambiguo, el interés de la narraciön supone necesariamente que la confusiön estaba lejos de ser inevitable. Por lo demás, con igual derecho con que pueden invocar en punto á pronunciaciön clásica su parentesco los griegos, pudieran invocar el suyo con los romanos no pocos pueblos latinos, para decir que ellos poseen la genuina pronunciaciön del Lacio. Y en cuanto á la armonía del iotacismo, resulta completamente falsa aplicada á las composiciones clásicas, como hemos indicado. En la pronunciaciön de varias consonantes y de la *ι* *suscripta*, pudiera á su vez corregirse el sistema ordinario de lectura, que es sin duda inexacto.

(1) La escuela de Justo Lipsio (*Stylus lipsianus*, mezcla del latín clásico y del de Apuleyo y Tertuliano), llegó á ejercer influencia poco aceptable en toda la escuela holandesa.

dez Pelayo, «representa con más plenitud que ningún otro humanista del siglo XV (no exceptuando á Lorenzo Valla) el que pudiéramos llamar método tradicional ó clásico, pero reducido ya á sistema y acrisolado con gran número de observaciones propias», pueden y deben figurar sin desdoro al lado de los más altos ingenios cultivadores de las letras humanas en su época. Que si éstos representan el clasicismo de una manera llena y acabada, otro español, Sánchez el Brocense, es el representante de la innovaciön y regeneraciön lingüística, el importador del elemento filosófico que más tarde debía prevalecer en el estudio racional de la Gramática. La *Minerva* de Francisco Sánchez así como sus opúsculos *De interpretationibus plus quam etymologicis*, son monumento perdurable levantado á las letras españolas, y prueba irrecusable del verdadero mérito de nuestro humanista, cuyos estudios han servido de base á los filólogos posteriores, y á métodos que como el de Lhomond, han llegado á una gran popularidad y aceptaciön.

He aquí los nombres principales que pueden invocarse en los cuatro períodos que algunos intentan hallar en la literatura filológica á partir del renacimiento.

En el período italiano (período de imitaciön) los citados Petrarca, Leonardo Bruni, Poggio, Bembo y Lorenzo Valla. Boccaccio, por la influencia de sus escritos, y como fundador de los estudios mitológicos; Varino y Aurispa, como maestros distinguidos de griego en Florencia, que habian estudiado en Bizancio; Angel Policiano, latinista clásico y poeta latino; Pomponio Leto, también latinista y el primero en publicar impreso á Virgilio (1467); Marsilio Ficino como promovedor del helenismo y traductor de Platón y Plotino, que comentó también; Sigonio de Módena por sus escritos sobre la antigüedad clásica (su falsificaciön de Cicerón, que se dice le ocasionó la muerte, demuestra su cultura y su gusto clásico); el humanista francés Marco Antonio Muret, por sus discursos ciceronianos (probó que no era de Cicerón lo compuesto por Sigonio de Módena); Filelfo, como helenista distinguido, discípulo de Crisoloras y conocido

por sus controversias con Francisco Poggio y otros; Mérula, el primer editor de Plauto, de Marcial y de Q. Curcio; Calepino, como poliglota reputado y el primer lexicógrafo poliglota; Guillermo Budeo como helenista notable, y los mencionados Reuclin, Erasmo y Escaligero.

En el *período francés* (desde Francisco I hasta fines del siglo XVII: período enciclopédico y *polihistórico*).

Roberto Estéfano, autor del gran *Thesaurus Linguae Latinae*, y el gran helenista Enrique Estéfano, hijo del anterior, y autor del insigne *Thesaurus Linguae Graecae*; Isaac Casaubon, helenista notable, así como Mercier, Claudio Saumaise, Guyet y Palmerio; Du Cange, por sus estudios lexicográficos sobre el *bajo helenismo y latinidad*. Como auxiliares en la literatura filológica, Hardouin, Montfaucon y Mabillon, por sus respectivos trabajos magistrales sobre las antigüedades literarias eclesiásticas y profanas. Entre los *holandeses* Justo Lipsio, el muy erudito helenista Meursio, colaborador del *Thesaurus* de Gronovio sobre las antigüedades griegas, y de tanta erudición como escasa crítica; Hugo Grocio principalmente conocido por su obra *De jure belli et pacis*, pero helenista y latinista notable, editor de Capela y de Lucano; D. Heinsio, y en especial Gerardo Vossio, uno de los fundadores de los estudios restaurados de gramática latina. Los *alemanes* Gruter, colaborador de Escaligero en su gran colección de inscripciones latinas; Barth, editor de Estacio y Claudiano, el eminente y excéntrico latinista Scioppio, y Freinshemius notable humanista, editor de Tito Livio y Quinto Curcio. En *Italia* León Alacio, bibliotecario del Vaticano, gran conocedor de la literatura bizantina. Entre los *ingleses*, Stanley y Barnes, editores respectivamente de Esquilo, Homero y Eurípides, y helenistas distinguidos.

En el período *anglo-holandés* (desde Bentley a Wolf—1691-1790: período crítico).

Ricardo Bentley, filólogo de extraordinaria erudición, jefe de la escuela de *crítica subjetiva*; Musgrave, helenista y crítico, editor de Sófocles y de Eurípides; Potter y Markland, ambos helenistas y crítico notable el segundo (impugnó la autenticidad de la correspondencia entre Cicerón y Bruto); asimismo Dobrée y Porson, helenista notable el primero, y crítico el segundo; Wakefield y Elmsley, que publicaron y comentaron los clásicos griegos. En *Holanda*, Gronovio, cuya citada obra (en colaboración) *Tesoro de antigüedades griegas*, es arsenal inmenso de erudición; Lamberti Bos, helenista y gramático; Tiberio Hemsterhusio, uno de los principales helenistas holande-

ses; Wesseling, editor de Heródoto y Diodoro de Sicilia; Cudendorp, latinista, editor de Lucano, César, Suetonio y Apuleyo; y los grandes humanistas Valckenaer, David Ruhkenio y Wittenbach, que escribía en griego reproduciendo el estilo de Jenofonte. En *Alemania*, Juan Fabricio, cuyas *Bibliotecas* griega, latina y de la media y baja latinidad, le han dado nombre universal; Gesner, conocido entre otros trabajos, por su *Introducción a la erudición universal* y por su sistema exegético; Harless, que reprodujo a Fabricio; Reiske, helenista eminente, como Schutz, editor de Esquilo y Cicerón; Juan Voss, autor de la *Antisimbolik*, humanista que tradujo a Virgilio y Homero en verso alemán; Spalding, Jacobs y otros. En *Francia*, Barthelemy, humanista, crítico y arqueólogo; el eruditísimo benedictino Banduri, autor del *Imperio de Oriente ó las antigüedades de Constantinopla*; Bouhier, latinista; Larcher y Brunck, helenistas distinguidos y traductores de clásicos griegos; De Villoison, llamado el Wolf francés, descubridor de los escolios alejandrinos de la Iliada, editor de los más insignes de ésta y del *Lexicon* de Apolonio; Gail, editor de Tucídides y Jenofonte y Adamancio Coray helenista, cultivador diligente de los estudios del griego moderno. En *Italia*, Facciolati, iniciador y colaborador con su discípulo Forcellini del gran Diccionario latino que publicó después de la muerte de éste; Escipión Maffei que por sus *Origenes etruscae* y demás trabajos analogos merece bien de la arqueología y de la filología; Muratori, autor entre otras obras, del *Thesaurus veterum inscriptionum*.

En el período *alemán* (desde Wolf hasta nuestros días: período de la *filología general*).

Federico Augusto Wolf, quien hizo prevalecer el concepto enciclopédico de la filología, según queda dicho en los comienzos de este libro, y el cual con los primeros volúmenes de su *Iliada* y los *Prolegómenos*, amén de sus demás trabajos críticos y de erudición, provocó el primer movimiento de *Filología general*; G. Humboldt, cuyos trabajos múltiples colócanle entre los maestros primeros de la Ciencia del Lenguaje; Buttmann, cuya gramática griega, le hizo adquirir renombre entre los helenistas; G. Hermann, impugnador acérrimo de la escuela histórica, uno de los maestros en la sintaxis y en la métrica griega; Creuzer y Schleiermacher, ambos helenistas, jefe del simbolismo el primero, y traductor y comentador de Platón el segundo; Lobeck, gramático é insigne helenista, adversario decidido del simbolismo; Thiersch, autor de la célebre gramática griega de su nombre; Welcker y Augusto Boeck, filólogos de

erudición general, y adversario el segundo del método gramatical conservador de Hermann; Hand y B. Passow, gramático, discípulo de Hermann el primero, y gran helenista y lexicógrafo el segundo; Nitzsch y Doederlein, helenista y crítico distinguido el primero, y el segundo latinista y gramático; F. Bopp, el inmortal maestro de la gramática comparada; Reising, crítico y gramático latino; Lachmann, gran latinista, editor de Catulo, Lucrecio y de los *Grammatici veteres*; Ott. Müller, helenista y notable filólogo; Bernhardt, crítico, gran helenista y gramático, colaborador principal en la Enciclop. de Ersch; Pott, uno de los filólogos más distinguidos y etimologista notable; Freund, polígrafo, eminente latinista y lexicógrafo, autor del *Triennium philologicum*; Fr. Ritschl, latinista insigne, y uno de los más decididos iniciadores de la gramática histórica aplicada al latín; Ern. Curtius, discípulo de O. Müller, y como él helenista, historiador y crítico; su hermano J. Curtius, autor de la gramática griega de mayor éxito en la difusión del método científico; Corseen, latinista insigne, á quien debe la gramática de este idioma positivos progresos, é investigador de la naturaleza del *etrusco*. Por no citar más, los gramáticos Krueger, Kühner, Matthiae, Neue, Ramshorn, Schuchardt, Schweizer-Sidler, etc.; los filólogos Benfey, Aufrecht, Delbrück, Brugmann Heyse, Hally, Schleicher, Steinthal, Kuhn, Ludwig, Meyer, Wilhelm, Windisch, Wesphal, y otros muchos que aparecen en Alemania. En *Inglaterra* ocupa lugar preferente Max Müller, profesor de Oxford, aunque natural de Alemania. En *Holanda* además de Lenep y el célebre propugnador de la *crítica subjetiva*, Offman Peerlkamp., el discípulo de Lenep, Geel, editor de Teócrito y Eurípides y G. Cobet, príncipe de la Crítica verbal, cuyos principios aparecen en su *De arte interpretandi*. En *Italia* además de ilustres paleógrafos como el Card. Angel Mai, y numismáticos como Sestini, Avellino, Cavedoni etc., cuyos estudios reflejan en la Ciencia del Lenguaje, los filólogos y gramáticos Comparetti, Ascoli, Pezzi, Fumi, Merlo, etc. En *Francia*, después de Letronne epigrafista y numismático de primer orden, de E. Burnouf, inmortalizado por sus investigaciones sobre el *Zend* y notable en todos sus trabajos, de ambos Lenormant, representantes de la erudición general filológica, figuran en buen número los que en estos varios órdenes vienen señalándose, siendo la fase lingüística una de las más cultivadas. Pero acerca de los representantes de la Filología moderna después de entrar en su etapa glotológica ó de *Filología comparada*, habremos de ocuparnos en otro lugar.

Cúmplenos ahora hablar de los *sabios filólogos españoles*, tan injusta como generalmente preteridos, de los cuales hemos citado atrás tan sólo algunos nombres, porque ellos son de una personalidad filológica indiscutible, capaces por sí solos de abrir una época en el humanismo, como no suele ponerse en duda tratándose de Luis Vives y Nebrija. Que á su lado debe figurar Sánchez de las Brozas, es bien manifesto para el que advierta, á través de sus procedimientos á veces exagerados (1), el espíritu verdaderamente filológico que informa sus obras, en especial la *Minerva seu de causis linguae latinae*. Pocos libros de su género llegaron á alcanzar tanto éxito ni merecer tantos elogios como el citado. Siete veces se reprodujo en Holanda la edición de Perizonio. Gravina coloca al Brocense con el Pinciano y Vives entre los príncipes de las letras españolas, y el severo crítico Gaspar Sciopio no vacila en calificarle de maestro de los filólogos y «padre común de todos los literatos.»

Y si á los escritores mencionados se añade el crecido número de cultivadores del clasicismo griego y latino, así como del semitismo y de la misma lengua sánscrita, al descubrirse las Indias, que han florecido en España, no se nos alcanza el alto silencio que guardan los tratadistas de la cultura filológica general en este punto, incluso el citado Boeckh, quien, como Reinach que le reproduce, apenas encuentra nombres ilustres fuera de Italia, Francia, Holanda y Alemania (2). Más respeto merece á la verdad la nación que cuenta entre sus hijos hombres de los más eminentes en los estudios á que se refiere la Fi-

(1) El Brocense recurre, p. ej., á explicaciones elípticas insostenibles. La construcción *eo Romam* sería una abreviación de *eo ad urbem Romam, habitat Matriti*, elipsis de *habitat in urbe Matriti*, etc. Este método que llegó á generalizarse lo mismo en la gramática latina que en la griega, fué definitivamente desterrado por el influjo del libro de Hermann *De Ellipse et Pleonasmis*, publicado á principios del siglo XIX.

(2) Sigue el mismo camino Hübner, el cual en su *Geschichte u. Encyklop. d. classisch. Philologie (Grundriss)*, sólo consigna media docena de nombres españoles: "Die Spanier Elio Antonio Martínez de Jaraba aus Lebrija (*Aelius. Ant. Nebrissensis*) 1444-1522. Juan Luis Vives (*Ludov. Vives*) 1492-1540. Francisco Vergara † 1545. Ambrosio de Morales 1513-1591 (vgl. C. 3, L. II, S. XVI). Francisco Sánchez de las Brozas (*Fr. Sanctius Brocensis*) 1523-1601. Pedro Chacón (*Petrus Ciacconius*) 1525-1581." Tan mezquina es para los extranjeros nuestra literatura filológica del siglo XVI; pues de la de los siglos subsiguientes ni aun suelen acordarse.

lología antigua, según atrás hemos visto, cuya representación filológica semítica en la Edad Media no tiene igual en otra alguna, y que ofrece por docenas escritores de personalidad saliente en el clasicismo que comienza con el Renacimiento.

A la Filología española en efecto pertenecen los grandes maestros de la lengua y literatura hebraicas que dejamos designados al tratar del periodo filológico hebraico, un crecido número de gramáticos musulmanes del mismo periodo; los cultivadores primeros de las lenguas de la India, de la China, del Japón, del Congo, de Méjico, de Guatemala, de Venezuela, Ecuador, Perú, Chile, Paraguay, Brasil y otras regiones americanas, así como de los múltiples idiomas de Océania, contándose por centenares dichos escritores españoles, cuyos trabajos gramaticales vienen hoy siendo reproducidos y editados en Francia y Alemania para el estudio de aquellas lenguas (1). No nos detendremos en su enumeración, porque nos llevaría mucho más lejos de lo que hace á nuestro objeto: limitámonos á mencionar algunos de los más salientes en los idiomas del cla-

(1) Sobre los muchos autores españoles á que aludimos, si bien no existe una reseña crítica completa, ni aun se encuentra una enumeración total de los mismos en un sólo libro, hállanse noticias de los más antiguos ya en las BIBLIOTECAS generales, como en las de Wolf, Asemani etc., ya en las de autores españoles como la de Nicolás Antonio, y la en buena parte fundada sobre ella, de Rodríguez de Castro; en la de Casiri, por lo que hace á los arabistas, y en otros tratados biográficos y bibliográficos. Citemos entre estos, la *Bibliothèque* etc. de Backer (edic. aument.); la *Biblioteca Hispano-Americana* etc. de Bérstein y Souza; la *Biografie universelle* etc.; la *Bibliografía general eclesiástica*; la *Biblioteca americana* de Leclerc; la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI* etc. de Icazbalceta; la *Bibliothèque Mexico-Guatémaliennne* de Brasseur de Bourbourg; el *Dicc. biogr. gen. de Chile*, de Figueroa; la *Bibliothèque Sinica* etc. de Cordier; la *China monumentis etc. illustrata* de Kircher; la *Bibliothèque orientale* etc. con suplem. de Videlou y Galand; la *Bibliograph. japonaise* de Pagés, y multitud de trabajos análogos. Como catálogos especiales merecen singular mención el de *La ciencia española* (t. III) de Menéndez Pelayo, y el reciente estudio de Dahlmann *Die Sprachkunde und die Missionen* (publ. en la Revista alemana *Stimmen* etc.) Merecen ser mencionados también aquí la *Concise Bibliography Spanish Grammars and Dictionaries* de Knapp, la *Biblioteca histórica de la Filología castellana* de La Viñaza, y el trabajo bibliográfico del mismo autor, publicado en Lisboa: *Escritos de los Portugueses y Castellanos referentes á las lenguas de China y el Japón*.

sicismo y semitismo, que es cuanto basta para hacer contraste con los filólogos extranjeros antes citados, siquiera no podamos olvidar que el inmenso caudal léxico y gramatical de las regiones á que acabamos de aludir, reunido por españoles, es un tesoro para la Gramática comparada de cuya posesión sólo España puede gloriarse.

En el siglo XVI figuran como semitistas notables: Arias Montano, con las *Antiquitates Judaicae*; *De Varia in Bibl. hebraicis lectione, ac de Masoreth ratione atque usu*; *De Hebraicorum lib. script. et lectione*, entre otros trabajos y traducciones. Alfonso de Zamora, con su *Vocabularium hebraicum atque chaldaicum, é Introductiones Artis gramm. hebraicae*; su *Vocabularium breve*, y *Brevis Tractatus de Orthographia hebraica*. Martínez Cantalapiedra, *Instit. in ling. sanctam*, con el apéndice de las *Instit. in ling. chald.* Mateo Adriano, *Introd. in ling. hebraicum*. Díaz Paterniano, *Gram. caldea*. Alcalá, *Arte para ligeramente saber la lengua arábica*, *El Vocabulista arábigo* etc.; J. López, *Arte y Vocabulario en lengua árabe*. Bautista Pérez, *Dictionarium arabicum*. Las obras de Alcalá fueron los libros sobre árabe que primero se imprimieron en Europa.

Helenistas distinguidos del mismo siglo: los citados Arias Montano con su *Lexicon graecum é Inst. ling. graecae*, y Zamora, *Interpretationes hebr. chal. graecorumque nominum V. ac N. Testamenti*, y *Catalogus eorum quae, in utroque Testamento aliter scripta sunt vitioscriptorum, quam in hebr. et graeco* etc. Antonio de Nebrija, *Instit. graecae linguae*, también hebraista. Arias Barbosa, *De Prosodia Relectiones*. Alejo de Vanegas, *Tratado de Orthographia y acentos de las tres lenguas principales*. El Brocense, *Grammatica graeca*, traductor de varias obras griegas. Luis Vives, traductor de la *Areopagitica* y el *Nicocles* de Isócrates. P. Simón Abril, *La Gramática griega escrita en leng. castellana* etc.; *Comparación de la lengua latina con la griega*; es traductor al castellano de la *Ethica* y de la *Política* de Aristóteles, la *Medea* de Eurípides, el *Crátilo* y *Gorgias* de Platón, oraciones de Demóstenes y Esquines, y otros trabajos de escritores griegos y Santos Padres. Del Comendador griego es además de la versión latina de los Setenta en la *Complutense*, la *Basilii Magni Oratio Hortatoria* etc.; *Demetrii Moschi Laconis quae circa Helenam et Alexandrum*, etc. J. de Vergara, traductor al latín de la *Metafísica* y otros tratados de Aristóteles. E. de Vergara, autor de los cinco libros *De graecae linguae Gramm.*, y primer traductor al latín de nueve Homilias de S. Basilio, y de los *Proymnasmas* de Theón sofista. Hurtado

de Mendoza, el primer colector español de códices griegos en su siglo (seguido del ilustre crítico Páez de Castro, iniciador de una restauración de Aristóteles y Platón), traductor de Aristóteles, y autor de la *Paraphrasis in totum Aristotelem*. A. Laguna, traductor al latín de Aristóteles, de los Diálogos de Luciano *Tragopodagra* y *Ocypus*, *Galení Liber de hist. philosophica*, y de otros escritores griegos. Antonio Agustín, colector como Páez y Hurtado, de manuscritos griegos, traductor al castellano de la *Cyropedia* de Jenofonte, entre cuyos trabajos está la *Constitutionum graec. Codicis Justiniani Collectio et Interpretatio*. F. de Escobar, que emprendió una nueva versión lat. de la *Retórica* de Aristóteles, corrigiendo las de Hermolao y Trapezuncio, y publicó las *Exercitationes Aphthonii Sophistae*, y *De Octo Quartum Orationis constructione liber*. P. Juan Núñez, además de sus trabajos acerca de Aristóteles y otros, es autor de las *Instit. Gramm. linguae graecae*, *Grammatica linguae graecae*, *De mutatione linguae graecae in latinam*; *Explanatio in Dionysium Aphrum*; *Phrynici Epitome Atticarum libri III, sive Ecloga a Petro Nunnesio integritati restituta, latine conversa: In Homerum et in Aristotelem observationes* etc.; *In Procli Chrestomatiam poeticam Notae*. Martín de Roa, *De Accentu et recta in latinis, hebraicis, graecis et barbaris vocabulis pronuntiatione*. L. Palmireno, autor del *Enchiridian graecae linguae*. Aquiles Estazo, traductor al latín de muchos Padres griegos y de escritores clásicos.

Con estos y otros filólogos que omitimos, pueden figurar sin desdoro los que en el siglo XVI aparecen en España como aristotélicos clásicos, helenistas de primer orden al mismo tiempo que filósofos y críticos distinguidos. Ginés de Sepúlveda traduciendo del griego a Aristóteles y poniendo en latín el Comentario a la *Metafisica* de Alejandro de Afrodisia; el citado J. de Vergara traduciendo también para la edición de Aristóteles proyectada por el Card. Cisneros, la *Metafisica*, *De Anima* etc.; el mencionado Páez de Castro, crítico notable de Aristóteles y Platón, fundando con Diego de Mendoza la *Academia Aristotélica* para la corrección del texto original del Estagirita; Simón Abril, J. Monzó, F. Ruiz y el platónico Fox Morcillo, entre otros muchos, con sus versiones, comentarios é interpretaciones aristotélicas ó aristotélico-platónicas, llevan muy alto el nombre del saber español en su siglo, y reclaman justamente lugar distinguido al lado de los autores antes mencionados en la historia de la Filología clásica general.

Latinistas: Antonio de Nebrija, autor de las celebradas *In-*

roductiones in latinam grammaticam, de las *Repetitiones*, de varios trabajos léxicos, entre ellos el *Dictionarium latino-hispanicum et hispano-latinum*, tratando además de ortografía latina, de la acentuación, pronunciación y palabras y diccionnes bárbaras; de *Ponderibus*, de *Mensuris*, de *Numeris*, de *Asse*, etc. Suyos son también los trabajos *Artis Rhetoricae compendiosa coaptatio ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano*; *Ecphrases in Virgilio opera admodum familiares*; *In Aratorum Paraphrasis*; *P. Therentii Aphri Comoediae etc. recognitae*; *Aurea hymnorum expositio*; *Aurelii Prudentii Clementis libelli cum commento*; *Coellii, Sedulii, Paschale Opus cum paraphrasi*, y otros. J. de Miravet, *De Grammatica*, representante de la escuela nominalista, impugnada y vencida por Nebrija. Luis Vives, *Linguae latinae exercitatio*; *In Bucolica Vergilii Interpretatio*; *In Georgica Vergilii Praelectio*; *De ratione dicendi libri III*; *De Consultatione*; *De Disciplinis*; *In quartum Rethoricorum ad Heremnum Praelectio* etc. A. de Victoria —Nicaner—, editor crítico de Silio Itálico. El Pinciano —Hernán Núñez, Comendador Griego—, *Castigationes in Pomponium Mellam*; *Observationes in loca obscura aut depravata Hist. Naturalis C. Plinii*; *In omnia L. Anneai Senecae Philosophi scripta* etc. *Castigationes utilissimae*. Obras todas ellas que son modelo de crítica y buen sentido filológico. Justo Lipsio ha calificado á la última de *germanae criticae exemplar*. Ginés de Sepúlveda, *De correctione anni et mensium romanorum*; *Pro Alberto Pio... contra Erasmus*, y sus traducciones y obras originales con espíritu del clasicismo. Oliver, editor y corrector de Pomponio Mela, anotador de Cicerón y Plinio. A. de Gouvea, editor de Virgilio y Terencio, corrector y comentarista de Marco Tulio. Petreyo, anotador de Séneca, traductor al latín de las comedias de Ariosto. Antonio Agustín, *In M. Terentium Varronem, De lingua latina Emendationes et Notae*; *Fragmenta veterum historicorum*, etc. Sus *In sextum Pompeium Festum Notae*, han sido encomiadas por Otf. Müller como uno de los trabajos más perfectos en su género, y tiene el mérito Antonio Agustín de haber sido el primer editor de los fragmentos de Festo. P. Chacón, autor de preciados trabajos sobre epigrafía, numismática etc.; de escolios á Salustio y Julio César; comentador de Pomponio Mela, Plinio, Varrón y Séneca; anotador de las *Etimologías* de San Isidoro, del *Octavio* de Minucio Félix, de Arnobio, de Tertuliano, de S. Jerónimo, etc. F. Sánchez de las Brozas —el Brocense—, *Verae Gramm. latinae Institutiones*; *Minerva, seu de causis linguae*

latinae; De interpretationibus plus quam etimologicis; De arte dicendi; Organum dialecticum et rethoricum; y prescindiendo de otros estudios, sus Anotaciones al Arte Poética de Horacio, su edición con escolios de Persio; Anotaciones al Ternario de Ausonio y al Ibis de Ovidio; Comentarios á Alciato; edición corregida de Pomponio Mela; Escolios á las Silvas de Angel Poliziano, maestro de varios filólogos españoles, entre ellos de Arias Barbosa. Aquiles Estazo, Anotaciones á Marco Tulio; Comentario al Arte Poética de Horacio; Notas á Suetonio De claris Grammaticis et de Rhetoribus illustribus; Comentario á Catulo y Tibulo; observationum in varia latinorum scriptorum loca Liber singularis. T. Correa, Ex planaciones al Arte Poética de Horacio; De Prosodia; cinco libros De eloquentia; De antiquitate, dignitateque Poesis, et Poetarum differentiis; etc. S. Fox Morcillo, entre otras obras, De imitatione seu de informandi styli ratione. Ruiz de Azagra primer editor del poema atribuido á Gorippo Africano, De laudibus Justini Junioris. Y por no citar más, los Comentarios, Anotaciones y Críticas de Luis Carrión, Andrés Strany, Tomás Taxequet, de Andrés Sempere, y los libros de P. Simón Abril (traductor de Terencio y Cicerón) sobre lengua latina, así como los de L. Palmireno sobre el mismo idioma, entre los cuales aparecen trabajos con títulos tan expresivos como el De vera et facili imitatione Ciceronis, De Arte dicendi, Campi Eloquentiae etc.

En los siglos XVII y XVIII son de mencionar como semitistas, Onofre Fenollet, Institutiones ling. hebraicae; Martín Castillo, Arte Hebreo-hispano; Trilles, Instit. Sacrae ling. Hebraicae, etc.; Merchan y Foreiro cada uno con sus Leixicon hebraicum respectivo; Tavares, Ars hebraicae linguae, y Salazar con su gramática del mismo título. Valverde Gandía, Admonitiones quaedam contra Talmud, y traducción del rabino de algunos trabajos de David Quimjhi, Pérez Bayer, además de su Gramática hebrea, otros trabajos filológicos como su De Nummis Hebraeo-Samaritanis, el Apéndice sobre lo mismo publicado años después, y Del Alfabeto y lengua de los Fenicios. Puigblanch, Gramática hebrea, y Orchel, de cuyas teorías se dice eco el más conocido hebraísta español del siglo XIX; García Blanco, en su Diqduq, aunque en buena parte sus doctrinas son reproducción de las de la escuela holandesa de Schroeder.

Entre los varios arabistas habremos de recordar á Obelio Citeroni traductor de una Suma histórica arábica; Alonso del Castillo, Cartulario de documentos arábigos romanizados. Casiri, Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis; Rodríguez

Campomanes, traductor de una parte del Tratado de Agricultura de ben Alawan. J. A. Banqueri, traductor y anotador del mismo Tratado completo. F. Cañes, Gram. y Diccionario arábigo-español. Mariano Pizzi, Gramática de la lengua arábigo-erudita, Diccionario, é Introducción al estudio de la Paleografía árabe. P. Lozano, Paráfrasis árabe de la Tabla de Cebes. De la Torre, Ensayos sobre la Gramática y Poética de los Arabes; etc.

Entre los helenistas citaremos á Cohen de Lara, De convenientia vocabulorum Rabbincorum cum Graecis et quibusdam aliis linguis europaeis; Gonzalo Correas, Trilingüe de tres Artes de las tres lenguas castellana, latina y griega; Prototypi in graecam linguam. Tamayo de Vargas, Novus Musarum Chorus, sive novem illustrium e graecis foeminarum fragmenta. Ponce de León y F. Turriano, traductores ambos de los más notables de su tiempo, que pusieron en latín buen número de escritos de SS. Padres. E. M. de Villegas, Disertaciones filológicas. Jerónimo de Santa María, Etymologicum trium linguarum, latinae, graecae et hispanae. T. de Pinedo, Stephanus de Urbibus, Observationibus variarum linguarum ac praecipue hebraicae, phoeniciae, graecae et latinae detectis, illustratus. El ilustre Vicente Mariner de quien se refiere que compuso más de trescientos cincuenta mil versos latinos y griegos; traductor al castellano de casi todo Aristóteles, y al latín de las principales obras de la literatura y Patrología griega: poemas de Homero, obras de Hesiodo, escolios á Píndaro, Sófocles y Eurípides, libros de Proclo, Porfirio, de Juliano el Apóstata, de Filón, de Hipócrates, tratados de Eusebio, S. Atanasio, S. Metodio, etc., todo ha sido objeto de la actividad de Mariner, y traducido con gusto y corrección. El Deán M. Martí, Ammonii Hermetis versio de similibus et differentibus vocabulis, Notis et Commentariis illustrata; Martialis Disticha et Epigrammata aliquot graece expressa; Anotaciones á Homero y á Teócrito, etc. Bernardo de Zamora, Gramática griega filosófica, según el sistema del Brocense. Aponte, traductor de Homero; Elementos Ghefrianos. Goya y Muniain, edición griega y traducción de la Poética de Aristóteles. Scio de San Miguel, además de la versión de la Biblia, la de Los seis libros de Sacerdocio del Crisóstomo (texto griego y español); Coluthi Lycopolitae Thebani De raptu Helenae libellus, ex graecis in latina carmina conversus etc. Recordemos también entre los helenistas distinguidos, editores, correctores ó traductores, Ign. López de Ayala, Rodríguez Campomanes, Piquer, Berguizas, Estala, Prats y otros.

Son de este último una *Rythmica antiqua graecorum illustrata* y *Conjectura de poesi et musica veterum*.

Como latinistas, Tamayo de Vargas, *Auli Persii Flacci Satyrarum liber 6 In C. Plinium secundum*. M. E. Villegas, *Dissertationes criticas sobre Séneca, Tibulo, Propercio, Petronio, Marciano Capella, Claudiano, etc.* El Deán M. Martí, *Etymologicum magnum latinae linguae*, con otras obras filológicas. Cascales, entre otros trabajos latinos, sus *Cartas Philológicas*. Mateo Aymerich, *De vita et morte Latinae Linguae Paradoxa Philologica; Specimen veteris romanae litteraturae deperditae*. Mencionaremos también a Mayans y Siscar, Esteban Arteaga, J. F. Ortiz, Faustino Arévalo, quien se ha distinguido por sus ediciones críticas de Prudencio, Draconcio, Sedulio etc., y por su *Himnodia Hispana*, donde hace ver su erudición filológica y su doctrina.

Por último, y como digna corona de la ilustración y saber filológico-clásicos españoles, levántase entre nuestros lingüistas el insigne Hervás Panduro, de cuya significación glotológica hablaremos en otro lugar, y cuyos trabajos comparativos abriendo el camino a la Gramática comparada, fueron sin disputa la base primera para el monumento de la Ciencia del Lenguaje, la cual viene a ser por sus precedentes de clasicismos en tiempos anteriores a su aparición, por los materiales lingüísticos estudiados gramaticalmente y aportados de todas las regiones del mundo, y por los comienzos mismos de comparación sistemática en ellos, ciencia muy genuina y propiamente española.

Mas si bien el renacimiento ha aportado a la filología elementos de significación, fuerza es reconocer que distaba muy mucho de lo que debiera constituir la verdadera ciencia gramatical; y es que la idea de estudios comparados alma de toda empresa gramatical científicamente entendida les faltaba entonces como en los primeros tiempos de la filología griega y romana. Así se explican las extravagantes etimologías excogitadas, que recuerdan las del tiempo de Varrón y Macrobio; el estrecho criterio sobre las relaciones de las lenguas griega y latina únicas que solían ser comparadas entonces a la manera que lo hacía ya en

tiempo de Sylva el gramático Tyraniion (1); las teorías exageradas sobre construcción gramatical, como la de la elipsis, que el Brocense tanto generalizó en la gramática latina y Lamberti Bos en la griega; la falta de sistema en lo que se refiere a la parte morfológica y de declinación verbal y nominal (2); y, en general, el abandono de todos los medios de investigación propiamente científica.

El latín clásico había desaparecido, las lenguas románicas se presentaban en pleno dominio del orbe; el clasicismo griego se había fundido en el *κοινή διαλεκτος*, y éste a su vez vino a desaparecer ante el empuje avasallador del griego bizantino, cuya distancia del griego clásico no podía ser ni era considerada como puramente accidental; pero en todos esos problemas tan importantes y significativos, tan generales y fáciles de advertir, y que tan grandes aparecen para los siglos posteriores, los sabios del renacimiento nada ven apenas, casi nada encuentran digno de su atención y pasan sobre ellos sin reparar en su alcance, ni adivinar siquiera el lugar filológico que legítimamente les correspondía.

La historia interior y exterior del griego hasta los tiempos modernos, ofrece varios problemas de solución insegura todavía. Entre ellos es de los principales el determinar la subsistencia ó no subsistencia de los dialectos clásicos en el neo-

(1) Aludimos a su libro intitulado *Περί της ρωμαϊκής διαλεκτου ου εστιν εκ της ελληνικης*, encaminado, como dice su título, a demostrar la filiación griega del latín.

(2) Bien sabido es lo que significaba en las lenguas semíticas, en hebreo principalmente, el terrible capítulo *de mutatione punctorum*, y no es menester hablar del inextricable laberinto de la conjugación griega. La declinación que en tiempo de Teodosión y Chorboscós se explicaba por 56 modelos (comprendidos todos los géneros) llegó a reducirse a 10 y luego a 5 y a 3, número que prevaleció hasta nuestros días.

griego. La escuela antigua, entre cuyos distinguidos seguidores se cuenta E. Egger, defiende la permanencia de las formas dialectales del clasicismo á través de las transformaciones del griego moderno. La escuela nueva, no halla vestigios de esta transmisión de formas, ni las descubre en el análisis fonético y morfológico del griego medioeval. La primera hace del neo-griego una mezcla de todos los antiguos dialectos á la vez, en especial del eólico y variantes lesbianas, jónico y dórico, sin exceptuar por eso los demás subdialectos y formas menos significadas. La segunda desecha todo dialectismo del neo-griego, explicando la morfología de éste sin intervención dialectal diversa, cuya conservación en las nuevas formas de la lengua ni aparece históricamente demostrada, ni filológicamente se llega á evidenciar. En esta teoría, sobre el material del griego antiguo con las alteraciones y mezclas consiguientes, se establece que las formas generalmente reputadas resultante de los dialectos clásicos, deben explicarse por reglas fonéticas peculiares del neo-griego, y en algunos casos por influencia de la analogía. Es innegable que esta explicación basta teóricamente para solucionar el problema, y que con ella puede responderse á todos los reparos de los partidarios de la antigua escuela; pero la cuestión de la subsistencia ó no subsistencia de los dialectos clásicos es sobre todo histórica, y á la vista de los hechos solamente puede resolverse. Estos á primera vista pudieran reputarse favorables á la antigua escuela, toda vez que no faltan, sobre todo en las viejas inscripciones, muestras de la persistencia dialectal; pero en rigor lejos de demostrarse con datos semejantes la influencia de dichos dialectos en el griego bizantino, se prueba con ellos su extinción gradual y el retroceso y desaparición paulatina de las formas clásicas ante las propias y preponderantes del neo-griego. Cuando se han aducido tales argumentos en favor de la subsistencia clásica en la morfología helénica medioeval, no se ha reparado en que las formas antiguas no han podido desaparecer repentinamente del lenguaje, y que por lo mismo su permanencia en tiempos posteriores acusa un resto de tradición accidental más bien que un influjo activo y eficaz en el nuevo idioma de la Grecia; y esto es lo que evidentemente se deduce de la atenta observación de los hechos que marcan un descenso creciente de los restos dialectales, los cuales aparecen con frecuencia aislados y de todos modos infecundos, hasta su total desaparición.

Por varios caminos se ha ensayado llegar á esta conclusión que aceptamos con los partidarios de la nueva escuela helénica,

si bien ninguno de ellos nos parece suficiente por sí sólo para una demostración adecuada en la materia. Según el método de Chatzidakis el problema debe estudiarse sobre la economía fonética y morfológica del griego moderno, de tal suerte que una vez hallada explicación suficiente de los fenómenos lingüísticos dentro del idioma se deseche toda intervención dialectal. Chatzidakis ha puesto en práctica el procedimiento y explicado las formas neo-griegas sin recurrir al clasicismo. Pero en esta práctica se echa de ver fácilmente un tránsito del orden de la *posibilidad* al orden de los hechos y la falta de lógica que resulta al establecer que una cosa *es* sólo porque *pueda ser*. Y sin negar que en materias como la que nos ocupa, la posibilidad de adquisiciones propias hace verosímil la no intervención de las ajenas, esto no basta para una conclusión cierta, mientras en frente á la posibilidad aludida pueda invocarse la posibilidad de lo opuesto, con lo cual se explicarían igualmente las nuevas formas del idioma mencionado. En rigor con este sistema se incurre en una petición de principio; porque se trata de demostrar la no persistencia de los antiguos dialectos, y para ello se comienza por sentar implícitamente su desaparición, al apelar á un método en que se prescinde en absoluto de su existencia.

Según el método de Psichari debe estudiarse el griego de la Edad Media comenzando en el siglo X, y no hallándose en los monumentos de entonces y siglos posteriores influencia dialectal, puede concluirse que el griego moderno no participa de ella. Este procedimiento puede sin duda aplicarse á gran número de casos; pero la inducción se halla bastante incompleta desde el momento en que se considera que este sistema no tiene aplicación en los casos en que faltan documentos medioevales para observar ciertas formas que pudieran muy bien ser resultantes de los dialectos. Por otra parte nada obsta para que una forma dialectal desaparecida en los documentos del siglo X y posteriores, haya antes de esa época ejercido su influencia fonética y morfológica en el idioma, y perseverado por lo menos *virtualmente* en el lenguaje oral.

El método de Sóphoclis, adoptado en general por Pernot y por otros, es análogo al precedente, si bien más amplio y completo. Consiste en observar la marcha de la Gramática helénica desde la época alejandrina, y seguir á través de ella, mediante las inscripciones, las manifestaciones dialectales hasta su total desaparición del neo-griego. No nos consta la fecha de muchas inscripciones, ni éstas se refieren á todas las regiones, ni á todo el lenguaje griego. Pero esto que puede hacer insegura en al-

gún caso la aplicación del procedimiento, no impide sus garantías de verdad (1).

(1) En *Les inscriptions de Paros* del citado Pernot (*Biblioth. de l'École des Hautes Études*, t. 92), encontramos la aplicación detenida del procedimiento á buen número de selectas inscripciones griegas tomadas de Kirchhoff, Kaibel, Kauer etc. Con las más antiguas de éstas hace ver claramente Pernot la extinción gradual del dialecto jónico en Paros, y el predominio sucesivo de las formas comunes que hubieron de sustituir por completo á las formas dialectales. Y aunque en inscripciones menos antiguas de la misma procedencia (anteriores en algo más de un siglo á la era cristiana) se hallan todavía influencias innegables de los dialectos, es de advertir que su empleo no corresponde en manera alguna al lenguaje usual, sino al poético y literario. Por esto tal permanencia dialectal es más ficticia que real, más convencional que histórica; y su mismo empleo limitado á la forma poética y no moderado por otras normas que las arbitrarias del que escribe, es evidente prueba de que en realidad los dialectos cedían ante el lenguaje común y sólo podían conservar la vida artificial y efímera que dichas inscripciones revelan. Como ejemplo del aludido género de lenguaje mixto dialectal puede servir la elegante inscripción de *Dionisio Magnées*, diálogo sepulcral en que una mujer, Socratea, cuenta el prematuro y desgraciado fin de sus días:

- α Φράζε τίνος γόνεος, σέο τ' οὄνομα καὶ πόσιν αὐδα
Καὶ χρόνον εἰπέ, γύναι, καὶ πόλεως ὄθεν εἶ.
β Νείκανδρος γενέτωρ, πατρίς Παρος, οὄνομα δ' ἦν μοι
Σωκρατέα φθιμένην Παρμενίων δ' ἔθετο
5 Σύνλεκτρος τύμβω με· χάριν δέ μοι ὤπασε τήνδε,
Εὐδόξου ζωᾶς μνήμα καὶ ἐσομένοις.
Καί με πικρά, νεαρῶιο βρέφους ἀφύλακτος, Ἐρεινός
Αἰμορῦτοιο νόσον τερπνὸν ἔλυσε βιον.
Οὐδ' ὑπ' ἐμαῖς ὠδεῖσι τὸ νήπιον ἐς φάος ἦγον,
10 Ἄλλ' ὑπὸ γαστρὶ φίλα κεύθεται ἐν φθιμένοις.
Τρισσᾶς ἐκ δεκάδος δὲ πρὸς ἕξ ἐτέων χρόνον ἤλθον,
Ἄνδρὶ λιποῦσα τέκνων ἀρσενόπαιδα γονάν.
Δισσὰ δὲ πατρὶ λιποῦσα καὶ ἡμερῶν συνομύνα
Αὐτὰ ὑπὸ τριτάτω τόνδε λέλογχα τόπον.
15 γ Ἄλλὰ σὺ, παμβασιλεία θεά, πολυώνυμε Κούρα,
Τήνδ' ἄγ' ἐπ' εὐσεβέων χάρον ἐλοῦσα χερσός.
Τοῖς δὲ παρερχομένοισι θεὸς τέρπιν τινα δοίη
Εἴπασιν χαίρειν Σωκρατέα κατὰ γῆς.
(Διονύσιος Μάγνης ποιητής ἔγραψεν).

Tal es el texto como lo presenta Boeckh, que reproduce Pernot con las variantes de Jacobs y Kaibel, las cuales no son de mayor

Para trazar el cuadro más aproximado posible de las relaciones clásicas y neo-griegas, un procedimiento verdadero y adecuado debe juntar los métodos precedentes, investigando por medio de los últimos los hechos lingüísticos, y considerando por el primero la eficacia y aptitud del idioma griego para los fenómenos que ofrece, ya que la gramática histórica ha de resultar de la vida interior del lenguaje y de las circunstancias exteriores en que ésta se desarrolla. Por este método *ecléctico* ejecutado convenientemente sobre la historia interior y exterior del griego, pudiera deducirse con toda verosimilitud cuál haya

cuantía á nuestro objeto. En el cit. vol. 92 de la *Biblioth.* de altos estudios puede verse una buena traducción al griego moderno hecha por Pernot de esta inscripción, que permite comparar uno y otro lenguaje helénico.

En la inscripción métrica transcrita aparecen á primera vista reunidas en confuso conjunto formas *dóricas* y *jónicas*, formas puramente *poéticas* y formas *comunes*, indicio seguro de que los dialectos caminaban á la extinción. Formas *dóricas*, como *ζῶᾱς* —v. 1.^o—; *φίλα* —v. 10.^o—; *τρισσᾶς* —v. 11.^o—; *γοναν* —v. 12.^o—; *αὐτά* —v. 14.^o—; *Κούρα* —v. 15.^o— Formas *jónicas*, como *σέο* —v. 1.^o— (*σεῦ, σεῖο, σέο* en Homero y Heródoto); *οὄνομα* —v. 3.^o—; *ἐτέων* —v. 11.^o— (forma de genitivo que si se ha querido hallar en la prosa ática, ha sido sin motivo justificado y serio); *λέλογχα* —v. 14.^o—; *εὐσεβέων* —v. 16.^o—; *παρερχομένοισι* —v. 17.^o— (desinencia poética que alterna en las inscripciones con la terminación en *οις*). Formas de carácter *poético*, como *πόσιν* —v. 1.^o— (aunque se halla alguna vez en la prosa y úsalo Aristóteles, es harto raro su empleo); *οὐδα* —v. 1.^o— (en Homero, Píndaro y los trágicos); *γενέτωρ* —v. 3.^o— (en Eurípides, aunque alguna vez en Aristóteles y Heródoto); *φθιμένην* —v. 4.^o—; *σύνλεκτρος* —v. 5.^o— (Eurípides y Luciano); *ὤπασε* —v. 5.^o—; *ἐσομένοις* —v. 6.^o—; *αἰμορῦτοιο* —v. 8.^o—; *φάος* —v. 9.^o— (en la prosa es usada en los casos oblicuos); *φίλα* —v. 10.^o— (no usado en la prosa en el sentido de pronombre poses. que tiene); *κεύθεται* (en Homero y Eurípides, y sin uso en la prosa). Formas *comunes*, como *τίνος* —v. 1.^o—; *γόνεος* —v. 1.^o—; *πόλεως* —v. 2.^o—; *εἶ* —v. 2.^o— (jon. *εἶς*); *ἦν* —v. 3.^o— (jon. *ἔην*); *τήνδε* —v. 5.^o—; *μνήμα* —v. 6.^o— (y las demás que se contraponen por la vocalización á las formas dóricas señaladas); *νόσου* (jon. *νούσου*) —v. 8.^o—; *δισσά* —v. 13.^o— (jon. *διξά*) etc.

Análoga mescolanza se echa de ver en otras inscripciones, las cuales confirman lo que manifestamos arriba sobre la no existencia de la acción dialectal en la formación de griego moderno, una vez perdido el ascendiente y carácter que á los dialectos había correspondido.

sido el proceso de su transformación hasta nuestros días, y este criterio el que en definitiva llegará á imponerse por lo menos prácticamente.

De todas suertes las observaciones hechas en una ú otra forma hasta hoy, permiten establecer que si queda la persistencia dialectal lexicológica en neo-griego por conservación directa é indirecta de elementos del vocabulario de los dialectos antiguos, la morfología, la fonética y la sintaxis en la gramática neo-griega es independiente de los antiguos dialectos y aparece derivada de las formas del griego común.

Como en la transición del griego antiguo al griego bizantino, así en el tránsito del latín clásico al latín *románico* ofrécese problemas filológicos de no fácil solución, y sin duda más complicados en la historia de la lengua latina que en la del idioma helénico.

Las múltiples encontradas opiniones á que dieron lugar los fenómenos lingüísticos de las varias edades de la latinidad son prueba de la incertidumbre de sus evoluciones, la cual inseguridad reina todavía á pesar de los trabajos que hubieron de realizarse con sostenido empeño sobre la materia.

Prescindiendo de antiguas explicaciones sobre la formación del *romanismo*, alguna de las cuales puede remontarse hasta los tiempos de S. Isidoro, y que con el renacimiento (desde Leonardo Bruni) aparecen más ó menos superficialmente planteadas, hallamos ya dentro de la época de la Filología comparada teorías ciertamente inaceptables. Dos extremos principalmente encontramos entre los modernos acerca de la época de la formación del latín vulgar, á los cuales siguen otros varios de igual suerte menos probables sobre la *manera* como hubo de constituirse y la cronología de sus elementos diferenciales.

El primero de aquellos extremos confundiendo el latín vulgar con el denominado *bajo latín* de la *media é infima latinidad* de las escuelas y de la vida oficial posterior á la caída del Imperio, trae hasta las ruinas de éste los orígenes de aquel lenguaje. Opinión que Max Müller no dudó suscribir, á la cual vienen á parar Steinthal y Pott con su criterio de mescolanza lingüística en la fusión de las lenguas romances, y que en general es fondo común para los partidarios de las invasiones helénica, céltica ó germánica en el latinismo como razón diferencial de los idiomas de la *romantía*. El otro extremo está representado por los que contraponiendo el latín vulgar al latín literario hacen ambos lenguajes de formación paralela en los más apar-

tados tiempos del Lacio. Es doctrina á la cual conducen las afirmaciones de Fuchs y de Seelmann, entre otros, si no es que deba decirse fundamento de sus clasificaciones en la materia.

El primero de dichos extremos no necesita hoy ser refutado, pues los datos históricos que ora nos demuestran la existencia de un lenguaje vulgar, llámese *rusticitas*, *peregrinitas italica* etc., ora nos presentan ejemplos concretos del tal latín vulgar en la antigüedad romana; que nos ofrece ya monumentos escritos sobre todo epigráficos donde es dado hallar la latinidad rústica, ya ejemplares de contaminación dialectal itálica del oseo, ombrio, sabelio, piceno y demás variantes, constituyen para quien no cierre los ojos á la evidencia, prueba irrecusable en favor de un latín vulgar hablado mucho tiempo antes no sólo de la caída sino de la constitución del Imperio romano. Y no podía menos de suceder así, si la vida de la lengua latina no había de constituir una excepción singularísima en cuanto á la desmembración natural de los idiomas y su renovación y alteración proporcional al medio social en que se mantiene. Las invasiones militares tan frecuentes y significadas en los primitivos tiempos de Roma, los cambios de poblaciones coloniales, las deportaciones de pueblos casi íntegros, las emigraciones é inmigraciones entre los habitantes del Lacio y los *italiotes* del resto de la península, la admisión de estos últimos en las legiones, la extensión á los mismos del *jus connubii* y en general todos los medios de administración y régimen centralizadores empleados por Roma, conducían necesariamente á la difusión del latín al mismo tiempo que á su alteración sucesiva á través de las regiones dominadas.

No es más aceptable tampoco el segundo extremo señalado, que distingue el latín vulgar del literario cual dos idiomas colaterales y de evolución paralela. Ninguno de los monumentos conservados del latín literario y del latín vulgar autorizan para establecer una distinción tan marcada y para separar un lenguaje del otro. Ni el pueblo itálico hablando latín ha creído nunca poseer otro idioma que el de la Roma culta, siquiera tuviese sus variantes, ni las inscripciones de las provincias comparadas con las inscripciones de Roma aparecen constituyendo dos latinidades vaciadas en moldes diversos, ó con caracteres diferenciales que no sean de suyo reducibles á un tipo inmediato común y de explicación fácil dadas las condiciones del latín en el pueblo y del latín en las letras. Todos los argumentos que pueden aducirse contra la afirmación de que el latín vulgar es posterior á la caída de Roma, fundados en la existencia de este

latín en épocas precedentes, sirven igualmente contra los sostenedores de la aserción que venimos impugnando, con sólo establecer sobre ellos un examen comparativo de dicha latinidad y de la latinidad literaria de la cual viene á ser una simple variante.

Para colocarnos, pues, en el verdadero camino sobre la materia es menester comenzar por reconocer la unidad del latín saliendo del territorio del Lacio con el mismo carácter invasor que distinguía á los que allí lo hablaban, y sufriendo las transformaciones inevitables resultado del choque con los varios lenguajes de las regiones cuyo dominio intentaban alcanzar. El viejo latín trasplantado á las provincias itálicas y sucesivamente á las múltiples colonias de Roma, no podía mantenerse ni se sostuvo en su tipo primero, ni entró en las diversas comarcas de la *romantia* en las mismas condiciones, ni desplegó las mismas energías en las regiones conquistadas, ni acabó á un mismo tiempo con el habla propia de los sometidos. De aquí que no pueda presentarse una norma absoluta, si no muy relativa, de la cronología latina, y que con ser la latinidad vulgar de una antigüedad indisputable en conjunto, ofrezca de hecho tantas alternativas como *cuerpo lingüístico*, cuando se busca su razón genética sobre el viejo latín de donde proviene; de aquí igualmente que con ofrecer variantes muy significadas en los países colonizados, no pueda contraponerse en condición de lenguaje diverso al lenguaje del Lacio, del cual apenas pudiera decirse formación dialectal.

Cual haya sido la manera de constituirse el latín vulgar al contacto con formas lingüísticas extrañas, es también objeto de discusión filológica. Dada la verdad de una época de *latinidad única*, cabe preguntar si al perder ésta su integridad con el fraccionamiento del latín vulgar, se ha dado lugar á un *polidialectismo* originario que se haya difundido por modo cada vez más divergente y alejándose siempre de su centro primero, ó se ha mantenido dentro de normas determinadas la evolución lingüística sin seguir aquella dirección. La teoría de Sittl (*Die lokalen Verschiedenheiten der lat. Sprache*) que establece dicha expansión creciente polidialectal para la difusión del latín, conduce á la conclusión por él mismo aceptada, de que cuanto más lejos vaya el latín y más diste de su centro primitivo, más habrá de alterarse y desfigurarse, perdiendo en *intensión* lo que va sucesivamente ganando en *extensión*. Por el contrario, no admitiendo tal fuerza expansiva, la conclusión puede ser la inversa de la precedente; esto es, que tanto menos

habrá de alterarse el idioma latino cuanto más alejado se halle de su centro, y habrá de conservarse más de su *intensión* cuanto vaya más lejos su *extensión*. Los hechos en efecto que son en este punto el medio legítimo de resolver, están sin duda en favor de esta última doctrina, y nos hacen ver que el latín se ha alterado incomparablemente más pronto en contacto con los dialectos itálicos, que en regiones apartadas á donde si tardó más en llegar, también se mantuvo con más seguridad y persistencia relativa en sus formas. En rigor no es esto más que el fenómeno natural que se observa en todas las lenguas cuando traspasan su territorio primero; si en el medio social á donde son trasladadas se habla un lenguaje próximamente emparentado con el que de nuevo se introduce, la asimilación mutua no tarda en aparecer, con el detrimento consiguiente en la integridad de las lenguas que se encuentran; pero las dificultades para la fusión ó contaminación de formas y por lo mismo para la alteración lingüística, serán por el contrario tanto mayores cuanto aquellos idiomas estén entre sí más distanciados. El latín, pues, hubo de sufrir sus alteraciones no proporcionalmente á la distancia de los puntos á que llegó, sino en relación con la mayor ó menor proximidad de las lenguas con que encontró; y siendo en general los antiguos dialectos itálicos más similares al latín que las lenguas de otros países más distantes, dicho se está que la alteración dialectal hubo de verificarse á la inversa de lo que dice Sittl, y de conformidad con lo que dejamos indicado.

En cuanto á la *gradación evolutiva* de la lengua del Lacio para llegar al romanismo general, si bien las explicaciones convienen en una norma genérica de transición dialectal, no así en la determinación concreta de ésta. Fuchs (*Die roman. Sprachen in ihrem Verhält. zum Lat.*), admite un latín *literario* como lengua uniforme ó mejor uniformada; un latín *vulgar* polidialectal y sin unidad alguna, variando en cada provincia y en cada región de una misma provincia; y finalmente un latín *popular* (*Volkslatein*), ó sea el *sermo rusticus* hablado en el Lacio y transmitido por las legiones á las provincias conquistadas, donde vino á ser como lenguaje semioficial ó intermedio de los dos extremos de latinidad indicados, el latín literario y el latín múltiple, vulgar ó provincial. Esta misma teoría es aceptada por Seelmann (*Ausspr. des Latein*) y por otros posteriores, entre los cuales puede contarse también F. Stolz (*Historische Gramm. der lat. Sprache*).

Por su parte Jordán (*Kritische Beitr.*) distingue un latín

clásico, que era el de los literatos romanos; un latín *municipal*, lenguaje semipopular de unidad en el conjunto, usado en la vida oficial en las provincias; y un latín *rústico* sin unidad, que era empleado por el pueblo bajo y en las poblaciones rurales. El latín municipal intermedio entre el oficial y el rústico, fué el fundamento de las lenguas romances según esta opinión. De una manera análoga, abandonando sus primeras doctrinas, vino últimamente Sittl a defender una triple latinidad en esta forma: el *sermo cottidianus sive consuetudo*, ó sea el latín de las letras y de la alta sociedad; el *oppidanum genus dicendi*, ó lenguaje menos correcto usado en los municipios, empleado por los magistrados etc.; y la *rusticitas* de la gente del campo diversa en cada localidad y múltiples por lo mismo en todo el Imperio. Sittl pretende explicar por el *oppidanum genus dicendi* el lenguaje casi uniforme de las inscripciones de las provincias romanas; pero, como advierte Mohl, el verdadero latín vulgar según sus principios no puede ser otro más que la *rusticitas* polidialectal aludida. Y esto es el punto en que vienen a discrepar totalmente la doctrina de Sittl de la de Jordán en orden a la constitución del romanismo. F. J. Mohl (*Introd. à la chronolog. du lat. vulgaire* — en la *Biblioth. de V'Ecole des Hautes Etudes*, vol. 122) — establece como base del latín vulgar, el latín de las regiones de Italia ya alterado por la acción de los varios dialectos, sin la intervención directa del latín de las demás regiones, y propone que se denomine aquel latín *itálico* por oposición al latín *rústico* de éstas. La *peregrina insolentia*, pues, de que habla Cicerón y que aconseja ha de evitarse de igual suerte que la *rustica asperitas* (*De Orat.* III, XII), señalaría según eso lo que pudiera decirse *peregrinitas itálica*, ó sea la mezcla más ó menos acentuada de elementos dialectales itálicos, del osco, ombrio, sabino etc., cuyo conjunto hubo de esparcir luego los gérmenes del latín vulgar.

Finalmente Max Bonnet (*Le latin de Grégoire de Tours*), apartándose de las corrientes hacia el polidialectismo que incluyen las anteriores opiniones, establece como tesis que el latín hablado en el imperio romano, en el cual están redactadas las inscripciones de donde brotaron las lenguas del romanismo, no es otra cosa que el latín literario articulado por la masa popular, y por lo mismo que en realidad y hablando en rigor no existe latín vulgar distinto del latín clásico, ni han lugar las gradaciones múltiples que se intentan establecer.

Si se inquietan las causas de las divergencias de estas teorías, hállanse desde luego en la falta de un legítimo criterio

para establecer la gradación de las fases de latinidad, lo cual las hace en gran parte subjetivas; en la deficiencia de comprobantes que justifiquen debidamente las diversas formas lingüísticas que se establecen, y en la vaguedad misma de la palabra *latín vulgar*, cuyo alcance no es igual para todos, ni aparece definido convenientemente, ni es posible describir sin colocarse en un punto de vista de alguna manera convencional. Todo ello hace que tengan parte legítima y aceptable todas las mencionadas opiniones y parte inadmisibles y gratuitas, según como se consideren. Así la teoría de Fuchs y Seelman envuelve el defecto grave de separar totalmente y gratuitamente el latín literario y el vulgar, pero está en la verdad al colocar como base del *Volkslatein* el latín del Lacio, de donde debían tomar colorido especial permanente todas las variantes latinas posteriores. Las doctrinas de Jordán, Sittl etc. tropiezan con el inconveniente de una doble inverosimilitud: la de hacer sucumbir los idiomas de las provincias ante el impulso desigual é inestable de un lenguaje oficial y de curia, según el primero, ó bajo la acción no menos débil é ineficaz del latín rústico, según el segundo; y la de buscar en simples latinismos *oficiales* una fundamental gradación más del lenguaje, lo cual resulta insubstancial y casi ridículo. Pero llevan la ventaja el segundo en remontar a los orígenes mismos de la colonización romana los principios del latín vulgar, y el primero en establecer fundamentalmente las concordancias del latín de las inscripciones y del latín popular como preliminar de su teoría, llegando a concluir la identidad de sus líneas generales de la latinidad vulgar y de la epigráfica de la época imperial en todas las regiones del Imperio, con lo cual aparece que el latín de las inscripciones dichas representa el latín popular de las provincias romanas en la época señalada. La doctrina de Max Bonnet hace constar la verdad de un latín primitivo centro de todo el movimiento de la lengua en las diversas etapas de su historia, pero exagerando su unidad de tal modo que es menester negar la historia misma para asentir á las aseveraciones de aquel escritor. Representa su teoría el extremo opuesto al de las que llevan á las formas varias del latín una autonomía casi absoluta, y por lo mismo su defecto está en no reconocer lo que hay de verdadero en estas teorías, como su mérito es el oponerse á las exageraciones polidialectales de las mismas.

*Tenemos, pues, en conclusión, que el latín vulgar no puede considerarse como una lengua especial formada del latín literario, ni tampoco puede confundirse con el mismo latín litera-

rio en la significación ordinaria de la palabra. Son las fases históricas diversas por más de un concepto que ofrece la lengua propia de la región antigua del Lacio al propagarse entre los demás pueblos itálicos primero, y al extenderse luego á las provincias del Imperio, en cuanto se refieren á la misma latinidad en su tipo primitivo. En el latín vulgar no puede buscarse unidad histórico-genética ni unidad léxica, por cuanto las etapas de esta latinidad vulgar tienen su razón de ser en el contacto lingüístico del latín con idiomas de otros pueblos, el cual ni ha sido simultáneo en las regiones sucesivamente subordinadas á Roma, ni ha estado sujeto á las mismas vicisitudes, ni finalmente podía producir iguales fenómenos de alteración siendo tan diversa la condición de los idiomas con que hubo de encontrar el lenguaje romano. La historia, pues, del latín vulgar comienza con la historia del viejo latín del Lacio al extenderse entre los dialectos itálicos; de aquí nace primero una como contaminación del latín con dichos dialectos, luego una asimilación según el carácter de éstos, y finalmente una cierta absorción del latinismo, con lo cual se originaron las variantes que podremos llamar dialectos latino-itálicos, formados á semejanza de los tipos absorbentes, pero que en último término señalaban el triunfo definitivo del latín y abrían el camino de la corrupción y de la extinción para los lenguajes antiguos. El latín entre los pueblos sabelicos comenzó su influencia marcada antes de la *Guerra social*, por lo menos como lenguaje oficial, según lo demuestran multitud de inscripciones aducidas á este objeto por Mommsem, sin que llegase á dominar por completo, sin embargo, y sin excluir el uso de las lenguas de dichos pueblos en la vida común, de lo cual quedan pruebas concluyentes en la epigrafía *prelatina* de los sabelios. El ombrio entró sin dificultad en alianzas con la lengua del Lacio, las cuales eran facilitadas por las circunstancias de los pueblos que hablaban aquel lenguaje y por las afinidades del mismo con el latín. Fijar la cronología de transformación lingüística, es cosa muy aventurada, y acerca de la cual sólo se procede por conjeturas. El oscó fué sin duda entre los dialectos itálicos el que más se resistió al influjo latino, continuando su dominio pujante aun en el tiempo de la *Guerra social*, y ejerciendo después de ella influencia bastante duradera, aunque quebrantada paulatinamente por las invasiones latinas que al fin hubieron de rendirlo.

Mientras así se efectuaba la latinización de los pueblos itálicos llevados por un movimiento insensible hacia la unifica-

ción lingüística, en las otras provincias del Imperio tendiase á realizar la misma unificación por el procedimiento contrario, imponiendo el latín con carácter oficial, y tratando de expulsar los idiomas indígenas por medios calculados que desde los tiempos de Augusto se emplearon constantemente. La sustitución de lenguajes en Italia como más natural y espontánea, fué lenta y tardía; la que se ensayó en todas las regiones de la *romania*, artificial y estudiada, llegó pronto á realizarse de una manera casi absoluta; en el tiempo que corre desde el siglo I al IV de la Era cristiana consiguióse latinizar aún las provincias más lejanas del Imperio, pudiendo decirse que á la caída de éste habiase acabado la obra de latinización, siquiera quedasen raros ejemplares de lenguas anteriores, de los cuales algunos, como el vascuence en España, viven todavía. Esta misma manera artificial y rápida de romanización de las provincias contribuyó no poco á que las lenguas bárbaras para los romanos, ejerciesen influencias harto transitorias sobre el latín, y en grado muy inferior al de los dialectos itálicos sobre dicho idioma. Mucho se ha escrito y hablado, á fin de explicar la formación del latín vulgar, por las contaminaciones léxicas y fonéticas de éste con las lenguas indígenas en la vasta dominación romana; pero es lo cierto que los esfuerzos y solicitud de los romanistas en sorprender reminiscencias célticas, ibéricas, púnicas, etruscas etc., sólo han servido para evidenciar que si estos idiomas singularmente el céltico por sus afinidades con los dialectos itálicos, han determinado la elaboración de ciertas formas del latín vulgar y han influido en la onomatología geográfica, ha sido muy escasa la importación de sus elementos para constituir la lengua general del romanismo. Es esto un hecho que merece ser tomado en cuenta contra las afirmaciones corrientes, y en el cual se han fijado ya Thurneysen (*Keltoromanisches*), Schuchardt (*Litteraturblatt Germ. Roman. Phil.* —1885—) y últimamente F. G. Mohl (*Chronologie du lat. vulg.*).

Sin negar el influjo, más transitorio que permanente, de las lenguas anteriores á la invasión del latín (1) al encontrarse con

(1) Sería extremar las cosas en demasía negar como hace Mohl (ob. cit.), toda acción fonética sobre el latín al habla de cada pueblo sujeto á la dominación romana; pues la lengua que al salir del Lacio pudo ser influida por los dialectos itálicos, como el profesor de Praga reconoce y es evidente, también al salir del territorio itálico, pudo igualmente experimentar el influjo de extraños lenguajes, siquie-

éste en las comunicaciones de la vida oficial y de la vida común en labios de la masa popular indocta, el análisis léxico no permite dudar que la latinidad se impuso en definitiva casi sola sobre los demás idiomas, con las alteraciones que ya antes había experimentado al contacto con los dialectos itálicos; y la fonética histórica conducen también a la conclusión de que los principales fenómenos en la alteración de sonidos latinos, no son producto de las lenguas habladas en las provincias que hubieron de constituir la romanía, sino que antes aparecen ya en la latinidad de Italia, de donde se difundieron con las invasiones militares, imposiciones legales y de administración, y por todos los medios que pusieron en contacto la población itálica con el resto del Imperio. Significamos con esto que así como existió una *prioridad histórica* en la alteración del latín del Lacio al contacto con los dialectos itálicos, de igual suerte el alterado latín itálico obtuvo *prioridad histórica* en la formación de los dialectos románicos y sobre las lenguas preexistentes

ra no haya perfecto paralelismo de condiciones en uno y otro caso. Por eso Schuchardt, poco partidario del dominio léxico céltico, atribuye á éste (*Gröbers Zeitschrift*, 1880) influencias fonéticas importantes que se dejaron sentir hondamente en el romanismo. Gröber en su *Grundriss I*, habla en el mismo sentido. Por su parte Hirt (*Indogerum. Forschungen*) escribe, no sin exagerar un tanto las influencias de las lenguas *pre-románicas*: "Wir haben jetzt das Spanische, das Französische, das Italianische u. s. w., die sich aus dem Lateinischen entwickelt haben. So viel Dialekte es hier vor der Einführung der neuen Sprache gegeben hat, so viel Dialekte muss es auch nach her gegeben haben. Der Spanier konnte eben nur ein Spanisch-Romanisch (besser: Ibero-Romanisch) sprechen, und der Kelte ein Keltisch-Romanisch (genauer, Gallo-Romanisch) u. s. w." Traduciendo casi los anteriores conceptos, dice W. Forster (*Caus. philolog.* — *Bulletin de la Soc. Ramond* — 1898): "On parlait en Espagne l' Ibère, en France le Gaulois, en Suisse le Rétois.... Mais précisément cette langue primitive, tout-a-fait différente du latin, explique la différence de l' espagnol, du français, du rétoroman, de l' Italien...." De conformidad con esto afirma Windisch (*Grundriss de Gröber*, I): "Es ist selbstverständlich, dass die lateinische Sprache im Munde der Römer und in Munde der Eingeborenen je nach dem Laude einen dialektisch verschiedenen Charakter annehmen musste.... Schon die lateinische Volkssprache Südgalliens war verschieden von der Nordgalliens und beide verschieden von der Spaniens und der Italiens." Sobre lo cual concluye Hempl (*Transactions etc. of the Amer. Philological Association* 1898): "That we have here the explanation of much of the difference between

tes respecto de muchas alteraciones fonéticas del latín de provincias; las cuales alteraciones, como debidas á influencias análogas, pudieron con facilidad ser adoptadas y aún ampliadas en cada país, principalmente donde el habla romana venía á encontrarse con los idiomas mismos (como el celta) que en Italia ocasionaron ó cooperaron á la transformación latina. De esta suerte hubo de ser el latín itálico, y no las lenguas de cada región, la causa más activa al mismo tiempo que la más natural, en la formación de las lenguas vulgares.

Aunque no pueden reducirse á cuadros bien definivos las varias etapas del latín vulgar, fijándonos en sus principales manifestaciones cabe aceptar esta división en períodos, que tienen su base histórico-filológica: 1.º El período de formación de los dialectos latino-itálicos. 2.º El período de constitución y

the Romance languages of Spain and France and Italy. Y habe no doubt." De igual manera piensan Meyer-Lübke, G. Paris, H. Suchiery Axel Kock, en otros muchos. Este último fijase como en dato significativo para apreciar las mutuas influencias céltico-latinas, en el hecho de ser hijos de mujeres celtas y por ellas educados, la mayor parte de los descendientes de las primeras Colonizaciones romanas. Y blandade äktenskap talade väl padren oftast latin, escribe en su *Om Språkets förändring*, modren liksom större delen af omgifningen för öfrigt sa väl sin inhemska keltiska munart som ett med keltiska ljud upblandadt latin. Under dessa förhållanden fick latinet hos nästa generation naturligtvis en stark färgning af keltiska ljud." Para apreciar, sin embargo, en su justo medio las anteriores afirmaciones y otras análogas, es necesario distinguir, según el criterio que señalamos en el texto, el punto de vista *histórico* del punto de vista *glotológico*. *Glitológicamente* las influencias en especial fonéticas de los dialectos prelatinos en el latín son indudables; *históricamente* no puede decirse que todas hayan tenido principio en los puntos donde se hallan y podían originarse; antes es verdad que en gran número han sido importadas con el latín mismo ya transformado anteriormente á su final expansión, y ejercieron su dominio después de una manera connatural y regular. "Nella Italia inferiore sotto il latino, dice C. Nigra (*La poesia popul. ital. — Romanía* — V) non v' è substrato se non Itálico; nell' Italia superiore sotto il Latino v' è un substrato Céltico.... Adottando la lingua dei vincitori, i Celti dell' Italia superiore pigliarono in sostanza, com' era naturale, il fondo lessicale e le forme grammaticali Latine etc." ¿Quién puede dudar de que este latín así influido por el celta, al salir de Italia llevó consigo todas sus ingerencias fonéticas, y que por lo mismo al llegar á otras regiones de lengua céltica lejos de recibir, hubo de dar ya hecho gran parte de lo que en otro caso pudiera formarse tardamente allí con el nuevo contacto lingüístico?

conformación general del latín en Italia. 3.º El período de conformación general del latín en el Imperio. 4.º El período de descomposición del latín vulgar imperial. El primer período se extiende desde que el latín sale del Lacio por las regiones itálicas hasta la *guerra social*, durante el cual se fracciona con alternativas varias la lengua latina al ser asimilada, sin asimilar, en lucha con la acción de los dialectos itálicos. El segundo período comprende desde la *Guerra social* hasta Augusto, y está caracterizado por la acción y reacción mutua de los dialectos itálicos y del latín del Lacio, cuya natural consecuencia fué el quebrantamiento de éste y de aquéllos, señalándose con ello la generalización y multiplicación de formas claramente *itálicas*, las cuales de una parte abrían decisiva brecha en los dialectos, y de otra triunfaban sobre las formas propiamente latinas, suplantándolas como lengua popular. El tercer período alcanza desde Augusto hasta últimos del siglo III y principios del IV; su carácter significase por la tendencia á hacer refluir sobre el latín itálico vulgar las formas del latín literario, ya perfectamente sistematizado, provocando una restauración unitaria en Italia; y fuera de Italia, en las provincias romanas, señalase por la influencia sistemática del latín oficial y administrativo sobre casi todos los idiomas del Imperio, hasta constituirse en lenguaje ordinario de los principales centros coloniales y semiordinario en las dependencias de éstos. El cuarto período, finalmente, abraza desde comienzos del siglo IV hasta la caída del Imperio, y durante este tiempo la unidad lingüística que más ó menos perfectamente se había realizado, se altera y descompone á medida que menguan los prestigios de Roma y el ascendiente de sus leyes y de su idioma. La decadencia romana, la amplitud casi autonómica de administración en las provincias, la translación de la capital del Imperio á Bizancio, y la tendencia de los pueblos bárbaros no bien latinizados á prescindir del habla impuesta, hicieron se rompiese el vínculo de la unidad latina y brotasen al punto por natural expansión multitud de dialectos que ocasionaron sucumbiese luego el habla romana (1).

(1) Para formar concepto de la evolución del latín y de los caminos que ha seguido en su historia, ya que ésta no se haya conseguido hacer todavía, merecen consultarse: Holtze, *Syntax. prisc. scrip. lat.*; Stolz, *Historische Gramm. d. latein. Sprache.*; Mohl, *Introd. á la Chronolog. du lat.*; Sittl, *Die lokal. Verschiedenheiten d. lat. Sprache*; Fuchs, *Die roman. Sprachen in ihren verhältn.*

«Los diplomas, dice Mohl (*Chronologie etc.*), que se remontan en Francia al año 528, en Italia á 513, en España á 547, nos ofrecen con el material epigráfico, las primeras fuentes direc-

zum Lat.; Planta, *Gramm. d. oskisch-umbrischen Dialekte*; Tocilescu, *Dacia inainte de Romant*; Pais, *La Sardegna prima del dominio romano*; Zvetiaiev, *Inscriptiones Ital. infer. dialect.*; Conway, *The italic dialects.*, y los estudios sobre *inscripciones itálicas* de Fabretti, sobre los *dialectos de la Italia inferior* de Mommsen, sobre *el ombrio* de Kirchoff y Aufrecht, sobre el *falisco* de Garrucci, sobre el *osco* de Euderis, Zwietaief etc. Vendryes, *Recherches sur l'hist. etc. de la intensité innit. en lat.*; Lindsay, *Die latein. Sprache* —tr. alem. de Nohl—; v. asimismo el *Manual lat.* de Dizksen, la *Sintaxis hist. lat.* de Draeger, la *Itala y Vulg.* de Ott, la *Hist. del lat. ecles.* de Koffmann, la *Itala y Vulgata* de Rönsch, el *Grundriss* de Gröbrer entre otros muchos trabajos que permiten seguir las alternativas del latín en su crecimiento y decadencia. Después de la labor clásica en la *Gramática comparada* de las lenguas romanas de F. Díez, se nos ofrece el trabajo más notable por la precisión y exactitud acerca de todos los resultados adquiridos hasta ahora en la materia, en la obra de W. Meyer-Lübke, *Die latein. Sprache in den rom. Ländern.*

La decadencia de la lengua latina y su transformación presenta en general sus semejanzas y analogías con la transformación y decadencia de la lengua griega desde la reducción dialectal en el *koiné dialektos* (el latín le tuvo igualmente en la unificación latino-itálica) hasta el desarrollo completo del helenismo *romaico*, con las diferencias consiguientes á las contingencias etnológicas y sociales de uno y otro idioma. La escuela *conservadora*, especie de reacción que ambas lenguas han tenido antes de su postración definitiva, se ha sostenido en la lengua helénica bastante mejor que la del idioma latino. La escuela *aticista*, en efecto, nacida al declinar el griego antiguo ejerció sus influencias hasta el siglo XII por lo menos; mientras la escuela ciceroniana formada también al perderse el clasicismo latino, no ha sobrevivido á las catástrofes del siglo V.

Bien conocido es el procedimiento antiguo en uso entre los gramáticos latinos después de Varrón, de hacer derivar el latín del griego, hasta señalándose el dialecto helénico de donde provenía, á saber el *eólico*. Con el advenimiento de la Gramática comparada quedó patentizado que estaba el latín muy lejos de proceder del griego, como éste de ser originado por el sánscrito, sino que los tres tenían un centro común del cual dimanaban también los idiomas germánicos, célticos, leto-eslavos y eranos. Esto no ha impedido que se sostuviese la opinión de que la lengua griega y los dialectos itálicos incluido el latín, formaban una rama particular dentro de la familia á que pertenecen, designada con el nombre de rama *greco-itálica* (v. sobre esto Stolz, *Hist. Gramm. der lat. Spr.*;

tas de la historia de las lenguas romanas después de la caída del Imperio romano». Por su parte Gröber (*Arch. lat. Lex.*) hace notar la época en que estos mismos pueblos cesan en abso-

Schrader, *Sprachvergl.*; Kretschmer, *Einleit. in die Gesch. d. Griech. Spr.*). Esta hipótesis que ha tenido y conserva todavía seguidores, no es en manera alguna admisible; porque si bien existen relaciones innegables entre el griego y el latín, ni el latín ni el griego las ofrecen como peculiares y exclusivas entre ambos idiomas, sino que por uno y otro se extienden aquéllas á las otras lenguas de la familia; así el griego, relacionado con el frigio y con otras lenguas antiguas del Asia Menor, guarda además tanta proximidad con el persa y sánscrito como con el latín; y el latín á su vez está más íntimamente unido á los dialectos célticos que al mismo griego. Tan es así que entre otros, Bradke (*Beitr. zur Kenntnis d. vorhist. Entwickl. uns. Sprstamme*) no vacila renovar la teoría de Schleicher sobre la unidad *greco-italo-céltica*, por la imposibilidad que hay en separar del celta la supuesta rama greco-italica. Pero la triple unidad de Bradke lejos de resolver nada, viene á complicar cada vez más el problema con el miembro lingüístico añadido, el celta, el cual no de otra manera que el grupo itálico, está abiertamente enlazado con las lenguas germánicas y leto-eslavas. De otra suerte toda idea de una rama greco-italica por la cual se pretenda establecer otros vínculos que los comunes á toda la familia entre el latín y el griego, aparece imposible; pues ó hay que negar la unidad de lenguas evidentemente emparentadas, ó es fuerza reconocer que el parentesco greco-italico ó greco-italico-céltico no es otro que el que resulta del tronco común ario, siquiera se revele aquél más acentuadamente en algunos casos.

Hemos mencionado el frigio refiriéndonos al griego, porque cualquiera que sea la naturaleza de aquel antiguo idioma, sus relaciones con la lengua griega vienen á multiplicar graves dificultades para la constitución de una rama *greco-italica*. Aunque hoy fragmentario el material lingüístico del *frigio y tracio*, es lo suficiente abundoso para juzgar por su carácter fonético y morfológico su parentesco helénico, sobre todo en las inscripciones que en no pequeño número se han descubierto y analizado por muchos después de Ramsay y Körte (cf. Stewart, *Ancient Monuments of Lydia and Phrygia*; Texier, *Descript. de l'Asie Min.*; Dumont-Homolle, *Mélanges d'Arch. et d'épigraph.*). Según P. de la Gardie y Gosche el tracio-frigio debe clasificarse entre las lenguas eranias, opinión desechada luego que el estudio de las inscripciones vino á aclarar su fonética, y que aun antes de tales estudios fué impugnada por Fick, quien se inclina á colocarle en el grupo germánico. Pauli propúsose restablecer la opinión de Lagarde por medio de datos epigráficos, pero sin base sólida, y utilizando para suplir las deficiencias de las inscripciones en frigio antiguo, las formas del neofrigio. Hirt coloca el fri-

luto en sus relaciones con la corte de Constantinopla, y son completamente dueños de sus idiomas, lo cual tiene lugar para Francia por el año 538, para España entre el 615-623, para Ita-

gio en la línea del lituano, eslavo y albanés, con fundamentos no menos inestables que los anteriores. Más acertado nos parece el criterio de Kretschmer, quien le atribuye una forma propia en el sentido en que se le da al tipo griego, itálico etc., y le constituye de este modo relacionándose con los idiomas circunvecinos de la Frigia, entre los cuales está el griego. Los reparos que pueden hacerse á esta opinión son los correspondientes á la *teoría de las ondas* en la familia aria, de la cual teoría hablaremos oportunamente, y que aparece empleada en nuestro caso; pero ello es indudable que los hechos aquí hablan más en favor de nuestra opinión que de ninguna otra, y que ellos, comenzando por el vocalismo frigio y griego, siguiendo sus procedimientos fonéticos, los paralelismos de conjugación etc., evidencian afinidades lingüísticas innegables entre ambos idiomas, las cuales son confirmadas por otros datos de su religión, tecnicismos y prehistoria.

Eslabonado íntimamente con lo dicho está el problema más general de los orígenes de los pueblos y lenguas de toda el Asia Menor, hartamente discutido y no solucionado con certeza. A mediados del siglo XIX sostenía Bötticher en su *Arica* el origen ario de las lenguas de dicha región, exceptuando la de la Lidia, Frigia y Misia; casi la inversa de lo que más tarde hubo de prevalecer. Lassen hizo la división de aquellos pueblos en semíticos y arios, colocando desde luego entre éstos á los frigios; doctrina que en principio fué aceptada por Duncker, si bien dando preponderancia al semitismo. Por el contrario Lagarde y J. Meyer restringen el semitismo en favor de la influencia antropológica y glotológica aria. Por último vienen las opiniones medias como la Kiepert que admite la existencia de un nexo ario-semítico antropológico y lingüístico en el Asia Menor como base del desarrollo histórico en dichos dos órdenes, y la de Tomaschek que supone dos ramas distintas de pobladores primitivos, una de las cuales alcanza á los griegos. Mucho más lógico hubiera sido y de no improbable verdad colocarse en el terreno presemítico y preario, ya que no faltan idiomas que á él conducen como hemos visto al hablar del asirio, para justificar analogías y paralelismos de otra manera inexplicables.

De todos modos la complejidad de relaciones ya ciertas ya probables que se descubren entre la lengua griega y otros idiomas es innegable, y bastante por sí sola para hacer fracasar la opinión de una rama greco-italica, excluida además por razones étnicas y relaciones múltiples antropológicas del Asia Menor, ajenas á la unidad italo-greca, como hacen observar, entre otros, Hommel, F. v. Luschan y S. Reinach, siquiera no sean idénticas sus apreciaciones sobre el particular.

lia en 650, cuando el Emperador abandona las últimas islas de población romana de su dominio en Occidente.

Mientras así parecían dormidas las energías del espíritu para las investigaciones comparadas en los eruditos del clasicismo, iniciábase en otra parte un movimiento digno de no dejar inadvertido, por el eficaz auxilio que vino á prestar á la Glotología. Con el advenimiento de las políglotas, y las respectivas gramáticas que regularmente eran parte de los Aparatos bíblicos; con la creación de cátedras de lenguas orientales al lado de las de griego y estudios de latinidad, y con el conocimiento de nuevos idiomas de que traían noticia los misioneros, llegó á formarse un núcleo de doctrinas gramaticales que no tardó en llamar la atención de los eruditos y adquirir desarrollo.

Dió este género de estudios origen á dos órdenes de investigación: unas sobre la lengua primitiva y otras sobre las relaciones posibles de los idiomas, que insensiblemente llegaron á sistematizarse, y que constituyeron hasta el advenimiento de la Gramática comparada los problemas trascendentales de la lingüística.

Dicho se está que cuantos se han dedicado á inquirir cuál fuese la lengua primitiva, estaban muy lejos de pensar en los procedimientos actuales de investigación fonética y analítica; por esto no era objeto de sus estudios el primer tronco lingüístico filológicamente considerado, sino el idioma primero desde el punto de vista histórico. Los que prescindían de las nociones bíblicas identificaron generalmente los estudios del lenguaje primitivo con los del origen del lenguaje; así que las teorías no revelacionistas solían ser en este punto expresión de las ideas filosóficas que cada uno profesaba, reproduciendo ora la doctrina del sim-

bolismo platónico, ora la onomatopeica de Epicuro ú otras; teorías repetidas en nuestros días, y aumentadas con otras más inverosímiles, como la del periodo *remático* (en el sentido de la existencia de raíces no palabras) ó de la de Alejandro Murray que pretendía derivar todas las lenguas de los nueve célebres sonidos que estudia en su *History of European languages* (1). Los seguidores de las doctrinas bíblicas tenían mucho adelantado con los principios revelados, supliendo la parte doctrinal discutible en cuanto al lenguaje, las opiniones de los comentaristas que entonces privaban. Fundándose en una de estas interpretaciones que no por más comunes eran menos inseguras, se sostuvo por muchos que en la confusión de Babel no había desaparecido la lengua primera, aunque entonces habían nacido todas las demás. De ahí las investigaciones tan mal dirigidas como infructuosas sobre la lengua primitiva.

En este linaje de exploraciones los comentaristas y teólogos se han decidido por el hebreo ó por el caldeo, no sin reparos y contradicciones por parte de muchos. Otros han excogitado diversas hipótesis: Juan Webb publicaba en Londres en 1669 su *Ensayo sobre que la lengua china es la lengua primitiva*, que reproducía diez años después (1679) en su *Antiquité de la Chine*. Du Perron sacaba á luz en 1704, su *Antiquité de la nation et de la langue des Celtes* sosteniendo que es el celta la lengua primitiva, que fué también opi-

(1) Son los nueve monosílabos: *ag, wag, hwag, bag, bwag, dwag, cwag, lag, mag, nag, rag, swag*. Diríase, por lo extravagante, que esta teoría fué inventada hace diez siglos; pero otras hipótesis se han formulado que no le van en zaga á la de Murray; Dugald Stewart p. ej. (y pudieran añadirse otros varios menos conocidos) no ha tenido reparo, después de publicados los principales estudios sánscritos y algunos de Bopp, en afirmar que el sánscrito es una mezcla de mal griego y mal latín, citando á Court de Gebelin y á Desbroses como suprema autoridad en materias lingüísticas.

nión de Latour d' Auvergne. Pedro Erico dió la primacía al griego, Reading al etiópico, Bisehorn y Svamaise, al scita, J. Hugo al latín. Los escritores judíos, los siriacos y aun los árabes reclaman la primacía para sus respectivos idiomas, y son bien conocidos en España los defensores del vascuence como lengua primitiva, Larramendi y Erro; como no han faltado quienes dieron este honor al sueco, al flamenco, etc., fantaseando cada cual á su manera en este punto. Entre todas estas encontradas opiniones ha prevalecido la teoría del hebraísmo que reunía los sufragios de judíos y cristianos en muy ercrido número, y sobre la cual filólogos como Justo Lipsio, han fundado muchas de sus especulaciones.

La riqueza de datos lingüísticos reunidos por los misioneros y hombres doctos que en sus viajes tuvieron ocasión de conocer remotos idiomas, la comparación de los cuadros y listas que de esta suerte fueron formándose y aglomerándose en academias y bibliotecas, la mayor ó menor analogía que las primeras oraciones cristianas ofrecían en las diversas lenguas, en especial las colecciones políglotas del *Pater Noster* (que han servido no poco á filólogos modernos), fueron gran parte á determinar el movimiento de *clasificación lingüística*. Ya en 1518 publicaba Bibliander en Basilea un tomo en 4.º *De ratione communi linguarum*. Años después (en 1555) sacaba á luz en Zurich Conrado Gesner, en un volumen en 8.º, su *Mithridates, de differentiis linguarum*, obra publicada más tarde (en 1610) por Gustavo Wasser, no sin pretender atribuirse lo poco bueno que hay en ella. Jerónimo Megister compuso su *Thesaurus polyglottus* (1592 en 8.º), especie de diccionario en que reunió voces de más de cuarenta dialectos y lenguas, y Guichard publicaba en 1606 la *Harmonia etimológica del hebreo, caldeo y siríaco*. Dentro de este mismo género, el políglotismo

bíblico fué gran parte para determinar el movimiento de lingüística comparada tal como por entonces llegó á privar en los centros del saber (1).

La determinación del Concilio de Viena (1311) sobre la enseñanza lingüística en las Universidades, y la invención de la imprenta dispuso el camino á las *Polyglotas*, cuya importancia, como medio comparativo, no puede ser discutida. En el último tercio del siglo XV, y cual preparación de los grandes trabajos bíblicos políglotas, aparecen: el Salterio hebraico sin puntos vocales de Reggio; el Pentateuco con puntos de Bolonia; los Profetas con el texto sin puntos de Soncino, y, omitiendo otros, la primera biblia hebraica completa, con puntos vocales, de Soncino, y la menos correcta de Breseia, sobre la cual se hizo la traducción de Lutero. En los comienzos del siglo XVI publicó Aldo Manucio el primer ensayo polígloto en tres lenguas, hebreo, griego y latín (1503); en 1516 apareció el Salterio polígloto del sabio obispo Justiniani, quien se disponía á publicar el Nuevo Testamento polígloto, cuando sobrevino su muerte. Apenas salido á luz el Salterio de Justiniani, siguióle la gran políglota *Complutense* (comenzados los trabajos en 1502, la impresión en 1514, terminada ésta en 1517, y publicada la obra

(1) Además de las mencionadas, publicáronse en el siglo XVI las obras comparativas: *Introd. in chald. linguam syriac. atque armenicam, et decem alias, linguas*, de Teseo Ambrosio. *Dialog. de linguarum gallicae origine ejusque cum graeca congruacione lib. quatuor*, de Pierión; y el *Traité de la conformité du langage françois avec le grec*, de Enrique Estéfano. Pierión deriva el francés del griego, mediante la lengua de los Druidas, que dice hablaban griego también: cosa parecida sostiene Bibliander, quien además aproxima el armenio al caldeo y el persa al siríaco y al hebreo. En cuanto á E. Estéfano, injustamente se le ha acusado, como dice bien Max Müller, de derivar el francés del griego, cuando trata sólo de hacer ver las mutuas relaciones gramaticales de ambos idiomas.

En el siglo XVII Claudio Duret reproducía (como nota Hervás, *Catálogo de las lenguas*, etc.) los errores de Bibliander y de otros escritores del siglo XVI, en su *Tresor de l' Historie des langues de cet univers*. Guichard distinguía ya en su *Harmonia Etimológica* cuatro grupos de lenguas —hebreo, caldeo y siríaco —griego— latín, francés italiano y español —alemán, flamenco, inglés etc. Para Guichard el griego procede del hebreo. En el mismo siglo dividió Escaligero las lenguas europeas en once clases, en su *Diatribes de Europaerum linguis*.

en 1520). Entre ésta y la otra poliglota también española de Arias Montano, dicha *Plantiniana* ó *Antverpiana* (1569-1572), aparecieron algunas otras parciales, como la publicada en Constantinopla (1546) con los textos hebreo, caldeo, persa y árabe, y ediciones hebraicas como las de Bomberg en Venecia, de donde salieron también las tres grandes biblias rabínicas, de las cuales la de ben Chahjim (1526), es modelo y fuente del texto actual judaico, la más rara de Seb. Münster, y la primera Plantiniana, hecha tres años antes de comenzar la mencionada de Arias Montano, á expensas de Felipe II. El texto de ésta es mezcla del de la Complutense y del Bombergiano, reproducido en las otras dos grandes Políglotas, la *Parisiense* de Le Jay (1629-45), y la *Londonense* de Brián Walton (1657). Las Políglotas posteriores hasta nuestros días, están basadas sobre las indicadas, con la adición generalmente de una ó varias lenguas vulgares.

La Poliglota de Alcalá (Complutense) en la cual tomaron parte Elias Antonio, Ducas Cretense, el Pinciano, Stúnica, y los judíos conversos Zamora, Coronel y Juan de Vergara, ofrécenos en los cuatro primeros tomos el A. T. en hebreo, latín y griego, y además el Targum con su trad. latina. En el V, el N. T. en griego y latín. El t. VI contiene los diccionarios é índices. Es sin duda en su clase, la obra de más subido valor crítico. La Poliglota de Amberes ó *Plantiniana* contiene, además de los textos de la de Compluto, una paráfrasis caldea, la versión siríaca, y la traducción interlineal latina del texto hebreo hecha por Arias Montano, modificación de la de Sanctes Pagnini, con *aparatos* gramaticales y léxicos muy apreciables. La Poliglota de Le Say ó *Parisiense*, más correcta en la impresión que en el texto, contiene lo de las citadas Políglotas con más las traducciones árabe y siríaca, no sólo del Antiguo, sino del Nuevo Testamento, el Pentateuco samaritano y la versión samaritana publicada primeramente por Morino. La Poliglota Waltoniana, la más completa y estimada, consta de ocho tomos distribuidos en esta forma: T. I, además de importantes prolegómenos, el texto hebreo del Pentateuco, la versión latina de Arias Montano, la de la Vulgata, el texto de los Setenta, la versión lat. de Flaminio Nobili, el texto siríaco y Targum de Onkelos, con sus respectivas traducciones latinas, el Pentateuco samaritano con la suya, y el texto árabe también con su trad. latina. T. II, libros históricos con los Targums de Jonatán. T. III, desde Job á Malaquías, con una versión etiópica de los Salmos. T. IV, libros deuteroacanónicos en griego, latín,

árabe y siríaco, los hebreos de Tobías, dos Targums caldeos y uno persa referente al Pentateuco, con sus respectivas versiones latinas. T. V, Nuevo Testamento en griego, la versión literal de Arias Montano, la siríaca, persa, árabe y etiópica con sus correspondientes trad. latinas, y con la de la Vulgata. T. VI, de variantes y anotaciones críticas. Los dos últimos tomos son un muy valioso complemento formado por el *Lexicon heptaglotton* de Castell, que contiene la significación de todas las palabras que aparecen en la Poliglota.

Cuál fuese el alcance de este *políglotismo* para establecer comparación entre los idiomas y versiones confrontadas, se ve desde luego con toda claridad (1).

(1) Continuadores los sabios que han tomado parte principal en la formación de las Políglotas de los estudios bíblicos de tiempos precedentes, hácenos venir á la memoria la falsa aserción de que en la Edad Media fueron totalmente ignoradas las lenguas, excepto la latina. Al tratar de la Filología arábica hemos advertido como no era sólo el latín conocido por los cristianos, y que fuera de las lenguas semíticas, el griego ha tenido cultivadores capaces de traducir en la Edad Media las obras de Aristóteles. Antes del Concilio de Viena en que se crean cátedras de lenguas en las escuelas romana, parisiense, boloñesa, salmaticense, etc., han florecido notables escritores de indisputable competencia en las lenguas principales de entonces. Guillermo de Doerbecca (por citar alguno pues en otro lugar insistiremos sobre lo mismo), conocía perfectamente además del latín, el griego y el árabe; hemos dicho ya que es autor de una traducción de Aristóteles hecha del griego. El citado dominico R. Martí es llamado por P. Marsilio "philosophus in arabico, magnus rabbinus in hebraeo et in lingua chaldaica multum doctus." Hugo de S. Caro había ensayado una crítica bíblica comparando manuscritos hebreos, árabes y latinos antiguos. El franciscano Nicolás de Lyra fué uno de los más grandes orientalistas de su tiempo, y sobrepujó en su crítica hebraica al mismo famoso Rabino Rashi. Después del Concilio vienense, multiplícanse los cultivadores de las lenguas sabias de entonces, hasta entrar en la plenitud del renacimiento en que se extralimita la afición al clasicismo. Sixto Senense hablando de Simón Jatumaeus, llámale *graece, latine et hebraisce doctus*; igual juicio merece el célebre León Alatius, etc.

No hemos de pasar aquí en silencio la expresión harto injustificada de Erasmo refiriéndose á que en su tiempo *graece nosse suspectum, hebraice prope haereticum*. Aparte de que no era fácil sepultar repentinamente en el olvido la tradición hebraica de tantos siglos ni el influjo general del renacimiento, singularmente helénico, basta recordar que de entonces eran los hombres que pusieron manos á la obra inmortal de nuestras dos Políglotas Complutense y Plantiniana-

Todos estos trabajos aunque hacían augurar los principios de una nueva era lingüística, distaban mucho, aun como simple clasificación ordenada, de una perfección relativa; pues en todos (preseindiendo ya de lo que algunos contienen de inverosímil, como la lengua de los dioses, según la concepción homérica, que trae el Mitridates de Gesner), clasificaciones y derivaciones son generalmente arbitrarias, ó fundadas en una distribución subjetiva no científica. Leibnitz, que por un momento pareció acatar la soberanía del hebraísmo en materia lingüística, la desechó después para sentar luego principios de un procedimiento más racional y científico. Puede decirse que con Leibnitz, como Max Müller se esfuerza en probar, comienza una nueva época de estudios filológicos. Leibnitz co-

na, donde es no ya de ver, sino muy de admirar el caudal de saber griego, hebraico y semítico en general que se revela, y que allí aparece reunido con la cooperación valiosa de la munificencia de un prelado como Cisneros y de un rey español como Felipe II, con la intervención de eclesiásticos eminentes y el beneplácito de la Iglesia. En vida de Erasmo se escribieron y publicaron las *Artis gram. hebraicae Inst.* de Alfonso Zamora, y su *Vocabularium hebr.*, las *Introd. in ling. hebr.* de Adriano, la *Gram. caldea* de Paterniano, el tratado *De Litt. hebraicis* de Nebrija, las *Instituciones Graecae ling.* del mismo Antonio Nebrija, y su *De Litt. el declinat. gr. etc.*, las traducciones del griego al latín *De la Diva Siria* de Luciano, por Coello, y de la *Areopagítica* y *Nicocles* de Isócrates, por Luis Vives, así como las traducciones del *Comendador griego*, Hernán Núñez de Guzmán, cuya es la versión latina del texto griego de los Setenta inserta en la *Complutense*. El mismo Erasmo ha podido leer las *Annotationes contra Erasmus Rotterodamum in defensionem transl. Novi Testamenti*, de López de Stúniga, donde demuestra éste su saber griego, no menos evidenciado aquí que en sus *Annotationes contra Jacobi Fabri errata*, al traducir las epístolas de San Pablo. Recordemos finalmente entre otros muchos que no fueron sospechosos de herejía por saber griego y hebreo, el gran Sanctes Pagnini, cuya erudición general singularmente hebraica no necesita ser mentada (su trad. del Antiguo y Nuevo Testam. fué aprobada por Clem. VII); el no menos autorizado Agustín Justiniani, que siguió las huellas de Pagnini, y cuya traducción pentáglota fué dedicada á León X; murió el mismo año que Erasmo, y pudo escribir de

noció claramente la necesidad de ordenar las clasificaciones lingüísticas, y de buscar un medio de relacionar seriamente las lenguas más lejanas ó marcar sus diferencias, haciendo notar ya la utilidad que de ello podrían reportar la etnografía y la historia. El advirtió (después de J. Lipsio y Sommaise) la analogía entre el persa y el alemán, llegó á suponer relaciones entre el vascuence y el copto, y deseaba se analizase el georgiano confrontándolo con el copto y armeno. En su opúsculo *Brevis designatio meditationum de originibus gentium ductis potissimum ex indicibus linguarum*, reduce las lenguas á un tronco común, dividiéndolas luego en dos grandes ramas, *jaféticas* y *arameas*; y haciendo notar las palabras comunes á unas y otras (1).

él Sixto Senense que era "theologus sincere doctus, et linguarum omnium quae toto terrarum orbe dispersae sunt, peritissimus"; Jorge Vespucci á quien Mamachi coloca entre los más doctos humanistas, mencionándolo en igual sentido Marsilio Ficino, y Zenobio Acciaio, Prefecto de la Biblioteca Vaticana en tiempo de León X, traductor de Teodoreto (la cual traducción va dedicada á León X), y versadísimo en literatura y lenguas griega y latina. No mencionamos otros escritores del siglo XVI formados en las escuelas de los tiempos de Erasmo y que (como acontece con nuestro insigne helenista y hebraista Arias Montano), publicaron sus escritos filológicos después de la muerte de Erasmo; también omitimos entre buen número de cultivadores *ortodoxos* del griego y hebreo, los que en el mismo siglo décimosexto dieron pruebas de su alta cultura semítica, principalmente árabe y siríaca. Mientras un religioso (Fr. Pedro de Alcalá) publicaba su *Arte* y su *Vocabulista* arábigos, los primeros, como hemos dicho, que se han impreso, el diácono Moisés y el subdiácono Elías, enseñaban con general aplauso el siríaco en Roma, profundizando en la gramática de dicha lengua, no de otra suerte que el presbítero Acurio y el jurisconsulto cristiano del mismo siglo Alberto Vidmanstadius, cuyos Elementos gramaticales, como hemos notado en otro lugar, fueron el primer tratado de siríaco impreso en Europa. Y no es menester advertir que las obras de los grandes helenistas y semitistas españoles del siglo XVI, de los cuales hemos hablado atrás, eclesiásticos casi todos, son la mejor respuesta á la falsa aserción del humanista de Rotterdam.

(1) El prejuicio del *hebraísmo* que ligaba los estudios lingüísti-

El llamamiento de Leibnitz pareció desde luego hacerse oír eficazmente en Europa, bien que los primeros ensayos hechos después de él, como los de Court de Gebelin *Le monde primitif analysé dans ses elements*, 1774, de Moobod, *On the origin and progress of*

cos á la solución de un problema insoluble, cual es el determinar el idioma primero y su influencia en los existentes, es reprobado por Leibnitz gráficamente en una carta á Tenzel (*Leibnitzii Opera*, VI, edic. 1768) con estas palabras: "Linguam hebraicam primigeniam dicere idem est ac dicere truncos arborum esse primigenios, seu regionem dari ubi trunci pro arboribus nascantur. Talia fingi possunt sed non conveniunt legibus naturae et harmoniae rerum..... Illud tantum quaeri cum ratione potest an lingua hebraea cum cognatis sit origini viciniór quam ceterae etc." Son de notar también las palabras que acerca del asunto escribía á Leibnitz Hermann v. d. Hardt (l. cit.): "Primorum hominum linguam jam expirasse, et incertum plane esse an hodierna lingua hebraica ullam adhuc similitudinem referat."

Para promover la comparación de las lenguas, cuyo método según quería Leibnitz debía ser análogo al de las ciencias exactas, comenzando por lo conocido para llegar á lo desconocido, exhortaba éste á los viajeros, á los misioneros, embajadores y aún á los emperadores á reunir los datos posibles en materia de lenguas, escribiendo al efecto diferentes cartas. En la dirigida á Pedro el Grande (Viena, 26 de Octubre de 1713), dice entre otras cosas: "Quisiera también que se reuniesen diccionarios ó al menos pequeños vocabularios, y que se procurasen en tales idiomas (los hablados en los dominios de dicho soberano) traducciones de los diez mandamientos, de la Oración dominical, del Símbolo de los Apóstoles y de otras partes del catecismo, *ut omnis lingua laudet Dominum*. Todo lo cual aumentaría la gloria de V. M. que reina sobre tantas naciones etc." Esta idea de comparación léxica se encuentra frecuentemente en sus obras, donde inculca las utilidades que de ello pueden provenir: "Cum nihil majorem ad antiquas populorum origines indagandas lucem praebet quam collatio linguarum, etc." "Ad linguae nostrae (germanicae) perfectam notitiam opus foret dialectos quoque provinciarum germaniae cognosci, etc." (*Op. t. cit.*)

Por lo demás Leibnitz no emprendió nunca una clasificación sistemática de las lenguas, aunque las distribuye en jaféticas y arameas. Con las lenguas jaféticas confunde lenguas húngaro-tártaras, y no es más feliz cuando trata de clasificar los dialectos que él ha podido conocer por sí mismo. Leibnitz reconoce la unidad primitiva del lenguaje, y el origen oriental de las razas humanas. (V. Neff, *G. W. Leibnitz als Sprachforscher und Etimologe*, y, entre otros, las indicaciones de Guhrauer en la Vida de Leibnitz).

language, 1777-92, de Beatie, *On the theory of language*, 1783, y otros, siguen de una manera más ó menos rutinaria los antiguos derroteros, mezclando lenguas indo-europeas, semíticas y otras muchas para la derivación. El primer paso de verdadera importancia para la ciencia novísima le ha dado Hervás, seguido luego por Adelung, que en el mediodía y en el norte de Europa aparecieron casi simultáneamente proclamando los principios de la filología científica.

La antigüedad clásica no ha sabido jamás traspasar las fronteras de su territorio para examinar las lenguas de los pueblos circunvecinos; y aun teniendo á la vista la semejanza lingüística de muchos idiomas y pudiendo fácilmente hallar las relaciones del suyo propio con otras lenguas no ha alcanzado á formular principios de relativa universalidad que supongan trama científica ni examen comparado (1). Y es que los antiguos

(1) Los griegos, como hemos visto, han estudiado ya en la antigüedad los principales dialectos de su lengua y escrito sobre ellos. Tuvieron asimismo, según queda dicho, conocimientos de otros idiomas, suficientes para establecer puntos de comparación y de análisis. Sin pensar con Dugald-Stewart y Niebuhr que los indios fuesen discípulos de los griegos en ciencia y lenguaje, ni con Görres y los suyos que los brahmanes fueron maestros de los griegos; sin creer con Zeller que deba excluirse todo elemento é influjo oriental en la ciencia helénica, ni juzgar con Roeth y Gladisch que ésta en sus comienzos es una reproducción puramente oriental; sin admitir finalmente ninguno de los viajes de los antiguos filósofos que la crítica ha rechazado por fabulosos (cf. Brandis, *Geschichte d. Philosophie*, y Lassen en sus *Antigüedades indianas*) puede y debe reconocerse que indios y griegos no estuvieron alejados en lengua y doctrina de suerte que no pudiesen establecer comparaciones más ó menos sistemáticas, así como con los idiomas de otros pueblos. Alejandro Magno habló con los brahmanes, y aunque las respuestas eran traducidas por intérpretes, supone esto mismo el conocimiento de ambos idiomas por personas determinadas. Heródoto refiere (IV, 24) que los mercaderes griegos al remontar el Volga hasta los montes Urales, iban acompañados de siete intérpretes que hablaban siete lenguas distintas, entre las cuales, como observa M. Müller, deben contarse los dialectos eslavos, tártaros y fineses hablados ya en aquella región en tiempo de Heródoto. Temístocles estudió el persa y llegó á hablarle sin dificultad. Mitridates, cuya memoria era pro-

pueblos que no estaban unidos por un mismo vínculo de religión y lengua, repelíanse mutuamente como gente vitanda y no tolerable. Para los indios eran *incomprensibles* todos los que eran extraños á su sociedad, y el que no pertenecía á su alta casta era considerado como un *mlekkah*, y se reputaba impuro todo lo que de él proviniese, y su lengua con él. Los árabes desechaban á todo no mahometano por incrédulo é incapaz de ser entendido en su lengua, como *kiafirs* y *adscham*, á la manera que el pueblo hebreo evitaba todo contacto con los extraños á la religión judaica, designándolos con el dictado de *goyim* (los τὰ ἔθνη — gentiles — del N. T.), y los griegos reputaban por lo mismo como *αλλοτρωι* á todo pueblo que no fuese el suyo, y como *αλλωσσοι*, ó sin habla, á todo el que no conociese su idioma. No de otra suerte los persas seguidores de Zoroastro (mazda-yagna ó adorador de Mazda) juzgaban grave delito

digiosa, conocía los idiomas de todos los numerosos pueblos que ha conquistado. En la expedición de los Argonautas, hubieron de encontrarse los griegos sin intérpretes para la multitud de idiomas que hallaron.

Por estos hechos y otros análogos, colígese sin dificultad que no ha sido el aislamiento lingüístico causa de la falta de sistema científico, sino que más bien se trataba de un aislamiento voluntario y sistemático en punto á relacionar los idiomas. Y este aislamiento es sin duda mucho más exclusivo y absoluto en cuanto al lenguaje que en ningún otro sentido literario. Porque si bien no son aceptables ninguno de los extremos ya indicados, ni puede, como nota Ueberweg (*Geschichte d. Philosophie*) determinarse con exactitud el influjo oriental en la Grecia sin conocer primero la verdadera historia de Oriente, no por eso ha de negarse la corriente tradicional y científica (especialmente en el orden filosófico) que se advierte en todas las grandes civilizaciones antiguas, y que sería fácil evidenciar si el carácter de esta nota lo permitiera. Aun en el terreno de las artes no es difícil hallar en Grecia vestigios orientales, y entre las teorías sobre el origen de la arquitectura griega (la de Vitrubio y la de Viollet-le-Duc, Klenze etc.), ha venido á ocupar lugar preferente la que hace derivarla de elementos orientales. Champolión cita las columnas protodóricas de Beni-Hassan, Longperier los monumentos asirios, y Perrot el arte lido-frigio y los monumentos del Asia Menor (Chipiez, *Hist. crit. des orig. des ordres grecques*). Pero si prescindiendo de esto, nos fijamos en las relaciones literarias y sociales de Grecia y Roma y en el mutuo influjo de los respectivos idiomas, de que hemos hablado, hallaremos motivos sobrados para pensar que la falta de estudios lingüístico-comparados entre los antiguos no es debida á la ausencia de elementos comparables, sino á la positiva exclusión de toda comparación.

toda comunicación con cualquier pueblo *daeva-yagna*; y los polacos trataban como mudos á los alemanes designándolos con el nombre *niemiec* (cuya raíz dá en casi todas las lenguas eslavas la significación de mutismo), palabra que los turcos eligieron también para designar á los austriacos. Sobre todo el dictado de *bárbaros*, prodigado por griegos y romanos, dá idea de cómo se entendían entonces las relaciones generales, y particularmente las lingüísticas. Estrabón (XIV, II) hablando de los Carios, á quienes Homero llama *barbarofonoi* (Iliada II, 867), dice que la expresión *to barbaron* debió formarse por onomatopeya para significar é imitar en el sonido á los que no saben hablar ó hablan mal, de donde pasó á designar las lenguas extranjeras, ó no griegas. Por donde la denominación despreciativa de *bárbaro* recaía principalmente sobre el idioma. Cualquiera que sea la procedencia de esta expresión griega (v. Fick, *Verg. Wörterbuch*), pasó con la misma significación á los romanos, y tiene análogo sentido en otros idiomas. *Barbara* y *varvara* (ó con *b* y *v*) ofrece en sus diversas formas en sánscrito, la significación griega de *bárbaros*, lo mismo que el sánscrito *barbarata* equivale al griego *barbarotees*. En persa, *barbar* expresa *grito confuso*, y en árabe *barbarat* es el rugido de la cólera. Se ha observado, y lo notó Pictet en *Les origines indo-europeens*, que la raíz india *mlekk* expresa exactamente la significación de *bárbaro* y *confuso*, y probablemente *mlekkha*, con las demás formas de aquella raíz (*mrksh*, *mraksh*, *mlaksh* etc.), son una onomatopeya del mismo género que la mencionada por Estrabón para excluir como ininteligible y despreciable por su rudeza, todo lenguaje que no fuese indio. Puede, pues, decirse que para los antiguos *hablar lengua extranjera* (*eterogloosos*, de los griegos), era sinónimo de estar mudo ó sin habla (*agloosos*), y una y otra cosa expresaba la denominación de *bárbaro*. Esta preocupación contra todo idioma extranjero, y la aversión que supone á todo su estudio y cultivo que no sea obligado é indispensable, ha sido parte principalísima para impedir la formación científica de la glotología (1), hasta que el cristia-

(1) La expresión griega βαρβαροφωνεῖν que sustantivada aplica Homero á los Carios (l. cit.), no es equivalente á la de βάρβαροι, según advierte Estrabón, sino que se toma por hablar incorrectamente griego: «Οὕτως οὖν, dice, καὶ τὸ βαρβαροφωνεῖν καὶ τοὺς βαρβαροφώνους δεκτέον τοὺς κακῶς ἐλληνίζοντας.» (L. XIV, c. II). Sin duda en más de una ocasión la voz *bárbaro* y *barbarofonoi* se han tomado indistintamente, toda vez que el mismo Estrabón, l. XII, aplica el nombre de *bárbaros* á la familia de los Carios, y Heródoto, VII, ca-

nismo con sus sublimes doctrinas sobre la fraternidad humana, sobre el común origen y común destino de los hombres todos, con el hecho de la difusión del evangelio y de su predicación entre griegos, romanos y bárbaros, y con la admisión á su seno de gentes las más diversas en razas y lenguas, franqueó definitivamente los caminos á la verdad teológica, á las investigaciones de las ciencias, y al estudio comparado de los idiomas, cuya evolución y vicisitudes hemos estudiado en la historia de las antiguas literaturas.

Al llegar al siglo XVI, despertada la afición á las investigaciones literarias y lingüísticas, y concentrados los principales elementos glotológicos de Oriente y Occidente en el seno del cristianismo, no tardaron en aparecer los primeros ensayos en nuestros estudios, con cierta tendencia comparativa y sistemática que auguraba los primeros bosquejos de la actual Ciencia del Lenguaje, y cuyos legítimos caminos ya el insigne Arias Montano, anticipándose á Leibnitz, había señalado.

Tres son los periodos anteriores á la época actual, que aparecen desde el renacimiento en la disciplina filológica. El primer periodo está representado por la investigación del idioma primitivo, por las diversas controversias que se han suscitado en favor ó en contra de la primacía de determinados idiomas, y por el influjo literario de las Biblias *poliglotas*. Queda ya indicado así lo que á éstas se refiere, como lo relativo á las opiniones sobre la lengua primera. El segundo periodo es el de la colección de elementos lingüísticos de las diversas partes del mundo, las series de nombres de objetos más usuales en muchos idiomas y las colecciones de *Pater noster* en distintas lenguas. Periodo casi simultáneo al anterior en su origen, pero de eficacia distinta, y que ha continuado su acción con mayor intensidad y duración. Wiseman (*Discours sur les rapports entre la science et la relig. revel. disc. I*) recuerda á este propósito la lista de palabras extranjeras reunidas por Pigafetta, compañe-

lifica de lengua *bárbara* la de los Pelasgos, que Dionisio de Halicarnaso cree de familia *helénica*, así como Demóstenes habla de Alejandro Magno como de un *bárbaro*, mientras Estrabón juzga que los macedonios deben contarse entre los *helenos*, y sin duda que la lengua macedonia era uno de tantos dialectos griegos. Y es que la palabra griega βαρβαρίζω, como la sánscrita *balbalakaromi*, como la latina *balbutire* etc. expresa fundamentalmente manera incorrecta de hablar, siquiera se ampliase su significación en unos casos ó se modificase con elementos componentes en otros, pero dejando siempre en la palabra la aptitud significativa originaria que permitía usar en un mismo sentido la forma simple y sus compuestas.

ro de Magallanes en su primer viaje alrededor del mundo, y el primero que hizo colección de palabras, recogidas en el Brasil, en la Patagonia y en las Molucas; los cinco vocabularios de la biblioteca de Leide publicados por Reland sobre el mismo asunto, y las colecciones de Misserschmidt hechas durante su residencia en la Siberia, que se conservaron en la biblioteca de San Petersburgo, y utilizó Klaproth para componer su *Asia polyglotta*. En general, como hace ver Balbi en su importante *Introducción al Atlas etnográfico del Globo*, fué no pequeño servicio de los viajeros á nuevas tierras, procurar reunir datos lingüísticos y enriquecer los ya suministrados por otros.

Por lo que hace á la colección del *Pater noster*, sólo en el siglo XVI tenemos: la de Bibliander, en catorce lenguas, la de Fr. Angel Roccha (*Biblioth. apost. vaticana*), en veintiseis lenguas; la de Jerón. Megister (*Specimen XL linguarum*), en cuarenta lenguas, y la del mismo publicada en 1593 (*Orat. dom. L divers. linguis*) con cincuenta idiomas (1).

El tercer periodo es el de distribución y clasificación de los elementos reunidos en el anterior, el cual iniciado por Arias Montano, fué desarrollado merced á las iniciativas y ascendiente de Leibnitz, secundado después por Vater y Adelung, sobre todo por Hervás, que señala ya los albores del periodo propiamente científico.

Los resultados inmediatos en estos tres periodos lingüísticos han sido: 1.º la investigación histórica de los orígenes de varias lenguas, que se intentaba hacer pasar por primitivas, y el estudio elemental de sus caracteres; 2.º la clasificación también elemental y externa de los grupos de lenguas, atendida su parte *léxica*, ó según su estructura *gramatical*; 3.º la creación de troncos lingüísticos (siquiera fuesen hipotéticos y de carácter provisional) á los cuales se referían las demás lenguas, y la progresiva reducción de las lenguas que se estimaban independientes é irreducibles á dichos grupos, según las conexiones propias con cada familia; 4.º las especulaciones sobre problemas de gramática general, y sobre la posibilidad de una lengua

(1) Hemos de advertir aquí que si bien el *Pater noster* encierra elementos suficientes para conocer el carácter de los idiomas, no siempre puede establecerse con él una comparación lingüística exacta, ya porque no todas las traducciones están igualmente hechas, ya porque conteniendo ideas ignoradas en pueblos salvajes, como las de "santificado sea tu nombre", "no nos dejes caer en la tentación" etc., ó han de expresarse estos conceptos de una manera rudimentaria, ó por circunloquios más ó menos apropiados.

universal con una gramática filosófica puramente. Descartes pensaba ya en la posibilidad de este lenguaje filosófico, y en su correspondencia con el P. Marsena, expone como sería posible formar un lenguaje ideológico á la manera del sistema decimal (1). De igual suerte Leibnitz piensa que es posible «una lengua y escritura universal muy distanciada de cuantas se han imaginado, donde la razón dirigiese los caracteres y las palabras, y, excepto los errores de hecho, los demás serían errores de cálculo» (2). M. Wilkins en su Ensayo de una lengua filosófica, que sirvió á Leibnitz para fijar y confirmar sus propios conceptos (3), trazó el cuadro de una lengua ideológica, con su sistema gramatical y léxico, cuyas combinaciones son altamente ingeniosas é instructivas. El número de radicales en la lengua filosófica de Wilkins es de unas 3.000; pero es de observar que el propósito primero de éste no fué inventar una lengua universal, sino hallar un sistema de escritura para representar

(1) En una de las cartas de Descartes á Marsena (*Euvres comp.*, ed. Cousin t. VI) se dice entre otras cosas: «Au reste je trouve qu' on pourrait ajouter á ceci une invention, tant pour composer les mots primitifs de cett langue, que par leurs caractères; en sorte qu' elle pourrait étre enseignée en fort peu de temps, et ce par le moyen de l' ordre; c' est-á-dire établissant un ordre entre toutes les pensées qui peuvent entrer en l' esprit humain, de meme qu' il y a un naturelment établie entre los nombres.» Sigue luego explanando sus ideas, y afirma que pudiera aprenderse el supuesto lenguaje en un solo día, como en un solo día se aprenden los números del sistema decimal.

(2) Leibnitz *Opera* t. V ed. Dutens. Suponen algunos que habla Leibnitz en sentido puramente abstracto é ideal; pero es seguro que trataba de la posibilidad real de tal lenguaje.

(3) Max Müller en su *Nuevas Lecciones* dice que es de «presumir» que Leibnitz viese la notable obra aludida, escrita en la segunda mitad del siglo XVII (1668). Los traductores franceses de las mencionadas *Lecciones*, Harris y Perrot, hacen notar que el libro de Wilkins fué realmente leído por Leibnitz. El mismo lo dice en su carta 7.^a á Burnet, afirmando que *ha leído con grande atención la obra del carácter real y Lenguaje filosófico de Wilkins*, y haciendo constar que ha hallado en la misma *bellas cosas*. Aludiendo á dicha obra en otra carta á M. Fegel (t. V, *Op.*) dice que en aquel trabajo algunos «majoris faciunt media quam finem» refiriéndose á que la erudición y saber resultaba mayor que su objeto. Sin embargo, Leibnitz había pensado en estas materias antes de leer á Wilkins, como aparece por su *De arte combinatoria* compuesta á los 19 años, cuando aun no se había publicado *El lenguaje filosófico*.

No nos detenemos en presentar la teoría de Wilkins, porque nos llevaría fuera de nuestro objeto (V. las *Nouvel. Lec.*, t. I de Max Müller, que presenta un extracto).

los pensamientos de tal suerte que fuesen universalmente inteligibles, á manera de lo que acontece con los signos matemáticos; si bien propone en el mismo libro que pudieran fijarse nombres invariables, con reglas de derivación y de flexión también invariables, por lo cual llegó á su sistema de lingüística universal. Wilkins tradujo á su lengua el *Pater noster* y el símbolo apostólico.

Sinibaldo en su *Ideographie*, siguiendo las huellas de Wilkins, presenta una lista de 2.600 signos formados sobre el modelo de los caracteres musicales. Estos signos constituyen categorías de nombres, verbos, preposiciones etc.; de géneros, casos, tiempos y personas, según la distribución, forma y orden convencional adoptados. De esta suerte llegó Sinibaldo á reproducir los 150 primeros versos de la *Eneida*. En el sistema de Sinibaldo la relación entre el signo y lo significado es puramente arbitraria; en el de Wilkins tiéndese á buscar analogías con la naturaleza de la cosa representada.

En los cuatro puntos mencionados enciérrese, en resumen, el fruto de los tres periodos anteriores á la fase de la «Gramática comparada».

Se ha dicho que la preocupación religiosa de hacer derivar todas las lenguas de la hebrea para justificar el dogma de nuestro común origen según la Biblia, y la misma idea del origen divino y misterioso del lenguaje, han sido el principal obstáculo del estudio científico de tales cuestiones (1). Como hemos visto, en la formación primera de la lingüística comparada ha influido de una manera principalísima todo eso precisamente que se invoca en sentido contrario, y puede asegurarse que sin la intervención de las ideas científico-religiosas, y sin el auxilio de los hombres encargados de difundir esas mismas ideas, la ciencia del lenguaje no hubiera llegado hoy al punto en que podemos estudiarla. Ninguno de los grandes maestros de esta ciencia en los periodos á que nos referimos ha necesitado re-

(1) La tradition religieuse voulant que toutes les langues descendent de l' hebreu, pour justifier le dogme de notre pretendue origine selon la Bible..... La meme idée sur l' origine divine et mytérieuse du langage..... n' a pas cessé d' étre le principal obstacle et le plus grand empchement d' une étude véritablement scientifique de la question. Tales son las ideas que apunta La Calle en *La Gossologie* etc., y que reproducen otros positivistas de menor cuantía. Max Müller no duda asentar conceptos análogos, bien poco conformes por cierto con la importancia que se ve precisado á conceder, por otra parte, á la laboriosidad de los misioneros en materias lingüísticas.

nunciar á la unidad originaria del humano linaje ni á la doctrina ortodoxa sobre el origen del hombre (que á eso se reducen todas las *preocupaciones* religiosas en la materia), para aspirar al perfeccionamiento que hoy creemos poseer, como ninguno de los actuales sostenedores de iguales doctrinas teológicas necesita renunciar á ellas para seguir los pasos de los estudios lingüísticos modernos, ni lógicamente llegó jamás á negarlas para defender los progresos glotológicos ningún filólogo de los que (por sistema filosófico ó religioso) militan en el campo de la heterodoxia. Todo ello habrá de patentizarse en el decurso de este libro, bastando entre tanto observar: 1.º que en la Iglesia no se ha subordinado nunca la doctrina del origen del hombre á las teorías del origen y naturaleza del lenguaje, ni se ha declarado en parte alguna que de la unidad antropológica se seguía la unidad lingüística ó viceversa; por lo mismo la ortodoxia no obliga á nadie á limitar las investigaciones lingüísticas en ningún sentido; 2.º que tampoco se ha declarado en parte alguna que el lenguaje primero fuese el hebreo, ni nadie se ha creído en el deber religioso de defenderlo así, cuando tan varias han sido las opiniones sobre la lengua primitiva en los tiempos á que se refieren los adversarios; 3.º que contra la unidad del origen humano ni contra el primitivo origen divino de la palabra, no se sigue cosa alguna con que las lenguas sean actualmente reducibles ó no; y por esto, y porque en el hecho mismo de la confusión de Babel tuvieron siempre los antiguos explicación suficiente de que las lenguas resultasen irreducibles, caso de serlo realmente, y aquel acontecimiento les explicaba también á satisfacción la posibilidad de haber desaparecido el idioma primitivo, se ve con toda claridad que en manera alguna podían vacilar en entregarse á las exploraciones lingüísticas, cualquiera que fuese el resultado de ellas. Pues mientras por una parte los defensores de la ortodoxia en ninguna época de la historia han temido ni pueden racionalmente temer la investigación de la verdad, para la cuestión presente hallaban en la confusión babilónica, como de antemano, soluciones harto cumplidas; 4.º que si en los tiempos modernos la reducción de lenguas á un tronco común fué la aspiración primera, originó las múltiples combinaciones lingüísticas ejecutadas, motivó los varios sistemas de comparación, é hizo progresar la ciencia, no se ve porqué en los tiempos pasados, iguales aspiraciones realizadas en formas relativamente análogas y con el mismo objeto, hayan podido llevar á los opuestos resultados de inanición y retroceso, de que hablan algunos filólogos. Y si era equivocado buscar en el hebraísmo el origen primario de toda

lengua (lo cual no todos hicieron), equivocadas han sido muchas de las teorías posteriores en orden á los troncos primitivos lingüísticos, entre ellas la de ver en el *sánscrito* la lengua madre de los idiomas indo-europeos; y así como respecto de esta y otras aserciones hipotéticas, ya desmentidas, no afirmamos fuesen obstáculo á la investigación científica, que por el contrario promovieron, y cuyo mérito estaba justamente en demostrar la verdad ó la falsedad de tales asertos, de igual suerte á la hipótesis antigua del hebraísmo no puede inculparse de las deficiencias del antiguo método (entonces incipiente y rudimentario) aunque dicha hipótesis sea hoy inadmisibile, ya que la verdad ó falsedad de ella debía ser el *resultado*, y lo fué en efecto, de los estudios siguientes y ulteriores; 5.º que no ya desde el siglo XVI acá, sino en tiempo de los Padres de la Iglesia, no fué unánime su opinión sobre la lengua primera, de igual suerte que no lo fué tampoco el modo de entender la confusión de lenguas, como veremos en otro lugar. Entre ellos sí hubo quienes como S. Jerónimo (*in Sophon.* III 8-9), Orígenes (*Hom.* XI in *Num.* IV), S. Agustín (*De Civ. Dei*, XVI, 12), se inclinan á decir que fué el hebreo la lengua primitiva (como lo han dicho muchos en nuestros tiempos sin renunciar por eso á la Glotología novísima), otros ó no hacen mención de esto, ó se hacen eco de la opinión contraria, como S. Gregorio Niseno que después de declarar que el lenguaje fué *naturalmente* formado por el hombre (*Homil.* XII cont. *Eunomium*), dice que «Moisés escribió en hebreo no porque éste fuese el idioma de Adam, sino porque era la lengua usual de su tiempo *χρώμενος τῇ συνήθει γλώσσει.*» Y añade que según dictamen de hombres doctos en las Escrituras, el hebreo no aparece tan antiguo como otras lenguas: «*μη αρχαίσειν τὴν ἑβραίων φωνὴν καθ' ὁμοιοτητα τῶν λοιπῶν.*» 6.º que los obstáculos que ofreciese la doctrina revelada al progreso lingüístico, aun admitido que se tratase de algo dogmático, no podían ser en esto de mayor eficacia que los que se presentan en otras ramas del saber, cuyo desarrollo, sin embargo, fué promovido por los mismos defensores de la ortodoxia. Y aun dado que aquellas doctrinas dificultasen investigar el origen del lenguaje (el cual problema no han resuelto todavía los filólogos de la heterodoxia), «no eran obstáculo, como advierte Ascoli, para aquella amplitud de estudios históricos que serian más que suficientes para promover los métodos rigurosos á que hacemos referencia. Más bien fueron prejuicios científicos, históricos y literarios, que no prejuicios teológicos, los que retardaron el desarrollo de la buena doctrina en nuestro caso.» Estas palabras de un racionalista judío, el ilustre filólogo italiano men-

cionado, merecen ser recordadas á otros seguidores del racionalismo que con menos saber y más preocupaciones tratan la cuestión (1).

Después de lo dicho no hemos de recordar que fueron eclesiásticos los primeros iniciadores de los nuevos estudios, cuyo influjo llevó adelante la Filología comparada, que á la Iglesia se debe la mayor y mejor parte de datos lingüísticos de todo género y de todas las latitudes, y á determinaciones de la misma, á Congregaciones como la de *Propaganda Fide*, á teólogos y misioneros, caudal inmenso de documentos, observaciones y enseñanzas, que por sí solos constituirían una valiosa biblioteca lingüística. Sobre los elementos glotológicos por ellos suministrados inicióse el ya mencionado *período de clasificación*, que cierra las fases de los estudios lingüísticos anteriores á la época de la *Gramática comparada*.

(1) He aquí las palabras de Ascoli (*Studii critici* II), que con razón reproduce en la *Civilt. Catt.* De Cara contra La Calle, y nosotros trasladamos también: "Tra le quali (habla de las causas que detuvieron el desarrollo de la ciencia lingüística) non vorremmo porre la doctrina della rivelazione del linguaggio, o la credenza nella miracolosa sorgente della diversità degli idiomi; si perché gli ostacoli provenienti da siffate affermazioni, rispondono ad ostacoli simiglianti che affermazioni congeneri opponevano alle altre discipline scientifiche; é sí perché l'ortodossia potea bene intralciare le indagini sulle ragioni primé del linguaggio o delle diverse famiglie di favelle, ma dicerto non interdiceva quella latitudine di studii storici, che sarebbe stata di gran lunga sufficiente a promuovere i metodi rigorosi, ai quali accenniamo. Ben furono, piuttosto, pregiudizii scientifici, istorici e letterarii, che non pregiudizii teologici, quelli che nel caso nostro ritardarono lo svilupparsi della buona dottrina."

Las declaraciones de Benfey (*Geschichte* etc.), las de M. Müller (*Lectures* etc.) y de otros muchos filólogos sobre el influjo de las investigaciones de los misioneros en la formación de la Ciencia del Lenguaje, son harto elocuentes contra las preocupaciones que impugnamos. Pott, después de hacer varias atinadas reflexiones, no duda afirmar que "sin cristianismo la Ciencia del Lenguaje no hubiera podido nacer". *Ohne Christenthum hätte eine Wissenschaft der Sprache nicht entstehen.* (Potts neue Ausgabe von: W. v. Humboldt, ueb. die Versch. d. mensch. Sprachwiss. I).



NOTE